MARXISTAS DE AMERICA

Este libro se publica en saludo al Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

MARXISTAS DE AMERICA

JULIO ANTONIO MELLA
JOSE CARLOS MARIATEGUI
ANIBAL PONCE
JUAN MARINELLO

ARTÍCULOS SOBRE CULTURA Y SOCIEDAD

EDITORIAL ARTE Y LITERATURA
CIUDAD DE LA HABANA, 1985

Selección y prólogo de Mercedes Santos Moray

Edición: Mari Cruz García
Corrección: Maritza Vázquez y Lidia Pedreira
Diseño: Carlos Rubido

En esta selección colaboraron Elizabeth Díaz y Alejandro Expósito, de la Editorial Arte y Literatura

Todos los derechos reservados
© sobre la presente edición:
Editoral Arte y Literatura, 1985

Este libro ha sido procesado en el Combinado Poligráfico «Alfredo López» del Ministerio de Cultura, terminado en el mes de abril de 1985, «Año del Tercer Congreso», Ciudad de La Habana, 08-07

EDITORIAL ARTE Y LITERATURA
Palacio del Segundo Cabo,
O'Reilly no. 4, Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba

NOTA DE PRESENTACIÓN

Nuestra América, como llamara José Martí a esta porción del mundo, tiene ya en su haber, por la experiencia práctica de la realidad revolucionaria, una contribución de significativa sustancia al proceso de la historia contemporánea. En este ángulo geográfico, y en nuestro siglo, se han producido importantes acontecimientos de relieve universal y en su propia gestación han participado, con singular voluntad y entrega, hombres que trascienden los límites impuestos por las fronteras de un país para convertirse en voceros de todo un continente y en exponentes de una ideología que, por su propia esencia de clases, es internacional.

Esos hombres, los marxistas que han desarrollado su obra en nuestra América, se proyectan con la vigorosa autenticidad de unas vidas dedicadas, con plena conciencia, a la causa de los trabajadores. Por eso hemos querido reunir en este volumen algunos de los textos más significativos que, en el ámbito socio-cultural, produjeron en el trayecto de su existencia cuatro de las más pujantes figuras comunistas latinoamericanas: Julio Antonio Mella, cubano, José Carlos Mariátegui, peruano, Aníbal Ponce, argentino y Juan Marinello, también cubano, que resumen y simbolizan toda la obra creadora y militante de varias generaciones, y que representan en sí mismos a muchos de sus compañeros ausentes de estas páginas.

Los orígenes de esas obras se remontan a las primeras décadas del presente siglo, cuando nuestros países, sometidos a la dependencia del imperialismo, inglés en el sur y norteamericano en el centro, norte y el Caribe, luchaban por alcanzar sus primeras conquistas en el orden económico, político y social e impulsaban sus fuerzas, a raíz de la primera guerra mundial y dentro de una difícil y compleja lucha ideológica, por encauzar el movimiento de un proletariado emergente hacia el socialismo científico, aquel que fundamentaron con su teoría Carlos Marx y Federico Engels y que Vladimir I. Lenin enriqueció, tanto en el plano teórico ante las nuevas circunstancias históricas del desarrollo del imperialismo, como en el nivel de la práctica con el hecho irreversible del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre.

En la llamada «década crítica» —los años que median del 20 al 30—, como la calificara el propio Juan Marinello al analizar la situación cubana, y cuya definición podría ser igualmente válida para las naciones de nuestra América, se producirían importantes sucesos que transformarían, radicalmente, el sentido y los objetivos de la lucha política, económica y social en este continente. La acción del estudiantado en apoyo a la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba, Argentina, en 1918 y extendida a otros países latinoamericanos; las múltiples huelgas obreras en defensa de los derechos de los trabajadores y la fundación de poderosas centrales sindicales; y el surgimiento de los primeros partidos comunistas (Argentina, Chile, México, Uruguay, Brasil, Cuba y Perú), subrayarían el cambio que se iba operando en nuestras tierras y que lograría integrar, en los destacamentos de avanzada,

a las fuerzas y sectores más conscientes del movimiento obrero y de la intelectualidad democrática y antimperialista, en combate sostenido con las ideas reformistas y anarcosindicalistas que hasta entonces habían permeado al proletariado en nuestra región.

La experiencia de la Rusia soviética, el surgimiento del primer estado de obreros y campesinos y la creación de la Internacional comunista a la que se adhirieron los partidos comunistas latinoamericanos, se convertirían en impulso para el trabajo político e ideológico, que habría de desarrollar la vanguardia comunista entre los sectores más radicales del movimiento obrero, del campesinado pobre y de la intelectualidad progresista. El apoyo a la Revolución de Octubre, el estudio de las obras de Lenin, que se comenzarían a traducir y a editar en nuestro continente, permitirían el posterior desarrollo de las masas trabajadoras, en continua y ascendente confrontación con los regímenes burgueses aliados al imperialismo yanqui. De ahí que los hombres que abrazaron las banderas del socialismo científico tuvieran que asumir la necesidad de ser, a un tiempo, hombres de ideas y hombres de acción.

En este volumen hemos querido integrar los textos de Mella y de Mariátegui, dos de los fundadores de los primeros partidos comunistas de nuestra América, dos dirigentes políticos de estatura continental que se vieron urgidos a hacer de la palabra una vía de la acción política y transformadora de la sociedad y que utilizaron, con verdadera agilidad, el instrumento divulgativo de la prensa para combatir por el socialismo. Ambos asumieron la dirección de sus partidos y encabezaron la educación del movimiento obrero y de la intelectualidad progresista en el campo de la teoría y de la praxis, en medio de una feroz lucha de clases.

Julio Antonio gozó, gracias a su naturaleza física, de magníficas condiciones para llevar su palabra a la acción. José Carlos, impedido por la invalidez, tuvo que convertir su sillón de ruedas en campo de batalla. Mella, desde la colina universitaria avizoró, como ningún otro dirigente de la Reforma Universitaria en América Latina, que era imposible realizar una transformación en la educación, si no se realizaba, antes, una revolución social. Y alcanzó mayor estatura y trascendencia cuando unió su quehacer y su vida a la clase obrera y la guió y orientó desde el seno del partido.

Mas como la revolución social en nuestra América llevaba implícita la tarea de la liberación nacional antimperialista, Mella asumió también la esencia radical e igualmente antimperialista del legado de José Martí y encabezó el movimiento que lograría aglutinar a lo más progresista de la intelectualidad cubana, hasta unirla, con su propio ejemplo, a los obreros y a los campesinos en el seno de la revolución. Desde este horizonte, no fue menor el trabajo emprendido por Julio Antonio en la lucha ideológica que se entabló, a escala continental, contra el oportunismo y el revisionismo pequeñoburgués, que vino a manifestarse bajo las banderas del APRA encabezado por Víctor Raúl Haya de la Torre. A su pluma, a su agudeza y a su conciencia de clase se debe uno de los trabajos teóricos más sólidos y actuales del pensamiento marxista-leninista en nuestra América. Por ello, y ya muerto Mella, en 1930 apareció publicado este ensayo, en dos de los números de la revista Amauta *que dirigiera, en Perú, José Carlos Mariátegui. Unos años antes, y en defensa del dirigente comunista peruano, Julio Antonio había dirigido una airada protesta ante el encarcelamiento del Amauta en un hospital militar por el régimen reaccionario de aquel entonces.*

La sensibilidad de Mella y su visión de futuro le permitieron, en más de una ocasión, y a pesar de la brevedad de su existencia, apreciar lo nuevo que surgía en el arte y la cultura al calor de Octubre. También, y por su madurez ideológica, supo condenar la debilidad de quienes, atados a su propia medianía pequeñoburguesa, no superaban los límites de una protesta reformista; o de quienes creaban un arte no del mañana sino una nostálgica y decadente producción del ayer. Válidas son sus notas sobre La zafra, *de Agustín Acosta. Y estimulantes sus glosas martianas y su visión del intelectual comprometido, de la actuación partidista que refleja en todos sus trabajos teóricos y divulgativos. La problemática de la cultura y el socialismo no sería ajena al quehacer y al interés de Julio Antonio Mella quien supo ver, desde su incipiente gestación en la Unión Soviética, el nacimiento de una nueva sociedad, y por ende, de una nueva cultura, verdaderamente humanista.*

Como el comunista cubano, José Carlos Mariátegui tuvo la responsabilidad de educar a la clase obrera y de trabajar sobre la conciencia política e ideológica de la intelectualidad peruana y latinoamericana en general, de combatir a favor del campesinado indígena, esa gran masa irredenta que, como apuntara Martí, no podía continuar marginada de la transformación de la sociedad si queríamos hacer andar a América. Por eso, y con la sustancia de su talento, Mariátegui pudo acometer la empresa de interpretar la realidad de nuestra América, tomando como ejemplo concreto para el análisis a Perú, desde la óptica del marxismo-leninismo, haciendo uso científico del instrumento del materialismo histórico. Sus famosos Siete ensayos *recorrerían entonces todo el continente, y jóvenes como Rubén Martínez Villena lo tomarían para nutrir su propia labor y darse a la valoración y al análisis de la problemática específica de su país. De esta forma José Carlos se convertía, de hecho, en maestro de una generación y en teórico del marxismo-leninismo en América Latina.*

Al igual que Julio Antonio, Mariátegui fue impulsor de la Reforma, la que apoyó desde la prensa. Y como el joven cubano, fue también de los que entendió la necesidad imperiosa de un cambio sustancial de la sociedad, como condición imprescindible para acometer cualquier transformación de la educación y de la cultura, transformación de raíz histórica que sólo podría ser realizada por un proletariado devenido ya clase para sí. De ahí que sus trabajos periodísticos, expresión mayoritaria de su obra escrita, sirvieran de cátedra para educar a los trabajadores y dotarlos de un arma científica que les permitiría llevar a vías de hecho la revolución social.

José Carlos, limitado en sus movimientos, ganará la batalla en el tiempo y hará de su palabra un instrumento para la acción, porque haciendo efectivas las palabras de Marx, no sólo buscaría la explicación sino la transformación de la realidad. Conocedor de los cambios que se estaban operando entonces en el mundo, partidario fervoroso, desde sus orígenes, de la Revolución de Octubre y crítico, también desde sus inicios, del fascismo, al que pudo valorar durante su estancia en Italia, Mariátegui se convertirá, a pesar de su vida interrumpida en plena labor, a los treinta y cinco años, en la primera figura del marxismo-leninismo en nuestro continente, tanto por la agudeza y calidad de su expresión como por la profundidad de los conceptos.

Los trabajos que aquí presentamos del Amauta peruano entran al análisis del orden social capitalista y también tocan, en su médula, el proceso de decadencia que éste genera en toda manifestación artística. La cultura burguesa es examinada en su esencia y no en su apariencia por quien la siguió y conoció con verdadero rigor profesional; con el mismo rigor son analizados los problemas de la expresión cultural de nuestra América en las primeras décadas del presente siglo. Como Mella, Mariátegui pudo valorar los primeros brotes de la cultura nueva y a partir de la confrontación establecida entre el arte burgués y el arte proletario pudo plantearse, en el plano ético y político, la problemática de la responsabilidad del creador, del intelectual ante la historia. Hombre de partido, José Carlos como Julio Antonio, fue un escritor comprometido y militante. Frente al APRA estará la acción teórica y práctica del partido y de su fundador, en un debate ideológico donde el Amauta abogará siempre por la defensa del marxismo-leninismo, de su pureza científica y de su esencia clasista y revolucionaria.

En este volumen aparecen también trabajos del argentino Aníbal Ponce. Si Mariátegui y Mella fueron hombres de partido en el sentido de ser sus fundadores y militantes de filas, Ponce es un hombre de militancia comunista que no llegó a integrar, en calidad de miembro, ningún partido, pero que sí supo, con su vida y con su obra, como lo afirmara en más de una ocasión Juan Marinello, ser un hombre de partido, un militante de la revolución socialista, y uno de los más agudos y penetrantes teóricos del marxismo-leninismo en nuestra América.

Como Julio Antonio Mella, Aníbal Ponce participó, en su juventud, en el movimiento de la Reforma Universitaria que se iniciara, precisamente, en su tierra argentina. Y como José Carlos Mariátegui supo hacer de la palabra una vía efectiva para la acción transformadora de la realidad social. Pero Ponce no llega a la teoría marxista-leninista por el sendero de su origen de clases, ni por la acción política del luchador proletario, sino por la vía científica, hecho éste que se repite en más de una oportunidad entre los sectores de la intelectualidad democrática y progresista de América Latina, hasta nuestros días.

En su calidad de científico, de notable especialista en el terreno de la sicología y por su propia sensibilidad humana y su formación liberal, donde encontramos la huella de José Ingenieros, Aníbal Ponce une su vida a la causa de los humildes y a la defensa del socialismo marxista-leninista, lo que lo lleva a sufrir persecuciones en su patria y a vivir la desgarrante experiencia del exilio. Combatiente por la paz, luchador por la causa de la humanidad en medio de la creciente fascista, que conocerá durante su viaje a Europa y que se recrudece en los años 30, Ponce es de los hombres que, desde los primeros momentos, apoya la causa del pueblo español en los trágicos días de la guerra civil. Su estancia en la Unión Soviética, como la propia visita que realizara Julio Antonio Mella al país de los soviets, contribuyó a madurar su existencia y lo integra, a plenitud, a la causa del proletariado. En México, donde se ejercita como profesor universitario bajo el clima propicio de la revolución y de la presidencia de Lázaro Cárdenas, Aníbal Ponce se une a otros revolucionarios latinoamericanos y, en particular, entabla generosa amistad con el comunista cubano Juan Marinello.

En los trabajos que presentamos, Aníbal Ponce, verdadero estilista de nuestro idioma, escritor de extraordinaria sensibilidad lingüística, expone el análisis de la sociedad capitalista y valora el proceso de las crisis congénitas del sistema y sus manifestaciones más reaccionarias, como el fascismo y la proyección de esta ideología en el terreno de la cultura. Como Mella y Mariátegui, Ponce logra penetrar en la sustancia de las contradicciones del capitalismo y también enjuicia lo nuevo que emerge en la transformación de la sociedad y que entonces comenzaba a madurar en tierra soviética. Por eso de su pluma surgen trabajos teóricos de inapreciable valor y profundidad, como aquellos que lo llevan al estudio del realismo y del humanismo en su devenir histórico hasta concluir en el socialismo.

Las páginas de este volumen se cierran con algunos textos del mayor ensayista cubano de nuestro siglo, Juan Marinello. En ellas entregamos a los lectores una selección con algunos materiales de su juventud, en tránsito hacia su espléndida madurez. Si Mella cayó, a los veintiséis años, bajo las balas del machadato, si Mariátegui murió de su invalidez en fecha temprana, si Ponce fue víctima de un desgraciado accidente automovilístico que quebraría su existencia, Marinello fue el único de los marxistas que aparecen en este conjunto que pudo vivir la experiencia de una Revolución socialista en el poder, en nuestra América. Esta vivencia personal, que es resultado de todo un quehacer colectivo, da a su obra la perspectiva de la que, por lógica de la historia, carecen sus compañeros de antología y es de por sí un justo homenaje, que el propio Marinello rindiera, con su vida y su obra, a aquellos con los que compartió ideales y luchas.

A Julio Antonio Mella lo unió el proceso de la Reforma, la lucha antimachadista y el combate por la liberación nacional y la revolución social. Fue su amigo y compañero, su abogado en las horas difíciles, junto a Rubén Martínez Villena. Estuvo al pie de su lecho cuando la huelga de hambre que sostuviera Mella durante dieciocho días. Con José Carlos Mariátegui

intercambió una fecunda correspondencia que identificó sus mutuas inquietudes por el destino de nuestra América. En México nació su entrañable y fraterna amistad con Aníbal Ponce. Y en sí mismo, Juan Marinello fue resumen de toda una generación de intelectuales revolucionarios, en nuestros pueblos. Nació en medio de una familia adinerada y fundió su vida y su obra, por su sensibilidad y su conciencia, a la clase obrera. Vinculó su cultura y su ciencia a la política y las integró en su universal humanismo.

Entre los cubanos fue de los primeros en descubrir y divulgar el verdadero pensamiento, la estatura total de José Martí, y fue él mismo un martiano de esencias. Los problemas del arte y de la literatura y de la inquietud intelectual se integraron en la acción y en la teoría de Juan Marinello hacia la creación mayor de la patria socialista, esa que él contribuyó a gestar en tiempos difíciles, en cárceles y exilios, en el clandestinaje y también en los escasos momentos de legalidad, como en los días de la Asamblea Constituyente. Luego, y una vez el proletariado en el poder, Marinello tuvo la satisfacción de hallarse entre los constructores del socialismo en Cuba, en tierras de nuestra América. Sus sueños se veían superados por la realidad.

Intelectual de fibra, poeta por naturaleza, en su prosa se manifestaría la vena lírica, aquella que hizo su aparición en su único poemario, Liberación, *y que, en algunas ocasiones, volvía a tomar la forma del verso. La crítica, el ensayo y la palabra viva de la oratoria encontrarían mayor hondura y belleza en Juan Marinello. Y como Mariátegui y Mella, como Ponce, supo calar en profundidad, así lo demuestran sus textos, y pudo analizar la cultura que crecía con el socialismo en la URSS y que ahora él veía germinar también con acento latinoamericano.*

Las relaciones entre la política y la estética, la moral y la cultura, el compromiso partidista del intelectual con la revolución, la proyección del arte y de la literatura en su deber social, la obra de Martí, la creación literaria y artística latinoamericana y en especial la cubana, fueron temáticas recurrentes de su quehacer intelectual y aparecen en estos textos, con ese acento suyo, pausado y firme, viril en la prosa y en los conceptos, apoyado siempre en una sólida base científica. Marinello, por su constante y renovado ejercicio de la dialéctica materialista y del materialismo histórico, es estímulo para los jóvenes que se adentran por esta compleja senda del trabajo cultural.

Si en la evolución del movimiento obrero latinoamericano y en la propagación de las ideas marxistas Luis Emilio Recabarren, el fundador del Partido comunista de Chile fue el precursor, Mella, Mariátegui, Ponce, y sobre todo Juan Marinello son el desarrollo y la consolidación del marxismo-leninismo en nuestra América, en el terreno teórico y en la praxis, en la interpretación científica de nuestros problemas y de nuestros intereses. En la manifestación y estudio de nuestra cultura, ellos han contribuido al enriquecimiento del marxismo-leninismo, con el análisis, interpretación y valoración de esta región donde nuestros pueblos han comenzado, también, a gestar para la humanidad la esperanza de la paz y de la justicia social, con el socialismo.

Por eso, al concluir esta nota de presentación que no ha pretendido hacer las veces de un prólogo, queremos subrayar que el presente volumen no es sino un modesto homenaje a todos aquellos que, simbolizados en Mella, Mariátegui, Ponce y Marinello, han contribuido a la difusión, el desarrollo y la victoria del marxismo-leninismo en nuestra América, y en especial, a todos aquellos que han entregado su vida a esta hermosa epopeya.

MERCEDES SANTOS MORAY

NOTA DE LA EDICIÓN

Al presentar esta antología hemos querido brindar a nuestros lectores una edición actualizada y unificada dentro de la limitación que representa agrupar autores tan disímiles como ricos en su expresión.

Para ello nos hemos visto obligados a hacer algunas correcciones aunque respetando al máximo el estilo de cada autor. Se ha unificado la grafía de los nombres extranjeros en los cuales ha habido vacilaciones; hemos unificado la grafía de ciertos vocablos adoptando para cada autor aquella forma en que aparece con más frecuencia o también cuando dicha forma lleva implícita una especial carga semántica. La puntuación ha sido modificada únicamente para lograr mejor comprensión del texto.

JULIO ANTONIO MELLA

Nació en la ciudad de La Habana, el 25 de marzo de 1903. Estudió la primera enseñanza en los Estados Unidos, adonde acompañó a su madre, Cecilia Mac Partland. De regreso a Cuba hizo el bachillerato. En 1921 ingresó en las facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. En 1922 fue nombrado administrador de la revista Alma Mater, *en la que colaboraba. En 1923 encabezó la Reforma Universitaria y fundó la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), así como la revista* Juventud. *Creó la Universidad Popular José Martí. En 1924 ingresó en la Agrupación Comunista de La Habana. Fue nombrado también presidente de la Federación Anticlerical. En 1925 desarrolló una activa vida política. Publicó su trabajo* Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre. *En ese mismo año creó, junto a otros revolucionarios, La Liga Antimperialista de Las Américas. En agosto participó, con Carlos Baliño y otros militantes, en la fundación del primer Partido Comunista de Cuba. En ese año se produjo su legendaria visita al barco soviético «Vatslav Vorovski» en la bahía de Cárdenas. El Consejo de Disciplina de la Universidad ordenó su expulsión temporal del centro. Mella envió a las autoridades su enérgica protesta. El 27 de noviembre fue detenido por policías machadistas y enviado a la cárcel. Entonces sostendría su histórica huelga de hambre. En enero de 1926 parte en exilio hacia Centroamérica. Días más tarde llegó a México. En ese mismo año ingresó en el Partido Comunista mexicano. Publicó sus* Glosas al pensamiento de José Martí. *En 1927 asistió al Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, en Bruselas, Bélgica. En marzo visitó la Unión Soviética. De regreso en México sostuvo una activa batalla política. En 1928 publicó su texto* ¿Qué es el ARPA? *Matriculó Derecho en la Universidad Nacional y fundó la Asociación de Estudiantes Proletarios. Colabora con el periódico comunista* El Machete *y otras publicaciones. El 10 de enero de 1929, víctima de las balas de los esbirros machadistas, cayó herido mortalmente en Ciudad México y falleció al día siguiente.*

NUESTRO CREDO*

Alma Mater es el nuevo órgano de los estudiantes cubanos, antes existía *Varsity;* el fundador de esta revista Tomás R. Yanes, próximo a graduarse, se retira de la vida periodística y nos deja encomendada la obra que él principió.

Nosotros laboraremos con energía y entusiasmo por todo lo que es beneficioso a la clase estudiantil cubana.

La Ciudad Universitaria, bello ideal de nuestro Rector, encuentra en nosotros unos decididos defensores.

Es una obra para el mejoramiento de la juventud cubana, para facilitar el progreso.

El Stadium, la aspiración de toda la juventud sin distinción de banderas, debe realizarse; la Comisión Pro-Stadium encontrará en nosotros unos fanáticos de la idea dispuestos a servir de propagandistas entre los graduados a quienes corresponde el honor de erigir ese monumento que será el orgullo de la ciudad.

Laboraremos por la unión de todos los estudiantes cubanos en una Federación que nos haga fuertes y capaces, para defender nuestros derechos, para progresar, para aprender cuando jóvenes las conveniencias de la hermandad, de la unión, y así aprender a encontrar en el mañana la solución a nuestros problemas nacionales.

Por medio de este órgano los estudiantes cubanos se comunicarán espiritualmente con todos sus compañeros que hablan el idioma de Cervantes en ambos hemisferios, y divulgaremos así la cultura, el valer de la juventud intelectual cubana.

Y esto, es obra beneficiosa a la patria.

Por ella laboramos, para ella nacimos.

En política somos hoy los mismos, los estudiantes cubanos; los que ayer supieron protestar del abuso y de la intromisión filibustera, en nuestros asuntos patrios, en virtud del derecho de la fuerza, no pueden cambiar.

No podemos cambiar aquellos que inspirados en los principios de Martí, supimos rebelarnos contra algunos elementos inconscientes, cuando éstos pretendieron manchar la dignidad de un título universitario otorgándoselo «honoris causa» a un sujeto que podía ser muy honorable en tierra extranjera pero aquí, en territorio nacional, simbolizaba la tiranía, tan sólo.[1]

Nuestras relaciones con el Claustro Universitario serán siempre cordiales, pero protegeremos a nuestros compañeros, no permitiremos la ejecución de ninguna injusticia y daremos nuestra protección a todos aquellos ideales de reforma y progreso que están en la conciencia colectiva. Estudiantes del si-

* *Alma Mater*, año I, no. I, p. 9. La Habana, noviembre de 1922. Este artículo y todos los que aparecen en la presente edición referentes a Mella han sido tomados de *Mella. Documentos y artículos.* Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

[1] Todo parece indicar que se trata de Enoch H. Crowder, enviado a Cuba en 1919, para redactar el nuevo Código Electoral. *(N. del E.)*

glo XX no pueden ser regidos por principios hechos para seminaristas de hace dos siglos.

Nuestros procedimientos para obtener toda la serie de reformas que ansiamos, serán pacíficos, la petición del reconocimiento de nuestro derecho al progreso, lo haremos siempre de una manera mesurada, como debe ser para que no se quebrante nunca la buena armonía que debe reinar entre profesores y futuros graduados.

Somos optimistas, confiamos en la victoria, nuestra juventud y nuestros ideales nos incitan a luchar, y a triunfar.

Amén.

FUNCIÓN SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD*

Ya el profesorado universitario ha sido depurado aunque según dijo un eminente médico en la última sesión del Claustro hay que recordar la frase que se pone a las entradas de los manicomios: «No son todos los que están ni están todos los que son.» Pero en fin, algo se ha conseguido, la obra no podría ser perfecta y radical. La Asamblea Universitaria estará organizada y funcionando dentro del presente mes, el elemento sano, joven, vigoroso y liberal, el elemento estudiantil, tomará parte en el gobierno inyectando nueva savia al viejo árbol ya caduco, de la Real y Pontificia Universidad.

El Directorio de la Federación ha comprendido que aún queda algo grandioso por hacer, y que está en la mente de todos, esto es, la verdadera función de una Universidad en la sociedad, no debe ni puede ser el más alto centro de cultura una simple fábrica de títulos, no es una Universidad latina una escuela de comercio a donde se va a buscar tan sólo el medio de ganarse la vida; la Universidad Moderna debe influir de manera directa en la vida social, debe señalar las rutas del Progreso, debe ocasionar por medio de la acción ese Progreso entre los individuos, debe por medio de sus profesores, arrancar los misterios de la Ciencia y exponerlos al conocimiento de los humanos.

El Directorio, consciente de la verdadera obra de la Universidad, planea, ya en estos momentos, una fructífera campaña para hacer que la Nueva Universidad de La Habana, cumpla con su cometido en el conglomerado social en que vivimos.

Una Comisión de Instrucción Pública ha sido creada y ésta organizará escuelas nocturnas de la enseñanza elemental para adultos, clases de las ciencias sociales, y de todas las materias que comprende la Segunda Enseñanza. Y por último, series de conferencias dadas por los elementos más autorizados del país sobre todas las ramas del saber humano.

* *Alma Mater,* año II, no. 4, p. 11. La Habana, febrero de 1923.

ACTA DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DECLARANDO LA UNIVERSIDAD LIBRE*

Habana, 13 de marzo de 1923.

POR SI TE INTERESA

He aquí los decretos de la Federación de Estudiantes al proclamar la Universidad libre que textualmente dice:

Universidad Libre

A los trece días del mes de marzo de mil novecientos veintitrés.

Considerando el Directorio de la Federación que la clausura de la Universidad es una vergüenza Nacional, que sólo demuestra la incapacidad de los actuales Directores.

Resuelve

Abrir las clases para dar al pueblo de Cuba un alto ejemplo de civismo y cordura, mediante el perfecto desarrollo de cursos libres en todas las asignaturas con nuevos elementos.

Julio Antonio Mella
Secretario

Vto. Bno.
Sergio Viego
Presidente

LA CASA DEL ESTUDIANTE

Otra necesidad imperiosa para la existencia de la Federación es la construcción de la Casa del Estudiante. Los universitarios necesitan hacer la unión

* Este documento se encuentra en el Archivo Nacional, Fondo Especial.

material, lo mismo que han conseguido la unión espiritual. Muy unidos están hoy los universitarios por las anormalidades de la situación, pero el día que la victoria sea nuestra en todo, el día que no necesitemos la unión para luchar, nos dividiremos y entonces todos nuestros triunfos vendrían a ser nada. Para impedir la derrota es necesario que nos unamos fuerte e indisolublemente.

La construcción de la Casa del Estudiante sería el único medio de que los estudiantes todos permaneciéramos federados y progresistas.

Una Casa-Club con taquillas, baños, gimnasio, salón de fiestas, bibliotecas, oficinas para las Asociaciones de Estudiantes y para el Directorio, sería el ideal de la juventud. Todos serían socios y si además se les concede a los miembros derecho de asistencia médica en las salas de los hospitales, especiales para los alumnos, como existe en otros países, habría hecho la Federación una obra verdaderamente digna de encomio por las ventajas que traería a los educandos.

Las cinco Asociaciones adquirirían mayor auge, serían ricas y tendrían más fuerza, porque según los planes proyectados para la realización de esta obra, una cuarta parte de la cuota que los alumnos paguen a la Federación es para la Asociación a que pertenezca el individuo.

No se crea que esto es algo imposible, depende de los hombres que lo lleven a cabo y de que sean hombres de acción y no ilusos soñadores.

EL CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIANTES*

Ahora sí podemos creer que el triunfo de los universitarios ha comenzado, pensamos que lo que falta es sólo obra que el tiempo y la perseverancia han de hacer: reformas de los planes de estudio, de los estatutos, por medio de la nueva Asamblea Universitaria, y por último, que el Gobierno nos devuelva lo que nos debe de la venta del viejo convento de Santo Domingo; pero hay algo trascendental al cual debemos los estudiantes echar mano enseguida, esto es la reforma general de la enseñanza en la República, los Institutos son, todos lo sabemos, la causa de la corrupción y de la inferioridad intelectual de la Universidad. A jóvenes que vienen mal preparados desde la Segunda Enseñanza, no se les puede pedir que adquieran una cultura sólida.

¿Qué se aprende en los Institutos?

¡Ah!, nada bueno. Los catedráticos, simples burgueses, sacerdotes de Mercurio, comercian con el puesto sagrado de mentores; unos dan clases particulares, aprobando a los alumnos que les pagan; otros, tienen Academias, focos de cretinismo e inmoralidades, o reciben sueldo de los colegios incorporados para tan sólo no suspender a los alumnos. De muchos es conocido lo que vale el cuestionario de preguntas en ciertas asignaturas de Ciencias, en Pinar del Río; lo que cobra un profesor en La Habana para que le asistan a sus colegios; lo que valen unos días de clases para saber una asignatura y aprobarla en Matanzas; la fuerza de las influencias en Santa Clara; la descomposición administrativa en el de Camagüey; y en Oriente, como cuna y reducto de nuestras libertades y virtudes, el desbarajuste no es tan grande, mas sin embargo, adolece de ciertos defectos particulares además de los generales de la enseñanza y el régimen.

* *Alma Mater*, año II, no. 5, p. 11. La Habana, marzo de 1923.

La enseñanza es fragmentaria, inadecuada, en toda la isla, es una enseñanza de tiempo de la Colonia.

Los cretinos y los inmorales han asaltado las cátedras y desde allí, como venerables inquisidores, pretenden cretinizar e inmoralizar la niñez y la juventud.

Nosotros protestamos contra esto, pero la protesta que salga de estas páginas será nula, por eso invitamos a los estudiantes cubanos a la revolución, para conseguir las reformas. Es el único medio. Los universitarios lo sabemos bien, y nos dedicaremos a fomentarlo en toda la isla.

Para hacer una revolución y ganarla, el paso previo es hacerse fuerte. Las Asociaciones de Estudiantes de la Universidad así lo comprendieron y por eso, antes de ir a la lucha, constituyeron la Federación, que es la única causa de nuestro triunfo.

Los estudiantes cubanos, si quieren hacer sus reformas, deben primero constituirse en Federación Nacional. El Directorio de la Universidad invitará de un momento a otro para un Congreso Nacional de Estudiantes que se abrirá probablemente, el 1ro. de Mayo. Delegados de los Institutos de Provincias, de las Normales de ambos sexos, confraternizarán en un solo ideal con los universitarios y constituyendo una fuerte Federación harán la reorganización de la Enseñanza Nacional.

Si este ideal se realiza, como es seguro, podremos decirle a los cretinos e inmorales, parodiando las palabras de la Biblia: «En verdad, en verdad os digo que la hora ha sonado, la hora de la regeneración y seréis expulsados del reino beatífico en que os encontráis.»

LA CRUZ DEL SUR*

Dicen algunos periódicos que la Conferencia Pan Americana de Chile[2] ha fracasado. ¡No!, ha sido un triunfo grandísimo para nuestra raza.

Bolívar se encontró no vamos a decir frente a Washington, los soldados de la Libertad siempre son hermanos, se encontró frente a Rockefeller, y el triunfo no había que dudarlo, fue del genio de América.

Otras veces el yanki había podido hacer sentir su hegemonía bárbara sobre los pueblos de la América Latina, en que entonces imperaba el caciquismo y la codicia de los mercaderes del gobierno; pero cuando todas las naciones se unieron en el ideal grandioso del Libertador, entonces el filibusterismo que inició Roosevelt y que hoy sostiene Hughes, tenía que salir derrotado.

Buen ejemplo debíamos tomar todos los pueblos ibero-americanos de este gran triunfo, resultante de la genialidad irónica de los representantes de una nación pequeña en territorio, pero grande en cultura y progreso: Costa Rica.

Nosotros sentimos un momento de pesar y de duda, y era que tantas veces habíamos visto a cubanos hacer el papel de sumisos siervos de nuestro Amo, que pensamos, ahora íbamos a ratificar nuestra actitud; mas parece que nuestros delegados en la Conferencia no son de la madera de nuestros políticos y supieron ponerse al lado de la raza, del honor, del interés nacional.

El Yanki es poderoso; no debemos rebelarnos inútilmente, pero sí podemos protestar, escudados en nuestro derecho, de la violación de nuestra dignidad de pueblo soberano, no porque la protesta sea oída por lo que tiene de justa, los oídos de los mercaderes sólo perciben el ruido del oro, la eficacia de nuestra protesta estriba en que esos mismos mercaderes saben que la América virgen que anhelan para desarrollar su genio activo y emprendedor, llegará a odiarlos y a huirles, ante la repetición de los asesinatos de Haití y Santo Domingo, ante las imposiciones vergonzosas al gobierno

* *Alma Mater,* año II, no. 6, p. 11. La Habana, abril de 1923. Se incluyó este artículo por tratarse del enfrentamiento al supuesto «panamericanismo» de Estados Unidos, que tuvo importantes consecuencias en el plano de la cultura como lo demuestra el artículo de Mariátegui «El ibero-americanismo y el pan-americanismo» (ver p. 119 de esta antología), referido al mismo tema, pero desde una perspectiva netamente literaria y no política como es el caso de Mella. Nótese la coincidencia de posición de estos dos revolucionarios. *(N. del E.)*

2 Congreso Panamericano de Santiago de Chile de 1923: Es el quinto congreso panamericano de un total de diez organizados por el imperialismo norteamericano entre 1890-1938. El de Santiago de Chile tuvo lugar entre el 25 de marzo y el 2 de mayo de 1923. Su objetivo principal fue la aprobación del pacto Gondra, propuesto por el internacionalista paraguayo Manuel Gondra, que consiste en un tratado para prevenir conflictos entre estados americanos. Sería este proyecto el antecedente de la solución pacífica de los conflictos. *(N. de la ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.)*

de nuestra nación, ante el estrangulamiento de la Federación Centro Americana y los robos de repúblicas, terrenos y petróleo que convierte al país que gobernara Lincoln en una vulgar Isla de las Tortugas, guarida de piratas. Aprendamos el ejemplo saludable de la actual unión de los países latinos; en Chile, y cambiando la ruta de nuestra nave que erróneamente se guía por la Estrella Polar, dirijámosla por la Cruz del Sur; allí encontraremos la felicidad y la seguridad de nuestro pueblo y de nuestra soberanía.

El ideal de Bolívar debe ser nuestra aspiración, el de Monroe es nuestra muerte.

Los pueblos débiles de la América tenemos que escoger, entre caer en el seno de la gran constelación (?) del Norte atraídos e hipnotizados por su grandeza, o fusionémonos como pequeños asteroides en un nuevo Congreso de Panamá. Esta fusión no tiene que ser política y definitiva, como aspiraba el Libertador; nuestro atraso lo impide; pero mientras más unidos estemos los pueblos débiles del Continente, aunque sólo sea espiritualmente, más difícil le será al Corsario Rubio saquearnos y matarnos.

Sabemos que esta obra no la comenzará el gobierno, en nuestra América los gobiernos no comienzan ninguna obra, mas la actual juventud que tiene en sus manos el porvenir de la sociedad, puede hacer mucho en provecho de los ideales que han acariciado todos los grandes espíritus desde Bolívar y San Martín hasta Rodó y Chocano.

EL CONGRESO DE ESTUDIANTES EN SPRINGFIELD*

Los estudiantes latino-americanos de las Universidades de Yankilandia han tenido una buena idea; la de reunirse en un congreso para tratar asuntos de interés general; pero de asuntos que al parecer sólo interesarán a ellos, ha dicho uno que todos «somos americanos», sí, esto es verdad, de Alaska a la Tierra del Fuego todos somos americanos, ahora que Monroe, Hughes, Roosevelt y otros, como esos señores estudiantes (ya que de compañeros no tienen nada) interpretan el americanismo de una manera, y nosotros de otra. Todo lo que sea «estrechar relaciones comerciales», propagar la gran Kultura Yanki, en fin, todo lo que sea Pan-Americanismo, nos huele mal, nos llena de desconfianza, causa es, como ha dicho no sé quién, que todo el Pan-Americanismo resulta al final de estos dos hermosos vocablos que el «Pan» lo hacemos nosotros (los latinos) y se lo comen ellos, los americanos...

Hace algunas semanas recibimos en la Federación unas bases para la formación de una Liga de estudiantes Pan-Americanos, las oficinas estaban en Washington, en la «Unión Pan-Americana», la compañía esa de histriones

* *Alma Mater,* año II, no. 8, p. 9. La Habana, junio de 1923.

que han acordado darnos una representación aquí en La Habana dentro de varios años...

Los fines de la Liga eran «apretar» (así decía la infame traducción) los lazos comerciales, culturales y científicos entre los estudiantes de la América entera.

Se les puede acusar a los yankis imperialistas de todo menos de valientes porque hay que tener valor para invitarnos a «apretar los lazos comerciales», hombre ¡por las alas de Mercurio! qué más nos van a apretar si ya sacamos la lengua, ¿acaso no les basta tener Guantánamo, la Enmienda Platt, o sea toda Cuba y su honor, la mayor parte de los Centrales de azúcar, casi todos los bancos y casi todo el comercio en general?

Donde el valor llega a ser espartano es en atreverse a celebrar un Congreso Pan-Americano en La Habana, teniendo a la derecha a Santo Domingo y Haití, y a la izquierda a México; cuando vean a Crowder desayunando en Palacio, los empréstitos obligados a la fuerza para enriquecer a magnates de Wall Street, y las otras delicias que padecemos por el intenso amor a nuestros «libertadores», ¿qué dirán los delegados del Sur?

Si esta Conferencia se celebra aquí, sobre el cuerpo del delito de las hipocresías y maldades yankis, y no hay un gesto de sublime energía por parte de ninguno de los delegados cubanos o latinos, si soportamos esta burla en nuestra propia casa, podremos considerar que la dignidad ha muerto en nosotros para siempre.

Podríamos, si quisiésemos y estuviésemos capacitados, matar los negocios de esa compañía de teatro que se denomina Unión Pan-Americana.

JUVENTUD*

Una publicación más en la vida estudiantil cubana; pero es también la continuación de una ardua lucha comenzada cuando ingresamos en la Universidad, es el mismo ideal sostenido por los mismos hombres que hoy al cambiar de forma sólo cumple con el eterno: «Renovarse o Morir».

Antes fue *Alma Mater;* hechos de índole particular impiden que los que sostenemos la bandera del ideal de reforma universitaria, de defensa de la clase estudiantil, usemos el mismo nombre de ayer: mas, con distintas armas el mismo guerrero continúa la lucha.

Y triunfaremos como siempre...

Juventud es hoy una revista como deben tenerla los estudiantes cubanos, junto al humorismo propio de los jóvenes y de las noticias deportivas y

* Editorial de *Juventud,* revista de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, p. 9. La Habana, octubre de 1923.

universitarias, la ciencia, el supremo anhelo de los estudiantes, llena las principales páginas de esta publicación.

Si por ser la revista como debe ser, si por haber abolido lo gráfico, que no es propio de publicación de esta índole; y que nos traía gastos que no pagaban los lectores ni los anunciantes, se cree que la Revista ha perdido, estamos conformes, pues sabemos que los que piensan así son los amantes del oropel, del brillo, de la frivolidad; reconocemos que nuestra misión es más elevada hoy, y que los frutos serán mejores, esto basta para nuestra satisfacción.

Este primer número, como obra inicial, es defectuoso, no estamos contentos de él, la premura del tiempo, y las múltiples ocupaciones de los asuntos universitarios, nos han impedido hacer algo de nuestro gusto; pero cada número será mejor. Aseguramos que el número próximo será mucho mejor que éste; estará dedicado principalmente al Primer Congreso de Estudiantes.

Saldrá *Juventud,* regularmente el quince de cada mes, y el primero, un suplemento de ocho páginas con las últimas noticias, absolutamente gratis este último para nuestros lectores.

Saludamos a todos nuestros compañeros de Cuba y de nuestra América, a esa juventud única que plasma con ardor incansablemente el futuro del mundo.

Para, y por ellos, hermanos de ideal, sale esta publicación. Y a nuestros colegas de Cuba y del extranjero también enviamos nuestros más afectuosos saludos.

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS*

La Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, inspirándose en los acuerdos del primer Congreso Nacional de Estudiantes, quiere hacer constar, en ocasión de llegar a nuestras playas el Señor Vicente Blasco Ibáñez, que considera a dicho individuo nocivo a los ideales latinoamericanos y humanos que sustenta.

La Federación fundamenta las anteriores declaraciones en la campaña verbal y escrita, por todos conocida, del mencionado escritor en Norte América, donde vendió su pluma y su palabra al oro yanki, amén de otras ocasiones en que su intelecto mercantilista y utilitario, fue puesto a contribución de causas indignas.

El señor Blasco Ibáñez es un caso típico de condotierismo intelectual.

La Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, quiere salvar, por este medio la dignidad de la juventud estudiosa que representa,

* El Heraldo, p. 11, col. 2. La Habana, 19 de noviembre de 1923.

protestando en su nombre enérgicamente de cuantas manifestaciones de simpatía se hagan a dicho individuo, a nombre del pueblo de Cuba, del cual forma parte importante.

Por el Directorio de la Federación

Eduardo Suárez
Secretario

Vto. Bno.
Julio Antonio Mella
Presidente

Habana, 18 de Noviembre de 1923.

ACUSAN A BLASCO IBÁÑEZ DE HABER VENDIDO SU PLUMA AL ORO AMERICANO*

MELLA, EL PRESIDENTE DE LOS ESTUDIANTES, JUZGA AL AUTOR DE SÓNNICA LA CORTESANA. LA FEDERACIÓN NO LE ATACÓ COMO ESPAÑOL NI COMO ALIADO, SINO COMO DENOSTADOR DE LOS LATINOAMERICANOS.

Habiendo la Federación de Estudiantes Universitarios acordado oponerse a que el ilustre escritor señor Vicente Blasco Ibáñez, pronunciara la conferencia en la Universidad, para la que fue invitado por la «Fraternidad Alpha», el señor Julio A. Mella, Presidente de la Federación, hizo ayer las siguientes declaraciones, en que explica por qué los estudiantes rechazan al popular autor de Sangre y arena.

—Blasco Ibáñez *—comenzó diciendo el señor Mella—* paseó por los pueblos de la América Latina cobrando sus conferencias, enriqueciéndose, y después, cuando llegó a los Estados Unidos como le convenía a su mercantilismo, a sus ansias de oro, escribió *El militarismo mexicano*, una serie de insultos y mentiras sobre la república hermana de los aztecas. Ya no escribió más obras grandiosas, ya su pluma no fue la expresión del sentimiento: comenzó a llenar de halagos la vanidad del pueblo yanki, para que éste llenase de oro sus bolsillos. Se dedicó a escribir para el cinematógrafo. El hombre consagrado, espíritu honrado, todo lo vendió para obtener unas cuantas monedas. Fue el Judas de su ideal.

* *El Heraldo*, p. 1, col. 7 y p. 3, col. 1. La Habana, 21 de noviembre de 1923.

ESCARNECIÓ A LOS PUEBLOS LATINOS

Prosigue luego el señor Mella.

—A los pueblos latinos que visitó Blasco Ibáñez les dio, como pago a los homenajes que le habían tributado, el escarnio y la difamación más grande, por medio de artículos periodísticos en la prensa norteamericana.

Así hubiera hecho con nosotros. Así hace con todos. El antiguo socialista-republicano, ha claudicado; acepto la realidad triste el antiguo luchador; ante los ojos de la juventud pura, es un muerto putrefacto.

¡Paz a sus restos!

NO ATACAMOS AL ESPAÑOL

—No atacamos *—prosigue el señor Mella—* a un español como han querido hacer ver algunos malvados; no atacamos a un «aliadófilo», sino a un enemigo de la juventud cubana consciente, ya que sus ideales son contrarios a los nuestros. El Blasco Ibáñez de *La catedral* y *El intruso* no es el de *La reina Calafia* y *Mare nostrum*. Y como su personalidad física evolucionaba hacia la obesidad, su personalidad moral cambiaba.

DON QUIJOTE PASÓ A SER SANCHO

Sigue diciendo el Presidente de los Estudiantes:

—Don Quijote pasó a ser Sancho. Huimos de un Sancho, y queremos que comprendan nuestros compañeros que alrededor de ese «Sancho» se agrupan muchos «Sanchitos» como alrededor del mono su cría.

Los mercantilistas, los arribistas, son los que preparan estos actos para su personal lucimiento. Tienen establecida una Internacional, están unidos por el negocio y el exhibicionismo, como los simios: por la cola.

EL CARÁCTER DE LA CONFERENCIA

Por último el señor Mella dice:

—Que la conferencia fuese de carácter cultural tan sólo, no tiene nada que ver; a nadie se le ocurriría meter en su casa a un malhechor sabio y culto, mucho menos homenajearlo.

La Juventud Universitaria no puede hacer distinciones entre una inteligencia luminosa y una moral fangosa. Ésta ahoga a aquélla. Los hombres que dirigen o les hablan a los estudiantes, tienen que ser, como decía Díaz Mirón:[3] «firmeza y luz, como el cristal de roca».

[3] Salvador Díaz Mirón: Poeta mexicano (1853-1928). Influyó poderosamente en los líricos modernistas. Dirigió el periódico *El Imparcial* desde 1913 hasta 1914, y sus campañas políticas lo llevaron al destierro. Fue profesor de Mella en la Academia Newton, en La Habana. *(N. de la ed. cit.)*

La juventud de la América Latina es una sola: con nosotros o contra nosotros; no podemos aceptar contemporizaciones malvadas. El insulto a uno lo es a todos, y una moral en el clima frío del Norte lo es aquí también.

La Verdad y la Justicia son los más caros ideales de los universitarios. Por eso la Federación repelió a Vicente Blasco.

TODO TIEMPO FUTURO TIENE QUE SER MEJOR*

Existe entre muchos jóvenes un acendrado amor al pasado, que se manifiesta de distintas maneras, imposibilitándolos para la acción fecunda y necesaria en el momento actual, unos creen que al morir Martí terminó la historia cubana, que todas las epopeyas gloriosas terminaron, se agotaron; en el pasado siglo de las revoluciones emancipadoras, hubieran combatido a las órdenes de Maceo como el mismo Francisco Gómez, ese ejemplar de juventud heroica y malograda; su lira hubiera sido la épica de Heredia, capaces de todos los heroísmos «mambises», desconocen el heroísmo ciudadano, y aunque muchos no renieguen del presente aman con esterilidad el pasado más que el futuro.

Para éstos, las ideas y los conceptos de las cosas terminaron con la Revolución Francesa, para ellos la vida se detuvo el glorioso 4 de agosto;[4] abolidos aquellos privilegios, se abolió el privilegio.

Vano error de ilusos.

Quedan convertidos, como Lot, en estatuas de sal por mirar hacia atrás.

Desconocen —y por eso no actúan—, que vivimos una hora interesantísima en la historia de la humanidad, que hay una completa renovación de valores, que la historia espera nuevos Mirabeau, nuevos Danton, nuevos Martí, nuevos Bolívar, que realicen nuevos ideales ya pensados y resueltos en las conciencias humanas por los precursores de la nueva era.

* Editorial de *Juventud*, año I, nos. II y III, pp. 9 y 10. La Habana, noviembre-diciembre de 1923.

Julio Antonio Mella se enfrenta en este artículo al escepticismo y la inercia de aquellos jóvenes de la pseudorrepública que, insatisfechos de la vaciedad del ambiente que los rodeaba y en un constante anhelo de evasión, buscaban refugio en el pasado. Este fenómeno, recurrente en épocas y ámbitos diferentes, se traslada de la esfera política a la cultural, por lo que los cuatro precursores del marxismo en América Latina le salen al paso oponiendo a los «lothianos» —para utilizar la feliz expresión de Marinello— una concepción marxista de los fenómenos socio-históricos. Ver en este volumen: *La torre de marfil*, Mariátegui, p. 100; *Ramiro de Maeztu*, Ponce, p. 171; y «Una comunicación denunciadora» en *La vereda desusada*, Marinello, p. 327. *(N. del E.)*

4 Fecha en que la Asamblea Constituyente francesa de 1789 proclama la Declaración de los Derechos del Hombre. *(N. del E.)*

Hay necesidad intensa de apóstoles, de héroes, de mártires para el triunfo de la causa, y esos apóstoles, héroes y mártires, están en la juventud universitaria de Nuestra América.

El pueblo es libre, por lo menos así se le dice, no le hablemos de odiar a España, que no tiene la culpa de haber tenido gobiernos de la misma calaña que los que nos gastamos, calcados en los europeos, con todos sus vicios y algunos más, producto del calor tropical; tampoco de conquistar la «patria irredenta», si es peruano, o de prepararse para posibles guerras, si es chileno; quitémosle la frenética fantasía de establecer nuevas germanias en la América a los gobiernos decrépitos y ancianos directores de la vida nacional en la Argentina y en el Brasil; si existen algunos chacales o simios encaramados en las sillas presidenciales, como Gómez,[5] Saavedra[6] y Leguía,[7] procuremos ahuyentarlos hacia la selva donde están en su sitio; y si nos encontramos, como en Cuba, unos que son inmorales en nombre de la soberanía del país, y otros que venden el país en nombre de la moralidad, procuremos aplastar a unos y a otros, ya que están hechos del mismo material: de fango político.

Libertemos al pueblo, esa es la misión de la actual generación; es esclavo porque es ignorante de sus derechos, enseñémosle, vaciemos todos nuestros conocimientos sobre él, no dejemos que la educación clerical y la nacional le inyecten el veneno de la insinceridad y de la corrupción.

El corcel de la batalla espera enjaezado, partamos, no miremos hacia atrás; al arcaico y estéril «Todo tiempo pasado fue mejor», ha sustituido el «Todo tiempo futuro tiene que ser mejor», demostración efectiva de acción, de lucha; no hemos cambiado el sueño en el pasado por el sueño en el futuro, sino la lucha en el presente para hacer el futuro mejor.

Una cosa ha sustituido a la otra, de la misma manera que el siglo XIX sustituyó al XV, como la juventud sustituye constantemente a la vejez cumpliendo la sabia sentencia de González Prada:[8] «Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra.»

5 Juan Vicente Gómez: General y político venezolano, nació en San Antonio, Táchira (1861-1935). Presidente de la República desde 1908 hasta 1915; desde 1922 hasta 1929 y desde 1931 hasta 1935. Llegó al poder por un golpe de Estado y su gobierno se caracterizó por la supresión de las libertades públicas, por los asesinatos, la corrupción y la entrega de las riquezas nacionales al imperialismo. *(N. de la ed. cit.)*

6 Bautista Saavedra: Político y jurista boliviano (1870-1939). Presidente de la República desde 1921 hasta 1925. Gobernó tiránicamente y puso su gestión administrativa al servicio de los intereses extranjeros. *(N. de la ed. cit.)*

7 Augusto Bernardino Leguía: Político peruano (1864-1932). Presidente en la República desde 1908 hasta 1912. Se proclamó dictador en 1919. Llevó a cabo una política de represión violenta contra todo movimiento popular que pusiera en peligro los privilegios de la clase gobernante. *(N. de la ed. cit.)*

8 Manuel González Prada: Escritor peruano. Nació en Lima (1848-1918). Criticó acerbamente las concepciones estéticas y económicas de su tiempo. Emancipado de todo academicismo, creó nuevas formas literarias y modernas corrientes ideológicas. En su homenaje los estudiantes revolucionarios de Perú fundaron una universidad popular a la que dieron su nombre. *(N. de la ed. cit.)*

INTELECTUALES Y TARTUFOS*

Con el tiempo las grandes palabras, que expresaban grandes ideas, se han ido corrompiendo como ríos que encontrasen cerrados sus desagües propios. El torrente se convierte en pantano, la verdad en mentira, porque el torrente como la verdad necesitan del movimiento constante, de la agitación fecunda.

Libertad. Igualdad. Fraternidad. Patria. Derecho. Son bellas palabras aunque fueron grandes ideas ayer. Hoy, libertad es el permiso, de una casta a esclavizar a otras. Igualdad, el abrazo que se dan al asesinarse mutuamente los hombres en las luchas fratricidas. Fraternidad, la camaradería de los miserables esclavizados por un mismo amo. Patria, el huerto donde los pocos comen los frutos que los más cultivan. Derecho, la defensa de los más fuertes, al saciar sus apetitos.

Una nueva palabra va entrando en la clasificación anteriormente expuesta, en el rango de las palabras-tambor, diríamos así, por tener mucha sonoridad y estar vacías como los parches guerreros.

Esta palabra es: intelectual.

Al patricio, inculto, al señor feroz, al clérigo taimado, al noble vanidoso, al militar fatuo, ha venido a sustituir en el momento presente el intelectual rastrero. Pretende bajo un nombre que encierra una gran idea, establecer una nueva forma de tiranía tan odiosa como la del patricio, la del señor, la del clérigo, la del noble, la del militar. Concentra en sí todos los vicios capitales de los antiguos amos, más el refinamiento de su cultura que le permite con gran hipocresía aparentar que no los tiene formando así sus legiones de prosélitos.

Ha triunfado y ocupa todos los puestos altos de la vida, no los puestos cumbres.

Una montaña es una cumbre, un *carrousel* es una altura.

Están en las academias, en las universidades, lo mismo entre los profesores y rectores que entre los alumnos, y en los puestos del gobierno han encontrado su mejor habitación. Son como las pulgas en el órgano auditivo de los perros.

Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador!, o sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida, es aquel que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundizar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos.

A los que denigran su pensamiento esclavizándolo a la ignorancia convencional o a la tiranía oprobiosa no debe llamárseles jamás intelectuales. Guardemos las bellas palabras, que son pocas, para las cosas grandes, que son más pocas todavía.

* Editorial de *Juventud,* año I, no. VI, pp. 9 y 10. La Habana, marzo de 1924.

A los que venden las ideas como las hijas de la alegría sus cuerpos impuros, no les llamemos intelectuales, si fuesen del sexo femenino ya habríamos encontrado el epíteto, llamémosles tartufos, pero nunca intelectuales.

Intelectual fue Prometeo, tartufo Hermes. Intelectual Demóstenes, tartufo Alejandro. Intelectual Catilina, tartufo, mil veces tartufo, Cicerón. Intelectuales los poetas y filósofos e historiadores y tribunos de la Revolución Francesa, tartufos los poetas y filósofos e historiadores (tribunos no podían existir) en la época del llamado Rey Sol.

En el mes pasado dos figuras simbolizaron a los intelectuales y tartufos. A los últimos: Benavente, el arlequín comediógrafo. A los primeros: Unamuno, el gladiador de la pluma.

El autor de los *Intereses creados* al recibir la condecoración con que el gobierno premia su mediocridad servil, exclama: «¡No sé como hay quien dice que en España no hay libertad!...» Mientras tanto el ex Rector de Salamanca, grita su palabra, a nadie se doblega, a todos ataca, se diría que su pluma quiere convertir a España en un nuevo *Judío errante,* quiere hacerla caminar, para ver si de esta manera la hace vivir. Y el gobierno lo condecora con el laurel del destierro, como premio a su actividad sublime.

Uno se arrodilla al recibir la condecoración palatina, el otro se dispone a rifar su cruz de latón como quien rifase un buen ejemplar de la raza canina en una feria.

En la América, también en los últimos días, hemos visto a los intelectuales en funciones de un sacerdocio. Vasconcelos al dirigirse a los estudiantes peruanos, ridiculiza y conmueve el solio del trono capitalista del más rastacuero y sanguinario de los tiranos americanos, Leguía.

Ingenieros llama a este simio y al bisonte de Venezuela: «Los dos ascos de la náusea continental».

Varona,[9] el Maestro de la juventud universitaria de Cuba, lanza su palabra condenatoria desde las páginas de nuestra revista.

Palabras que podrán ser anuladas en estos momentos; pero la juventud sabe oír y guardar, como quien guarda un puñal en el pecho, para el «tiempo futuro que será mejor» tiempo, en que la juventud de hoy gozará el triunfo «por haber perseverado en un propósito noble y levantado».

9 Enrique José Varona: Filósofo y político cubano, nacido en Camagüey (1849-1933). Combatió por la independencia de Cuba. Dirigió el periódico *Patria,* fundado por José Martí. Redactó el manifiesto *Cuba contra España* (1895). Fue elegido Vicepresidente de la República en el período comprendido entre 1913 y 1917. Su pensamiento influyó grandemente en las jóvenes generaciones. *(N. de la ed. cit.)*

NOSOTROS*

EL CAMBIO DE EMBLEMA

AYER: La Minerva serena de los brazos abiertos, como anhelando abrazar a toda la juventud.

Era el símbolo de la Universidad. ¡El Alma Mater! A su lado una pareja de estudiantes hablaban... ¿de ciencia?... ¿de amor?... Con toda seguridad sobre esto. La pareja simbolizaba el alumnado frívolo y egoísta, símbolo del estudiantado de ayer.

Nosotros interpretamos el Alma Mater como la expusimos anteriormente, con los brazos abiertos para recibir en su regazo toda juventud, sin distinción de ninguna clase, para hacer cultos, y por lo tanto felices, a todos los hombres.

Por eso nuestras primeras luchas fueron por ella —por el Alma Mater de los brazos suplicantes— porque supusimos que luchábamos para todos.

Nuestro primer ariete fue *Alma Mater*, en honor y loor de la que creímos fuese diosa de la sabiduría para todos los humanos, cumplió su misión. Ayudó a demoler una Universidad medioeval.

Juventud, la revista de los estudiantes renovadores, la revista de los estudiantes que honran la Universidad y hacen la República digna de ellos, recibió como atavismo morboso el mismo emblema.

Con el tiempo nos convencimos de nuestro engaño.

HOY: El Eterno rebelde, he aquí nuestro nuevo problema. Sobre lo alto de una montaña cubierta de fuego y humo un joven ángel vigoroso y musculoso, en gesto de suprema rebeldía tiende el brazo derecho hacia los cielos, hacia las altas regiones de la vida moral.

Allí donde están las injusticias, donde se incuban todas las tiranías, como pretendiendo destruirlas con el gesto heroico de su brazo, igual que el gesto profético y sublime de Prometeo, mientras su mano izquierda puesta sobre el pecho parece querer sujetarse dentro de su alma todos los dolores, todas las tormentas que su misma rebeldía desata, y que la injusticia y la envidia de los mismos por que lucha exaspera.

He aquí lo que somos hoy, eternos jóvenes rebeldes, luchando en medio del fuego y del humo de la vida, luchando con las ideas en lo más alto del pensamiento humano para la liberación de la humanidad.

Por eso tenemos nuevo emblema porque está más de acuerdo con nosotros. Sabemos que para algunos esta renovación como todas las otras que hemos hecho en nuestra Revista, les causa desagrado, no nos importa, esta inquietud constante, este renovar continuo de ideas y cosas es la condición esencial de nuestro existir.

* *Juventud*, año I, no. VI, p. 66. La Habana, marzo de 1924.

CARTA AL REPRESENTANTE DEL PERÚ*

Señor Representante del Perú en Cuba.

Señor:

Una vez más la tiranía brutal establecida en vuestro país, digno de mejor suerte por sus grandezas, ha realizado un nuevo atentado a la libertad, ya no es una pretendida consagración de la República al Corazón de Jesús, tampoco es la inicua prisión y expulsión de un hombre libre; ahora el gobierno que usted presenta ha atacado la libertad de pensamiento, ha secuestrado el periódico *Claridad*, órgano de la juventud libre del Perú, y puesto en prisión a Oscar Herrera.

La Universidad Popular González Prada también ha sido lesionada injustamente. Uno de sus profesores, el compañero José Carlos Mariátegui, —valioso intelectual peruano— ha sido enviado a la cárcel por el solo delito de pensar libremente.

Los obreros y estudiantes de la Universidad Popular José Martí, indignados por esos atentados a la libertad han acordado, solidarizándose con los hombres libres del país hermano, protestar ante usted de esos atropellos, como representante de Leguía, para que envíe nuestras palabras al tirano que esclaviza aquel pueblo.

No nos importa que, a su juicio, estos asuntos sean exclusivamente de orden interior del Perú. Por encima de las ridículas líneas de las fronteras, los hombres renovadores del continente formamos una gran nación, por eso, un atentado a uno en el Perú es un atentado a todos en la Humanidad.

Aspiramos con esta protesta lejana dar a los actos vandálicos de un gobernante de una nación, la sanción moral del continente todo, sanción precursora de la material que los luchadores esperamos hacer a todos los tiranos de la América Latina.

Por la Universidad Popular José Martí,

Julio Antonio Mella

* *Juventud*, año I, nos. VII-VIII, p, 46. La Habana, mayo de 1924.

A LOS ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD POPULAR Y AL PUEBLO DE CUBA*

La Universidad Popular José Martí apenas cuenta un año de existencia, y ya marcha en sentido de renovación.

Esta institución formada por obreros y estudiantes libres, no puede estancarse como los organismos burgueses similares al nuestro.

Propagamos la cultura, sí, pero no la cultura hipócrita y oficial.

Nuestra cultura y nuestros esfuerzos tienen como fin revolucionar las conciencias de los hombres de Cuba para formar una nueva sociedad, libre de los parásitos y de los malhechores que cuenta la actual.

En el pasado curso tuvimos que luchar con múltiples dificultades. El efervescente temperamento tropical hizo que esta labor en los comienzos tuviera muchos adeptos, pero pronto lo arduo de la obra nos trajo las primeras bajas.

La Reacción entronizada más tarde en la Universidad, el fracaso ruidoso de la Federación de Estudiantes —su casi disolución al caer este organismo en manos de los jóvenes «sensatos», «de orden», etc., al abandonarlo el elemento renovador que realizó la Reforma Universitaria, por los cobardes temores de los jóvenes viejos y las intrigas y ambiciones de los mediocres que aspiraban a medrar, fueron las principales causas de la crisis por que atravesó la Universidad Popular José Martí.

Un grupo de estudiantes verdaderamente idealistas sostuvieron la bandera de la cultura revolucionaria. Las huestes obreras permanecieron fieles a sus deseos de mejorarse, de emancipación del dominio de la cultura y el Primero de mayo, cuando se clausuró el curso, eran profesores y alumnos la mitad de los que comenzaron la sublime labor en noviembre; pero esa mitad era sincera y llena de fe en el triunfo de la campaña. Por eso era fuerte.

Ahora abrimos el Curso de verano el domingo 13 de julio y la Universidad Popular surge más potente y más prometedora.

Valiosos intelectuales vienen a cooperar con nosotros. A dos de ellos también el abrazo —que nosotros demos— al pueblo trabajador. Ellos también reconocen que el mejor terreno donde sembrar semillas nuevas es en el elemento proletario. Él es el dueño de la futura humanidad. Es el esclavo rebelde de hoy, que no se revela para ser el amo, sino el hermano.

Como una visión clara de las cosas, y con el placer de luchar por la justicia, intelectuales y estudiantes ofrecen nuevamente al pueblo trabajador de Cuba, la Universidad Popular José Martí.

¡Obrero, ven a formar bajo nuestra bandera!

La cultura es la única emancipación Verdadera y Definitiva.

¡Intelectuales y Estudiantes, nos referimos a los que no se han vendido al régimen del dinero y del deshonor, acompañadnos en nuestra cruzada!

* *Nueva Luz,* p. 10, 3 de agosto de 1924.

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CUBA*

LA FEDERACIÓN ESTUDIANTIL SE DECLARA ENEMIGA DEL CAPITALISMO AMERICANO. MELLA, PRESIDENTE DE TODOS LOS ESCOLARES DE LA NACIÓN.

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

La Federación de Estudiantes ha hecho la siguiente declaración de principios.

Por vez primera en la Historia de Cuba todos los estudiantes se reúnen en un apretado haz para luchar por el mejoramiento de su clase y de los hombres todos.

La Confederación de Estudiantes de Cuba fue un sueño del Primer Congreso Revolucionario de Estudiantes, convertido en fructífera realidad por el entusiasmo y el idealismo de un grupo de jóvenes, que han sabido comprender las necesidades de la enseñanza.

Este nuevo cuerpo viene a luchar por los mismos principios del movimiento de enero de 1922. Principios que enunciados por la juventud cordobesa en 1918 llevaron a renovar las Universidades argentinas por el único medio posible, por el sagrado medio de la agitación revolucionaria, y después de iluminar el continente indo-americano prendieron en este país, donde llevaron a la lucha a una juventud sana y consciente.

Los estudiantes de Cuba reunidos en su primer Congreso dieron un voto de solidaridad a los universitarios por su actuación y se adoptaron aquellos postulados de los gloriosos estudiantes de la culta ciudad argentina al medio y a la época.

INDEPENDENCIA ABSOLUTA

De acuerdo con la Declaración de Derechos del Estudiante, la Confederación de Estudiantes de Cuba en el «orden educacional» luchará por obtener la independencia absoluta de las instituciones de enseñanza (Universidades, Institutos y Normales) del control del actual Estado, pues conoce por experiencia que el mejor funcionamiento de una institución se obtiene, por medio de la amplia libertad de acción de sus miembros.

* *El Heraldo,* p. I, col. 2 y p. 3, cols. 3 y 4. La Habana, 22 de agosto de 1924.

DEPURACIÓN DEL PROFESORADO

Luchará por obtener una verdadera depuración del profesorado. Ratifica y se solidariza con la expulsión de los catedráticos realizada en 1922 por la Federación Universitaria, opinando al igual que esta Institución que esos señores jamás deben volver a la Universidad cualquiera que sea el fallo de los expedientes iniciados y dejar de cobrar el sueldo que perciben por servicios que no prestan.

Propagará un franco espíritu de renovación ideológica en todas las instituciones educacionales de la República, y mientras tanto las ideas nuevas no arraiguen en la enseñanza, sostendrá una vigorosa hegemonía estudiantil para la realización de los ideales de renovación cultural. Sin hipocresías, que riñen con el carácter sincero de la juventud, reconoce que el progreso tiene que ser impuesto por los más avanzados y videntes de los nuevos ideales.

VOTO AL ESTUDIANTE

Los puestos de orden docente deben ser ejercidos por los más aptos, nombrados por los más justos, y los de orden administrativo deben ser nombrados por estudiantes y profesores en igualdad democrática, pues no se concibe que el derecho constitucional que el ciudadano analfabeto tiene de nombrar sus gobernantes le sea negado al estudiante culto.

En el «orden social» la Confederación de Estudiantes de Cuba laborará por la elevación cultural del pueblo, pues cree que únicamente por el dominio de la cultura podrán emanciparse los hombres. Reconociendo que nuevos ideales nacen constantemente en la conciencia de los pueblos proclama su antipatía a todos los principios que sostienen los distintos partidos políticos de Cuba.

ANTIPATÍA A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Esta antipatía ante las fuerzas triunfantes de hoy, lleva a este organismo a luchar por nuevos senderos, para formar una sociedad más igualitariamente justa y más democráticamente libre. Aspira a realizar en la República en toda su extensión y en su nueva acepción la frase del Apóstol: «con todos y para todos». Para la realización de estas ideas sólo encuentra en la sociedad actual como elemento afín al trabajador, hermano verdadero del estudiante (futuro trabajador) y del profesional.

En el «orden internacional» la Confederación de Estudiantes de Cuba declara que el mayor enemigo que tienen los pueblos de la América es el capitalismo imperialista yanki, que soborna gobiernos y corrompe opiniones públicas para ejercer su tutela sobre los países de Nuestra América, por esta causa se declara enemigo del capitalismo yanki y de todos sus aliados en el territorio nacional.

FRATERNIDAD AMERICANA

Demuestra sus simpatías hacia las asociaciones estudiantiles de Sur América que sustentan principios semejantes a los nuestros y hacia «The National Student Forum», organización de estudiantes de los Estados Unidos, que simpatiza con la ejecución de la justicia dentro y fuera de su país.

Hace votos por la unión de todas las juventudes del continente para luchar por la Humanidad futura.

Termina invitando a los hombres nuevos de Cuba a formar un frente único contra nuestros enemigos y a luchar por los ideales anteriormente expuestos.

Aprobado en la Universidad de La Habana a los 18 días del mes de agosto de mil novecientos veinte y cuatro.

Por la Confederación de Estudiantes de Cuba.

Julio Antonio Mella
Presidente

Leonardo Fernández Sánchez
Secretario

LOS FALSOS MAESTROS Y DISCÍPULOS*

Se ha dicho que no puede existir una Universidad sin alumnos. Esto es cierto pero más cierto aún es que no puede existir una Universidad sin Maestros. Hemos dicho Maestros, y no Profesores, porque creemos que hay alguna diferencia entre estos dos nombres.

Profesor podrá serlo cualquiera. Enseñar conocimientos aprendidos en viejos libros es cosa fácil. Lo difícil es la obra del Maestro. El Maestro es aquel que forma el carácter del alumno, y por lo tanto, el que moldea, como artista hábil el futuro de la sociedad en su aula: taller de obrero excelso. El Maestro es un sacerdote. Solemne y trascendental en su labor. El Maestro es el faro luminoso que señala la ruta a la juventud en el aula, y fuera de ella. Es aquel que no se olvida nunca. Es aquel que nos enseñó, junto con la Ciencia en la Universidad, la verdad en la vida. El que tiene la enseñanza como único fin de su existencia. Próspero invocando el genio alado de Ariel, en el momento de terminar su última lección, en el mito inmortal de Rodó, es el verdadero tipo del Maestro.

* *El Heraldo*, p. 14, cols. 7 y 8. La Habana, 16 de octubre de 1924.

La Nueva Generación universitaria está huérfana. No tiene Maestros que le hagan ver la belleza de las nuevas estrellas, que nuestros ojos débiles no presienten. Varona, el Próspero de Ariel, al decir del citado Rodó, ha callado. La ignominia de una Universidad medioeval, en pleno siglo xx, silenció su palabra de Profeta de la Juventud. Dos hombres cumbres quedan en la Universidad que podrían rendir su labor de Maestros: Rodríguez Lendián y Eusebio Hernández. Pero la Juventud no está para idealismos, para renovaciones fecundas del Alma Mater y de la sociedad. No anhela la palabra nueva. No conoce a los Martí, a los Rodó, a los Ingenieros, a los Vasconcelos. Hablan en lenguaje asirio para sus espíritus invadidos de un grotesco utilitarismo. Roosevelt, el «cazador salvaje»; Morgan, el nuevo pirata de Wall Street; Dempsey, el troglodita endiosado, y en Cuba los... ¿para qué citar? Toda esa canalla que triunfa, que domina, que dirige la República, fue Juventud como la gran mayoría de la de hoy. Caminan con la cerviz doblada y sobre sus hombros sostienen, como cariátides groseras, a sus ídolos: Sancho Panza, Tartufo y Hermes.

No existiendo Maestros no podía haber discípulos. He aquí la causa del adormecimiento de las reformas universitarias. Tipos llenos de la baba del servilismo, se hacen aparecer como conductores de la muchachada. Se pretenden erigir en apóstoles, no estando capacitados, ni siquiera, para formar parte de rebaños. ¡Tan bajos son sus valores morales e intelectuales! Mediocres hábiles, hipócritas vanidosos, se mueven en la sombra, y gritan, como ranas asustadas, cuando oyen el rumor de la verdad dicha por labios puros. Temen la polémica abierta como corderillo a las águilas. Son productos de la actual sociedad corrompida. Lucha con las mismas armas que en el exterior luchan los fracasados de la vida pública: la calumnia, la traición, la adulonería al fuerte, el desprecio al justo si es débil.

Estos tipos que la Juventud conoce, que los ve diariamente haciendo contorsiones simiescas en escritos para llamar la atención sobre sus personas, ya que nunca han sabido hacer nada de mérito, son los que traicionarán los ideales de la Revolución Universitaria si los estudiantes se dejan engañar por ellos. Son los que se unen a los Profesores-parásitos para luchar por la vuelta de los hombres repudiados por la agitación de 1923.

¡Juventud, Juventud, recuerda que eres un divino tesoro, que la humanidad adolorida sueña con regenerarse por el impulso poderoso de tus sueños y de tu energía! Recuerda, Juventud, que la Universidad es la fragua donde se hacen los luchadores de mañana. No claudiques ahora, que eres joven y que no has creado intereses. Lanza nuevamente tu grito de rebeldía vigoroso. Confunde a los traidores. Desprecia a los cobardes. Expulsa a los falsos Maestros. No permitas la entrada de los que te engañaron durante varios años. Toma el látigo de Cristo y arroja a los mercaderes del Templo de la Enseñanza: la verdadera religión de los hombres nuevos.

Rebélate ante los traidores y ante los amos. Pide Maestros jóvenes de alma que te enseñen la nueva verdad de la época. Envía los fósiles a los museos.

Juventud universitaria, en tus manos está el porvenir de tu casa y de la República. ¿Sabrás ser digna de tu misión? Yo creo que sí. Vivamos la hora más solemne de la historia de los pueblos.

EL NUEVO CURSO DE LA UNIVERSIDAD POPULAR*

Otra vez se han abierto las clases de la Universidad Popular. El día escogido para esta solemnidad fue el tres de noviembre, aniversario glorioso de la fundación de la primera escuela proletaria de Cuba. El entusiasmo entre profesores y alumnos es cada día mayor. El optimismo que se respira en las aulas de la Universidad Popular es la mejor demostración de la grandeza del ideal por que luchan los hombres que componen esta institución educacional.

La Universidad Popular José Martí, como cualquier otro centro docente similar, no es el arma definitiva y única con que el pueblo cuenta para su emancipación. Estamos muy lejos de realizar tal afirmación, pero creemos que cada organismo nuevo que se dedique a laborar por la emancipación de los hombres ha de ser muy útil. Así las universidades populares. Ellas destruyen una parte de las tiranías de la actual sociedad: el monopolio de la cultura.

Pedimos la cooperación, una vez más, de toda la juventud sana que se crea fuerte y capacitada para laborar en el mismo sentido que nosotros. El saber es un privilegio que trae algunos deberes. El tener pensamientos nuevos y no predicarlos es una traición. El sentir una honda inquietud espiritual y no descender hasta las masas populares para templar esa inquietud en las luchas diarias de la actual sociedad, es una estupidez nociva.

Estamos en la lucha, y estamos en nuestro elemento alegres y felices. Hoy la obra es superior al año pasado. Aún dista algo de ser lo que nosotros desearíamos que fuese, pero la culpa no es nuestra que hemos dado el máximum de nuestras capacidades.

Obreros, seguid en vuestros puestos. El proletariado instruido ha de marchar a la vanguardia. Es el puesto de honor en estos momentos de peligros.

Estudiantes, venid a engrosar nuestras filas. Hay placeres secretos en luchar por un ideal alto y noble que no sospecháis. No hay ideal más alto que la emancipación de los proletarios por la cultura y por la acción revolucionaria.

* Editorial de *Juventud*, año II, época II, no. IX, p. 10. La Habana, noviembre de 1924.

HABLANDO CON JULIO ANTONIO MELLA SOBRE LA REVOLUCIÓN UNIVERSITARIA*

Julio Antonio Mella está haciendo en Cuba la revolución universitaria, para lograrlo reúne en sí todos los elementos constitutivos del apóstol. Es joven, está bien inspirado, tiene comprensión de su finalidad y su destino. Cuando se le interroga explica su idea, su propósito, la trascendencia de su aliento. Tiene simultáneamente la salud física, y la consistencia moral. Su inteligencia parece circular libremente alrededor de los problemas más complejos. Habla con transparencia recortando cada período, ahondando en la materia acotada y extendiendo con incidental elocuencia sus observaciones precisas a los aspectos más ulteriores y diversos. Demuestra tener, pese a su voluntad, visión amarga del presente y visión óptima del porvenir.

—Este movimiento —*nos dijo*— se inició en Córdoba, en la Argentina, en el año 1918, y parece obedecer a un sentimiento instintivo, simultáneo, de nuestra raza, porque no tiene precedente ni se funda en adaptaciones de iniciativas exteriores. De allí se extendió a Chile, a Uruguay, a Perú. y a otras repúblicas de América. Lo original, lo prodigioso es que casi no ha obrado entre nosotros ninguna razón de contagio. Ha sido una aspiración común, de espontánea violencia, que la juventud americolatina ha sentido. La resultante de la guerra que asoló medio mundo, ha sido para la humanidad la brutal revelación de una verdad amarga. ¿Qué bienes se han derivado para la sociedad? ¿Qué provecho ha surgido de la falsa obra civilizadora? Después de lentos años de esfuerzos y de creación, estallan viejos rencores y toda esa labor se destruye, ¿con cuál objeto, con qué fin, en holocausto a qué progreso?

Ese ejemplo del viejo mundo, evidentemente, ha incubado esta rebeldía espiritual que tiende en nuestra América a encontrar fórmulas y a fundar en la sociedad nuestra, una ética política más humanitarista y más justa. Eso, en el orden doctrinal y con generalizaciones esenciales. Localizando el tema, diré que en Cuba la revolución universitaria es un hecho.

La primera jornada fue en enero de 1923. Nuestro objetivo lo simplificaré en esta forma: pedimos participación en el gobierno universitario, a fin de fiscalizar toda reforma en los planes de estudio —base de las inmoralidades actuales—; depuración del profesorado, a fin de que sea apto moralmente y capaz para los empeños pedagógicos, y, por último, lo más fundamental, la autonomía universitaria. Sin ella todo esfuerzo de reforma y perfeccionamiento será inútil. La realidad de nuestra situación comprende una lucha entre dos tendencias: la nuestra, la creadora, activa, ansiosa de fórmulas nuevas, reclamando procedimientos modernos, atención a las doctrinas y a las ideas contemporáneas, y la de un profesorado caduco, integrado por viejos fósiles, conmovedoramente ineptos, incapaces de quebrantar la venerable rutina.

* Arturo A. Roselló: «Nuestras entrevistas», en *Carteles*, no. 30, pp. 10 y 30. La Habana, 23 de noviembre de 1924.

En nuestra jornada de 1923 —*continuó diciéndonos Mella*— acusamos con cívica entereza a 15 profesores nulos. Los había viejos, incapacitados física y mentalmente para ninguna labor educativa. Los había también incapacitados en el orden moral, por especular con sus cátedras, por tarifar las notas y por vender las calificaciones con cinismo. Los había también viciosos, con vicios orgánicos, que contagiaban la población estudiantil, y, por último —esto resulta más frecuente con los catedráticos de los diversos institutos— quienes poseían academias particulares, estableciendo la necesidad de que cada estudiante fuera a ellas, a fin de no sufrir injustas calificaciones en los exámenes.

Contra todo eso nosotros nos erguimos. Protestamos de los catedráticos que igualmente especulan con los libros de texto. Con viejos compendios extranjeros fragmentariamente traducidos, componen un folleto incoherente. Lo editan, y siendo su valor material menos de un peso, obligan a los estudiantes a pagar por ellos cuatro o cinco. Y lo irritante es que esos libros son de una precaria eficiencia. Compuestos por sujetos de espíritu viejo, a quienes denominamos «catedráticos loros», no responden a ninguna aspiración de investigaciones científicas. Toda Universidad moderna tiende a un fin justo y alto de ennoblecedora belleza: hacer avanzar las ciencias. En nuestra Universidad no existe eso. El estudiante va allí, no a formar su organismo espiritual, ni a nutrirse de savia fecunda, sino a cometer el acto material de conquistar un título. Se le enseña con monotonía, fastidio. Un día y otro la misma gangosa voz, no explica, sino repite con tedio, una lección caquéxica. Esos catedráticos son los que, si enseñaran la cartilla, comenzarían por el «cristo» trayendo así a la clase un obsoletismo de su niñez.

Nosotros como resultado de nuestra campaña, obtuvimos que varios catedráticos fueran suspensos de empleo, pero no de sueldo. Esa irritante decisión produce este inaudito hecho: esas cátedras están sin cubrir, sus profesores andan viajando por Europa y el castigo que les fue aplicado por ineptos, se ha transformado en premio honroso y estimulador. Hoy, en la Universidad, casi todas las cátedras están cubiertas por adjuntos. Unos, por razones políticas, otros por su posición preeminentemente social, los catedráticos titulares que cumplen con su deber y llenan a conciencia su cometido son escasos. Se da el caso de que en la Escuela de Ingenieros se están dando clases gratuitamente. La tecnología es hoy, universalmente, un estudio fundamental y serio. En Cuba virtualmente, la electricidad tiene aplicaciones trascendentales especialmente en los ingenios. Sin embargo, en [ellos] todo el personal técnico es extranjero. Desde el jamaiquino que corta la caña, hasta el jefe de trapiches que la muele, todo el personal, con raras excepcio-

nes, es extraño. Los ingenieros, los directores, los químicos no son, en la generalidad de los casos, nativos... Esto tiene, en pura lógica, una explicación clara: en los últimos tres años no ha salido de nuestra Universidad ¡ni un solo ingeniero electricista! Justifícase, pues, que la industria azucarera esté pasando, con activo vigor, a manos extranjeras.

Esa progresiva absorción del capitalismo norteamericano en nuestro suelo —como en todo el territorio continental de nuestro origen— es resultante de la impericia, de la desatención que se presta por nuestros directores a los problemas educativos. No lanzo una afirmación vaga y empírica. Hay ejemplos, hay hechos, Santo Domingo, Puerto Rico, Haití, Panamá, Nicaragua, la propia México, la propia Cuba... Y ahora esa expansión llega hasta el Perú. El imperialismo norteamericano, en forma de capitalistas, de banqueros, de industriales, extiende sus garras tentaculares hacia la tierra del Inca. La vieja rivalidad Chile-peruana sobre Tacna y Arica dio a los Estados Unidos la oportunidad de un arbitraje. Y Perú, para ganarse un fallo adicto, abrió su tierra al invasor. Ahora los norteamericanos, a título de amistosos consejeros, fiscalizan la enseñanza, orientan la administración económica, han llevado allí hasta misiones avistorias, y lenta, pero seguramente, realizan la obra de desnacionalizar al Perú.

La autonomía universitaria *—continúa el señor Mella—* es nuestra finalidad inmediata. Obtuvimos, en 1923, la formación de la Asamblea que no ha resuelto, en la práctica, ningún problema, porque sólo sirve para darnos participación, cada tres años, en la designación de un Rector digno. Queremos una autonomía total, en la política, en lo administrativo y en lo económico. Mientras la Universidad esté supeditada a dependencias superiores, su marcha no se puede regular con esmero. Es preciso que las matrículas, que todos los ingresos de la misma, sean interiormente administrados. El Estado debe, tan sólo, como en todas las Universidades extranjeras, subvencionar a ese cuerpo docente. ¿Puede nunca una Comisión del Congreso conocer y aplicar los ingresos universitarios con la competencia con que puede hacerlo un claustro de profesores? La Universidad, manejando su dinero, sabe en la mejor forma en que deberá de emplearlo.

Actualmente hasta los planes de estudios se modifican con leyes del Congreso. Esa es una grave fuente de inmoralidad y de error. Casi siempre la modificación de un estudio y la creación de cátedras son cosas simultáneas. Y aunque esas cátedras se sacan luego a oposición, quien tuvo influencias para sacar una ley del Congreso, bien puede tenerlas para que la oposición no le sea adversa.

En los Estados Unidos las Universidades reciben con frecuencia legados considerables de sus alumnos ya graduados. Aquí, sin embargo, esa posibilidad no existe, mientras el Estado siga administrando sus fondos. Se dio el caso de que el Instituto Rockefeller quiso poner en nuestra Universidad un centro de investigaciones científicas. Al enterarse de que el Estado era quien administraba ese centro, desistió de ello.

Repito, por eso, que nuestro objetivo esencialmente, inmediato, directo, es la autonomía universitaria. Para obtenerla iniciaremos ahora una campaña incesante con redoblado brío, por la tribuna, por la prensa, por la acción si es necesario, por la violencia. Nuestra unidad de acción y pensamiento es absoluta y haremos, si los acontecimientos lo demandan, una huelga nacional. En Cuba como en todos los países donde el movimiento se realiza, contamos con la cooperación de los elementos radicales, de las extremas izquierdas, del proletariado consciente. La aspiración del obrero cubano recibe y comprende nuestra aspiración análoga. De ahí, concretamente, surgió la Universidad Popular, que hemos viabilizado y que realiza una extensión universitaria en nuestro suelo. Esa extensión universitaria, como bien se sabe, iba a hacerse por la propia Universidad. Pero entonces sería una cosa incolora, retrógrada, desvirtuada en su finalidad y en su origen. Nosotros llevamos hasta las clases populares, hasta los obreros gremiales, un saber complejo y dúctil, generalizado, consciente. Comprende desde los altos cursos, de naturaleza superior, hasta lo más elemental, que es el propio alfabeto. Hacemos, por lo tanto, un ensayo práctico de nuestra teoría constructiva. Nos mueve un plan.

La trascendencia de este movimiento, es, como se demuestra, infinita. La unión latinoamericana, que soñó Bolívar, fue hasta hoy utópica por la desconexión ideológica, espiritual de nuestra raza. Armonizándonos en una aspiración común de ideas, de progreso, de ideales, las repúblicas latinas de nuestro Continente responderán a una actitud compuesta y defensiva. Hasta hoy la política absorbente de Norteamérica fertilizó en nuestro suelo por la ignorancia y por la desorientación de los espíritus. La revolución universitaria despertará las almas. Y de la conmoción que a ese despertar sucede, surgirá, fúlgido como un sol, el porvenir de nuestra América.

¿BLASCO IBÁÑEZ REGENERADOR Y CAJAL CLAUDICANTE?*

Los últimos acontecimientos de la triste e infeliz España, que vive siempre en el ridículo y bajo distintas tiranías por la ignorancia ancestral y la maldad atávica de sus hombres directores, nos han hecho reflexionar sobre estos dos figuras de la vida pública de la nación, que llaman la Madre Patria, por estas tierras, los comerciantes enriquecidos, los fracasados intelectuales de ultramar y los nativos con miopía cerebral.

La tiranía que ahoga a España es insoportable, no ya por lo sangrienta sino por lo ridícula. Se concibe a un bruto como Pizarro o Nemrod domi-

* *Juventud*, pp. 13 y 34. La Habana, diciembre de 1924 - enero de 1925.

nando a un pueblo, pero nadie supone a un Gil Blas o a Sancho Panza capaces de tiranizar otra cosa que no sea una ínsula Barataria. Retratos de estos tipos son el Rey tuberculoso, y su escudero, el Jefe del Directorio: la horda que dirige los destinos del país que Colón hizo grande, sin necesidad de haber nacido en Pontevedra, como pretenden los historiadores del último cuño. España hace ya muchos lustros que es una ruina. La mediocridad, esa aristocracia de la verdadera canalla, es la que señala el rumbo a seguir en todo: política, táctica militar, finanzas y hasta arte, y algunas veces ciencia. Como representantes genuinos de ese medio, como arquetipos, como flora clásica de la tierra, Alfonso y Primo se han sentado en el puesto de honor. Doloroso es ver el coro nutrido que tienen los dos histriones en la representación de su farsa. Los que dentro de España contemplan el sainete son pocos, casi todos forman parte en la escena: adulando, callando o actuando. Los políticos expulsados con el puntapié de la bota de un crapuloso y sus compañeros de orgías, han demostrado, con un silencio o con sus declaraciones serviles como la del Conde de Romanones, que eran merecedores del castigo.

Sólo la voz del Unamuno y otros intelectuales se levantaron en son de protesta, como el lamento lúgubre de los supervivientes en una catástrofe. Ellos fueron los únicos vengadores de la dignidad humana en este estercolero que es la España de hoy. Después desde el extranjero, hastiado de sus ganancias, o quizás, nostálgico de sus luchas idealistas de la juventud, Vicente Blasco Ibáñez, el mercader novelista de renombre universal, se puso la armadura del Quijote y desde los cielos, novelescamente, lanzó sobre su país una lluvia de folletos incendiarios, que parecían destinados a destruir el trono del último Borbón. Asombro causó en los círculos políticos e intelectuales de España la actitud del autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis.* Asombro causó fuera de España ver a Blasco Ibáñez rejuvenecido y guerrero como si Voronoff hubiese injertado en su cuerpo glándulas, que ha tiempo debe tener muertas. No atacamos por sistema a un hombre y si hace acciones provechosas nos gusta reconocer el valor de ellas. Pero en Blasco Ibáñez encontramos algo de exhibicionismo y no parece sincero y leal en su campaña. Todos los días hace declaraciones, algunas veces contradictorias, sobre sus duelos, su valor, y otras cosas que no tienen que ver nada con las ideas ni los principios. Después, en el folleto publicado contra el Rey le encuentra como principal defecto que fue germanófilo. Nosotros creemos que tiene otros más graves, y, sobre todo, hablar en esta época a favor de algunos de los partidos imperialistas y filibusteros de la pasada gran guerra, parece sospechoso y extemporáneo. El capítulo a que nos referimos, más demuestra que Blasco Ibáñez es un simpatizante fervoroso y antiguo de Francia, que Alfonso XIII un incapaz. Por estas razones nos preguntamos, algunas veces, si todo no será nada más que una nueva forma de propaganda para la venta de sus obras y la popularidad de su nombre, popularidad que nada tiene que ver con la gloria y la consagración definitiva, que da la posterioridad o el juicio de los capaces.

El cable, esa cuerda epiléptica y mentirosa como una mujer pagada, nos ha traído otra noticia dolorosa: Ramón y Cajal, la gloria científica, el representante de la España de valor verdadero, salió del círculo de sus libros y sus instrumentos de investigación para opinar sobre el actual régimen y lo encontró admirable. Pocos días después, decía también el cable, justificaba sus anteriores declaraciones basándose en la gratitud que le tenía a la monarquía por ciertos favores y por haber restaurado la paz y el orden en el reino. «Entre la revolución que traería derramamiento de sangre, y la dictadura que ha traído la paz, yo no he titubeado en mostrarme partidario por la última. Ya se han acabado los pistoleros en Barcelona y el país progresa.» Estas palabras con la firma de Cajal vieron la luz, en puesto de honor y bien visible, en los diarios unidos al interés del actual caos de España, que son todos los diarios de la Capital, aun los que alardean de nacionalismo y libertad. No sabemos si será cierto el telegrama anterior; si lo es, nada de extraño tendría, pues ya ha demostrado Nicolai, el profesor héroe, que los intelectuales en general, como clase, son conservadores por naturaleza. Los sabios alemanes del manifiesto famoso bien lo demostraron. Todos eran más o menos eminentes, pero... sólo en la materia de sus estudios y predilecciones. Como tontos fanáticos unilaterales ellos dejan de ser hombres para adoptar cualquier otra profesión, siempre inferior.

A los que amamos la libertad para todos los hombres de la Tierra y sentimos los dolores de un pueblo, digno de mejor suerte, como si fueran los dolores de nuestro propio pueblo, la suerte de España nos llena de preocupaciones. España está pidiendo a gritos el Genio que la salve. Éste no acaba de aparecer. Una minoría aristocrática y un hombre verdaderamente representativo en la acción y en el pensamiento podrían llevar al actual feudo de los herederos directos de las barbaridades de los godos, hacia una situación que muchos anhelan y que nadie sabe cómo obtener.

Ninguno de los hombres que han medrado a la sombra de la actual o de la anterior situación de ignominia pueden ser los conductores del pueblo. Todos ellos están descalificados. Allá como aquí, en la América, lo que se necesitan son hombres nuevos que lleven a la nación hacia su destino salvador de acuerdo con las ideas nuevas que orientan a la humanidad hacia rumbos prometedores. Destruir esta situación para dar de vivir a unos cuantos, que teniendo el mismo espíritu de esta época, usan caretas nuevas, sería un acto de locos.

Las masas trabajadoras son las que tienen en sus manos el porvenir de España, como el de otros pueblos, pero allí es donde menos parecen dispuestas a cumplir su misión histórica. Están demasiado preocupadas por los fanatismos de algunos de sus *líders* sobre tal o cual punto doctrinal. Así, mientras la juventud muere en Marruecos y en las cárceles o en los patíbulos de la península, ella desde sus periódicos sostiene sesudas polémicas sobre la forma ideal de una sociedad futura. El alma retórica de Lucano aún domina en nosotros. En la antigua Metrópoli, en las que fueron sus colonias, lo interesante y práctico no es HACER sino DECIR. Así vamos hacia nuestra

ruina dolorosa. Resplandores anunciadores de una vida nueva se vislumbran en el horizonte. Bienvenidos, esos resplandores y los que conocen su trascendental significado. Que el espíritu de Ariel invada a la metrópoli como el de Loyola y Pizarro nos invadió a nosotros. Esta debe ser nuestra sagrada y digna venganza. Que la juventud de España sienta asco de su Cid y de su Santiago al compararlo con los ídolos de nosotros en su antiguo continente. Si España está atrasada en ideas, como una anciana abuela, no hagamos casos de los mercaderes que predican la unión en nombre de una raza apócrifa y matemos la España de hoy con el virus regenerador de los nuevos ideales de la Nueva Generación Americana.

VAS SPIRITUALE*

ANDRÉS DE PIEDRA BUENO

POESÍAS - HABANA

Un estudiante de los primeros años de la carrera, de esos que pasan, por su valer, su temprana seriedad y dedicación al estudio, desapercibidos para el resto de sus compañeros alegres y bulliciosos, acaba de publicar un libro de poesías.

Un libro de versos de un compañero de la Nueva Generación, era motivo suficiente para llenarnos de optimismo, pero cuando leímos el libro de portada azul, donde unas mujeres se arrodillan ante un cáliz místico, sentimos pesar y rebelión.

El doctor Juan J. Remos, que escribe «Vestíbulo» a manera de introducción, explica perfectamente las causas de nuestro brusco cambio. «Son flores blancas —dice— rodeadas por el candor y el misticismo. A través de los versos de *Vas Spirituale* se advierte la educación religiosa del autor; en toda la obra hay falta de independencia de criterio sobre las cosas mundanas [...]»

«Le oímos clamar muchas veces por la quietud y el retiro del monasterio.»

En las últimas líneas de este prólogo el autor hace votos para que la juventud no lo lea, condena el libro todo, al enseñar el veneno que contienen las páginas que presenta a los lectores: «Piedra en vez de tener la fe y el optimismo del que sabe luchar, se abandona al dolor [...]»

Explicado nuestro pesar por la aparición de este libro de un hombre joven que claudica de su juventud, y, que como ideal de su vida dice: «Señor,

* *Juventud*, año II, época II, no. XI, p. 26. La Habana, marzo de 1925.

vengo a tus plantas estando enfermo y hastiado [...]» y que pone a su libro un prólogo que es la mayor condenación de la obra, queremos explicar para que la Nueva Generación toda sienta con nosotros, nuestra rebeldía.

La causa de ese náufrago de la vida noble, de la lucha y del optimismo, de ese pobre enfermo que es nuestro amigo Piedra Bueno, de ese joven anciano a los 18 años, anhelante ya de la tumba, es la educación religiosa de los corrompidos y corruptos colegios religiosos de los jesuitas; contra ellos nos rebelamos asqueados, en nombre de toda nuestra juventud, aun en nombre de aquellos menos fuertes que nosotros, han claudicado de la grande y noble misión que los tiempos exigen a la generación primera del siglo XX. Proclamamos nuestra rebeldía para evitar que continúe para siempre ese asesinato de conciencia, que realizan los clericanallas en sus Colegios-Burdeles, para evitar que los jóvenes de mañana escriban versos como los de *Vas Spirituale*, y pongan en la carátula de sus libros como el símbolo de su carácter dos mujeres arrodilladas ante un cáliz...

(Compañero Piedra Bueno, a la candorosa sinceridad de tus versos, que son un insulto a la juventud de hoy, respondo con la ruda sinceridad de las anteriores líneas, que son un aliento a los jóvenes, que como tú, han dejado de serlo...)

LUIS L. FRANCO: UN POETA DE LA VIDA*

Presentamos a nuestros lectores jóvenes y puros a un nuevo poeta,[10] y a una nueva poesía. Sí, lo que ese cantor viril de la naturaleza hace con sus versos es para consagrarlo como poeta; y a su obra como un nuevo tipo en su género. No queremos decir que será un Pontífice creador de escuela, que es un revolucionario del léxico... No indagamos estos puntos, pero adivinamos, con absoluta certeza, que en sus obras es original y sincero, sencillo y salvaje y natural.

Como él dice, es su propio discípulo y maestro y sus versos «volubles, imperiosos y libres» están hechos con sol de lágrimas y hierro de sangre impetuosa.

Si en esta época se conocieran a los hombres por un sobrenombre, que diese idea de su carácter o el hecho glorioso de su vida, como en la antigüedad, a nuestro poeta se la adjuntaría el título de El Franco. La casua-

* *Juventud*, año II, época II, no. XI, p. 21. La Habana, mayo de 1925.

10 Luis Leopoldo Franco: Poeta, ensayista, historiador argentino, nacido en Belén (Catamarca), en 1898. Su poesía exalta la naturaleza, la vida del hombre, el amor y la belleza nacional. Entre sus obras figuran: *La flauta de caña* (1920); *América inicial* (1931); y otras. *(N. de la ed. cit.)*

lidad hizo de su apellido su carácter. Franqueza, fuerza, grandeza, son los elementos de su obra. El primero sobresale y es el continente de todas sus otras bellezas.

Poeta bucólico, desarrolla su genio en un género cultivado muy pobremente por la mayoría, debido a la falta de comunión, de identidad absoluta entre la Naturaleza y el Yo. No así Luis L. Franco. Canta lo que vive y vive lo que canta.

Ya hemos dicho que no debemos buscar antecesores a la poesía del autor del *Libro del Gay Vivir*.

El vate argentino es un helénico, que hubiese leído y asimilado a Nietzsche. Está más allá del «bien y del mal», y rogamos no lo lean los niños cloróticos de salón, ni los jóvenes enfermizos de los burdeles; pues podrían sentir al conocer sus versos, el mismo malestar que siente la carne débil, enfermiza, sin sol, cubierta de trapos antihigiénicos en las ciudades, al recibir la bendición santa del agua cristalina y tibia de los arroyuelos de los campos libres. Se le erizaría el espíritu, como al contacto de algo desagradable.

Para comprender a esta poesía hay que traer corazón de hombre libre en torso de hombre fuerte, como quería Rodó hay que haber gozado rememorando las grandes fiestas del espíritu y del cuerpo de los helenos en sus juegos Olímpicos Píticos y Nemeos.

Hay que haber asistido en el Yo al intenso combate de Cristo con Nietzsche, y gozar con el triunfo de éste, y la derrota posterior del victorioso hasta triunfar el Yo, interno, libre y soberano. Hay que estremecerse de placer de Guyau. Hay, en fin, que no ser «civilizado» y tener horror a la ciudad asfixiante y amor al campo puro y sano. Sólo entonces se amará a esta poesía; porque sólo entonces se comprenderá...

No será, como decía Darío de sí mismo, un poeta popular. El pobre pueblo no sabe de aire, de luz, de carne celeste; la «civilización», lo ha matado. Pero, será, Luis L. Franco, un poeta para los hombres y jóvenes que hagan verdad el divino *mens sana in corpore sano.*

Los atletas con cerebro, que son algunos, y los cerebros con cuerpo de atleta, podrán amar esa poesía, y todos los hombres sanos, y todos los hombres puros, y todos los hombres fuertes, y todos los hombres grandes, y todos los hombres castos... Sí, los hombres castos, porque la castidad no es la locura antinatural de los religiosos, la castidad es la divinización del placer, y no se derrocha, ni se bestializa, sino que se depura y se eleva, haciendo natural, necesario, y motivo de belleza. Un cubano que conozca los cañaverales, no puede dejar de emocionarse al ver la realidad y belleza con que canta a la planta reina de Cuba.

El que ame el sol, el agua, el verdor, los frutos maduros, la leche blanca y espesa, la oveja mansa, el buey triste, las montañas solitarias, las estrellas luminosas, la soledad de los campos, las aves, los besos, ése, ha de leer el *Libro del Gay Vivir*, como su Biblia.

Juzgue el lector:
(A continuación Mella transcribe ocho poemas del referido autor.)

GLOSAS AL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ*

UN LIBRO QUE DEBE ESCRIBIRSE

Hace mucho tiempo que llevo en el pensamiento un libro sobre José Martí, libro que anhelaría poner en letras de imprenta. Puedo decir que ya está ese libro en mi memoria. Tanto lo he pensado, tanto lo he amado, que me parece un viejo libro leído en la adolescencia. Dos cosas han impedido realizar el ensueño. Primero: la falta de tiempo para las cosas del pensamiento. Se vive una época que hace considerar todo el tiempo corto para HACER.

Todos los días parece que mañana será «el día...», el día ansiado de las transformaciones sociales. Segunda razón: tengo temores de no hacer lo que la memoria del Apóstol y la necesidad imponen. Bien lejos de todo patriotismo, cuando hablo de José Martí, siento la misma emoción, el mismo temor, que se siente ante las cosas sobrenaturales. Bien lejos de todo patriotismo, digo, porque es la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos.

Pero, de todas maneras, ese libro se hará. Es una necesidad, no ya un deber para con la época. Lo hará esta pluma en una prisión, sobre el puente de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convaleciente de cualquier enfermedad. Son los momentos de descanso que más incitan a trabajar con el pensamiento. U otro hará el libro, cualquiera de mis compañeros, hermanos en ideales, más hecho para el estudio que para la acción. Pero, hay que afirmarlo definitivamente, el libro se hará... Es necesario que se haga. Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro. Es necesario dar un alto, y, si no quieren obedecer, un bofetón a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adulón, tanto hipócrita... que escribe o habla sobre José Martí.

Ora es el político crapuloso y tirano —crapuloso con los fuertes, tirano con el pueblo— quien habla de Martí. Ora es el literato barato, el orador de piedras falsas y cascabeles de circo, el que utiliza a José Martí para llenar simultáneamente el estómago de su vanidad y el de su cuerpo. Ora es, también, el «ibero-americanista», el propagandista de la resurrección de la vieja dominación española, el agente intelectual de los que buscan nuevamente los mercados de la India, el que acomete la obra de «descubrirnos» a José Martí...

Ya da náuseas tanto asco intelectual. ¡Basta! Martí —su obra— necesita un crítico serio, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya

* Escrito en México, D. F., diciembre de 1926. Este documento se encuentra en el Archivo del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir, es decir, para hoy.

Hay dos tendencias para aquilatar los acontecimientos históricos. Una, que Blasco Ibáñez, noveliza en *Los muertos mandan*, la de aquellos que sienten sobre sí el peso de todas las generaciones pasadas. Para éstos, el acontecimiento de ayer, es el acontecimiento supremo. Son los que en política aman, como única panacea, la Revolución Francesa del 89. Las tumbas de las generaciones pasadas pesan sobre sus espaldas como el cadáver del equilibrista sobre las de Zaratustra. Estos son los conservadores, los patriotas oficiales, los reaccionarios, los estériles emuladores de la mujer de Lot. Hay otra tendencia. Es fantástica y ridícula. Gusta de militar en las extremas izquierdas de las izquierdas revolucionarias. Estos pedazos de lava ambulantes no nacieron de madre alguna. Ellos son toda la historia. Su acción —que rara vez sobresale de su cuarto de soñar— es la definitiva. Estos ignoran, o pretenden ignorar todo el pasado. No hay valores de ayer. Son los disolventes, los inútiles, los egoístas, los antisociales. Hay una tercera forma de interpretación histórica. Debe ser la cierta. Lo es, sin duda alguna. Consiste, en el caso de Martí y de la Revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico social que «creó» al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultra-democrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario. Etc. etc.

Aquí no estaría terminada la obra. Habría que ver los antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer. La lucha de clases de hoy. El fracaso del programa del Partido Revolucionario y del Manifiesto de Montecristi, en la Cuba republicana, que «vuelve —al decir de Varona, y todos lo vemos— con firme empuje hacia la colonia».

El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. Él, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento. ¿Cuál es la necesidad social? Preguntas tontas no se contestan, a menos de hacernos tontos, Martí comprendió bien el papel de la República cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha —Baliño— que era entonces socialista y que murió militando magníficamente en el Partido Comunista: *«¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República.»*

He aquí una interpretación fugaz de sus palabras:

DEMOCRACIA IMPERIALISMO...
¿Del tirano? Del tirano
di todo. ¡Di más!; y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.
¿Del error? Pues del error
di el antro, di las veredas
oscuras: di cuanto puedas
del tirano y del error.

(Y, si después de haberlo dicho todo, apóstol y maestro, la palabra no basta, no es oída, ¿qué hacer?)

Martí cree posible la democracia pura, la igualdad de todas las clases sociales. Soñaba una República *«CON TODOS Y PARA TODOS»*. No creía que tirano fuese sólo el dominador español. Presagiaba que podían existir tiranos nacionales y por esto, hizo sus versos: los mató antes de que nacieran. Conveniente sería que hubiese vivido hasta nuestros días. ¿Qué hubiera dicho y hecho ante el avance del imperialismo, ante el control de la vida política y económica por el imperialismo, ante las maniobras de éste entre los nacionales, para salvaguardar sus intereses? Hubiera tenido que repetir su segunda estrofa sobre el error, ponerla en práctica: *«NO HAY DEMOCRACIA POLÍTICA DONDE NO HAY JUSTICIA ECONÓMICA»*, hubiera tenido que afirmar.

«El Gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.» Puede ser. Pero donde no hay equilibrio, donde no hay *«elementos naturales»* —no lo es nunca el rico capitalista aburguesado y opresor, o su amo, el imperalismo— donde no hay gobierno, donde no hay nada. Es necesario eliminar los elementos no *«naturales»*.

Él expresó más de una vez, sus ideas sobre la desigualdad social, sobre el peligro del imperialismo y tópicos similares. En su lenguaje poético de siempre dijo:

«El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y mujeres venales y egoístas [...]»

«Si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y rico.»

No conozco otra manera mejor de llamarles a nuestros ricos, a los hijos del azúcar, lo que son: *¡LADRONES! ¡IGNORANTES!*

Sobre los EE.UU. decía:

«Mi palabra es como la honda de David. He vivido en la entraña del monstruo y lo conozco...»

Respecto a lo que debía ser la política cubana:

«ponerse en los labios todas las aspiraciones definidas y legítimas del país, bien que fuese entre murmullos de los timoratos, bien que fuese con la repugnancia de los acomodaticios, bien que fuese entre tempestades de rencores: si ha de ser más que la compensación de intereses mercantiles, la sa-

tisfacción de un grupo social amenazado y la redención tardía e incompleta de una raza [la negra] *...entonces brindo por la política cubana* [...][11]

En 1879 en Guanabacoa ya reconocía Martí la existencia de una lucha de clases en la sociedad y gritaba por la liberación del negro.

En su bello trabajo sobre los mártires de Chicago nos habla de *«cómo esta República* [los EE.UU.] *por su culto a la riqueza ha ido cayendo en los mismos vicios de los imperios* [...]».

INTERNACIONALISMO

A pesar de ser José Martí un patriota, es decir, un representante genuino de la revolución nacional tipo francesa del 1789, fue, como decía Lenin de Sun Yat Sen, representante de una democrática burguesía capaz de hacer mucho, porque aún no había cumplido su misión histórica. Luchaba por Cuba porque era el último pedazo de tierra del continente que esperaba la revolución. Pero jamás ignoró el carácter internacional de la lucha revolucionaria. Se decía que era un *hijo de la América.* Cierto. Sólo hay que leer «Madre América» y entonces podremos afirmar:

No ha habido otro revolucionario de los finales del siglo pasado que amase más al continente y que lo sirviese mejor con la pluma, la palabra y la espada. Siempre es la América lo que le obsesiona. Aún más, así como Cuba no es más que un pedazo del continente amado, éste no es más que un laboratorio de la futura sociedad universal. Tuvo, sin duda alguna, el concepto del internacionalismo. No es necesario para ser internacionalista odiar el suelo en que se nace, olvidarlo, despreciarlo y atacarlo. Así afirman estúpidamente las plumas reaccionarias y mercenarias que somos los internacionalistas de hoy, los revolucionarios del proletariado. No. Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones. ¿Qué solamente los socialistas puros pueden ser internacionalistas? No es nuestra culpa que el proletariado sea la clase revolucionaria y progresista en el momento actual.

MARTÍ Y EL PROLETARIADO

Esta es una de las más importantes facetas de la vida de José Martí. Debe ser el más curioso capítulo del libro que sobre él ha de escribirse. Como

11 Palabras pronunciadas por José Martí en el brindis durante el banquete celebrado en honor de Adolfo Márquez Sterling, en los altos de El Louvre, La Habana, el 21 de abril de 1879. (Cf. *José Martí. Obras completas,* t. 4, p. 177.) Ni en ésta, ni en la siguiente cita de Martí, Mella reproduce textualmente las palabras del Apóstol. (*N. del E.)*

enemigo del feudalismo, José Martí fue amigo del negro, ¡cuántas cosas grandes y nobles dijo de él!, y como amigo de la Revolución Nacional contra el yugo del Imperio Español y contra todos los otros yugos imperialistas, amigo fue también del proletariado. Comprendió las grandes fuerzas revolucionarias y constructivas que el proletariado tiene en sí. Por esta razón, durante su estancia en la Florida entre los tabaqueros de Tampa, no sólo sació su hambre física con el óbolo que orgullosos daban los proletarios de la «chaveta», sino que su espíritu se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional...

«Los pueblos son como los obreros a la salida del trabajo: por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetables.» Aquí reconoce poéticamente —como siempre— que es la clase obrera quien más moral atesora por las mismas condiciones de la vida que lleva.

«La verdad se revela mejor a los pobres, a los que padecen.»

«Para el revolucionario —dijo Saint Just— *no hay más descanso que la tumba.» «Las universidades deben ser talleres* [...]» Así podría seguirse toda una búsqueda de su respeto y admiración por el proletariado.

Si la envidia de los roedores del genio no lo hubiese llevado a inmolarse prematuramente en Dos Ríos, él habría estado al lado de Diego Vicente Tejera en 1899 cuando fundó el Partido Socialista de Cuba, el primer partido que se fundó en Cuba, después de la dominación española, como Baliño y Eusebio Hernández están hoy con nosotros. Pero quede todo esto, y mucho más para el futuro narrador, crítico y divulgador de la personalidad de José Martí. Basta para un artículo fugaz esta insinuación y esta prueba de la necesidad de ese libro. Terminemos tomando unos cuantos pensamientos del Apóstol y haciéndole una rápida glosa a manera de «letanía revolucionaria». Lo necesita el pueblo de Cuba en estos instantes. Puede no ser inútil un recordatorio e interpretación de algunas de sus sentencias. *«En la cruz murió el hombre un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.» «Todas las grandes ideas tienen su Nazareno.»*

¿Dónde están los ciudadanos que no aprendieron esto? Hoy tus compatriotas no mueren en las cruces. Pero sí clavan en ellas al pueblo.

«¡La Tiranía no corrompe, sino prepara!»

El comentario es secreto. En nuestro interior se escucha el himno de las revoluciones y se ve el flamear de las banderas rojas. ¡Viva la Justicia Social!

«Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: Es necesario que sean efectivas y fundamentales.»

Esto lo repite diariamente el proletariado y por esas palabras sufre persecuciones, asesinatos y prisiones...

«Ver en calma un crimen es cometerlo.»

¡Cuántos criminales hay en Cuba!

«Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.»

No piensan así en la República que tú fundaste.

«La palabra de un hombre es ley.»
Hoy se dice «La ley es la palabra del "hombre".»
«Juntarse: esta es la palabra del mundo.»
Hoy siguiendo tu orden, decimos concretamente: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»
«Trincheras de ideas valen tanto como trincheras de piedra.»
¡Que tus palabras se cumplan! ¡Aunque serían mejor ambas trincheras a la vez!

CURSILLO PARA CORRESPONSALES*

I. ¡¡UN PASO MÁS!!

Podemos decir sin jactancia alguna que *El Machete* es el periódico proletario de México que más corresponsales tiene.

La gran campaña iniciada desde hace meses, ha dado sus resultados. Pero ahora hay algo más que hacer. Los corresponsales de nuestro semanario van a tomar un curso libre a través de estas columnas, para perfeccionarse. Vamos a convertir a cada camarada en un corresponsal que no tenga nada que envidiar a los corresponsales de la prensa diaria burguesa. Todos los secretos del periodismo, todas las recomendaciones; toda la experiencia de los corresponsales de otros diarios del mundo, van a desfilar por estas columnas para el perfeccionamiento de los compañeros que escriben.

La conquista de los corresponsales obreros y campesinos ha sido una sólida viga de hierro en el edificio de la revolución social que estamos construyendo por medio de nuestras columnas y del Partido Comunista. Ahora, el perfeccionamiento de estos Corresponsales, su educación y preparación como periodistas será, para continuar con el símil anterior, una magnífica y útil decoración a este mismo edificio.

¡Un paso más!, compañeros, un paso más hacia la conquista de nuestro ideal: La República socialista de obreros y campesinos de México. Así, paso a paso, llegaremos.

II. BREVEDAD Y CONCISIÓN: DOS VIRTUDES FUNDAMENTALES DEL PERIODISTA

¿Qué significa ser breve y conciso? No decir una palabra más ni menos de lo que es necesario y expresar cada idea con el mínimum de palabras.

* *El Machete* nos. 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 76, 77. México, D. F., junio-agosto de 1927. Aparecidos en la sección del «Taller y del Campo», sin firma. *(N. de la ed. cit.)*

La brevedad es una virtud fundamental, porque el periódico de los proletarios lo forman unas cuantas hojas que deben recoger todas las palpitaciones de la vida mundial que tengan interés para la clase trabajadora. Si usted no es breve roba espacio, impide que se puedan poner otras noticias tan interesantes o más que la suya. No ser conciso, es decir, escribir más de lo necesario, constituye también una grave falta en un periodista. El periódico semanal o diario es una conquista de la vida moderna. Y, en esta época de grandes industrias, de vuelos trasatlánticos en menos de 40 horas, todo el que vive de veras, vive algo rápidamente. Por lo tanto, si usted, querido corresponsal, escribe algo más de lo necesario, no va a conseguir que su trabajo sea leído por todos, lo que debe ser aspiración de un buen periodista.

III. LA UNIDAD

¿Cómo ser breve y conciso, sin dejar de expresar lo necesario? Vamos a intentar decir de qué manera.

Cada artículo, información o crónica debe tener una sola idea central.

Esta idea central debe guiar al escritor durante todo el desarrollo del trabajo. Debe cuidar que nuevas ideas —«ideas parásitas»— no vengan a su mente y sean como hongos u otras plantas alrededor de un grueso tronco. Así se tendrá ganada la concisión. Nada, fuera de lo necesario para explicar la idea central, ocupará lugar. Es útil recomendar que los artículos se escriban dos veces siempre. Primero, un borrador. Una vez terminado éste, debe corregirse bajo los siguientes aspectos: de acuerdo con lo expuesto, para ver si es breve o conciso; todo lo superfluo debe quitarse. Una segunda revisión de lo que reste, será para aclarar bien los términos y palabras: se verá, antes que nada, si cada palabra indica lo que el escritor tenía en la mente. Una buena manera de hacer este trabajo de análisis, es «olvidar» lo escrito y ponerse en la disposición de un lector que va a conocer lo que hemos escrito. De esta manera se podrá dar cuenta todo Corresponsal de qué efecto va a causar en sus lectores lo escrito.

IV. CÓMO EXPRESAR IDEAS

Después de la brevedad y concisión del periodista, nada más interesante que la forma de expresar sus ideas. Podrá parecer una simpleza este título. Pero no todos saben expresar con propiedad las ideas, y muchos se creen incapacitados. ¿Qué es una idea? No vamos a contestar repitiendo la definición de un trabajo de psicología. Esta es una sección popular. Una idea, es para todos los compañeros la representación, la imagen de una cosa de la realidad que se la representan en su cerebro y desean expresarla por la palabra escrita o hablada. También pueden venir comentarios, deducciones, de acuerdo con sus conocimientos y experiencias anteriores, y que lla-

maríamos no con mucha exactitud, ideas originales, porque las «produce» su cerebro. Las primeras serían *reales* porque representan la realidad.

Pues bien, no hay un ser humano que no tenga *ideas* y no las sepa expresar de algún modo. Algunos afirman que hasta los animales tienen *ideas* y las expresan, como el perro que ladra ante un extraño. Todo el mundo está constantemente transmitiendo *ideas* a sus amigos en las conversaciones. Nadie puede por lo tanto, declararse incapacitado para «expresar sus ideas» en el periódico.

Es necesario, después de lo dicho, señalar algunas conclusiones:

1. Todo el mundo puede expresar ideas con sólo fijar bien en su mente lo que ha visto: la acción del patrón o del capataz, el atropello de los guardias blancos de los federales.
2. Debe ser expresada esta idea *con la misma naturalidad y espontaneidad* con que se habla a un amigo o se cuenta cualquier suceso familiar.
3. Debe huirse de todo lo artificial, es decir, de palabras huecas, «literarias», «cursi», párrafos inútiles, que no son comentarios naturales, ideas originales, sino «frases hechas» que se han quedado en nuestra cabeza, producto de las lecturas de libros de otros autores. Esto es muy común, a veces sin darse cuenta el mismo escritor.

Los camaradas deben ensayar y escribir para *El Machete* que es el periódico para la defensa de sus intereses. Si algo no está bien, aquí se arreglará. Nadie nació sabiendo, y un obrero ni después de nacer puede aprender, como no sea por la práctica.

V. LA ESTRUCTURA DE LOS ARTÍCULOS

Una vez conocido todo lo expuesto en esta sección en los números pasados, nada más importante que la estructura de los artículos. Sabemos ya cómo fundir el bronce, necesitamos ahora saber cómo hacer el molde. Para esto, como para las cosas anteriores, no puede haber una regla infalible, de hierro. Pero sí son útiles las sugestiones. Como tales se dan estas reglas:

Un artículo informativo, como los que escriben los corresponsales, debe tener *un título* que reúna estas condiciones: ha de expresar claro lo que es la parte fundamental, y expresarlo de una manera sugestiva, llamativa.

Debe entrarse inmediatamente en materia, diciendo lo ocurrido, el lugar, la fecha —si es importante—, etc. Hay que huir de hacer un «prólogo» para cada artículo. Este «prólogo» no debe ser ni literario ni filosófico, es decir, a los lectores no les interesa, por ejemplo, cómo «estaba el Sol», cómo estaba «su alma» o «su corazón». Tampoco interesa a los lectores que se les haga para cada información una síntesis de las doctrinas que el escritor sustenta.

Después de esta parte, que llamaríamos la exposición de los hechos, debe venir el juicio propio del corresponsal sobre el asunto. Aquí tampoco es el lugar de lanzar maldiciones o lamentaciones. El juicio propio debe consistir en relacionar el asunto tratado —pero con datos exactos, no con divagaciones— con la política general del lugar, con los intereses y la política de los que mandan allí: el gobernador, el dueño de la fábrica, el cacique, el militar, etc. Un hecho no sucede aisladamente. Tiene siempre relación, si es contrario a los intereses de los trabajadores, con la organización social, política y económica en general. Enseñar esos hilos entre toda la tela de araña que nos cubre en la sociedad capitalista, es hacer labor de gran convencimiento revolucionario.

Finalmente, alguna sugestión práctica debe ser dada, según el pensar del corresponsal, para remediar la situación o luchar contra ella. Con esto basta. Así habrá lugar para todos los corresponsales.

VI. EL PERIÓDICO DE Y PARA TODOS

Nuestra primera tarea inmediata, aquella en que debemos concentrar todas nuestras actividades, es la solidificación del órgano nacional del partido. Para Lenin, en los comienzos del movimiento bolchevique ruso, la organización de un «periódico nacional» era EL PRIMER PASO. Hoy en México, como en la Rusia de 1901, padecemos de dispersión: «*La mayoría de los social-demócratas* (el partido de donde salieron los bolcheviques) *están sumergidos en la obra localista, lo cual estrecha sus puntos de vista, limita sus actividades y daña sus habilidades.*» La situación fraccionada de México, la política particular de los estados favorece el fraccionamiento y dispersión del trabajo del partido. Un periódico nacional de intensa circulación será el que luche y hasta contribuya poderosamente a la unificación y nacionalización (en el sentido unitario) del movimiento obrero y campesino de México.

Hay que cambiar la educación personal —que los miembros del partido puedan hacerse con sus libros, lo mismo que la agitación y propaganda en los pequeños círculos— por la educación y la propaganda en escala nacional por medio del periódico nacional. Esta labor no es solamente del Comité Ejecutivo y de la redacción del órgano oficial del partido sino que ha de ser también obra de las locales del partido, de las células en las fábricas, de los simpatizantes en general. Todos deben enviar noticias de los sucesos y su opinión sobre los asuntos locales y nacionales. Por medio del periódico nacional vamos a interesar a todas las secciones revolucionarias del país para pensar con el verdadero criterio socialista.

Los agentes y corresponsales son la base del trabajo. Pero ellos tienen que trabajar en contacto con las locales del partido. Agentes, corresponsales y locales son los que permitirán hacer el periódico nacional y efectivo. Es de esperar que esta labor se coordine por los distintos camaradas. Claro es que no se intenta que el periódico trate solamente las cuestiones puramente nacionales. Por el contrario, gran parte de la vida del mismo ha de venir de la exposición de la situación local, estatal; pero nunca podrá

olvidarse, que el régimen que nos oprime no es ya nacional siquiera, sino internacional.

Solamente estando escrito por todos y expresando el sentir de toda la masa, en sus varias manifestaciones, el periódico será útil. Vendrá a ser un inmenso fuelle soplando en todos los lugares donde exista el descontento de la lucha de clases, para encender la hoguera general.

VII. EL PERIÓDICO POLÍTICO NACIONAL

Antes que nada demos una interpretación popular y clara de lo que es política. Todo acto o declaración que se haga sobre el régimen social actual es un acto político porque se relaciona con el Estado, la institución política por excelencia. Se dice, por ejemplo, que una huelga es política cuando no se limita a un motivo económico, a hacer demandas puramente económicas, sino que demanda cambios en la organización política capitalista o choca con ésta. Como se ve, el concepto comunista de POLÍTICA no tiene nada que ver con lo que se entiende casi siempre por política: caudillaje, asalto a los puestos públicos, sucias maniobras electorales.

Un ÓRGANO NACIONAL POLÍTICO no será, como podría decir cualquier ignorante o mal intencionado, un órgano para apoderarse de los puestos públicos y para beneficios de los «águila». No. Ese órgano será el periódico político de los comunistas y de todos los simpatizantes. Por las campañas de *El Machete* ya hemos levantado el entusiasmo para el ataque en el terreno económico. Los obreros dicen todo lo que les pasa en la fábrica y en el sindicato; los campesinos cuentan lo que ocurre en sus rancherías o comunidades. Pero ahora es necesario dar un paso más: es necesario que cada trabajador sepa dirigir sus críticas al Estado capitalista. Esto es la lucha política. Un órgano para esta lucha queremos hacer de *El Machete* cuando decimos que sea el ÓRGANO POLÍTICO NACIONAL DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS.

Queremos que en él se denuncien, al mismo tiempo que otras cuestiones, las injusticias, fallas y abusos de la estructura política del país, que es el Estado capitalista, y se propongan cosas mejores.

Solamente acusando al Estado capitalista, luchando por convertirlo en un Estado proletario, levantaremos la capacidad de la clase obrera para que adquiera conciencia de sus derechos y del valor de su fuerza.

VIII. EL PERIÓDICO COMO ORGANIZADOR COLECTIVO

Un periódico, órgano oficial de un partido de clase, tiene una función importantísima, además de la propaganda en todas sus formas y de la creación de la unidad de pensamiento en el partido El periódico debe ser el mejor organizador colectivo. El partido debe enseñar a resolver los pequeños problemas de cada día desde las columnas de *El Machete*. Los problemas de organización de cada una de las entidades del partido, deben encontrar su resolución. Cómo se organiza una célula de barrio, de taller o de campo. Cómo debe funcionar. Cuáles son sus fines revolucionarios. Cuál es el trabajo político sindical y de propaganda de las locales. Cómo se reparte la propaganda. Todos estos temas es necesario tratarlos —se tratarán uno a uno— para hacer del periódico lo que debe ser UN ORGANIZADOR COLECTIVO.

Pero la enseñanza no puede venir de la simple exposición teórica de la doctrina y de los principios de organización. Para que el periódico dé resultado como organizador, es necesario que todos expongan sus experiencias, lo mismo cuando fracasan que cuando triunfan. Nosotros no somos burgueses hipócritas para ocultar nuestros fracasos o ineptitudes. El análisis de un fracaso puede impedir otros fracasos, y un triunfo prepara el terreno para los triunfos de los demás compañeros.

Desde el próximo número existirá una sección especial de organización en *El Machete* para discutir los problemas de organización del partido. En esa sección se expondrá teóricamente la organización, y después se discutirán los ensayos, hasta darle al partido la estructura férrea que necesita un Partido Comunista.

El primer tema que se discutirá en varios números hasta su realización completa es la organización de las CÉLULAS.

IX. TEMAS DE ORGANIZACIÓN: CAMPAÑA DE RECLUTAMIENTO

Para que la organización de las células, la base orgánica del partido, pueda ser efectiva, hay que ampliar más las filas de las locales.

Es innegable que se han hecho muchos progresos en lo que respecta a la entrada de nuevos miembros. En esta campaña la local de México va a la cabeza. Pero mientras todos los que deben estar en el partido no lo estén, no será posible darles una organización sólida que ponga las bases del partido de masas que queremos.

Antes de la campaña por la organización celular, hay que hacer una campaña de todas las locales a un tiempo para el ingreso de nuevos miembros. Lo primero que debemos tener en cuenta es el gran número de simpatizantes que tiene el partido. Gran parte de ellos pueden convertirse en miembros activos si se les sabe atraer. *El Machete* está imprimiendo y distribuyendo estratégicamente 7 000 ejemplares. Esto indica más del doble de lectores, si se tiene en cuenta que en las fábricas y rancherías cada ejemplar es leído por muchos compañeros.

Desde estas páginas haremos una campaña nacional para el reclutamiento de nuevos miembros.

Todos los simpatizadores que asiduamente leen el órgano del partido; todos los compañeros que ayudan en sus trabajos sindicales a los miembros del partido; todos los corresponsales y agentes que han demostrado su amor a la causa comunista sin formar parte del partido; todos los socialistas y revolucionarios honrados que no encuentran ambiente en los partidos «moderados» tienen su puesto en el Partido Comunista. Todos los luchadores sindicales que quieren y no saben cómo destruir al capitalismo, deben venir al Partido Comunista para emprender la verdadera ruta.

X. AGITACIÓN Y PROPAGANDA

Para la captación de nuevos miembros, nada más importante que la propaganda metódica, especializada y práctica. Ya dijimos la importancia que tiene *El Machete* en esa propaganda. Pero él solo no basta. El órgano del partido es de agitación y de educación, mediante la divulgación de los problemas nacionales e internacionales. El exceso de noticias impide que se desarrolle una amplia campaña educacional y de convencimiento. Así, pues, la propaganda de nuestro semanario debe ser acompañada con la distribución de literatura comunista: libros, folletos y manifiestos especiales.

Cada miembro del partido debe ser un propagandista diario y eficaz. No basta sólo con comprar y repartir el órgano del partido. Es necesario hacer también la distribución de folletos y libros. Claro está que éstos no pueden darse gratis. Pero es un deber de cada miembro venderlos. Publicaremos en el próximo número una lista de las obras que tenemos para dar a la venta. Las locales deben hacer que sus secretarios de Propaganda se impongan como misión principal, en este momento de la vida del partido, la difusión de los libros y folletos. En cada junta el secretario responsable debe exhortar a los miembros para que lleven libros y los vendan. El comunista que no lleva un poco de convencimiento a alguien en los días que pasan entre junta y junta es un comunista inútil, una rémora. La otra parte importante de la propaganda es la impresión de hojas sobre problemas locales y de lucha inmediata para núcleos especiales de trabajadores. Esto se tratará en el próximo número. Pero es necesario que cada miembro del partido comience, como tarea inmediata, la difusión de la literatura repartiendo el folleto que acaba de imprimir el partido sobre *La situación actual*, que es reflejo de la opinión del Comité Central. Los diez mil folletos impresos deben traer muchos miembros a nuestras filas. Háganse los pedidos a la Administración.

CUADROS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA*

UNA FÁBRICA EN EL PAÍS DE LOS TRABAJADORES

LAS FÁBRICAS ANTES Y DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Si la fábrica fue importante antes de la Revolución, se puede asegurar que su importancia es actualmente mayor. Si ayer en la Rusia zarista, y hoy en los países capitalistas, la fábrica es fortaleza del proletariado para la conquista del poder, ahora, en la primera república socialista, durante la segunda fase de la Revolución, o sea el período constructivo, la fábrica es el dinamo generador de la energía industrial, social y política. Una fábrica bajo el socialismo es la parte más fundamental del laboratorio donde se prepara la sociedad comunista. Por allá, bajo la dictadura capitalista, la fábrica es la trinchera de los obreros, la prisión donde los capitalistas los guardan, el anticipo de su tumba, el cadalso de su vida. Por aquí, bajo la dictadura del proletariado, es la escuela técnica de los productores, el ágora de la política nacional, la mina inextinguible de donde el socialismo obtiene la materia prima: el proletariado industrial.

LOS COMITÉS OBREROS EN LAS FÁBRICAS

Los comités obreros que se nombran en cada una de las fábricas por los mismos obreros, y de acuerdo con las necesidades de la producción, son los siguientes: PRODUCCIÓN, CULTURA, DEFENSA y CONFLICTOS. Conocer las funciones de estos comités es conocer todo el régimen nuevo de las fábricas soviéticas. Conocer este régimen no tiene por fin satisfacer una curiosidad intelectual, sino contrastarlo con el que existe en los países capitalistas.

EL COMITÉ DE CULTURA

Tiene como finalidad proporcionar a todos los trabajadores de la fábrica el «alimento cultural», según la traducción literal de la frase. Se ocupa de la

* *El Machete,* nos. 67, 68, 69 y 72. México, D. F., junio y julio de 1927. Bajo este título Mella reúne una serie de escenas de la Unión Soviética. En el presente volumen se ofrece una selección de los cuadros en los que el autor alude al aspecto cultural. *(N. del E.)*

biblioteca que cada fábrica tiene. Algunas grandes fábricas tienen entre siete y diez mil libros. La biblioteca no es una cosa muerta. Una comisión se encarga de hacer propaganda verbal y gráfica sobre los libros más útiles. Otra organiza lecturas y discusiones sobre distintas materias. Finalmente, los libros se prestan por cierto tiempo para poder ser leídos con toda comodidad. Bajo la dirección de este comité se organizan excursiones a lugares históricos, museos, teatros, etc.

El mismo comité es el encargado de hacer la selección de los más aptos, de los de mayor vocación para el estudio de las carreras universitarias. Una vez elegidos, son enviados a estudiar por cuenta del sindicato. La selección no se hace solamente entre los trabajadores jóvenes sino entre los hijos de todos los trabajadores. En casi todas las grandes fábricas existen Escuelas de Aprendices bajo la dirección del Comité de Cultura. En estas escuelas se imparte enseñanza teórica general por tres horas, y durante otras tres la técnica del oficio. Existen cursos especiales sobre química, electrotecnia, etcétera (según la fábrica), para perfeccionar a los obreros adelantados. El proletariado ya no es una parte más en la máquina, sino que estudia el *para qué*, el *de qué* y el *cómo* de cada cosa de la producción. Cada fábrica tiene su club cultural y recreativo, organizado y dirigido por el Comité de Cultura. En ellos se realiza toda la propaganda social, y los principales cuentan con teatros, juegos y ejercicios atléticos. El ajedrez no falta en ninguno; constituye una recia pasión colectiva. En varios lugares de las fábricas existen diarios de pared para el comentario de las noticias locales.

EL ARTE DE LOS CAMPESINOS

Los elementos predominantes en las manifestaciones artísticas de la vieja Rusia eran aquellos que Lenin llamó «de propietarios, burócratas y banqueros». El poder de los soviets trata de que el arte responda a las nuevas exigencias de la vida.

En Rusia siempre ha habido pasión por el arte decorativo. Pero «se pretende hoy —dijo Víctor Nicolski— crear una nueva belleza, la belleza de la correspondencia perfecta entre el objeto y su uso, con exclusión de toda banalidad». No queremos decir que se pretende una sola civilización igual y monótona, como los pseudo-documentos en cuestiones sociales afirman que desean los comunistas. Se toma en consideración —y ésta es una de las grandes esperanzas, al decir de Lunacharski— el elemento de la producción nacional de las diferentes regiones soviéticas. Hacer lo contrario sería simplemente, como opina un artista ruso, «una caricatura del comunismo».

Entre las más interesantes manifestaciones del arte popular ruso, figuran las producciones de los campesinos. Nada ha de extrañar esto en un país donde cerca del 85% de la población vive de la agricultura. El arte campesino, que es una forma de la pequeña industria doméstica, revela también importancia desde el punto de vista utilitario para subvenir a las necesidades de los campesinos soviéticos. Se calcula que de cada diez habitantes de las aldeas rusas, uno o más depende del trabajo en la pequeña industria doméstica.

Las más variadas producciones tienen lugar. El trabajo en madera —ya que la URSS es uno de los más grandes depósitos forestales del mundo— es uno de los más importantes. De las manos de los campesinos surgen rápidamente muebles del más puro estilo ruso. Otras veces son juegos de ajedrez modernistas: las piezas no son ya las clásicas torres, reinas, rey, etc., sino de un lado los «blancos» (el burgués, la burguesa, el oficial zarista, la torre de iglesia), y del otro los rojos (el obrero, la campesina, el soldado rojo, el yunque, etc.) Útiles de escritorio, cajas, estantes, bandejas, portarretratos, todo de fina madera y bellamente tallado y coloreado por el arte de los campesinos. Pero donde la madera hace prodigios de utilidad y belleza es en los juguetes. Cientos de variados tipos de juguetes hacen la felicidad de los niños soviéticos y del exterior. Casi todos se caracterizan por sus ingeniosos y simples mecanismos: hay tablas de multiplicar que dan el total al moverse una pieza; obreros que mueven su martillo sobre cabezas de burgueses que simulan yunques; curas que ponen sus manos sobre el cuerpo de dudosas «sobrinas»... Otras veces los juguetes son de tipos vistosos. Una juguetería soviética que tiene para los niños encantos de *Las mil y una noches.*

En algunas regiones, el arte campesino se dedica a realizar maravillas de bordados de hilo, repujados de oro sobre armas o adornos de plata (Cáucaso); otras veces, el cuero es el que sirve para el sustento y la expresión artística de los campesinos. Depende la producción de la facilidad de encontrar las materias primas. Junto a un bosque será la madera; en un centro ganadero el cuero.

La Revolución también ha transformado el arte campesino y la pequeña industria. Los motivos van cambiando en casi todo; juguetes, decoraciones, etcétera. A los asuntos religiosos o de la vida de los nobles han sucedido —con la misma técnica— los motivos revolucionarios, las luchas sangrientas de la Revolución, y las luchas pacíficas del proletariado construyendo con su esfuerzo el socialismo. Este motivo, con muchas variantes, es el más empleado.

EL NUEVO MÉTODO

El método ha sido revolucionado completamente hacia la conquista de normas más eficaces. Muchas cosas continúan y continuarán produciéndose con los sistemas primitivos: la paleta y los pinceles del pintor no han cambiado fundamentalmente de Grecia a nuestros días. Pero en otras muchas cosas, de esas que se producen en gran escala para el mercado y que son de gran utilidad, los nuevos métodos industriales han hecho su invasión. En ciertos ramos de la producción textil, de la madera, etc., la máquina, con el alma de la electricidad, ha suplido al hombre.

LA COOPERACIÓN

Para esto se ha necesitado la cooperación de los antiguos artesanos. Han tenido que unirse en cooperativas para poseer en común los medios de producción y aumentar ésta. Hoy en día, con la mitad del esfuerzo producen varias veces más que antes, sobre todo en los artículos de madera, que son innumerables, como ya hemos dicho.

Producto de la cooperación, muchas cosas se han standarizado (igualado), lo que favorece la producción y el consumo.

La venta al exterior se realiza también por medio de cooperativas de acuerdo con el Estado proletario. En las grandes ciudades de Europa existen los expendios permanentes de todos estos productos, que tienen una gran demanda. Éstos constituyen un buen tanto por ciento de las entradas anuales de los campesinos soviéticos.

El Gobierno concede la más decidida protección a los campesinos en este ramo. Además de la exposición permanente de sus productos, cuentan con un instituto propio de la ciudad de Moscú para el mejoramiento de la producción mediante la aplicación de nuevos métodos y el perfeccionamiento de los trabajadores.

UN RECUERDO DEL ARTE CAMPESINO Y ARTESANO DE MÉXICO

No se puede visitar una exposición en París o Berlín de la producción campesina y artesana de los soviets sin recordar vivamente la producción similar de México. En la URSS un centenar de nacionalidades libertadas del yugo zarista entran en el pleno desarrollo de todas sus facultades artísticas, a la par que de las económicas y políticas y nos enseñan la contribución que el genio nacional de esos pueblos aporta a la futura y heterogénea civilización internacional socialista. Más que en ninguna otra nación de la América, las nacionalidades de México —los indios puros y los mestizos trabajadores— aportan a la civilización actual, y aportarán aún más a la civilización futura, valiosas cualidades nacionales propias que ni la conquista ni el imperialismo han logrado destruir.

Los artesanos y campesinos mexicanos constituyen la inmensa mayoría del país. Igualmente en la URSS. Los primeros pueden encontrar en los métodos de sus hermanos soviéticos grandes inspiraciones para su mejoramiento.

El genio de producción artística es igualmente fecundo. Las condiciones de liberación económica no son iguales. Pero los métodos de cooperativa, de intensificación cultural del método de producción, la aplicación de la máquina, la electrificación y un sistema regular para la exportación, podrían contribuir poderosamente a la liberación económica del artesano y el campesino con pequeña industria.

En los Estados Unidos y en la misma Europa, toda la variada producción mexicana de este orden: sarapes, muebles, talabartería, alfarería, juguetería, etc., encuentra, y encontraría más con organización adecuada, una buena aceptación y gran demanda.

El estadounidense o europeo occidental, hastiado de su civilización de «propietarios, burócratas y burgueses», encuentra en las variadas manifestaciones artísticas de los pueblos que sus gobiernos someten o tratan de conquistar, algo que no comprende en todo su valor, pero que admira.

LOS ESTUDIANTES Y LA LUCHA SOCIAL*

Como en las universidades rusas de antaño el estudiante se ha lanzado a la lucha social: a la lucha revolucionaria. Desde 1918, en la Córdoba Argentina y feudal, hasta 1923, en La Habana antillana y yanquizada, pasando por Chile y Perú, la juventud universitaria ha venido luchando en un movimiento que ha denominado Reforma o Revolución Universitaria. Tiene este movimiento carácter continental. Es, como ha dicho uno de sus mentores ideológicos —José Ingenieros—, «un signo de los Tiempos Nuevos».

En sucesivos artículos para este periódico trataré de hacer una síntesis del movimiento universitario de la América Latina, ora sea en su aspecto histórico y social, ora en cuanto a los principios de lucha empleados. Pero, de los tres postulados fundamentales de la Revolución Universitaria: Democracia Universitaria, Renovación del Profesorado o Docencia Libre, y, Lucha Social, ninguno de más interés que este último. Lo que caracteriza la Revolución Universitaria es su afán de ser un movimiento social, de compenetrarse con el alma y necesidades de los oprimidos, de salir del lado de la reacción, pasar «la tierra de nadie», y formar, valiente y noblemente, en las filas de la Revolución Social en la vanguardia del proletariado. Sin esta guía, sin este afán, no hay revolución universitaria. Podríase definir este magnífico movimiento continental como una batalla en el terreno educacional de la gran guerra de clases en que está empeñada la humanidad.

Nada hay «libre» en la sociedad actual, cual pretenden los liberales utopistas. ¿La prensa? Sirve a quien la paga con sus anuncios y con sus dádivas secretas, pero nunca es una entidad libre para defender todas las ideas y la justicia. Si esto hiciera, sucumbiría; contra el interés creado que la sostiene no se puede rebelar, como no se puede rebelar el estómago contra el alimento. ¿El Arte? Tampoco es libre. Todas las últimas degeneraciones que ha habido en este terreno demuestran, de una manera clara, que es ne-

* Escrito en México, D.F., diciembre de 1927.

cesario hacer «arte» para quien lo puede pagar, para la burguesía capitalista y para todos aquellos que se han asimilado su gusto. Sólo la burguesía decadente puede gustar del arte decadente y «oficial» de hoy.

¿La Riqueza? Hablando en sentido de la Economía, pertenece a una minoría, a una oligarquía imperialista capitalista extranjera, que domina el mundo, de acuerdo y por medio de las burguesías nacionales, simples mendigos de la oligarquía anterior. (Se habla aquí de la América Latina.) No creemos a ningún estudiante honrado que suponga cierta la llamada «libertad de trabajo» o «libertad de contratar». Entre el capitalista que todo lo puede esperar hartado y el trabajador que nada posee fuera de la mercancía de su cuerpo, no es posible, cuando se ponen frente a frente, que las dos sean igualmente libres. De aquí surge la injusticia en la producción y consumo de las riquezas sociales. ¿El Estado? Solamente esos «ciegos» que no pueden ver lo que no les conviene pueden afirmar su libertad, su imparcialidad en la gran guerra social. El ejército, los tribunales, las leyes, ¿qué interés defienden? Es ya una vulgaridad muchas veces repetida —pero muy pocas veces aceptada— que el actual Estado no es más que la protección de los capitalistas. Podríase llevar este análisis hasta cosas ínfimas. Pero basta señalar hoy el carácter privilegiado y clasista de la educación.

¿Quién recibe educación?

Una simple ojeada a las listas de matrículas enseñarán inmediatamente cómo los nombres, en su inmensa mayoría, coinciden con los nombres de las «familias bien», «acomodadas», etc. La educación preparatoria y superior no es completamente gratuita. Quien no tenga resuelto el problema económico de su vida no puede aspirar a recibir esa educación. (El «estudiante-proletario» es una excepción. Pero por regla general, ¿a qué aspira? ¿A servir la clase proletaria donde se encuentra o a saltar hacia la clase capitalista «para vengarse de sus miserias de ayer», mediante el triunfo individual, o sea, el triunfo burgués?) La misma gratuidad de la enseñanza primaria es una farsa. Niños hambrientos y enfermos, hijos de padres también hambrientos y también enfermos, jamás asimilarán, en todo su valor, ni la enseñanza elemental. Nadie ignora tampoco el enorme tanto por ciento de niños trabajadores. Quien no comprenda que la educación es un simple privilegio de los capitalistas, privilegio «clasistamente» repartido, que abandone todos sus libros, y, siguiendo el consejo de Nietzsche, se suicide. Este ignorante jamás triunfará con la vida, que «triunfe con la muerte».

Pero si este monopolio general es cierto, no menos cierto es que, debido a la lucha entablada entre las clases enemigas, los explotados van conquistando puestos, reductos, que pertenecían a la línea contraria.

Si se toma a México, por ejemplo, vemos cómo en arte y literatura hay una pléyade de artistas y literatos genuinamente revolucionarios. En política y en economía también como «dentro del cascarón de la sociedad actual se va formando la nueva». Las cooperativas, los sindicatos, los partidos obreros, las escuelas proletarias, los editoriales revolucionarios, etc., son una demostración de la futura democracia proletaria.

Ahora todo estudiante no corrompido comprenderá el porqué de la Revolución Mundial contra los detentadores del privilegio educacional. Esta batalla no se puede ganar definitivamente hasta que no se dé fin a la guerra social con el triunfo de los oprimidos de hoy.

Como ayer la Revolución Francesa, la Rusa tendrá su proyección en la América. Los actos sociales de la Revolución Universitaria en la América Latina son indicios terminantes de la futura transformación política. No ha habido movimiento universitario puro que no se vincule con las capas sociales y sus problemas.

¿QUÉ ES EL ARPA?*

¿QUÉ ES EL A. R. P. A.?

Estas iniciales tratan de corresponder al siguiente nombre: «Alianza Revolucionaria Popular Americana». Así lo hemos visto escrito en algunos periódicos. Otras veces se llama «Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales» y hasta «Partido Revolucionario Antimperialista Latino-Americano». Algunas veces aparecen las iniciales cambiadas así «APRA» en vez de «ARPA». Lo de «Popular» va antes de lo «Revolucionario». ¿Qué interés tiene esto para las multitudes proletarias y revolucionarias? Pues que el movimiento, nacido de un grupito de estudiantes ha pasado de ser una simple especulación juvenil y se ha dedicado a atacar en privado —no hay moral y sería mala estrategia hacerlo en público— a la Revolución rusa, a los comunistas y a todos los obreros verdaderamente revolucionarios. Por otro lado, los «arpistas» —como la poca masa obrera que los conoce les llama— quieren aparecer como sucesores de Marx y de Lenin en la América Latina, únicos intérpretes de la doctrina socialista y salvadores providenciales de los pueblos oprimidos por el imperialismo yanki. Estos sueños no tienen nada de peligroso. Pero es necesario una vez por todas, ocuparse de estos propagandistas literarios y contestar a sus errores ideológicos. La verdadera base social del movimiento debe ser también definida; lo mismo la causa de sus ataques y odios al proletariado revolucionario. El método *bluffista* de propaganda es posible que también merezca unas cuantas palabras. La masa obrera del continente, que está constituyéndose con una sólida y pura conciencia clasista, necesita no ser perturbada.

* *¿Qué es el ARPA?* (folleto). 1a. ed. México, D.F., junio y julio de 1927. Los antologadores del presente volumen han creído conveniente fragmentar este amplio trabajo de Mella y publicar sólo aquellos artículos en los que se analizan problemas culturales, ajustándose así al criterio que ha regido esta antología. *(N. del E.)*

Si solamente fuésemos a contestar al ARPA no hubiéramos escrito este trabajo. Pero lo importante es que el ARPA representa los *intentos* de organización del «oportunismo» y del «reformismo» latinoamericanos. Contestar al ARPA es un medio de contestar a todos los oportunistas y reformistas traidores que sustentan iguales o similares ideologías, aunque nieguen tener vinculación con el ARPA, o se digan enemigos de ella. De aquí la utilidad de tratar de fijar nuestros puntos de vista frente a la propaganda de los traidores conscientes al proletariado y a los pseudo-reformistas de las tendencias revolucionarias. [...]

LA ORGANIZACIÓN DEL *CAMOUFLAGE*

En la guerra europea se hizo popular la palabra *camouflage*. Significa el disfraz que se hacía de las armas y de los lugares para engañar al enemigo. Los maestros en el arte del *camouflage* son los arpistas. Pero no solamente engañan al enemigo, sino a ellos mismos. No llegan (cálculo exacto y desapasionado) a tres docenas de personas en su casi totalidad estudiantes y poetas. Pero son capaces de afirmar en las entrevistas con los ministros de Gobierno que «tienen 60 000 afiliados». En la prensa se autosugestionan y hablan, con una seriedad que causa espanto por lo cínica, de células, centrales y comités en este o aquel país.

Han pretendido copiar en la forma y en las palabras la organización de la Internacional Comunista, como si por ponerse para sus reuniones el overol de mezclilla ya fueran proletarios y dejaran de ser intelectuales divorciados de la masa obrera.

«El Comité Ejecutivo ha residido en Londres.» Si un hombre es un comité y ese es Haya de la Torre oyendo lecturas fabianas y conversando con Bertrand Russell, el ARPA tiene razón. «En París hay una célula bastante numerosa de estudiantes y obreros.» Si unos diez artistas de instrumentos musicales peruanos son «una célula bastante numerosa», también tienen razón los arpistas. Sobre lo que tiene en la América, que respondan los que en América viven, inclusive, los revolucionarios sinceros del Perú, estudiantes y obreros. Ellos dirán dónde está ese «formidable partido revolucionario». Hace meses que acompañamos a Diógenes, quien ha decidido buscar al ARPA porque en ella está su «hombre». Y el ARPA no aparece como nosea en las conferencias que paga la Secretaría de Educación para solaz y cultura de los estudiantes mexicanos, a la vez que para realizar una «campañita» velada y contraria a Vasconcelos con el fin de arrojarlo de su puesto de «Maestro de la juventud»... intelectual... budista...

La masa proletaria y revolucionaria del Continente no ha gustado o no ha oído a los noveles tañedores del ARPA, a los Orfeos antimperialistas. Tiene ya su música: *La Internacional.*

TRABAJADORES «MANUALES E INTELECTUALES» O HEGEMONÍA DEL PROLETARIADO

Otro de los lemas, viejos ya entre la pequeña burguesía europea y que los arpistas agitan como banderola de enganche, es el de usar a los «trabajadores manuales e intelectuales» como una base social para la lucha que ellos llaman marxistas y «comunistas sin el nombre» (!) Todo el mundo sabe que los «trabajadores intelectuales» considerados en conjunto como el ARPA quiere, no son revolucionarios, ni antimperialistas, ni proletarios, sino pequeños y grandes burgueses, casi siempre aliados del capitalismo nacional reaccionario o instrumentos y servidores del imperialismo.[12] Veamos esto en la práctica. *Los abogados*: son trabajadores (?) intelectuales —hay algunos en el ARPA— y tomados en conjunto, en toda América, representan el papel de criados legales del imperialismo. *Los escritores:* por una media docena de hombres honrados[13] hay una legión de los Lugones, Chocano, Moheno, etcétera. *Los profesores:* por cada dos profesores revolucionarios, antimperialistas —no ya marxistas ni comunistas— hay mil reaccionarios fosilizados, representantes de la ideología feudal. Quedan *los estudiantes*: son los más revolucionarios dentro de los «trabajadores intelectuales». Pero todos estarán conformes en que no pertenecen a la clase obrera y en que su revolucionarismo puede calcularse en un tanto por ciento ínfimo, que disminuye mucho al recibirse el título y al comenzar la lucha por el «pan burgués», único pan que una inmensa mayoría llega a aceptar.

Afirmar que los «trabajadores intelectuales» son, en conjunto, una base para la revolución es entregar el movimiento en manos de los charlatanes y políticos profesionales, maquiavelos de la traición revolucionaria. Sin embargo, los comunistas no están contra los verdaderos trabajadores intelectuales, a quienes consideran, en su inmensa mayoría, unos explotados. Pero la historia de los partidos socialistas y comunistas, así como la de la Revolución Rusa, indican que a los «trabajadores intelectuales» les gusta más una limosna de la burguesía capitalista que ir a las filas de los revolucionarios. Por cada miembro intelectual en un partido u organización proletaria, hay un enorme porcentaje de «obreros manuales».

Otro error, derivado al parecer del anterior, son los gritos sobre el papel de la juventud, en abstracto, como si la lucha social fuese fundamentalmente una cuestión de glándulas, canas y arrugas, y no de imperativos económicos y de fuerza de las clases, totalmente consideradas. La única revolución so-

12 Compárese este artículo con *El intelectual cubano frente a la revolución*, de J. Marinello, p. 309 de esta antología. Tanto Mella como Marinello le salen al paso a la labor disolvente del APRA o ARPA (los apristas usaban en un principio ambas combinaciones de letras), cuyas doctrinas pseudorrevolucionarias intentaban captarse a una parte de la intelectualidad y del proletariado. La fuerza combativa y el tono casi agresivo que se desprenden de estos dos jugosos y esclarecedores artículos tienen su punto de referencia obligado en la época en que fueron escritos. *(N. del E.)*

13 Ugarte, Palacios, Varona... *(N. de J. A. Mella.)*

cialista triunfante hasta hoy en día, no ha sido una revolución de jóvenes y estudiantes, sino —a menos que el ARPA demuestre lo contrario— de obreros y de todas las edades. El movimiento obrero revolucionario de México, el más importante de todos los habidos en este país, ha sido organizado y continúa progresando bajo la dirección de «obreros manuales». Igualmente en el resto del mundo. Esto no implica, lo repetimos, que no se desmembren de «sus clases» muchos intelectuales, ni que muchos obreros no lleguen a saber tanto o más que los oficialmente llamados «intelectuales». Pero visto el asunto desde las perspectivas de las fuerzas sociales y del papel de las clases, los intelectuales, en conjunto, son *reaccionarios*.

No se niega el valor de la agitación, entre los «jóvenes», su «destino manifiesto», su «importancia», etc., como un buen medio para adquirir partidarios temporales entre los que están en la edad de soñar con ser Napoleones o Mussolinis o algo así. Mas como cuestión seria de principios revolucionarios, la cuestión de la «juventud y su papel» no es más que *literatura* de la cual los obreros se ríen al ver tantos buenos conductores que se aprestan a realizar «su salvación», cobrando un buen precio por el trabajo de conductores máximos.

EL «POPULISMO» AMERICANO

Es curioso hacer resaltar cómo las mismas condiciones económicas han creado en la América una ideología similar a la creada en Rusia, de la cual eran representativos los «populistas» tan atacados por todo el socialismo marxista.

La no existencia de un fuerte y gran proletariado en el Perú, lugar donde surge la ideología del ARPA, hace a los arpistas desestimar el valor del obrero, dudar de su papel y hasta no comprender que está surgiendo diariamente y tomando el papel hegemónico en la lucha contra el imperialismo y contra la reacción nacional, representativa del anterior.[14] Los arpistas son *indoamericanistas*. Esto no es errado como ellos lo presentan. Dicen que en América la mayoría son indios o mestizos y que es «de justicia» que nos llamemos indoamericanos. Está bien: aceptamos este bautizo. Pero aquí caen en algo que combaten con las palabras: la base racial para el movimiento antimperialista. Critican, con mucha razón, a los que hablan de conflictos entre sajones y latinos como fundamento del imperialismo. Pero, a renglón seguido, presentan al indio como algo fundamental, por ser indio, para la lucha antimperialista y por el socialismo. Porque son más, infieren que los indios han de ser los de la hegemonía en la lucha. Porque algunos viven todavía en un estado de «comunismo primitivo», nos hablan del «comunismo incaico autóctono» y de tomar como base para el movimiento comunista a

[14] El movimiento de los mineros de Oroya ha sido el más revolucionario y antimperialista en el Perú. *(N. de J. A. Mella.)*

las comunidades de indios, en un estado todavía bárbaro, sociológicamente hablando.[15]

Olvidan que la penetración del imperialismo termina con el *problema de raza* en su concepción clásica al convertir a los indios, mestizos, blancos y negros en *obreros*, es decir, al dar una base económica y no racial al problema.

La experiencia ha probado que el campesino —el *indio* en América— es eminentemente individualista y su aspiración suprema no es el socialismo, sino la propiedad privada, error de que solamente el obrero puede libertarlo por la alianza que el Partido Comunista establece entre estas dos clases.

Las revoluciones de México, Rusia y China han demostrado esto hasta la saciedad. (Solamente el 1% de la producción agrícola tiene base socialista en la URSS.[16] En México, contra el ejido comunal triunfa el ejido parcelado. Este mismo concepto era el sostenido por los «populistas» en Rusia, al querer *saltar el capitalismo*, olvidar sus consecuencias y revoluciones, e irse a la sociedad comunista tomando por base el *mir* o comuna agraria primitiva. Los chinos fundadores del Kuo-Ming-Tang tenían una concepción similar. Véase lo que de unos y otros decía Lenin: «El populismo es un sistema de concepciones que se distinguen por los tres puntos siguientes: 1ro. Apreciación del capitalismo en Rusia como un fenómeno de decadencia, de regresión.» (Los que combaten al imperialismo sentimentalmente o los que para atacarlo no ven quién es su único sucesor —el proletariado— sino que hacen críticas románticas sobre los perjuicios de la penetración imperialista al romper las relaciones anteriores, en nuestros países, matando a la pequeña burguesía y las relaciones campesinas, son prácticamente, los contagiados por este primer principio reaccionario en nuestro continente.) «2do. Proclamación de la originalidad del régimen económico de Rusia en general, y del campesino con su comuna, su artel en particular.» (Cuando los arpistas nos hablan del *autóctono régimen del comunismo incaico*, nos dan conferencias para explicarnos con admiración el sistema primitivo glorificándolo, y sueñan con las grandes posibilidades de iniciar «luego luego» la Revolución proletaria en el Perú porque allí existe ese indio con sus comunas primitivas, están aplicando el mismo criterio anticientífico y reaccionario que los populistas rusos aplicaban a Rusia. No de otra manera pensaban aquéllos; ir al socialismo utilizando los restos del comunismo primitivo. Nadie se ha de extrañar porque estos señores hayan adoptado hasta un nombre similar: «Voluntad Popular» se llamaba la organización de los rusos y la de los *indoamericanos*, «Alianza Popular». Ellos ven esa metafísica política que es el término pueblo; pero ignoran la realidad: clases, obreros, campesinos, etcétera.) «3ro. Desconocimiento de la dependencia de los intelectuales y de las instituciones jurídicas y políticas, de los intereses materiales de ciertas

[15] Léase el artículo de N. Terreros: «Utopía y realismo en la lucha antimperialista», en *El Libertador*, no. 15. *(N. de J. A. Mella.)*

[16] *Anuario de 1927.* Editado por la Representación Comercial de la URSS en México. *(N. de J. A. Mella.)*

clases sociales. La negación de esta dependencia, la ausencia de una explicación materialista de estos factores sociales, les obligan a ver una fuerza capaz de empujar la historia en otra dirección, de hacerla desviar.»[17] Si Lenin hubiera conocido a los arpistas hubiese escrito párrafos especiales para ellos. Con toda seguridad los habría llamado «caricaturas» tropicales de los «populistas». Nadie más que los arpistas desconocen en hechos la dependencia de los intelectuales respecto de ciertas clases y grupos sociales. En los bombos que se escriben recíprocamente en las revistas provinciales del continente se presentan siempre como intelectuales pero no como intelectuales al servicio de esta o aquella fuerza social sino como nuevos profetas bíblicos que no interpretan más que una voz: la de Jehovah o sea, el nuevo Espíritu Santo Arpiano.

La exposición constante de sus títulos de universidades burguesas, de las palabras amables que los intelectuales han dejado escapar en algún momento sobre el valor de cualquiera de ellos; su gusto por ser eternos estudiantes y andar por los ateneos y escuelas y no por los sindicatos y talleres, demuestra que para ellos el ser «intelectual» (y esto ¿qué es?) constituye el ideal máximo de la vida.

De esta falta de criterio materialista para apreciar a los individuos y a los fenómenos sociales, surge en los populistas tropicales, el mismo sueño de empujar la historia en la dirección que place a sus quimeras.[18]

NUESTRAS ENFERMEDADES INFANTILES*

EL INTELECTUAL Y EL CAPITALISMO

Existe una realidad en la lucha social: el antagonismo entre obreros e intelectuales. Negarla o quererla tapar llamando a los intelectuales «trabajadores del cerebro» es cosa propia de los demagogos.

El llamado intelectual (profesional, técnico, oficinista, escritor, etcétera) es, ante todo, por regla general, un elemento que no produce «valor» en el sentido económico de la palabra. Cualquier obrero no podrá comprender esto dentro de la fórmula de Marx; pero lo ve y lo interpreta a su manera. Hay algo más: el intelectual aspira a la formación de la propiedad. Todos los códigos conceden el derecho de propiedad privada a los intelectuales sobre sus obras e inventos. En un régimen comunista o socialista esto sería inadmisible. El producto intelectual será social lo mismo que el de la máquina y los brazos. Pero el verdadero motivo del antagonismo está en que el intelectual para vivir necesita «robar» al obrero una parte de la ganancia que el capitalista le extrae, ya que sólo él produce «valor». Así interpreta el sindicalista Enrico Leone la diferencia entre intelectuales y obreros. El intelectual ha de vivir, dentro de la sociedad actual, de las migajas del capitalismo. No tiene otra posibilidad.

Esta situación de los intelectuales hace que el obrero vea en ellos algo semejante a la fuerza armada del Gobierno. No todos los proletarios comprenderán la teoría de Engels sobre el Estado; pero ellos saben que un grupo de hombres uniformados rompen sus huelgas, asesinan a sus compañeros y siembran el terror.

Igualmente conocen que hay otros «hombres inteligentes» que los expulsan de su casa, escriben en la prensa burguesa teorías contrarias a sus intereses y hablan en los teatros y universidades contra sus aspiraciones. Estos se llaman intelectuales y son para él tan enemigos como los hombres uniformados.

EL INTELECTUAL Y EL SOCIALISMO

¿Por qué hay tantos intelectuales socialistas? El régimen capitalista en su perfeccionamiento ha ido agudizando más las contradicciones sociales. El intelectual, por las constantes crisis económicas, se declara rebelde, aunque sólo hay una clase en rebeldía permanente: la clase obrera. Pero la aspiración de la mayoría de estos nuevos socialistas es mejorar, reformar el régimen capitalista, donde ayer estaban bien y hoy, por la crisis habida, están mal. El socialismo no es para ellos una operación quirúrgica definitiva sino un buen remedio casero para aliviar. Hay también intelectuales a quienes el grito de la realidad les enseña el principio de Marx; la clase obrera no podrá libertarse sin libertar a las demás clases, aboliendo el sistema de división en clases. Estos van derechos hacia el socialismo por la revolución proletaria. Nada peligroso hay en que ingresen a los partidos del proletariado (actualmente en casi todo el mundo solamente los partidos comunistas lo son) elementos revolucionarios no obreros. El peligro está en que impongan una ideología reformista y oportunista. La equivocación está en querer hacer del socialismo algo diferente a una consecuencia, a una coronación final de la lucha del proletariado contra la burguesía y contra su sistema social.

[17] *¿Qué hacer?* de Nicolás Lenin. (N. de J. A. Mella.) Esta cita corresponde en realidad a *¿A qué herencia renunciamos? III.* Cf. *V. I. Lenin. Obras escogidas,* t. I, p. 74. Editorial Progreso, Moscú, 1961. *(N. del E.)*

[18] Para conocer la similitud con Sun Yat Sen en su etapa «populista», léase «El movimiento populista en China», por N. Lenin (traducción de J. A. M.), en el *Boletín del Torcedor,* La Habana. *(N. de J. A. Mella.)*

* *El Machete,* nos. 116 y 118. México, D. F., 2 de mayo y 9 de junio de 1928. (Firmado con el seudónimo de Cuauhtémoc Zapata.)

UNA ENFERMEDAD DE INFANCIA

Todo esto era necesario para explicar la pugna interna en los partidos reformistas, entre intelectuales y obreros, o lo que así ha dado en llamarse. El obrero inculto y el intelectual reformista al entrar en un partido prolongan la realidad social exterior. Pero en el Partido Comunista esta pugna no tiene razón de ser. Cuando un ciudadano ingresa al Partido Comunista, lo hace porque acepta y comprende todos los postulados científicos del socialismo. Establecer divisiones entre intelectuales y obreros dentro de un Partido Comunista, es afirmar que no es un partido revolucionario. Quien dentro de un Partido Comunista sea todavía un intelectual, es decir, uno de aquellos que «no han roto el puente que los une a la burguesía», debe romperlo de una vez o salir del partido. Pero no es ésta la causa de la pugna interna en algunos jóvenes partidos de América. Existen demagogos —todo lo contrario del revolucionario— que hablan de dictaduras y «mangoneos» de los que más saben, más luchan y más aportan a la causa proletaria. También obreros incultos —hablamos de la cultura que el proletariado necesita— traídos muy «verdes» a la lucha social, no son capaces de comprender la necesidad de una dirección, de una disciplina, de un estudio, de un perfeccionamiento diario en la acción y en la teoría, para servir mejor a la causa. Éstos no hablan contra los directores, sino que los llaman «intelectuales». Muchas veces estos «intelectuales» son obreros que han aprendido. Este problema debe ser resuelto. Dentro de un Partido Comunista no hay división entre intelectuales y obreros, como no la hay entre carpinteros y sastres, por ejemplo. Sólo hay comunistas. ¿Qué es un comunista? El revolucionario sincero que acepta el programa del partido y contribuye diariamente con su trabajo a realizarlo.

LOS TRABAJADORES DE LA REVOLUCIÓN

Esto nos enseña que se necesita una organización y unos elementos capacitados para dirigirla. Éstos son los «TRABAJADORES DE LA REVOLUCIÓN», elementos que han hecho de la lucha por el comunismo su principal profesión. Pueden ser obreros, estudiantes; pero su trabajo es HACER LA REVOLUCIÓN. Decía Lenin tratando esta misma cuestión: «*Un comité de estudiantes no es bueno, esto es verdad, pero la conclusión que se debe sacar es que necesitamos un comité de revolucionarios profesionales, no importa si es obrero o estudiante es capaz de prepararse para ser un revolucionario profesional.*»

Refiriéndose a los que hablaban de estas divisiones dentro del Partido Social-Demócrata Ruso, afirmaba: «*Esos son los peores enemigos de la clase trabajadora, porque levantan instintos viles en la multitud.*»

¡Hacer trabajadores de la Revolución! He aquí nuestra tarea. «*El problema* —decía Lenin también— *no es degradar al revolucionario al nivel del principiante, sino elevar al principiante al nivel del revolucionario.*»

La labor de crear trabajadores de la Revolución hará al Partido fuerte y de un solo bloque, irrompible en la lucha de hoy y capaz de realizar mañana su misión desde el poder. Enseñar a los obreros lo que es socialismo como crítica, como organización, como ciencia, y poner al no obrero en contacto con la masa trabajadora, en la célula, en el comité, en la local, en el campo, en la distribución de propaganda. He aquí el trabajo que hará al partido verdadera vanguardia de la clase obrera y campesina.

¿División? No. No intelectuales *versus* obreros, sino BUENOS COMUNISTAS, CONTRA MALOS COMUNISTAS.

FONÓGRAFOS Y HOMBRES

El Universal, el «gran diario de los reaccionarios de México, puede sentirse satisfecho de su obra. Ha cumplido maravillosamente su clásico papel de corruptor de la conciencia nacional.

Su concurso de oratoria último ha servido para exacerbar el reaccionarismo que domina entre algunos jóvenes mexicanos que se dicen «portaestandartes de la cultura patria». El concurso ha patentizado cuánto de inútil y retrógado hay en la cultura universitaria. También ha servido para enseñarnos el regionalismo, el localismo estrecho que existe entre algunos elementos de la República. La nacionalidad no ha llegado a formarse espiritualmente. Los oradores —no todos, pero sí muchos— hablaron de sus «patrias chicas» como si fueran naciones antagónicas entre sí y el concurso un combate de feroces rivales.

En varios concursantes la falsa erudición mató la verdadera cultura. Para éstos la vida de hoy con sus problemas, sus luchas y sus esperanzas no existe. Donde termina el texto de historia o de filosofía, el viejo texto oficial, allí termina su cultura. Otros suponen que es pecado gravísimo pensar de manera distinta a la de sus maestros. Y así nos repiten los viejos tópicos sobre la Conquista, la «cultura» hispánica, Julio César, Napoleón y, cuando más modernos quieren ser, más salen con esa caricatura fetal de César que es Benito Mussolini.

Lo que el público, el joven público de espíritu muerto aplaudió más entusiastamente fue eso precisamente.

A nosotros estos oradores del concurso nos hicieron la impresión de perfectos y elegantes fonógrafos que repitieran discos gastados de canciones viejas, adquiridos en polvorientas chacharerías.

No es de extrañar, pues, que humildes obreros, sin erudición universitaria, pero con la cultura que dan la vida, la diaria lucha de las clases antagónicas y el contacto sincero con la realidad, se vieran obligados a retar a los estudiantes de Jalapa a controvertir sobre su modo de presentar el socialismo.

Mas, por suerte, no todo fue así. También hablaron jóvenes de los que han visto realmente la vida, de los que han sabido del dolor de las multitudes, del ansia del indio por la tierra, del obrero por un mejoramiento económico y de todas las clases oprimidas por una emancipación real.

Éstos, como el estudiante Castañeda, nos hablaron de las luchas populares, de la Revolución, de la Constitución y sus artículos 123, 130 y 27. Cuando quisieron evocar al «héroe» —uno de los temas de improvisación— no levantaron las momias sanguinarias de Porfirio Díaz[19] o Victoriano Huerta,[20] sino las vigorosas figuras populares de un Madero,[21] un Zapata[22] y, en la escala internacional, de un Lenin. La cultura es para ellos el reflejo de la vida actual. No son los fonógrafos anteriores. Razón tenían los reaccionarios del público en sisearlos y en patear como mulas. El siseo, las patadas y los gritos de protesta de los reaccionarios deben ser para estos muchachos de espíritu rebelde el mismo estimulante que han sido los insultos y las calumnias para los revolucionarios de todas las épocas; para los tribunos de la plebe, para los cristianos de las catacumbas, para los protestantes de la burguesía, para los enciclopedistas del siglo XVIII, para los utopistas precursores, para los libertadores americanos y, hoy en día, para los agitadores obreros, para los miembros del partido mundial de Lenin.

EL DOMINIO DEL AIRE*

En esta época de vuelos triunfantes a través del Atlántico y alrededor del mundo, México a pesar de su poco desarrollo industrial, toma parte también

19 Porfirio Díaz: General y político mexicano (1839-1915). Se distinguió en la lucha contra la intervención francesa. Fue presidente de la República en 1876, desde 1877 hasta 1880 y desde 1884 hasta 1911. Contra su gestión dictatorial se produjo la revolución de Madero con la que resultó derrocado. *(N. de la ed. cit.)*

20 Victoriano Huerta: General y político mexicano (1845-1916), colaborador y partidario de Porfirio Díaz. En 1913 derribó a Madero y se hizo proclamar Presidente de la República. Por sus propias instrucciones son asesinados el presidente Madero y el vice Pino Suárez. En 1914, triunfante el movimiento constitucionalista de Carranza, tuvo que abandonar la Presidencia. Murió en Estados Unidos. *(N. de la ed. cit.)*

21 Francisco I. Madero: Político mexicano (1873-1913). Suscribió el pacto de San Luis contra la reelección y encabezó el movimiento que derribó a Porfirio Díaz. Presidente de la República desde 1911 hasta 1913. Fue derrocado por una sublevación militar y murió asesinado. *(N. de la ed. cit.)*

22 Emiliano Zapata: Revolucionario mexicano (1883-1919). Promotor de la revolución agraria. Proclamó el plan de Ayala (1911), que exigía tierra para los campesinos. Murió asesinado. *(N. de la ed. cit.)*

* *El Machete*, no. 120. México, D. F., 23 de junio de 1928. (Firmado con el seudónimo de Kim.)

en la competencia aeronaútica, y Carranza responde al gesto de Lindbergh. Se proyecta un vuelo desde Canadá a esta capital, y otro de aquí a La Habana, con meta en Nueva York.

Los capitalistas, los mercenarios de la pluma, todos los reaccionarios pueden aprovechar este progreso técnico a su favor. Pueden hacerlo como *Excelsior*, uniendo su nombre a la proeza, o como los banqueros americanos y sus voceros que aseguraron que el vuelo de Lindbergh había borrado todas las insolencias de Kellog y hecho olvidar todas las rapiñas de Wall Street. Pero ni unos ni otros podrán impedir que la misma fuerza del progreso técnico se rebele contra sus monopolizadores de hoy. El capitalismo ha desatado el demonio industrial, que ya no quiere ser instrumento ciego de la clase social que representa el pasado.

Los vuelos trasatlánticos e intercontinentales están sentando las bases materiales de una unidad y fraternidad entre los pueblos que no serán gratas a la clase dominante. Junto a la carta del comerciante, para quien el servicio aéreo facilita la explotación, irá también la propaganda y el grito de solidaridad del proletariado. Las fronteras habrán dejado de existir cuando para trasladarse de una nación a otra se necesite el mismo tiempo que hoy se requiere para ir de un municipio a otro en el interior del país.

El proletariado ama el progreso de toda la técnica industrial porque ésta habrá de libertarlo de su condición de rueda inanimada del maquinismo capitalista. Hoy el avión, como antaño la caldera de vapor y después el dinamo eléctrico, ayuda al obrero a forjarse la idea de su propio valer.

El trabajador comprende cada vez más que entre él y la naturaleza hay un intruso que es preciso quitar de en medio: el capitalista. Para el proletariado revolucionario los grandes vuelos son el nacimiento de una nueva fuerza que aunque hoy todavía no controla, un día habrá de convertirla en su más poderoso auxiliar en la lucha por la liberación de su clase y de toda la humanidad.

Así como el dominio de la tierra mediante la domesticación de los animales, y el del agua por el invento de la vela latina señalaron grandes etapas en el desarrollo de la civilización, el dominio del aire —el elemento que parecía inconquistable— marcará también una nueva era: el derrumbamiento del sistema capitalista y el comienzo de la construcción socialista.

Por eso el obrero que ve el avión surcar los aires sonríe al comprender que, quiérase o no, trae escrito en sus alas el grito de Carlos Marx: «*¡Proletarios de todos los países, uníos!*»

EL HAMBRE Y EL PAN DE LOS MAESTROS*

He aquí la noticia que aparece en la primera página de un órgano de la burguesía. Ya lo saben todos: los principios revolucionarios de los trabajadores son la causa de que no se pague a los maestros. Ahora nos convencemos de lo que nos dijo una vieja beata, de mentalidad tan retardada como el citado diario, muy asustada por los recientes temblores: «Si Calles no persiguiera a los curas no temblaría la tierra.» Del mismo modo juzga los fenómenos sociales el rotativo reaccionario.

El problema de los maestros es un viejo y duro problema. El maestro no puede exigir como el militar, con las armas en la mano, que se pague su trabajo. Tampoco tiene las agarraderas del político profesional. El maestro prepara el futuro. A los directores de hoy no les interesa, por regla general, el futuro. Con maestros o sin ellos piensan estar en el poder. En México, en el México de hoy, se podrían acabar los maestros y, sin embargo, la vida política seguiría igual. No sucede así con el ejército, por ejemplo. Luego, un solo recurso le queda al maestro: fundirse estrechamente con el proletariado de las fábricas y de los campos. Ésta es la única fuerza que se considera y se teme en la sociedad presente. El Sol podría dejar de alumbrarnos durante unos cuantos días. Una mayor ganancia de las compañías eléctricas sería el único resultado. El obrero no puede cesar de trabajar sin poner a la sociedad en peligro de asfixia por estrangulación. Por esta solemne «razón» se le respeta y se le atiende.

La huelga: he aquí la gran solución al problema inmediato de hoy.

La revolución: he aquí la gran solución al problema final.

Sólo aumentando la gran familia de los sindicalizados se harán respetar los maestros. Rompiendo todos los puentes, ideológicos y materiales, que los unen con la burguesía, y fundiéndose con el proletariado industrial, es como podrán conquistar su emancipación.

En la sociedad capitalista, por muy democrática y liberal que sea, nunca encontrará el maestro, el trabajador de las aulas cuya materia prima es el cerebro de las nuevas generaciones, una solución decorosa para sus problemas. Siempre su sueldo se gastará en mantener el gran ejército de los burócratas. Será en la sociedad socialista, bajo la dictadura del proletariado donde el maestro se redimirá. Únicamente en esa sociedad de trabajadores que es la Unión de los Soviets es donde el maestro está liberado totalmente. Allí el ser maestro, enseñar algo, es la suprema aspiración de todos. ¡Hasta los soldados son maestros! Durante el servicio militar aprenden lo que puede ser útil para su comarca y para sí mismos, y al retornar a sus hogares son

* *El Machete*, no. 123. México, D. F., 14 de julio de 1928. (Firmado con el seudónimo de Kim.)

los educadores. El soldado-maestro: he aquí algo que nunca supuso la sociedad capitalista. Esto lo ha hecho el socialismo: ha sintetizado los dos grupos más antagónicos del presente: el maestro que crea la vida moral e intelectual y el soldado que mata la vida física y la riqueza social.

¡Ah, ignorante y malévolo periodista! No, no son las leyes revolucionarias la causa de que los maestros pasen hambre. Todo lo contrario. La falta de nuevas leyes más revolucionarias, de una revolución proletaria, es lo que hace que falte pan a los maestros De aquí surge el deber para cada maestro de ser un sindicalizado, un revolucionario, un luchador de vanguardia. El Partido Comunista les brinda esa oportunidad: ganarse el pan espiritual y luchar por el pan material diario.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS*

Hace tiempo que se movió gran alharaca para que México asistiera a los juegos olímpicos que iban a efectuarse en Europa. Ahora resulta que hemos hecho un papel muy débil.

Los «patriotas» oficiosos y oficiales consideraban que la no asistencia sería un descrédito para México, y así lo daban a entender en los rotativos. Pero el deporte, como todo lo demás en la sociedad, también es susceptible de ser analizado con un criterio independiente del que aplica la burguesía en sus grandes diarios.

¿Qué es el deporte?

Un medio fácil para que los jóvenes de la burguesía gasten las energías que no utilizan en el trabajo.

Los jóvenes deportistas se encuentran ante este dilema: o dedicarse a un trabajo social útil, o «descargar» su fuerza nerviosa en el agotamiento de los placeres antihigiénicos.

Entonces viene el deporte como válvula de escape. Para confirmar esta opinión basta con ver quiénes son los jóvenes *sportman.*

Dejemos a un lado —por su clara expresión mercantil— el deporte profesional: los grandes encuentros de box, las competencias de pelota o balompié tanto en Europa como en América. Este tipo de atletismo —el profesional comercialista— recuerda por su brutalidad y frivolidad el atletismo de las épocas decadentes de Roma: los combates de gladiadores, las matanzas de cristianos, las depravaciones de las familias patricias y cesáreas. Y el atletismo *amateur* (de aficionados), muy especialmente el tennis, el golf, etcétera, nos presenta toda la mentalidad infantil, es decir, degenerada de

* *El Machete*, no. 125. México, D. F., 4 de agosto de 1928. (Sin firma.)

los que lo practican. Ejemplo: los *boys* de las universidades yankis, que han encontrado imitadores en todas las universidades de la América Latina.

El *mens sana in corpore sano* con que ellos pretenden escudarse no es razón alguna para justificar su infantilismo mental.

Sin embargo, el futuro régimen socialista del proletariado no abolirá el deporte. Hará con el atletismo lo que con otras muchas cosas del capitalismo: lo adaptará a la nueva situación. Ya vemos una iniciación de esto en el deporte de la Unión de los Soviets y en la Espartakiada Internacional, contestación revolucionaria del proletariado a los Juegos Olímpicos.

De paso: el comité de la CROM que imita los vuelos trasatlánticos, ¿por qué no ha enviado ningún obrero a la Espartakiada Internacional?

El deporte bajo el régimen comunista —el régimen donde todos trabajarán— no será ya una válvula de escape para las energías de los parásitos, sino un medio para equilibrar energías y hacer una raza humana más fuerte, más optimista, más perfecta espiritualmente, más sensible a los problemas de la cultura y del mundo en general. El deporte es complemento de la higiene, y ésta, base de la moral.

He aquí el concepto socialista del deporte que ya inician los proletarios y que los jóvenes burguesitos no comprenden.

He aquí el concepto socialista de que los clubes y equipos obreros se federen nacionalmente en una gran organización de obreros deportistas.

*OCTUBRE**

El cine es el arte favorito de la multitud. Ningún otro expresa mejor su sed inacabable de imágenes y de movilidad. El cine yanki, con excepción de films como las de Chaplin, había venido siendo utilizado para la propaganda militarista y para la formación del cerebro de las nuevas generaciones en el culto sagrado a los dioses del Olimpo financiero de Wall Street.

Octubre es la film de la revolución. Ahí la técnica y el argumento han llegado a su mayor grado de sincera expresión de la realidad moderna, en el país del proletariado. La obra de John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo* —traducida a más de veinte lenguas distintas— y que Lenin recomendó leer a todos los revolucionarios en el prólogo que para ella escribió, es el argumento.

No hay ingenuidad estúpida del «boy». Tampoco el tonto y romántico desenlace de amor con el beso final de varios metros. La película no tiene héroes. Es la vida, es la multitud. Son los ejércitos, las fábricas con el poema de sus máquinas, los bosques de bayonetas desfilando por las calles, las ametralladoras subidas a las tribunas de las barricadas hablando su elocuente y definitivo lenguaje. Todo lo que es la revolución, sin literatura alguna, con su desnuda belleza, está allí fiel, exactamente interpretado. La huelga que estalla, el traidor de siempre, la ira cómoda del burgués, los «defensores del orden», los esquiroles, están en la film como están en la vida diaria. También surgen los personajes célebres: el histérico y teatral Kerenski;[23] el recio Lenin hablando en la tribuna como un «martillo que piensa», según la frase de Gorki; el nervioso agitador Trotski,[24] actuando como un dinamo humano; el pacífico y tranquilo Zinoviev; el ecuánime Kaménev, todos pasan por la pantalla breves segundos sin monopolizar la vida de la multitud; de los marinos del «Aurora» que se sublevan; de los batallones obreros que abandonan las fábricas para irse a las barricadas y a las trincheras; de los cadetes, que cobardes y temerosos se rinden junto con los batallones de mujeres en el Palacio de Invierno, postrer reducto de la burguesía petrogradense... Allí están desde las reuniones del Congreso de los Soviets hasta los grupos callejeros.

* *Tren Blindado,* año I, no. 1. México, D. F., 1928.

En cuanto a técnica la película es algo completo para la época. La fotografía de los detalles, el lenguaje de las cosas, es tan lleno, tan perfecto, expresa tan bien el momento, sugiere tanto, que es una «película pura». Pudiera verse sin el auxilio de los letreros así como se entiende la música sin necesidad de canto y se comprende un poema sin necesidad de grabados.

El público acostumbrado al estilo burgués de la película yanki, podrá no apreciar en todo su justo valor este esfuerzo de la «Sovkino». No importa. Sería pedirle tanto como que comprendiese la Revolución Proletaria después de conocerla a través de los cables de la «United Press» o el movimiento revolucionario de nuestro país y nuestras características nacionales por medio de la interpretación que le dan en Hollywood. Sin embargo, las vanguardias ideológicas tienen aquí oportunidad de gozar uno de los más intensos placeres que la época actual puede brindar en el terreno del arte por medio del más joven y expresivo de los artes modernos: la fotografía en movimiento.

Kim

23 Alejandro Kerenski: Político ruso (1881-1970). Jefe del Gobierno Provisional en 1917. Derribado ese mismo año por los bolcheviques. *(N. de la ed. cit.)*

24 Al triunfo de la Revolución de Octubre, Trotski deviene uno de los hombres prominentes del nuevo estado soviético, colaborador de Lenin y comisario del pueblo. De ahí la admiración que su quehacer político despierta en Mella y Mariátegui. Sin embargo, con el tiempo comienza a manifestar discrepancias en cuestiones de la teoría y la práctica revolucionaria y termina enfrentándose a la línea general del Partido. En 1927 el Partido declara su actividad como desviación pequeñoburguesa y decreta su expulsión del mismo. Muere en México en 1940. *(N. del E.)*

UN COMENTARIO A *LA ZAFRA* DE AGUSTÍN ACOSTA*

He aquí un comentario a *La zafra*, que no tiene nada de crítica literaria. Se hace necesario. *La zafra* es el primer gran poema político de la última etapa de la República. No es espontánea una opinión sobre el contenido político del mismo. Y además, Agustín Acosta merece se le tienda una mano. Está en el momento crítico y lleno de tragedia de los intelectuales modernos que son honrados y no pueden aceptar la realidad social. Mas, como en el mito bíblico, sufren por los delitos de sus antepasados. No pueden negar la sangre familiar, ni desvincularse de la clase de sus mayores y que fue su clase durante casi toda su vida. En medio de ella, en el hogar, en las reuniones, en la escuela, en la biblioteca paterna, se fue formando su personalidad. Y ahora, ¿cómo matarla? Sin embargo, si Agustín Acosta ha de llegar a ser lo que debe y lo que puede por su genio y por su sensibilidad ante los dolores de la multitud, tendrá que «matarse» y volver a hacerse él mismo. Solamente los «sin padres» pueden ser útiles y lograr un triunfo social en esta vida moderna.

Las terribles contradicciones de su espíritu, están expuestas en el prólogo, donde vacía todo su sentir, toda su angustia ante la realidad social, y la realidad de su individualidad en contraste con el espíritu de la época.

El poema es de «combate». Su «verso es un aire incendiado que lleva en sí el germen de no se sabe qué futuros incendios». Pero ahí salta el fallo individualista del motor de su espíritu: «no quiere que se le crea un poeta de muchedumbre». Bueno, querido amigo: si se ha de combatir, si ha de haber incendios, ¿quién, sino la muchedumbre, es capaz de realizar lo uno y lo otro?

Esta posición, si no es sincera, resulta horrenda: si lo es, dolorosa y lamentable, como la confesión de una enfermedad mortal.

En muchos poetas no es más que una «pose». En otros —¿estará entre ellos Agustín?— un contagioso padecimiento que fue de moda en el siglo pasado y que se contrajo en las lecturas de la adolescencia. O, seamos honrados, ¿esa posición mental de Acosta es debida al pesimismo final de su poema? ¿Será la causa el hecho de que no ve salida para «la patria que canta»? El pesimismo es infundado. No existe en la realidad, como él afirma. Lo que hay es una interpretación no exacta de los hechos, una falta de comprensión total del problema. Luego veremos.

Otra razón queda para rechazar la muchedumbre: su incomprensión del valor artístico. El puro valor artístico, dolorosamente cierto es, no será comprendido por las muchedumbres de hoy en su totalidad. Pero, ¿qué es el

* Escrito en México, D. F., 1928. El original mecanografiado con notas manuscritas de Mella se encuentra en el Archivo Nacional de Cuba, Fondo Especial.

valor artístico de una obra? Para una minoría, en todas las épocas, puede ser algo analizable, valuable, comprensible, algo que se conoce cómo nació, cómo se expresó: la cantidad exacta que se puso en la balanza. Se aplican siempre al Arte reglas más o menos nuevas. Pero siempre existen... La muchedumbre no tiene la culpa que el régimen le haya prohibido ir a las clases de retórica, comprar las revistas literarias modernas, y tener tiempo, después de su explotado y agotador trabajo, para estudiar los poemas y las obras de arte. Si alguna vida espiritual tiene, es la que lleva su lucha, el ideal de su emancipación. Esto basta por hoy. Precisamente por este rumbo es donde encuentra al artista. Y ahora algo más importante.

¿Constituye el medio de expresión artística —la forma— una exhibición para ser valorada por sí misma, como la pluma de ciertos animales tropicales o la ropa lujosa de los maniquíes de la Quinta Avenida? De ninguna manera. Para todo artista honesto, la forma no es más que el vehículo de la expresión de la idea. Y nada más... Luchará por una gran forma, porque amará un rápido y perfecto vehículo de su idea. Pero no amará la forma por la forma como las mujeres burguesas las joyas costosas y deslumbrantes.

El artista no debe temer que va a deslumbrar a la multitud con su carro. Puede montar sin temor un Packard silencioso de doce cilindros, o un Roll Royce lujoso. (Mr. Ford ha derrotado a Pegaso.) Ella no sabe cómo se hizo cada pieza. Pero te comprenderá y te admirará cruzando veloz. Ella no conocerá toda la diferencia entre un buen avión y uno malo, entre una locomotora 1928 y otra 1895. Pero cuando ve a uno sobre los aires, y se siente arrastrada por una «Baldwin Locomotive» es feliz y comprende...

Así la forma en el poema. Llega a la multitud por el instinto y no por la razón, como llega la belleza de un atardecer a los guajiros, de una noche de tempestad a los marinos, o de una gran máquina moderna en movimiento a los obreros. Esto debe bastar. ¿A qué más se debe aspirar?

Acosta, a pesar de haber escrito *La zafra* para «sus amigos» —lo son todos los que él cantó y descubrió en sus dolores—, a pesar del precio prohibitivo de «un peso», que tiene el ejemplar, no podrá impedir, no ha impedido, que la multitud lo lea. Entonces, no es sincero negar en realidad. El obrero agrícola, que ha leído ya las obras de Trotski y de Lenin, el obrero industrial, que en todos los centrales constituye la base del movimiento proletario, lee *La zafra* como un libro suyo, como una más para realizar ese incendio soñado, que en unos, está prácticamente expuesto y, en otros, bellamente. He aquí donde —como se decía— el revolucionario encuentra el artista.

La gran falta política del libro —y de aquí su pesimismo final— es que está escrito con criterio intelectualista y no histórico materialista dialéctico.

Expliquémonos. Hay muchos cantos al ayer, y esto cubre, como la neblina de vapores del ingenio, el hoy y el mañana. El libro expresa políticamente, el ideal, la protesta del colono que se siente amenazado, y del antiguo hacendado, cubano, arruinado por el central norteamericano. Es justa y real esta protesta. Pero hay algo más. El central yanki —la penetración imperialista

con palabras generales— no es un fenómeno de hoy. Si la «independencia» existió, fue precisamente porque ya comenzaba a existir ese imperialismo que hoy tanto nos asusta. Este es un hecho no fatal, en el concepto místico de la palabra, sino una realidad que obedece al determinismo histórico. Ningún canto de poeta, ninguna lamentación de pequeño burgués arruinado o en vías de arruinarse —el colono podrá cambiarla.

El colono luchará contra el yanki hasta que obtenga lo que aspira, o será vencido y convertido en un proletario puro para trabajar la tierra al gringo. Esto es lo que la historia nos está enseñando en todo el mundo, desde el derrumbamiento del régimen feudal y el nacimiento del capitalista. En cada central existen los vengadores, los sepultureros del monstruo que tanto nos arredra: los 200 000 obreros en la industria de la caña. Ellos son los que van a darle solución al problema de Cuba.

En el «poema de combate» falta un canto a los combatientes, a los soldados únicos. Allí no se dice nada de las huelgas que eran «por Cuba y por la clase» que incendiaron los campos de Oriente, Camagüey y Santa Clara, y que fueron el mejor combate contra el imperialismo, y que el mejor se podrá seguir dando. Cuando en Cuba no exista el Imperialismo, cuando los centrales vuelvan a ser cubanos, como debe ser nuestra aspiración, como es la de todos los revolucionarios de hoy, no serán de los antiguos hacendados que tenían los cachimbos y trapiches, ni tampoco de los nuevos burgueses nativos, quienes habrán seguido la suerte común de sus amos: ¡Serán de los trabajadores de Cuba!

Triste es que falte este capítulo. Podría haber sido el canto épico de la nueva revolución que ya han iniciado con sus movimientos sociales los obreros. No habría lugar para el pesimismo en este canto final. Una clase que ha tenido ejemplares como aquel malogrado Enrique Varona, y mártires como las docenas que han caído por la lucha en pro de su liberación, es una clase potente que nadie podrá destruir. El colono sí podrá ser destruido económica, social y políticamente. La tierra se labrará por administración. Pero el obrero no puede ser exterminado. ¿Quién trabajará? A ese centinela, a ese amo en potencia, no se le puede matar sin que perezca toda la industria.

Es necesario que se sepa que la huelga de los centrales azucareros no tiene nada que envidiar a la batalla de Mal Tiempo, ni los jefes obreros del movimiento revolucionario de hoy a los generales del Ejército Libertador. Es una nueva época que impone nuevas tácticas. No vemos por qué no se puede cantar la huelga general ferrocarrilera como ayer se cantó Peralejo, por ejemplo.

¡Ah! ¿Pero qué le proponen al poeta? ¿Que se haga político, que se haga socialista, que se sectarice? Llámenle como quieran. Estamos en el caso común y angustioso en que unas mismas palabras tienen distintos significados para grupos distintos que creen poseer la interpretación exacta. Política, para unos, es el asalto al poder por la turba de aventureros. Socialistas, el nombre que se les da a los locos de hoy, o a los bandidos que se disfrazan. Así reza, para esto último, el lenguaje que se impone por decreto. Y ¿quién se

rebela hoy contra un decreto, aunque esté en contra de la ciencia y de la realidad?

La vegetación estéril y «los libros para los amigos» o la lucha activa y el canto para la multitud. Este es el dilema que el mismo Agustín Acosta se ha planteado en ese libro que lo ha desplazado a él mismo. Habría que ver el asunto, por lo menos, desde un punto de vista de utilización de energías y de responsabilidad por la época en que vivimos. Imagínese a los productores de mercancías haciendo solamente las que cuadren a su gusto personal y para sus amigos. La producción intelectual también tiene su demanda en el mercado. Y no nos referimos al mercado donde pagan comercialmente sus trabajos, los magazines tipo yanki, sino al amplio mercado social. Puede existir un mercado como el de las cosas raras e inútiles, muy pequeño, pero veamos la gran producción de los grandes poetas. Limitémonos a Cuba: Heredia, Martí... Y en la Literatura Universal podría señalarse la coincidencia de que una gran época política ha sido paralela al «Siglo de Oro» de las artes.

Que no se confundan estas líneas con el trabajo de un crítico. Que las considere Agustín como opinión «amigable», ya que es la única que le interesa según expone; pero que recuerde existe algo más que el fosilizado y reaccionario «arte por el arte».

¿Con la muchedumbre? No irá «hacia la gloria» —no se trata aquí de esa tontería— sino que habrá vivido. Eso es todo. ¿Sin la muchedumbre? Será un guarismo sin valor y la sociedad continuará avanzando, y luchando y triunfando por el derrotero que se ha expuesto. No importa. Algún día sentirá el dolor de haber sido un inconsciente desertor cuando pudo haber sido un gran capitán.

EL CONCEPTO SOCIALISTA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA*

Mucho se habla de «Reforma Universitaria». El malestar y la inquietud existentes entre los estudiantes hace que se oigan los balbuceos de un lenguaje revolucionario. En *Tren Blindado* y en pláticas públicas trataremos de desarrollar las bases sociales de este movimiento, sus antecedentes históricos, sus principios fundamentales y todo aquello que sea necesario para su mejor comprensión por la multitud estudiantil.

Lo primero que necesitamos definir es el concepto real de la reforma universitaria. Hay mucha palabrería liberal y vacía sobre reforma universitaria, debido a que los elementos que en muchas partes tomaron parte en este

* *Tren Blindado,* año I, no. 1. México; D. F., septiembre de 1928.

movimiento lo eran de la burguesía liberal. Pero si la reforma va a acometerse con seriedad y con espíritu revolucionario no puede ser acometida más que con un espíritu socialista, el único espíritu revolucionario del momento.

Las universidades, como otras tantas instituciones del régimen presente, están hechas para sostener y ayudar el dominio de la clase que está en el poder. Creer que los intelectuales o las instituciones de enseñanza no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda sociedad es una ingenuidad de los miopes políticos. Nunca una clase ha sostenido una institución, ni mucho menos instituciones de educación, si no es para su beneficio. Es en las universidades, en todas las instituciones de enseñanza, donde se forja la cultura de la clase dominante, donde salen sus servidores en el amplio campo de la ciencia que ella monopoliza. Las universidades de los países capitalistas modernos crean abogados, ingenieros, técnicos de toda naturaleza para servir los intereses económicos de la clase dominante: la burguesía capitalista. Si se considera que los médicos pueden ser una excepción se caería en un grave error. La inmensa mayoría de los médicos que se gradúan, ¿son para servir en instituciones de beneficencia colectiva o para formar en la burguesía profesional individualista y explotadora? Que muchos médicos no triunfen, por las mismas injusticias del régimen presente, no indica que la aspiración del gremio no sea ésta.

Sentado esto, que no necesita ampliarse para cualquiera que posea una media cultura social, diremos que la reforma universitaria debe acometerse con el mismo concepto general de todas las reformas dentro de la organización económica y política actual. No hay ningún socialista honesto que suponga factible reformar toda esta vieja sociedad paulatinamente hasta sacar de ella una nueva y flamante como en las viejas utopías. La condición primera para reformar un régimen —lo ha demostrado siempre la historia— es la toma del poder por la clase portadora de esa reforma. Actualmente, la clase portadora de las reformas sociales es la clase proletaria. Todo debe ir convergente a esta finalidad. Pero el hecho de que la solución definitiva sea, en esto, como en otras mil cosas, la revolución social proletaria, no indica que se deba ser ajeno a las reformas en el sentido revolucionario de las palabras, ya que no son antagónicos estos conceptos.

Un concepto socialista de la lucha por mejorar la Universidad es similar al concepto del proletariado en su acción por mejorar las condiciones de su vida y su medio. Cada avance no es una meta, sino un escalón, para seguir ascendiendo, o un arma más que se gana al enemigo para vencerlo en la «lucha final».

Luchamos por una universidad más vinculada con las necesidades de los oprimidos, por una universidad más útil a la ciencia y no a las castas plutocráticas, por una universidad donde la moral y el carácter del estudiante no se moldee ni en el viejo principio del «magister dixit», ni en el individualista de las universidades republicanas de la América Latina o EE.UU.: Queremos una Universidad nueva que haga en el campo de la cultura lo que en el de la producción harán las fábricas del mañana sin accionistas parásitos

ni capitalistas explotadores. Sabemos que no lo vamos a conseguir inmediatamente. Pero en la simple lucha por la obtención de ese ideal de la universidad del porvenir vamos a obtener un doble triunfo: agitar conciencias jóvenes ganando reductos en el frente educacional contra los enemigos del pueblo trabajador, y probar, ante todos los revolucionarios sinceros, que la emancipación definitiva de la cultura y de sus instituciones no podrá hacerse sino conjuntamente con la emancipación de los esclavos de la producción moderna que son, también, los títeres inconscientes del teatro cómico de los regímenes políticos modernos.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI LA CHIRA

Nació en Moquegua, Perú, el 16 de julio de 1894. Realizó sus primeros estudios en una escuela pública. En 1909 ingresó como alcanza-rejones en el diario La prensa, *para ayudar económicamente al sostén de su hogar. En 1914 trabajó como redactor en el periódico a la vez que colaboraba en* Mundo Limeño. *Más tarde lo haría en* El Turf *y* El Tiempo. *Publicó sus primeros sonetos en la revista* Colónida, *en 1916. En ese mismo año estrenó su obra teatral* Las Tapadas. *En 1918 escribió el drama histórico* La Mariscala, *en coordinación con el escritor Abraham Valdelomar. Dio inicio a la revista* Nuestra Época. *En 1919 cesó en* El Tiempo *y creó el diario* La Razón *desde donde apoyó la Reforma Universitaria y las luchas obreras. Viajó a Europa gracias a una beca. Recorrió Italia, Francia, Austria, Hungría y Alemania, pero no pudo llegar a Rusia. En 1923 regresó a Perú en compañía de su esposa e hijo. Colaboró en los diarios* La Crónica *y* El Obrero Textil. *Ejerció como profesor en la Universidad Popular González Prada. Escribió para* Variedades *y asumió la dirección de la revista* Claridad. *En 1924, víctima de una antigua lesión, sufrió la amputación de una pierna. Trabajos periodísticos suyos aparecieron en* Mundial *y creó la editorial Minerva. Publicó su libro* La escena contemporánea, *en 1925. Un año más tarde fundó la revista* Amauta, *de alcance continental. Sufrió cárceles y prisión domiciliaria, en 1927, durante el proceso contra los comunistas. En 1928 rompió con los apristas y se manifestó por el socialismo. En ese mismo año se publicaron sus* Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. *Fundó el Partido Socialista (luego Comunista), la revista proletaria* Labor *y un año más tarde, la Confederación de Trabajadores de Perú. Cuando se disponía a trasladarse a la Argentina para tratar de restablecer su salud, falleció, en Lima, el 16 de abril de 1930.*

INDOLOGÍA POR JOSÉ VASCONCELOS*

Nadie se ha imaginado el destino de América con tan grande ambición ni tan vehemente esperanza, como José Vasconcelos en el prefacio de *La Raza cósmica*, cuya tesis esencial encuentra explicación y desarrollo admirables en *Indología*, el último libro del pensador mexicano. El objeto del Nuevo Mundo, según esta tesis que aspira más bien a ser una profecía, es la creación de una cultura universal. En el suelo de América se confundirán todas las razas, para producir la raza cósmica. Concluye con la cultura occidental, que se caracteriza ya por su fuerza expansiva y su ideal ecuménico, la edad de las culturas particulares. La misión de América es el alumbramiento de la primera civilización cosmopolita. Universalidad, dice Vasconcelos, debe ser nuestro lema.

Indología, desborda así los límites de una «interpretación de la cultura «íbero-americana», que es como nos viene presentada, para tocar los de una utopía en la más pura aceptación del vocablo. Y por esto no es el libro de un sociólogo ni de un historiador ni de un político, siendo sin embargo, a un tiempo, historia, sociología, política, por ser el libro de un filósofo. La filosofía recobra aquí su clásica función de conciencia universal, que domina y contiene todas las ciencias y que se siente destinada, no sólo a explicar e iluminar la vida, sino a crearla, proponiéndole las metas de una incesante superación. El filósofo retorna a una tradición en que encontramos a Platón y su República, para aplicar todas las conquistas del conocimiento a la concepción de un arquetipo o plan superior de sociedad y de civilización.

Esta concepción, por la libertad y la audacia con que se mueve en el tiempo, se coloca fuera del alcance de la crítica, forzada a contentarse con el análisis de sus materiales históricos y científicos. El secreto de la arquitectura imaginada con estos materiales, no se entrega sino parcialmente o fragmentariamente. Es un secreto del espíritu creador.

Vasconcelos construye su tesis sin cuidarse de sistematizarla con lógica rigurosa y pedante. Su procedimiento no conduce a la formalización rígida. Y su obra, tiene por esto, como él lo anhela, más de musical que de arquitectónica. El pensamiento de Vasconcelos, afronta los riesgos de los más intrépidos vuelos; pero se complace siempre en retornar a la naturaleza y a la vida, de las cuales extrae su energía. El concepto se mezcla en sus obras con el relato, la impresión, la poesía. Su prosa, tiene un contagioso calor lírico. Cada idea nos descubre, en seguida, en Vasconcelos, su raíz, su proceso —estoy casi por decir que su biografía—. Por esto, el gran mexicano no nos ofrece nunca tesis frías, ideas congeladas, sino un pensamiento móvil, viviente, cálido, expresado con su fluencia y su movimiento. Y, por esto, también, su obra tiene en parte un carácter marcadamente autobiográfico —como sucede en el prólogo de *Indología* y las crónicas de viaje de *La Raza cósmica*— que proviene de una profunda adhesión más que al concepto

* *Variedades*. Lima, 22 de octubre de 1922.

mismo, a las percepciones que lo nutren, a la naturaleza que le presta matiz y emoción, al hecho que le comunica dinamismo y le atribuye objeto.

¿Cómo llega Vasconcelos a su teoría de la misión de América: cultura universal y raza cósmica? Para entender bien esta concepción hay que conocer sus leyes, su andamiaje teórico. Vasconcelos, los expone así:

> La primera hipótesis que tomo para organizar el concepto de nuestros ideales colectivos, y que me sirve como de hélice propulsora en el vuelo del pensamiento hacia el futuro, es mi teoría de los tres estados de la civilización. Veo el problema del mundo, no ya subdividido en misiones parciales que a cada raza y a cada período histórico ha correspondido desarrollar, sino englobado en tres grandes ciclos, hacia los cuales ha venido convergiendo la historia y cuya consecución todavía no alcanzamos a mirar. Esos tres grandes ciclos son: el materialista, el intelectualista y el estético. No insistiré en el desarrollo de esta tesis, que ya varias veces he procurado esbozar y definir. Insisto solamente en asentarla y añado que la historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la aparición sucesiva de cada una de estas épocas que se caracterizan por el predominio, ya de uno, ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período del intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes, que corresponde al desarrollo de las instituciones y de la civilización, y, finalmente, el período estético que corresponde a la concepción emotiva, religiosa y artística de la vida. Tercer período, que ha sido para todas las grandes culturas como una meta, no obstante que todas, hasta hoy, han decaído antes de alcanzarla. Han decaído porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores, las ha puesto otra vez a merced del apetito y la incredulidad en el ideal.

Nuestra civilización no ha cumplido aún, según Vasconcelos, su ciclo intelectual, dividido por el autor de *Indología* en tres períodos: el del abogado, el del economista y el del ingeniero. El primero corresponde al de la elaboración del derecho y la sujeción a sus leyes de las relaciones de los individuos como de los pueblos. El segundo debe conducir al sometimiento del capital a los fines colectivos; al triunfo de los técnicos de la economía sobre los capitanes de la industria privada; vale decir a la realización del socialismo. El tercero será el período de la técnica, de la ingeniería, del dominio de todas las fuerzas y resistencias de la naturaleza, por la ciencia aplicada. (Vasconcelos haría justicia a Lenin, si reconociera al genial revolucionario la gloria de haber soñado, como nadie antes que él, en esta etapa, cuando planeaba con iluminado empeño la electrificación de Rusia.)

Pero estos períodos progresan sin duda paralelamente. Más optimista que Vasconcelos, yo pienso que de los dos últimos —el del economista y el del ingeniero— el mundo contemporáneo nos presenta ya logradas anticipaciones. Aunque Vasconcelos, con una falta de justicia y de lucidez que consternan en una mente como la suya se incline a negarlo, la obra de la Revolución Rusa representa un gigantesco esfuerzo de racionalización de la economía. Y el avance heroicamente ganado por Rusia hacia el socialismo —en medio de un mundo hostil, dentro del cual ni aún los filósofos más atrevidos en su previsión del porvenir son capaces de mirarla sin prejuicios— nos indica que no tocará a Estados Unidos, sino a la Unión Soviética, la realización del sometimiento del dinero y la producción a los principios de la economía y la justicia sociales.

La ausencia que los espíritus de la nueva generación tenemos que constatar, con un poco de tristeza y desencanto, en la obra de Vasconcelos, es la ausencia de un sentido más agudo y despierto de lo presente. La época reclama un idealismo más práctico, una actitud más beligerante. Vasconcelos nos acompaña fácil y generosamente a condenar el presente, pero no a entenderlo ni utilizarlo. Nuestro destino es la lucha más que la contemplación. Esta puede ser una limitación de nuestra época, pero no tenemos tiempo para discutirla, sino apenas para aceptarla. Vasconcelos coloca su utopía demasiado lejos de nosotros. A fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente. Conocemos y admiramos su fórmula: «Pesimismo de la realidad; optimismo del ideal.» Pero observando la posición a que lleva al que la profesa demasiado absolutamente, preferimos sustituirla por esta otra: «Pesimismo de la realidad; optimismo de la acción.» No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico.

Estas observaciones no niegan ni atenúan el valor de la obra de Vasconcelos como aporte a una revisión revolucionaria de la historia. Vasconcelos tiene como historiador y sociólogo juicios magistrales. Es imposible, por ejemplo, no suscribir el siguiente:

> Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de orden físico que explican perfectamente el espectáculo aparentemente desesperado del enorme progreso de los sajones del Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste: En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa propia. Sin mayor «gracia» de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada, en el cual cada quien pagaba el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fue que en lugar de encomiendas hubo cultivos y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud, que es lo que se llama democracia, una democracia que en

sus comienzos, no reconoció más preceptos que los del lema francés: «libertad, igualdad, fraternidad».

Pienso, empero, que el juicio de Vasconcelos sobre la diferencia esencial entre la sociedad fundada en el Norte por los sajones y la fundada en el Centro y Sur por los íberos, no está exento de cierto romanticismo. Lo que fundamentalmente distingue a ambas sociedades no es una raza ni una tradición diversas. Es más bien el hecho de que con los sajones vino la Reforma, esto es la revolución espiritual de la cual debía nacer todo el fenómeno capitalista e industrialista, mientras que con los españoles vino el Medio Evo, esto es la subsistencia de un espíritu incompatible con un nuevo principio de propiedad, libertad y progreso. El Medio Evo había ya dado todos sus frutos espirituales y materiales. La conquista fue la última cruzada. Con los conquistadores se acabó la grandeza española. Después no alumbró sino en el misticismo de algunas grandes almas religiosas. Coincido con Vasconcelos en la estimación de la obra civilizadora de las misiones del coloniaje. La reconocí ya hace algún tiempo a propósito de la función de algunas congregaciones en la agricultura y la educación práctica de los indígenas, en un ensayo sobre la evolución de la economía peruana. Pero deduzco todos los factores de estancamiento latinoamericano de la medioevalidad española. España es una nación rezagada en el progreso capitalista. Hasta ahora, España no ha podido aún emanciparse del Medio Evo. Mientras en Europa Central y Oriental han sido abatidos, como consecuencia de la guerra, los últimos bastiones de la feudalidad, en España se mantienen todavía en pie, defendidos por la monarquía. Quienes ahondan hoy en la historia de España, descubren que a este país le ha faltado una cumplida revolución liberal y burguesa. En España el tercer estado no ha logrado nunca una victoria definida. El capitalismo aparece cada vez más netamente como un fenómeno consustancial y solidario con el liberalismo y con el protestantismo. Este no es propiamente un principio ni una teoría sino más bien una observación experimental o empírica. Se constata que los pueblos en los cuales el capitalismo —industrialismo y maquinismo— ha alcanzado todo su desarrollo, son los pueblos anglosajones, liberales y protestantes. Sólo en estos países la civilización capitalista se ha desarrollado plenamente. España es, entre las naciones latinas, la que menos ha sabido adaptarse al capitalismo y al liberalismo. La famosa decadencia española, a la cual exégetas románticos atribuyen los más diversos y extraños orígenes, consiste simplemente en esta incapacidad. El clamor por la europeización de España, ha sido un clamor por su asimilación demo-burguesa y capitalista. Lógicamente, las colonias formadas por España en América, tenían que resentirse de la misma debilidad. Se explica perfectamente el que las colonias de Inglaterra, nación destinada a la hegemonía en la edad capitalista, recibiesen los fermentos y las energías espirituales y materiales de un apogeo, mientras las colonias de España, nación encadenada a la tradición de edad aristócrata, recibían los gérmenes y las taras de una decadencia.

Está en lo justo Vasconcelos cuando denuncia la tesis de la superioridad absoluta de la raza blanca como un prejuicio imperialista de los anglo-sajones. La América Latina necesita superar este prejuicio que comporta también el de la inferioridad de todo mestizaje. Vasconcelos pone en el mestizaje, su esperanza de una raza cósmica. Pero exagera cuando atribuye al espíritu de la colonización española el cruzamiento de la sangre íbera con la sangre india. Los colonizadores sajones llegaron a Norte América con sus familias. No encontraron, además, un pueblo con tradición y cultura. El conquistador español tuvo que tomar como mujer a la india. Y halló en América dos culturas avanzadas y respetables: al Norte, la azteca; al Sur, la quechua.

LA CRISIS MUNDIAL Y EL PROLETARIADO PERUANO*

En esta conferencia —llamémosla conversación más bien que conferencia— voy a limitarme a exponer el programa del curso, al mismo tiempo que algunas consideraciones sobre la necesidad de difundir en el proletariado el conocimiento de la crisis mundial. En el Perú falta, por desgracia, una prensa docente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis; faltan, asimismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas; faltan grupos socialistas y sindicalistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular, y en aptitud, por tanto, de interesar al pueblo por el estudio de la crisis. La única cátedra de educación popular, con espíritu revolucionario, es esta cátedra en formación de la Universidad Popular. A ella le toca, por consiguiente, superando el modesto plano de su labor inicial, presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente, a la moribunda civilización capitalista, individualista y burguesa. El proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y

* Primera conferencia de un ciclo de diecisiete ofrecidas por J. C. Mariátegui en la Universidad Popular, de junio de 1923 a enero de 1924.

no puede saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor redactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias, encargadas de desacreditar a los partidos, a las organizaciones y a los hombres de la Revolución y desalentar y desorientar al proletariado mundial.

En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de las instituciones de la civilización occidental. Y el Perú, como los demás pueblos de América, gira dentro de la órbita de esta civilización, no sólo porque se trata de países políticamente independientes pero económicamente coloniales, ligados al carro del capitalismo británico, del capitalismo americano o del capitalismo francés, sino porque europea es nuestra cultura, europeo es el tipo de nuestras instituciones. Y son, precisamente, estas instituciones democráticas, que nosotros copiamos de Europa, esta cultura, que nosotros copiamos de Europa también, las que en Europa están ahora en un período de crisis definitiva, de crisis total. Sobre todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad, ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es sólo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto, fuera de la crisis: está dentro de ella. La crisis mundial ha repercutido ya en estos pueblos. Y, por supuesto, seguirá repercutiendo. Un período de reacción en Europa será también un período de reacción en América. Un período de revolución en Europa será también un período de revolución en América. Hace más de un siglo, cuando la vida de la humanidad no era tan solidaria como hoy, cuando no existían los medios de comunicación que hoy existen, cuando las naciones no tenían el contacto inmediato y constante que hoy tienen, cuando no había prensa, cuando éramos aún espectadores lejanos de los acontecimientos europeos, la Revolución Francesa dio origen a la Guerra de la Independencia y al surgimiento de todas estas repúblicas. Este recuerdo basta para que nos demos cuenta de la rapidez con que la transformación de la sociedad se reflejará en las sociedades americanas. Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprende en cambio de que lleguen el aeroplano, el trasatlántico, el telégrafo sin hilos, el radio; todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein. Y estoy seguro de que el más reaccionario de nuestros intelectuales —casi todos son impermeables

reaccionarios— no se le ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y de la vulgarización la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante.

Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado, socialista, laborista, sindicalista o libertaria que constituye su vanguardia; en aquella parte del proletariado más combativa y consciente, más luchadora y preparada; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene conciencia de clase, tiene conciencia revolucionaria. Yo dedico, sobre todo, mis disertaciones, a esta vanguardia del proletariado peruano. Nadie más que los grupos proletarios de vanguardia necesitan estudiar la crisis mundial. Yo no tengo la pretensión de venir a esta tribuna libre de una universidad libre a enseñarles la historia de esa crisis mundial, sino a estudiarla yo mismo con ellos. Yo no os enseño, compañeros, desde esta tribuna, la historia de la crisis mundial; yo la estudio con vosotros. Yo no tengo en este estudio sino el mérito modestísimo de aportar a él las observaciones personales de tres y medio años de vida europea, o sea de los tres y medio años culminantes de la crisis y los ecos del pensamiento europeo contemporáneo.

Yo invito muy especialmente a la vanguardia del proletariado a estudiar conmigo el proceso de la crisis mundial por varias razones trascendentales. Voy a enumerarlas sumariamente. La primera razón es que la preparación revolucionaria, la cultura revolucionaria, la orientación revolucionaria de esa vanguardia proletaria, se ha formado a base de la literatura socialista, sindicalista y anarquista anterior a la guerra europea. O anterior por lo menos al período culminante de la crisis. Libros socialistas, sindicalistas, libertarios, de vieja data, son los que, generalmente, circulan entre nosotros. Aquí se conoce un poco la literatura clásica del socialismo y del sindicalismo; no se conoce la nueva literatura revolucionaria. La cultura revolucionaria es aquí una cultura clásica, además de ser, como vosotros, compañeros, lo sabéis muy bien, una cultura muy incipiente, muy inorgánica, muy desordenada, muy incompleta. Ahora bien, toda esa literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, está en revisión. Y esta revisión no es una revisión impuesta por el capricho de los teóricos, sino por la fuerza de los hechos. Esa literatura, por consiguiente, no puede ser usada hoy sin beneficio de inventario. No se trata, naturalmente, de que no siga siendo exacta en sus principios, en sus bases, en todo lo que hay en ella de ideal y de eterno; sino que ha dejado de ser exacta, muchas veces, en sus inspiraciones tácticas, en sus consideraciones históricas, en todo lo que significa acción, procedimiento, medio de lucha. La meta de los trabajadores sigue siendo la misma; lo que ha cambiado, necesariamente, a causa de los últimos acontecimientos históricos, son los caminos elegidos para arribar, o

para aproximarse siquiera, a esa meta ideal. De aquí que el estudio de estos acontecimientos históricos, y de su trascendencia, resulte indispensable para los trabajadores militantes en las organizaciones clasistas.

Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia. Pero que ha concluido por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente sólo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía; y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. Y bien, la existencia de estos dos bandos proviene de la existencia de dos concepciones diferentes, de dos concepciones opuestas, de dos concepciones antitéticas del actual momento histórico. Una parte del proletariado cree que el momento no es revolucionario; que la burguesía no ha agotado aún su función histórica; que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político; que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario; que la burguesía es incapaz de reconstruir la riqueza social destruida por la guerra e incapaz, por tanto, de solucionar los problemas de la paz; que la guerra ha originado una crisis cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista; y que con la Revolución Rusa ha comenzado la revolución social.

Hay, pues, dos ejércitos proletarios porque hay en el proletariado dos concepciones opuestas del mometno histórico, dos interpretaciones distintas de la crisis mundial. La fuerza numérica de uno y otro ejércitos proletarios depende de que los acontecimientos parezcan o no confirmar su respectiva concepción histórica. Es por esto que los pensadores, los teóricos, los hombres de estudio de uno y otro ejércitos proletarios, se esfuerzan, sobre todo, en ahondar el sentido de la crisis, en comprender su carácter, en descubrir su significación.

Antes de la guerra, dos tendencias se dividían el predominio en el proletariado: la tendencia socialista y la tendencia sindicalista. La tendencia socialista era, dominantemente, reformista, social-democrática, colaboracionista. Los socialistas pensaban que la hora de la revolución social estaba lejana y luchaban por la conquista gradual a través de la acción legalitaria y de la colaboración gubernamental o, por lo menos, legislativa. Esta acción política debilitó en algunos países excesivamente la voluntad y el espíritu revolucionarios del socialismo. El socialismo se aburguesó considerablemente. Como reacción contra este aburguesamiento del socialismo, tuvimos al sindicalismo. El sindicalismo opuso a la acción política de los partidos socialistas la acción directa de los sindicatos. En el sindicalismo se refugiaron

los espíritus más revolucionarios y más intransigentes del proletariado. Pero también el sindicalismo resultó, en el fondo, un tanto colaboracionista y reformístico. También el sindicalismo estaba dominado por una burocracia sindical sin verdadera psicología revolucionaria. Y sindicalismo y socialismo se mostraban más o menos solidarios y mancomunados en algunos países, como Italia, donde el Partido Socialista no participaba en el gobierno y se mantenía fiel a otros principios formales de independencia. Como sea, las tendencias, más o menos beligerantes o más o menos próximas, según las naciones, eran dos: sindicalistas y socialistas. A este período de la lucha social corresponde casi íntegramente la literatura revolucionaria de que se ha nutrido la mentalidad de nuestros proletarios dirigentes.

Pero, después de la guerra, la situación ha cambiado. El campo proletario, como acabamos de recordar, no está ya dividido en socialistas y sindicalistas; sino en reformistas y revolucionarios. Hemos asistido primero a una escisión, a una división en el campo socialista. Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación social-democrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anti-colaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. La división se ha producido, también en la misma forma en el campo sindicalista. Una parte de los sindicatos apoya a los social-democráticos; la otra parte apoya a los comunistas. El aspecto de la lucha social europea ha mudado, por tanto, radicalmente. Hemos visto a muchos sindicalistas intransigentes de antes de la guerra tomar rumbo hacia el reformismo. Hemos visto, en cambio, a otros seguir al comunismo. Y entre éstos, se ha contado, nada menos, como en una conversación lo recordaba no hace mucho el compañero Fonkén, el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo: el francés Georges Sorel. Sorel, cuya muerte ha sido un luto amargo para el proletariado y para la intelectualidad de Francia, dio toda su adhesión a la Revolución Rusa y a los hombres de la Revolución Rusa.

Aquí, como en Europa, los proletarios tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas —clasificación anacrónica— sino en colaboracionistas y anticolaboracionistas, en reformistas y maximalistas. Pero para que esta clasificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda en sus grandes lineamientos, la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.

Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis social-democráticas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas.

Antes de la guerra, estas tesis eran explicables, porque correspondían a condiciones históricas diferentes. El capitalismo estaba en su apogeo. La producción era superabundante. El capitalismo podía permitirse el lujo de hacer sucesivas concesiones económicas al proletariado. Y sus márgenes de utilidad eran tales que fue posible la formación de una numerosa clase

media, de una numerosa pequeña-burguesía que gozaba de un tenor de vida cómodo y confortable. El obrero europeo ganaba lo bastante para comer discretamente y en algunas naciones, como Inglaterra y Alemania, le era dado satisfacer algunas necesidades del espíritu. No había, pues, ambiente para la revolución. Después de la guerra, todo ha cambiado. La riqueza social europea ha sido, en gran parte, destruida. El capitalismo, responsable de la guerra, necesita reconstruir esa riqueza a costa del proletariado. Y quiere, por tanto, que los socialistas colaboren en el gobierno, para fortalecer las instituciones democráticas; pero no para progresar en el camino de las realizaciones socialistas. Antes, los socialistas colaboraban para mejorar, paulatinamente, las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora colaborarían para renunciar a toda conquista proletaria. La burguesía para reconstruir a Europa necesita que el proletariado se avenga a producir más y a consumir menos. Y el proletariado se resiste a una y otra cosa y se dice a sí mismo que no vale la pena consolidar en el poder a una clase social culpable de la guerra y destinada, fatalmente, a conducir a la humanidad a una guerra más cruenta todavía. Las condiciones de una colaboración de la burguesía con el proletariado son, por su naturaleza, tales que el colaboracionismo tiene, necesariamente, que perder, poco a poco, su actual numeroso proselitismo.

El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra, el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente, consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirlo. Toda posibilidad de reconstrucción de la economía capitalista está, pues, eliminada. Esta es la tragedia de la Europa actual. La reacción va cancelando en los países de Europa las concesiones económicas hechas al socialismo; pero, mientras de un lado, esta política reaccionaria no puede ser lo suficientemente enérgica ni eficaz para restablecer la desangrada riqueza pública, de otro lado, contra esta política reaccionaria, se prepara, lentamente, el frente único del proletariado. Temerosa a la revolución, la reacción cancela, por esto, no sólo las conquistas económicas de las masas, sino que atenta también contra las conquistas políticas. Asistimos, así, en Italia a la dictadura fascista. Pero la burguesía socava y mina y hiere así de muerte a las instituciones democráticas. Y pierde toda su fuerza moral y todo su prestigio ideológico.

Por otra parte, en el orden de las relaciones internacionales, la reacción pone la política externa en manos de las minorías nacionalistas y antidemocráticas. Y estas minorías nacionalistas saturan de chauvinismo esa política externa. E impiden, con sus orientaciones imperialistas, con su lucha por la hegemonía europea, el restablecimiento de una atmósfera de solidaridad europea, que consienta a los Estados entenderse acerca de un programa de cooperación y de trabajo. La obra de ese nacionalismo, de ese reaccionarismo, la tenemos a la vista en la ocupación del Ruhr.

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el historicismo, el positivismo, declinan irremediablemente. Este es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Ahora bien. Los ideólogos de la Revolución Social, Marx y Bakunin, Engels y Kropotkin, vivieron en la época de apogeo de la civilización capitalista y de la filosofía historicista y positivista. Por consiguiente, no pudieron prever que la ascensión del proletariado tendría que producirse en virtud de la decadencia de la civilización occidental. Al proletariado le estaba destinado crear un tipo nuevo de civilización y cultura. La ruina económica de la burguesía iba a ser al mismo tiempo la ruina de la civilización burguesa. Y que el socialismo iba a encontrarse en la necesidad de gobernar no en una época de plenitud, de riqueza y de plétora, sino en una época de pobreza, de miseria y de escasez. Los socialistas reformistas, acostumbrados a la idea de que el régimen socialista más que un régimen de producción lo es de distribución, creen ver en esto el síntoma de que la misión histórica de la burguesía no está agotada y de que el instante no está aún maduro para la realización socialista. En un reportaje a *La Crónica* yo recordaba aquellas frases de que la tragedia de Europa es ésta: el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía. Esa frase que da la sensación, efectivamente, de la tragedia europea, es la frase de un reformista, es una frase saturada de mentalidad evolucionista, e impregnada de la concepción de un paso lento, gradual y beatífico, sin convulsiones y sin sacudidas, de la sociedad individualista a la sociedad colectivista. Y la historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y que entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento del otro ha habido, lógicamente, un período intermedio de crisis.

Presenciamos la disgregación, la agonía de una sociedad caduca, senil, decrépita; y, al mismo tiempo, presenciamos la gestión, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales, una sincera filiación ideológica nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja, debemos fijar hondamente la mirada en este período transcendental, agitado e intenso de la historia humana.

LA TORRE DE MARFIL*

En una tierra de gente melancólica, negativa y pasadista, es posible que la Torre de Marfil tenga todavía algunos amadores. Es posible que a algunos artistas e intelectuales les parezca aún un retiro elegante. El virreinato nos ha dejado varios gustos solariegos. Las actitudes distinguidas, aristocráticas, individualistas, siempre han encontrado aquí una imitación entusiasta. No es ocioso, por ende, constatar que de la pobre Torre de Marfil no queda ya, en el mundo moderno, sino una ruina exigua y pálida. Estaba hecha de un material demasiado frágil, precioso y quebradizo. Vetusta, deshabitada, pasada de moda, albergó hasta la guerra a algunos linfáticos artistas. Pero la marejada bélica la trajo a tierra. La Torre de Marfil cayó sin estruendo y sin drama. Y hoy, malgrado la crisis de alojamiento, nadie se propone reconstruirla.

La Torre de Marfil fue uno de los productos de la literatura decadente. Perteneció a una época en que se propagó entre los artistas un humor misántropo. Endeble y amanerado edificio del decadentismo, la Torre de Marfil languideció con la literatura alojada dentro de sus muros anémicos. Tiempos quietos, normales, burocráticos, pudieron tolerarla. Pero no estos tiempos tempestuosos, iconoclastas, heréticos, tumultuosos. Estos tiempos apenas si respetan la torre inclinada de Pisa, que sirvió para que Galileo, a causa tal vez del mareo y el vértigo, sintiese que la tierra daba vueltas.

El orden espiritual, el motivo histórico de la Torre de Marfil aparecen muy lejanos de nosotros y resultan muy extraños a nuestro tiempo. El «torremarfilismo» formó parte de esa reacción romántica de muchos artistas del siglo pasado contra la democracia capitalista y burguesa. Los artistas se veían tratados desdeñosamente por el Capital y la Burguesía. Se apoderaba, por ende, de sus espíritus una imprecisa nostalgia de los tiempos pretéritos. Recordaban que bajo la aristocracia y la Iglesia, su suerte había sido mejor. El materialismo de una civilización que cotizaba una obra de arte como una mercadería los irritaba. Les parecía horrible que la obra de arte necesitase réclame, empresarios, etc., ni más ni menos que una manufactura, para conseguir precio, comprador y mercado. A este estado de ánimo corresponde una literatura saturada de rencor y de desprecio contra la burguesía. Los burgueses eran atacados no como ahora, desde puntos de vista revolucionarios, sino desde puntos de vista reaccionarios.

El símbolo natural de esta literatura, con náuseas del vulgo y nostalgia de la feudalidad, tenía que ser una torre. La torre es genuinamente medioeval, gótica, aristocrática. Los griegos no necesitaron torres en su arquitectura ni en sus ciudades. El pueblo griego fue el pueblo del demos, del ágora, del foro. En los romanos hubo la afición a lo colosal, a lo grandioso, a lo gigantesco. Pero los romanos concibieron la mole, no la torre. Y la mole se diferencia sustancialmente de la torre. La torre es una cosa solitaria y aristocrática; la mole es una cosa multitudinaria. El espíritu y la vida de la Edad Media, en cambio, no podían prescindir de la torre y, por esto, bajo el dominio de la iglesia y de la aristocracia, Europa se pobló de torres. El hombre medioeval vivía acorazado. Las ciudades vivían amuralladas y almenadas. En la Edad Media todos sentían una aguda sed de clausura, de aislamiento y de incomunicación. Sobre una muchedumbre férrea y pétrea de murallas y corazas no cabía sino la autoridad de la torre. Sólo Florencia poseía más de cien torres. Torres de la feudalidad y torres de la Iglesia.

* *Mundial*, Lima, 7 de noviembre de 1924.

La decadencia de la torre empezó con el Renacimiento. Europa volvió entonces a la arquitectura y al gusto clásicos. Pero la torre defendió obstinadamente su señorío. Los estilos arquitectónicos posteriores al Renacimiento readmitieron la torre. Sus torres eran enanas, truncas, como muñones; pero eran siempre torres. Además, mientras la arquitectura católica se engalanó de motivos y decoraciones paganas, la arquitectura de la Reforma conservó el gusto nórdico y austero de lo gótico. Las torres emigraron al norte, donde mal se aclimataba aún el estilo renacentista. La crisis definitiva de la torre llegó con el liberalismo, el capitalismo y el maquinismo. En una palabra, con la civilización capitalista.

Las torres de esta civilización son utilitarias e industriales. Los rascacielos de Nueva York no son torres sino moles. No albergan solitaria y solariegamente a un compañero o a un hidalgo. Son la colmena de una muchedumbre trabajadora. El rascacielos, sobre todo, es democrático en tanto que la torre es aristocrática.

La torre de cristal fue una protesta al mismo tiempo romántica y reaccionaria. A la plaza, a la usina, a la Bolsa de la democracia, los artistas de temperamento reaccionario decidieron oponer sus torres misantrópicas y exquisitas. Pero la clausura produjo un arte muy pobre. El arte, como el hombre y la planta, necesita de aire libre. «La vida viene de la tierra», como decía Wilson. La vida es circulación, es movimiento, es marea. Lo que dice Mussolini de la política se puede decir de la vida. (Mussolini es detestable como *condottiere* de la reacción, pero estimable como hombre de ingenio). La vida «no es monólogo». Es un diálogo, es un coloquio.

La torre de marfil no puede ser confundida, no puede ser identificada con la soledad. La soledad es grande, ascética, religiosa; la torre de marfil es pequeña, femenina, enfermiza. Y la soledad misma puede ser un episodio, una estación de la vida; pero no la vida toda. Los actos solitarios son fatalmente estériles. Artistas tan aristocráticos e individualistas como Oscar Wilde han condenado la soledad. «El hombre —ha escrito Oscar Wilde— es sociable por naturaleza. La Tebaida misma termina por poblarse y aunque el cenobita realice su personalidad, la que realiza es frecuentemente una

personalidad empobrecida». Baudelaire quería, para componer castamente sus eglogas, *coucher auprès du ciel comme les astrologues.*[1] Mas toda la obra de Baudelaire está llena de dolor de los pobres y de los miserables. Late en sus versos una gran emoción humana. Y a estos resultados no puede arribar ningún artista clausurado y benedictino. El «torremarfilismo» no ha sido, por consiguiente, sino un episodio precario, decadente y morboso de la literatura y del arte. La protesta contra la civilización capitalista es en nuestro tiempo revolucionaria y no reaccionaria. Los artistas y los intelectuales descienden de la torre orgullosa e impotente a la llanura innumerable y fecunda. Comprenden que la torre de marfil era una laguna tediosa, monótona, enferma, orlada de una flora palúdica o malsana.

Ningún gran artista ha sido extraño a las emociones de su época. Dante, Shakespeare, Goethe, Dostoyevski, Tolstói y todos los artistas de análoga jerarquía ignoraron la torre de marfil. No se conformaron jamás con recitar un lánguido soliloquio. Quisieron y supieron ser grandes protagonistas de la historia. Algunos intelectuales y artistas carecen de aptitud para marchar con la muchedumbre. Pugnan por conservar una actitud distinguida y personal ante la vida. Romain Rolland, por ejemplo, gusta de sentirse un poco *au dessus de la melée.*[2] Mas Romain Rolland no es un agnóstico ni un solitario. Comparte y comprende las utopías y los sueños sociales, aunque repudie, contagiado del misticismo de la no-violencia, los únicos medios prácticos de realizarlos. Vive en medio del fragor de la crisis contemporánea. Es uno de los creadores del teatro del pueblo, uno de los estetas del teatro de la revolución. Y si algo falta a su personalidad y a su obra es, precisamente, el impulso necesario para arrojarse plenamente en el combate.

La literatura de moda en Europa —literatura cosmopolita, urbana, escéptica, humorista—, carece absolutamente de solidaridad con la pobre y difunta torre de marfil, y de afición a la clausura. Es, como ya he dicho, la espuma de una civilización ultrasensible y quintaesenciada. Es un producto genuino de la gran urbe.

El drama humano tiene hoy, como en las tragedias griegas, un coro multitudinario. En una obra de Pirandello, uno de los personajes es la calle. La calle con sus rumores y con sus gritos está presente en los tres actos del drama pirandelliano. La calle, ese personaje anónimo y tentacular que la torre de marfil y sus macilentos hierofantes ignoran y desdeñan. La calle, o sea, el vulgo; o sea, la muchedumbre. La calle, cauce proceloso de la vida, del dolor, del placer, del bien y del mal.

1 Acostarse cerca del cielo como los astrólogos. *(N. del E.)*

2 Por encima del tumulto. *(N. del E.)*

ALGUNAS IDEAS, AUTORES Y ESCENARIOS DEL TEATRO MODERNO*

El escenario teatral es uno de los escenarios más atrayentes y más vastos de esta época y de sus conflictos. Todas las inquietudes, los contrastes y los problemas de la historia contemporánea se reproducen en el mundo del teatro. El Teatro, como el Arte en general, carece actualmente de un estilo, de un rumbo, de un espíritu únicos. Se descompone, como la fatigada civilización occidental, en diversos estados de ánimo. Se fragmenta en numerosas escuelas, formas y tendencias. Semeja una inmensa feria cosmopolita donde toda moda es precaria, toda filosofía es efímera y todo color es tornadizo.

No se puede encerrar dentro de dos o tres definiciones el carácter de este teatro. Y es que no tiene un carácter sino varios que se repelen y se confunden, se mezclan y se excluyen. Hay que explorar, una por una, sus facetas. Aunque entonces se corre el riesgo de extraviarse en un laberinto de teorías y de búsquedas y de senderos: teatro sintético, teatro experimental, teatro de color, etc.

Pero, entre tanta complejidad y tanta movilidad, aparece siempre algún porfiado elemento esencial, alguna línea persistente, alguna nota constante. El humor y el pensamiento de la humanidad occidental son los mismos en el teatro que en la física y la metafísica. A Pirandello, por ejemplo, se le clasifica como un relativista. Por el teatro, como por la filosofía, pasa actualmente una onda de escepticismo, de subjetivismo y de humorismo. El gesto del teatro moderno es predominantemente burlón, irónico, agridulce, satírico; su lenguaje es paradójico; su actitud es sofista. Sus ingredientes mentales son negativos, corrosivos, disolventes.

Un vínculo espiritual, invisible pero evidente, une el teatro de Pirandello y las coordenadas de Einstein. Las novelas y las comedias pirandellianas contienen todas las fases de la filosofía del punto de vista. La novedad de la actitud estética de Pirandello reside en su relativismo y en su subjetivismo radicales. Los novelistas y dramaturgos realistas, al darnos sus obras, nos aseguraban graves y un poco hieráticos: «Así es la vida.» Pirandello, en cambio, nos dice dubitativo y risueño: «Así es, si os parece.» *(Così é se vi pare.)*

Pirandello, al mismo tiempo, nos conduce a una revisión de nuestras ideas sobre la ficción y la realidad. En su literatura, los confines entre la realidad y la ficción se borran mágicamente. Pirandello se obstina en convencernos de la realidad de la ficción y, sobre todo, de la ficción de la

* *Variedades.* Lima, 22 de marzo de 1924. Publicado en la sección «Autores y escenarios del teatro moderno».

realidad. Los personajes de la fantasía no son menos reales que los personajes de carne y hueso. Son a veces más reales, más interesantes, más trascendentes. «¡Se nace a la vida de tantos modos!» —dice un personaje pirandelliano—. «La naturaleza se sirve del instrumento de la fantasía humana para proseguir su obra de creación. Y quien nace merced a esta actividad creadora que tiene su sede en el espíritu del hombre, está destinado por naturaleza a una vida mucho más dilatada que la del que nace en el regazo mortal de una mujer. Quien nace personaje, quien tiene la ventura de nacer personaje vivo, puede mofarse hasta de la muerte porque no muere jamás. Morirá el hombre, el escritor, instrumento mortal de la creación; pero la criatura es imperecedera. Y para vivir eternamente no tiene apenas necesidad de prendas extraordinarias ni de consumar prodigios. ¿Quiere usted decirme quién era Sancho Panza? ¿Quiere usted decirme quién era don Abundio? Y, no obstante, viven eternos porque —gérmenes vivos— tuvieron la ventura de hallar una matriz fecunda, una fantasía que supo criarlos y nutrirlos.»

Para Unamuno —cuya afinidad con Pirandello no es sino estética— Don Quijote es tan real como Cervantes, Hamlet y Macbeth tanto como Shakespeare. Pirandello y Unamuno nos enseñan que el personaje es el objeto central de la novela y el teatro. La vida está en el personaje, no en su ambiente, ni en otras cosas circundantes y externas. El personaje vivo, palpitante, anima la obra que lo contiene y el mundo que lo rodea. Un personaje puede parecer arbitrario e inverosímil y ser verdadero. La fortuna y el acierto del teatro no consisten en la creación de personajes aparentemente humanos y verosímiles, sino en la creación de personajes vivos. El teatro, la literatura en general, están, por esto, poblados de fantoches y de sombras. La duración de estos fantoches y de estas sombras es efímera y contingente. Depende de una moda, una costumbre o alguna otra onda pasajera. Los personajes que consiguen vivir son, en cambio, eternos. Y eternizan a los hombres que los imaginaron. Hay también personajes abortados, personajes frustrados. *El Señor de Pigmalión* de Jacinto Grau, me parece uno de éstos. En esta pieza de Jacinto Grau —que acabo de leer a propósito de haber flotado su nombre en algunas críticas españolas acerca del teatro pirandelliano— el personaje es un personaje frustrado y, por ende, el drama es un drama frustrado también. Todo es ahí larvado. Se trata, tal vez, de un personaje y de un drama en busca de autor.

A través de estos autores y estas obras se constata en el teatro moderno un hecho esencial: la defunción de la escuela realista. La orientación naturalista y objetivista no ha tenido un largo dominio sobre el Arte. Ha pretendido mantener en un injusto ostracismo a la Fantasía y obligar a los artistas a buscar sus modelos y sus temas, sólo en la Naturaleza y en la Vida tales como las perciben sus sentidos.

El realismo ha empobrecido así a la Naturaleza y a la Vida. Por lo menos ha hecho que los hombres las declaren limitadas, monótonas y aburridas y

las desalojen, finalmente, de sus altares para restaurar en ellos a la fantasía. Oscar Wilde sostenía que la Vida y la Naturaleza son discípulas del Arte; que el Arte es el modelo de la Naturaleza y de la Vida. Su bizarra tesis estética era precursora de las tesis actuales. Hoy la ficción reivindica su libertad y sus fueros. La ficción no es anterior ni superior a la realidad como sostenía Oscar Wilde; ni la realidad es anterior ni superior a la ficción como quería la escuela realista. Lo verdadero es que la ficción y la realidad se modifican recíprocamente. El arte se nutre de la vida y la vida se nutre del arte. Es absurdo intentar incomunicarlos y aislarlos. El arte no es acaso sino un síntoma de plenitud de la vida.

Los errores del realismo, en el teatro como en la novela, han sido graves. Pero un balance exclusivamente negativo y pasivo de la escuela realista sería incompleto e injusto. El realismo ha renovado la técnica y el método teatrales. En la mayoría de las obras realistas subsiste la técnica vieja. El eje de la obra es un «asunto». La intensidad del asunto aumenta a medida que las escenas transcurren. Y culmina en la escena final que es la escena del desenlace. Este método era propio del viejo teatro clásico. El teatro realista lo conservó, sin embargo, durante mucho tiempo. Los temas y los materiales del teatro fueron sustituidos; su arquitectura no. El proceso, los personajes, el mundo de una pieza teatral seguían subordinados a un método artificial. Mas, ahora que el realismo está agotado y superado, aparecen una técnica y un método verdaderamente realistas. En el teatro moderno, las escenas tienen vida aislada. Un drama, una comedia, son un conjunto de episodios desconectados y desligados. La vida de un personaje no absorbe ni anula la vida de los demás. En la ficción, como en la realidad, cada personaje, cada individuo vive su propio drama. En un drama, por consiguiente, se mezclan y combinan los elementos de varios dramas más o menos simultáneos y tangentes. El teatro ha ganado así en agilidad y movilidad. Las obras transcurren más rápida y animadamente. Cada uno de sus fragmentos, cada una de sus partículas parece poseer interés independiente. Todo esto, de otra parte, coincide con las exigencias de la sensibilidad moderna. El hombre contemporáneo no resiste las viejas facturas teatrales. Necesita un espectáculo más excitante, más fluido. Le gustan la estilización y la síntesis. Se acentúa y se extiende en el teatro, con este motivo, la tendencia a lo esquemático. Los futuristas han inventado un género sintético. Las obras de este género son verdaderos «comprimidos» teatrales. No pasa en el teatro sintético como en el *guignol*, que la acción se desarrolla fulminante y cinematográficamente, sino que la acción en sí es breve, instantánea.

El teatro no sólo se renueva radicalmente en su literatura y en su técnica literaria, sino también en sus elementos y en su técnica escénicas. Junto con el concepto de la creación se rectifica el concepto de la interpretación. El *régisseur* adquiere tanta importancia y dignidad artísticas como el autor. Los nombres de Copeau, Max Reinhardt y Stanislavski no son menos mundiales que los de Bernard Shaw y Wedekind. Y el teatro de algunos países tiene mejores *regisseurs* que autores. Francia, por ejemplo, está representada en

la historia del teatro contemporáneo por Antoine Copeau más que por Capus o Bataille. Ningún autor francés ocupa aún el rango de Shaw, de Pirandello, de Chéjov. El teatro francés aparece construido con materiales deleznablemente temporales. Es un teatro burgués por antonomasia. Sus elementos esenciales son el adulterio, el dinero, los negocios. El adulterio, sobre todo, ha preocupado obstinadamente a los autores de París. Una de las más nuevas y últimas piezas francesas —*Le cocu magnifique*,[3] de Crommelynk— anuncia, finalmente, una reacción del teatro francés contra los cuernos, como motivo dramático. El personaje de esta obra es un marido que, exasperado por la duda y el temor de que su mujer lo engañe, quiere que lo engañe al menos con su conocimiento y por su voluntad. Pero a este marido le toca una mujer honesta, sin disposiciones espirituales ni físicas para la infidelidad. Y, llena de náusea de su marido y de sus amantes, se escapa con un boyero, con un hombre rústico, primitivo y palurdo a quien suplica: «Prométeme que te podré ser fiel.» Esta comedia y esta frase marcan, evidentemente, en el teatro, el principio de un período de decadencia del adulterio.

DON MIGUEL DE UNAMUNO Y EL DIRECTORIO*

Los intelectuales españoles han contribuido activamente al socavamiento del viejo régimen, a la descalificación de sus métodos y al descrédito de sus políticos. Se les atribuye, por esto, una participación sustantiva en la génesis de la actual dictadura. Y se juzga el advenimiento del Directorio como un suceso incubado al calor de sus conceptos.

¿Cómo es posible, entonces, que el Directorio libre contra esos intelectuales su más encarnizada batalla? La explicación es clara. Entre esos intelectuales y los generales del Directorio no existe ningún parentesco espiritual. Los intelectuales españoles denunciaron la incapacidad del régimen viejo y la corrupción de los partidos turnantes. Y propugnaron un régimen nuevo. Su actividad, voluntariamente o no, fue una actividad revolucionaria. El Directorio, en tanto, es un fenómeno inconfundible e inequívocamente reaccionario. Su objeto preciso es impedir que la revolución se actúe: su función es sustituir, en la defensa del viejo orden social, la complicada y desgastada autoridad del gobierno representativo y democrático con la autoridad tundente del gobierno absoluto y autocrático.

Los intelectuales y los militares españoles no han coincidido, en suma, sino en la constatación de la ineptitud del antiguo sistema. El móvil de esa

[3] El estupendo cornudo. *(N. del E.)*

* *Variedades.* Lima, 1º de marzo de 1924.

constatación ha sido diverso. Los intelectuales han juzgado a la antigua clase gobernante inepta para adaptarse a la nueva realidad histórica: los militares la han juzgado inepta para defenderse de ella. El malestar de España era diagnosticado por unos y por otros desde puntos de vista inconciliables y enemigos. Los intelectuales condenaban a las averiadas facciones liberales; pero no propugnaban la exhumación de las facciones absolutistas, tradicionalistas. Se declaraban descontentos y quejosos del presente; pero no sentían ninguna nostalgia del pasado.

La propaganda y la crítica de los intelectuales ha aportado, a lo más, un elemento negativo, pasivo, a la formación del movimiento de setiembre. Y, luego, los intelectuales no han saludado a los generales del Directorio como a los representantes de una clase política vital sino como a los sepultadores de una clase política decrépita.

El conflicto entre los intelectuales y el Directorio no ha tardado, por todo esto, en manifestarse. Además, el programa, la actitud y la fisonomía del nuevo gobierno han disgustado particularmnte a los intelectuales desde que se han empezado a bosquejar. La composición de la clientela del Directorio ha desvanecido rápidamente en los menos perspicaces toda ilusión sobre el verdadero carácter de esta dictadura de generales. Exhumando a los más rancios y manidos personajes tradicionalistas, recurriendo a su asistencia y consejo, complaciéndose de su adhesión y de su amistad, el Directorio ha descubierto a toda España su estructura y su misión reaccionarias. Se ha habilitado para merecer o recibir la adhesión de la gente sin filiación y propensa a enamorarse de la primera novedad, estruendosa y afortunada.

Los intelectuales se han visto empujados a un disgusto creciente. El Directorio se ha defendido de su crítica sometiendo a la prensa a una censura estricta. Pero la prensa no es la única ni la más pura tribuna del pensamiento. Desterrada de los periódicos y las revistas, la crítica de los intelectuales se ha refugiado en la Universidad y en el Ateneo. Y, no obstante la limitación de estos escenarios, su resonancia ha sido tan extensa, ha encontrado un ambiente tan favorable a su propagación que el Directorio ha sentido la necesidad de perseguirla y reprimirla extremamente. Así han desembocado el Directorio y sus opositores en el conflicto contemporáneo.

Los actuales ataques del Directorio a la libertad de pensamiento, de prensa, de cátedra, etc., aparecen como una consecuencia de su política y de su función reaccionarias. No son medios ni resortes extraños a su praxis y a su ideario: sino congruentes y propios de éste y de aquélla. La reacción no ha usado en otros países coacciones y persecuciones tan violentas contra la libre actividad de la inteligencia porque no ha chocado con tanta resistencia de ésta. Más aún, en otros países la reacción ha sabido crear estados de ánimo populares, ha sabido representar una pasión multitudinaria. En Italia, por ejemplo, el fascismo ha sido un movimiento de muchedumbres intoxicadas de sentimientos chauvinistas e imperialistas, y sagazmente excitadas contra el socialismo y el proletariado. Timoneado por expertos demagogos y diestros agitadores, el fascismo ha movilizado contra la revolución

a la clase media, cuyas pasiones y sentimientos ha explotado redomadamente. Ahí, por tanto, la reacción ha dispuesto de los recursos morales precisos para contar con una numerosa clientela intelectual. En Francia ha acontecido otro tanto. La victoria ha generado una atmósfera favorable al desarrollo de un ánimo y una conciencia reaccionarias. Consiguientemente, una numerosa categoría intelectual ha tomado abiertamente partido contra la revolución. La reacción en éstos y otros países ha conseguido captarse la adhesión o la neutralidad de una extensa zona intelectual. No se ha visto, por tanto, urgida a atacar los fueros de la inteligencia. En España, en cambio, el gobierno reaccionario no ha brotado de una corriente organizada de opinión ciudadana. Ha sido obra exclusiva de las juntas militares, progresivamente rebeladas contra el poder civil. Los somatenes no han tenido como los *fasci*[4] la virtud de atraerse masas fanáticas y delirantes de voluntarios. La reacción española, en suma, ha crecido de los elementos psicológicos y políticos necesarios para formarse un séquito intelectual importante.

Pero estas consideraciones sobre la posición del pensamiento español ante el Directorio no definen, no contienen totalmente el caso de Unamuno. Unamuno no cabe dentro de un juicio global, panorámico, sobre la generación española a que pertenece. Una de las características de su inteligencia es la de tener un perfil muy personal, muy propio. A Unamuno no se le puede clasificar, no se le puede catalogar fácilmente como a un escritor de tal género y de tal familia. El pensamiento de Unamuno no sólo tiene mucho de individualista sino, sobre todo, de individual. Unamuno, de otro lado, no es una de las grandes inteligencias de España sino de Europa, de Occidente. Su obra no es nacional sino europea, mundial. A ningún escritor español contemporáneo se conoce y se aprecia tanto en Europa como a Unamuno. Y este hecho no carece de significación. Indica, antes bien, que la obra de Unamuno refleja inquietudes, preocupaciones y actitudes actuales del pensamiento mundial. La literatura de otros escritores españoles —de Azorín, verbigracia— que encuentra en Sudamérica un ambiente tan favorable, no logra interesar seriamente a la crítica y a la investigación europeas. Apenas si la conoce y la explora uno que otro erudito. Aparece construida con elementos demasiado locales. Es, fuera de España, una literatura inactual y secundaria. Sus filtraciones europeas no han sido, pues, abundantes. Recuerdo la opinión de un crítico francés que ve en la obra de Azorín y de otros nada más que una prolongación y un apéndice de la obra de Larra. Larra, Azorín, etc., traducen una España malhumorada, malcontenta, melancólica, aislada de las corrientes espirituales del resto de Europa. Unamuno, en tanto, asume ante la vida una actitud original y nueva. Sus puntos de vista tienen una señalada afinidad espiritual con los puntos de vista de otros actualísimos escritores europeos. Su filosofía paradójica y subjetiva es una filosofía esencialmente relativista. Su arte tiende a la creación libre de la ficción; no se dirige a la traducción objetiva

4 Fascistas. *(N. del E.)*

y patética de la realidad, como quería el decaído y superado gusto realista y naturalista. Unamuno, afirmando su orientación subjetivista, ha dicho alguna vez que Balzac no pasaba su tiempo anotando lo que veía o escuchaba de los otros, sino que llevaba el mundo dentro de sí. Y bien, esta manera de pensar y de sentir es muy siglo veinte y es «muy moderna, audaz, cosmopolita».

Unamuno no es ortodoxamente revolucionario, entre otras cosas porque no es ortodoxamente nada. No se compadece con su agreste individualismo el ideario más o menos rígido de un partido ni de una agrupación. Hace poco, respondiendo a una carta de Rivas Chérif que lo invitaba precisamente a presidir la acción de la intelectualidad joven, Unamuno escribía, entre otros conceptos, que «recababa la absoluta independencia de sus actos». Estas razones psicológicas han alejado a Unamuno de las muchedumbres y de sus reivindicaciones. Pero el pensamiento de Unamuno ha tenido siempre un sentido revolucionario. Su influencia, sobre todo, ha sido hondamente revolucionaria. Últimamente, la política del Directorio había empujado a Unamuno más marcadamente aún hacia la Revolución. Su repugnancia intelectual y espiritual a la reacción y a su despotismo opresor de la Inteligencia, lo había aproximado al proletariado y al socialismo. Una de sus más recientes actitudes ha sido socialista o, al menos, filosocialista. En este punto de su trayectoria lo han detenido el ultraje y la agresión brutales del Directorio.

José Ortega y Gasset, a propósito de la muerte de Maurice Barrès, dice que la entrada de un literato en la política acusa escrúpulos de conciencia estéticos. El argumento está muy seductoramente sostenido —como están siempre los argumentos de Ortega y Gasset— en un artículo ágil y elegante. Pero no es verdadero ni aun respecto de los literatos y artistas específicos. En los períodos tempestuosos de la historia, ningún espíritu sensible a la vida puede colocarse al margen de la política. La política en esos períodos no es una menuda actividad burocrática, sino la gestación y el parto de un nuevo orden social.

Así como nadie puede ser indiferente al espectáculo de una tempestad, nadie tampoco puede ser indiferente al espectáculo de una Revolución. La infidelidad al arte no es en estos casos una cuestión de flaqueza estética sino una cuestión de sensibilidad histórica. Dante intervino ardorosamente en la política y esa intervención no disminuyó, por cierto, el caudal ni la prestancia de su poesía. A los casos en que Ortega y Gasset apoya capciosamente su tesis se podría oponer innumerables casos que válidamente la aniquilan. ¿El contenido de la obra de Wagner no es, acaso, eminentemente político? ¿Y el pintor Courbet comprometió acaso, con su participación en la Comuna de París, algo de su calidad estética? Actualmente, la trama del teatro de Bernard Shaw es una trama política. La Inteligencia y el Sentimiento no pueden ser apolíticos. No pueden serlo sobre todo en una época principalmente política. La gran emoción contemporánea es la emoción revolucionaria. ¿Cómo puede entonces, un artista, un pensador, ser insen-

sible a ella? ¡Pobres almas ramplonas, impotentes, femeninas, aquéllas que se duelen de que don Miguel de Unamuno haya abandonado la solemne austeridad de su cátedra de Salamanca para intervenir, batalladora y gallardamente, en la política de su pueblo! Nunca la personalidad de Unamuno ha sido tan admirable, tan mundial, tan contemporánea y tan fecunda.

LA UNIDAD DE LA AMÉRICA INDO-ESPAÑOLA*

Los pueblos de la América española se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa había generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional. El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América Indo-Española. Acontecía, al mismo tiempo, que unos pueblos se desarrollaban con más seguridad y velocidad que otros. Los más

* *Variedades*. Lima, 6 de diciembre de 1924.

próximos a Europa fueron fecundados por sus inmigraciones. Se beneficiaron de un mayor contacto con la civilización occidental. Los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse.

Presentemente, mientras unas naciones han liquidado sus problemas elementales, otras no han progresado mucho en su solución. Mientras unas naciones han llegado a una regular organización democrática, en otras subsisten hasta ahora densos residuos de feudalidad. El proceso del desarrollo de todas las naciones sigue la misma dirección; pero en unas se cumple más rápidamente que en otras.

Pero lo que separa y aísla a los países hispano-americanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concerte y articule un sistema o un conglomerado internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones.

Aparece como una causa específica de dispersión la insignificancia de vínculos económicos hispano-americanos. Entre estos países no existe casi comercio, no existe casi intercambio. Todos ellos son, más o menos, productores de materias primas y de géneros alimenticios que envían a Europa y Estados Unidos, de donde reciben, en cambio, máquinas, manufacturas, etcétera. Todos tienen una economía parecida, un tráfico análogo. Son países agrícolas. Comercian, por tanto, con países industriales. Entre los pueblos hispanoamericanos no hay cooperación; algunas veces, por el contrario, hay concurrencia. No se necesitan, no se complementan, no se buscan unos a otros. Funcionan económicamente como colonias de la industria y la finanza europea y norteamericana.

Por muy escaso crédito que se conceda a la concepción materialista de la historia, no se puede desconocer que las relaciones económicas son el principal agente de la comunicación y la articulación de los pueblos. Puede ser que el hecho económico no sea anterior ni superior al hecho político. Pero, al menos, ambos son consustanciales y solidarios. La historia moderna lo enseña a cada paso. (A la unidad germana se llegó a través del *zollverein*. El sistema aduanero que canceló los confines entre los Estados alemanes, fue el motor de esa unidad que la derrota, la post-guerra y las maniobras del poincarismo no han conseguido fracturar. Austria-Hungría, no obstante la heterogeneidad de su contenido étnico, constituía, también, en sus últimos años, un organismo económico. Las naciones que el tratado de paz ha dividido de Austria-Hungría resultan un poco artificiales, malgrado la evidente autonomía de sus raíces étnicas e históricas. Dentro del imperio austro-húngaro la convivencia había concluido por soldarlas económicamente. El tratado de paz les ha dado autonomía política pero no ha podido darles autonomía económica. Esas naciones han tenido que buscar, mediante pactos aduaneros, una restauración parcial de su funcionamiento unitario. Finalmente, la política de cooperación y asistencia internacionales, que se

intenta actuar en Europa, nace de la constatación de la interdependencia económica de las naciones europeas. No propulsa esa política un abstracto ideal pacifista sino un concreto interés económico. Los problemas de la paz han demostrado la unidad económica de Europa. La unidad moral, la unidad cultural de Europa no son menos evidentes; pero sí menos válidas para inducir a Europa a pacificarse.)

Es cierto que estas jóvenes formaciones nacionales se encuentran desparramadas en un continente inmenso. Pero, la economía es, en nuestro tiempo, más poderosa que el espacio. Sus hilos, sus nervios, suprimen o anulan las distancias. La exigüidad de las comunicaciones y los transportes es, en América indo-española, una consecuencia de la exigüidad de las relaciones económicas. No se tiende un ferrocarril para satisfacer una necesidad del espíritu y de la cultura.

La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada.[5] Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción. Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos Entre el criollo del Perú y el criollo argentino no existe diferencia sensible. El argentino es más optimista, más afirmativo que el peruano, pero uno y otro son irreligiosos y sensuales. Hay, entre uno y otro, diferencias de matiz más que de color.

De una comarca de la América española a otra comarca varían las cosas, varía el paisaje; pero no varía el hombre. Y el sujeto de la historia es, ante todo, el hombre. La economía, la política, la religión, son formas de la realidad humana. Su historia es, en su esencia, la historia del hombre.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo, no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispano-América. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Darío, Lugones, Silva, Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la literatura hispano-americana. Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.

Es absurdo y presuntuoso hablar de una cultura propia y genuinamente americana en germinación, en elaboración. Lo único evidente es que una literatura vigorosa refleja ya la mentalidad y el humor hispano-americanos. Esta literatura —poesía, novela, crítica, sociología, historia, filosofía— no vincula todavía a los pueblos; pero vincula, aunque no sea sino parcial y débilmente, a las categorías intelectuales.

[5] El autor establece una analogía con la separación de los Balcanes. *(N. del E.)*

Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Los intereses burgueses son concurrentes o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América. Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

UN CONGRESO DE ESCRITORES HISPANO-AMERICANOS*

Edwin Elmore, escritor de inquieta inteligencia y de espíritu fervoroso, propugna la reunión de un congreso libre de intelectuales hispano-americanos. El anhelo de Elmore no se detiene, naturalmente, en la mera aspiración de un congreso. Elmore formula la idea de una organización del pensamiento hispano-americano. El congreso no sería sino un instrumento de esta idea. La iniciativa de Elmore merece ser muy seriamente examinada y discutida en la prensa. Luis Araquistain ha abierto este debate, en *El Sol* de Madrid, en un artículo en el cual declara su adhesión a la iniciativa. Los comentarios de Araquistain tienden, además, a precisarla y esclarecerla. Elmore habla de un congreso de intelectuales. Araquistain restringe «este equívoco y a veces presuntuoso vocablo a su acepción corriente de hombres de letras». La adhesión de Araquistain es entusiasta y franca. «El solo encuentro —escribe Araquistain— de un grupo de hombres procedentes de una veintena de naciones, dedicados por profesión a algunas de las formas más delicadas de una cultura, a la creación artística o al pensamiento original, y ligados, sobre todo personalismo, por un sentimiento de homogeneidad espiritual, multiforme en sus variedades nacionales e individuales, sería ya un espléndido principio de organización. No hay inteligencia mutua ni obra común si los hombres no se conocen antes como hombres.»

En el Perú, la proposición de Elmore difundida desde hace algunos meses entre los hombres de letras de varios países hispano-americanos, no ha sido todavía debidamente divulgada y estudiada. No he leído, a este respecto, sino unas notas de Antonio G. Garland —intelectual reacio por temperamento y por educación a toda criolla «conjuración del silencio»— aplaudiendo y exaltando el congreso propuesto.

* *Mundial*, Lima, 1º de mayo de 1925.

Me parece oportuno y conveniente participar en este debate hispano-americano, aunque no sea sino para que la contribución peruana a su éxito, por la pereza o el desdén con que nuestros intelectuales se comportan generalmente ante estos temas, no resulte demasiado exigua. La cuestión fundamental del debate —la organización del pensamiento hispano-americano— reclama atención y estudio, lo mismo que la cuestión accesoria —la reunión de un congreso dirigido a este fin—. A su examen deben concurrir todos los que puedan hacer una reflexión útil. No se trata, evidentemente, de un vulgar caso de compilación o de cosecha de adhesiones. Una recolección de pareceres, más o menos unánimes y uniformes, sería, sin duda, una cosa muy pobre y muy monótona. Sería, sobre todo, un resultado demasiado incompleto para la noble fatiga de Edwin Elmore. Que opinen todos los escritores, los que comparten y los que no comparten las esperanzas de Elmore y de los factores de su iniciativa. Yo, por ejemplo, soy de los que no las comparten. No creo, por ahora, en la fecundidad de un congreso de hombres de letras hispano-americanos. Pero simpatizo con la discusión de este proyecto. Juzgo, por otra parte, que polemizar con una tesis es, tal vez, la mejor manera de estimularla y hasta de servirla. Lo peor que le podría acontecer a la de Elmore sería que todo el mundo la aceptase y la suscribiese sin ninguna discrepancia. La unanimidad es siempre infecunda.

Me declaro escéptico respecto a los probables resultados del Congreso en proyecto. Mi escepticismo no tiene, por supuesto, las mismas razones que las del poeta Leopoldo Lugones. (Ha dicho Elmore, quien ha interrogado a muchos intelectuales hispano-americanos, que Lugones se ha mostrado «si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea». Más tarde, Lugones, en una fiesta literaria del Centenario de Ayacucho, nos ha definido explícita y claramente su actitud espiritual —actitud inequívocamente nacionalista, reaccionaria, filofascista— sobre la cual podía habernos antes inducido en error la colaboración del poeta argentino en la Sociedad de las Naciones.)

Pienso, en primer lugar, que el sino de estos congresos es el de concluir desnaturalizados y desvirtuados por las especulaciones del íbero americanismo profesional. Casi inevitablemente, estos congresos degeneran en vacuas academias, esterilizadas por el íbero-americanismo formal y retórico de gente figurativa e histrionesca. Cierto que Elmore propone un «congreso libre» y que Araquistain agrega, precisando el término, «libre, es decir, fuera de todo patrocinio oficial». Pero el propio Araquistain sostiene, en seguida, que «no estaría demás invitar a las organizaciones de hombres de letras ya existentes: Sociedades de Autores Dramáticos, Asociaciones de Escritores, P.E.N.,[6] Clubs de Lengua Castellana y Portuguesa, Asociaciones de la Prensa, etcétera». La heterogeneidad de la composición del congreso aparece, pues, prevista y admitida desde ahora por los mismos escritores de homogeneidad

6 International Association of Pests, Plawrights, Editors, Essayists and Novelists. *(N. del E.)*

espiritual. Los cortesanos intelectuales del poder y del dinero invadirían la Asamblea adulterándola y mistificándola. Porque, ¿cómo calificar, cómo filtrar a los escritores? ¿Cómo decidir sobre su capacidad y título para participar en el Congreso?

Éstas no son simples objeciones de procedimiento o de forma. Enfocan la cuestión misma de la posibilidad de actuar, práctica y eficazmente, la iniciativa de Edwin Elmore. Yo creo que ésta es la primera cuestión que hay que plantearse. Que conviene averiguar, previamente, antes de avanzar en la discusión de la idea, si existe o no la posibilidad de realizarla. No digo de realizarla en toda su pureza y en toda su integridad, pero sí, al menos, en sus rasgos esenciales. La deformación práctica de la idea del Congreso de Escritores Hispano-Americanos traería aparejada ineluctablemente la de sus fines y la de su función. De una asamblea intelectual, donde prevaleciese numérica y espiritualmente la copiosa fauna de grafómanos y retores tropicales y megalómanos, que tan propicio clima encuentra en nuestra América, podría salir todo, menos un esbozo vital de organización del pensamiento hispano-americano. Medítelo Edwin Elmore, a quien estoy seguro que el fin preocupe mucho más que el instrumento.

Viene luego otra cuestión: la de la oportunidad. Vivimos en un período de plena beligerancia ideológica. Los hombres que representan una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aun eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión. Los separa un abismo histórico. Hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. El vínculo intelectual es demasiado frágil y hasta un tanto abstracto. El vínculo espiritual es, en todo caso, mucho más potente y válido.

¿Quiere decir esto que yo no crea en la urgencia de trabajar por la unidad de Hispano-América? Todo lo contrario. En un artículo reciente, me he declarado propugnador de esa unidad. Nuestro tiempo —he escrito— ha creado en la América española una comunicación viva y extensa: la que ha establecido entre las juventudes la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia.

Pienso que hay que juntar a los afines, no a los dispares. Que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos. Que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios. Ésta me parece la única coordinación posible. La sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Hablar vaga y genéricamente de la organización del pensamiento hispano-americano es, hasta cierto punto, fomentar un equívoco. Un equívoco análogo al de ese íbero-americanismo de uso externo que todos sabemos tan artificial y tan ficticio; pero que muy pocos nos negamos explícitamente a sostener con nuestro consenso. Creando ficciones y mitos, que no tienen siquiera el mérito de ser una grande, apasionada y sincera utopía, no se consigue, abso-

lutamente, unir a estos pueblos. Más probable es que consiga separarlos, puesto que se nubla con confusas ilusiones su verdadera perspectiva histórica.

Conviene considerar estos temas con un criterio más objetivo, más realista. Por haber sido tratados casi siempre superficial o románticamente, apenas están desflorados. Dejo para otro día la cuestión de la posibilidad y de la necesidad de organizar el pensamiento hispano-americano. Creo indispensable, ante todo, formular una interrogación elemental. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? He aquí un punto que debe esclarecer este debate.

¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO?*

I

Hace cuatro meses, en un artículo sobre la idea de un congreso de intelectuales íbero-americanos, formulé esta interrogación. La idea del congreso ha hecho, en cuatro meses, mucho camino. Aparece ahora como una idea que, vaga pero simultáneamente, latía en varios núcleos intelectuales de la América indo-íbera. Como una idea que germinaba al mismo tiempo en diversos centros nerviosos del continente. Esquemática y embrionaria todavía, empieza hoy a adquirir desarrollo y corporeidad.

En la Argentina, un grupo enérgico y volitivo se propone asumir la función de animarla y realizarla. La labor de este grupo tiende a eslabonarse con la de los demás grupos íbero-americanos afines. Circulan entre estos grupos algunos cuestionarios que plantean o insinúan los temas que debe discutir el congreso. El grupo argentino ha bosquejado el programa de una «Unión Latino-Americana». Existen, en suma, los elementos preparatorios de un debate, en el discurso del cual se elaborarán y se precisarán los fines y las bases de este movimiento de coordinación o de organización del pensamiento hispano-americano como, un poco abstractamente aún, suelen definirlo sus iniciadores.

II

Me parece, por ende, que es tiempo de considerar y esclarecer la cuestión planteada en mi mencionado artículo. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? Creo que, a este respecto, las afirmaciones de los fautores de su organización van demasiado lejos. Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Íbero-

* *Mundial*. Lima, 1º de mayo de 1925.

América han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano. El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aserciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos.

«Nuestra América —escribe Palacios— hasta hoy ha vivido de Europa teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución.» No es posible sorprenderse de que estas frases hayan estimulado una interpretación equivocada de la tesis de la decadencia de Occidente. Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea. El tiempo del verbo se presta al equívoco. El juicio del lector simplista deduce de la frase de Palacios que «hasta ahora la cultura europea ha nutrido y orientado» a América; pero que desde hoy no la nutre ni orienta más. Resuelve, al menos, que desde hoy Europa ha perdido el derecho y la capacidad de influir espiritual e intelectualmente en nuestra joven América. Y este juicio se acentúa y se exacerba, inevitablemente, cuando algunas líneas después Palacios agrega que «no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas» y quiere que nos emancipemos del pasado y del ejemplo europeos.

Nuestra América, según Palacios, se siente en la inminencia de dar a luz una cultura nueva. Extremando esta opinión o este augurio, la revista *Valoraciones* habla de que «liquidemos cuentas con los tópicos al uso, expresiones agónicas del alma decrépita de Europa».

¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispano-americana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga: «Por mi raza hablará el espíritu.»[7] Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea.

La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. Malgrado la guerra y la post-guerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa. La teoría de la decadencia de Occidente, producto del laboratorio occidental, no prevé

7 El autor cita palabras de José Vasconcelos. *(N. del E.)*

la muerte de Europa sino de la cultura que ahí tiene sede. Esta cultura europea, que Spengler juzga en decadencia, sin pronosticarle por esto un deceso inmediato, sucedió a la cultura greco-romana, europea también. Nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa renueve y se transforme una vez más. En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palingenesias. Los mayores artistas, los mayores pensadores contemporáneos, ¿no son todavía europeos? Europa se nutre de la savia universal. El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer.

III

Tornemos a nuestra cuestión. ¿Existe un pensamiento característicamente hispano-americano? Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etc., en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispano-americano. Todos los pensadores de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales. El pensamiento hispano-americano no es generalmente sino una rapsodia compuesta con motivos y elementos del pensamiento europeo. Para comprobarlo basta revistar la obra de los más altos representantes de la inteligencia indo-íbera.

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza, están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, —en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad— no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado.

En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Palacios dice: «Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de raza nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas.» En la Argentina es posible pensar así; en el Perú y otros pueblos de Hispano-América, no. Aquí la síntesis no existe todavía. Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de

Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

IV

El debate que comienza debe, precisamente, esclarecer todas estas cuestiones. No debe preferir la cómoda ficción de declararlas resueltas. La idea de un congreso de intelectuales íbero-americanos será válida y eficaz, ante todo, en la medida en que logre plantearlas. El valor de la idea está casi íntegramente en el debate que suscita.

El programa de la sección Argentina de la bosquejada Unión Latino-Americana, el cuestionario de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica y el cuestionario del grupo que aquí trabaja por el congreso, invitan a los intelectuales de nuestra América a meditar y opinar sobre muchos problemas fundamentales de este continente en formación. El programa de la sección Argentina tiene el tono de una declaración de principios. Resulta prematuro indudablemente. Por el momento, no se trata sino de trazar un plan de trabajo, un plan de discusión. Pero en los trabajos de la sección Argentina alienta un espíritu moderno y una voluntad renovadora. Este espíritu, esta voluntad, le confieren el derecho de dirigir el movimiento. Porque el congreso, si no representa y organiza la nueva generación hispano-americana, no representará ni organizará absolutamente nada.

EL ÍBERO-AMERICANISMO Y PAN-AMERICANISMO*

El íbero-americano reaparece, en forma esporádica, en los debates de España y de la América española. Es un ideal o un tema que, de vez en vez, ocupa el diálogo de los intelectuales del idioma. (Me parece que no se puede llamarlo, en verdad, los intelectuales de la raza.)

Pero ahora, la discusión tiene más extensión y más intensidad. En la prensa de Madrid, los tópicos del íbero-americanismo adquieren, actualmente, un interés conspicuo. El movimiento de aproximación o de coordinación de las fuerzas intelectuales íbero-americanas, gestionado y propugnado por algunos núcleos de escritores de nuestra América, otorga en estos días, a esos tópicos, un valor concreto y relieve nuevo.

Esta vez la discusión repudia en muchos casos, ignora al menos en otros, el íbero-americanismo de protocolo. (Íbero-americanismo oficial de don-

* *Mundial*. Lima, 8 de mayo de 1925.

Alfonso, se encarna en la borbónica y decorativa estupidez de un infante, en la cortesana mediocridad de un Francos Rodríguez.) El íbero-americanismo se desnuda, en el diálogo de los intelectuales libres, de todo ornamento diplomático. Nos revela así su realidad como ideal de la mayoría de los representantes de la inteligencia y de la cultura de España y de la América indo-íbera.

El pan-americanismo, en tanto, no goza del favor de los intelectuales. No cuenta, en esta abstracta e inorgánica categoría, con adhesiones estimables y sensibles. Cuenta sólo con algunas simpatías larvadas. Su existencia es exclusivamente diplomática. La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El pan-americanismo no se manifiesta como un ideal del Continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del Imperio yanqui. (Antes de una gran Democracia, como les gusta calificarlos a sus apologistas de estas latitudes, los Estados Unidos constituyen un gran Imperio.) Pero, el pan-americanismo ejerce —a pesar de todo esto o, mejor, precisamente por todo esto— una influencia vigorosa en la América indo-íbera. La política norteamericana no se preocupa demasiado de hacer pasar como un ideal del Continente el ideal del Imperio. No le hace tampoco mucha falta el consenso de los intelectuales. El pan-americanismo borda su propaganda sobre una sólida malla de intereses. El capital yanqui invade la América indo-íbera. Las vías de tráfico comercial pan-americano son las vías de esta expansión. La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan más cada día en la economía de las naciones del Centro y Sur. Puede muy bien, pues, el Imperio del Norte sonreírse de un teórica independencia de la inteligencia y del espíritu de la América indo-española. Los intereses económicos y políticos le asegurarán, poco a poco, la adhesión, o al menos la sumisión, de la mayor parte de los intelectuales. Entre tanto, le bastan para las paradas del pan-americanismo los profesores y los funcionarios que consigue movilizarle la Unión Pan-Americana de Mr. Rowe.

II

Nada resulta más inútil, por tanto, que entretenerse en platónicas confrontaciones entre el ideal íbero-americano y el ideal pan-americano. De poco le sirve al íbero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales. De menos todavía le sirve la elocuencia de sus literatos. Mientras el íbero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios. La burguesía íbero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. El modelo yanqui, el estilo yanqui, se propagan en la América indo-ibérica, en tanto que la herencia española se consume y se pierde. El hacendado, el banquero, el rentista de la América española miran mucho más atentamente a Nueva York que a Madrid. El curso del dólar les interesa mil veces más que el pensamiento de Unamuno y que *La Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. A esta gente que gobierna la economía y, por ende, la política de la América del Centro y del Sur, el ideal íbero-americanista le importa poquísimo. En el mejor de los casos se siente dispuesta a desposarlo juntamente con el ideal pan-americanista. Los agentes viajeros del pan-americanismo le parecen, por otra parte, más eficaces, aunque menos pintorescos, que los agentes viajeros —infantes académicos— del íbero-americanismo oficial, que es el único que un burgués prudente puede tomar en serio.

III

La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericanos. La historia de la cultura norteamericana nos ofrece muchos nobles casos de independencia de la inteligencia y del espíritu. Roosevelt es el depositario del espíritu del Imperio; pero Thoreau es el depositario del espíritu de la Humanidad. Henry Thoreau, que en esta época recibe el homenaje de los revolucionarios de Europa, tiene también derecho a la devoción de los revolucionarios de Nuestra América. ¿Es culpa de los Estados Unidos si los íbero-americanos conocemos más el pensamiento de Theodore Roosevelt que el de Henry Thoreau? Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford; pero son también la patria de Ralph-Waldo Emerson, de Williams James y de Walt Whitman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido asimismo los más fuertes maestros del idealismo continental. Y hoy la misma inquietud que agita a la vanguardia de la América Española mueve a la vanguardia de la América del Norte. Los problemas de la nueva generación hispano-americana son, con variación de lugar y de matiz, los mismos problemas de la nueva generación norteamericana. Waldo Frank, uno de los hombres nuevos del Norte, en sus estudios sobre Nuestra América, dice cosas válidas para la gente de su América y de la nuestra.

Los hombres nuevos de la América indo-ibérica pueden y deben entenderse con los hombres nuevos de la América de Waldo Frank. El trabajo de la nueva generación íbero-americana puede y debe articularse y solidarizarse con el trabajo de la nueva generación yanqui. Ambas generaciones coinciden. Los diferencia el idioma y la raza; pero los comunica y los mancomuna la misma emoción histórica. La América de Waldo Frank es también, como nuestra América, adversaria del Imperio de Pierpont Morgan y del Petróleo.

En cambio, la misma emoción histórica que nos acerca a esta América revolucionaria nos separa de la España reaccionaria de los Borbones y de Primo de Rivera. ¿Qué puede enseñarnos la España de Vázquez de Mella y de Maura, la España de Pradera y de Francos Rodríguez? Nada; ni siquiera el método de un gran Estado industrialista y capitalista. La civiliza-

ción de la Potencia no tiene su sede en Madrid ni en Barcelona; la tiene en Nueva York, en Londres, en Berlín. La España de los Reyes Católicos no nos interesa absolutamente. Señor Pradera, señor Francos Rodríguez, quedaos íntegramente con ella.

IV

Al íbero-americanismo le hace falta un poco más de idealismo y un poco más de realismo. Le hace falta consustanciarse con los nuevos ideales de la América indo-ibérica. Le hace insertarse en la nueva realidad histórica de estos pueblos. El pan-americanismo se apoya en los intereses del orden burgués; el íbero-americanismo debe apoyarse en las muchedumbres que trabajan por crear un orden nuevo. El íbero-americanismo oficial será siempre un ideal académico, burocrático, impotente, sin raíces en la vida. Como ideal de los núcleos renovadores, se convertirá, en cambio, en un ideal beligerante, activo, multitudinario.

NACIONALISMO Y VANGUARDISMO*

EN LA IDEOLOGÍA POLÍTICA

I

Es posible que a algunos recalcitrantes conservadores de incontestable buena fe los haga sonreír la aserción de que lo más peruano, lo más nacional del Perú contemporáneo es el sentimiento de la nueva generación. Ésta es, sin embargo, una de las verdades más fáciles de demostrar. Que el conservantismo no pueda ni sepa entenderla es una cosa que se explica perfectamente. Pero que no disminuye ni oscurece su evidencia.

Para conocer cómo siente y cómo piensa la nueva generación, una crítica leal y seria empezará sin duda por averiguar cuáles son sus reivindicaciones. Le tocará constatar, por consiguiente, que la reivindicación capital de nuestro vanguardismo es la reivindicación del indio. Este hecho no tolera mistificaciones ni consiente equívocos.

* Este artículo, fusionado más tarde por su autor, se publicó en dos partes: la primera, «Nacionalismo y Vanguardismo», apareció en *Mundial*, Lima, el 27 de noviembre de 1925; la segunda, «Nacionalismo y Vanguardismo en la literatura y en el arte», vio la luz en *Mundial*, Lima, el 4 de diciembre de 1925.

Traducido a un lenguaje inteligible para todos, inclusive para los conservadores, el problema indígena se presenta como el problema de cuatro millones de peruanos. Expuesto en términos nacionalistas— insospechables y ortodoxos—, se presenta como el problema de la asimilación a la nacionalidad peruana de las cuatro quintas partes de la población del Perú.

¿Cómo negar la peruanidad de un ideario y de un programa que proclama con tan vehemente ardimiento, su anhelo y su voluntad de resolver este problema?

II

Los discípulos del nacionalismo monarquista de «L'Action Française» adoptan, probablemente la fórmula de Maurras: «Todo lo nacional es nuestro.» Pero su conservantismo se guarda mucho de definir lo nacional, lo peruano. Teórica y prácticamente el conservador criollo se comporta como un heredero de la colonia y como un descendiente de la conquista. Lo nacional, para todos nuestros pasadistas, comienza en lo colonial. Lo indígena es en su sentimiento, aunque no lo sea en su tesis, lo pre-nacional. El conservantismo no puede concebir ni admitir sino una peruanidad: la formada en los moldes de España y Roma. Este sentimiento de la peruanidad tiene graves consecuencias para la teoría y la práctica del propio nacionalismo que inspira y engendra. La primera consiste en que limita a cuatro siglos la historia de la patria peruana. Y cuatro siglos de tradición tienen que parecerle muy poca cosa a cualquier nacionalismo, aún al más modesto e iluso. Ningún nacionalismo sólido aparece en nuestro tiempo como una elaboración de sólo cuatro siglos de historia.

Para sentir a sus espaldas una antigüedad más respetable e ilustre, el nacionalismo reaccionario recurre invariablemente al artificio de anexarse no sólo todo el pasado y toda la gloria de España sino también todo el pasado y la gloria de la latinidad. Las raíces de la nacionalidad resultan ser hispánicas y latinas. El Perú, como se lo representa esta gente, no desciende del Inkario autóctono: desciende del imperio extranjero que le impuso hace cuatro siglos su ley, su confesión y su idioma.

Maurice Barrès en una frase que vale sin duda como artículo de fe para nuestros reaccionarios, decía que la patria son la tierra y los muertos. Ningún nacionalismo puede prescindir de la tierra. Este es el drama del que en el Perú, además de acogerse a una ideología importada, representa el espíritu y los intereses de la conquista y la colonia.

III

En oposición a este espíritu, la vanguardia propugna la reconstrucción peruana sobre la base del indio. La nueva generación reivindica nuestro verdadero pasado, nuestra verdadera historia. El pasadismo se contenta, entre

nosotros, con los frágiles recuerdos galantes del virreinato. El vanguardismo, en tanto, busca para su obra materiales más genuinamente peruanos, más remotamente antiguos.

Y su indigenismo no es una especulación literaria ni un pasatiempo romántico. No es un indigenismo que, como muchos otros, se resuelve y agota en una inocua apología del Imperio de los Incas y de sus faustos. Los indigenistas revolucionarios, en lugar de un platónico amor al pasado incaico, manifiestan una activa y concreta solidaridad con el indio de hoy.

Este indigenismo no sueña con utópicas restauraciones. Siente el pasado como una raíz, pero no como un programa. Su concepción de la historia y de sus fenómenos es realista y moderna. No ignora ni olvida ninguno de los hechos históricos que, en estos cuatro siglos, han modificado, con la realidad del Perú, la realidad del mundo.

IV

Cuando se supone a la juventud seducida por mirajes extranjeros y por doctrinas exóticas, se parte, seguramente, de una interpretación superficial de las relaciones entre nacionalismo y socialismo. El socialismo no es, en ningún país del mundo, un movimiento anti-nacional. Puede parecerlo, tal vez, en los imperios. En Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, etc., los revolucionarios denuncian y combaten el imperialismo de sus propios gobiernos. Pero la función de la idea socialista cambia en los pueblos política o económicamente coloniales. En esos pueblos el socialismo adquiere, por la fuerza de las circunstancias, sin renegar absolutamente ninguno de sus principios, una actitud nacionalista. Quienes sigan el proceso de las agitaciones nacionalistas rifeña, egipcia, china, hindú, etc., se explicarán sin dificultad este aspecto totalmente lógico, de la *praxis* revolucionaria. Observarán desde el primer momento, el carácter esencialmente popular de tales agitaciones. El imperialismo y el capitalismo de Occidente encuentran siempre una resistencia mínima, si no una sumisión completa, en las clases conservadoras, en las castas dominantes de los pueblos coloniales. Las reivindicaciones de independencia nacional reciben su impulso y su energía de la masa popular. En Turquía, donde se ha operado en los últimos años el más vigoroso y afortunado movimiento nacionalista, se ha podido estudiar exacta y cabalmente este fenómeno. Turquía ha renacido como nación por mérito y obra de su gente revolucionaria, no de su gente conservadora. El mismo impulso histórico que arrojó del Asia Menor a los griegos, inflingiendo una derrota al imperialismo británico, echó de Constantinopla al Kalifa y a su corte.

Uno de los fenómenos más interesantes, uno de los movimientos más extensos de esta época es, precisamente, este nacionalismo revolucionario, este patriotismo revolucionario. La idea de la nación —lo ha dicho un internacionalista— es en ciertos períodos históricos la encarnación del espíritu de libertad. En el Occidente europeo, donde la vemos más envejecida, ha sido, en su origen y en su desarrollo, una idea revolucionaria. Ahora tiene este valor en todos los pueblos, que, explotados por algún imperialismo extranjero, luchan por su libertad nacional.

En el Perú los que representan e interpretan la peruanidad son quienes, concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía.

EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE

I

En el terreno de la literatura y del arte, quienes no gusten de aventurarse en otros campos percibirán fácilmente el sentido y el valor nacionales de todo positivo y auténtico vanguardismo. Lo más nacional de una literatura es siempre lo más hondamente revolucionario. Y esto resulta muy lógico y muy claro.

Una nueva escuela, una nueva tendencia literaria o artística busca sus puntos de apoyo en el presente. Si no los encuentra perece fatalmente. En cambio las viejas escuelas, las viejas tendencias se contentan de representar los residuos espirituales y formales del pasado.

Por ende, sólo concibiendo a la nación como una realidad estática se puede suponer un espíritu y una inspiración más nacionales en los repetidores y rapsodas de un arte viejo que en los creadores o inventores de un arte nuevo. La nación vive en los precursores de su porvenir mucho más que en los supérstites de su pasado.

Demostremos y expliquemos esta tesis con algunos hechos concretos. Las aserciones demasiado generales o demasiado abstractas tienen el peligro de parecer sofísticas o, por lo menos, insuficientes.

II

He tenido ya ocasión de sostener que en el movimiento futurista italiano no es posible no reconocer un gesto espontáneo del genio de Italia y que los iconoclastas que se proponían limpiar Italia de sus museos, de sus ruinas, de sus reliquias, de todas sus cosas venerables estaban movidos en el fondo por un profundo amor a Italia.

El estudio de la biología del futurismo italiano conduce irremediablemente a esta constatación. El futurismo ha representado, no como modalidad literaria y artística, sino como actitud espiritual, un instante de la conciencia italiana. Los artistas y escritores futuristas, insurgiendo estrepitosa y destem-

pladamente contra los vestigios del pasado, afirmaban el derecho y la aptitud de Italia para renovarse y superarse en la literatura y en el arte.

Cumplida esta misión, el futurismo cesó de ser, como en sus primeros tiempos, un movimiento sostenido por los más puros y altos valores artísticos de Italia. Pero subsistió el estado de ánimo que había suscitado. Y en este estado de ánimo se preparó, en parte, el fenómeno fascista, tan acendradamente nacional en sus raíces según sus apologistas. El futurismo se hizo fascista porque el arte no domina a la política. Y sobre todo porque fueron los fascistas quienes conquistaron Roma. Mas, con idéntica facilidad, se habría hecho socialista, si se hubiese realizado, victoriosamente, la revolución proletaria. Y en este caso, su suerte habría sido diferente. En vez de desaparecer definitivamente, como movimiento o escuela artística (ésta ha sido la suerte que le ha tocado bajo el fascismo), el futurismo habría logrado entonces un renacimiento vigoroso. El fascismo, después de haber explotado su impulso y su espíritu, ha obligado al futurismo a aceptar sus principios reaccionarios, esto es a renegarse a sí mismo teórica y prácticamente. La revolución, en tanto, habría estimulado y acrecentado su voluntad de crear un arte nuevo en una sociedad nueva.

Ésta ha sido, por ejemplo, la suerte del futurismo en Rusia. El futurismo ruso constituía un movimiento más o menos gemelo del futurismo italiano. Entre ambos futurismos existieron constantes y estrechas relaciones. Y así como el futurismo italiano siguió al fascismo, el futurismo ruso se adhirió a la revolución proletaria. Rusia es el único país de Europa donde, como lo constata con satisfacción Guillermo de Torre, el arte futurista ha sido elevado a la categoría de arte oficial.

En Rusia esta victoria no ha sido obtenida a costa de una abdicación. El futurismo en Rusia ha continuado siendo futurismo. No se ha dejado domesticar como en Italia. Ha seguido sintiéndose factor del porvenir. Mientras en Italia el futurismo no tiene ya un sólo gran poeta en plena beligerancia iconoclasta y futurista, en Rusia Mayakovski, cantor de la revolución, ha alcanzado en este oficio sus más perdurables triunfos.

III

Pero para establecer más exacta y precisamente el carácter nacional de todo vanguardismo, tornemos a nuestra América. Los poetas nuevos de la Argentina constituyen un interesante ejemplo. Todos ellos están nutridos de estética europea. Todos o casi todos han viajado en uno de esos vagones de la Compagnie des Grands Exprès Européens que para Blaise Cendrars, Valéry Larbaud y Paul Morand son sin duda los vehículos de la unidad europea además de los elementos indispensables de una nueva sensibilidad literaria.

Y bien. No obstante esta impregnación de cosmopolitismo, no obstante su concepción ecuménica del arte, los mejores de estos poetas vanguardistas siguen siendo los más argentinos. La argentinidad de Girondo, Güiraldes, Borges, etc., no es menos evidente que su cosmopolitismo. El vanguardismo literario argentino se denomina «martinfierrismo». Quien alguna vez haya leído el periódico de ese núcleo de artistas, *Martín Fierro,* habrá encontrado en él al mismo tiempo que los más recientes ecos del arte ultramoderno de Europa, los más auténticos acentos gauchos.

¿Cuál es el secreto de esta capacidad de sentir las cosas del mundo y del terruño? La respuesta es fácil. La personalidad del artista, la personalidad del hombre, no se realiza plenamente sino cuando sabe ser superior a toda limitación.

IV

En la literatura peruana, aunque con menos intensidad, advertimos el mismo fenómeno. En tanto que la literatura peruana conservó un carácter conservador y académico, no supo ser real y profundamente peruana. Hasta hace muy pocos años, nuestra literatura no ha sido sino una modesta colonia de la literatura española. Su transformación, a este respecto como a otros, empieza con el movimiento «Colónida». En Valdelomar se dio el caso del literato en quien se juntan y combinan el sentimiento cosmopolita y el sentimiento nacional. El amor snobista a las cosas y a las modas europeas no sofocó ni atenuó en Valdelomar el amor a las rústicas y humildes cosas de su tierra y de su aldea. Por el contrario, contribuyó tal vez a suscitarlo y exaltarlo.

Y ahora el fenómeno se acentúa. Lo que más nos atrae, lo que más nos emociona tal vez en el poeta César Vallejo es la trama indígena, el fondo autóctono de su arte. Vallejo es muy nuestro, es muy indio. El hecho de que lo estimemos y lo comprendamos no es un producto del azar. No es tampoco una consecuencia exclusiva de su genio. Es más bien una prueba de que, por estos caminos cosmopolitas y ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos.

EL ARTISTA Y LA ÉPOCA*

I

El artista contemporáneo se queja, frecuentemente, de que esta sociedad o esta civilización no le hace justicia. Su queja no es arbitraria. La conquista del bienestar y de la fama resulta en verdad muy dura en estos tiempos.

* *Mundial,* Lima, 14 de octubre de 1925.

La burguesía quiere del artista un arte que corteje y adule su gusto mediocre. Quiere, en todo caso, un arte consagrado por sus peritos y tasadores. La obra de arte no tiene, en el mercado burgués, un valor intrínseco sino un valor fiduciario. Los artistas más puros no son casi nunca los mejor cotizados. El éxito de un pintor depende, más o menos, de las mismas condiciones que el éxito de un negocio. Su pintura necesita uno o varios empresarios que la administren diestra y sagazmente. El renombre se fabrica a base de publicidad. Tiene un precio inasequible para el peculio del artista pobre. A veces el artista no demanda siquiera que se le permita hacer fortuna. Modestamente se contenta de que se le permita hacer su obra. No ambiciona sino realizar su personalidad. Pero también esta lícita ambición se siente contrariada. El artista debe sacrificar su personalidad, su temperamento, su estilo, si no quiere, heroicamente, morirse de hambre.

De este trato injusto se venga el artista detractando genéricamente a la burguesía. En oposición a su escualidez, o por una limitación de su fantasía, el artista se representa al burgués invariablemente gordo, sensual, porcino. En la grasa real o imaginaria de este ser, el artista busca los rabiosos aguijones de sus sátiras y sus ironías.

Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato, no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coactada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple. Su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante.

II

Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones, o en sus consecuencias, una protesta reaccionaria. Disgustado del orden burgués, el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en el nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega de los mitos de la democracia para aceptar los mitos de la feudalidad. Piensa que el artista de la Edad Media, del Renacimiento, etc., encontraba en la clase dominante de entonces una clase más inteligente, mas comprensiva, más generosa. Confronta el tipo del Papa, del cardenal o del príncipe con el tipo del *nuevo rico*. De esta comparación, el *nuevo rico* sale, naturalmente, muy mal parado. El artista arriba, así, a la conclusión de que los tiempos de la aristocracia y de la Iglesia eran mejores que estos tiempos de la Democracia y la Burguesía.

III

¿Los artistas de la sociedad feudal eran, realmente, más libres y más felices que los artistas de la sociedad capitalista? Revisemos las razones de los factores de esta tesis.

Primera. La *élite*[3] de la sociedad aristocrática tenía más educación artística y más aptitud estética que la *élite* de la sociedad burguesa. Su función, sus hábitos, sus gustos, la acercaban mucho más al arte. Los Papas y los príncipes se complacían en rodearse de pintores, escultores y literatos. En su tertulia se escuchaban elegantes discursos sobre el arte y las letras. La creación artística constituía uno de los fundamentales fines humanos, en la teoría y en la práctica de la época. Ante un cuadro de Rafael, un señor del Renacimiento no se comportaba como un burgués de nuestros días, ante una estatua de Archipenko o un cuadro de Franz Marc. La *élite* aristocrática se componía de finos gustadores y amadores del arte y las letras. La *élite* burguesa se compone de banqueros, de industriales, de técnicos. La actividad práctica excluye de la vida de esta gente toda actividad estética.

Segunda. La crítica no era, en ese tiempo, como en el nuestro, una profesión o un oficio. La ejercía digna y eruditamente la propia clase dominante. El señor feudal que contrataba al Tiziano sabía muy bien, por sí mismo, lo que valía el Tiziano. Entre el arte y sus compradores o mecenas no había intermediarios, no había corredores.

Tercera. No existía, sobre todo, la prensa. El plinto de la fama de un artista era, exclusivamente, grande o modesto, su propia obra. No se asentaba, como ahora, sobre un bloque de papel impreso. Las rotativas no fallaban sobre el mérito de un cuadro, de una estatua o de un poema.

IV

La prensa es particularmente acusada. La mayoría de los artistas se siente contrastada y oprimida por su poder. Un romántico, Teófilo Gautier, escribía hace muchos años: «Los periódicos son especies de corredores que se interponen entre los artistas y el público. La lectura de los periódicos impide que haya verdaderos sabios y verdaderos artistas.» Todos los románticos de nuestros días suscriben, sin reservas y sin atenuaciones, este juicio.

Sobre la suerte de los artistas contemporáneos pesa, excesivamente, la dictadura de la prensa. Los periódicos pueden exaltar al primer puesto a un artista mediocre y pueden relegar al último a un artista altísimo. La crítica periodística sabe su influencia. Y la usa arbitrariamente. Consagra to-

[3] José Carlos Mariátegui desarrolla toda una teoría sobre el alcance social y espiritual de este vocablo en su ensayo *El problema de las* élites. Cf. p. 160 de esta antología. *(N. del E.)*

dos los éxitos mundanos. Inciensa todas las reputaciones oficiales. Tiene siempre muy en cuenta el gusto de su alta clientela.

Pero la prensa no es sino uno de los instrumentos de la industria de la celebridad. La prensa no es responsable sino de ejecutar lo que los grandes intereses de esta industria decretan. Los *managers* del arte y de la literatura tienen en sus manos todos los resortes de la fama. En una época en que la celebridad es una cuestión de *réclame*, una cuestión de propaganda, no se puede pretender, además, que sea equitativa e imparcialmente concedida.

La publicidad, el *réclame*, en general, son en nuestro tiempo omnipotentes. La fortuna de un artista depende, por consiguiente, muchas veces, sólo de un buen empresario. Los comerciantes en libros y los comerciantes en cuadros y estatuas deciden el destino de la mayoría de los artistas. Se lanza a un artista más o menos por los mismos medios que un producto o un negocio cualquiera. Y este sistema que, de un lado, otorga renombre y bienestar a un Beltrán Massés, de otro lado condena a la miseria y al suicidio a un Modigliani. El barrio de Montmartre y el barrio de Montparnasse conocen en París muchas de estas historias.

V

La civilización capitalista ha sido definida como la civilización de la Potencia. Es natural por tanto que no esté organizada, espiritual y materialmente, para la actividad estética sino para la actividad práctica. Los hombres representativos de esta civilización son sus Hugo Stinnes y sus Pierpont Morgan.

Mas estas cosas de la realidad presente no deben ser constatadas por el artista moderno con romántica nostalgia de la realidad pretérita. La posición justa, en este tema, es la de Oscar Wilde quien, en su ensayo sobre *El alma humana bajo el socialismo*, en la liberación del trabajo veía la liberación del arte. La imagen de una aristocracia próvida y magnífica con los artistas constituye un miraje, una ilusión. No es cierto absolutamente que la sociedad aristocrática fuese una sociedad de dulces mecenas. Basta recordar la vida atormentada de tantas nobles figuras del arte de ese tiempo. Tampoco es verdad que el mérito de los grandes artistas fuese entonces reconocido y recompensado mucho mejor que ahora. También entonces prosperaron exorbitantemente artistas ramplones. (Ejemplo: el mediocrísimo Cavalier d'Arpino gozó de honores y favores que su tiempo rehusó o escatimó a Caravaggio.) El arte depende hoy del dinero; pero ayer dependió de una casta. El artista de hoy es un cortesano de la burguesía; pero el de ayer fue un cortesano de la aristocracia. Y, en todo caso, una servidumbre vale lo que la otra.

D'ANNUNZIO Y EL FASCISMO*

D'Annunzio no es fascista. Pero el fascismo es d'annunziano. El fascismo usa consuetudinariamente una retórica, una técnica y una postura d'annunzianas. El grito fascista de «Eia, eia; alalá!» es un grito de la epopeya de D'Annunzio. Los orígenes espirituales del fascismo están en la literatura de D'Annunzio y en la vida de D'Annunzio. D'Annunzio puede, pues, renegar del fascismo. Pero el fascismo no puede renegar de D'Annunzio. D'Annunzio es uno de los creadores, uno de los artífices del estado de ánimo en el cual se ha incubado y se ha plasmado el fascismo.

Más aún. Todos los últimos capítulos de la historia italiana están saturados de d'annunzianismo. Adriano Tilgher en un sustancioso ensayo sobre la *Terza Italia*[9] define el período prebélico de 1905 a 1915 como «el reino incontestado de la mentalidad d'annunziana, nutrida de recuerdos de la Roma imperial y de las comunas italianas de la Edad Media, formada de naturalismo pseudopagano, de aversión al sentimentalismo cristiano y humanitario, de culto a la violencia heroica, de desprecio por el vulgo profano curvado sobre el trabajo servil, de diletantismo kilometrofágico con un vago delirio de grandes palabras y de gestos imponentes». Durante ese período, constata Tilgher, la pequeña y la media burguesía italiana se alimentaron de la retórica de una prensa redactada por literatos fracasados, totalmente impregnados de d'annunzianismo y de nostalgias imperiales.

Y en la guerra contra Austria, gesta d'annunziana, se generó el fascismo, gesta d'annunziana también. Todos los líderes y capitanes del fascismo provienen de la facción que arrolló al gobierno neutralista de Giolitti y condujo a Italia a la guerra. Las brigadas del fascismo se llamaron inicialmente haces de combatientes. El fascismo fue una emanación de la guerra. La aventura de Fiume y la organización de los *fasci* fueron dos fenómenos gemelos, dos fenómenos sincrónicos y sinfrónicos. Los fascistas de Mussolini y los *arditi*[10] de D'Annunzio fraternizaban. Unos y otros acometían sus empresas al grito de «¡Eia, eia, alalá!» El fascismo y el fiumanismo se amamantaban en la ubre de la misma loba como Rómulo y Remo. Pero, nuevos Rómulo y Remo también, el destino quería que uno matase al otro. El fiumanismo sucumbió en Fiume ahogado en su retórica y en su poesía. Y el fascismo se desarrolló, libre de la concurrencia de todo movimiento similar, a expensas de esa inmolación y de esa sangre.

* Este artículo fue tomado de José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea*, p. 18. Ed. Amauta, Lima, 1964.

9 Tercera Italia. Anteriormente habían sido la Imperial o Romana y la del Renacimiento. *(N. del E.)*

10 Por este nombre se conoció a los seguidores de D'Annunzio. *(N. del E.)*

El fiumanismo se resistía a descender del mundo astral y olímpico de su utopía, al mundo contingente, precario y prosaico de la realidad. Se sentía por encima de la lucha de clases, por encima del conflicto entre la idea individualista y la idea socialista, por encima de la economía y de sus problemas. Aislado de la tierra, perdido en el éter, el fiumanismo estaba condenado a la evaporación y a la muerte. El fascismo, en cambio, tomó posición en la lucha de clases. Y, explotando la ojeriza de la clase media contra el proletariado, la encuadró en sus filas y la llevó a la batalla contra la revolución y contra el socialismo. Todos los elementos reaccionarios, todos los elementos conservadores, más ansiosos de un capitán resuelto a combatir contra la revolución que de un político inclinado a pactar con ella, se enrolaron y concentraron en los rangos del fascismo. Exteriormente, el fascismo conservó sus aires d'annunzianos; pero interiormente su nuevo contenido social, su nueva estructura social, desalojaron y sofocaron la gaseosa ideología d'annunziana. El fascismo ha crecido y ha vencido no como movimiento d'annunziano sino como movimiento reaccionario; no como interés superior a la lucha de clases sino como interés de una de las clases beligerantes. El fiumanismo era un fenómeno literario más que un fenómeno político. El fascismo, en cambio, es un fenómeno eminentemente político. El *condottiere* del fascismo tenía que ser, por consiguiente, un político, un caudillo tumultuario, plebiscitario, demagógico. Y el fascismo encontró por esto su *duce*, su animador en Benito Mussolini, y no en Gabriel d'Annunzio. El fascismo necesitaba un líder listo a usar, contra el proletariado socialista, el revólver, el bastón y el aceite castor. Y la poesía y el aceite castor son dos cosas inconciliables y disímiles.

La personalidad de D'Annunzio es una personalidad arbitraria y versátil que no cabe dentro de un partido. D'Annunzio es un hombre sin filiación y sin disciplina ideológicas. Aspira a ser un gran actor de la historia. No le preocupa el rol sino su grandeza, su relieve, su estética. Sin embargo, D'Annunzio ha mostrado, malgrado su elitismo y su aristocratismo, una frecuente e instintiva tendencia a la izquierda y a la revolución. En D'Annunzio no hay una teoría, una doctrina, un concepto. En D'Annunzio hay, sobre todo, un ritmo, una música, una forma. Mas este ritmo, esta música, esta forma, han tenido a veces, en algunos sonoros episodios de la historia del gran poeta, un matiz y un sentido revolucionarios. Es que D'Annunzio ama el pasado: pero ama más el presente. El pasado lo provee y lo abastece de elementos decorativos, de esmaltes arcaicos, de colores raros y de jeroglíficos misteriosos. Pero el presente es la vida. Y la vida es la fuente de la fantasía y del arte. Y, mientras la reacción es el instinto de conservación, el estertor agónico del pasado, la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente.

Cuando en 1900, D'Annunzio ingresó en la Cámara italiana, su carencia de filiación, su falta de ideología, lo llevaron a un escaño conservador. Mas un día de polémica emocionante entre la mayoría burguesa y dinástica y la extrema izquierda socialista y revolucionaria, D'Annunzio, ausente de la controversia teorética, sensible sólo al latido y a la emoción de la vida, se sintió atraído magnéticamente al campo de gravitación de la minoría. Y habló así a la extrema izquierda: «En el espectáculo de hoy he visto de una parte muchos muertos que gritan, de la otra pocos hombres vivos y elocuentes. Como hombre de intelecto, marcho hacia la vida.» D'Annunzio no marchaba hacia el socialismo, no marchaba hacia la revolución. Nada sabía ni quería saber de teorías ni de doctrinas. Marchaba simplemente hacia la vida. La revolución ejercía en él la misma atracción natural y orgánica que el mar, que el campo, que la mujer, que la juventud y que el combate.

Y, después de la guerra, D'Annunzio volvió a aproximarse varias veces a la revolución. Cuando ocupó Fiume, dijo que el fiumanismo era la causa de todos los pueblos oprimidos, de todos los pueblos irredentos. Y envió un telegrama a Lenin. Parece que Lenin quiso contestar a D'Annunzio. Pero los socialistas italianos se opusieron a que los Soviets tomaran en serio el gesto del poeta. D'Annunzio invitó a todos los sindicatos de Fiume a colaborar con él en la elaboración de la constitución fiumana. Algunos hombres del ala izquierda del socialismo, inspirados por su instinto revolucionario, propugnaron un entendimiento con D'Annunzio. Pero la burocracia del socialismo y de los sindicatos rechazó y excomulgó esta proposición herética, declarando a D'Annunzio un diletante aventurero. La heterodoxia y el individualismo del poeta repugnaban a su sentimiento revolucionario. D'Annunzio, privado de toda cooperación doctrinaria, dio a Fiume una constitución retórica. Una constitución de tono épico que es, sin duda, uno de los más curiosos documentos de la literatura política de estos tiempos. En la portada de la Constitución del Arengo del Carnaro están escritas estas palabras: «La vida es bella y digna de ser magníficamente vivida.» Y en sus capítulos e incisos, la Constitución de Fiume asegura a los ciudadanos del Arengo del Carnaro, una asistencia próvida, generosa e infinita para su cuerpo, para su alma, para su imaginación y su músculo. En la Constitución de Fiume existen toques de comunismo. No del moderno, científico y dialéctico comunismo de Marx y de Lenin, sino del utópico y arcaico comunismo de la República de Platón, de la Ciudad del Sol de Campanella y de la Ciudad de San Rafael de John Ruskin.

Liquidada la aventura de Fiume, D'Annunzio tuvo un período de contacto y de negociaciones con algunos líderes del proletariado. En su villa de Gardone, se entrevistaron con él D'Aragona y Baldesi, secretarios de la Confederación General del Trabajo. Recibió también la visita de Chicherin, que tornaba de Génova a Rusia. Pareció entonces inminente un acuerdo de D'Annunzio con los sindicatos y con el socialismo. Eran los días en que los socialistas italianos, desvinculados de los comunistas, parecían próximos a la colaboración ministerial. Pero la dictadura fascista estaba en marcha. Y, en vez de D'Annunzio y los socialistas, conquistaron la Ciudad Eterna Mussolini y los «camisas negras».

D'Annunzio vive en buenas relaciones con el fascismo. La dictadura de los «camisas negras» flirtea con el Poeta. D'Annunzio, desde su retiro de

Gardone, la mira sin rencor y sin antipatía. Pero se mantiene esquivo y huraño a toda mancomunidad con ella. Mussolini ha auspiciado el pacto marinero redactado por el Poeta que es una especie de padrino de la gente del mar. Los trabajadores del mar se someten voluntariamente a su arbitraje y a su imperio. El poeta de «La nave» ejerce sobre ellos una autoridad patriarcal y teocrática. Vedado de legislar para la tierra, se contenta con legislar para el mar. El mar lo comprende mejor que la tierra.

Pero la historia tiene como escenario la tierra y no el mar. Y tiene como asunto central la política y no la poesía. La política que reclama de sus actores contacto constante y metódico con la realidad, con la ciencia, con la economía, con todas aquellas cosas que la megalomanía de los poetas desconoce y desdeña. En una época normal y quieta de la historia D'Annunzio no habría sido un protagonista de la política. Porque en épocas normales y quietas la política es un negocio administrativo y burocrático. Pero en esta época de neo-romanticismo, en esta época de renacimiento del Héroe, del Mito y de la Acción, la política cesa de ser oficio sistemático de la burocracia y de la ciencia. D'Annunzio, tiene, por eso, un sitio en la política contemporánea. Sólo que D'Annunzio, ondulante y arbitrario, no puede inmovilizarse dentro de una secta ni enrolarse en un bando. No es capaz de marchar con la reacción ni con la revolución. Menos aún es capaz de afiliarse a la ecléctica y sagaz zona intermedia de la democracia y de la reforma.

Y así, sin ser D'Annunzio consciente y específicamente reaccionario, la reacción es parodójica y enfáticamente d'annunziana. La reacción en Italia ha tomado del d'annunzianismo el gesto, la pose y el acento. En otros países la reacción es más sobria, más brutal, más desnuda. En Italia, país de la elocuencia y de la retórica, la reacción necesita erguirse sobre un plinto suntuosamente decorado por los frisos, los bajo relieves y las volutas de la literatura d'annunziana.

LA INTELIGENCIA Y EL ACEITE DE RICINO*

El fascismo conquistó, al mismo tiempo que el gobierno y la Ciudad Eterna, a la mayoría de los intelectuales italianos. Unos se uncieron sin reservas a su carro y a su fortuna; otros, le dieron un consenso pasivo; otros, los más prudentes, le concedieron una neutralidad benévola. La Inteligencia gusta de dejarse poseer por la Fuerza. Sobre todo cuando la fuerza es, como en el caso del fascismo, joven, osada, marcial y aventurera.

* Este artículo fue tomado de José C. Mariátegui: *La escena contemporánea*, p. 24. Ed. Amauta, Lima, 1964.

Concurrían, además, en esta adhesión de intelectuales y artistas al fascismo, causas específicamente italianas. Todos los últimos capítulos de la historia de Italia aparecen saturados de d'annunzianismo. «Los orígenes espirituales del fascismo están en la literatura de D'Annunzio.» El futurismo[11] —que fuera una faz, un episodio del fenómeno d'annunziano— es otro de los ingredientes psicológicos del fascismo. Los futuristas saludaron la guerra de Trípoli[12] como la inauguración de una nueva era para Italia. D'Annunzio fue, más tarde, el *condottiere* espiritual de la intervención de Italia en la guerra mundial. Futuristas y d'annunzianos crearon en Italia un humor megalómano, anticristiano, romántico y retórico. Predicaron a las nuevas generaciones —como lo han remarcado Adriano Tilgher y Antonio Labriola— el culto del héroe, de la violencia y de la guerra. En un pueblo como el italiano, cálido, meridional y prolífico, mal contenido y alimentado por su exiguo territorio, existía una latente tendencia a la expansión. Dichas ideas encontraron, por tanto, una atmósfera favorable. Los factores demográficos y económicos coincidían con las sugestiones literarias. La clase media, en particular, fue fácil presa del espíritu d'annunziano. (El proletariado, dirigido y controlado por el socialismo, era menos permeable a tal influencia.) Con esta literatura colaboraban la filosofía idealista de Gentile y de Croce y todas las importaciones y transformaciones del pensamiento tudesco.

Idealistas, futuristas y d'annunzianos sintieron en el fascismo una obra propia. Aceptaron su maternidad. El fascismo estaba unido a la mayoría de los intelectuales por un sensible cordón umbilical. D'Annunzio no se incorporó al fascismo, en el cual no podía ocupar una plaza de lugarteniente; pero mantuvo con él cordiales relaciones y no rechazó su amor platónico. Y los futuristas se enrolaron voluntariamente en los rangos fascistas. El más ultraísta de los diarios fascistas, *L'Impero* de Roma, está aún dirigido por Mario Carli y Emilio Settimelli, dos sobrevivientes de la experiencia futurista. Ardengo Soffici, otro ex futurista, colabora en *Il Popolo d'Italia*, el órgano de Mussolini. Los filósofos del idealismo tampoco se regatearon al fascismo. Giovanni Gentile, después de reforzar fascísticamente la enseñanza, hizo la apología idealista de la cachiporra. Finalmente, los literatos solitarios, sin escuela y sin capilla, también reclamaron un sitio en el cortejo victorioso del fascismo. Sem Benelli, uno de los mayores representantes de esa categoría literaria, demasiado cauto para vestir la «camisa negra», colaboró con los fascistas, y sin confundirse con ellos, aprobó su praxis y sus métodos. En las últimas elecciones, Sem Benelli fue uno de los candidatos conspicuos de la lista ministerial.

Pero esto acontecía en los tiempos que aún eran o parecían de plenitud y de apogeo de la gesta fascista. Desde que el fascismo empezó a declinar, los

11 Escuela moderna de arte aparecida en París en 1909. Fue su adalid en literatura Felipe T. Marinetti. *(N. del E.)*

12 Ocurrida en 1911, y con la que esta región pasó a ser posesión italiana. *(N. del E.)*

intelectuales comenzaron a rectificar su actitud. Los que guardaron silencio ante la marcha a Roma sienten hoy la necesidad de procesarla y condenarla. El fascismo ha perdido una gran parte de su clientela y de su séquito intelectuales. Las consecuencias del asesinato de Matteotti[13] han apresurado las defecciones.

Presentemente se afirma entre los intelectuales esta corriente anti-fascista. Roberto Bracco es uno de los líderes de la oposición democrática. Benedetto Croce se declara también anti-fascista, a pesar de compartir con Giovanni Gentile la responsabilidad y los laureles de la filosofía idealista. D'Annunzio, que se muestra huraño y malhumorado, ha anunciado que se retira de la vida pública y que vuelve a ser el mismo «solitario y orgulloso artista» de antes. Sem Benelli, en fin, con algunos disidentes del fascismo y del filofascismo, ha fundado la Liga Itálica con el objeto de provocar una revuelta moral contra los métodos de los «camisas negras».

Recientemente, el fascismo ha recibido la adhesión de Pirandello. Pero Pirandello es un humorista. Por otra parte, Pirandello es un pequeño burgués, provinciano y anarcoide, con mucho ingenio literario y muy poca sensibilidad política. Su actitud no puede ser nunca el síntoma de una situación. Malgrado Pirandello, es evidente que los intelectuales italianos están disgustados del fascismo. El idilio entre la inteligencia y el aceite de ricino ha terminado.

¿Cómo se ha generado esta ruptura? Conviene eliminar inmediatamente una hipótesis: la de que los intelectuales se alejan de Mussolini porque éste no ha estimado ni aprovechado más su colaboración. El fascismo suele engalanarse de retórica imperialista y disimular su carencia de principio bajo algunos lugares comunes literarios; pero más que a los artesanos de la palabra ama a los hombres de acción. Mussolini es un hombre demasiado agudo y socarrón para rodearse de literatos y profesores. Le sirve más un estado mayor de demagogos y guerrilleros, expertos en el ataque, el tumulto y la agitación. Entre la cachiporra y la retórica, elige sin dudar la cachiporra. Roberto Farinacci, uno de los líderes actuales del fascismo, el principal actor de su última asamblea nacional, no es sólo un descomunal enemigo de la libertad y la democracia sino también de la gramática. Pero estas cosas no son bastantes para desolar a los intelectuales. En verdad, ni los intelectuales esperaron nunca que Mussolini convirtiese su gobierno en una academia bizantina, ni la prosa fascista fue antes más gramatical que ahora. Tampoco pasa que a los literatos, filósofos y artistas, a la *Artecracia* como la llama Marinetti, le horroricen demasiado la truculencia y la brutalidad de la gesta de los «camisas negras». Durante tres años las han sufrido sin queja y sin repulsa.

El nuevo orientamiento de la inteligencia italiana es una señal, un indicio de un fenómeno más hondo. No es para el fascismo un hecho grave

[13] Giacomo Matteotti: (1885-1924), parlamentario italiano asesinado por el fascismo. *(N. del E.)*

en sí, sino como parte de un hecho mayor. La pérdida o la adquisición de algunos poetas, como Sem Benelli, carece de importancia tanto para la Reacción como para la Revolución. La inteligencia, la artecracia, no han reaccionado contra el fascismo antes que las categorías sociales, dentro de las cuales están incrustadas, sino después de éstas. No son los intelectuales los que cambian de actitud ante el fascismo. Es la burguesía, la banca, la prensa, etcétera, etcétera, la misma gente y las mismas instituciones cuyo consenso permitieron hace tres años la marcha a Roma. La inteligencia es esencialmente oportunista. El rol de los intelectuales en la historia resulta, en realidad, muy modesto. Ni el arte ni la literatura, a pesar de su megalomanía, dirigen la política; dependen de ella, como otras tantas actividades menos exquisitas y menos ilustres. Los intelectuales forman la clientela del orden, de la tradición, del poder, de la fuerza, etc., y, en caso necesario, de la cachiporra y del aceite de ricino. Algunos espíritus superiores, algunas mentalidades creadoras escapan a esta regla; pero son espíritus y mentalidades de excepción. Gente de clase media, los artistas y los literatos no tienen generalmente ni aptitud ni *elan*[14] revolucionarios. Los que actualmente osan insurgir contra el fascismo son totalmente inofensivos. La Liga Itálica de Sem Benelli, por ejemplo, no quiere ser un partido, ni pretende casi hacer política. Se define a sí misma como «un vínculo sacro para desenvolver su sacro programa: por el Bien y el Derecho de la Nación Itálica: por el Bien y el Derecho del hombre itálico». Este programa puede ser muy sacro, como dice Sem Benelli; pero es, además, muy vago, muy gaseoso, muy cándido. Sem Benelli, con esa nostalgia del pasado y ese gusto de las frases arcaicas, tan propios de los poetas mediocres de hoy, va por los caminos de Italia diciendo como un gran poeta de ayer: *¡Pace, pace, pace!*[15] Su impotente consejo llega con mucho retardo.

MARINETTI Y EL FUTURISMO*

El futurismo no es —como el cubismo, el expresionismo y el dadaísmo— únicamente una escuela o una tendencia de arte de vanguardia. Es, sobre todo, una cosa peculiar de la vida italiana. El futurismo no ha producido, como el cubismo, el expresionismo y el dadaísmo, un concepto o una forma definida o peculiar de creación artística. Ha adoptado, parcial o totalmente,

[14] Mariátegui emplea este vocablo en el sentido de vuelo —de la imaginación—, entusiasmo, impulso. *(N. del E.)*

[15] ¡Paz, paz, paz! *(N. del E.)*

* Este artículo fue tomado de J. C. Mariátegui: *La escena contemporánea*, p. 185. Ed. Amauta, Lima, 1964.

conceptos o formas de movimientos afines. Más que un esfuerzo de edificación de un arte nuevo ha representado un esfuerzo de destrucción del arte viejo. Pero ha aspirado a ser no sólo un movimiento de renovación artística sino también un movimiento de renovación política. Ha intentado casi ser una filosofía. Y, en este aspecto, ha tenido raíces espirituales que se confunden o enlazan con las de otros fenómenos de la historia contemporánea de Italia.

Hace quince años del bautizo del futurismo. En febrero de 1908, Marinetti y otros artistas suscribieron y publicaron en París el primer manifiesto futurista. El futurismo aspiraba a ser un movimiento internacional. Nacía, por eso, en París. Pero estaba destinado a adquirir, poco a poco, una fisonomía y una esencia fundamentalmente italianas. Su *duce*, su animador, su caudillo, era un artista de temperamento italianísimo: Marinetti, ejemplar típico de latino, de italiano, de meridional. Marinetti recorrió casi toda Europa. Dio conferencias en París, en Londres, en Petrogrado. El futurismo, sin embargo, no llegó a aclimatarse duradera y vitalmente sino en Italia. Hubo un instante en que en los rangos del futurismo militaron los más sustanciosos artistas de la Italia actual: Papini, Govoni, Palazeschi, Folgore y otros. El futurismo era entonces un impetuoso y complejo afán de renovación.

Sus líderes quisieron que el futurismo se convirtiese en una doctrina, en un dogma. Los sucesivos manifiestos futuristas tendieron a definir esta doctrina, este dogma. En abril de 1909 apareció el famoso manifiesto contra el claro de luna. En abril de 1910 el manifiesto técnico de la pintura futurista, suscrito por Boccioni, Carrá, Russolo, Balla, Severini, y el manifiesto contra Venecia pasadista. En enero de 1911 el manifiesto de la mujer futurista por Valentine de Saint Point. En abril de 1912 el manifiesto de la escultura futurista por Boccioni. En mayo el manifiesto de la literatura futurista por Marinetti. En pintura, los futuristas plantearon esta cuestión: que el movimiento y la luz destruyen la materialidad de los cuerpos. En música, iniciaron la tendencia a interpretar el alma musical de las muchedumbres, de las fábricas, de los trenes, de los trasatlánticos. En literatura, inventaron las *palabras en libertad*. Las *palabras en libertad* son una literatura sin sintaxis y sin coherencia. Marinetti la definió como una obra de «imaginación sin hilos».

En octubre de 1913 los futuristas pasaron del arte a la política. Publicaron un programa político que no era, como los programas anteriores, un programa internacional sino un programa italiano. Este programa propugnaba una política extranjera «agresiva, astuta, cínica». En el orden exterior, el futurismo se declaraba imperialista, conquistador, guerrero. Aspiraba a una anacrónica restauración de la Roma Imperial. En el orden interno, se declaraba antisocialista y anticlerical. Su programa, en suma, no era revolucionario sino reaccionario. No era futurista, sino pasadista. Concepción de literatos, se inspiraba sólo en razones estéticas.

Vinieron, luego, el manifiesto de la arquitectura futurista y el manifiesto del teatro sintético futurista. El futurismo completó así su programa ómnibus. No fue ya una tendencia sino un haz, un fajo de tendencias. Marinetti daba a todas estas tendencias un alma y una literatura comunes. Era Marinetti en esa época uno de los personajes más interesantes y originales del mundo occidental. Alguien lo llamó «la cafeína de Europa».

Marinetti fue en Italia uno de los más activos agentes bélicos. La literatura futurista aclamaba la guerra como la «única higiene del mundo». Los futuristas excitaron a Italia a la conquista de Tripolitania. Soldado de esa empresa bélica, Marinetti extrajo de ella varios motivos y ritmos para sus poemas y sus libros. *Mafarka* por ejemplo, es una novela de ostensible y cálida inspiración africana. Más tarde, Marinetti y sus secuaces se contaron entre los mayores agitadores del ataque a Austria.

La guerra dio a los futuristas una ocupación adecuada a sus gustos y aptitudes. La paz, en cambio, les fue hostil. Los sufrimientos de la guerra generaron una explosión de pacifismo. La tendencia imperialista y guerrera declinó en Italia. El Partido socialista y el Partido Católico ganaron las elecciones e influyeron acentuadamente en los rumbos del poder. Al mismo tiempo inmigraron a Italia nuevos conceptos y formas artísticas francesas, alemanas, rusas. El futurismo cesó de monopolizar el arte de vanguardia. Carrá y otros divulgaron en la revista *Valori Plastici* las novísimas corrientes del arte ruso y del arte alemán. Evolá fundó en Roma una capilla dadaísta. La casa de arte Bragaglia y su revista *Cronache di Attualitá*, alojaron las más selectas expresiones del arte europeo de vanguardia. Marinetti, nerviosamente dinámico, no desapareció ni un minuto de la escena. Organizó con uno de sus tenientes, el poeta Cangiullo, una temporada de teatro futurista. Disertó en París y en Roma sobre el tactilismo. Y no olvidó la política. El bolchevismo era la novedad del instante. Marinetti escribió *Más allá del comunismo*. Sostuvo que la ideología futurista marchaba adelante de la ideología comunista. Y se adhirió al movimiento fascista.

El futurismo resulta uno de los ingredientes espirituales e históricos del fascismo. A propósito de D'Annunzio, dijo que el fascismo es d'annunziano. El futurismo a su vez es una faz del d'annunzianismo. Mejor dicho d'annunzianismo y marinettismo son aspectos solidarios del mismo fenómeno. Nada importa que D'Annunzio se presente como un enamorado de la forma clásica y Marinetti como su destructor. El temperamento de Marinetti es como el temperamento de D'Annunzio, un temperamento pagano, esteticista, aristocrático, individualista. El paganismo de D'Annunzio se exaspera y extrema en Marinetti. Marinetti ha sido en Italia uno de los más sañudos adversarios del pensamiento cristiano. Antonio Labriola considera acertadamente a Marinetti como uno de los forjadores psicológicos del fascismo. Recuerda que Marinetti ha predicado a la juventud italiana el culto de la violencia, el desprecio de los sentimientos humanitarios, la adhesión a la guerra, etc.

Y el ambiente fascista, por eso, ha propiciado un retoñamiento del futurismo. La secta futurista se encuentra aún en plena actividad. Marinetti

vuelve a sonar bulliciosamente en Italia con motivo de su libro sobre *Futurismo y Fascismo*. En un escrito de este libro, publicado ya en su revista *Noi*, reafirma su filiación nietzschana y romántica. Preconiza el advenimiento pagano de una artecracia. Sueña con una sociedad organizada y regida por artistas, en vez de esta sociedad organizada y regida por políticos. Opone a la idea colectivista de la Igualdad la idea individualista de la Desigualdad. Arremete contra la Justicia, la Fraternidad, la Democracia.

Pero políticamente el futurismo ha sido absorbido por el fascismo. Dos escritores futuristas, Settimelli y Carli, dirigen en Roma el diario *L'Impero*, extremistamente reaccionario y fascista. Settimelli dice en un artículo de *L'Impero* que «la monarquía absoluta es el régimen más perfecto». El futurismo ha renegado, sobre todo, sus antecedentes anticlericales e iconoclastas. Antes, el futurismo quería extirpar de Italia los museos y el Vaticano. Ahora, los compromisos del fascismo lo han hecho desistir de este anhelo. El Fascismo se ha mancomunado con la Monarquía y con la Iglesia. Todas las fuerzas tradicionalistas, todas las fuerzas del pasado, tienden necesaria e históricamente a confluir y juntarse. El futurismo se torna, así, paradójicamente pasadista. Bajo el gobierno de Mussolini y los camisas negras, su símbolo es el *fascio littorio* de la Roma Imperial.

LUNACHARSKI*

La figura y la obra del Comisario de Instrucción Pública de los Soviets se han impuesto, en todo el mundo occidental, a la consideración de la propia burguesía. La revolución rusa fue declarada, en su primera hora, una amenaza para la Civilización. El bolchevismo descrito como una horda bárbara y asiática, creaba fatalmente, según el coro innumerable de sus detractores, una atmósfera irrespirable para el Arte y la Ciencia. Se formulaban los más lúgubres augurios sobre el porvenir de la cultura rusa. Todas estas conjeturas, todas estas aprensiones, están ya liquidadas. La obra más sólida, tal vez, de la revolución rusa, es precisamente la obra realizada en el terreno de la instrucción pública. Muchos hombres de estudio europeos y americanos, que han visitado Rusia, han reconocido la realidad de esta obra. La revolución rusa, dice Herriot en su libro *La Russie Nouvelle*,[16] tiene el culto de la ciencia. Otros testimonios de intelectuales igualmente distantes del comunismo coinciden con el del estadista francés. Wellsc clasifica a Lunacharski entre los mayores espíritus constructivos de la Rusia nueva. Lunacharski,

* Este artículo fue tomado de J. C. Mariátegui: *La escena contemporánea*, p. 196. Ed. Amauta, Lima, 1964.

16 Ver *La Rusia Nueva*, traducción al castellano. *(N. del E.)*

ignorado por el mundo hasta hace siete años, es actualmente un personaje de relieve mundial.

La cultura rusa, en los tiempos del zarismo, estaba acaparada por una pequeña *élite*.[17] El pueblo sufría no sólo una gran miseria física sino también una gran miseria intelectual. Las proporciones del analfabetismo eran aterradoras. En Petrogrado el censo de 1910 acusaba un 31% de analfabetos y un 49% de semi-analfabetos. Poco importaba que la nobleza se regalase con todos los refinamientos de la moda y el arte occidentales, ni que en la universidad se debatiese todas las grandes ideas contemporáneas. El mujik, el obrero, la muchedumbre, eran extraños a esta cultura.

La revolución dio a Lunacharski el encargo de echar las bases de una cultura proletaria. Los materiales disponibles para esta obra gigantesca, no podían ser más exiguos. Los soviets tenían que gastar la mayor parte de sus energías materiales y espirituales en la defensa de la revolución, atacada en todos los frentes por las fuerzas reaccionarias. Los problemas de la reorganización económica de Rusia debían ocupar la acción del bolchevismo. Lunacharski contaba con pocos auxiliares. Los hombres de ciencia y de letras casi todos los elementos técnicos e intelectuales de la burguesía saboteaban los esfuerzos de la revolución. Faltaban maestros para las nuevas y antiguas escuelas. Finalmente, los episodios de violencia y de terror de la lucha revolucionaria mantenían en Rusia una tensión guerrera hostil a todo trabajo de reconstrucción cultural. Lunacharski asumió, sin embargo, la ardua faena. Las primeras jornadas fueron demasiado duras y desalentadoras. Parecía imposible salvar todas las reliquias del arte ruso. Este peligro desesperaba a Lunacharski. Y, cuando circuló en Petrogrado la noticia de que las iglesias del Kremlin y la catedral de San Basilio habían sido bombardeadas y destruidas por las tropas de la revolución, Lunacharski se sintió sin fuerzas para continuar luchando en medio de la tormenta. Descorazonado, renunció a su cargo. Pero, afortunadamente, la noticia resultó falsa. Lunacharski obtuvo la seguridad de que los hombres de la revolución lo ayudarían con toda su autoridad en su empresa. La fe no volvió a abandonarlo.

El patrimonio artístico de Rusia ha sido íntegramente salvado. No se ha perdido ninguna obra de arte. Los museos públicos se han enriquecido con los cuadros, las estatuas y reliquias de colecciones privadas. Las obras de arte, monopolizadas antes por la aristocracia y la burguesía rusas, en sus palacios y en sus mansiones, se exhiben ahora en las galerías del Estado. Antes eran un lujo egoísta de la casta dominante; ahora son un elemento de educación artística del pueblo.

Lunacharski, en este como en otros campos, trabaja por aproximar el arte a la muchedumbre. Con este fin ha fundado, por ejemplo, el *Proletcult*, comité de cultura proletaria, que organiza el teatro del pueblo. El *Proletcult*, vastamente difundido en Rusia, tiene en las principales ciudades una acti-

17 Entiéndase aquí: lo mejor, lo más distinguido. *(N. del E.)*

vidad fecunda. Colaboran en el *Proletcult,* obreros, artistas y estudiantes fuertemente poseídos del afán de crear un arte revolucionario. En las salas de la sede de Moscú se discuten todos los tópicos de esta cuestión. Se teoriza ahí bizarra y arbitrariamente sobre el arte y la revolución. Los estadistas de la Rusia nueva no comparten las ilusiones de los artistas de vanguardia. No creen que la sociedad o la cultura proletarias puedan producir ya un arte propio. El arte, piensan, es un síntoma de plenitud de un orden social. Mas este concepto no disminuye su interés por ayudar y estimular el trabajo impaciente de los artistas jóvenes. Los ensayos, las búsquedas de los cubistas, los expresionistas y los futuristas de todos los matices, han encontrado en el gobierno de los soviets una acogida benévola. No significa, sin embargo, este favor, una adhesión a la tesis de la inspiración revolucionaria del futurismo. Trotski y Lunacharski, autores de autorizadas y penetrantes críticas sobre las relaciones del arte y la revolución, se han guardado mucho de amparar esa tesis. «El futurismo —escribe Lunacharski— es la continuación del arte burgués con ciertas actitudes revolucionarias. El proletariado cultivará también el arte del pasado, partiendo tal vez directamente del Renacimiento, y lo llevará adelante más lejos y más alto que todos los futuristas y en una dirección absolutamente diferente.» Pero las manifestaciones del arte de vanguardia, en sus máximos estilos, no son en ninguna parte tan estimadas y valorizadas como en Rusia. El sumo poeta de la Revolución, Mayakovski, procede de la escuela futurista.

Más fecunda, más creadora aún es la labor de Lunacharski en la escuela. Esta labor se abre paso a través de obstáculos a primera vista insuperables: la insuficiencia del presupuesto de instrucción pública, la pobreza del material escolar, la falta de maestros. Los soviets, a pesar de todo, sostienen un número de escuelas varias veces mayor del que sostenía el régimen zarista. En 1917 las escuelas llegaban a 38 000. En 1919 pasaban de 62 000. Posteriormente, muchas nuevas escuelas han sido abiertas. El Estado comunista se proponía dar a sus escolares alojamiento, alimentación y vestido. La limitación de sus recursos no le ha consentido cumplir íntegramente esta parte de su programa. Setecientos mil niños habitan, sin embargo, a sus expensas, las escuelas-asilos. Muchos lujosos hoteles, muchas mansiones solariegas, están transformadas en colegio o en casas de salud para niños. El niño, según una exacta observación del economista francés Charles Gide, es en Rusia el usufructuario, el *profiteur*[18] de la revolución. Para los revolucionarios rusos el niño representa realmente la humanidad nueva.

En una conversación con Herriot, Lunacharski ha trazado así los rasgos esenciales de su política educacional: «Ante todo, hemos creado la escuela única. Todos nuestros niños deben pasar por la escuela elemental donde la enseñanza dura cuatro años. Los mejores, reclutados según el mérito, en la proporción de uno sobre seis, siguen luego el segundo ciclo durante cinco años. Después de estos nueve años de estudios, entrarán en la Universidad.

18 Beneficiario. *(N. del E.)*

Esta es la vía normal. Pero, para conformarnos a nuestro programa proletario, hemos querido conducir directamente a los obreros a la enseñanza superior. Para arribar a este resultado, hacemos una selección en las usinas entre trabajadores de 18 a 30 años. El Estado aloja y alimenta a estos grandes alumnos. Cada Universidad posee su facultad obrera. Treinta mil estudiantes de esta clase han seguido ya una enseñanza que les permite estudiar para ingenieros o médicos. Queremos reclutar ocho mil por año, mantener durante tres años a estos hombres en la facultad obrera, enviarlos después a la Universidad misma.» Herriot declara que este optimismo es justificado. Un investigador alemán ha visitado las facultades obreras y ha constatado que sus estudiantes se mostraban hostiles a la vez al diletantismo y al dogmatismo. «Nuestras escuelas —continúa Lunacharski— son mixtas. Al principio la coexistencia de los dos sexos ha asustado a los maestros y provocado incidentes. Hemos tenido algunas novelas molestas. Hoy, todo ha entrado en orden. Si se habitúa a los niños de ambos sexos a vivir juntos desde la infancia, no hay que temer nada inconveniente cuando son adolescentes. Mixta, nuestra escuela es también laica. La disciplina misma ha sido cambiada: queremos que los niños sean educados en una atmósfera de amor. Hemos ensayado además algunas creaciones de un orden más especial. La primera es la universidad destinada a formar funcionarios de los jóvenes que nos son designados por los soviets de provincia. Los cursos duran uno o tres años. De otra parte, hemos creado la Universidad de los pueblos de Oriente que tendrá, a nuestro juicio, una enorme influencia política. Esta Universidad ha recibido ya un millar de jóvenes venidos de la India, de la China, del Japón, de Persia. Preparamos así nuestros misioneros.»

El Comisario de Instrucción Pública de los Soviets es un brillante tipo de hombre de letras. Moderno, inquieto, humano, todos los aspectos de la vida lo apasionan y le interesan. Nutrido de cultura occidental, conoce profundamente las diversas literaturas europeas. Pasa de un ensayo sobre Shakespeare a otro sobre Mayakovski. Su cultura literaria es, al mismo tiempo, muy antigua y muy moderna. Tiene Lunacharski una compresión ágil del pasado, del presente y del futuro. Y no es un revolucionario de la última sino de la primera hora. Sabe que la creación de nuevas formas sociales es una obra política y no una obra literaria. Se siente, por eso, político antes que literato. Hombre de su tiempo, no quiere ser un espectador de la revolución; quiere ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir o comentar la historia; aspira a hacerla. Su biografía acusa en él una contextura espiritual de personaje histórico.

Se enroló Lunacharski, desde su juventud, en las filas del socialismo. El cisma del socialismo ruso lo encontró entre los bolcheviques, contra los mencheviques. Como a otros revolucionarios rusos, le tocó hacer vida de emigrado. En 1907 se vio forzado a dejar Rusia. Durante el proceso de definición del bolchevismo, su adhesión a una fracción secesionista, lo alejó temporalmente de su partido; pero su recta orientación revolucionaria lo condujo pronto al lado de sus camaradas. Dividió su tiempo, equitativamente,

entre la política y las letras. Una página de Romain Rolland nos lo señala en Ginebra, en enero de 1917, dando una conferencia sobre la vida y la obra de Máximo Gorki. Poco después, debía empezar el más interesante capítulo de su biografía: su labor de Comisario de Instrucción Pública de los Soviets.

Anatoli Lunacharski, en este capítulo de su biografía, aparece como uno de los más altos animadores y conductores de la revolución rusa. Quien más profunda y definitivamente está revolucionando a Rusia es Lunacharski. La coerción de las necesidades económicas puede modificar o debilitar, en el terreno de la economía o de la política, la aplicación de la doctrina comunista. Pero la supervivencia o la resurrección de algunas formas capitalistas no comprometerá, en ningún caso, mientras sus gestores conserven en Rusia el poder político, el porvenir de la revolución. La escuela, la universidad de Lunacharski están modelando, poco a poco, una humanidad nueva. En la escuela, en la universidad de Lunacharski se está incubando el porvenir.

ARTE, REVOLUCIÓN Y DECADENCIA*

Conviene apresurar la liquidación de un equívoco que desorienta a algunos artistas jóvenes. Hace falta establecer, rectificando ciertas definiciones presurosas, que no todo el arte nuevo es revolucionario, ni es tampoco verdaderamente nuevo. En el mundo contemporáneo coexisten dos almas, las de la revolución y la decadencia. Sólo la presencia de la primera confiere a un poema o un cuadro valor de arte nuevo.

No podemos aceptar como nuevo un arte que no nos trae sino una nueva técnica. Eso sería recrearse en el más falaz de los espejismos actuales. Ninguna estética puede rebajar el trabajo artístico a una cuestión de técnica. La técnica nueva debe corresponder a un espíritu nuevo también. Si no, lo único que cambia es el paramento, el decorado. Y una revolución artística no se contenta de conquistas formales.

La distinción entre las dos categorías coetáneas de artistas no es fácil. La decadencia y la revolución, así como coexisten en el mismo mundo, coexisten también en los mismos individuos. La conciencia del artista es el circo agonal de una lucha entre los dos espíritus. La comprensión de esta lucha, a veces, casi siempre, escapa al propio artista. Pero finalmente uno de los dos espíritus prevalece. El otro queda estrangulado en la arena.

La decadencia de la civilización capitalista se refleja en la atomización, en la disolución de su arte. El arte, en esta crisis, ha perdido ante todo su unidad esencial. Cada uno de sus principios, cada uno de sus elementos

* *Amauta*, no. 3, pp. 3, 4. Lima, noviembre de 1926.

ha reivindicado su autonomía. Secesión es su término más característico. Las escuelas se multiplican hasta lo infinito porque no operan sino fuerzas centrífugas.

Pero esta anarquía, en la cual muere, irreparablemente escindido y disgregado el espíritu del arte burgués, preludia y prepara un orden nuevo. Es la transición del tramonto al alba. En esta crisis se elaboran dispersamente los elementos del arte del porvenir. El cubismo, el dadaísmo, el expresionismo, etc., al mismo tiempo que acusan una crisis, anuncian una reconstrucción. Aisladamente cada movimiento no trae una fórmula; pero todos concurren —aportando un elemento, un valor, un principio—, a su elaboración.

El sentido revolucionario de las escuelas o tendencias contemporáneas no está en la creación de una técnica nueva. No está tampoco en la destrucción de la técnica vieja. Está en el repudio, en el desahucio, en la befa del absoluto burgués. El arte se nutre siempre, conscientemente o no —esto es lo de menos—, del absoluto de su época. El artista contemporáneo, en la mayoría de los casos, lleva vacía el alma. La literatura de la decadencia es una literatura sin absoluto. Pero así, sólo se puede hacer unos cuantos pasos. El hombre no puede marchar sin una fe, porque no tener una fe es no tener una meta. Marchar sin una fe es *patiner sur place*.[19] El artista que más exasperadamente escéptico y nihilista se confiesa es, generalmente, el que tiene más desesperada necesidad de un mito.

Los futuristas rusos se han adherido al comunismo: los futuristas italianos se han adherido al fascismo. ¿Se quiere mejor demostración histórica de que los artistas no pueden sustraerse a la gravitación política? Massimo Bontempelli dice que en 1920 se sintió casi comunista y en 1923, el año de la marcha a Roma, se sintió casi fascista. Ahora parece fascista del todo. Muchos se han burlado de Bontempelli por esta confesión. Yo lo defiendo: lo encuentro sincero. El alma vacía del pobre Bontempelli tenía que adoptar y aceptar el Mito que colocó en su ara Mussolini. (Los vanguardistas italianos están convencidos de que el fascismo es la Revolución.)

Vicente Huidobro pretende que el arte es independiente de la política. Esta aserción es tan antigua y caduca en sus razones y motivos que yo no la concebiría en un poeta ultraísta, si creyese a los poetas ultraístas en grado de discurrir sobre política, economía y religión. Si política es para Huidobro, exclusivamente, la del *Palais Bourbon*,[20] claro está que podemos reconocerle a su arte toda la autonomía que quiera. Pero el caso es que la política, para los que la sentimos elevada a la categoría de una religión, como dice Unamuno, es la trama misma de la Historia. En las épocas clásicas, o de plenitud de un orden, la política puede ser sólo administración y parlamento; en las épocas románticas o de crisis de un orden, la política ocupa el primer plano de la vida.

19 En español diríamos «patinar en seco», esto es, sin moverse del lugar. *(N. del E.)*

20 Hasta 1958 ocupó este palacio la Cámara de Diputados de Francia. En la actualidad es sede de la Asamblea Nacional. *(N. del E.)*

Así lo proclaman, con su conducta, Louis Aragon, André Breton y sus compañeros de *La Revolución suprarrealista* —los mejores espíritus de la vanguardia francesa— marchando hacia el comunismo. Drieu La Rochelle, que cuando escribió *Mesure de la France* y *Plainte contre inconnu*, estaba tan cerca de ese estado de ánimo, no ha podido seguirlos; pero, como tampoco ha podido escapar a la política, se ha declarado vagamente fascista y claramente reaccionario.

Ortega y Gasset es responsable, en el mundo hispano, de una parte de este equívoco sobre el arte nuevo. Su mirada así como no distinguió escuelas ni tendencias, no distinguió, al menos en el arte moderno, los elementos de revolución de los elementos de decadencia. El autor de la *Deshumanización del arte* no nos dio una definición del arte nuevo. Pero tomó como rasgos de una revolución los que corresponden típicamente a una decadencia. Esto lo condujo a pretender, entre otras cosas, que «la nueva inspiración es siempre, indefectiblemente, cósmica». Su cuadro sintomatológico, en general, es justo, pero su diagnóstico es incompleto y equivocado.

No basta el procedimiento. No basta la técnica. Paul Morand, a pesar de sus imágenes y de su modernidad, es un producto de decadencia. Se respira en su literatura una atmósfera de disolución. Jean Cocteau, después de haber coqueteado un tiempo con el dadaísmo, nos sale ahora con su *Rappel à l'ordre.*

Conviene esclarecer la cuestión, hasta desvanecer el último equívoco. La empresa es difícil. Cuesta trabajo entenderse sobre muchos puntos. Es frecuente la presencia de reflejos de la decadencia en el arte de vanguardia, hasta cuando, superando el subjetivismo, que a veces lo enferma, se propone metas realmente revolucionarias. Hidalgo, ubicando a Lenin, en un poema de varias dimensiones, dice que los «senos salomé» y la «peluca a la *garçonne*»[24] son los primeros pasos hacia la socialización de la mujer. Y de esto no hay que sorprenderse. Existen poetas que creen que el *jazz-band* es un heraldo de la revolución.

Por fortuna quedan en el mundo artistas como Bernard Shaw, capaces de comprender que el «arte no ha sido nunca grande, cuando no ha facilitado una iconografía para una religión viva; y nunca ha sido completamente despreciable, sino cuando ha imitado la iconografía, después de que la religión se había vuelto una superstición». Este último camino parece ser el que varios artistas nuevos han tomado en la literatura francesa y en otras. El porvenir se reirá de la bienaventurada estupidez con que algunos críticos de su tiempo los llamaron «nuevos» y hasta «revolucionarios».

21 Estilo de pelado que llevó la mujer por los años veinte y que imitaba el corte masculino. *(N. del E.)*

LA REALIDAD Y LA FICCIÓN*

La fantasía recupera sus fueros y sus posiciones en la literatura occidental. Oscar Wilde resulta un maestro de la estética contemporánea. Su actual magisterio no depende de su obra ni de su vida sino de su concepción de las cosas y del arte. Vivimos en una época propicia a sus paradojas. Wilde afirmaba que la bruma de Londres había sido inventada por la pintura. No es cierto, decía, que el arte copia a la Naturaleza. Es la Naturaleza la que copia al arte. Massimo Bontempelli, en nuestros días, extrema esta tesis. Según una bizarra teoría bontempelliana, sacada de una meditación de verano en una aldea de montaña, la tierra en su primera edad era casi exclusivamente mineral. No existían sino el hombre y la piedra. El hombre se alimentaba de sustancias minerales. Pero su imaginación descubrió los otros dos reinos de la naturaleza. Los árboles, los animales fueron imaginados por los artistas. Seres y plantas, después de haber existido idealmente en el arte, empezaron a existir realmente en la naturaleza. Amueblado así el planeta, la imaginación del hombre creó nuevas cosas. Aparecieron las máquinas. Nació la civilización mecánica. La tierra fue electrificada y mecanizada. Mas, después de que el maquinismo hubo alcanzado su plenitud, el proceso se repitió a la inversa. Minerales, vegetales, máquinas, etc., fueron reabsorbidos por la naturaleza. La tierra se petrificó, se mineralizó gradualmente hasta volver a su primitivo estado. Esta evolución se ha cumplido muchas veces. Hoy el mundo está una vez más en su período de mecánica y de maquinismo.

Bontempelli es uno de los literatos más en boga de la Italia contemporánea. Hace algunos años, cuando en la literatura italiana dominaba el verismo, su libro habría tenido una suerte distinta. Bontempelli, que en sus comienzos fue más o menos clasicista, no los habría escrito. Hoy es un pirandelliano; ayer habría sido un d'annunziano.

¿Un d'annunziano? ¿Pero en D'Annunzio no encontramos también más ficción que realismo? La fantasía de D'Annunzio está más en lo externo que en lo interno de sus obras. D'Annunzio vestía fantástica, bizantinamente sus novelas; pero el esqueleto de éstas no se diferenciaba mucho de las novelas naturalistas. D'Annunzio trataba de ser aristocrático; pero no se atrevía a ser inverosímil. Pirandello, en cambio, en una novela desnuda de decorado, sencilla de forma, como *El difunto Matías Pascal,* presentó un caso que la crítica tachó en seguida de extraordinario e inverosímil, pero que, años después, la vida reprodujo fielmente.

El realismo nos alejaba en la literatura de la realidad. La experiencia realista no nos ha servido sino para demostrarnos que sólo podemos encontrar

* *Perricholi.* Lima, 25 de marzo de 1926.

la realidad por los caminos de la fantasía. Y esto ha producido el suprarrealismo que no es sólo una escuela o un movimiento de la literatura francesa sino una tendencia, una vía de la literatura mundial. Suprarrealista es el italiano Pirandello. Suprarrealista es el norteamericano Waldo Frank, suprarrealista es el rumano Panait Istrati. Suprarrealista es el ruso Boris Pilniak. Nada importa que trabajen fuera y lejos del manípulo suprarrealista que acaudillan, en París, Aragon, Breton, Éluard y Soupault.

Pero la ficción no es libre. Más que descubrirnos lo maravilloso, parece destinada a revelarnos lo real. La fantasía, cuando no nos acerca a la realidad, nos sirve bien poco. Los filósofos se valen de conceptos falsos para arribar a la verdad. Los literatos usan la ficción con el mismo objeto. La fantasía no tiene valor sino cuando crea algo real. Ésta es su limitación. Éste es su drama.

La muerte del viejo realismo no ha perjudicado absolutamente el conocimiento de la realidad. Por el contrario, lo ha facilitado. Nos ha liberado de dogmas y de prejuicios que lo estrechan. En lo *inverosímil* hay a veces más verdad, más humanidad que en lo *verosímil*. En el abismo del alma humana cala más hondo una farsa inverosímil de Pirandello que una comedia verosímil del señor Capus. Y *El estupendo cornudo* del genial Fernando Crommelynk vale, ciertamente, más que todo el mediocre teatro francés de adulterios y divorcios a que pertenecen *El adversario* y *Ña Falena*.

El prejuicio de lo verosímil aparece hoy como uno de los que más han estorbado al arte. Los artistas de espíritu más moderado se revelan violentamente contra él. «La vida —escribe Pirandello— para todas las descaradas absurdidades, pequeñas y grandes, de que está bellamente llena, tiene el inestimable privilegio de poder prescindir de aquella verosimilitud a la cual el arte se ve obligado a obedecer. Las absurdidades de la vida tienen necesidad de parecer verosímiles porque son verdaderas. Al contrario de las del arte que para parecer verdaderas tienen necesidad de ser verosímiles.»

Liberados de esta traba, los artistas pueden lanzarse a la conquista de nuevos horizontes. Se escribe, en nuestros días, obras que, sin esta libertad, no serían posibles. La *Jeanne d'Arc* de Joseph Deltiel, por ejemplo. En esta novela, Delteil nos presenta a la doncella de Domremy dialogando, ingenua y naturalmente, como con dos muchachas de la campiña, con Santa Catalina y Santa Margarita. El milagro es narrado con la misma sencillez, con el mismo candor que en la fábula de los niños. Lo inverosímil de esta novela no pretende ser verosímil. Y es, así, admitiendo el milagro —esto es lo maravilloso—, cómo nos aproximamos más a la verdad sobre la Doncella. El libro de Joseph Delteil nos ofrece una imagen más verídica y viviente de Juana de Arco que el libro de Anatole France.

De este nuevo concepto de lo real extrae la literatura moderna una de sus mejores energías. Lo que la anarquiza no es la fantasía en sí misma. Es esa exasperación del individuo y del subjetivismo que constituye uno de los síntomas de la crisis de la civilización occidental. La raíz de su mal no hay

que buscarla en su exceso de ficciones, sino en la falta de una gran ficción que pueda ser su mito y su estrella.

PRESENTACIÓN DE *AMAUTA**

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa, más bien, un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los fautores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de estos elementos progresan gradualmente. El movimiento —intelectual y espiritual— adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de *Amauta* entra en una fase de definición.

Amauta ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años, esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

El primer resultado que los escritores de *Amauta* nos proponemos obtener es el de acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. *Amauta* cribará a los hombres de la vanguardia —militantes y simpatizantes— hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que *Amauta* no es una tribuna libre, abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas: En el prólogo de mi libro *La escena contemporánea*, escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de

* Editorial de *Amauta*, año I, no. 1. Lima, septiembre de 1926.

esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce idelogía alguna.

Para presentar *Amauta*, están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir con espíritu. *Amauta* por otra parte no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la Raza, no refleja sino nuestro homenaje al Inkaismo. Pero específicamente la palabra «Amauta» adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vinculará a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

Nada más agregaré. Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta de que al Perú le nace en este momento una revista histórica.

ANIVERSARIO Y BALANCE*

Amauta llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno —«revista que envejece, degenera»— habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeñoburgués y demagógico.)

* Editorial de *Amauta*, año II, no. 17. Lima, septiembre de 1928.

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional. Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y de una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la «nueva generación», de la «vanguardia», de las «izquierdas». Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

«Nueva generación», «nuevo espíritu», «nueva sensibilidad», todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: «vanguardia», «izquierda», «renovación». Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: «anti-imperialista», «agrarista», «nacionalista-revolucionaria». El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o íbera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asig-

nados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indo-americana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específico ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo-América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la inkaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a las síntesis, a las transacciones, que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo más a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso por «la trahison des clercs». Confesamos, sin escrúpulos, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

ESQUEMA DE UNA EXPLICACIÓN DE CHAPLIN*

El tema Chaplin me parece, dentro de cualquier explicación de nuestra época, no menos considerable que el tema Lloyd George o el tema Mac Donald (si le buscamos equivalentes en sólo la Gran Bretaña). Muchos han encontrado excesiva la aserción de Henri Poulaille de que *The Gold Rush* («En pos del oro», «La Quimera del oro» son traducciones apenas aproximadas de ese título), es la mejor novela contemporánea. Pero —localizando siempre a Chaplin en su país— creo que, en todo caso, la resonancia humana de *The Gold Rush* sobrepasa largamente a la del *Esquema de historia universal* de Mr. H. G. Wells y a la del teatro de Bernard Shaw. Éste es un hecho que Wells y Shaw serían, seguramente, los primeros en reconocer. (Shaw exagerándolo bizarra y extremadamente, y Wells atribuyéndolo algo melancólico a la deficiencia de la instrucción secundaria.)

La imaginación de Chaplin elige, para sus obras, asuntos de categoría no inferior al regreso de Matusalén o la reivindicación de Juana de Arco: el Oro, el Circo. Y, además, realiza sus ideas con mayor eficacia artística: el intelectualismo reglamentario de los guardianes del orden estético se escandalizará por esta proposición. El éxito de Chaplin se explica, según sus fórmulas mentales, del mismo modo que el de Alejandro Dumas o Eugenio Sué. Pero, sin recurrir a las razones de Bontempelli sobre la novela de intriga, ni suscribir su revaluación de Alejandro Dumas, este juicio simplista queda descalificado tan luego se recuerda que el arte de Chaplin es gustado, con la misma fruición, por doctos y analfabetos, por literatos y por boxeadores. Cuando se habla de la universidad de Chaplin no se apela a la prueba de su popularidad. Chaplin tiene todos los sufragios: los de la mayoría y las

* *Variedades.* Lima, 6 y 13 de octubre de 1928.

minorías. Su fama es a la vez rigurosamente aristocrática y democrática. Chaplin es un verdadero tipo de *ente*, para todos los que no olvidamos que *élite* quiere decir *electa.*

La búsqueda, la conquista del oro, el *gold rush* ha sido el capítulo romántico, la fase bohemia de la epopeya capitalista. La época capitalista comienza en el instante en que Europa renuncia a encontrar la teoría del oro para buscar sólo el oro real, el oro físico. El descubrimiento de América está, por esto sobre todo, tan íntima y fundamentalmente ligado a su historia. (Canadá y California: grandes estaciones de su itinerario.) Sin duda, la revolución capitalista fue, principalmente, una revolución tecnológica: su primera gran victoria es la máquina; su máxima invención, el capital financiero. Pero el capitalismo no ha conseguido nunca emanciparse del oro, a pesar de la tendencia de las fuerzas productoras a reducirlo a un símbolo. El oro no ha cesado de insidiar su cuerpo y su alma. La literatura burguesa ha negligido, sin embargo, casi totalmente este tema. En el siglo décimo nono, sólo Wagner lo siente y lo expresa en su manera grandiosa y alegórica. La novela del oro aparece en nuestros días: *L'Or* de Blaise Cendrars, *Tripes d'Or* de Crommelynk, son dos especímenes distintos pero afines de esta literatura. *The Gold Rush* pertenece, también, legítimamente, a ella. Por este lado, el pensamiento de Chaplin y las imágenes en que se vierte, nacen de una gran intuición actual. Es inminente la creación de una gran sátira contra el oro. Tenemos ya sus anticipaciones. La obra de Chaplin aprehende algo que se agita vivamente en la subconsciencia del mundo.

Chaplin encarna, en el cine, al bohemio. Cualquiera que sea su disfraz, imaginamos siempre a Chaplin en la traza vagabunda de Charlot. Para llegar a la más honda y desnuda humanidad, al más puro y callado drama, Chaplin necesita absolutamente la pobreza y el hambre de Charlot, la bohemia de Charlot, el romanticismo y la insolvencia de Charlot. Es difícil definir exactamente al bohemio. Navarro Monzó —para quien San Francisco de Asís, Diógenes y el propio Jesús serían la sublimación de esta estirpe espiritual— dice que el bohemio es la antítesis del burgués. Charlot es antiburgués por excelencia. Está siempre listo para la aventura, para el cambio, para la partida. Nadie lo concibe en posesión de una libreta de ahorros. Es un pequeño Don Quijote, un juglar de Dios, humorista y andariego.

Era lógico, por tanto, que Chaplin sólo fuera capaz de interesarse por la empresa bohemia, romántica del capitalismo: la de los buscadores de oro. Charlot podía partir a Alaska, enrolado en la codiciosa y miserable falange que salía a descubrir el oro con sus manos en la montaña abrupta y nevada. No podía quedarse a obtenerlo, con arte capitalista, del comercio, de la industria, de la bolsa. La única manera de imaginar a Charlot rico era ésta. El final de *The Gold Rush* —que algunos hallan vulgar, porque preferirían que Charlot regresara a su bohemia descamisada— es absolutamente justo y preciso. No obedece mínimamente a razones de técnica yanqui.

Toda la obra está insuperablemente construida. El elemento sentimental, erótico, interviene en su desarrollo como medida matemática, con rigurosa

necesidad artística y biológica. Jim Mc Kay encuentra a Charlot, su antiguo compañero de penuria y de andanza, en el instante exacto en que Charlot, en tensión amorosa, tomará con una energía máxima la resolución de acompañarlo en la busca de la ingente mina perdida. Chaplin, autor, sabe que la exaltación erótica es un estado propicio a la creación, al descubrimiento. Como Don Quijote, Charlot tiene que enamorarse antes de emprender su temerario viaje. Enamorado, vehemente y bizarramente enamorado, es imposible que Charlot no halle la mina. Ninguna fuerza, ningún accidente, puede detenerlo. No importaría que la mina no existiera. No importaría que Jim Mc Kay, oscurecido su cerebro por el golpe que borró su memoria y extravió su camino, se engañase. Charlot hallaría de todos modos la mina fabulosa. Su *pathos* le da una fuerza suprarreal. La avalancha, el vendaval, son impotentes para derrotarlo. En el borde de un precipicio, tendrá sobrada energía para rechazar la muerte y dar un volatín sobre ella. Tiene que regresar de este viaje, millonario. ¿Y quién podía ser, dentro de la contradicción de la vida, el compañero lógico de su aventura victoriosa? ¿Quién, sino este Jim Mc Kay, este tipo feroz, brutal, absoluto, de buscador de oro que, desesperado de hambre en la montaña, quiso un día asesinar a Charlot para comérselo? Mc Kay tiene rigurosa, completamente, la constitución del perfecto buscador de oro. No es excesiva ni fantástica la ferocidad que Chaplin le atribuye, famélico, desesperado. Mc Kay no podía ser el héroe cabal de esta novela si Chaplin no lo hubiese concebido resuelto, en caso extremo, a devorar a un compañero. La primera obligación del buscador de oro es vivir. Su razón es darwiniana y despiadadamente individualista.

En esta obra, Chaplin, pues, no sólo se ha apoderado genialmente de una idea artística de su época, sino que la ha expresado en términos de estricta psicología científica. *The Gold Rush* confirma a Freud. Desciende, en cuanto al mito, de la tetralogía wagneriana. Artística, espiritualmente, excede, hoy, al teatro de Pirandello y a la novela de Proust y de Joyce.

El circo es espectáculo bohemio, arte bohemio por excelencia. Por este lado, tiene su primera y más entrañable afinidad con Chaplin. El circo y el cinema, de otro lado, acusan un visible parentesco, dentro de su autonomía de técnica y de esencia. El circo, aunque de manera y con estilo distintos, es movimiento de imágenes como el cinema. La pantomima es el origen del arte cinematográfico, mudo por excelencia, a pesar del empeño de hacerlo hablar.[22] Chaplin, precisamente, procede de la pantomina, o sea del circo. El cinema ha asesinado al teatro, en cuanto teatro burgués. Contra el circo no ha podido hacer nada. Le ha quitado a Chaplin, artista de cinema, espíritu de circo, en que está vivo todo lo que de bohemio, de romántico, de nómade hay en el circo. Bontempelli ha despedido sin cumplimientos al viejo teatro burgués, literario, palabrero. El viejo circo, en tanto, está vivo, ágil,

22 Recordemos que los dos filmes a los que hace referencia J. C. Mariátegui eran mudos. *(N. del E.)*

idéntico. Mientras el teatro necesita reformarse, rehacerse, retornando al «misterio» medioeval, al espectáculo plástico, a la técnica agonal o circense, o acercándose al cinema con el acto sintético de la escena móvil, el circo no necesita sino continuarse: en su tradición encuentra todos sus elementos de desarrollo y persecución.

La última película de Chaplin, es subconscientemente, un retorno sentimental al circo, a la pantomima. Tiene, espiritualmente, mucho de evasión de Hollywood. Es significativo que esto no haya estorbado sino favorecido una acabada realización cinematográfica. He encontrado en una sazonada revista de vanguardia[23], reparos a *El circo*, como obra artística. Opino todo lo contrario. Si lo artístico, en el cinema, es sobre todo lo cinematográfico, con *El circo* Chaplin ha dado como nunca en el blanco. *El circo* es pura y absolutamente cinematográfico. Chaplin ha logrado, en esta obra, expresarse sólo en imágenes. Los letreros están reducidos al mínimum. Y podría habérseles suprimido totalmente, sin que el espectador se hubiese explicado menos la comedia.

Chaplin proviene, según un dato en que insiste siempre su biografía, de una familia de *clowns*, de artistas de circo. En todo caso, él mismo ha sido *clown* en su juventud. ¿Qué fuerza ha podido sustraerlo a este arte, tan consonante con su ánima de bohemio? La atracción del cinema, de Hollywood, no me parece la única y ni siquiera la más decisiva. Tengo el gusto de las explicaciones históricas, económicas y políticas y, aún en este caso, creo posible intentar una, quizá más seria que humorística.

El *clown* inglés representa el máximo grado de evolución del payaso. Está lo más lejos posible de esos payasos muy viciosos, excesivos, estridentes, mediterráneos, que estamos acostumbrados a encontrar en los circos viajeros, errantes. Es un mimo elegante, mesurado, matemático, que ejerce su arte con una dignidad perfectamente anglicana. A la producción de este tipo humano, la Gran Bretaña ha llegado —como a la del *pur sang* de carrera o de caza—, conforme a un darwiniano y riguroso principio de selección. La risa y el gesto del *clown* son una nota esencial, clásica, de vida británica; una rueda y un movimiento de la magnífica máquina del Imperio. El arte del *clown* es un rito; su comicidad, absolutamente seria. Bernard Shaw, metafísico y religioso, no es en su país, otra cosa que un *clown* que escribe. El *clown* no constituye un tipo, sino más bien una institución, tan respetable como la Cámara de los Lores. El arte del *clown* significa el domesticamiento de la bufonería salvaje y nómade del bohemio, según el gusto y las necesidades de una refinada sociedad capitalista. La Gran Bretaña ha hecho con la risa del *clown* de circo lo mismo que con el caballo árabe: educarlo con arte capitalista y zootécnico, para puritano recreo de su burguesía manchesteriana y londinense. El *clown* ilustra notablemente la evolución de las especies.

[23] *Pulso.* Buenos Aires. Director: Alberto Hidalgo. *(N. del A.)*

Aparecido en una época de exacto y regular apogeo británico, ningún *clown*, ni aún el más genial Chaplin, habría podido desertar de su arte. La disciplina de la tradición, la mecánica de la costumbre, no perturbadas ni sacudidas, habrían bastado para frenar automáticamente cualquier impulso de evasión. El espíritu de la severa Inglaterra corporativa era bastante en un período de normal evolución británica, para mantener la fidelidad al oficio, al gremio. Pero Chaplin ha ingresado a la historia en un instante en que el eje del capitalismo se desplazaba sordamente de la Gran Bretaña a Norte América. El desequilibrio de la maquinaria británica registrado tempranamente por su espíritu ultrasensible, ha operado sobre sus ímpetus centrífugos y secesionistas. Su gremio ha sentido la atracción de la nueva metrópoli del capitalismo. La libra esterlina bajo el dólar, la crisis de la industria carbonera, el paro en los telares de Manchester, la agitación autonomista de las colonias, la nota de Eugenio Chen sobre Hankow, todos estos síntomas de un aflojamiento de la potencia británica, han sido presentidos por Chaplin —receptor alerta de los más secretos mensajes de la época—, cuando de una ruptura del equilibrio interno del *clown*, nació Charlot, el artista de cinema. La gravitación de los Estados Unidos, en veloz crecimiento capitalista, no podía dejar de arrancar a Chaplin a un sino de *clown* que se habría cumplido normalmente hasta el fin, sin una serie de fallas en las corrientes de alta tensión de la historia británica. ¡Qué distinto habría sido el destino de Chaplin en la época victoriana, aunque ya entonces el cinema y Hollywood hubiesen encendido sus reflectores!

Pero Estados Unidos no se ha asimilado espiritualmente a Chaplin. La tragedia de Chaplin, el humorismo de Chaplin, obtienen su intensidad de un íntimo conflicto entre el artista y Norte América. La salud, la energía, el *élan* de Norte América retienen y excitan al artista; pero su puerilidad burguesa, su prosaísmo arribista, repugnan al bohemio, romántico en el fondo. Norte América, a su vez, no ama a Chaplin. Los gerentes de Hollywood, como bien se sabe, lo estiman subversivo, antagónico. Norte América siente que en Chaplin existe algo que le escapa. Chaplin estará siempre sindicado de bolchevismo, entre los neocuáqueros de la finanza y la industria yanqui.

De esta contradicción, de este contraste, se alimenta uno de los más grandes y puros fenómenos artísticos contemporáneos. El cinema consiente a Chaplin asistir a la humanidad en su lucha contra el dolor con una extensión y simultaneidad que ningún artista alcanzó jamás. La imagen de este bohemio trágicamente cómico, es un cuotidiano viático de alegría para los cinco continentes. El arte logra, con Chaplin, el máximo de su función hedonística y libertadora. Chaplin alivia, con su sonrisa y su traza dolidas, la tristeza del mundo. Y concurre a la miserable felicidad de los hombres, más que ninguno de sus estadistas, filósofos, industriales y artistas.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ*

En oposición con su pasado imperialista y ecuménico, España es, dentro de Europa, como todos sabemos, un país bastante clausurado y doméstico. Le falta en su presente lo que le sobró en su pasado: universalismo, internacionalismo. Sin la fidelidad y el vasallaje literarios de las antiguas colonias de América, la literatura española de los últimos tiempos habría viajado muy poco. Intelectualmente, España no es una nación exportadora, sino en muy modesta escala.

Por esto, el primer aspecto que conviene destacar en la obra de Blasco Ibáñez es su carácter de artículo de exportación. La literatura de Blasco Ibáñez —y Blasco Ibáñez mismo— constituyen una de las principales exportaciones intelectuales de España en el primer cuarto del 900 como, con gusto italianísimo, se llama ahora el siglo XX. Unamuno y Blasco Ibáñez eran los escritores españoles más conocidos en la Europa que yo visité del 19 al 23. Pero el renombre de Unamuno crecía en profundidad, mientras el de Blasco Ibáñez crecía en extensión. De suerte que éste era mucho más visible. Unamuno disfrutaba de una estimación cualitativa; Blasco Ibáñez gozaba de una popularidad cuantitativa. Unamuno debía su difusión a su donquijotismo señero, a su genio castizo, a su individualismo áspero y, en general, a los elementos esenciales, permanentes, intrínsecos de su obra; Blasco Ibáñez debía su difusión a su ambulantismo mediterráneo, inmigrante, a su buena gracia de valenciano andariego, a su afinidad con los sentimientos de un mundo liberal, democrático y republicano; y en general a los elementos contingentes, temporales, extrínsecos de su literatura. Blasco Ibáñez era el escritor español más notorio no sólo al público sino a los editores, a los periódicos, a los críticos, a los novelistas. Profesaba ideales standarizados que le permitían estar de acuerdo con toda una Europa genéricamente progresista, humanitaria y democrática; escribía novelas de propaganda aliadófila, ampliamente vulgarizadas por la prensa más numerosa y potente del mundo y por la cinematografía mejor financiada y más industrializada; poseía una villa magnífica en Mentón, tres bibliotecas con cuarenta mil volúmenes, autógrafos de todos los divos del arte y de la política, retratos de todos los monarcas, capotes de todos los toreros; se alojaba en París en el Hotel Lutecia y en Madrid en el Ritz; había visitado la Argentina con Anatole France, de quien lo distinguía, aunque no fuera sino aparentemente, un optimismo radical de valenciano rico, boyante; se le suponía, entre otras propiedades cuantiosas, cotos valencianos, estancias en la Argentina, minas en Patagonia, acciones en el Congo, bonos de los empréstitos chinos.

* *Variedades*. Lima, 4 de febrero de 1928.

Blasco Ibáñez jugó siempre a las cartas más seguras: la democracia, el capitalismo, la Entente, la victoria de la Justicia y el Derecho, la novela realista. No podía fallarle ninguna de estas cartas, a menos que viniese la revolución, perspectiva absurda para un hombre tan optimista, casi *panglossiano*.[24]

¿Cómo llegó a ser el novelista más famoso de España? Es evidente, incontestablemente, que escribió algunas buenas novelas; pero también las ha escrito, mejores por cierto, Pío Baroja, quien permanece, sin embargo, casi confinado dentro de las fronteras literarias de su patria, prisionero de sus rústicas costumbres de médico aldeano, solterón y malhumorado. Según una sumaria autobiografía reciente, Blasco Ibáñez quiso ser, de primera intención, marino. Una contumaz aversión a las matemáticas, que persitió en él hasta la vejez —y que lo coloca radicalmente fuera de la línea de Pascal y Descartes—, lo apartó de este destino. Buscó entonces una profesión standard —él mismo lo confesaba— y recordando que, como reza el refrán, «todo español es abogado, mientras no pruebe lo contrario», optó por la carrera del Derecho. La vida de estudiante lo condujo a la política. Su intuición de capitalista larvado, de negociante en embrión, aunque inepto para las matemáticas, lo predisponía contra una institución monárquica llena de resabios absolutistas. Era aún el tiempo en que el republicanismo español conservaba su prestigio intelectual. Blasco Ibáñez llegó a la demagogia más exaltada y turbulenta. Este republicanismo le valió el destierro; pero le valió también a la larga un puesto en el Parlamento. El republicanismo español se revelaba ya como un movimiento malogrado y estéril, al cual el socialismo desposeía poco a poco de sus fuerzas populares. Blasco Ibáñez era un hombre nacido para el poder en una España republicana, capitalista, pingüe, democrática, exportadora al por mayor de vinos, carbón, anchoas, naranjas, alpargatas, hierro, etc., no para envejecerse en la oposición como diputado republicano en un parlamento inexorablemente condenado a ser disuelto por un Primo de Rivera, dictador badulaque y jaranero. «Yo pensé —decía Blasco— que había veinte mil españoles que podían ser diputados y llenar su rol tan bien, si no mejor que yo, mientras había tal vez un poco menos de españoles capaces de escribir novelas pasables.» La novela dio a Blasco Ibáñez lo que no podían dar la marina, la abogacía ni la política: celebridad, dinero, poder, etc. Su nombre tiene derecho a un puesto preferente en un capítulo de la literatura española. Se le llamaba el Zola español. Para serlo de veras le faltaba, sin duda, pasión, romanticismo, originalidad. Ensayó en la novela diversos caminos, coqueteando con agudo sentido práctico, con las tendencias más propicias al éxito y la fama. *La barraca*, *La catedral*, *Sónnica la cortesana*, *Sangre y arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum*, señalan las principales estaciones de su itinerario un poco versátil y oportunista. Entre los méritos artísticos de sus relatos, vale la pena recor-

[24] Alusión al personaje del *Candide* de Voltaire, el doctor Pangloss, encarnación del optimismo ciego. *(N. del E.)*

dar cierta alegría de naranjos en flor y de huerto valenciano, cierta claridad de Mar Mediterráneo, cierto vigor y concisión de novelista latino que representaron, acaso, las cualidades más resaltantes de su literatura. España, quizá por esto mismo, está mucho menos presente en su obra que en la de Pío Baroja.

El último capítulo de su vida —episodio de bizarra beligerancia contra Primo de Rivera—, le costó una parte de su fortuna, pero le ganó, en el espíritu hispano-americano, una parte de las simpatías que le enajenaron sus ataques a México revolucionario. Blasco Ibáñez ha terminado su carrera como la comenzó: de combatiente republicano. Hay que reconocerle, entre otras cosas, que sus devociones fueron casi siempre las de un burgués honesto: la Revolución Francesa, los Derechos del Hombre, la fraternidad universal. Me parece innecesario agregar que el poeta de su admiración era Víctor Hugo.

EL PROBLEMA DE LAS *ÉLITES**

No son pocos los escritores de Occidente que reducen la crisis de la democracia europea a un problema de *élites*. Saturado de supersticiones intelectualistas y de una idea exagerada de su clarividencia y desinterés, estos escritores no ponen en duda la existencia de tales *élites*, entendiéndolas y definiéndolas, generalmente, como una aristocracia de pensadores y filósofos. El problema consiste en que no gobiernan ni dirigen a los pueblos. El poder está en mano de políticos rutinarios o escépticos, manejados por una poderosa plutocracia. El Estado obedece los designios ambiciosos y utilitarios de una oligarquía financiera que, por medio de la gran prensa, controla la opinión pública. La responsabilidad de este malestar es atribuida por sus críticos melancólicos a la democracia cuantitativa, a la mediocridad parlamentaria, etcétera. Pero todos estos intelectuales, más o menos contemplativos, parten de un prejuicio conservador que invalida su especulación en apariencia desinteresada. Todos miran con horror, retóricamente disimulado, al socialismo, a la revolución, al proletariado. No son capaces de concebir —por mera y vulgar resistencia conservadora— la reorganización de Europa y la defensa de la civilización, sino dentro de los cuadros burgueses. Esta limitación, que es su drama, no les permite abarcar en su integridad el trajinado problema de las *élites*. No les consiente averiguar si las nuevas *élites* no estarán ya madurando fuera de la burguesía y, en todo caso, contra la burguesía: si las *élites* visibles, actuales, burguesas, no estarán representadas por esos barones de la banca y la industria y por esos políticos de ambigua tradición

* *Variedades*. Lima, 7 de enero de 1928.

parlamentaria, tan supersticiosamente descritos. Es lógico suponer que el capitalismo oponga al proletariado sus mejores fuerzas. Si no se defiende con fuerzas más escogidas, con hombres más convencidos y elevados, es seguramente porque no los tiene. El caso del gobierno francés, sagazmente considerado, bastaría para desvanecer cualquier equívoco. Gobierna a Francia desde hace dos años un gabinete de antiguos *premiers*, presidido por uno a quien Albert Thibaudet ha incluido entre sus «príncipes del espíritu» y en quien la burguesía ve un hombre de la *élite*, un aristócrata de la democracia.[25] Entre los *premiers* que lo rodean, se encuentran Herriot, humanista erudito, demócrata sincero, idealista honesto, y Briand, uno de los más probados ingenios parlamentarios de la Francia contemporánea. Este gabinete de tanta autoridad política, compuesta por hombres diestros y experimentados, no está, sin embargo, menos sujeto que los anteriores a los intereses de la industria y la finanza. Por ejemplo, una campaña de prensa puede ponerlo, contra su intención, al borde de la ruptura con Rusia. ¿Un ministerio de *élite* intelectual, sabría acaso resistir mejor la presión de los intereses capitalistas? Más inverosímiles aún serían un Estado y un capitalismo regidos espiritualmente, desde sus bufetes por tres o cuatro austeros catedráticos.

Las verdaderas *élites* intelectuales operan sobre la historia revolucionando la conciencia de una época. El verbo necesita hacerse carne. El valor histórico de las ideas se mide por su poder de principios o impulsos de acción. He aquí algo que los desconsolados críticos de la democracia parecen olvidar totalmente.

Es absurdo hablar de un drama de las *élites*. Una *élite* en estado de ser compadecida, por este solo hecho deja de ser una *élite*. Para la historia no existen *élites* relegadas. La *élite* es esencialmente creadora.

Por obvias razones, la *élite* del capitalismo en los últimos tiempos, ha estado principalmente compuesta de jefes de empresa, de grandes comerciantes, industriales y financistas.

¿No ha tenido la burguesía en este período una *élite* política e intelectual? Sin duda, la ha tenido. Sólo que, a medida que se ha acentuado la decadencia de sus principios y de su espíritu, esta *élite* ha parecido destinada a suministrar intelectuales y políticos al socialismo. El hecho de que muchos de los mayores estadistas de la Europa burguesa —Briand, Millerand, Mussolini, Massaryk, Pilsudski, Vandervelde, etc.—, procedan del socialismo, se debe a la atracción espiritual ejercida por el socialismo sobre los hombres de más sensibilidad política de la pequeña y media burguesía. En los países en donde el fenómeno capitalista no ha alcanzado su plenitud material y moral, la mayoría de estos hombres se ha sentido irresistiblemente impulsada a entrar en las filas socialistas, en las cuales han militado por lo menos temporalmente.

[25] Se refiere al gabinete organizado por el entonces presidente de Francia Raymond Poincaré y que sesionó de julio de 1926 a noviembre de 1928. Esta época se caracterizó por una gran inestabilidad ministerial. *(N. del E.)*

No es una auténtica *élite* la que debe el poder a un privilegio que ella misma no ha conquistado con sus propias fuerzas. Los ideólogos de la reacción, envalentonados más por la derrota del proletariado que por la victoria de la burguesía en la Europa occidental, aguardan un militar o un caudillo cualquiera que instaure su dictadura. Se reservan el papel de asesorarlo. Esto los descalifica bastante como hombres de *élite,* título que más legítimamente correspondería al «providencial» que, por azar, los izase eventualmente al poder bajo su dictadura.

Lo que echa de menos este género de crítica no es, por todas estas señales, una *élite* en general, superior ni extraña a la guerra de clases, sino una fuerte *élite* burguesa. Y más precisa y lógica, en este plano, resulta la actitud de quienes como Lucien Romier y René Johannet trabajan por forjar los resortes ideológicos espirituales de una gran ofensiva capitalista, sin preocuparse demasiado de los fueros de la inteligencia y del espíritu. Romier que propugna el restablecimiento de una doctrina de orden y autoridad, maniobra con cautelas y reservas de político. Johannet, que plantea el problema de la *élite* en francos términos de reacción burguesa, razona con intransigencia y dogmatismo de ideólogo. Pero ambos coinciden en el esfuerzo de reavivar y excitar en la burguesía su instinto y su orgullo de clase. Porque —como observa Julien Benda— el burgués, abrumado por las ironías y las befas de varias generaciones, había perdido este orgullo hasta el punto de emplear, para hacerse perdonar u olvidar su burguesismo, toda suerte de declaraciones de amor al proletariado. «Hoy —dice Benda— es suficiente pensar en el fascismo italiano, en cierto *Elogio del Burgués Francés,* en tantas otras manifestaciones del mismo sentido, para ver que la burguesía toma plena conciencia de sus egoísmos específicos, que los proclama como tales y los venera como tales, considerándolos ligados a los supremos intereses de la especie, que se glorifica de venerarlos y erguirlos contra los egoísmos que quieren su destrucción.»

Pero, así Romier como Johannet, necesitan indispensablemente identificar la suerte de la civilización con la del capitalismo. Aunque Romier, en su enumeración de los tipos de *élite,* no olvida al obrero, jefe de maestranza o de sindicato, que se eleva a ese rango, es evidente que considera el problema de la *élite* como un problema interno y particular de la burguesía. Para Romier y Johannet, la revolución proletaria significaría el imperio de la multitud, de la horda, del número, y por ende la negación de toda *élite.*

A ninguno de estos críticos, se le ocurre, por supuesto, reparar en que una revolución es siempre la obra de una *élite,* de un equipo, de una falange de hombres heroicos y superiores; ni en que, por consiguiente, el problema de la *élite,* existe también como problema interno para el proletariado, con la diferencia de que éste, en su lucha, en su ascensión, va templando y formando dentro de un ambiente místico y pasional, y con la sugestión de mitos vivos, sus cuadros directores. Históricamente, hay mucha más posibilidad de que el genio creador surja en el campo del socialismo que en el campo del capitalismo, sobre todo en los países donde no sólo como hecho espiritual, sino también como hecho material, el capitalismo aparece concluido. (Concluido, a pesar de conservar el poder político, porque sus posibilidades de crecimiento económico han tocado su límite.)

Ninguna crítica seria y veraz, puede chicanear respecto a la calidad de *élite* de los hombres de la revolución rusa. Un burgués ortodoxo, el senador De Monzie, se la ha reconocido sin reservas. «La disciplina interna es tan ruda —escribe De Monzie—, las sanciones aplicadas son tan violentas, que en verdad no hay aristocracia bolchevique, es decir *élite* consolidada en la posesión de privilegios. Y sin embargo se encuentra una *élite.* Esto es innegable. Los viajeros atentos que han visitado Rusia después de la revolución, exaltan la calidad de estos hombres de Estado improvisados, cuya misión era precisamente improvisar un Estado. Autodidactos formados en largo exilio, por la experiencia de los congresos socialistas, por la frecuentación de las intrigas y amarguras cosmopolitas, se han revelado de un golpe, no individual sino colectivamente.» De Monzie admite que se les maldiga, «pero no sin admirarlos». Por su parte, Duhamel ha hallado en el gobierno de los Soviets al primer aristócrata ruso, que es a su juicio Lunacharski.

El fracaso de la ofensiva socialista en Italia y Alemania se debió en gran parte a la falta de una sólida *élite* revolucionaria. Los cuadros directores del socialismo italiano no eran revolucionarios sino reformistas, como los de la social-democracia alemana. El núcleo comunista estaba compuesto de figuras jóvenes, sin profundo ascendiente sobre las masas. Para la revolución estaba pronto el número, la masa; no estaba aún pronta la calidad.

Las nuevas *élites* vendrán del lado que entre los intelectuales conservadores confesos o embozados, no se quisiera que viniesen. El Napoleón de la Europa de mañana, que impondrá el código de la sociedad nueva, saldrá de las filas del socialismo. Porque al porvenir le toca realizar o mejor comprobar esta fórmula: Revolución — Aristocracia.

¿EXISTE UNA INQUIETUD PROPIA DE NUESTRA ÉPOCA?*

La inquietud contemporánea es un fenómeno del que forman parte las más opuestas actitudes. El término se presta necesariamente, por tanto, a la

* *Mundial.* Lima, 29 de marzo de 1930. Este artículo, publicado dieciocho días antes de la muerte de J. C. Mariátegui, responde a un cuestionario de la revista francesa *Cahiers de l'Étoile* sobre la existencia de una inquietud propia de la época, como su título lo indica. En él también fue invitado a participar Juan Marinello. *(N. del E.)*

especulación y al equívoco. Se agitan dentro de la «inquietud contemporánea» los que profesan una fe como los que andan en su búsqueda. El catolicismo de Max Jacob figura entre los signos de esta inquietud, al mismo título que el marxismo, de André Breton y sus compañeros de *La Révolution Surréaliste*.[26] El fascismo pretende representar un «espíritu nuevo» exactamente como el bolchevismo.

Existe una inquietud propia de nuestra época, en el sentido de que esta época tiene, como todas las épocas de transición y de crisis, problemas que la individualizan. Pero esta inquietud en unos es desesperación, en los demás, vacío.

No se puede hablar de una «inquietud contemporánea» como de la uniforme y misteriosa preparación espiritual de un mundo nuevo.

Del mismo modo que en el arte de vanguardia, se confunde los elementos de revolución con los elementos de decadencia, en la «inquietud contemporánea» se confunde la fe ficticia, intelectual, pragmática de los que encuentran su equilibrio en los dogmas y el orden antiguo, con la fe apasionada, riesgosa, heroica de los que combaten peligrosamente por la victoria de un orden nuevo.

La historia clínica de la «inquietud contemporánea» anotará, con meticulosa objetividad, todos los síntomas de la crisis del mundo moderno; pero nos servirá muy poco como medio de resolverla. La encuesta de los *Cahiers de l'Étoile* no invita a otra cosa que a un examen de conciencia, del que no puede salir, como resultado o indicación de conjunto, sino una pluralidad desorientadora de proposiciones.

Lo que se designa con el nombre de «inquietud» no es, en último análisis, sino la expresión intelectual y sentimental. Los artistas y los pensadores de esta época rehúsan, por orgullo o por temor, ver en su desequilibrio y en su angustia el reflejo de la crisis del capitalismo.

Quieren sentirse ajenos o superiores a esta crisis. No se dan cuenta de que la muerte de los principios y dogmas que constituían el Absoluto burgués ha sido decretado en un plano distinto del de su especulación personal.

La burguesía ha perdido el poder moral que antes le consentía retener en sus rangos, sin conflicto interno, a la mayoría de los intelectuales. Las fuerzas centrífugas, secesionistas, actúan sobre éstos con una intensidad y multiplicidad antes desconocidas. De aquí, las defecciones como las conversiones. La inquietud aparece como una gran crisis de conciencia.

La inquietud contemporánea, por consiguiente, está hecha de factores negativos y positivos. La inquietud de los espíritus que no tienden sino a la seguridad y al reposo carece de todo valor creativo. Por este sendero no se descubrirá sino los refugios, las ciudadelas del pasado. En el hombre moderno, la abdicación más cobarde es del que busca asilo en ellos.

[26] Revista que apareció en París, en 1924, dirigida por André Breton, fundador del movimiento surrealista. *(N. del E.)*

Nuestra primera declaratoria de guerra debe ser a la que mi compatriota Ibérico llama «filosofías de retorno». ¿El florecimiento de estas filosofías, en un clima mórbido de decadencia, entra en gran escala en Occidente en la «inquietud contemporánea»? Ésta es la cuestión principal que hay que esclarecer para no tomar sutiles *alibis* de la Inteligencia y teorías derrotistas sobre la modernidad como elaboraciones de un espíritu nuevo.

EL MITO DE LA NUEVA GENERACIÓN*

Un sentimiento mesiánico, romántico, más o menos difundido en la juventud intelectual de post-guerra, que la inclina a una idea excesiva, a veces delirante, de su misión histórica, influye en la tendencia de esta juventud a encontrar al marxismo más o menos retrasado, respecto de las adquisiciones y exigencias de la «nueva sensibilidad». En política, como en literatura, hay muy poca sustancia bajo esta palabra. Pero esto no obsta para que la «nueva sensibilidad» que en el orden social e ideológico prefiere llamarse «nuevo espíritu», se llegue a hacer un verdadero mito, cuya justa evaluación, cuyo estricto análisis es tiempo de emprender, sin oportunistas miramientos.

La «nueva generación» empieza a escribir su autobiografía. Está ya en la estación de las confesiones, o mejor del examen de conciencia. Esto podría ser una señal de que estos años de estabilización capitalista la encuentran más o menos desocupada. Drieu La Rochelle inauguró estas «confesiones». Casi simultáneamente André Chamson y Jean Prévost, en documentos de distinto mérito y diversa inspiración, nos cuentan ahora sus experiencias del año 19. André Chamson representa, en Francia, a una juventud bien distante de la que se entretiene, mediocremente, en la imitación de los sutiles juegos de Giraudoux y de las pequeñas farsas de Cocteau. Su literatura, novela o ensayo, se caracteriza por una búsqueda generosa y seria.

La juventud francesa, cuyas jornadas de 1919 nos explican André Chamson, en un ensayo crítico e interpretativo, y Jean Prévost, en una crónica novelada y autobiográfica, es la que no pudo por su edad marchar al frente y se impuso, prematuramente madura y grave, la obligación de pronunciar a los dieciocho años un juicio sobre la historia. «Se vio entonces —escribe Chamson— toda una juventud revolucionaria, aceptando la revolución, o viviendo en la espera de su triunfo.» Chamson alcanza un tono fervoroso en la exégesis de esta emoción. Pero el contagio de su exaltación no debe

* Este artículo tomado de J. C. Mariátegui: *Defensa del marxismo*, p. 301. *Amauta*, Lima, 1967.

turbar la serenidad de nuestro análisis, precisamente porque en este proceso de la nueva generación, nosotros mismos nos sentimos en causa. La onda espiritual, que recorrió después de la guerra las universidades y los grupos literarios y artísticos de la América Latina, arranca de la misma crisis que agitaba a la juventud de 1919, coetánea de André Chamson y Jean Prévost, en la ansiedad de una palingenesia. Dentro de las diversas condiciones de lugar y hora, la revolución de 1919 no es un fenómeno extraño a nuestro Continente.

Chamson se atiene, respecto al espíritu revolucionario de esa juventud, a pruebas en exceso subjetivas. Las propias palabras transcritas indican, sin embargo, que ese espíritu revolucionario, más que un fenómeno subjetivo, más que una propiedad exclusiva de la generación del 19, era un reflejo de la situación revolucionaria creada en Europa por la guerra y sus consecuencias, por la victoria del socialismo en Rusia y por la caída de las monarquías de la Europa central. Porque si la juventud del 19 «aceptaba» la revolución o vivía «en la espera» de su triunfo, era porque la revolución estaba en acto, anterior y superior a las voliciones de los adolescentes, testigos de los horrores y sacrificios de la guerra. «Nosotros esperábamos la revolución —agrega el joven ensayista francés—, nosotros queríamos estar seguros de su triunfo. Pero, en la mayor parte, no habiendo arribado a ella por el camino de las doctrinas, éramos incapaces de fijarle un sentido político, ni siquiera un valor social bien preciso. Estos juegos de la mente, estas previsiones de los sistemas habrían sin duda engañado nuestra espera: pero nosotros queríamos más y, del primer golpe, nos habíamos colocado más allá de esta revolución social, en una especie de absoluto revolucionario. Lo que nosotros esperábamos era una purificación del Mundo, un nuevo nacimiento: la sola posibilidad de vivir fuera de la Guerra.»

Lo que nos interesa, ahora, en tiempos de crítica de la estabilización capitalista y de los factores que preparan una nueva ofensiva revolucionaria, no es tanto el psicoanálisis ni la idealización del *pathos* juvenil de 1919, como el esclarecimiento de los valores que ha creado y de la experiencia a que ha servido. La historia de ese episodio sentimental, que Chamson eleva a la categoría de una revolución, nos enseña que, poco a poco, después que las ametralladoras de Noske restablecieron en Alemania el poder de la burguesía, el mesianismo de la «nueva generación» empezó a calmarse, renunciando a las responsabilidades precoces que, en los primeros años de postguerra, se había apasionadamente atribuido. La fuerza que mantuvo viva hasta 1923, con alguna intermitencia, la esperanza revolucionaria no era, pues, la voluntad romántica de reconstrucción, la inquietud tumultuaria de la juventud en severa vigilia; era la desesperada lucha del proletariado en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, en las trincheras. La acción heroica, operada con desigual fortuna, de Lenin y su aguerrida facción en Rusia, de Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Eugenio Leviné en Alemania,

de Bela Kun en Hungría, de los obreros de la Fiat en Italia hasta la ocupación de las fábricas y la escisión de las masas socialistas en *Livorno*.[27]

La esperanza de la juventud no se encontraba suficientemente ligada a su época. André Chamson lo reconoce cuando escribe lo siguiente: «En realidad, vivíamos un último episodio de la revolución del 48. Por última vez, acaso, espíritus formados por la más profunda experiencia histórica (fuese intuitiva o razonada) demandaban su fuerza a la más extrema ingenuidad de esperanza. Lo que nosotros buscábamos era una prosecución proudhoniana, una filosofía del progreso en la cual pudiésemos creer. Por un tiempo la demandamos a Marx. Obedeciendo a nuestros deseos, el marxismo se nos aparecía como una exacta filosofía de la historia. La confianza que le acordábamos debía desaparecer pronto, en la abstracción triunfante de la Revolución del 19 y más todavía, en las consecuencias que este mito debía tener sobre nuestras vidas y nuestros esfuerzos; pero en este momento poseía, por esto mismo, más fuerza. Vivimos, por ella, en la certidumbre de conocer el orden de los hechos que iban a desarrollarse, la marcha misma de los acontecimientos.» El testimonio de Jean Prévost ilustra otros lados de la revolución del 19; el esnobismo universitario con que los estudiantes de su generación se entregaron a una lectura rabiosa de Marx; el aflojamiento súbito de su impulso al choque con el escandalizado ambiente doméstico y con los primeros bastonazos de la policía; la decepción, el escepticismo, más o menos disfrazados de retorno a la *sagesse*.[28] Los mejores espíritus, las mejores mentes de la nueva generación siguieron su trayectoria: los dadaístas pasaron del estridente tumulto de Dadá a las jornadas de la revolución suprarrealista: Raymond Lefèvre formuló su programa en estos términos intransigentes: «la revolución o la muerte»; el equipo de intelectuales del *Ordine Nuovo* de Turín, asumió la empresa de dar vida en Italia al Partido Comunista, iniciando el trabajo político que debía costar, bajo el fascismo, a Gramsci, Terracini, etc., la condena a veinte o veinticinco años de prisión; Ernst Toller, Johannes R. Becher, George Grosz, en Alemania, reclamaron un puesto en la lucha proletaria. Pero, en esta nueva jornada, ninguno de estos nuevos revolucionarios había continuado pensando que la Revolución era una empresa de la juventud que, en 1919, se había plegado al socialismo. Todos dejaban, más bien, de invocar su calidad de jóvenes, para aceptar su responsabilidad y su misión de hombres. La palabra «juventud», políticamente, estaba ya bastante comprometida. No en balde las jornadas del fascismo se cumplían al *ritornello* de *«Giovinezza, giovinezza»*.[29]

El mito de la nueva generación, de la revolución del 19, ha perdido mucho de su fuerza. Sin duda, la guerra señaló una ruptura, una separación. La

[27] (En español: Liorna, ciudad italiana). Alusión a la ruptura entre las tendencias socialista-reformista y comunista producida durante un Congreso del Partido Socialista en esta ciudad. *(N. del E.)*

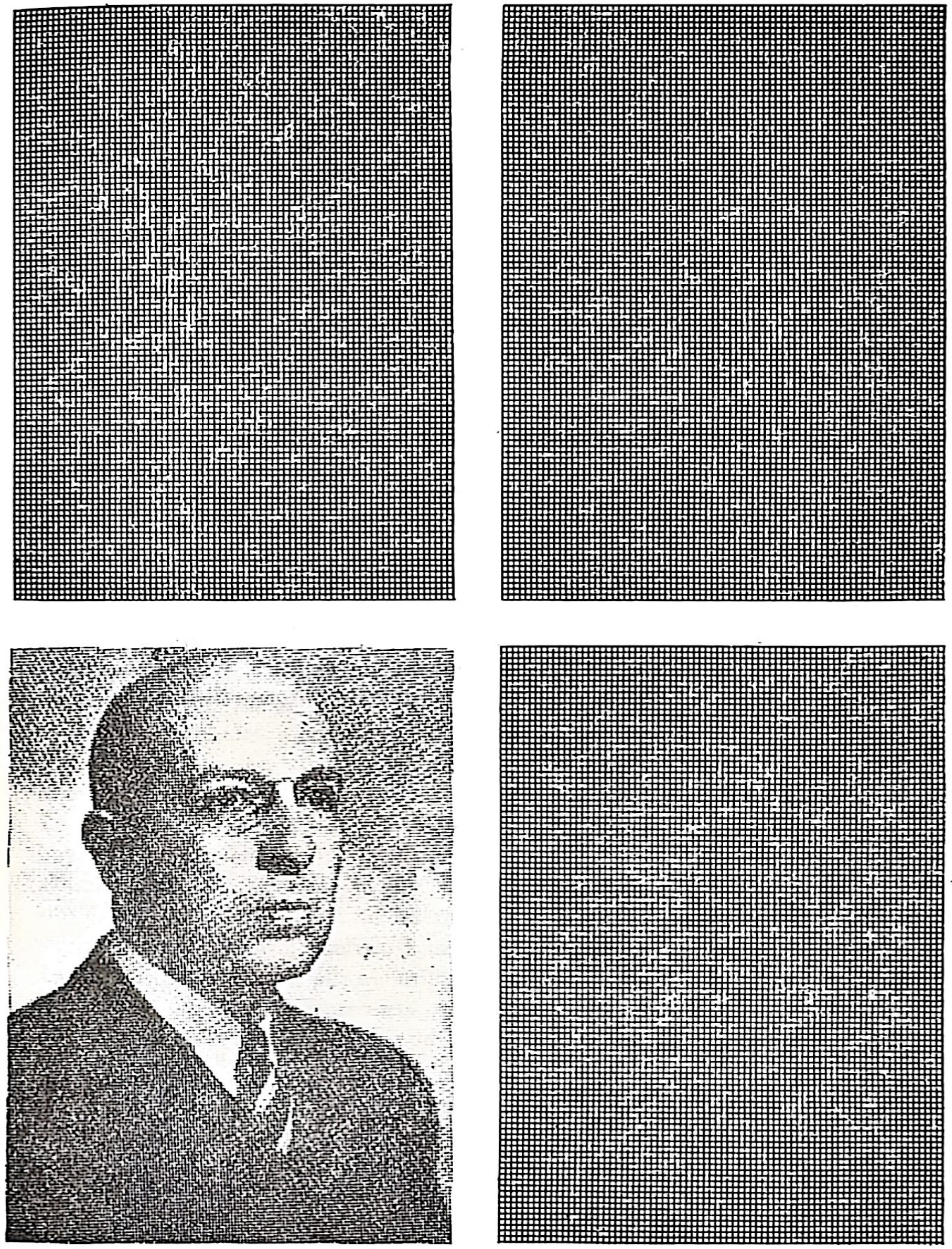
[28] Prudencia. *(N. del E.)*

[29] *Juventud, juventud,* himno del fascismo italiano. *(N. del A.)*

derrota del proletariado, en no pequeña parte, se debe al espíritu adiposamente parlamentario, positivista, demoburgués de sus cuadros, compuestos en el noventa por ciento por gente formada en el clima prebélico. En la juventud socialista se reclutaron los primeros equipos de la Tercera Internacional. Los viejos líderes, los Ebert y los Kautski en Alemania, los Turati y los Modigliani en Italia, los Bauer y los Renner en Austria, sabotearon la Revolución. Pero Lenin, Trotski, Stalin, procedían de una generación madura, templada en una larga lucha. Y hasta ahora la «abstracción triunfante de la revolución del 19» cuenta muy poco en la historia al lado de la obra concreta, de la creación positiva de la URSS.

La conquista de la juventud no deja de ser, por esto, una de las necesidades más evidentes, más actuales, de los partidos revolucionarios. Pero, a condición de que los jóvenes sepan que mañana les tocará cumplir su misión, sin los alibís de la juventud, con responsabilidad y capacidad de hombres.

ANIBAL PONCE



ANÍBAL NORBERTO PONCE SPERATTI

Nació en Buenos Aires el 6 de junio de 1898. Realizó sus primeros estudios en Dolores y en 1912 se trasladó a la capital donde se graduó de bachiller. En 1916 ingresó en la Facultad de Medicina, la que abandonó en 1918 sin concluir sus estudios. Participó en la Reforma Universitaria. En 1920 comenzó a impartir psicología en el Instituto Superior del Profesorado Secundario. En ese mismo año se encontró con José Ingenieros quien sería su mentor. Entre sus obras de juventud se destacan: La obra literaria de Lucio V. Mansilla, Avellaneda *y* La vejez de Sarmiento. *Visitó Europa en varias oportunidades. En Buenos Aires fundó, junto a otros intelectuales, el Colegio Libre de Estudios Superiores donde impartió las conferencias que se reunirían en su libro* Educación y lucha de clases. *En 1934 viajó a España como miembro de una comisión investigadora internacional para estudiar los crímenes contra los mineros asturianos. Participó, en París, en la Conferencia Europea de Ayuda a las Víctimas del Fascismo en España, y en Montevideo, en el Congreso Latino Americano contra las guerras imperialistas. En 1935 visitó la Unión Soviética. Escribió* Humanismo burgués y humanismo proletario. *En Buenos Aires presidió la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Por sus ideas políticas fue expulsado de la docencia y condenado al destierro. En 1937, a través de Chile, llegó a México donde ejerció como profesor de psicología y ética en la Universidad Nacional y la Escuela Normal de Maestros respectivamente. Fue secretario de La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios en México. Allí conoció al marxista cubano Juan Marinello, quien lo invitó a ofrecer conferencias en la Institución Hispano-cubana de Cultura. Cuando se preparaba para viajar a Cuba sufrió un fatal accidente automovilístico. Falleció el 18 de mayo de 1938.*

RAMIRO DE MAEZTU*

En el grupo de hombres ilustres que, a raíz mismo del desastre, consiguieron levantar la conciencia de España, Unamuno y Maeztu representaban las formas más altas del liberalismo y la cultura. Pero si Unamuno era, sobre todo, el agitador poderoso, Maeztu era, en cambio, el pensador ponderado. Había formado en Londres la disciplina de su espíritu, y el largo contacto de aquel pueblo tan seguro de sí mismo, le dejó un pliegue indestructible. Entre los escritores españoles, Ramiro de Maeztu tuvo así, desde temprano, un perfil inconfundible de prosador sobrio y preciso. Sus colaboraciones asiduas en uno de nuestros grandes diarios, le conquistaron, muy pronto, el afecto del público argentino. No se ignoraba, por cierto, que un liberal a la inglesa era mucho menos que un liberal a secas. Pero en España, tan necesitada siempre de corrientes democráticas, cualquier liberalismo debía reclamar las simpatías de las izquierdas amigas.

Pero llegó la guerra, y con la guerra, esa desorientación dramática a la cual contados espíritus pudieron escapar. Problemas hasta entonces de soluciones remotas, constituían, de pronto, la actualidad más inmediata. La revolución rusa, con expresiones inequívocas, echaba abajo las más tradicionales manifestaciones de la religión y la política. Como todo el mundo Maeztu sintió el estrujón de la guerra, y en un libro mediato y severo, como todo lo suyo, confesó, sin ambages, la crisis de su liberalismo... Poco a poco se fue inclinando a la derecha, y para quienes siguieron con dolorosa sorpresa esa involución de un gran espíritu, no fue nunca un motivo de escándalo su franca adhesión al Directorio. Por haberlo olvidado, sus antiguos compañeros de *El Sol* no le perdonan eso que algunos se atrevieron a llamar una «traición». La sinceridad de Maeztu es, con todo, insospechable, y si alguna razón oculta dirigió su media vuelta, no debería buscarse en bajas tentaciones indignas, sino en esa misma crisis profunda que descentrara a Maurice Barrès, hace muchos años, o a Giovanni Papini hace muy pocos. Los tiempos posteriores a la guerra han llevado la verdad a los extremos; no hay partidos de equilibrio, de discreción o de prudencia: o la derecha del «fascio» o la izquierda de la hoz y del martillo. El liberalismo de Maeztu sintió, por eso, un hachazo en las raíces, pero en vez de inclinarse resueltamente hacia el futuro, prefirió buscar refugio en las creencias del pasado. La conversión de Ferri, por ejemplo, es, simplemente, una apostasía senil; la conversión de Maeztu representa, en cambio, el dolor de un espíritu libre que no se ha atrevido a escuchar las verdaderas voces de su tiempo.

Me lo habían pintado, antes de conocerlo, como un hombre grave y estirado, que gustaba de la «pose» impresionante. El Maeztu con quien me fue dado departir, resultó un personaje bien distinto. En un ambiente de

* *El Hogar*. Buenos Aires, 10 de junio de 1927. Compárese la valoración sobre Maeztu que aparece en este artículo con la de la p. 193 cuando ya es evidente la posición del intelectual español. *(N. del E.)*

bohemia amable —en ese delicioso figón de Botín, tan querido por los madrileños— me encontré con un hombre expansivo y cordial, en quien la risa abierta daba a su rostro de vasco la jovialidad inocentona del inglés. Los grandes ojos claros miraban con una curiosidad afectuosa, y en las mismas paradojas que sostenía, a veces, con una convicción excesiva, no había nunca ni el asomo del cesarismo en la opinión. Se dijo conservador y religioso; creía haber vivido en el error y lo declaraba noblemente. En su próximo libro, que será una apoteosis del dinero, ha de desentrañar su sentido reverencial, identificándolo a una partícula de la divinidad... Le inquieta, sobre todo, el problema religioso, y acusa nuestra sana indiferencia del pueblo joven como un delito a la cultura y a los tiempos. Se nota en cada frase el tono fervoroso de quien ha encontrado la serenidad de las creencias. Puede oírselo, por eso, con amargura, pero jamás con desdén. Es otro Maeztu, sin duda; un Maeztu alzado sobre las ruinas de su primera y legítima personalidad juvenil. Pero un cerebro todavía vigoroso y dinámico.

Del hombre que allá en los alrededores del novecientos paseaba su silueta impecable por los salones ingleses e imponía, según dicen, cortes de traje y modelos de sombrero, sólo queda, ahora, un buen burgués de modales distinguidos. Así, también, del pensador que señalara, en España, una de las pocas esperanzas de su anhelado renacimiento. Y, por eso, en el emocionado apretón de manos con que me despedí, puse todo el doloroso respeto hacia este hombre que sobrevive, tan trágicamente, a su juventud.

Madrid, marzo de 1927.

ALBERT MATHIEZ, HISTORIADOR DE LA REVOLUCIÓN*

Cuando se ha vivido muchos años en la lejana amistad de un escritor, aproximarse hasta él se vuelve una necesidad irresistible. Casi siempre, por desgracia, se recoge una impresión que está muy lejos de ser la que esperábamos. Y es que aun sin contrariar la cortesía más elemental, los desconocidos que llegan hasta el hombre ilustre no alcanzan a pasar sino como sombras ante sus ojos cansados. En una página deliciosa Cané ha contado con cuánta emoción visitó a Víctor Hugo, y con cuánta sorpresa le oyó decir también: *Dites à votre petite république que je l'aime bien...*

Pero así como el joven Maximiliano Robespierre pasaba a veces largas horas frente a la ventana iluminada de Rousseau, así hay también una forma

* *El Hogar*. Buenos Aires, 29 de marzo de 1929.

exquisita del reconocimiento en el homenaje silencioso que no quiere salir nunca del anónimo.

Conocer a Mathiez —sin que Mathiez, por supuesto, se molestara en conocerme—, había sido siempre para mí una manera de cumplir en cierto modo con una vieja deuda de gratitud intelectual. Entre los historiadores de la Revolución Francesa, fácil es anticiparlo, la posteridad saludará en Mathiez a la figura más insigne. Nadie antes que él consiguió interpretar de manera más exacta el complejísimo movimiento que derrumbó el mundo feudal y preparó el camino por el cual marchamos todavía. Si algún maestro, sin embargo, fuera necesario señalarle, habría que pronunciar el nombre de Jaurès. En la Historia socialista de la Revolución Francesa —para cuya reedición Mathiez ha escrito no hace mucho un prefacio generoso—, se pueden reconocer, en efecto, algunas de las líneas directoras de las obras de Mathiez. Pero en Jaurès historiador, con ser grande su esfuerzo, los atisbos de genio iluminan sin convencer. En Mathiez, en cambio, cada línea se asienta sobre una montaña de documentos y de hallazgos personales, tan rigurosamente examinados aquéllos y tan felices estos otros, que la conclusión se desprende con la evidencia de un teorema.

Sin acobardarse por la apariencia imponente del fenómeno a estudiar, Mathiez ha distinguido dentro del proceso revolucionario tres etapas esenciales que podrían resumirse de este modo: una revolución de los nobles contra el rey; una revolución de la burguesía contra los nobles; una revolución del proletariado contra la burguesía. La Revolución Francesa adquiere así el significado magnífico que, desde Michelet hasta Taine, la burguesía se empeñó en negarle. Lejos de ser una simple revolución política, aparece en realidad como una verdadera revolución social que transformó las instituciones y desplazó la propiedad. La figura gloriosa del Incorruptible, tan villanamente calumniada, se agiganta de este modo hasta convertirse en el obrero máximo de la Revolución: la dictadura de los comités fue la dictadura de la Montaña, y en la energía indomable de Robespierre tuvo el proletariado su primer instrumento ejecutivo.

Desde las tesis juveniles de Mathiez sobre los cultos revolucionarios hasta su último manual editado por Collin, la historia convencional ha debido renunciar a más de una leyenda bajo su acometida vigorosa. Con una crítica implacable ha demostrado, por ejemplo, que fue Danton un corrompido y un traidor, y si por haberlo volteado de su falso pedestal, merecería ya la simpatía sin reservas, la defensa admirable de Robespierre le ha conquistado los corazones para siempre. Porque cualesquiera que sean los diversos aspectos de la Revolución que le quedan aún por estudiar, Mathiez seguirá siendo siempre, por encima de todo, el historiador que hizo sentir a sus contemporáneos, con una insistencia tremenda, las palabras dolorosas de Cambon: «Hemos asesinado a la República cuando no creímos matar nada más que a Robespierre.»

Una actitud tan valiente le trajo a Mathiez, como era de esperar, una violenta reacción en contra suya. Durante muchos años la historiografía oficial fingió ignorar la contribución inapreciable de la «Sociedad de Estudios Robespierristas», y las bajas maniobras de la política, que aquí como allá dirigen en gran parte la vida universitaria, le han cerrado obstinadamente el camino de la cátedra. Si se añade a todo esto que Mathiez no disimula sus simpatías por los comunistas franceses, y que se ha manifestado en una ocasión memorable su respeto profundo por los revolucionarios de Rusia, se comprenderá que haya sido muy fácil arrastrar a la guerra los elementos reaccionarios de la vieja Sorbona.

En 1923, al llenar la vacante dejada por Aulard, la Universidad prefirió aceptar la discreta medianía del señor Sagnac antes que reconocer el prestigio indiscutible de Mathiez. El público culto estuvo, sin embargo, de su parte, y aunque no ha llegado a ser todavía el titular de la cátedra, lo es en realidad de hecho, merced a una misión que se le ha confiado a Sagnac para alejarlo...

Historiador revolucionario en el doble sentido del vocablo, dicta sus cursos en el anfiteatro Quinet, de la Sorbona, ante una concurrencia desbordante que lo recibe siempre con aplausos. Rubio, bajo y ventrudo, su figura no tiene el físico que le correspondía. Como los florentinos que miraban con recelo el rostro anguloso del Alighieri, en cuyo gesto duro creían reconocer la visión imborrable del infierno, así también los lectores de Mathiez preferiríamos ver a este amigo leal de Robespierre y de Saint-Just con la elegancia irreprochable y la mirada impasible de los dos arcángeles. Mathiez, por desgracia, no es así. Espontáneo y gesticulante, se le adivina ojos vivaces tras de sus lentes oscuros, y por ciertos comentarios con los cuales interrumpe su grave disertación sobre la sociedad durante el Directorio, se le sospecha pronto a la risa y a la burla. Talento aparte, toda su fuerza de profesor está, sin embargo, en su voz; una voz recia y caudalosa de meridional, que él sabe manejar con habilidades de actor, y a la cual arranca a veces efectos sorprendentes. La sala entera se estremece entonces bajo su autoridad imperiosa, y a sus espaldas el cuadro de André Broullet, que representa a los estudiantes del 48 aclamando a Quinet y a Michelet por la reconquista de sus cátedras, parece agregar el entusiasmo de sus propios gritos al ambiente nervioso de la lección dramática. Como todos los grandes historiadores Mathiez sabe revivir, en efecto, las pasiones que analiza, y al poco rato de escucharlo es imposible sustraerse a la ilusión de las grandes asambleas en esa misma aula que parece tan fría cuando es Lalande quien la ocupa. Por eso, la primera vez que asistí a sus clases, con la devoción completa de quien le debe el haber aprendido a amar a Robespierre, me pareció que el sol que enrojecía las vidrieras del anfiteatro era aquel mismo sol de termidor que iluminó la frente del Incorruptible, y como Jaurès, en una tarde parecida, ganas me dieron de acercarme a Robespierre y de sentarme a su lado entre los jacobinos.

12 de enero de 1929.

IVÁN BUNIN, UN ACADÉMICO A 500 METROS*

Una tarde que nos encontrábamos —naturalmente— en «Le Dôme», Enrique Amorim trajo la noticia de que había leído no sé dónde que Iván Bunin vivía... María Vasiliev, que frecuentaba la tertulia, con ese eterno sombrero de oficio que han admirado ya varias generaciones, puso en duda la noticia, y con tan buenas razones que a muchos les pareció imposible. Varios recordaron, en efecto, algunos libros de Bunin firmados en 1898, y era difícil creer que un autor célebre en aquel entonces continuara gozando todavía la dicha de mirar la luz del sol. Por su parte, el vizconde de Lazcano Tegui, que se consideraría ofendido si no tuviera una respuesta para cada pregunta, sostuvo, con su tono habitual, que Bunin había muerto hacía algunos años, y que su cuerpo descansaba no muy lejos, en el cementerio Montparnasse. Pero como Amorim no se dio por convencido, y como Carlos Pirán dijera haber leído no hace mucho una polémica sabrosa entre Romain Rolland e Iván Bunin, se resolvió averiguar en los diversos diarios rusos de París el domicilio del problemático cadáver.

Valía la pena conseguirlo, y era muy explicable la curiosidad. Bunin es, en efecto, uno de los más ilustres maestros de la novela rusa. Admirado desde hace muchos años, ocurre con él lo que con tantos otros escritores rusos —Korolenko, Averchenko, Kuprin— cuyos lectores habituales no se preocupan de situarlos en el tiempo tomando como puntos de reparo los acontecimientos culminantes de la vida política en su patria. Saber si Bunin había muerto o no, era, pues, una cuestión que casi no tenía sentido, y por eso la posibilidad de que viviera y se entremezclara a las preocupaciones del momento, era para todos, más que una sorpresa, casi una decepción...

Al día siguiente Amorim, más contento que nunca, nos dio la solución: en *La Renaissance* le habían informado que Bunin vivía en Grasse, en una villa llamada Belvedère; y como por fortuna a los pocos días salíamos para la Costa Azul con Amorim, Pirán y Cáceres, nuestro viaje adquiría las proporciones de una aventura literaria: la discusión comenzada en «Le Dôme» terminaría inesperadamente en un apretón de manos a Bunin. Encontrarlo en Grasse, era, por lo tanto, el único problema. El ilustre anciano, seguramente octogenario, ¿sería accesible a los curiosos? Su residencia en Grasse, ¿no obedecería, acaso, a los mismos motivos de salud que a Gorki lo llevan unas veces a Suiza, otras veces a Italia?

Nada de eso era improbable, y mientras caminábamos los cuatro por las calles de Grasse sobre la nieve quebradiza —una de esas nieves de sorpresa que a veces cae en la Costa Azul—, anticipábamos con buen humor las aco-

* *El Hogar*. Buenos Aires, 26 de abril de 1929.

gidas más variadas. Después de mucho andar y desandar nos encontramos de pronto al pie de la montaña, en un pequeño camino a cuya entrada estaba escrito en una placa de mármol: «Belvedère». Por él empezamos a trepar con excesiva confianza: la cuesta era tan pronunciada y tan molesta la mezcla del barro y de nieve, que a los primeros treinta metros nos detuvimos a tomar alimento; y como la escena se repitió poco trecho más arriba, Hugo Cáceres se detuvo, sacó del bolsillo un mazo de naipes y nos invitó a renunciar a la visita... Como no hubo manera de arrastrarlo, la caravana perdió así el primer compañero. Su derrotismo nos desalentó bastante, y cuando habríamos trepado unos cuatrocientos metros más, Carlos Pirán empezó a creer que Hugo Cáceres no había estado en realidad del todo mal... ¿Y si después de haber subido tanto resultaba que Bunin no iba a Grasse sino durante pocos meses, como Wells? ¿O si bien, simplemente, no admitía visitas, como Bernard Shaw, que aunque permite que en la playa de Antibes lo retraten desnudo no quiere que en su casa lo moleste nadie? Porque lo único que cada vez nos iba pareciendo más sensato era que Bunin había buscado allí un refugio a su vejez. «Si Bunin baja al pueblo alguna vez —decía Pirán— debe hacerlo atado de una soga...»

Unos metros más nos acercaron a la villa. Residencia modesta, de un exterior casi pobre. Una mujer hermosa y joven, después de interrogarnos en un pésimo francés, nos condujo casi en las tinieblas a través de varias piezas hasta una mezcla curiosa de celda y dormitorio. Una cama humildísima, de hierro, arrimada a la pared. Una mesa ancha, de pino, cubierta de papeles y de libros. Tres o cuatro cuadros horribles, con «mujeres» de Gibson. Un canasto en un rincón, y apoyado sobre él algo así como un baúl de cuero. La pieza de un trabajador, de un santo o de un avaro...

Con su irreverencia habitual, Pirán hurgó en los papeles: borradores escritos a máquina y a mano, libros en ruso, recortes de revistas. No contento con eso revolvió unos frascos con aspecto de remedios: comprimidos de sales biliares, pastillas reguladoras de funciones digestivas... El descubrimiento de Pirán nos inquietó tanto casi como un grueso bastón colgado en el perchero: nuestro dueño de casa sufría, por lo visto, de aquellas enfermedades que más agrían el carácter...

De pronto, la puerta se abrió casi con rudeza. Delante nuestro estaba Bunin. Con la *robe de chambre* roja, abotonada hasta el cuello, parecía, por la apostura y por el gesto, un oficial del ejército que acababa de dejar en el vestíbulo su sable y su morrión. Con cortesía, pero sin cordialidad, nos estrechó las manos, se sentó en el escritorio y esperó que habláramos. Una cabeza varonil y hermosa, a pesar del color amarillo de los hepáticos. El cabello gris, muy corto, peinado con cuidado. Los ojos azules, inteligentes y fríos, parecían agrandarse dentro del círculo profundo de las ojeras. El rostro, rasurado, tenía la dureza de las gentes acostumbradas a ser obedecidas, y en la nitidez de la nariz y la mandíbula parecía revivir la voluntad imperiosa del condotiero de Messina. En vez del viejo que esperábamos teníamos al frente de nosotros un hombre todavía vigoroso, capaz de recorrer a trancos la montaña.

Entre Amorim y Pirán lo acribillamos a preguntas. Que sus libros fueran conocidos en Buenos Aires lo hizo reír un poco, con una risa amarga y un poco despectiva que nos desconcertó. Sabía vagamente que algún libro había sido traducido al castellano, pero no reconocía ni siquiera el nombre de su traductor. Por otro lado, no le habían pagado un solo céntimo, y la estafa del editor no parecía preocuparle. El único mercado que le interesaba, aparte del ruso, por supuesto, era el francés y el yanqui. Cuando le hablamos de la literatura contemporánea de su patria, los únicos nombres que se le ocurrieron fueron los de Kuprin, Merezhkovski y Gorki. De los dos primeros dijo tan sólo que eran «muy conocidos»; del último comentó burlonamente, con su risa desafinada y exasperante, la reciente conversión al comunismo. Estaba allí, en efecto, el punto más sensible, y para los jóvenes escritores de la nueva Rusia no tuvo más palabras que este adjetivo repetido: «son demasiado salvajes, demasiado salvajes...» Se sabía, sin embargo, admirado y respetado por los jóvenes, pero la Revolución lo desespera. Expatriado en 1918, aguarda desde entonces su fracaso. Cree en él con una confianza absoluta, y espera regresar muy pronto a su país a recoger sus antiguos honores de académico...

Ante la nueva realidad que se elabora ante sus ojos, no ha tenido más reacción que la del egoísta que siente su comodidad amenazada. «Comodidad» era, en efecto, lo que más repetía. En Capri ha vivido unos años porque se está muy cómodo; a París partirá en breve porque no ha encontrado en Grasse la comodidad para escribir que había buscado; y su gran argumento contra el gobierno de su patria es que el pan ha llegado a costar alrededor de veinte francos...

El académico que hay en él no le permite comprender a los «salvajes»; el burgués no le deja, tampoco, aproximarse a la Revolución. Entre él y Esenin —para no hablar de los vivos—, se ha levantado la muralla infranqueable de una nueva conciencia: maneras de pensar y de sentir que un hombre envejecido no podrá alcanzar jamás. Bunin seguirá, sin duda, trabajando y produciendo novelas indiscutiblemente hermosas, pero su pueblo ha marchado más ligero que él, y aunque la imprenta siga poniendo al pie de sus libros la fecha en que vivimos, los historiadores de la literatura rusa ubicarán sus obras últimas junto a los libros de su juventud...

Envuelto en su egoísmo y en su amargura, no debiera salir jamás de Grasse. A quinientos metros, en el extremo de un sendero casi inaccesible, el académico Bunin está más en su ambiente que en París; y en su mismo aislamiento orgulloso tendría aún más elocuencia esa tragedia suya, que es la tragedia de tantos espíritus estrechos: no levantar la mirada por encima del accidente egoísta, y no reconocer en los «salvajes» a los obreros gloriosos de un nuevo gran período en la historia.

Niza, 26 de enero de 1929.

ERICH MARIA REMARQUE: *SIN NOVEDAD EN EL FRENTE**

Al comentar el éxito rotundo de *Sin novedad en el frente* —la gran novela de Remarque, traducida últimamente al francés y al español con fortuna parecida— una de las revistas de Berlín hacía notar que el triunfo resultaba en cierto modo inexplicable si se tiene en cuenta que la obra «pertenece a un género que hace ya muchos años dejó de interesar». Cabe ahora preguntarnos: la literatura de la guerra ¿puede alguna vez dejar de interesar? *El fuego* de Barbusse, la *Vida de mártires* de Duhamel, ¿quedarán en la historia literaria como el simple reflejo de un momento a igual título que *La debacle* de Zola o los *Cuentos del lunes* de Daudet? La guerra que durante cuatro años desangró al mundo ¿será tan sólo un episodio que en gran parte hemos olvidado ya? La boga del arte negro, de la novela de aventuras, de la poesía arlequinesca induciría a creer que sí. ¿Quién podría reconocer acaso la menor huella de la gran tragedia en el *Kodak* de Blaise Cendrars, en los cuadernos de Rilke, en las novelas de Benoit, en la música pura de Erik Satie? Las formas actuales de la oposición al clasicismo coinciden todas en situar al arte en el límite mismo de la originalidad y del absurdo. Su mundo sería así su reino aparte, creando para sí sus propias leyes; un mundo de convención y de artificio hasta el cual no llegan nunca las inquietudes humanas. El arte contemporáneo tendría así el significado verdadero de una fuga. La realidad que lo rodea tiene estremecimientos demasiado temibles para ser contemplados sin peligro; expulsarlos de un arte que se deshumaniza será, por consiguiente, la mejor manera de engañarse y de olvidarlos. «Os complacéis en una estética pura —ha dicho Emmanuel Berl en un panfleto vigoroso— porque el hombre moderno os espanta; no os preocupáis de la manera en que se expresa porque no queréis considerar la manera como vive.»

De tiempo en tiempo, sin embargo, algún espíritu valiente deja a un lado las contorsiones del «arte puro» para inclinarse con emoción profunda sobre la nueva y patética conciencia humana. Su llamado tiene entonces un acento tan sincero que todo lo demás resulta al lado suyo ridículamente falso y caprichoso. Hacía ya varios años que no resonaba en el mundo una voz parecida a ésta que nos llega ahora de las jóvenes generaciones alemanas. Como quien con mano impaciente descorriera una cortina, Erich María Remarque ha recordado de pronto a la sociedad en que vivimos la llaga sangrienta que la llevará a la tumba. No importa que reduciendo voluntariamente el alcance de su gesto pretenda informarnos nada más que sobre «una generación destruida por la guerra; totalmente destruida aunque las

* *El Hogar*. Buenos Aires, 27 de septiembre de 1929.

granadas la olvidasen». La tempestad que agita cada página del libro tiene un significado universal, infinitamente más extenso que el de la crisis reducida en el cual quiso encerrarla. La tragedia dantesca que *Sin novedad en el frente* resucita ante nuestros ojos con un vigor alucinante, no es de esos conflictos que alteran un instante el panorama político sin comprometer en lo más mínimo los cimientos profundos. De tales guerras la literatura podrá dar una interpretación emocionada pero que será tan fugaz como el recuerdo del suceso mismo; mas de esta otra guerra, que no sabiendo cómo llamarla se la dice «grande», la literatura seguirá sintiendo quién sabe aún por cuánto tiempo su aliento resquemante. Ya no era en ella la lucha de dos pueblos que confiaban a las armas sus viejos odios; era el conflicto mundial en su aspecto desnudo de luchas de clases, el suicidio de un régimen que no encontraba más solución a sus crímenes que la hoguera que envolviera a todos en la misma llamarada. Con la visión implacable del que regresa de entre los muertos, Remarque ha trazado un panorama de una verdad salvaje. No es la batalla coloreada y menuda que Liliencron nos dio, ni la guerra novelesca de Dumur, ni el asalto lírico de Dorgelès. Es la guerra sin hipocresía y sin grandilocuencia; la guerra asesina que los soldados vieron; la guerra macabra de mandíbulas descarnadas y de órbitas huecas. La misma evocación tétrica de *El fuego*, pero sin la insistencia de aquélla en la única nota de horror. En la guerra de Remarque cabe hasta la risa; risa desafinada de un organismo demasiado tenso pero capaz de asegurar por un momento la relajación y el desahogo. Remarque ha encontrado así un nuevo aspecto del dolor, más que las heridas, la suciedad y la inmundicia, ¡cómo hace de daño esa risa de guerra! Trinchera francesa de Barbusse, trinchera alemana de Remarque: la misma miseria, la misma angustia, la misma indignación. «Nuestras manos son tierra; nuestros cuerpos, barro; nuestros ojos, charcos de lluvia. Ya no sabemos si vivimos.»

¿Quién se atrevería a hablar todavía de grandeza guerrera?

El Pablo Bäumer del libro de Remarque se sabe deshecho por la guerra; fatigado, roído, calcinado totalmente. Pero aún subsiste en él una fuerza tremenda: la acusación que persigue a los culpables. El peligro inminente ha dado a su lenguaje una concisión vigorosa. Las grandes frases que circulan en los libros serían en sus labios una burla sangrienta. Su silencio es por eso de una intensidad dramática, y en las palabras que a veces dice se adivina que el pensamiento va más allá de la expresión. Como ese Peeperkorn de que nos habla Tomás Mann, incapaz de redondear la más simple de las frases, pero en quien el balbuceo no está exento de grandeza, el héroe de Remarque da a cada instante la impresión angustiosa de una verdad que lo ahoga; la misma verdad sin duda que Duhamel sospecha sobre los labios del hombre «de la garganta herida». La indignación y el dolor de la víctima se vuelven en su rebeldía contra aquellos que más poder tuvieron en su alma: el maestro que le mintió sobre la vida y el padre que lo entregó indefenso a esa mentira. La joven literatura de Alemania abunda en ejemplos de una reacción parecida: desde el *Peter Camenzynd*, de Hermann Hesse

hasta los niños ladrones de Leonardo Frank. El padre autoritario y el hijo insumiso adquirían de pronto un valor simbólico, y era el conflicto de una generación que pedía cuenta a sus mayores el que estallaba en el grito del drama de Hasenclever: «Nosotros no somos dementes; somos hombres y vivimos; vivimos doblemente porque queréis asesinarnos... entreguen, entréguennos la libertad.» ¡Qué distancia entre ese grito desesperado del teatro de hoy y la confianza orgullosa del teatro de otros años, cuando Wildenbruch, por ejemplo, llevaba a la escena los antepasados guerreros y los hacía profetizar a través de los siglos la victoria de Sedán! La Esparta prusiana enemiga de los valores del espíritu, que Bleibtren había denunciado, sólo perseguía en el hombre «el material utilizable». La policía, el cuartel y la escuela borraban del individuo todo lo que pudiera representar un perfil singular, una reacción disconforme, un asomo de inquietud personal. La mano de hierro que estrangulaba a la nación no ahogó en ella, la fortuna, los impulsos más nobles, y ya en plena primavera del Reich la voz valiente de Herman Conradi pronosticaba para el reino de Guillermo II el desastre irremediable de su generación. La revolución que hizo surgir a la república entre las ruinas del imperio rompió los moldes rígidos del despotismo y reencendió en el alma germana el orgullo de sentirse solidaria con un algo más vasto que su pueblo. Al hombre fragmentario del ideal guillermino, desarticulado por la sociedad en que vivía, ha sucedido el *gesamtmensch* del ideal contemporáneo, el «hombre todo» de Goethe capaz de comprender y de sentir la compleja diversidad del mundo. Es la Alemania humanizada y generosa de la tradición weimariana; la «joven Alemania» de los sueños del 48; la «Alemania Atenea» que Hauptmann saludaba.

El libro extraordinario de Remarque entronca así con lo más puro de la tradición liberal de su país, y viene a reavivar a los once años de la guerra todo el horror del crimen que la sociedad burguesa lleva en su conciencia. Su héroe, cierto es, ha quedado tendido sobre el frente, en un día tan tranquilo que los comunicados anunciaron que no había novedad; pero el sarcasmo terrible de esa muerte no arranca de nosotros el gesto inútil del que sufre en la desesperación. Escrito en plena guerra, *El fuego* (1917), podía dejar la impresión final de un cataclismo sin esperanzas; doce años después, y aunque Remarque no lo diga, no ignoramos ya la salvación. ¿Qué sería, en efecto, de nosotros, hombres de todas las naciones —de los que sufrieron en su carne, de los que sufrimos desde lejos— si ese fuego terrible de la guerra no anunciara la necesidad ineludible de una resurrección?

«La herencia a la cual no puedes escapar —ha escrito Goethe—, asesínala, para poseerla.» Si el régimen social en que vivimos tiene en la guerra su fruto maldito, ¿cómo no sentir frente a ese régimen la urgencia de liberarnos de él? *Sin novedad en el frente* nos invita a ello, y a lo largo de su vasta sinfonía parece resonar a cada instante el «muere y transfórmate» del *Crepúsculo de los dioses*: la bendición de una catástrofe que destruya hasta las bases para poder recomenzar entre las ruinas la obra de una creación imperfecta.

LOS DEBERES DE LA INTELIGENCIA*

Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, el 30 de junio de 1930, por invitación de la Agrupación Estudiantil Acción Reformista.

I. DE LOS DEBERES PARA CONSIGO MISMO

Cuando el Renacimiento quitó al hombre moderno la tutela del dogma, le dejó casi a ciegas con el instrumento maravilloso de su propia inteligencia. Había sido hasta entonces una partícula casi indiferenciada de una realidad más vasta y más compleja: el alma colectiva que se reflejaba en él y lo creaba. Sus opiniones y sus creencias, sus sentimientos y sus gustos, veníanle impuestos desde afuera, con una coerción tan violenta, que a veces le iba en ello la vida.

El espíritu moderno hallaba, así, en sus comienzos, obstáculos sociales en cierto modo insalvables. La robusta alma feudal se prolongaba de tal modo en la entraña misma de la Edad Moderna, que aún sentimos a veces en nuestros mismos días, su obstinada fiereza. Para ella la inteligencia no pasaba de ser un siervo más; y si le dejaba de vez en cuando una displicente libertad de niño, no se hacía esperar muy largo rato cuantas veces debía atajarla o reprimirla. El pensamiento se fue desarrollando así con una timidez que lo inhibía, y bajo la mirada vigilante de una sociedad temible, ensayaba aquí o allá sus inquietos balbuceos.[1]

Durante siglos, llevó en sus flancos la crueldad de un drama: el drama de quien habiéndose acercado a la verdad, no tiene el coraje de decirla o imponerla. Una carta de Buffon pone al desnudo ese dolor con un cinismo que aún hoy nos avergüenza.

> Es necesaria una religión para el pueblo —dice—. En las ciudades chicas, todo el mundo nos observa y es mejor no contrariar a nadie. En todos mis libros he puesto siempre el nombre del Creador; pero para entenderlos con exactitud, no hay más que quitar esa palabra y poner

* Tomado de Aníbal Ponce: *Obras*. Compilación y prólogo de Juan Marinello. Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1975.

[1] Erasmo, nada menos que Erasmo, escribía por entonces: «En cuanto a mí, no tengo inclinación a arriesgar mi vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio, y si el temor me invade, imitaré a San Pedro.» Citado por Painter: *Historia de la pedagogía*, p. 178. Ed. Jorro, Madrid, 1911. *(N. del A.)*
Las notas que aparecen en los trabajos de A. Ponce salvo aclaración pertenecen al autor. *(N. del E.)*

en su remplazo *la potencia de la Naturaleza.* Cuando la Sorbona me llamó al orden, no tuve ninguna dificultad en darle todas las satisfacciones que pretendía. Por la misma razón, cuando caiga enfermo y sienta aproximar mi fin, no tendré inconveniente en pedir los sacramentos. Nos debemos al culto público, y aquellos que proceden de otro modo no pasan de ser unos atolondrados. No se debe chocar con las creencias populares, como lo hacían Voltaire, Diderot, Helvecio. Este último era mi amigo; le recomendé muchas veces que se moderara, y si me hubiera escuchado, habría sido más feliz.[2]

Acaban ustedes de escucharlo: para ser «feliz» la Inteligencia comprendía que era necesario moderarse. Rehuyó desde entonces la verdad peligrosa, envolvió en nieblas la expresión arriesgada, cortó de raíces las inquietudes más altas. Cuando Cuvier le hablaba de sus *Revoluciones del globo,* Napoleón, le dijo: «Ocupaos de eso, pero no toquéis la *Biblia.*» No tocar la Biblia seguía siendo a comienzos del siglo XIX la primera prohibición de la Inteligencia; la Biblia, no entendida en el sentido literal de libro santo, sino en la significación más amplia que comprende por igual a la Iglesia poderosa que la respalda y a la sociedad conservadora que la apoya. En la advertencia terminante del Emperador, ¿no asoma acaso el mismo espíritu prudente y cínico que dicta al naturalista sus consejos a Helvecio? Evitar complicaciones, replegarse en límites modestos, no entrar en conflictos con la autoridad: he aquí la gran «sabiduría».

Sabiduría tímida y mezquina, a buen seguro, pero difícil de mantener no obstante la docilidad y la mansedumbre. La verdad más modesta, ¿no adquiere a veces proporciones enormes? El botánico simple que colecciona yerbas y el astrónomo despreocupado que colecciona astros, no sospechan la repercusión probable del descubrimiento humilde o del hallazgo feliz. Aún en la obediencia y el respeto la inteligencia resulta siempre un arma de dos filos: cuando Colenso descubrió que la liebre no es rumiante, ¿sospecharía ni por asomo que se le impondría en castigo la pérdida de su salario?[3]

¿Cómo aspirar, entonces, a la limpidez de alma del investigador sincero cuando se recela a cada rato de las consecuencias sociales de sus opiniones?

La Inteligencia de hoy, justo es decirlo, no siente como antes la brutal tutela de quien manda. Pero no ha perdido del todo su vieja servidumbre. Muchas ligaduras le quedan todavía por romper, y mientras el intelectual aguarde una dádiva, aspire a un favor, cuide una prebenda, seguirá revelando todavía en la marcha insegura y en la voz cortesana el rastro profundo de la antigua humillación.[4] La sociedad tiene hoy otras maneras, menos

[2] A. Labré: *Le conflict transformiste,* p. 21. Ed. Alcan, París, 1929.

[3] Citado por B. Russell: *La educación y el orden social,* p. 144. Ed. El Ombú, Buenos Aires.

[4] Sainte-Beuve, que conoció de cerca a muchos grandes hombres, afirmaba que la mayoría muere «en un verdadero estado de prostitución». Citado por Pierre Laserre: *Des romantiques à nous,* p. 57. Ed. Nouvelle Revue Critique, París.

duras pero no menos eficaces de constreñirlo a su servicio, y bien lo saben por cierto los que tuvieron el coraje de decir la verdad sin antes haber asegurado el pan de toda su vida.

¿No surge de ahí, imperioso y preciso, el primero de los deberes? ¿No salta a los ojos como una condición vital para la inteligencia la de arrancarla a la miseria que sólo enseña a mentir y adular, afianzando su independencia con el propio trabajo, en vez de andar mendigando del Estado la soldada despreciable que la ayude a vivir? La Inteligencia, en efecto, no podrá alcanzar la posesión completa sino después de haber conseguido su absoluta autonomía. La obediencia del hombre a sí mismo, que es el fundamento de la razón sin trabas, exige a su vez la única virtud que puede darle vida: *el culto de la dignidad personal como norma directriz de la conducta.* Nada que pueda merecer un reproche, nada que pueda significar una obsecuencia. Ahogar para eso las ambiciones mezquinas, los anhelos pequeños, el apetito de tantas cosas sin corazón ni belleza. Vigilarse por eso sin piedad, hacha en mano como quien cruza una selva. Si el camino es largo, más larga es la dicha de marchar por él.

No se aspira a vivir bajo el signo de la inteligencia sin contraer al mismo tiempo obligaciones estrictas, y porque Spinoza era un espíritu libre se creyó obligado a llevar la vida de un santo. Un pensador que sea al mismo tiempo un santo: ¿es posible concebir de otra manera los deberes de la inteligencia para consigo mismo?

II. DE LOS DEBERES PARA CON LOS DEMÁS

Cuando la inteligencia ha servido lealmente a la verdad, sin una inconsecuencia, sin una cobardía, ¿ha cumplido por eso con todos sus deberes? La vida que la rodea y que la impregna, ¿no tendrá exigencias que ella no pueda silenciar? Ignorarlas o desdeñarlas, ¿no será desconocer su verdadero destino, mutilando a sabiendas lo mejor de su espíritu? ¿Somos seres únicamente de comprensión y reflexión teorética? Junto al pensador que fundamenta sus conceptos en la frialdad y en la crítica, ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica capaz de inclinarse cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y sus dolores?

Tanto es el empeño en separar la inteligencia de la vida que se dijera que hay en ésta algún temor oculto, alguna usurpación que defender, algún gran crimen que disimular. Las sociedades, a decir verdad, no han estimado jamás al pensador. Lo han considerado, y con razón, como un hereje. No le perdonan sobre todo su originalidad, porque la originalidad es una de las formas de la indisciplina. Frente a un pensador que surge, la sociedad ha seguido dos caminos: o atraerlo para domesticarlo, o perseguirlo para concluir con él. Al pensador que se somete le llegan, sin duda, los agasajos y los honores, pero la sociedad no le confía otra misión que la de aquel sa-

cerdote a quien los hurones llevaban cada vez que salían a la pesca: predicar a los peces para que se decidan a morder...[5]

Respecto al pensador que no olvida sus deberes y los defiende virilmente, las sociedades modernas han variado un poco en su conducta: si en un principio pareció lo mejor hacerle la vida insoportable, se resolvió después comportarse con más habilidad. Los «herejes» tenían a veces hallazgos asombrosos: el que pasaba sus días borroneando signos sobre una pizarra encontraba una estrella al final de sus cálculos; el que se manchaba los dedos con reactivos y apestaba el aire con vapores descubría, sin saberlo, una nueva tintura para las telas. Peligrosos, sin duda, no eran, sin embargo, inútiles; y bien podía perdonárseles de buena gana el descubrimiento inservible de la estrella, por el proficuo hallazgo del teñido. La sociedad empezó a valorar así el rendimiento práctico de la inteligencia. Le creó bibliotecas, le instaló laboratorios, le regaló premios, le erigió estatuas. Pero se apresuró, naturalmente, a no dejarla salir de lo que dio en llamarle «sus dominios». Individuos capaces de demostrar que los gusanos no nacen de la materia corrompida o que el hombre no es el rey de la naturaleza, sino la expresión más evolucionada de un largo proceso, ¿qué consecuencias irían a extraer si en vez de consagrarse a los minerales o los fósiles les diera por volver los ojos a la organización de la ciudad y aseguraran después que la sociedad está fundada en la injusticia y la rapiña? «Un orden social que permite el examen de sus principios —ha dicho el general Cavaignac— es un orden social que está perdido.» Y así nació el sofismo del intelectual como un ser aislado y sin partido, extraño por completo a las luchas de la política, ajeno en absoluto a la vida de su mundo. Mezcla de generosidad aparente y de logrería efectiva, la soledad del intelectual no podía beneficiar sino a la burguesía. Por lo que tiene de cálculo y por lo que tiene de miedo, la teoría del intelectual ajeno a los partidos muestra, apenas se la estruja, la mezquindad inherente a la media alma burguesa. Aprovechar de él cuanto pueda representar un adelanto en la técnica, impedir en él las amenazas posibles de su mentalidad disciplinada y de su crítica sin velos.

Por pereza unos, por sequedad otros, muchos intelectuales acogieron la teoría. Les halagaba tal vez reconocer en ella un homenaje de los «hombres prácticos». Creían quizá aumentar así las proporciones de su propio *decorum*, y al no participar sino desde lejos en los tumultos de la plaza pública, no servir tampoco y en ninguna forma los intereses de nadie. Mas no faltó una catástrofe, uno de esos acontecimientos que estremecen el edificio social, para que el pensador solitario y el estudioso aislado descubrieran con sorpresa que no habían sido, a pesar del aislamiento y de las ínfulas, más que un episodio en la táctica de la burguesía. Colaboradores sin saberlo, de ella iban a recibir las órdenes; y Gentile remata con la camisa del fascismo

5 Lévy-Bruhl: *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, p. 278. Ed. Alcan, París.

su filosofía del espíritu como acto puro,[6] y Bergson va a repetir con voz escasa las disposiciones que le entrega el estado mayor de su país.[7]

En la trabazón de la vida moderna es inconcebible el aislamiento. Pero si no nos es dado segregarnos de los hombres y contemplarlos en un silencio altivo, no nos es posible tampoco acercarnos hasta ellos sin pasiones. Hay una hipocresía no menos interesada que la tesis del intelectual aislado, en la teoría que lo quiere tolerante e imparcial. ¿Cómo concebir la tolerancia cuando se tiene ideales? ¿Cómo desentendernos de su suerte hasta admitir en el ideal de los otros un valor por lo menos igual al de los nuestros? ¿Quién diría que ha sido capaz de trepar tan alto que ha llegado a dominar el bien y el mal, hasta verlos mezclar el curso de sus aguas? El que siente las propias ideas como siente latir la sangre en las arterias tiene de antemano dictada su actitud frente a los hombres. No puede concebir la tolerancia sino en los conflictos que le son indiferentes. Ante la terrible realidad social, ¿quién tendría el valor de declararse indiferente? Y aun en ese caso, ¿confesar tal actitud no equivaldría más o menos a tomar una postura? En su prosa transparente —transparente a fuerza de ceñirse al cuerpo de la idea— así lo afirmó Lenin. «La indiferencia, dice, es la saciedad política. Es necesario estar repleto para mostrarse "indiferente" frente a un trozo de pan. Confesar la indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados»...[8]

La inteligencia no podría adherirse a ese partido. Su estructura misma se lo niega. *Inteligencia* es, sin duda, comprender, pero es también crear. La inteligencia no vive sino por el asombro. Allí donde nadie ve un problema ella conserva intacta su excitante capacidad de sorprenderse. Cada sorpresa es un acicate de su propio dinamismo, un motivo de investigaciones infinitas. Cada solución que atisba le lleva a su vez a otros problemas; muchas hipótesis se le deshacen muy pronto entre las manos, y así, de esa manera, devorándose a sí misma, asistiendo trágicamente a su propio trabajo, la inteligencia busca las soluciones que persigue. Cuando las encuentra, y las encuentra siempre —*ignoramus, no ignorabimus*— el alborozo legítimo que la reacción triunfal señala en la marcha del mundo el nacimiento de algo nuevo, tan original y tan inédito que la inteligencia adquiere en este aspecto los caracteres verdaderos de la invención.

Y ahora, digo yo, ¿un mecanismo tan sutil podría abrazar el partido de los que niegan el derecho de asombrarse? Acaso un proceso que marcha paso a paso hacia lo desconocido, criticándose a sí mismo con crueldad implacable, ¿iría a sancionar la quietud del dogma, la rutina de las tradiciones, el gozo panglosiano de los que nada esperan? ¿Cómo al encontrarse de pronto

6 Pocos libros que dejen una impresión más penosa que *Fascismo e cultura*, de Giovanni Gentile.

7 Véase en especial François Aroquet: *La fin d'une parade philosophique: le bergsonisme*, pp. 97 y ss.

8 Citado por Valerio Marcu: *Lenin*, p. 168. Ed. Payot, París.

con el drama del mundo no habría de sorprenderse ante tanta miseria, ante tanta iniquidad, ante tanta injusticia? ¿No sería más bien para enrojecer de cólera por haber creído en cuantos le engañaban, en los que le alejaron alguna vez de esos dolores diciéndole que eran mentiras, en los que le distrajeron también diciéndole que no debía preocuparle? Buscar la solución honradamente, ¿no equivale a poner la inteligencia sobre el camino de la Revolución? ¿Quién habría de encontrarla, conformista y resignada, cuando se trata de hallar precisamente un nuevo ritmo en la historia, una nueva patética conciencia humana?

Tiene de un lado la legión siempre poderosa de sus viejos amos: la autoridad, la jerarquía, el orden; tiene del otro los aliados de siempre: la rebelión, la inquietud, la negación. El conflicto de la inteligencia y de la sociedad ¿no es por ventura la antinomia de la negación y el orden? El orden es lo fijo, lo aceptado, lo reverenciable; la negación es la reacción contra ese orden en la esperanza de construir uno mejor. Preocupación incesante, superación continua, perfeccionamiento infinito. Mirar todo lo hecho con ojos nuevos, empinarse para ver más lejos y más alto, apoyarse sobre hoy para alcanzar mañana. Junto al pensador y al santo, el profeta y el predicador. Ya no más la inteligencia que encuentra en sí el propio gozo: ¿de qué modo comparar su placer egoísta con el estremecimiento generoso del profeta que alza una esperanza nueva, del predicador que la desparrama y la vivifica, la multiplica en las almas, la enciende en los corazones?

III. LA REVOLUCIÓN Y LA INTELIGENCIA

La inteligencia puesta al servicio de la revolución ¿qué papel podrá tener en ella? ¿Consejera, inspiradora, guía?

Las revoluciones que transforman la sociedad y desplazan la propiedad tienen un proceso laborioso y oscuro que exige la marcha de los siglos. Pero han nacido siempre de un desacuerdo entre las instituciones y las costumbres, entre un mundo que nace y un mundo que no quiere morir. Los años y las circunstancias han ido ensanchando el desacuerdo, afirmando los contrastes poniendo en conflicto la letra y el espíritu. Los signos de la desarmonía no son igualmente visibles para todos. Pero aquí y allá se imponen a veces con una evidencia tal que no es posible el error: la historia prepara entre el juego ciego de sus fuerzas el advenimiento inminente de una nueva realidad. A sabienda los menos, ignorándolo los más, todos van arrastrados por aquel empuje irresistible. Nadie puede impedirlo, contenerlo, desviarlo. Los mismos que intentan remontar su curso son pasajeros que caminan para atrás en el interior de un tren en marcha.

Agentes ignorados se incorporan sin cesar de todas partes, y poco a poco entre resistencias y crujidos empieza a asomar una conciencia oscura. El destino nos hace vivir hoy una de esas horas de la historia que no se escuchan sino muy de siglo en siglo. En las confusas manifestaciones del vivir

contemporáneo asoma ya un alma nueva. Elevarla a plena luz, traducirla en doctrina, encenderla en ideales, esa es la obra de la inteligencia: bajo su aliento, lo que no era hasta entonces sino sorda rebeldía, asciende ahora a Revolución. La inquietud y el descontento pueden engendrar motines; las revoluciones, en cambio, sólo estallan cuando la clase que aspira a conformar sus intereses ha ido adquiriendo en escaramuzas previas la exactitud de su rumbo y el conocimiento de sus fuerzas. El rumor de las masas que hoy despiertan en el mundo no es, por eso, el gesto de los desesperados y de los ofendidos; es la ascensión de una clase vigorosa que impone con su acción su ideología; ayer la *Enciclopedia* y *El contrato social;* hoy, el caudal de las ciencias y el pensamiento de Marx. Inspiradora, consejera y guía, la inteligencia encierra así la posibilidad de las realizaciones que sugiere o de las realizaciones que pronostica, y es bien sabido que son las notas de Marx sobre la Comuna de París, las que habrían de dirigir, medio siglo después, las grandes líneas de la organización de los soviets.

La inteligencia no se incorpora, pues, a la Revolución como quien se adhiere precipitadamente a un movimiento que supone generoso. «No se es revolucionario —decía Lázaro Carnot—, se llega a serlo.» Aunque la historia se va haciendo en la conciencia de los hombres, obedecemos en el fondo a corrientes poderosas que nos mueven. Sin el estudio profundo de la realidad social, sin el conocimiento acabado de sus pensadores y de sus teóricos, sin la reflexión crítica que suprime o suple las deficiencias de una ideología, sin la madurez que sólo dan las meditaciones precozmente comenzadas, toda invocación a la revolución, por resonante que sea, no pasará más allá de un gesto o de un saludo. Barnave se incorporó a la revolución el día en que la madre fue expulsada por un noble de su palco en el teatro de Grenoble.[9] Pero no habían pasado muchos años cuando los ojos tristes de una reina en desgracia le entibiaron la fe. Un impulso lo había llevado a la revolución; otro impulso lo alejaba.

Las desconfianzas del proletariado hacia los intelectuales —más exageradas que injustas— no tienen otro origen. ¿Cómo aceptar por aliados a esos estetas a lo Ruskin que sólo ven en la miseria un obstáculo a la belleza? ¿Qué pensar de esos poetas que a la manera de Baudelaire en el 48 no rehuyen el fuego de la barricada pero dirigen después y casi al mismo tiempo un periódico católico? Tantas veces engañado, tantas veces mentido, el proletariado aspira a construir con sus propias fuerzas la empresa gigantesca de su emancipación. ¿Mirará por eso con más benevolencia a los «técnicos» salidos de sus filas, dispuestos a realizar la Revolución como quien construye un puente?

Ni «impulsiva» ni «técnica», la inteligencia es la levadura indispensable de la revolución. Su apóstol más entusiasmado ¿no fue acaso un filósofo?

9. A. Mathiez: *La révolution française*, t. I, p. 13. Ed. Coelin, París.

El método con el cual renovó la economía ¿no era acaso el mismo que Feuerbach y Strauss llevaban a la historia de las religiones? La misma facilidad con que el marxismo se adapta a otras disciplinas ¿no indicará que a pesar de las diferencias de los medios el intelectual encuentra en ese método la atmósfera indispensable a su inteligencia? La causa del proletariado es por eso su causa, y si para destruir puede bastar la pica, para construir es necesario la escuadra y el compás.

No ignoro la responsabilidad de lo que digo, pero sería traicionar la confianza que me trajo hasta aquí si no os dijera derechamente lo que constituye para mí el deber más urgente de la hora. La cuestión social no existe si no para los que la sufren y para los que la estudian. Os he invitado a estudiarla cordialmente, con sinceridad y con amor. Si la nobleza instintiva de la juventud os ha acercado a ella no creáis que la servís con vuestro solo entusiasmo. Adentraos sin temor en el estudio de la economía y de la historia, iniciaos sin recelo en la lectura de sus clásicos, seguid paso a paso, a través de los siglos, la marea creciente del proletariado. Si a veces la letra es árida os reconfortará saber que cada línea tiene ya en la historia una repercusión prolongada. Sólo así, por la meditación y por el estudio, podréis incorporar a vuestra personalidad la preocupación social que la anime y que la oriente. No abandonéis por eso el sector de la naturaleza o de la vida que había despertado vuestra curiosidad primera. En él encontraréis gozos intelectuales de otro orden, pero no más puros ni más hondos. Trabajadlo intensamente hasta sentir en él la alegría de haber encontrado algo nuevo; pero, que el laboratorio, la biblioteca o el bufete tengan amplias ventanas siempre abiertas. Que nada de lo que ocurre afuera pueda seros extraño; que ningún tumulto pueda llegar a importunaros. Al especialista fragmentario que fue el ideal de otro tiempo, oponed el *gesamtmensch* del ideal contemporáneo, el «hombre-todo» de Goethe, capaz de sufrir y comprender la compleja diversidad del mundo. Sin esa sed que eleva y universaliza, que las glorias más puras os parezcan disminuidas. Ninguna vida más alta que la de Pasteur, ninguna inspiración más noble. Pero cuando le escuchamos opinar en política y en religión con las mismas opiniones de su cocinera, sentimos que aquella vida ejemplar no fue sin embargo completa y a pesar del cariño y de la admiración un rubor nos confunde y nos humilla.

No desdeñéis tampoco el arte y la belleza, ni os deslicéis a la exigencia absurda de querer socializarlos. Son expresión de lo que hay en nosotros de más individual y merecen sin duda la devoción apasionada. Por eso también, cuando sabemos que Emerson paseaba bajo el cielo de Italia y arrastraba penosamente su fastidio por la Florencia incomparable, sentimos de igual modo una profunda pena porque fuerza nos es reconocer que le faltaba al apóstol una cuerda en su alma. La vida sin duda no es sueño ni nostalgia, pero a pesar de su aparente despego, los poetas ayudan también al Universo

a realizar sus fines.[10] La vida es acción, la vida es batalla, pero no toda es lucha y vigilia. Allá en los subsuelos del alma siempre hay un sordo rumor de voces que nos alejarían de la acción si les prestáramos oídos. Escuchémoslo sin embargo algunas veces, y aunque seamos sensibles a su engañosa armonía, que sea para nosotros como el descanso de un remero que pone el barco a vela.

Los días que vivimos son de prueba. No os engañen las calmas aparentes. Hay una guerra de todos los días, de todas las horas. No es posible una paz duradera mientras subsista el capitalismo. El menor de los actos tiene así un significado preciso. Sepamos siempre para quien trabajamos. Cada desfallecimiento es un triunfo de los otros, cada inconsecuencia una traición. Seréis, pues, responsables de vuestros gestos, de vuestras actitudes, de vuestra vida. Pero si la tarea es dura, las horas no perderán por eso su alegría. ¿No estaréis acaso compensados de sobra al saberos solidarios con un algo más vasto que vuestro propio pueblo? A la visión estrecha de las doctrinas del pasado ¿no oponéis acaso la vasta alma moderna?

Renunciaréis sin duda a muchas vanidades; chocaréis muchas veces con muchas incomprensiones; las vanidades que dan los éxitos de la figuración y la «carrera»; las incomprensiones de todos los egoístas que se instalaron en la vida como en un buen sillón. ¿Pero qué pueden significar los sacrificios a la edad en que se tiene el orgullo de vivir la propia vida, con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal? ¿Qué pueden significar los sacrificios si al mezclaros a la vida de la época y al batallar en ella, vais sintiendo al mismo tiempo que os aumenta en tamaño el corazón?

HENRI WALLON Y EL CONGRESO DE BRUSELAS*

Conocí a Wallon hace algunos años en el laboratorio de Piéron en la Sorbona. Era ya director de la Escuela Práctica de Altos Estudios y acababa de publicar su magistral ensayo sobre *El niño turbulento*. Me encontré con un hombre alto y de maneras un poco tímidas, pero casi en seguida espontáneo y cordial. Psiquiatra sobre todo, había llevado al estudio de los niños retardados y difíciles su fuerte cultura de médico psicólogo. Tenía a su cargo en la Sorbona un curso, psicopedagogía y le preocupaba en ese momen-

10 . Marx, que admiró a Heine con entusiasmo de artista, y que había escrito en la juventud sus buenos tres cuadernos de poesías; entendía que a los poetas había que dejarlos marchar libremente por la vida y que no se los podía medir por el rasero de los otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco, si se quería que cantasen; con ellos; no valían las críticas severas. Ver Mehring: *Carlos Marx, historia de su vida.* Trad. Roces, p. 94, Cenit, Madrid, 1932.

* *Córdoba.* Córdoba, Argentina, [s.f.].

to los orígenes del carácter en los niños. Me vinculé a él desde entonces, con una amistad de camarada, y lo mismo en la Sorbona que en su propio consultorio, me complacía escucharlo conversar sobre las doctrinas y los hombres que agitaban en ese momento la psicología y la psiquiatría.

Lo he vuelto a ver ahora, al día siguiente de su llegada a París, después de haber asistido en Bruselas al Congreso Mundial de Estudiantes Antifascistas y de haber leído allí un informe valiente y meduloso. En los cinco años que yo no lo veía muchas cosas han cambiado en él. No es su físico, que lo conserva intacto a pesar de haber doblado el medio siglo, sino en su conducta social y en su orientación política. Cuando lo conocí por vez primera era un joven sabio de la Sorbona, disciplinado y concienzudo como todos, pero como todos también encerrado en su cátedra y en su especialidad. Los años que han corrido desde entonces han provocado en el mundo luchas tan agudas, amenazas tan terribles, que ni el hombre de laboratorio puede sentirse extraño. El fascismo italiano primero, el alemán y austríaco después, han arrojado contra la cultura del mundo un desafío tan brutal, que no hay un solo hombre de laboratorio o de biblioteca, que no sienta amenazados los cimientos mismos de la vida intelectual. Sin arrancarlo de su laboratorio —y la prueba está en que acaba de publicar precisamente *Les origines du caractère chez l'enfant*— la reacción del fascismo y la amenaza de la guerra que ella implica, han llevado a Wallon, como a toda la *élite* de los sabios franceses, desde Langevin y Lévy-Bruhl, a defender con varonil energía los fueros amenazados de la inteligencia y la cultura. Desde Buenos Aires lo había visto figurar en comités y agrupaciones de acentuado carácter antifascista; pero he aprendido recién cómo es de activa su participación, cómo es de decidida su lucha. Ha ganado con ello en la admiración y en el respeto. Hasta ayer no era más que un sabio. Hoy es un hombre completo.

Se lo dije, no sin emoción, cuando nos volvimos a encontrar. En la biblioteca de su casa de la rue de la Tour alternan ahora los libros de psicología y psiquiatría, con los de economía política e información social. Sobre el escritorio, bajo la luz azulina de la lámpara, se amontonan los borradores del libro próximo y los informes y las notas del congreso reciente. De su gastada carpeta de profesor ha sacado, para mostrarme, recortes de diarios, papeles de apuntes, folletos y mensajes. Y como yo le pidiera un panorama del congreso de Bruselas —congreso mundial de estudiantes apoyados por los más grandes nombres de la literatura y de la ciencia—, Henri Wallon comenzó a hablar de esta manera:

—La crisis irremediable del capitalismo ha traído una crisis no menos irremediable de su cultura. A los gobiernos de la burguesía actual no les interesa más que convertir a las escuelas y a las universidades en centros preparatorios para la próxima masacre, y a los estudiantes en sirvientes de sus intereses cuando no en rompehuelgas y asesinos. Una cruzada se ha desencadenado contra la ciencia. En el siglo de las expediciones a la estratósfera, se la quiere forzar a transformarse de nuevo en blanda arcilla que los teólogos y los místicos moldean. La restricción de la producción no ha traído únicamente el paro de millones de obreros, sino también de millares de técnicos. ¿Qué hacer con el fruto de nuestros estudios, con la pasión de investigar, que es el alma de la ciencia? La inmensa mayoría de los estudiantes se sienten ahora de más. Después de muchos años de estudios, los ingenieros y los químicos, los médicos y los abogados, los profesores y los arquitectos, no saben qué hacer con sus diplomas: se desprecia su actividad, se destruyen sus inventos. Pocas generaciones estudiantiles han sido más sacrificadas que la actual. Apenas comienzan su vida en las escuelas, y ya todo les dice que el mundo en que viven es absolutamete incapaz de utilizar sus conocimientos científicos y sus capacidades técnicas. Los hipócritas gobiernos de la burguesía les mienten a cada rato con el elogio de la Juventud y la exaltación mesiánica de su misión. No sólo en Alemania y en Italia ha resonado mil veces el grito engañoso: «es la Juventud la que debe guiar la política». Pero, ¿qué da el fascismo a esa juventud? Henri Barbusse lo ha dicho muy bien en un hermoso mensaje a los estudiantes: la triste gloria de ser los *gardes du corps* del capitalismo en agonía. Mientras de un lado se los adula con zalamerías equívocas, del otro se los ataja y rechaza en las escuelas. No sólo se aumentan los años de estudios y los gastos que exigen, sino que una intensa campaña a través de los diarios trata de convencerles de que son ellos mismos los que tienen la culpa. Hay demasiados maestros, les dicen, mientras en las aulas primarias hay que amontonar a veces hasta setenta alumnos. Hay demasiados médicos, se les repite, y millares de obreros y de campesinos mueren aquí y en las colonias suspirando por un médico. Militarizar la escuela, convertir los ejercicios físicos en ejercicios de guerra, obligar a los estudiantes a separarse de las aulas para volcarse en el ejército: he ahí en lo esencial lo que el fascismo se propone. Y no por cierto el fascismo desenmascarado de Alemania o Italia. En la democrática Inglaterra sobre cada libra esterlina arrancada por los impuestos, doce chelines con once peniques van para la guerra; ¡y un chelín con cinco peniques para la enseñanza! En Suiza, en Polonia, en los Estados Unidos de América del Norte, los estudiantes deben pasar seis meses en los llamados «campos de trabajo» antes de incorporarse a la universidad. Se les enseña allí el manejo de todas las armas como en un servicio auxiliar de formación militar. Los estudiantes del mundo entero se sienten, pues, candidatos seguros a la miseria y a la guerra. Los sabios arrojados de las cátedras, los libros echados a la hoguera; he ahí el espectáculo que la burguesía les presenta como ejemplo. La situación no puede ser más trágica. ¿Los estudiantes se arrojarán por eso a la desesperación? La prueba que han dado en Bruselas no puede ser más magnífica. Cuarenta y tres países estuvieron representados por intermedio de trescientos ochenta delegados. Habían venido desde Egipto, Persia, Siria, Indonesia, Puerto Rico. Los había de todos los partidos y de todos los credos: liberales, cristianos, socialistas, pacifistas, comunistas, nacionalistas. De todas las especialidades también: derecho, letras, medicina, ingeniería; ¡hasta un estudiante de teología! Nada ahí de

pueblos vencidos y de pueblos vencedores, de razas superiores y de razas inferiores: sólo muchachos y muchachas que quieren un nuevo orden social sin los errores de la guerra, y las represiones del fascismo. Maestros ilustres han ido hasta Bruselas para saludarlos: Rivet, Fournier, Dedonder, Allendy. Consignas en todos los idiomas flotaban escritas en las banderolas que colgaban sobre la sala. Y en medio de una animación extraordinaria cada delegado fue contando las luchas del estudiantado de su propio país. Las sesiones tuvieron tres momentos de una intensa emoción. Fue el primero cuando el delegado español se adelantó a hablar. Sin que nadie hubiera lanzado la más mínima señal, la sala entera se puso de pie para aclamarlo. Se saludaba en él a los gloriosos combatientes de Asturias y una tempestad de aplausos subrayaba cada una de sus exhortaciones a la unión entre los obreros y los estudiantes, hasta formar un solo bloque de defensa.

»El segundo momento de extraordinaria emoción lo dio un estudiante de Alemania, antiguo *hitlerjunge,* que había desafiado a la muerte para llegar hasta el congreso. Durante más de una hora, aquel fuerte muchacho que había creído en otro tiempo en las palabras engañosas del Führer, trazó el cuadro terrible de Alemania actual. "Alemania es una vasta prisión —dijo—, pero a pesar de Hitler, y de su demagogia sangrienta, la victoria será de nosotros."

»Una delegación de obreros de París dio al congreso el tercer instante de indescriptible entusiasmo. "Estamos aquí entre ustedes —dijo uno de ellos—, porque sus consignas son las nuestras, porque sus reivindicaciones son las de todos los trabajadores." Si algo faltaba en el congreso, ahí venía en la clara palabra de los obreros.

»Pero el Congreso de Bruselas no se redujo, por cierto, a una simple exposición de agravios o vagas palabras de solidaridad. Durante tres días los delegados de Inglaterra y de la India, los delegados comunistas y los católicos, los representantes de las colonias y de sus metrópolis, han buscado juntos, los medios más eficaces para atacar y batir al enemigo común. Ha surgido así un "plan de trabajo" como programa de acción inmediata y una "proclamación de los derechos de la juventud estudiosa", "que es uno de los documentos más nobles que los estudiantes del mundo hayan escrito jamás". ¿Qué es lo que piden estos muchachos tan calumniados por la prensa burguesa que sólo atina a llamar "extraviados" o "agitados" a los que no se resignan a marcar el paso entre sus policías. Escuche usted lo que piden.»

Y en la penumbra de la biblioteca, Henri Wallon, profesor de la Sorbona, lee con emoción lo que piden estos animosos muchachos perseguidos: «Queremos que la cultura no sea el privilegio de una minoría, queremos el desarrollo libre de las ciencias y de las artes... queremos un lazo estrecho entre la vida social y la cultura... queremos que esa cultura se ponga al servicio del progreso humano.»

Enero de 1935.

RAFAEL ALBERTI Y LA REVISTA *OCTUBRE**

La generación de 1898 fue, durante mucho tiempo, la gloria y el orgullo de la España moderna. Cuando se hablaba de las fuerzas poderosas que la «hispanidad» aun llevaba en las entrañas, se mostraba en el acto a ese puñado de hombres como al testimonio más evidente de una resurrección que ya había comenzado. Ninguno de los hombres de esa generación tenía nada de revolucionario: pedían tan sólo menos caciquismo y más cultura, más libros y menos ocio, más laboratorios y menos toros. En los comienzos del siglo XX exigían a gritos lo que los «iluministas» del siglo XVIII habían reclamado en toda Europa. Pero ese retardo de dos siglos no disminuía en lo más mínimo la simpatía que por ellos se abrigaba. Era tan enorme el atraso de España, que Unamuno parecía «avanzado», Baroja «anarquista», Maeztu un «laborista peligroso». Los que llegaron poco después aprovecharon lo bastante de esa complacencia general para la «nueva» España: bastaba que alguno empezara a caminar con paso menos lento para que ya llovieran sobre él los homenajes. ¿Quién no recuerda las entradas triunfales de Ortega y Gasset y Marañón? Intérpretes sin saberlo de la nueva burguesía que empezaba a tomar entre sus manos el gobierno de España, ascendieron con ella y con ella se han derrumbado ante nosotros. ¿Quién cree ahora, no digo ya en el «laborismo» de Maeztu —porque su conversión al fascismo fue demasiado cínica— sino siquiera en la capacidad «disolvente» de Unamuno, el «anarquismo» de Baroja, el «liberalismo» de Marañón y de Gasset? Frenada de un lado por un feudalismo todavía poderoso, amenazada del otro por un proletariado cada vez más consciente, la burguesía española no pudo dar más que esos ideólogos caóticos en quienes vibra por igual la llamada tenaz de un misticismo aún no extinguido, y la repugnancia instintiva ante las fuerzas revolucionarias que sienten trepar en torno suyo.

Frente a la bancarrota vergonzosa de una generación que algunos saludaron como destinada a entrar en plena gloria, un puñado de jóvenes artistas —poetas, novelistas, escultores— se han lanzado a recoger por vez primera ese rumor revolucionario de las masas españolas. Mientras Ortega y Gasset vuelve orgulloso las espaldas a esas «masas» cuya derrota vaticina y desea, estos otros bucan en ellas su propia alma, rastrean sus secretos, se entremezclan a su vida, la invocan como juez y guía de su obra. Varios nombres se destacan ya: Rafael Alberti, Ramón Sender, César Arconada, Manuel Altolaguirre. Agrupados casi todos en torno de la revista *Octubre,* que el primero dirigió, han afirmado de manera doblemente simbólica la dirección hacia la cual enfilaban la proa. Después de ellos, *Octubre* signifi-

* Tomado de Aníbal Ponce: *Apuntes de viaje,* p. 161. Ed. El Viento en el Mundo. Buenos Aires, 1970.

ca muchas cosas: no sólo el manifiesto de un grupo literario como se encuentran a millares en la literatura de la postguerra, sino la decisión revolucionaria de un grupo de artistas que ha bajado a la calle, y que con Alberti crea un cancionero de la insurrección, que con Sender lanza a vuelo las campanas de sus *Domingos rojos*, que con Arconada pone de pie *Los pobres contra los ricos.*

Días pasados he tenido la fortuna de encontrarme con Alberti: doble fortuna, porque este poeta andariego recorre desde un tiempo casi toda Europa y se dispone en breve a hacer lo mismo con América. Difícil resulta pues, localizarlo, y en los pocos días que pasamos juntos no alcanzaban las horas para hablar de España. En un viejo café del barrio de Passy, casi provinciano por la calma y la soledad, Rafael Alberti me contó una tarde la vida breve pero intensa y varonil de su revista *Octubre*. María Teresa León, su compañera, que ha participado no poco en la revista, le ayudaba a precisar las fechas y los nombres. Y así, entre los dos, renovaron en mi obsequio las emociones de una época que la futura historia de España considerará sin duda alguna como el comienzo auténtico de su regeneración.

—Republicano como casi todos los escritores jóvenes de entonces —dice Alberti— el fusilamiento de Fermín Galán me conmovió hasta lo más profundo. En esa época yo estaba en Cádiz y compuse entonces en el ritmo suelto y ágil del romance popular unas canciones sobre Fermín Galán, que yo mismo tuve la peregrina idea de declamar en las calles con un éxito por cierto que no esperaba. En mayo fui a Madrid, triunfante ya la república de Azaña. A Margarita Xirgú y a Cipriano Rivas Chérif les propuse convertir mis romances en una obra teatral. La idea les pareció excelente; puse manos a la obra, y mi pieza se estreno el 1° de julio de 1931. El ambiente de la sala era borrascoso. En la obra figuraba cierto obispo en el cual todo el mundo creyó reconocer al cardenal Segura. Algunas voces de protesta del lado de los monárquicos desencadenaron la primera borrasca y convirtieron el resto de la representación en un *meeting* de polémica en que se insultaban a la cara los espectadores republicanos y monárquicos. Al día siguiente la crítica, el clero, las empresas, comenzaron un *boycott* que Margarita Xirgú afrontó con valentía, pero que nos demostró hasta la evidencia que la república encontraba en todas partes una resistencia obstinada y vigorosa. La misma Xirgú pudo comprobarlo más tarde en su gira por provincias: si en Madrid las representaciones de mi pieza terminaban con escándalos, en provincias no pudieron realizarse. Le exigieron a la Xirgú que la sacara de las carteleras y no hubo más remedio que obedecer. Por ese entonces, la Asociación de Escritores y Artistas Internacionales nos invitó a visitar la URSS. Estuve en Rusia tres meses, y viajando de un lado para otro —en Alemania y Francia, sobre todo— pasé dos años lejos de España. Mi republicanismo confuso se había aclarado bastante. Aprendí por qué la república de Azaña tenía que ser irremediablemente esa siniestra y grotesca *República de los trabajadores* de Ehrenburg. Dispuesto a ocupar mi sitio junto a las masas, entre las cuales había aprendido a ver, y con razón, el

porvenir de España, volví a mi país en marzo de 1933. El 1° de mayo publicamos una hoja que se llamó *Adelanto de la revista Octubre*, con un éxito tan ruidoso que la policía obstaculizó el envío de nuestra hoja a las provincias. Aunque teníamos la autorización que se necesitaba, la policía encontró que el número era «un poco fuerte», y recuerdo como detalle sabroso que hacía hincapié especialmente en un dibujo que la intranquilizaba. El dibujo era de Goya, y contra los franceses... Si esa fue la acogida que se dispensó al *Adelanto*, excuso decirle lo que ocurrió con el número primero. Arconada, Sender, Altolaguirre, Concha Méndez, Emilio Prado, Serrano Plaja se incorporaron. Pero, en contra de lo que ocurre comúnmente con las revistas de intelectuales que quieren ir a las masas, nuestra revista fracasó en los «círculos» y triunfó entre los obreros. El número estaba destinado en gran parte a comentar el incendio del Reichstag y tenía un acentuado tono antifascista. Se explica, pues, la desigual acogida: entre el grupo menos joven de los intelectuales se nos reprochaba por hacer un «arte de propaganda»; entre la masa de los obreros se nos aplaudía por poner ese arte al servicio de la Revolución.

»El segundo número, dedicado a la guerra, tiró ya diez mil ejemplares; y el tercero, contra la Cuba de Machado, duplicó casi el tiraje. Un hecho interesante apareció en el número tercero: los obreros empezaron a colaborar en la revista. Este éxito, único en España, se lo debimos en buena parte al intenso trabajo de cultura que habían realizado previamente en los medios obreros algunos pintores de primer orden, como José Renau, por ejemplo. Su grupo de Valencia, bastante bien orientado, se había puesto en contacto muy precozmente con los trabajadores: les organizaba cursos, les dictaba conferencias. Pero si las masas obreras respondieron magníficamente, la situación política de España cada vez se oponía más a la marcha regular de la revista. Los continuos "estados de alarma" no sólo nos entregaban a cada momento al capricho de la policía, sino que nos obstaculizaba también la recepción de los fondos de las suscripciones: con el pretexto de que la policía revisaba sus quioscos, muchos agentes de diarios y revistas se cobraban a nuestras expensas los hipotéticos perjuicios.

»Para remediar en algo la propaganda amenazada, organizamos en el Ateneo de Madrid nuestra primera exposición. Estaban allí representados Cristóbal Ruiz Arteta, Barral, Alberto, Bartolozzi, Miguel Prieto, Darío Carmona. Para darle aún más carácter cultural, organizamos un ciclo de conferencias: Armando Bazán habló sobre "La escuela de la URSS"; María Teresa, sobre "El sentido social del teatro"; yo, sobre "Dos farsas revolucionarias". Invitamos especialmente a los obreros y los hacíamos entrar por grupos a la exposición. En cada sala, alguno de los artistas les explicaba los cuadros, las escuelas, la técnica. Y una vez concluida esa introducción se escuchaba la crítica que hacían. El resultado de este trabajo se vio muy pronto. Cuando llegaron las elecciones del 19 de noviembre fueron esos mismos artistas los que realizaron, a pedido de los obreros, los carteles para su propaganda, los dibujos para sus revistas. Y hasta se dio el caso que carte-

les originales fueron pegados por sus propios autores en las calles de Madrid. En las calles, también, Serrano y yo, con sendas bocinas, declamábamos poemas de propaganda, y María Teresa organizaba, en medio de un gran éxito, pequeñas representaciones teatrales, con chicos disfrazados de personajes conocidos. Pero vino Lerroux y de inmediato cesó todo. ¿Dónde refugiarnos para seguir trabajando? Wenceslao Roces, detenido hoy por participación, según dicen, en los sucesos de Asturias, había fundado en Madrid catorce bibliotecas obreras. Allí nos instalamos. En cada una organizamos pequeños grupos teatrales, conferencias de información, periódicos murales. Y ocurrió ahora un fenómeno parecido al que había ocurrido ya con los pintores: en los mítines obreros nos pedían versos. Los romances míos, que yo llamé *Consignas*, eran popularísimos. Pero no sólo los obreros habían aprendido a gustar la poesía ajena. Empezaban a crearla. Un verdadero cancionero revolucionario, expresión directa de sus rebeldías y sus sueños, se formó en poco tiempo, y no puede sorprender, por tanto, que cuando nos atrevimos a fundar la Asociación de Escritores Revolucionarios, se incorporaran a la asociación muchísimos obreros. En junio de 1934, en el Teatro de la Princesa, la Asociación de Escritores Revolucionarios hizo su primera gran fiesta popular presentando su *guignol*, sus coros obreros y su orquesta proletaria. Villatoro los había organizado a la perfección y muchos de los que fueron para reír se retiraron emocionados. Cómo sería el efecto de nuestro *guignol* que la policía prohibió la segunda representación. Dos meses después, clausurada la revista, prohibido nuestro *guignol*, abrimos de par en par las puertas de una exposición contra la guerra, a la que añadimos, por supuesto, conferencias a cargo de algunos de nosotros y representaciones teatrales con obreros y niños. El resultado fue que un día los fascistas la asaltaron y la saquearon. En eso estábamos cuando nos llegó a Sender, a Arconada, a María Teresa y a mí la invitación de los Soviets para asistir al congreso de escritores. Sólo María Teresa y yo pudimos asistir. No puedo decirle a usted lo que fue aquello: una demostración poderosa de confianza y de fuerza. Porque sólo una revolución como la rusa, absolutamente segura de sí misma, puede detenerse un momento a exaltar sus escritores. Por vez primera en la historia de la literatura se ha logrado crear en millones de almas una sed tan conmovedora por las manifestaciones más altas de la cultura. Por vez primera también, el autor conoce al lector, sabe lo que ocurre con su libro. De regreso del Congreso nos hemos detenido un poco en Italia y Francia y en breve partiremos para América Latina. María Teresa publicará pronto *Doce cuentos de la España actual*. Yo acabo de autorizar la reedición de mi obra poética comprendida entre 1924 y 1930 por considerarla un ciclo cerrado: contribución mía irremediable a la poesía burguesa. Pero he hecho colocar en la primera página del libro una advertencia en que digo que a partir de 1931, "mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional". Pero, usted dirá sin duda: ¿y para cuándo una nueva revista? El que una vez dirigió una revista, dirigirá revistas toda su vida. Y así será en mi caso.

En breve aparecerá en España una revista que agrupará otra vez los antiguos colaboradores de *Octubre*. El momento es demasiado grave para que no dejemos de escuchar nuestra voz. A pesar de mi viaje a América, no estaré lejos de ella y, por lo tanto, de España. En una época bien triste de nuestra historia, el desdichado Larra dijo que "escribir en España es llorar". Los tiempos han cambiado bastante. En la España de hoy, escribir es actuar.»

Enero, de 1935.

MARCEL PRENANT O EL MARXISMO EN LA SORBONA*

¡El marxismo en la Sorbona! Hace algunos años ¡quién se hubiera atrevido a pronosticarlo! Y no por cierto, el marxismo irrumpiendo a través de las cátedras de economía, de sociología o de historia, sino a través, precisamente, de la cátedra que menos recelos ha inspirado siempre: la zoología... Los zoólogos pasan por ser criaturas tímidas y candorosas, y aun cuando a veces se ven obligados a lanzar teorías revolucionarias se apresuran, en cierto modo, a pedir disculpas. Por un Haeckel, audaz, ¡cuántos otros Darwin, apocados y recelosos! Hace algunos años el «Instituto Marx y Engels», de Moscú, publicó una carta de Darwin en respuesta a otra de Marx que daba pena leer. El genial teorizador del *Origen de las especies* declinaba el honor que Marx le hacía de ofrecerle *El capital*, porque temía en su familia las persecuciones y las molestias.

¿Cómo ha ocurrido, pues, este hecho extraordinario? Marcel Prenant es un hombre relativamente joven. En el laboratorio de zoología de la Sorbona trabajaba hasta ahora en el aislamiento sin saber nada más que de los procordados y los saurópsidos. Los miércoles a las cuatro de la tarde y los viernes a las nueve, en el Anfiteatro Milne Edward, el profesor Prenant informaba minuciosamente a sus alumnos sobre lo que él mismo había descubierto o sobre lo que algunos colegas ilustres defendían o negaban. Las vacaciones, por lo común, las pasaba en Roscoff trabajando y estudiando en la «Estación Biológica». Y de esa manera, de la Sorbona a Roscoff, y de Roscoff a la Sorbona, el profesor Prenant sabía muy rara vez lo que ocurría en el mundo. Pero desde hace más o menos diez años empezaron a llegar hasta su laboratorio los tumultuosos ruidos de la Plaza. En un principio le molestaron quizá; muy pronto, sin embargo, llegaron a interesarle. Eran cuestiones vitales que tocaban muy de cerca el trabajo científico y la libre inves-

* Tomado de Aníbal Ponce: *Apuntes de viaje*, p. 136. Ed. El Viento en el Mundo, Buenos Aires, 1970.

tigación. Sobre el horizonte europeo enrojecido todavía por la guerra de 1914-1918, nuevas amenazas se levantaban. La burguesía internacional buscaba otra vez en la guerra la solución de sus conflictos. Para prepararla aumentaba hasta lo monstruoso el presupuesto militar, y cercenaba con mano cada vez más brutal los créditos otorgados hasta entonces a la enseñanza superior y a los institutos de pura investigación. Desde el punto de vista de la burguesía sólo tienen valor la técnica y la ciencia puestas al servicio de la guerra. Lo demás es un lujo inútil que debe por lo mismo desaparecer. En Francia, nada más, treinta y tres cayeron de la Universidad, empezando por la de griego. Fue en ese momento cuando el profesor Prenant descubrió con sorpresa que la curva de los salarios obreros y la del sueldo de los profesores marchaban al mismo paso. Los sueldos de los profesores descendían paralelamente a los jornales de los obreros, y la prueba de esa solidaridad la encontró muy pronto en el voto con el cual el Congreso de profesores de los liceos franceses se adhirió a los metalúrgicos en huelga que defendían sus salarios.

Rebaja de los sueldos no era lo único. Representantes ilustres de las nuevas corrientes pedagógicas, como Freinet y Boyer, eran arrojados de sus cátedras por pretendidos delitos de opinión. Y en cualquier anuario al alcance de todos fácil es comprobar el rango ilustre que ocupa el capitalismo francés en la ofensiva mundial contra la cultura: mientras la Polonia de Pilsudski consagra todavía el 13% de su presupuesto a la enseñanza, y el Portugal de Carmona, el 9,93%, la Francia de la enseñanza laica y los *Derechos del hombre,* apenas si figura con un miserable 6%...

¿A dónde estaba la causa de todo? ¿De qué manera lucha para vencerlo? Mentalidad disciplinada, Marcel Prenant se dio a estudiar con ahínco los problemas sociales que hasta entonces le tenían sin cuidado: todo Marx, todo Engels, todo Lenin. Cuando hubo terminado, Marcel Prenant era un marxista auténtico, es decir, no sólo un teórico que tiene en sus manos la más luminosa concepción del mundo, sino también un combatiente para quien ha llegado la hora de transformar ese mundo.

Me contaba todo esto en su laboratorio de la Sorbona, mientras revolvía cápsulas, coloreaba preparaciones, enfocaba sus microscopios. Y después de haber trazado los orígenes lejanos de su pensamiento me habló del libro que publicará en breve y que creo será por el tema y el autor un verdadero acontecimiento.

—Corrijo en este momento —me dijo—, las últimas pruebas. Se llamará *Darwinismo y marxismo,* y aparecerá en la colección Problemas de las Editions Sociales Internationales. Es un asunto que me venía preocupando desde hacía mucho tiempo. Sobre ese mismo tema he dictado el año pasado un largo curso en la Universidad Obrera. Pero allí el tono era familiar, los ejemplos escasos, las consideraciones técnicas casi totalmente ausentes. En cartas bien conocidas Engels ha dicho varias veces que las urgencias de la batalla política y social les había impedido aplicar el método que Marx y él mismo habían descubierto, a los sectores bien distintos de la biología, la filosofía y el arte. Sin embargo, Engels ha dedicado a la biología algunas páginas sabrosas de su *Anti-Dühring,* y varias reflexiones de una extrema agudeza en su *Dialéctica de la naturaleza.* Pero este libro no ha sido todavía traducido al francés y sigue siendo, por lo tanto, un texto casi hermético. Para suplir en parte a esas deficiencias he resuelto transcribir en mi libro largos pasajes de la *Dialéctica,* de manera que el lector pueda conocer directamente el pensamiento en Engels a través de ciertos trozos escogidos. Lenin tiene también en varios de sus libros certeras referencias a la biología, y no hace mucho tiempo el Instituto Biológico de Moscú, que pertenece como usted sabe a la Academia comunista, ha editado en ruso un volumen de más de doscientas páginas con textos biológicos recogidos en Marx, Engels y Lenin. Claro está que todas estas páginas no pueden tener un valor permanente. La ciencia evoluciona sin cesar y a cada rato obliga a plantear los problemas fundándose en datos nuevos. Engels o Marx no podían conocer sino la ciencia de su tiempo, envejecida en más de un punto. En la época en que Engels escribía el *Anti-Dühring* se creía, por ejemplo, que el día en que se llegara a realizar la producción artificial de las albúminas se habría obtenido al mismo tiempo la producción artificial de la materia viva. Engels enunciaba esa opinión en el capítulo VIII e incurría con todos los sabios de su época en una ilusión engañosa. Nosotros sabemos hoy que el día no lejano en que se realice la síntesis de la albúmina, el cuerpo que se obtenga no será ni más ni menos vivo que cualquier otro cuerpo de la química. Las funciones llamadas vitales no son «propiedades» de un solo cuerpo: resultan de un complicado equilibrio en que intervienen substancias muy diversas y cesa al mismo tiempo que se rompe ese equilibrio. Y esta conclusión está más de acuerdo con la dialéctica que la hipótesis anterior: en vez de enfocar una substancia aislada para estudiar en ella las propiedades vitales, se enfoca en su conjunto y relaciones recíprocas a todas las substancias que intervienen. Así Marx para conducir su análisis del capitalismo no dejó un solo momento de considerar los hechos económicos a la vez en el detalle y en la totalidad. Reflexiones parecidas tendrían idéntica validez con respecto al darwinismo, que debe ser corregido en más de un punto. Pero el hecho esencial, fundamental, inconmovible, es que todos los aportes modernos de la ciencia se han hecho en el mismo sentido del materialismo dialéctico, de la ciencia marxista. Quiero decir con esto que ellos son implícitamente, más marxistas que los escritos biológicos mismos de Marx y de Engels, lo cual prueba, por otra parte, la excelencia del método y de los principios en los cuales se inspira. Anticipándose a los hechos el mismo Engels preveía en la introducción del *Anti-Düring* que quizá los progresos de la ciencia harían superfluo su propio libro porque llegaría un día en que al más recalcitrante le entraría por los ojos el carácter dialéctico de los fenómenos que estudia. Y eso ni más ni menos es lo que ocurre ya: cuando los sabios burgueses quieren tener de la evolución o de la vida una idea de conjunto están obligados a aceptar, para eludir las contradicciones, los fundamentos mismos del materialismo dialéctico. ¿Por qué, pues, en un

momento como el actual en que sobreabundan los documentos científicos en favor del materialismo dialéctico asistimos, en cambio, a un retorno ofensivo de las teorías espiritualistas que son la negación misma del método científico? ¿Por qué aquellos mismos biólogos que se creen desprendidos de influencias religiosas no arrancan de la ciencia actual las síntesis de conjunto para las cuales ya está madura y que los llevaría en línea recta al materialismo dialéctico? ¿Por qué se refugian en un empirismo estrecho que da asidero a los equívocos del espiritualismo anticientífico y que los reaccionarios, por supuesto, no dejan de recalcar con gran bullicio? Porque en la crisis que amenaza al capitalismo, el valor del método marxista es cada vez más revolucionario en cualquier sector de la realidad a que se le aplique. Porque, conscientemente o no, el vitalismo, el finalismo, el fijismo son, dentro de la biología, concepciones al servicio de las fuerzas de conservación social. Y, porque, finalmente, la refutación definitiva de todos esos viejos errores que surgen como fantasmas en los caminos de la ciencia, no podrán realizarse de manera definitiva sino en la atmósfera transparente de una sociedad sin clases; es decir, en el ambiente de una sociedad en que nadie tenga interés de embarullar los problemas claros o de plantearlos de manera defectuosa.

París, enero de 1935.

EN RECUERDO DE HORACIO QUIROGA*

La muerte de Horacio Quiroga, ocurrida en Buenos Aires el 20 de febrero, representa para América Latina la pérdida del más insigne quizá de sus cuentistas.

Desde hace treinta años dominaba con su figura vigorosa el escenario de las letras rioplatenses, y había alcanzado en el cuento y la *nouvelle* una tan acabada maestría que nadie se hubiera atrevido a disputarle su señorío legítimo.

Uruguayo de nacimiento, argentino por adopción, Horacio Quiroga había entrado a la literatura, en los comienzos de 1900, con un puñado de versos decadentes. Bajo el signo de Darío, las últimas corrientes modernistas de Francia llegaban hasta el Plata en oleaje revuelto. Herrera y Reissig, desde Montevideo; Leopoldo Lugones, desde Buenos Aires, prestigiaban cada cual a su modo la briosa hermandad del arte nuevo.

Arrecifes de coral se llamaban los versos que, en 1902, Horacio Quiroga publicó en Montevideo, y el solo título está diciendo con qué paso firme se

* Tomado de Aníbal Ponce: *Apuntes de viaje*, p. 183, Ed. El Viento en el Mundo, Buenos Aires, 1970.

incorporaba su autor al varguardismo decadente. Los *Arrecifes* le dieron un nombre y le abrieron las puertas de los cenáculos porteños. Mas, descontando lo que en el éxito había de escándalo y de estímulo, Quiroga comprendió muy pronto que por ahí no lo estaba esperando su destino.

El crimen del otro descubrió al cuentista. No era todavía el Quiroga completo que las narraciones posteriores mostrarían; pero ya estaban en él la sobriedad y la fuerza, la prosa áspera y el tema original.

Una aventura colonizadora lo llevó hasta el Chaco y durante dos años cultivó algodón. La *Historia de un amor turbio* lo trajo de nuevo a Buenos Aires y a las letras. Pero de sus andanzas de empresario y de colono le había quedado en el alma la fascinación de los trópicos, el llamado de la selva, el grito ronco de los torrentes. Y otro buen día desapareció de Buenos Aires para irse a vivir a los yerbales. No muy lejos de la región que los jesuitas eligieron siglos atrás para sus establecimientos, Horacio Quiroga adquirió un fundo, y aunque de tiempo en tiempo bajaba a Buenos Aires, en la selva misionera vivió hasta su muerte.

Lo mejor de su talento se le reveló de pronto sobre la tela de fondo de aquel paisaje majestuoso. Herbolario y cazador, andarín y motociclista, nadador y mecánico, aprendió a conocer las alimañas y los árboles, la vida difusa de los elementos, las tragedias calladas de los *mensús*, las pasiones primitivas de los aventureros.

Cuentos de amor, de locura y de muerte, primero; *El salvaje* y *Anaconda*, después; *Cuentos de la selva;* al fin, presentaron de cuerpo entero al narrador prodigioso que conocía a tal extremo los secretos de su oficio que le bastaba un relato de dos páginas para transmitirnos el espanto de las alucinaciones trágicas. Poe y Kipling acudían inevitablemente a la memoria.

Pero no había en Quiroga, imitación, o remedo. Tenía del uno, la imaginación que se empina más allá de lo real; tenía del otro, la comprensión de la selva y sus horrores, de las serpientes y de las bestias en acecho, de las «anacondas» y de las «yararás».

Veinte veces rehacía sus cuentos antes de entregarlos a la imprenta; pero trabajada y torturada, su prosa conservaba el mismo desaliño personal del narrador, el mismo gesto despulido, la misma entonación seca y huraña. Ni el más mínimo asomo de retórica o afeites; nada de ese palabrerío de mal gusto que en muchas páginas de *La Vorágine* nos hace sonreír. La anotación directa, el adjetivo exacto, la marcha rápida y sin vacilaciones. Poe y Kipling, dijimos más arriba, quede apuntado ahora el nombre sin par de Maupassant.

En distintas ocasiones me encontré con Quiroga en Buenos Aires, pero siempre que pienso en él lo recuerdo tal como lo vi la única vez que lo encontré en su selva. En el invierno de 1925 me acerqué hasta Misiones para saludarlo. En la choza en que vivía con sus hijos, me dijeron que había salido ya para la selva. Regresaba yo desalentado, cuando sobre el camino bermejo que se perdía en la maraña, vi adelantarse hacia mí, entre un estrépito de cilindros y de frenos, a un motociclista de «mono azul»

y oscuras gafas, de mochila al hombro y al cinto el cuchillo de los macheteros. En el primer momento no alcancé a reconocerlo. Burlones brillaron después sus ojos azules —helados siempre hasta en el abrazo— y reconocí en mi mano la varonil aspereza de la suya.

Así lo vuelvo a recordar ahora, con su mochila y su machete, entre el esplendor terrible de la selva misionera, doblemente suya en la literatura y en la vida. Y así he de seguir pensando en él, ahora que sé que duermen para siempre aquellos extraños ojos azules, helados siempre hasta en el abrazo.

SCHILLER EN LA ALEMANIA NAZI*

En los últimos tiempos las agencias de informaciónes desparramaron por el mundo la jubilosa nueva de una creciente oposición en Alemania nazi. Se habló unas veces de los obreros de la fábrica tal o cual que, desafiando la cólera y el rayo, habían enviado sus ahorros a los bravos milicianos de la España leal. Se habló otras veces no sólo de un manifiesto subversivo distribuido por correo en millares de ejemplares, sino de una radioemisora clandestina que ha lanzado al espacio, como un llamado y un saludo, el lema glorioso que fue en 1848 el santo y seña de la libertad alemana. Fue, por fin, la noticia todavía más significativa de que noche a noche ocurrían tumultos de importancia en el Teatro Alemán de Berlín bajo la atmósfera incitante de *Don Carlos* de Schiller.

Claro está que vinieron en seguida los desmentidos oficiales. Pero los propios comentarios de la prensa nazi, revelaron de manera indiscutible todo lo que había de verdad en ese vigoroso renacimiento de la opinión popular. El artículo editorial del *Frankfurter Zeitung,* del domingo 4 de abril de 1937, titulado un «Drama de purificación» —Lauterungs-drama— constituye no sólo el reconocimiento de lo que ocurrió durante varias noches en el Teatro Alemán de Berlín, sino también una prueba inestimable para apreciar a través de las alusiones oblicuas y de los gestos ambiguos del articulista, hasta dónde ha subido, aún bajo el terror y el espionaje la varonil protesta antifascista de las masas alemanas.

En la escena décima del acto tercero de *Don Carlos,* de Schiller, el marqués de Posa apostrofa a Felipe II y le exige en nombre de la dignidad humana que devuelva a su imperio la libertad de pensar. Grandilocuente y enfática, esa escena es, sin embargo, una de las culminantes del gran drama, y a pesar de todos sus defectos no es posible releerla jamás sin

* Tomado de Aníbal Ponce: *Apuntes de viaje,* p. 135, Ed. El Viento en el Mundo, Buenos Aires, 1970.

un momento de emoción nobilísima. En el aire irrespirable de la Alemania de hoy ese drama tenía que provocar inevitablemente, la vigorosa reacción que desde el Teatro Alemán ha sacudido noche a noche la conciencia hasta entonces entumecida de su público. No podía escapar a la vista de *Voluntad y Poderío* —órgano de las juventudes hitlerianas— el significado de la ovación con que el público del Teatro Alemán premiaba la exigencia impetuosa del marqués de Posa. Y fiel a su misión de entregador y de gendarme, la revista censuró en un artículo violento a todos aquellos que «aprovechaban la oscuridad del teatro para desahogarse de sus amarguras y resentimientos». Como esos seres despreciables que envían por correo sus insultos anónimos, se solazan en los «libros de reclamos», o echan a rodar los epigramas políticos, todos estos otros que aplauden desde la oscuridad de la platea sólo son para la revista *Voluntad y Poderío* los instrumentos de su propia mezquindad y cobardía.

Sin descuidar en ningún momento la necesaria entonación de respetuosa adulonería, el *Frankfurter Zeitung* ha tratado de quitarle gravedad al incidente y de interpretar de otra manera esos mismos aplausos que tanto han indignado a las juventudes hitleristas. Para el *Frankfurter Zeitung* la ovación continuaría resonando aún en el caso de que la sala estuviera iluminada a plena luz. Es el «resplandor de una gran idea» lo que los hombres jóvenes aplauden —dice— y más allá de esa idea, la memoria del poeta insigne que «asentó para siempre la dignidad del hombre en la conciencia y la libertad». La fe que en el hombre tenía el joven Schiller estaba por encima de la pasión política, y puesto que nadie puede quitarle a los jóvenes el derecho al entusiasmo, se les debe encender con el ejemplo de una vida elevada para que «configuren de acuerdo a ese modelo la realidad de su tiempo».

¿Habrá convencido a las juventudes hitleristas la peregrina explicación del *Frankfurter Zeitung?* Será ingenuidad nada más que suponerlo. En el tono violento de *Voluntad y Poderío* se ve la indignación de un despotismo que se siente amenazado y que a pesar de su fuerza sabe ya que la historia lo está llevando a su término. En vano el *Frankfurter Zeitung* ha tratado de desviar hacia Felipe II el centro de gravedad de la tragedia de Schiller para intentar así la demostración difícil de que es posible «amar a Posa y comprender no obstante a Felipe II». Es verdad que el mismo Schiller declaró —como hábilmente lo recuerda el *Frankfurter Zeitung*—, que tal vez todo el peso de su tragedia se apoyaba en el carácter del rey sombrío. Pero el *Frankfurter Zeitung* se ha cuidado muy bien de recordar que en las mismas *Cartas* en que Schiller comentó su drama de ese modo, no se limitó a reconocer la importancia estética del rey Felipe: se propuso mostrar en su *Don Carlos* —dijo— a la libertad en lucha con el despotismo, y a una nación que reclama los derechos del hombre frente a un tirano todopoderoso e indigente. Todopoderoso e indigente como son siempre los grandes tiranos en la víspera misma del derrumbe.

La escena décima del acto tercero —la que arrancó los aplausos en el Teatro Alemán—, ya sabemos por qué motivo viene, desde hace más de un siglo, haciendo latir los corazones. En nombre de la burguesía revolucionaria de su tiempo, el joven Schiller encaraba allí al despotismo feudal y le lanzaba al rostro el desafío orgulloso del marqués de Posa. «Soy un ciudadano del mundo», le decía. «Yo no puedo ser servidor de los príncipes... Mi amor fraternal por la libertad, ¿podría acomodarse con la humillación del hombre? ¿Puedo creerlo feliz cuando no le está permitido pensar?... Vos tenéis, Sir, una idea pequeña de la dignidad humana... En vano habéis librado rudos combates, en vano habéis sacrificado vuestra vida real a empresas de destrucción; el hombre está muy por encima de como lo habéis juzgado: romperá los lazos con que lo ataron durante su sueño y reclamará sus derechos sagrados.» Fervorosas palabras en las que bulle todo el arrebato de un amor recién nacido por la libertad y la dignidad del hombre: entusiasmo y arrebato tales que el propio Schiller en la segunda de sus *Cartas* se creyó obligado a explicar diciendo que en tiempos de Felipe II la libertad no había adquirido aún «esa trivialidad que después le ha gastado y borrado los relieves».

Años y años de terror fascista; años y años de la opresión más indigna, han devuelto a los espectadores actuales del *Don Carlos* aquel puro amor de la libertad, anterior a la época en que ya había perdido sus relieves. Es ese puro amor —entrañable, biológico, celular, como una voz de los tejidos—, el que se enciende de nuevo frente al tirano de hoy; pero es también la desilusión y el rencor de las clases sociales estafadas las que ya están pidiendo a su déspota la cuenta cumplida de sus actos. Es la tragedia real de Alemania contemporánea la que da resonancia moderna al conflicto legendario entre Felipe II y el marqués de Posa. Y como si hasta el propio heroísmo del Madrid de nuestros días contribuyera a reanimar el coraje de Alemania oprimida, es el mismo rey don Felipe II el que parece aducirlo de este modo. «Me place el orgullo español y lo sufro de buen grado, aun cuando desborda»... Ese orgullo español viene demostrando al mundo, desde hace ya casi un año, que el hombre está muy por encima de como los tiranos lo juzgaron, y que en vano conseguirán atarle durante su sueño porque no sólo romperá los lazos sino que exigirá, además, sus derechos sagrados.

Los siglos, sin duda, no han corrido en vano. Las masas de hoy no esperan del gesto bondadoso de un tirano que «la creación recomience sobre la tierra». La sangre y el martirio le han enseñado que sólo duran las obras que ha sabido obtener con su empuje y conservar con su heroísmo. Es un marqués de Posa infinitamente más lúcido y más fuerte éste que ahora empieza a levantarse no para rogar, sí para imponer la libertad de pensar. Como Felipe II en el drama de Schiller, quizá el déspota de Alemania actual haya empezado a comprender lo que pueden significar para el futuro los millares de mártires que desde la cárcel y los campos de concentración han tenido el coraje de «rehusarle su estima». Son millares como esos los que en Madrid han devuelto a la libertad su combativo heroísmo, y son millares como esos también los que a Alemania: «Mi mano ha levantado el velo que cubre los misterios de la reyecía. ¿Quién puede responder que miraré todavía como sagrado lo que he dejado de mirar como terrible?»

LENORMAND Y EL CREPÚSCULO DEL TEATRO*

Entre los autores teatrales contemporáneos, Lenormand pasa por haber incorporado a la escena algo así como una nueva dimensión: la profundidad de lo inconsciente. Antes que él, sin duda alguna, muchos habían recorrido esas mismas regiones que Lenormand después se ha apropiado como conquistador. Pero le corresponde, en justicia, ya que no la prioridad —imposible en el arte— por lo menos el mérito innegable de haber lanzado con más decisión que nadie un penetrante rayo de luz sobre esos aspectos de la psicología humana que los alemanes de otros tiempos gustaban llamar «el lado nocturno del alma». Pero si Lenormand se lanza audazmente a los abismos —y ahí está sobre todo *Mixture* para decirlo—, no deja de ir señalando hasta dónde y cómo actúan sobre el hombre las fuerzas poderosas del clima y de la atmósfera. Sobre ese camino ha creído llegar tan lejos que el misterio lo ha tentado, y en su teatro es cada vez menos opaco el muro que a los vivos separa de los muertos.

Producto refinado de una época turbia, Lenormand es un alma indecisa y torturada en la cual late, quizá mucho más de lo que él piensa, una concepción religiosa del mundo y de la vida. Es un no conformista a buen seguro, pero su desencanto y su impaciencia se vuelven contra sí mismo, se consumen y agitan en la esterilidad. Ve con nitidez y casi con delectación mucho de lo que hay de horrible y de grotesco en la sociedad en que vivimos. Su espíritu mordaz se regocija con ello. Por eso lo capta y lo exhibe con un relieve vigoroso. con un cinismo amargo, con una burla desafinada que a veces nos hace horripilar.

Fuera de los otros méritos, sus obras son por lo mismo el testimonio de un observador insobornable y quedarán sin duda como elementos de primer orden para guiar la búsqueda del futuro historiador.

Ese mismo carácter de documento vivo, aun en las piezas que desde el punto de vista teatral son a menudo insuficientes, hace que ninguna producción de Lenormand pueda ser confundida con el montón de vaciedades que la frivolidad o la estulticia vuelcan todos los días sobre los teatros de París. Su última obra, que ha tenido éxito discreto, es ya desde el título de confesión angustiada de un dramaturgo burgués: la desilusión y la de-

* Córdoba. Córdoba, Argentina, [s. f.]

rrota de un autor que ve debatirse en la agonía a la misma sociedad que muchas veces lo ha aplaudido, y que denuncia ese «crepúsculo» en el único lenguaje de la acción que está a su alcance. Lenormand que no sólo conoce, sino que ha sufrido como pocos el ambiente nauseabundo de las empresas teatrales, se ha propuesto escarnecer en su obra con una crueldad implacable la tiranía de las *vedettes,* la inconciencia de los ensayos, la rutina de los hombres del «oficio», la desesperación inútil de los autores de talento que ven sacrificada su propia obra porque así lo requiere y lo impone la vanidad monstruosa de la primera actriz. Pero el autor de *El crepúsculo del teatro* se ha propuesto algo más: no sólo exhibir la corrupción de un género literario que él cree en decadencia, sino señalar también las causas probables que lo han llevado a la ruina. Sobre este punto el pensamiento de Lenormand es particularmente confuso, pero se aclara en gran parte si se observa con cuidado algunos detalles de la obra y si se añade a ello las declaraciones que tuvo después la amabilidad de confiarnos.

En *El crepúsculo del teatro* el primer acto se desarrolla en una vieja casa de comedias de París, semiarruinada por las hipotecas y las deudas. En vano el director, que gusta del arte, auspicia la nueva pieza que se le ha confiado: algo así como un sueño que se desarrolla en el mundo de los pájaros. Pero la primera actriz, que ha subalquilado el teatro, impone tales modificaciones en la pieza, que el estreno termina en un desastre. Sin embargo, un director alemán se ha interesado por ella, y en el segundo acto nos transportamos a Berlín para vivir en la intimidad de un teatro ultramoderno. Lenormand ha cargado aquí las tintas con un rencor bien visible. El profesor Putsch —«personaje representativo, según dicen los programas, del teatro alemán de hace algunos años»—, declara al autor aterrorizado que su pieza ha sido transformada según el gusto de Berlín: ya no será un poema de pájaros, sino de serpientes, macacos y tigres. «La poética y pura visión del autor francés —siguen hablando los programas— se ha convertido en una pornografía exótica, en un espectáculo erótico, de gusto bárbaro, representado por acróbatas.» La cólera del autor se enfrenta con la frialdad dogmática del profesor Putsch y provoca una discusión en que se enfrentan dos tendencias: de un lado, la que exige el respeto absoluto de las obras literarias; del otro, la que autoriza al director para transformarla y mutilarla, según las exigencias de un público harto ya de las formas tradicionales y que busca a oscuras una nueva expresión. En vano el autor intenta retirar la pieza: el éxito ha sido tan enorme que las felicitaciones no le dan tiempo para hablar.

En el tercer acto volvemos al viejo teatro de París, en que los fracasos económicos se repiten cada día más terribles. Como última tentativa, el director ha resuelto representar la *Tempestad,* de Shakespeare, que encarna a sus ojos el más soberano mensaje de la poesía dramática. Para el público medio, influido por el box, el fútbol y los récords, la *Tempestad* no significa nada, y el viejo teatro se derrumba irremediablemente. Un empresario norteamericano lo convertirá muy pronto en un cinematógrafo.

Teatralmente la pieza tiene, en mi opinión, varios defectos graves. El primer acto da la impresión de una obra realista; el segundo, de una sátira que llega a lo grotesco. Y en cuanto a un cuadro del tercer acto, que representa el público de las galerías durante la representación de la *Tempestad,* es de un humorismo tan burdo que sólo por respeto a Lenormand es posible escucharlo sin protestas.

Pero no es del aspecto literario de lo que yo quiero hablar. Cualquier obra de arte, aun la que se dice más alejada de la vida, ocupa un lugar en las luchas sociales y se embandera, a sabiendas o no, contra este régimen o aquel sistema.

«Yo no sé nada de política —me decía Lenormand unas noches después—. Aun más: la detesto y me horroriza. Quiero hacer teatro que no sea más que teatro. Tiene plena razón mi amigo Edmundo Flegg cuando asegura que soy de los pocos escritores contemporáneos que no se ocupan de economía política.» Pero como yo le hacía notar que había en la pieza un contenido nacionalista y xenófobo que saltaba a los ojos de cualquiera, Lenormand se limitó a decir: «Tengo la impresión de que se aproxima una catástrofe, y de que nosotros todos —los pocos escritores franceses que aún luchamos por la cultura—, trabajamos bajo la mirada de los bárbaros...»

«¡Bajo la mirada de los bárbaros!» La frase es de Barrès y tiene en labios de Lenormand una significación bien elocuente. Después de haber llevado a límites extremos la adoración de su propio yo, Maurice Barrès retornó a los caminos tradicionales de la superstición religiosa y del patriotismo terruñero. Sobre las mismas huellas se ha echado a caminar Henri R. Lenormand, y aunque él quizá se resista a creerlo es ya a estas horas camarada de viaje del furibundo León Daudet, del sonriente Doumergue, del pintoresco coronel Larocque...

«El teatro está en agonía», afirmaba también las otras noches el dramaturgo Pirandello. Y estas dos voces ilustres —la de un fascista en ciernes; la de un fascista a sabiendas— nos pone delante de los ojos el problema central que he querido tocar en este artículo. ¿Existe de veras una decadencia del teatro? Para el que no se encierra en su propia caverna, y antes de responder arroja una larga mirada sobre el horizonte mundial, el espectáculo impresionante del teatro ruso le llevaría en seguida a contestar de otra manera. Rusia tenía en 1914 una red de 154 teatros permanentes de invierno, 148 teatros de verano, 157 casas del pueblo y 334 clubes de nobles y burgueses, con pequeños escenarios. En 1932 funcionaban 391 teatros permanentes de invierno, 4 150 clubes obreros, 1 020 casas de cultura socialista, 7 922 teatros de verano y 35 167 «isbas» con salas de lectura y salas de espectáculo. El teatro de aficionados contaba en 1929 con 500 000 participantes distribuidos en 35 000 círculos; y en 1931 los círculos habían llegado a 50 000 con 800 000 participantes. Los trabajadores del teatro en Rusia tenían anotados en su sindicato la cifra de 20 000 desocupados. En el momento actual no hay uno solo sin trabajo. Cuando el segundo plan quinquenal se realice se calcula que los artistas del teatro formarán 1 216

compañías. Si se añade a ésos 62 teatros para los niños, se puede tener una idea aproximada de la estupenda resurrección del teatro en Rusia. ¿Con qué derecho hablar entonces de la agonía de un género que da en la URSS manifestaciones tan magníficas? Aquí como en tantas otras cosas los intelectuales de la burguesía marchan a tientas porque no perciben sobre su propia obra el sello de la clase social que las inspira. La burguesía sabe que tiene sus días contados, pero cree que el mundo termina con ella. En otros tiempos ella misma descubrió el devenir dialéctico y las luchas entre las clases sociales. Pero pensó que la historia se inmovilizaba con su triunfo y que ya nada más podía venir después de ella. Así, cuando Spengler vio que nuevas formas sociales se avecinan sólo atinó a afirmar la decadencia del mundo como si el mundo y la burguesía fueran conceptos iguales, realidades que coinciden en un todo. Sobre un terreno más estrecho, es idéntica también la actitud de Lenormand: desde su torre de Casandra anuncia la decadencia del teatro cuando el único que muere es el teatro burgués. Un artista tan digno como Lenormand debía lanzar este grito violento contra la corrupción de los artistas, la venalidad de los empresarios, la miseria moral de los críticos. Pero su miopía consiste en no comprender que no son los «bárbaros» germanos o los «bárbaros» yanquis los causantes de todo, y que está, por el contrario, en la entraña misma de la burguesía, cada vez más fascista, el veneno que da colores sombríos al «crepúsculo del teatro». En el momento actual, y para servir mejor los intereses egoístas de un pequeño número de expoliadores todavía poderosos, la burguesía sacrifica la cultura y ahoga la actividad creadora de sus más altos espíritus. Lenormand no comprende que es el proletariado el único heredero legítimo de las más altas conquistas de la cultura humana. Que es el único capaz de recogerlas para construir sobre ellas su propia obra, y que lejos de lagrimear sobre un arte burgués en decadencia, lo único digno sería incorporarse a las filas de ese mismo proletariado que está trabajando ya para darle a la historia la primera imagen del hombre con todas sus dimensiones.

Enero de 1935.

EL HUMANISMO BURGUÉS*

En las escuelas y en los diccionarios se entiende por *Humanismo* un vasto movimiento que comenzó en el siglo XV y que puede caracterizarse por un

* Esta y las siguientes conferencias forman parte del curso que bajo el título de *Humanismo burgués y Humanismo proletario* dictara Aníbal Ponce en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires en el año 1935. Como en ocasiones precedentes, se ha hecho una selección de aquellos trabajos que aluden específicamente a problemas culturales. *(N. del E.)*

retorno al estudio de los textos antiguos olvidados, ignorados o despreciados durante la Edad Media. Se agrega, por lo común, que el descubrimiento de los autores clásicos determinó, por una parte, el final de la Escolástica; por otra, un vigoroso despertar de las ciencias y las artes designado por eso con el nombre de Renacimiento. Aunque por lo común no se hacen distingos muy marcados entre uno y otro,[11] se supone que el humanismo fue el prólogo y la causa del Renacimiento.

No se necesita conocer muy a fondo la Edad Media para que salte a los ojos la superficialidad de este criterio. Durante «las tinieblas del medioevo» —como diría un burgués anticlerical— el manejo de los autores clásicos fue cosa corriente en los conventos. Sin hablar de los primeros padres de la Iglesia, imbuidos de letras griegas, no era excepcional el caso del monasterio de Bobbio, por ejemplo, que se enorgullecía en el siglo X de poseer a Demóstenes y Aristóteles, con casi todos los poetas latinos y no pocos de los gramáticos.[12] La Edad Media no sólo conoció gran parte de los textos griegos y muchos de los latinos, sino que se acercó a ellos, como lo ha mostrado Etienne Gilson,[13] con amoroso impulso.

La oposición del Renacimento a la Edad Media no reside en textos más o en textos menos; el conflicto es muy profundo y se vincula a la manera cómo, en uno y otro caso, la antigüedad ha sido interpretada. *Para la Edad Media feudal la herencia legada por la antigüedad debía ser recogida e integrada por la nobleza y la Iglesia católica; para el Renacimiento burgués esa misma herencia debía ser asimilada en detrimento de la nobleza y de la Iglesia y en conformidad con los intereses y las aspiraciones de una nueva clase social que en sazón juvenil empezaba a moverse de manera impetuosa.*[14]

11 Messer, por ejemplo, y para no citar más que uno solo, escribe: «Impulsó, ante todo, el desarrollo de la nueva filosofía aquel movimiento espiritual, iniciado en el siglo XIV, que se denomina *humanismo* o *renacimiento.*» *La filosofía moderna. Del Renacimiento a Kant,* p. 10. Ed. Revista de Occidente, Madrid. Gentile, en cambio, los deslinda aproximadamente en *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento,* p. 244. Ed. Vallecchi, Firenze, 1920: «La orientación general del Renacimiento es algo distinto a la del humanismo: el humanista se encierra en el estudio y en la celebración de lo que es estrechamente humano; el hombre del Renacimiento gira la mirada fuera del hombre y abraza con el intelecto la totalidad del mundo en el cual el hombre vive y del cual forma parte. El punto de vista es el mismo pero tan amplio que comprende toda la naturaleza.»

12 Funck-Brentano: *La Renaissance,* p. 80. Ed. Fayard, París, 1935.

13 Gilson: *Les idées et les lettres,* pp. 175 y siguientes. Ed. Vrin, París. En igual sentido Renan: *Mélanges religieuses et historiques,* pp. 265, 324, 328. Ed. Calman Lévy, París, 1904.

14 «Si toda la época del Renacimiento, desde mediados del siglo XV, fue un producto esencial de las ciudades, de la burguesía, por consecuencia, otro tanto ocurrió con la filosofía que salió entonces de su sueño. Su contenido no era en el fondo, más que la expresión filosófica de las ideas correspondientes al desenvolvimiento de la burguesía pequeña y media hacia la gran burguesía.» Engels: *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* p. 57. Ed. Europa-América, Barcelona, 1935.

La Edad Media, como el Renacimiento, conocía a Júpiter y a Teseo; estudiaba a Ovidio y a Virgilio. Pero a los ojos del feudalismo, Júpiter era un rey de Creta; Teseo, un duque de Atenas; Virgilio, el anunciador del Cristo; y en cuanto a Ovidio se le enfocaba de tal modo que un monje de París pudo copiar el arte de amar y dedicarlo en honor de la Virgen María.[15] Aunque con signo distinto, la burguesía del Renacimiento no va a cometer menores incongruencias; en la puerta de bronce de la basílica de San Pedro incorporará, sin explicar por qué, las figuras equívocas de Leda y Ganimedes; y en los muros de la Sixtina, el pincel de Miguel Angel confiará a Caronte y no a Satanás la misión de empujar los condenados al infierno. Pero si en el púlpito de las iglesias brincan en guirnaldas los chiquillos de Donatello —en el púlpito de esas mismas iglesias desde las cuales el canónigo Ficino saludaba a sus feligreses como «hermanos míos en Platón»— es porque *la Antigüedad comienza a ser valorada desde un ángulo distinto y a asumir por eso mismo, frente a otra clase social, una significación que hasta entonces no tenía.*

Estamos ahora en la raíz del problema, y es ese desplazamiento en el equilibrio de las clases dentro de la sociedad lo que nos toca examinar antes de comprenderlo.

Quedaría fuera de lugar un análisis, aun apresurado, de los orígenes de la burguesía como clase social. Todo el mundo conoce cómo, a lo largo de la Edad Media, fue adquiriendo una importancia cada vez mayor ese grupo, al principio, casi despreciable, de los artesanos y mercaderes de las ciudades. Las técnicas rudimentarias de la Edad Media apenas si servían entre miseria y miseria, para satisfacer a las necesidades locales. El comercio, nulo o escaso, no exigía ni transportes ni caminos. Sin embargo, pequeñas innovaciones afortunadas —desde la más insignificante en apariencia como la herradura de clavos hasta las de mayor envergadura como el molino de agua— no sólo aumentaron el rendimiento de la producción y facilitaron las comunicaciones, sino que abrieron la oportunidad de un intercambio entre países alejados. Para defender sus intereses de los atropellos del señor feudal, artesanos y mercaderes comenzaron a oponerle la fuerte organización de sus comunas. Cuando más se ensanchaba el mercado y se aceleraba el ritmo de la producción, más crecía la importancia de la nueva clase y más pesaba también en la política.

Situadas al margen del camino por el cual las caravanas iban al Oriente y regresaban, las ciudades de la Italia del Norte principiaron a gravitar de tal manera que no sólo arrancaron al feudalismo concesiones de importancia, sino que llegaron hasta imponerle su propia voluntad. Mientras en el resto de Europa el feudalismo continuaba dominante, la burguesía de Florencia dictó en 1923 sus *Ordenanzas de Justicia* que excluían a los nobles de los negocios del Estado.[16]

15 Monnier: *Le Quattrocento*, t. I. p. 113. Ed. Perrin, París, 1912.

16 Monnier: ob. cit., t. I, p. 6 En igual sentido Castelanu: *Les Médicis*, t. I, p. 191. Ed. Calman Lévy, París, 1879.

Una confianza cada vez más firme en los poderes de los hombres empieza a crecer con la burguesía que asciende. Cuando la miseria es horrible y la esperanza nula, todo lleva a maldecir la tierra en que se pisa y a poner los ojos en el cielo. Pero tan pronto las perspectivas mejoran y los horizontes se dilatan, renace la fe en la energía del hombre y se afianza un deseo paralelo de lanzar por todos los caminos, las ambiciones y los instintos. Muchos eran ya los que creían que el Paraíso debía ser buscado en esta tierra;[17] muchos los que leían con íntima fruición el escéptico cuento de Boccaccio sobre los tres anillos del Melquisedec,[18] y así como Farinata en pleno infierno despreciaba al infierno, Everso d'Anguillara no ocultaba lo que pensaba de Dios: cuando sus gentes le ruegan que descanse el día domingo porque es el día del Señor, él contesta iracundo que el señor es él.[19] *Ese señorío del hombre que el burgués incrédulo opone a la servidumbre del creyente*, colora de tal modo la actitud del «Cuatrocientos» que el siglo comienza con un libro de Manetti sobre la *Superioridad del hombre* y se cierra con otro de Mirándola sobre la *Dignidad del hombre.* La realidad primaria ha dejado de ser la otra vida, el trasmundo, el más allá. Todo lo que existe, comprendido el hombre mismo, empieza a ser explicado por sus propios principios —*iuxta propia principia*— sin recurrir para nada a una realidad que los trasciende.[20] No es sólo la mofa descarada de cuanto hasta entonces se tenía por sagrado: el poema de Pulci, por ejemplo, que lleva en cada canto un epígrafe bufón con los Hosannas tomados de la misa.[21] Es la crítica reflexiva al concepto de la inmortalidad del alma: crítica tan sostenida, tan tenaz, tan recomenzada bajo todas las formas que se ha podido ver en ella y con razón, a uno de los rasgos más característicos del siglo.[22] El interés por lo inmediato y terrenal ha sustituido a la fe de la inmortalidad del individuo, y el consuelo de un Paraíso para después de la muerte, empalidece frente a la confianza en el progreso indefinido y en el concepto humano de la gloria. Supersticiosos todavía en muchas cosas menudas, no por eso flaquean frente a un universo que ya muy poco necesita de un Dios que lo dirija. El hijo de un tejedor ha descubierto un mundo; el hijo de un panadero ha cambiado las leyes del reino de los cielos. Y si Colón y Copérnico avanzan como dos gigantes en el umbral de la «época de los descubrimientos», otro descendiente de tejedores, Jacobo Fugger, va a demostrar lo que vale en manos de la burguesía ese torrente de oro que Colón ha volcado sobre Europa.

17 Gebhart: *Les origines de la Renaissance en Italie*, p. 79. Ed. Hachette, París, 1879.

18 Boccaccio: *The Decameron*, t. I, p. 45. Ed. de Laurence, Londres, 1893.

19 Monnier: ob. cit., t. I, p. 18.

20 Giovanni Gentile: *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento.* pp. 113 y 122. Ed. Vallecchi, Firenze, 1920.

21 Taine: *Histoire de la littérature anglaise*, 2a. ed., t. I, p. 260. Ed. Hachette, 1866.

22 «La crítica al concepto de la inmortalidad del alma, es propia del Renacimiento.» Gentile, ob. cit., p. 122.

Desde el escudo del gran almirante todo empezaba a gritar la potencia del oro; sobre fondo de azul, cinco anclas de oro; sobre olas del mar, veintinueve islas de oro. Pero no le fue dado a él —a él que sabía que con oro se podían enviar las almas al Paraíso —demostrar hasta dónde el oro es el gran «nivelador». Fugger, en cambio, lo probaría con creces. Tejedores en los comienzos, comerciantes de telas después, los Fugger fueron los primeros que trajeron a Venecia el algodón de Levante. La lana, la seda, las especias, les habían dado una fortuna; la fortuna que Jacobo Fugger (1459-1525), el más grande de todos, centuplicaría con la explotación de las minas y las especulaciones de sus bancos. Por el nuevo camino que Vasco de Gama acababa de abrir, las carabelas de Fugger iban y venían atestadas de riquezas. Un nuevo poder ha surgido en el mundo. En el centro de Europa Fugger está con su oro, y hasta Fugger llegan los emperadores y los papas. Maximiliano, Carlos V, León X, buscan su alianza, solicitan su apoyo, le contemplan y adulan. El emperador lo nombra consejero áulico; el papa, conde palatino. Los cardenales se levantan cuando él entra; como a un hijo bien amado el Sumo Pontífice le besa en la frente.[23] La burguesía tiene en él su orgullo y su símbolo. Y como Fugger, hay ahora en cada ciudad poderosa un mercader y un banquero de estatura apenas diferente. ¿Acaso tendrían mucho que envidiarle los Ango, de Dieppe o los Chigi, de Siena?

Porque los portugueses saquean uno de sus navíos, Jean Ango arma una flota, bloquea Lisboa, incendia las costas, y hubiera de veras arrasado con todo si el propio rey no le ofrece la paz.

Cien navíos tiene Chigi; veinte mil empleados trabajan en sus sucursales. Desde Londres al Cairo él sabe cuanto ocurre, y ha prestado al papa Julio II tan inapreciables servicios financieros, que ha conseguido para sus negocios una ayuda que le viene del mismísimo cielo: cada vez que un deudor no le paga, Chigi consigue que el papa lo excomulgue...[24]

Como los Fugger en Ausburgo; como los Ango en Dieppe; como los Altoviti en Roma; como los Chigi en Siena, así son también en Florencia, los Médicis. Descendientes de cardadores o de apoticarios, ellos han ido acentuando su poder a medida que se multiplicaba su fortuna. A fines del siglo XIII, un Médicis está a la cabeza del cuerpo de los oficios; a comienzos del siglo XIV, otro Médicis es gonfalonero de la ciudad; a mediados del siglo XIV, Cosme es el dueño de Florencia. Uno a uno ha ido aplastando a los banqueros rivales; y tiene hasta tal punto entre sus manos el control de casi toda Europa que cuando el rey de Nápoles se une a los venecianos para atacarlo, Cosme de Médicis ni siquiera se molesta en contratar algún ejército de *condottieri:* se limita a cerrar sus establecimientos de crédito en las mismas narices de los adversarios, y los venecianos y los napolitanos capitulan. Un siglo antes que el poeta Hans Sachs proclame que «es el dinero el dios

23 Funck-Brentano: ob. cit., pp. 40-41.

24 Funck-Brentano: ob. cit., p. 45.

de la tierra» —*Gelts is auff erden der irdicsch gott*—, Cosme de Médicis lo sabía y lo decía en su cínico lenguaje de banquero: «De buenas ganas —solía repetir— le hubiera prestado plata a Dios padre, a Dios hijo y al Espíritu Santo, para tenerlos así en las columnas de mis libros de cuentas.» El oro, el poder que el oro da y la disciplina que su manejo impone, no sólo habían permitido a la burguesía esa familiaridad con el Eterno que hasta entonces la Iglesia detentaba, *sino una manera original de «racionalizar la vida» en que la apreciación de lo cuantitativo pecuniario no sólo puso orden y claridad en los negocios, sino que creó un nuevo espíritu del cual recogieron las ciencias nacientes su marcada preocupación por lo numérico.*

El feudalismo ignoraba el cálculo; lo propio del noble es gastar sin medida, es ignorar lo que entra y lo que sale. La burguesía, en cambio, necesitaba el número, la precisión, la exactitud, la contabilidad. Donde ella aparece, se inaugura al poco tiempo una escuela de cálculo.[25] Pero ese auge de cálculo hubiera sido imposible, naturalmente, sin la moneda de metal. Calcular y contar es casi irrealizable en la economía natural fundada en el trueque. El cálculo reposa sobre el número que representa un grandor, y no hay en economía grandores mensurables sino a condición de que puedan expresarse con dinero. *La economía fundada sobre el dinero lleva a pensar que todo puede ser narrado en el idioma de los números,* es decir, a sobrestimar lo cuantitativo en detrimento de lo cualitativo.[26] Los torrentes de oro y plata que América volcó sobre Europa dieron precisamente la posibilidad de convertir a la economía monetaria en fundamento de todo. Y eso trajo un vuelco en las inteligencias como ya lo había traído entre las clases. El artesano que construye un útil se siente vinculado a él como a algo en lo cual ha puesto un poco de sí mismo. Nada de su persona compromete, en cambio, el comerciante, cuando enfoca los mismos útiles como a objetos que sólo sirven para ser vendidos. Ajeno ha permanecido al proceso del artesano: ignora las penas y alegrías que esos útiles pudieron procurarle mientras los trabajaba. No los ve sino como a objetos de cambio, y por lo tanto, como a grandores que pueden ser medidos con dinero.[27]

Pero el comercio que se realiza además en gran escala —y bien sabemos que el descubrimiento de América creó el mercado mundial— lleva consigo otras exigencias que extirpan muchas maneras tradicionales de pensar y de sentir. Todo comercio, en efecto, que obliga a cambiar de residencia y de medio; que exige el conocimiento de lenguas y de costumbres extrañas; no sólo ensancha el horizonte mental y predispone a la tolerancia sino que hace ver por debajo de las diferencias superficiales entre los hombres, ciertas identidades que permanecen.

25 Seis escuelas, con 1 200 alumnos, tenía Florencia desde el siglo XIV. Ver Sombart, *Le bourgeois.*

26 Messer: *La filosofía moderna,* p. 12.

27 Sombart: ob. cit., pp. 403-404. En igual sentido Lucien Henry: *Les origines de la religion,* p. 51. Editions Sociales Internationales, París, 1935: «El predominio de la economía mercantil, fundada sobre el cambio, constituye un terreno favorable al pensamiento abstracto.»

Racionalistas en su concepción del mundo, indiferentes frente a las diversas religiones, pacifistas porque así lo exigía el interés de sus caravanas y de sus navíos; los banqueros del siglo XV y del XVI crearon la atmósfera en que el Humanismo nació y lo apoyaron después con su fortuna y sus honores. Porque, subrayémoslo una vez más: *sobre el plano de la cultura, el humanismo fue una derrota del feudalismo católico frente a la burguesía comerciante. Entre mercaderes nació el culto de la Antigüedad* y ellos, los mercaderes, fueron quienes lo impusieron a los prelados y a los príncipes, a los castellanos y a las castellanas.[28] Todo lo que la Iglesia les negaba: la potencia del dinero que ella calificaba de execrable;[29] la necesidad de la acción orientada en lo terreno; el goce de la vida tenido hasta entonces por pecado —todo eso y mucho más se lo daban los antiguos tal como ahora el Humanismo había aprendido a descifrarlos desde el punto de vista de la base burguesa. En una página magistral, Maquiavelo (1469-1527) opuso la religión cristiana al paganismo y recalcó cómo aquélla glorifica el desprecio de las cosas humanas mientras este otro exalta la grandeza del alma y la fortaleza del cuerpo.[30] Y casi en cada línea de *Los libros de la familia* de León Battista Alberti[31] —quizá el más acabado representante de la época— pasan y repasan las citas de los antiguos tal como ahora renacían al llamado del capitalismo comercial. ¿Qué afinidad podía existir entre un mercader de lana como Alberti y las concepciones de los antiguos?[32] *La que deriva precisamente de la misma creencia en la «razón» como norma de la vida.* Esa creencia, que los estoicos erigieron en sistema, es tan favorable al desarrollo del capitalismo que nada cuesta imaginar a Alberti leyendo en Marco Aurelio que «la naturaleza procede siempre en vista de la utilidad» o aprobando a Séneca cuando aconsejaba al sabio no despreciar la riqueza, sino más bien acrecentarla. ¿Y qué otra cosa era lo que aconsejaba Cicerón —santo patrono del humanismo—, Cicerón incrédulo y codicioso como ellos; como ellos, advenedizo y *homo novus*?[33] «El dinero es deseable no por sí mismo, no por la atracción que ejerce, sino por las ventajas que es capaz de procurar.» Y si eso ocurría con los moralistas que les eran tan afines —moralistas a lo Séneca, que prestaban a intereses usurarios millones de sextercios—, ¿cómo no habrían de estudiar con profunda simpatía a aquellos otros

28 Así lo reconoce con palabras casi idénticas un historiador tan poco sospechoso de marxismo como Funck-Brentano: *La Renaissance*, p. 83.

29 Execrable en los demás, no en ella misma.

30 Dilthey: *L'analisi dell'uomo e l'intuizione della natura del Rinascimento, al secolo* XVIII, traducción italiana de G. Sanna, t. I, p. 36. Ed. La nouva Italia, Venecia, 1927.

31 Alberti: *I libri della famiglia*, Ed. de Girolamo Mancini, Firenze, 1908.

32 Sombart escribe: «La existencia de una relación estrecha entre las concepciones de los antiguos y las ideas económicas de las primeras fases del capitalismo italiano es fácil de demostrar.» *Le bourgeois*, p. 266.

33 Eulenberg: *Cicerón*. Traducción Bouvier, pp. 10, 50, 90; 129. Ed. Payot, 1935. Los testimonios son aquí más importantes porque Eulenberg es casi un apologista.

escritores que manejaban directamente, a lo Jenofonte y Columela, materias económicas que les tocaban más de cerca? «Roma es una razón grosera —ha dicho Renan—,[34] pero es una razón.» Y eso fue lo que el humanismo tomó de los antiguos para darlo a los banqueros: *la filosofía práctica que les era necesaria para justificar su amor de la riqueza y de la ganancia, su gusto por la vida laica y el pensamiento libre.*[35]

Algunos ejemplos hábilmente escogidos o parcialmente interpretados han desfigurado de tal modo la verdadera situación social del humanista, que ya parece indestructible la leyenda que lo presenta como a un poderoso señor de la inteligencia tronando por encima de los banqueros y los reyes. Es verdad que Petrarca se sentó alguna vez a la mesa de los Dux; que cuando Pontano le visita, de pie se pone el rey Alfonso de Aragón. Pero por un humanista que recoge honores, ¡cuántos otros humillados, envilecidos, explotados![36]

> Sucesivamente preceptor, secretario, profesor, sirviente de los príncipes, consumiéndose en estudios ingratos, víctima de enemistades mortales y de peligros incesantes, levantado hasta las nubes o hundido en el desprecio, opulento hoy, miserable mañana [el humanista], es la imagen viva de la inestabilidad.[37]

Así lo presenta Jacobo Burckhardt, y así fueron en verdad, lejos de la leyenda. Periodistas antes del periodismo; agentes de propaganda antes de la *reclame*, adorno de banquetes y salones; elogiadores de casamiento o bautizos, llorones de velorios y entierros, cuanto ganaban lo recibían como dádiva. Cierto es que por seis versos latinos dedicados a la gloria de Venecia, la Serenísima gratificó a Sannazaro con seiscientos ducados de oro; pero aun en el mismo momento de colmarlos de regalos, ¡cuántos eran los que, como Carlos IX, pensaban de Ronsard: «a un buen poeta hay que cuidarlo como a un buen caballo»![38] Intelectual al servicio del señor que lo pagaba, el humanista cambiaba de opinión como de climas; aceptaba los más bajos menesteres, importunaba día y noche en busca de limosnas. Cuando el con-

34 Renan: *Histoire du peuple d'Israël*, t. 8, p. 14. Ed. Calman Lévy. Ver en Sorel un comentario certero: *La ruine du monde antique*, 3a. ed., p. 125. Ed. Rivière, París, 1938.

35 Los dos libros que llegarían a ser en breve los mayores «éxitos de librería» de la época, los *Adagios* y el *Enquiridion*, de Erasmo, no eran en el fondo más que una manera de entregar a los contemporáneos, bajo las formas de las «máximas» antiguas, un esbozo de cristianismo sin metafísica y de ética sin dogmas. Ver Maison: *Erasme*, pp. 10n y ss. Ed. Gallimard, París, 1933.

36 Gebhart: ob. cit., p. 115. Ver en que condiciones vivía Urceo en el palacio de Ordelafo: Funck-Brentano: ob. cit., p. 98.

37 Burckhardt: *La civilisation en Italie au temps de la Renaissance*, t. I, p. 343. Ed. Plon, París, 1885.

38 Funck-Brentano: ob. cit., p. 141.

cilio de Basilea triunfa, Eneas Silvius está contra el Papa; cuando el concilio fracasa, está con el Papa.[39]

Poliziano canta a la querida de Lorenzo de Médicis, al caballo de Lorenzo, al perro de Lorenzo.[40] Y Filelfo, a quien tres ciudades han otorgado la burguesía de honor, le pide a Alejandro Sforza con un cinismo penoso, un paño rojo para hacerse un traje: cuando el paño llega, le pide una piel...[41]

Instrumentos y apéndices de la gran burguesía, los humanistas comparten con ella sus entusiasmos y sus odios. Enemigos de la nobleza de cuna como ésta, son también como ésta enemigos de la Iglesia.[42] «Yo me he hecho a mí mismo», decía Pontano. Y lo repite Latini. Y lo confirma Alberti. Ateos vergonzantes los más; deístas tibios algunos; todos sienten por los dogmas de la Iglesia, antipatía y desprecio. Paganos cumplidos, no ven en la religión nada de sobrenatural,[43] y no eran pocos los que creían, como ese deslenguado de Lorenzo Valla, que una prostituta era más útil a la sociedad que una religiosa...[44]

Sobre el plano de la cultura, ellos servían con sus traducciones y sus comentarios, a la causa de la burguesía; y mientras los banqueros socavaban el poder de la nobleza comprándoles los bienes, ellos liberaban las almas de los terrores y las pesadillas de la Iglesia.[45] Pero como la burguesía también, los humanistas detenían su avance allí donde la burguesía no podrá pasar jamás. Y ese otro aspecto del humanismo —esencial para nosotros porque le niega al humanismo burgués su pretensión a realizar la «totalidad» del hombre— es lo que vamos a ver ahora antes de terminar.

Sabido es que la burguesía tiene de característica como clase social que no puede avanzar sin sentirse trabada por las clases que explota. Para que crezca, se desarrolle y se afiance, es menester que ejércitos enteros de obreros libres estén en condiciones de venderle la fuerza de trabajo. La disolución del régimen feudal, evidente en el siglo XIV, lanzó al mercado masas compactas de trabajadores. Al modo de explotación feudal fundado en el trabajo servil, la burguesía enfrentaba su modo de explotación capitalista fundado en el trabajo asalariado.[46] Cambiaban, sin duda, las grandes figuras sobre el escenario de la historia. Pero las masas que realizaban en el campo y en la ciudad las tareas más humildes —*el popolo minuto,* y muchos más el *minutisimo*— continuaban más o menos arrastrando la misma vida miserable. Bien sabemos que los grandes burgueses del Renacimiento sabían realizar, cuando

39 Monnier: ob. cit., t. I, p. 253.

40 Monnier: ob. cit., t. II, p. 58.

41 Monnier: ob. cit., t. I, p. 163.

42 Burckhardt: ob. cit., t. II, pp. 97 y 279.

43 Dilthey: ob. cit., t. I, p. 35. En igual sentido, Taine: ob. cit., t. I, pp. 369-370.

44 Monnier: ob. cit., t. I, p. 186.

45 Gebhart: ob. cit., p. 115.

46 Marx: *El capital,* t. I, p. 195. Ed. Idea socialista, Buenos Aires, 1918.

lo creían oportuno, su adecuada demagogia: que Cosme de Médicis, por ejemplo, no sólo se vestía de paisano y bajába al taller de sus artesanos, sino que cada vez que aplastaba a algún rival imponiéndole contribuciones extenuantes, decía y repetía que no buscaba otra cosa que «el bien de su pueblo»[47] El pobre pueblo, sin embargo, contemplaba de lejos su opulencia insolente, y no participaba para nada en los negocios de aquella «república» curiosa en la cual, según un cálculo de 1494, sobre noventa mil habitantes sólo contaban tres mil doscientos ciudadanos.

El *popolo minuto,* por el cual tanto se «sacrificaban» los Cosmes y los Lorenzos —padres de la patria—, era una pobre recua mansa o con furores ciegos, mantenida exprofeso en su ceguera de siglos y excluida en absoluto de los oficios públicos y del derecho de la ciudad.[48]

Ideólogos fieles de la gran burguesía, los humanistas no sólo no se interesaron en lo más mínimo por la suerte de los trabajadores, *sino que contribuyeron a mantener su ignorancia y prolongar su mansedumbre.*

Sobre el frente antifeudal ya los hemos visto atacando a la nobleza y a la Iglesia; veámoslos ahora reaccionando contra el pueblo y *justificando a los ojos de los banqueros y de los especuladores, la explotación inicua de las grandes masas.* Para Marsilio Ficino, el pueblo es como el pulpo: «animal con muchos pies y sin cabeza».[49] Para Guicciardini, quien dice pueblo dice loco: *chi disse un popolo disse veramente un pazzo,* «monstruo lleno de confusión y errores, cuyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como la España de la India, según Ptolomeo».[50] Para Maffeo Vegio los paisanos no participaban de la naturaleza humana sino más bien de la del buey: *non hominum species vestra, bovum magis est.*[51]

Pedagogos de los hijos de banqueros,[52] los humanistas vuelven las espaldas con desprecio al bajo pueblo. Y ellos, los incrédulos y los ateos, los que tantas veces se mofaron de la religión y de la Iglesia, aconsejan para el pueblo la enseñanza de las supersticiones.

Hace un rato escuchamos a Maquiavelo repudiar al cristianismo y elogiar a los estoicos. Con ligeras variantes esa era la opinión de todo el humanismo, desde Pomponazzi hasta Bruno y Campanella. Pero *para todo el humanismo también, la religión era un instrumento necesario para mantener*

47 En *El príncipe* que, como se sabe, está dedicado a Lorenzo de Médicis, Maquiavelo aconseja a los príncipes dar fiestas al pueblo y visitar de cuando en cuando las asambleas de los artesanos. Machiavel: *Le Prince,* p. 172. Ed. Garnier, París, [s.f.].

48 Gebhart: ob. cit., p. 101. «Los hombres —dice Maquiavelo— que en las repúblicas ejercen un arte mecánico no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes, porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a ciudadanos que no han obedecido sino a los reyes y a las leyes, es decir, a los que viven de sus rentas propias.» Machiavel: ob. cit., p. 201.

49 Monnier: t. II, p. 84: «animal multiple sine capite».

50 Monnier: ob. cit., t. I, p. 39.

51 Monnier: ob. cit. t. II, p. 301.

52 Burckhardt: t. I, p. 265.

al pueblo en continencia. Enemigo de la Iglesia en cuanto no reconoce sus aspiraciones a someter la burguesía, Maquiavelo la saluda como aliada en cuanto ve en ella, y con razón, un excelente instrumento para desviar hacia un plano extraterreno el descontento de las masas. «Condición imprescindible para la salud del estado es la religión —dice—; un Estado no se encuentra bien organizado sino cuando se preocupa tanto de los intereses de la religión como de los propios.»[53] La evidencia de un conflicto entre el orden de la Iglesia feudal y el orden del Estado burgués que sólo puede superarse a condición de poner aquella a las órdenes de éste, es lo que reaparece sobre el plano filosófico a propósito del conflicto entre las «dos verdades». La oposición del orden de la fe y del orden filosófico, que era el rasgo de los averroístas, emergen en el Humanismo bajo la pluma de Pomponazzi: ciertas cosas pueden ser verdaderas teológicamente, aun cuando no lo sean filosóficamente...[54] Pomponazzi filósofo no cree en la inmortalidad del alma. Pomponazzi cristiano, debe creerlo... ¿Hipocresía, doblez, prudencia? ¿La misma máscara, que Bayle primero, Voltaire, después, pondrán de moda durante la Enciclopedia? Sí, la misma máscara, y con el mismo sentido. *Incrélula frente a la Iglesia, la burguesía quiere pasar por creyente ante las grandes masas.* Es lo que Giordano Bruno expresó, en nombre de todo el Humanismo, con un claro sentido de los intereses de la clase que servía. Para Bruno la ciencia es la negación absoluta de la fe, y la fe una «crédula locura.» *Pero por lo mismo que la ciencia excluye la fe, Bruno aparta al pueblo de las enseñanzas de la ciencia.*[55]

> Las verdaderas proposiciones —dice— no son presentadas por nosotros al vulgo, sino únicamente a los sabios que puedan comprender nuestro discurso... Porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los otros, la fe, en cambio, es necesaria al pueblo que debe ser gobernado.[56]

No es posible expresar con más crudeza la posición del humanismo burgués frente a las masas, durante un siglo en que no se escuchan más que gritos de maravilla frente al «Hombre». Aquel momento extraordinario de la historia, del cual ha dicho Taine que ha sido el más prodigioso de la «vegetación humana»,[57] ha entonado, en verdad, bajo todas las formas, el himno de Mercurio Trismegisto: «¡Oh, Asclepíades, qué gran milagro es el hombre!» Ninguna época hasta entonces lo creyó con más fuerza. Pero lo poco que llevamos dicho nos asegura que en labios de la burguesía, aquel «hombre del milagro» no era ni podía ser otro que el hombre de la burguesía.[58] Y en esa limitación, para ella ineludible, sorprendemos la herida irremediable que el humanismo burgués lleva en el flanco. Después de haber batallado varios siglos para arrancarla al feudalismo, entre otros privilegios, el privilegio de la cultura, la burguesía se alzaba ahora frente al pueblo para defenderlo como suyo, con igual desprecio de las grandes masas.

[53] Citado por Gentile: *Studi sul Rinascimento,* p. 111. Ed. Vallecchi, Firenze, 1923.

[54] Renan: *Averroes et l'averroisme,* p. 359. Ed. Calman Lévy, París.

[55] Gentile: *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento,* p, 92. Ed. Vallecchi, Firenze. 1920.

[56] Gentile: ob. cit., p. 18.

[57] Taine: ob. cit., t. I, p. 241.

Siglos más tarde, urgida por la necesidad de una mano de obra competente, no tendrá más remedio que decirse, durante cierto tiempo, la defensora de la cultura popular. Pero tan pronto esas técnicas llegaron a hacerse innecesarias, como le ocurre hoy en su desastre, reniega otra vez de la cultura para el pueblo, y pide de nuevo para él eso que Bruno llamaba la «crédula locura». Abanderados de la burguesía en las primeras luchas contra el feudalismo, los humanistas no ignoraban que para asegurar plenamente su victoria no debían arrancar de la sumisión y la ignorancia al explotado «monstruo de muchos pies y sin cabeza». Lo que la burguesía intensifica ahora en su declive estaba ya en la entraña de sus ideales en los mismos momentos de su ascensión jubilosa.

En circunstancias, sin duda, emocionantes, André Gide ha recordado no hace mucho aquella terrible escena de naufragio que en sus *Faux-Monnayeurs* nos había relatado.[59] Después de disputar desesperadamente el refugio de una barca, un puñado de náufragos consiguen instalarse en ella. Mas tan pronto se sienten al abrigo, el miedo de que otros náufragos quieran también llegar hasta la barca y comprometer así su privilegio, les dicta a aquellos desdichados una solución terrible: a cada costado de la barca, individuos armados de hachas y cuchillos, empiezan a cortar, enloquecidos, los puños de los que intentan alcanzar el borde del navío.

Así también el humanismo burgués, después de haber dicho en todos los tonos que había «liberado» al Hombre, ya estaba entonces con el hacha en alto para dejarla caer sobre las manos de los náufragos.

ERASMO

No son muchos los reyes que podrían exhibir una iconografía más ilustre: Holbein lo pintó seis veces, Durero dos, Matsys una.

El físico, a decir verdad, no valía gran cosa. Aún más: apenaba un poco con su aspecto frágil y su tez amarilla, sus cuidados perpetuos y sus temores

[58] «Hace cinco siglos, el humanismo sirvió a la burguesía para defenderse contra los feudales y la Iglesia, a la cabeza de la cual había también feudales. Al hablar de la igualdad de los hombres, el rico burgués, industrial o mercader, subentendía solamente su propia igualdad con el parásito feudal, caballero u obispo, recubierto de armadura o casulla.» Gorki: «A propos de la culture», en *La Littérature Internationale,* no. 8, Moscú, 1935.

[59] En: *André Gide et notre temps,* pp. 61 y 62. Ed. Gallimard, París, 1935.

incesantes. Erasmo era, en efecto, de esos hombrecillos escasos, puro hueso y nervadura, friolentos y egoístas, escurridizos e incómodos; de esos hombrecillos molestos que se quejan siempre del estómago o del hígado, que temen las corrientes de aire, los contactos impuros, las comidas sin la adecuada sazón; de esos hombrecillos, en fin, que todos los días amenazan con despedirse de este mundo, pero que viven setenta años enterrando a los amigos más robustos y consiguiendo siempre de cuantos los rodean, los asientos más cómodos y los lugares más tibios.

Pero ese hombrecillo endeble encarnaba con más derecho que nadie la formidable novedad que había aparecido en su tiempo: la sabiduría alejada del convento, la cultura antigua al servicio de la vida, la ironía burguesa que hincaba su diente en la gravedad del teólogo, la doblez del obispo, la corrupción del señor. En aquel cuerpo despreciable, la mirada y las manos vivían, sin embargo, de manera extraordinaria. Eran ellas las que más preocupaban a quien se le acercaba; sobre ellas ha construido Holbein su retrato más famoso. Lo recuerdan ustedes. En la pieza en silencio el humanista escribe. A sus espaldas, sin duda, la puerta está con doble llave. Gruesas cortinas, además, apagan los rumores. ¿Reposo de media noche? ¿Sosiego logrado en pleno día? Lo misma da. Erasmo se ha encerrado a escribir, y la luz amarilla de los cirios ilumina el rostro, las manos y el papel. Afuera, tal vez, debe hacer mucho frío. Pero aunque así no fuera, él no dejaría por eso ni su birrete de terciopelo[60] ni su gabán de mangas anchas. Para escribir como para vivir, Erasmo necesita el abrigo, el cuidado, la suave caricia de la seda o de la piel. De lejos se diría que está inmóvil; de cerca, es de una vitalidad que sobrecoge. Muchos pintores han osado acercarse a ese instante prodigioso en que un gran escritor se dispone al trabajo; Van Loo o Manet, para no citar más que a dos. Pero en el cuadro de Van Loo, Diderot mira al espectador y lo interpela; en el cuadro de Manet, Emile Zola se ha quitado los lentes, ha interrumpido la lectura, se ha quedado perplejo. En ninguno de los dos el pintor se ha atrevido a sorprender a su modelo en el preciso instante en que el pensamiento adquiere cuerpo sobre el papel. Holbein se ha propuesto precisamente eso, y ha realizado tamaño milagro. Los tonos oscuros del vestido y del fondo atraen sabiamente la atención sobre el rostro severo y las manos con sortijas. La mejilla caediza y el mechón ceniciento son los de un hombre fatigado y viejo.[61] Pero en ese instante ni significan ni valen. Hay allí un espíritu reconcentrado en un solo esfuerzo creador, y a ese esfuerzo se lo adivina en acecho desde los superciliares contraídos y los labios apretados, hasta la mano ágil y la pluma alerta.

60 El birrete de terciopelo con que Erasmo se tocaba siempre, y con el cual aparece en todos sus retratos, no obedecía a afectación de doctor ni a cuidado de friolento calvo, como Zweig afirma (*Erasme*, Traducción de Schmidt, t. I, p. 8. Ed. Plon, París, 1885. En el mismo tomo: Museo de Basilea —en donde como es sabido se guarda en una vitrina un molde en yeso de su cráneo—), se debía a que su cráneo, demasiado alto y corto, le daba un aspecto desagradable. Ver Duhamel: «Erasme ou le spectateur pur», en *Conferencia*, p. 472. París, 15 de abril de 1935.

61 Cincuenta y seis años tenía Erasmo en ese entonces. El cuadro fue pintado por Holbein en 1532, para Tomás Moro, gran amigo de Erasmo.

No vemos ahora sus ojos azules, pero tras de los párpados en visera se siente que la mirada baja hasta la pluma como un rayo de luz.

Nunca la pintura ha rendido a un escritor un homenaje más alto. Y bien está que haya tomado en Erasmo, el pretexto y el símbolo. Porque este hombre extraordinario, que representó como nadie el humanismo burgués, llevaba en sí, con todas las virtudes que le aseguraron un vasto reinado intelectual, todas las mezquindades del «letrado» que iban implícitas en su alma friolenta y en su pieza cerrada.

La vida de Erasmo (1467-1536) es relativamente fácil de contar si no se nos ocurre seguirlo paso a paso en sus viajes frecuentes y perpetuas mudanzas. Hijo de un eclesiástico, la madre no pudo recibirlo al nacer con esas telas blancas que en las tradicionales holandesas se ponían en las puertas de las casas para anunciar un hijo que la Iglesia había bendecido. Huérfano a los pocos años, Erasmo bebió en la infancia la doble amargura del desamparo y de la situación irregular. Tutores poco escrupulosos lo llevaron casi a la fuerza a un monasterio: el monasterio de los Agustinos de Steyn, en el cual continuó una educación que los «Hermanos de la vida común» inauguraron. Entre éstos había aprendido, a regañadientes, la actitud recogida y la gravedad silenciosa; entre los agustinos del convento, «ignorantes y perezosos», le fue más difícil mantener sin protestas, la humildad opaca y la resignación tullida.[62] Casi todo el odio que sintió por los monjes, y toda la repugnancia por la pedagogía tradicional, los aprendió en aquellos años que para él fueron de un martirio indecible.[63]

Con trampas, mañas y truhanerías consiguió que el obispo de Cambrai lo tomara a su servicio, después de ordenarlo sacerdote. Para él equivalía a escaparse del convento, y desde entonces, en efecto, Erasmo no buscará más que pretextos para continuar estudiando en libertad. Un protector generoso había que encontrar cuanto antes, y para encontrarlo, adular, humillarse, mendigar. Puede decirse que desde el instante en que sale del convento (1492) a los veinticinco años de edad, hasta que alcanza la celebridad y el bienestar alrededor de los cincuenta, su vida no fue más que un continuo pedir, suplicar, importunar.[64] En 1500, después de haber escrito en todas direcciones muchas cartas adulonas, le confesaba a un amigo: «En mi vida he escrito con más asco estas necedades de parásitos.»[65] Dura era la vida para los humanistas. En la lista de gastos de los grandes señores, ocupaban el último lugar después de la corte, la guardia personal, el ejército, los edificios públicos y

62 Renaudet: «Erasme, sa vie et ses oeuvres jusqu'en 1517 d'après sa correspondance», en *Revue Historique*, t. CXI, pp. 233-234, sept-dic. de 1912.

63 Para imaginar los horrores de semejante educación, ver Maison: *Erasme*, pp. 35, 37, Ed. Gallimard, París, 1933.

64 Algunas veces de manera bastante indigna. Véase en Durand de Laur: *Erasme, précurseur et initiateur de l'esprit moderne*, t. I, p. 65. Ed. Didier, París, 1872.

65 Renaudet: ob. cit., p. 249. Parecidas palabras a propósito del panegírico que escribe en honor del archiduque Felipe, ver pp. 254, 255.

los bufones.[66] A fuerza de insistencias y limosnas, Erasmo consiguió estudiar en París, y viajar por Inglaterra. Entre teólogos y doctores, acrecentó aún más su antipatía por la vida religiosa. Para colmo, algunos nobles sacerdotes le confiaron también su desencanto. Tal, por ejemplo, el guardián del convento de franciscanos de Saint-Omer, el generoso Vitrier, a quien Erasmo tanto admiraba. La Sorbona le había condenado a retractarse, algunos años atrás, con motivo de sus críticas al tráfico de las indulgencias y de sus censuras a las malas costumbres de los clérigos. Sin embargo, «con el deseo de no herir la fe de los humildes», Vitrier no admitía que un monje dejara jamás los hábitos.[67] Subrayo a propósito este consejo oportuno: en la vida de Erasmo, lo veremos en breve, tuvo una importancia excepcional ese cuidado *«de no herir la fe de los humildes»*. En la clase anterior vimos con qué clara intención los humanistas destinaban al bajo pueblo lo que Bruno llamaba «la crédula locura»; en la de hoy vamos a ver actuar con idéntico sentido al menos creyente de los teólogos y al más sarcástico enemigo de los pontífices y de los nobles.

Nada de escándalos que entibien la fe de los humildes; nada de rebeliones que permitan cundir el mal ejemplo, eso fue para Erasmo una norma invariable de su conducta privada y de sus opiniones públicas. Aspiraba, en efecto, a conseguir la independencia y el bienestar que se había propuesto, sin grandes gestos, ni revueltas inútiles. No importa que para eso tenga que soportar más de una vergüenza: lo importante es no chocar con violencia las formas recibidas, ni dar, sobre todo, a la «bestia enorme y poderosa que se llama pueblo»,[68] *el espectáculo peligroso de una rebelión*. Sólo en muy contadas excepciones dirá, por eso, derechamente, lo que piensa. Cuidadoso de su tranquilidad, primero; de la tranquilidad pública después, Erasmo es el hombre de las interlíneas, de los subentendidos, de las alusiones, de los matices, de los pasos oblicuos, de la luz tamizada, del gesto evasivo, de las tos oportuna.[69] Cuando se le lee es difícil separar a veces con exactitud lo que dice porque así le conviene, de lo que dice porque así lo ha creído.[70] Si nos atenemos a su letra y lo leemos sin malicia, Erasmo hasta puede parecer un buen católico; es lo que han sostenido con alguna apariencia de

66 Burckhardt: *La civilisation en Italie au temps de la Renaissance*. Traduc. de Schmidt, t. I, p. 8. Ed. Plon, París, 1885. En el mismo tomo, p. 165, Burckhardt dice que el tirano «protege al talento pero lo explota sin consideración». Ver Maison: ob. cit. pp. 44-45 y 65-67.

67 Renaudet: ob. cit., p. 253.

68 Así lo llama en el *Elogio de la locura*. Traduc. de José Luengo, p. 48. Ed. Prometeo, Valencia, [s.f.].

69 Lutero lo llamaba «el rey de la anfibología», Maison: ob. cit., p. 232.

70 «No es posible distinguir en Erasmo lo que decía porque así lo exigía su posición —y hasta su posición económica— de lo que decía porque tal era su íntegra convicción.» Dilthey, *L'analisi dell'uomo e l'introduzione della natural del Rinascimento al secolo* XVIII. Traduc. de Sanna, p. 97. Ed. La nuova Italia, Venecia, 1927. En igual sentido, Quoniam: *Erasme*, p. 12. Ed. Desclée de Brower, París, 1935.

verdad, Tiraboschi en Italia, Quoniam en Francia, Dámaso Alonso en España. Pero si se le estudia como Erasmo debe ser estudiado —con el oído atento y el olfato alerta— ¿quién no reconoce en cada línea a ese incrédulo burlón, a ese satírico cauto frente a cuyos libros los frailes españoles situaban centinelas en las librerías para disuadir a las gentes de comprarlos?[71]

El largo proceso mediante al cual dejó los hábitos, sin romper por eso con la Iglesia, es una maravilla de picardías y patrañas, bajo la apariencia de un cierto coraje y hasta de cierta grandeza. Porque este hombre personalmente cobarde —cobarde confeso— tenía a veces un arte prodigioso para disfrazar de heroísmo hasta sus malandrinadas.

> A pesar —dice— de que yo había comprobado que no servía para ese género de vida (se refiere a la vida monástica), *el hecho de que la opinión corriente consideraba como impío* a aquel que abandona ese estado conferido para siempre, hizo que yo aceptara valientemente hasta el fin esta parte de mi infortunio.[72]

Ya hemos visto que lo de «hasta el fin» es puro cuento. Apenas lo ordenan sacerdote, sabemos que salió del convento para servir a las órdenes del obispo de Cambrai, y que a partir de ese instante Erasmo sólo pensó en asegurar la retirada de modo que nunca más lo volvieran a ver por el convento. En compañía de obispos y milores ha viajado mucho, ha estudiado más. Sabe todas las lenguas clásicas, ha recibido en Boloña el grado de doctor, ha vigilado en casa de Aldo Manuncio la impresión de sus *Adagios* (1500); es ya amigo del ilustre Tomás Moro. Traducir un viejo texto, corregirlo en las pruebas, escoger bien los tipos: he ahí su dicha, su horizonte, su vida. Para esa vida, el traje canónico le molestaba. Desde que había salido del convento no dejó de llevarlo un solo día, pero lo modificaba de acuerdo a los usos del país en que viajaba, «a objeto —según decía— de no singularizarse». En Lovaina se atrevió a pedir un poco más: solicitó y obtuvo el permiso de llevar un simple escapulario de lino en vez del traje completo de agustino que le correspondía. Cuando fue a Italia vio que los monjes llevaban traje negro; para no perder la costumbre colocó su escapulario sobre un traje negro. Pero ocurrió que al pasar por Boloña una epidemia azotaba la ciudad, y que las autoridades habían dispuesto que los enfermos y los sospechosos llevaran sobre su traje un distintivo muy parecido

71 Alonso: «El crepúsculo de Erasmo», en *Revista de Occidente*. t. XXXVIII. p. 47. Madrid, 1932. La opinión de los contemporáneos era unánime respecto a la incredulidad de Erasmo: Posserino pedía que su nombre fuese borrado de todos los escritos católicos; Bellarmino lo consideraba semicristiano; Paolo Giovio al referirse al *Elogio* no deja de insinuar que allí se «hace befa hasta de las cosas de Dios». Ver Croce: *Introduzione*, pp. XIII, XVIII, a su traducción del *Elogio della pazzia e dialoghi*, Ed: Laterza, Bari, 1914. Considero el libro de Pineau: *Erasme, sa pensée religieuse*. Ed. Les presses universitaires de France, París, 1924, como la más fiel interpretación de sus ideas.

72 Quoniam: ob. cit., p. 48

al escapulario de lino que Erasmo usaba. Sin apercibirse de lo que ocurría, Erasmo fue corrido a pedradas tan pronto quiso entrar a uno de los barrios cuyo acceso estaba prohibido a los enfermos. La ocasión era magnífica y Erasmo no la desaprovechó. Refirió al Papa el incidente desdichado y obtuvo el nuevo favor de no llevar el traje religioso. «Las leyes pontificales —explicó después— excomulgan al que arroja el traje religoso a fin de vivir más libremente entre los laicos. Yo lo abandoné en Italia bajo amenaza de morir.»[73] No era un católico, por cierto, el que así hablaba. No era un teólogo el que escribía desde Inglaterra a su amigo el poeta Fausto Andrelín, esta carta bien pagana en que se adivinan sus ojos brillantes y sus labios húmedos.

> Hay por aquí algunas ninfas de rostro divino que preferirías con seguridad a vuestras musas. Existe además una costumbre que no podría nunca elogiarse demasiado. A cualquier lado que uno va, las mujeres lo besan. Lo besan cuando uno se retira; lo besan cuando uno regresa. Besos cuando entra la visita; besos cuando se retira la visita. Cada encuentro un beso; de cualquier lado que uno se mueve, un beso. Si vos hubierais gustado la dulzura y el perfume, desearíais viajar por Inglaterra hasta la muerte.[74]

No era un monje tampoco el que años después, cuando lo invitan a reincorporarse a su convento, contesta con argumentos de este orden: no se necesita vivir en el encierro para ser virtuoso; fuera del claustro ha encontrado verdaderos cristianos que lo alejaron del vicio; en el claustro tendría que soportar una vida para la cual su salud no lo autoriza; el pescado, por otra parte, le hace daño; el clima no le conviene; sufre de un cálculo y para curarlo los médicos no le permiten tomar más que ciertos vinos... En esas condiciones, ¿cómo ir a molestarlos? No ocasionaría más que fastidios y tal vez se moriría...[75]

Ese arte sutil que lo mismo le permitía introducirse que zafarse; esa manera entre inocente y humilde para presentar las objeciones o las disculpas; ese procedimiento tan personal para insinuar sin concluir, es lo que va a hacer de su *Elogio de la locura* el grito de guerra del Humanismo. En casa de su amigo Tomás Moro lo compuso en siete días; casi de un solo aliento, entre broma y broma. Una circunstancia feliz vino en su auxilio. Por las dificultades de la época en cuestiones de transporte, Erasmo y su biblioteca no pudieron llegar a Inglaterra al mismo tiempo. Y a ese retraso, para él incómodo —porque un humanista nada podía escribir sin verlo pri-

[73] Quoniam: ob. cit., p. 37. Igualmente Durand de Laur: ob. cit., t. I, p. 86.

[74] Durand de Laur: ob. cit., t. I, p. 47. Sobre las costumbres bastante libertinas de Erasmo. Ver Maison: ob. cit., pp. 72 y 74 y Pineau: ob. cit., pp. 17, 30 y 85.

[75] La carta que es un modelo de habilidad, está comentada ampliamente en Quoniam: pp. 44, 65.

mero a través de los antiguos—,[76] debe la literatura universal su panfleto prodigioso: esbelto y alegre como un muchacho, extravagante y elástico como un acróbata.

Exagera Croce cuando afirma que aquel libro da la impresión de no haber sido sentido; es decir, de ser mucho más un capricho académico, una «bravura sofística», una paradoja hábilmente desenvuelta, que la expresión de un pensamiento potente, o de una pasión que se va caldeando al afirmarse.[77] Y digo que exagera y no que se equivoca, porque aun en este libro excepcional en que Erasmo arremete con su armadura completa, no olvida por eso ni las precauciones, ni las artimañas, ni los equívocos. Toda la primera parte, en efecto, no persigue otra cosa que quitarle a su sátira importancia y alcance; la parte final, de igual manera se propone también adelantar excusas y embotar las flechas, pero todo lo que podríamos llamar el cuerpo mismo del volumen —porque el *Elogio* no está dividido ni en capítulos ni en párrafos— es de una vehemencia que a veces asombra, es de una entonación iracunda, que a veces contagia. Todo lo que Erasmo sabía de los pontífices y de los teólogos; todo lo que conocía de los reyes y de los señores, de los monjes y de los pedagogos; toda la indignación acumulada durante tantos años en su alma de burgués, se vuelca allí bajo los cascabeles de la locura. «Dama Estulticia» es la que habla. El recurso es feliz y le exime de responsabilidad. Pero, tal vez por lo mismo, cada acusación que dispara alcanza al blanco en pleno centro. Cuanto la burguesía pensaba de los nobles y la Iglesia, allí está expuesto con una travesura que desconcierta, con una gracia que encanta, con una destreza que maravilla. «Bravura de sofista», como dice Croce. hay en el libro. Pero no es eso sólo. Hay además maestría de pintor, arrebato de satírico, mordedura de ácido que ataca el metal. *Aquel panfleto de pocas páginas era el cuadro más acabado de la sociedad de la época visto con ojos de la burguesía que trepaba;* el inventario cabal de los abusos feudales; *el cahier de doléances* del tercer estado en los tiempos todavía nada revolucionarios del Renacimiento.

Las primeras palabras que pronuncia la Locura sitúan al libro en su momento. Son, en efecto, un canto al oro, en el instante mismo en que ese oro, «hirviente de juventud», se desparramaba por el mundo:

> No debo mi nacimiento —dice— ni al Caos, ni a Plutón, ni a Saturno, ni a Júpiter, ni a ningún otro de estos dioses podridos de vejez. Me ha engendrado Pluto —Pluto, padre de los dioses y de los hombres, digan lo que quieran Homero, Hesíodo y el mismo Júpiter— Pluto, que hoy como ayer, con un movimiento de cabeza pone patas arriba las cosas sagradas y las profanas; Pluto, que dispone según su

[76] Cuando Petrarca, que amaba el alpinismo, llegó a la cumbre del monte Ventoso, fue tal la impresión que sintió que no se le ocurrió otra cosa que ponerse a leer las *Confesiones*, de San Agustín, que llevaba en el bolsillo.

[77] Croce: *Prefazione* a su traducción italiana del *Elogio della pazzia e dialoghi*. Ed. Laterza, Bari, 1914.

capricho, la guerra, la paz, los imperios, los consejos, la justicia, las asambleas populares, los matrimonios, los tratados, las alianzas, las leyes, las artes, lo festivo, lo serio... (¡ay, me ahogo!), en una palabra, todos los negocios públicos y privados de los hombres; Pluto, sin el cual la tropa de los dioses inferiores —qué los inferiores—, los mismos grandes dioses no existirían o por lo menos no se darían buen trato en casa; Pluto, cuya cólera es tan temible que Palas misma no podría venir en ayuda de quien hubiera incurrido en ella, y cuyo favor es tan poderoso que con él cualquiera puede burlarse de Júpiter y de su rayo...[78] Mirad a vuestro alrededor: los papas, los reyes, los jueces, los magistrados, los amigos, los enemigos, los grandes y los pequeños, todos tienen un solo móvil: la sed de oro.[79]

Como exordio es de una audacia que inquieta. Cierto es que a poco andar la Locura se vuelve juguetona y no la emprende a dentelladas, que se distrae un poco con los pequeños vicios, que se detiene frente a los terrores del egoísmo del amor o de la juventud. Pero tan pronto el lector ha olvidado un poco la violencia del comienzo, la Locura lo instala de nuevo ante la cruda realidad que lo rodea. Y empiezan entonces, con lo mejor del discurso, los ataques mordaces a la nobleza y a la Iglesia.

¿Qué diré de aquellos que engañan agradablemente al pueblo con sus pretendidas indulgencias fabricadas por ellos mismos y que miden como con una clepsidra la duración del purgatorio, calculando sin equivocarse y con una previsión matemática los siglos, los años, los meses, los días y las horas? ¿Y qué diré de aquellos que, fundándose en signos mágicos y en oraciones que un piadoso impostor ha imaginado para reírse de ellos y sacarles de paso el dinero ya se lo prometen todo, riquezas, honores, placeres, buena mesa, salud siempre floreciente, larga vida, verde vejez y en fin, un puesto en el cielo al lado de Cristo? [...][80] A pesar de disponer de poco tiempo, no puedo dejar de mencionar a esos otros locos que, tan *viles como el último de los pajes,* se creen superiores a los hombres, gracias a un vano título nobiliario: si se les da crédito, descienden unos de Eneas, otros de Bruto, otros del rey Arturo. En todos los rincones de sus casas se ven las imágenes de sus antepasados esculpidas o pintadas. Cuentan sus bisabuelos y sus tatarabuelos y citan sus antiguos apellidos, aunque ellos mismos se parezcan a las mudas estatuas y sean más estúpidos que los retratos que enseñan [...][81] Quizá fuera mejor pasar en silencio a los teólogos; es una imprudencia remover esa ciénaga y «tocar esa planta fétida». Orgullosos e irascibles en el más alto grado, serían capaces de atacarme

[78] Erasmo: *Elogio de la locura,* pp. 17, 18.
[79] Erasmo: ob. cit., p. 144.
[80] Erasmo: ob. cit., p. 79.
[81] Erasmo: ob. cit., p. 83.

en corporación con mil conclusiones, de forzarme a una retractación, y si me negaba, *de declararme inmediatamente herético. Este es el rayo de que se sirven para atemorizar a todos los que no los admiran...* Dichosos por el amor propio, como si habitaran el tercer cielo, miran desde lo alto a los demás hombres como a unos míseros animales que se arrastran sobre la tierra y casi se compadecen de ellos. Están rodeados de tan numeroso cortejo de definiciones magistrales, de conclusiones, de corolarios, de proposiciones explícitas e implícitas; tienen todos al alcance de la mano tantas tergiversaciones, que aunque se les encerrara en la red de Vulcano, se escaparían de ella por medio de esas distinciones que cortan todos los nudos como el hacha de Tenedos. Vense llenos de palabras recién forjadas y de términos oscuros. Además, explican los misterios a su gusto, cómo fue creado y dispuesto el mundo, por qué canales el pecado original se extendió a la descendencia de Adán, en qué momento concibió la Virgen a Cristo, qué participación tuvo ella, cuánto tiempo lo llevó en su seno y cómo es posible que en la Eucaristía los accidentes subsistan sin substancia [...][82] Los mortales que me deben por lo menos tantos favores como los teólogos, son los religiosos o monjes, calificativos muy falsos, porque, por un lado, la religión se encuentra raramente en ellos, y por otro, «monje», quere decir «solitario», y nos los tropezamos por todas partes... El género humano los aborrece de tal modo, que su encuentro es considerado como de mal augurio; pero esto no impide que ellos tengan la más alta opinión de sí mismos. En primer lugar, piensan que la suprema piedad consiste en ser bastante ignorante para no saber siquiera leer. Enseguida, cuando rebuznan como los asnos cantando sus salmos en las iglesias, sin conocer más que el ritmo, pero no el sentido de ellos, se imaginan verdaderamente que encantan los oídos de la Divinidad. Muchos trafican ventajosamente con su mugre y con su mendicidad, berreando en todas las puertas para pedir un pedazo de pan. Por todas partes, en las hosterías, en los coches; y en los barcos, con gran perjuicio de los verdaderos pobres, penetra esta raza detestable, que con su suciedad, su ignorancia, su grosería y su desvergüenza pretende ser una imagen de los apóstoles [...][83] Si los soberanos pontífices, que ocupan el lugar de Cristo, se esforzaran por imitar su vida, es decir, su pobreza, su trabajo, su doctrina, su cruz y su desprecio del mundo: si pensaran en su nombre de papa, que quiere decir padre, y en su nombre de Santísimo, ¿habría alguien más desdichado sobre la tierra, ¿quién querría comprar ese honor a costa de toda su fortuna, y después de haberlo comprado, conservarlo por la espada, por el veneno y por toda clase de violencia? Si alguna vez la sabiduría... ¿qué digo la sabiduría?, si un solo grano de sal de que habla Cristo se apoderase de ellos, ¿qué ventajas no perderían?, ¿qué sería

[82] Erasmo: ob. cit., pp. 108, 109.
[83] Erasmo: ob. cit., pp. 118, 119.

entonces de todo lo que les rodea, riquezas, honores, poder, triunfos, beneficios, dispensas, impuestos, indulgencias, caballos, mulos, guardias y placeres de todo género?... Habría que remplazar todo eso con vigilias, ayunos, lágrimas, rezos, predicación, estudio, penitencias, y otros mil ejercicios de esta clase. Notad además que tantos escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleteros, escuderos, recaudadores, mediadores —iba a decir proxenetas pero no me atrevo— muchedumbre onerosa, digo honrosa, que forma la corte romana, perecerían de hambre. Esto sería un acto de inhumanidad abominable; pero todavía sería más horrible hacer que volviesen a la alforja y al cayado los soberanos de la Iglesia, verdaderas luces del mundo.[84]

Escrito en 1508, publicado en 1510, el *Elogio* preludiaba a Lutero y la Reforma, con la gran tragedia teológica y social que le siguió. Qué fue de Erasmo en ese instante y qué sentido tuvo su actitud aparentemente tan confusa, es lo que vamos a ver ahora para completar la figura del humanista.

Se dice habitualmente —y que escritor que ha tratado este punto no ha esbozado un paralelo— que Erasmo era la razón y Lutero el entusiasmo; aquel el equilibrio y este el arrebato: aquel el tranquilizador y este el incendiario. De donde se deduce que el choque de temperamentos tan opuestos debía acarrear su incomprensión, y que aunque Erasmo guardaba en el fondo de su alma secreta simpatía por Lutero, no quiso acompañarlo en sus excesos de «revolucionario».[85] Cuestión de táctica pues, no de principios; asunto de caracteres, no de doctrinas.

Nos llevaría mucho tiempo si nos propusiéramos demostrar ahora la superficialidad de semejante interpretación. En las páginas magistrales de *La guerra de los campesinos en Alemania* ya ha fijado Engels,[86] de modo definitivo, la verdadera participación que Lutero tuvo en la Reforma. Lejos de ser un «revolucionario», Lutero fue, si es posible expresar así, el «entregador» del movimiento. Lógico era que partiera la protesta contra el papa desde el país en donde la burguesía más sufría con su influencia. Pero en la rebelión contra el Pontífice coincidían, aunque persiguiendo objetivos diversos, la nobleza, la burguesía y lo que podría llamarse la «oposición plebeyo-campesina»: es decir, conservadores, reformistas, y revolucionarios.[87] Para mejor llevar su lucha contra el papa, tanto la burguesía como la pequeña nobleza alentaron la rebelión de los paisanos. Lutero, en un principio, asumió la representación de la burguesía moderada y de la pequeña nobleza contra los príncipes seculares y los príncipes de la Iglesia. Pero si de 1517 a 1522 encarnó tendencias en cierto modo democráticas, reaccionó ferozmente contra ellas desde 1522 a 1525 tan pronto vio crecer con ímpetu extraordinario la rebelión de los paisanos. Cuando en los comienzos Lutero convocó a todo el mundo contra la constitución y los dogmas de la Iglesia católica, creyeron unos que había llegado el momento de terminar con la sumisión a Roma y de enriquecerse de pasada con la confiscación de los bienes eclesiásticos; creyeron otros que el movimiento debía aspirar a mucho más: a la igualdad civil y a la igualdad social.[88] Entre esas dos concepciones extremas: auspiciada una por la nobleza y la burguesía; enarbolada otra por los paisanos y la plebe, Lutero se decidió por la primera. Mientras creyó que le servirían para su Reforma moderada de la Iglesia, Lutero dio la mano a los elementos populares; los abandonó y se dispuso a aplastarlos cuando vio que los paisanos habían tomado al pie de la letra las palabras de la Biblia que él mismo había traducido. Los «Doce artículos» que los paisanos presentaron como «reclamaciones justas»,[89] demostraban demasido bien que a través de Isaías y Mateo era hacia una revolución social a donde iban. Contra ella, ni que hablar, reaccionaron por igual, el papa, los príncipes y la burguesía, y Lutero puso desde entonces en pedir la cabeza a los paisanos la misma furia que al principio había puesto en pedir la de los papas.[90] Pero no sólo en eso reaccionó Lutero: con la Biblia en la mano, había comenzado oponiendo el limpio cristianismo de los primeros siglos al cristianismo corrompido de la «Sodoma Romana»; de la misma Biblia, después, Lutero extrajo un himno a la servidumbre, a la obediencia

84 Erasmo: ob. cit., pp. 135, 136.

85 Eugenio Camerini, por ejemplo, dice en su estilo pomposo, que Erasmo anhelaba «un Hércules que limpiase los establos de Augías, y no un Polifemo que devorase a los hombres y a las bestias». Ver su *Prefazione al Elogio della pazzia*, p. 16. Ed. Instituto editoriale Italiano, Milano, [s.f.]. En igual sentido, Albert Maison: *Erasme*, p. 10, escribe: «Los curiosos de sicología histórica saben que la lucha de la Reforma y el Renacimiento ha sido menos un conflicto de ideas que de temperamentos...»

86 Engels: *La guerre des paysans en Allemagne*. Ed. Bibliothèque Marxiste, París, 1929.

87 Guizot distingue en la Reforma, «una reforma aristocrática» y «una reforma popular». A pesar de la imprecisión de los términos, la visión es exacta. No podía dejar de serlo en uno de los grandes historiadores que tanto hizo por esclarecer las luchas de clase. Ver su *Historia de la civilización en Europa*, p. 253, *Revista de Occidente*, Madrid, 1935.

88 Engels: ob. cit., pp. 56 y 61.

89 Van como apéndice a la edición ya citada de *La guerre des paysans* de Engels, p. 161. El sentido «insurreccional» de ciertos pasajes de la Biblia puede comprobarse aún en nuestros días: Lafargue ha hecho notar que las biblias que Rockefeller editaba habían sido expurgadas de los lamentos contra las iniquidades de los ricos y el escándalo de su fortuna. Ver Lafargue: *¿Por qué cree en Dios la burguesía?*, p. 111. Ed. Dialéctica, Buenos Aires, 1936.

90 La Reforma protestante al atacar en la Iglesia, «el gran centro internacional del feudalismo», fue a parar, por un lado, en la religión luterana adaptada a los intereses de la monarquía absoluta; por el otro en la religión calvinista de acentuado carácter republicano y democrático. Reflejo aquella del ala derecha de la burguesía; fórmula esta obra, de las aspiraciones del ala izquierda de la misma clase. Ver Engels: «Inglaterra y el materialismo», en revista *Dialéctica*, no. 4, pp. 159 y ss. Buenos Aires, 1936.

pasiva, a la reyecía de derecho divino. Traidor al movimiento popular primero, Lutero traicionaba ahora a la burguesía en provecho de los príncipes.

Erasmo lo vio al principio con evidente simpatía. Antes que Lutero, «Dama Estulticia» había acusado a los pontífices corrompidos y a los príncipes parásitos; y en su edición del *Nuevo Testamento* (1516), Erasmo había pedido también, una traducción popular de la Escritura: «Muy pocos cristianos conocen el cristianismo —decía—; como si la verdad de la religión estuviera reservada a los teólogos y monjes... Pero el Cristo ha hablado para todos y es necesario que todos lo puedan escuchar.»[91] No nos engañemos, sin embargo, sobre el verdadero sentido de esta actitud en apariencia «popular»: si para Lutero las muchedumbres sólo merecían, como el asno, «el pienso, el fardo y el castigo»[92] para Erasmo también «es vil e indigno sentir con el pueblo».[93]

Con todo, más burgués y antifeudal que Lutero, Erasmo tuvo por lo mismo y desde el comienzo, una actitud más de «izquierda». A pesar de todo lo que digan los pretendidos admiradores católicos de hoy, su incredulidad o su indiferencia era total. Por cristianismo entendía una vaga moral humanitaria, muy distinta del rígido cristianismo de Lutero en que la libertad se sacrifica a la gracia, el hombre a Dios, la moral a una especie de fatalidad providencial.[94] Erasmo quería sustituir a la Iglesia Romana por una iglesia sin fórmulas ni rutinas; una iglesia sin dogmas y sin fanáticos, del tipo de esas asociaciones que varios siglos después los norteamericanos llamarían «iglesia ética»; es decir, una institución en la cual la vida y la palabra de Jesús bastarían para inspirar una religión simple y racional. «En cuanto a los demás —añadía Erasmo— que los teólogos se peleen entre ellos cuanto quieran.»[95] Lutero, en cambio, era ante todo un teólogo; un teólogo heterodoxo, sin duda, pero de la familia de aquellos de quienes Erasmo dice en el *Elogio* que por la manera como hablan se diría que son los secretarios del Eterno. Lejos de aspirar a un debilitamiento del dogmatismo, Lutero traía una nueva severidad y un nuevo despotismo.[96] Según Erasmo, por el contrario, para conseguir la protección de un santo bastaba «con imitar su vida»;[97] ese era «el verdadero culto, el único que sea

[91] Renaudet: artículo citado, t. CXII, p. 263.

[92] Engels: *La guerre des paysans*, p. 64. En igual sentido, Luther: *Mémoires*, t. I, pp. 154, 156, 201. Ed. Hachette, París, 1837.

[93] Funck-Brentano: *La Renaissance*, p. 86. Ed. Fayard, París, 1935.

[94] «El individuo de la Reforma no es el individuo valiente y varonil del Humanismo, abandonado a su destino y a la necesidad de construirse él mismo su propio mundo; es un individuo arrojado en brazos de una realidad trascendente y a quien sólo por virtud de la gracia es posible encontrar en su humanidad.» Gentile: *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento*, p. 264.

[95] Quoniam: ob. cit., p. 68.

[96] Para citar dos autoridades bien distintas, ver el juicio coincidente de Renan: *Les apôtres*, pp. LX-LXI, Ed. Calman Levy, París, [s. f.], y Jaspers: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, p. 13. Ed. Labor, Barcelona, 1933

[97] Erasmo: *Elogio de la locura*, p. 82.

agradable a los habitantes de los siglos».[98] Una religión humanitaria, una moral vagamente teñida de cosas religiosas, era lo que en el fondo perseguía Erasmo. Nada de Iglesias terratenientes, nada de Iglesias politiqueras, guerreras y prestamistas: una iglesia simple y humilde como las primitivas, una iglesia que sólo sepa combatir en el orden espiritual, «el único que vale a los ojos de Dios».[99] Nada pues en Erasmo de ese horror del pecado ni del sentimiento de la miseria humana que atormentaba el alma de Lutero. Por eso, si lo escuchó al principio con amistad, no dejó de recelarlo como si presintiera su posterior traición a la burguesía; por eso también, en la polémica ulterior a propósito del «libre arbitrio», Erasmo defendería esa libertad[100] que Lutero negaba y que constituía la atmósfera necesaria de la burguesía mercantil.

Lutero no se equivocaba, pues, cuando afirmaba que el humanitarismo de Erasmo no era nada más que una falta evidente de creencia cristiana,[101] cuando le lanzaba al rostro con violencia estas palabras precisas que eran la fiel expresión de la verdad: «Sin certidumbre no hay cristiandad. Un cristiano debe estar seguro de su doctrina y de su causa o bien no es cristiano. Aquel que por tibieza o escepticismo, duda en cosas de la fe, debe dejar una vez para siempre de meterse en teología.»[102]

Erasmo, a su turno, se indignaba, y con razón, cuando lo suponían luterano: «hombres estúpidos —decía— pretenden que yo pienso como Lutero y disimulo por miedo».[103] Estaba con Lutero, sí, cuando atacaba a la Iglesia y a los teólogos, pero eso lo había pensado y escrito antes que el otro. Contra Lutero estaba, en cambio, en todo ese aspecto de su obra que el joven Marx resumía así, en el lenguaje cargado de antítesis que tan grato le fue cuando muchacho:

> Lutero ha vencido la servidumbre por devoción, pero le ha sustituido la servidumbre por convicción. Ha roto la fe en la autoridad, por-

[98] Maison dice muy bien que las reflexiones de Erasmo contenidas en su *Enquiridion* son el «primer libro de moral laica publicado en tiempos del Renacimiento», ob. cit., p. 116. Pineau: *Erasme*, p. 10, subraya que a la moral religiosa, Erasmo sustituye «un cristianismo razonable tan atenuado que no difiere en nada de una disciplina puramente filosófica». Ver también pp. 116 y ss.

[99] Quoniam: ob. cit., p. 189. Renaudet, que ha estudiado tan bien el pensamiento religioso de Erasmo, reconoce que no tenía «ni la pasión intelectual de los grandes teólogos, ni la aspiración de los místicos hacia la unión divina, ni ese humilde amor de Cristo que consuela al autor de la *Imitación*, ni ese horror del pecado, ese sentimiento desesperado de la miseria humana que atormentaba entonces el alma violenta de Lutero». Ver Pineau: ob. cit., p. 70.

[100] «Aunque la manera cómo Erasmo trató esta cuestión no haya sido desaprobada por los ortodoxos, no se puede negar que su solución se inclinaba al pelagianismo y mostraba tendencias más racionales que teológicas.» Bouchitte: «Erasme», en *Dictionnaire des sciences philosophiques*, de Franck, p. 460. Ed. Hachette, París, 1885.

[101] Zweig: *Erasme*, p. 208.

[102] Zweig: ob. cit., p. 206.

[103] Durand de Laur: ob. cit., t. I, p. 423.

que ha restaurado la autoridad de la fe. Ha transformado a los sacerdotes en laicos porque ha transformado a los laicos en sacerdotes. Ha liberado al hombre de la religiosidad exterior, porque ha hecho de la religiosidad la esencia misma del hombre.[104]

Tolerante por lo mismo que era incrédulo, Erasmo no sólo se indignaba ante los furores de Lutero. Algo, además, veía en él que lo alarmaba: su demagogia, su «vulgaridad», su afán de conseguir aliados sacando a la calle cuestiones que no debían ventilarse en público.[105] Estaba allí una de las razones más profundas de su antipatía y una de las causas por lo mismo más tenaces de su resistencia a la Reforma. Ya hemos dicho que para Erasmo «no ofender la opinión de los humildes» no sólo fue una norma de su vida privada, sino también de la pública. Lo primero pudimos verlo a propósito de sus líos con motivo del traje religioso, lo segundo vamos a verlo ahora a propósito de la Reforma. Desde que Lutero empezó su violenta campaña contra Roma alentando la rebelión de los paisanos, Erasmo tuvo la certidumbre de que iba a estallar un gran tumulto.[106] Más que nadie, Erasmo sabía que los grandes prelados de la Iglesia católica se hallaban en la misma situación de los augures en tiempos de Cicerón: no se podían mirar a los ojos sin reírse. Pero el conocimiento de ese escándalo notorio no quería que llegase hasta la plebe. «*La sabiduría importuna* —había dicho— *es una locura*... La verdadera prudencia para un mortal consiste en ver justamente la dosis de sabiduría compatible con la naturaleza humana *y en disimular su sentimiento acerca de los errores de la multitud, si no puede compartirlos.*»[107]

> Si cuando los actores están en escena se le ocurriese a alguno quitarles las máscaras para mostrar a los espectadores sus figuras verdaderas y naturales, ¿no trastornaría toda la obra dramática y no merecería que se le arrojase del teatro a pedradas, por extravagante? En un momento todo cambiaría de aspecto. La mujer no sería más que un hombre y el adolescente un viejo. Bajo el monarca despojado de su corona aparecería un bellaco, y bajo el dios un pobre diablo. Pero al destruir así la ilusión, habría destruído al mismo tiempo el interés de toda la obra, porque los disfraces y el afeite retienen por sí solos la atención del espectador.[108]

104 Marx: «Contribution à la critique de la philosophie du droit de Hegel», en *Oeuvres philosophiques*, t. I, p. 97. Ed. Costes, París, 1927.

105 Zweig: *Erasme*, p. 145.

106 En 1520, Erasmo le decía al papa León X: «He sido favorable a las buenas tendencias de Lutero, no a las malas y hasta he favorecido en él la gloria de Cristo... *Desde el principio he presentido las perturbaciones que iban a salir de ahí* y más que nadie me he horrorizado.» Ver Quoniam: ob. cit., pp. 175 y 176.

107 Erasmo: *Elogio de la locura*, p. 54.

108 *Erasmo:* ob. cit., p. 52.

En opinión de Erasmo, Lutero había sido precisamente el «sabio inoportuno» y el «espectador extravagante» que había arrancado las máscaras de puro aturdido y provocado un escándalo por el cual merecería que lo corriesen a pedradas. Con esa «bestia enorme y poderosa» que es el pueblo, nunca es suficiente la cautela.[109] Cuando se busca su apoyo para algo, es difícil después saber a dónde va. Eso era el tumulto que Erasmo preveía con claros ojos de burgués: el tumulto de los paisanos que sacudió la Alemania bajo la valiente dirección de Tomás Munzer y que desbordó con sus reivindicaciones a la misma burguesía que al comienzo lo alentó. Aterrorizado por el *tumultus* que en alguna medida él había contribuido a atizar, prefirió Erasmo arrojarse en brazos de sus propios enemigos, convencido de que el orden es siempre mejor que la revuelta. «Cuando los papas y los emperadores actúan bien los sigo porque es agradable; cuando deciden mal los soporto porque es necesario.»[110]

«Reconozco —le escribe Erasmo al teólogo Martín Dopp— que ciertos problemas deben ser buscados y otros resueltos; pero a menudo hay muchos problemas que vale más no plantear que tratar de resolver: *una parte de la creencia consiste en ignorar ciertas cosas.*»[111] En el *Elogio de la locura*, él, Erasmo, es verdad, se había burlado de lo humano y lo divino. Pero lo había hecho en latín, en el lenguaje de los sabios, en el idioma reducido de las gentes cultas. Los teólogos, sin duda, se habían fastidiado, ¿pero acaso el mismísimo León X, el pontífice León X no lo había festejado a carcajadas? Lo grave, lo terrible, no era pues decir las cosas; era decirlas de manera que pudiesen enardecer al grueso público.

Casi en la misma fecha del *Elogio de la locura*, Copérnico terminaba su libro sobre las *Revoluciones de los orbes celestes*, aunque mucho tiempo después habría recién de publicarlo.[112] Lo escribió en latín, lo dedicó al papa Pablo III y no hubo nada. Pero a Galileo que defenderá en italiano esas mismas doctrinas la Inquisición lo hará callar en el tormento. Así también con las obras de Erasmo: cuando escribe en latín no lo molestan; pero al que traduce sus libros al francés lo queman vivo en la plaza de Grève...[113]

Para Erasmo, pues, las grandes cuestiones que interesan al mundo no debían ser discutidas sino por las *élites*.

¡Las *élites!* Erasmo ha sido el primero tal vez en acariciar amorosamente esa creencia que estaba en la entraña del humanismo burgués, y que bajo formas tan diversas reaparece todavía en el «intelectual» y en el «letrado».

109 «Erasmo no quiere destruir nada de la gran institución tradicional. Comprende su utilidad para la masa humana». Pineau: ob. cit., p. 128. «La rebelión, dijo, no puedo complacer a ningún hombre piadoso» (p. 161). «Toda revolución es impía» (p. 164).

110 Quoniam: ob. cit., p. 188.

111 Quoniam: ob. cit., p. 100.

112 Lo tenía pensado desde 1507; lo terminó en 1514; lo publicó en 1543.

113 Berquin fue quemado el 17 de abril de 1529.

Si los emperadores y los papas antes de resolver las cuestiones más difíciles escuchasen la opinión de un humanista, los negocios del mundo comenzarían a marchar mejor. Erasmo estaba tan seguro de que así ocurriría, que durante cierto tiempo pensó que Carlos V lo escuchaba... Y él, de ordinario tan lúcido, escribió además al papa Adriano VI para proponerle que se despojara de su lujo inútil y revistiera la pobreza de los que acompañaron a Jesús...[114]

¡Erasmo dirigiendo desde su biblioteca los sucesos del mundo! ¡Qué tema más delicioso para Dama Estulticia! ¡Qué tema más delicioso si la lectura de su carta al pontífice no nos causara cierta pena! De esa carta no se conoce más que la primera parte, y aun esta es incompleta. El párrafo final, aunque sin terminar, es quizá el más elocuente. Helo aquí: «Su Santidad va a decir: ¿cuáles son esas fuentes y cuáles son esas cosas que es necesario cambiar? Para exponer esas cosas estimo que es necesario inspirarse en la opinión de hombres íntegros, ponderados, dulces, benévolos, pacíficos, de todos los países cuyo...» La carta se detiene ahí; pero basta lo que conocemos para comprender que Erasmo proponía algo así como un *jury* internacional de sabios para regular la cuestión de la Reforma...[115]

El Papa naturalmente no le contestó. Y eso fue para Erasmo la prueba terminante de su fracaso, la brusca revelación de todo lo que había de ingenuo y de ridículo en su confianza en las *élites*. Después de haber deslumbrado al siglo con su nombre, esperó en silencio, trabajando y leyendo, que llegara la hora de su muerte. Cuando esta vino, no quiso que hubiera sacerdotes junto a su lecho. Dejó en herencia una fortuna que se podría evaluar hoy en casi dos millones de francos.[116]

La cifra es enorme e invita a reflexionar. Hasta los cincuenta años, en que logró la fortuna y la celebridad, ya hemos visto que Erasmo vivió entre humillaciones y adulonerías. De buenas ganas se las perdonaríamos, si hubiera sabido redimirlas después con el ejemplo de una vida sin mancha. Triste era la vida de los humanistas; pero una vez lograda la fortuna, ¿no estaba ya al alcance de Erasmo la ansiada posibilidad de decir cuanto pensaba, no había conquistado con creces el formidable derecho a no callar? Dos circunstancias se lo impidieron: su cobardía primero, su actitud desdeñosa ante la lucha, después. La cobardía de Erasmo tuvo mucho de común con aquella otra tan parecida que su discípulo Rabelais no tardaría también en confesar. Como el autor de *Gargantúa*, el autor de *Elogio* era de esos hombres capaces de defender sus ideas hasta la hoguera *exclusive*. Con una franqueza que apenas lo reconoció más de una vez: «Yo no expondría mi cabeza por el amor de la verdad. Todo el mundo no tiene la fuerza necesaria para convertirse en mártir, y mucho temo que en caso de revuelta no siga yo el ejemplo de

114 Quoniam: ob. cit., p. 202.

115 Quoniam: ob. cit., p. 224.

116 Siete mil ducados de oro. Funck-Brentano: *La Renaissance*, p. 1 331. Maison: *Erasme*, p. 190.

San Pedro.»[117] Hace un instante hemos dicho que Erasmo no fue un traidor a Lutero; digamos ahora con igual franqueza que fue, sin embargo, mucho peor: un traidor a sí mismo. Cuando con toda razón Lutero le abofeteó en aquellas líneas irrefutables: «aquel que por tibieza o escepticismo dude en las cosas de la fe, debe dejar de una vez por todas de entremezclarse en teología», hubiera también podido decirle, y con igual razón, que tampoco tiene derecho a escribir el que no está dispuesto a defender con la vida su opinión. Escribir es actuar, y en un escritor que tiene su público, hasta el hecho de no escribir en determinadas circunstancias es también una manera de tomar partido.[118] Poco valen todas las triquiñuelas con que intente después justificarse o disculparse. Por solidaridad en el trabajo social, el hombre que ha estado en condiciones de formarse una cultura, debe a los otros su opinión y su ejemplo. Erasmo supo darlos cuando rechazó indignado la acusación de ser un luterano timorato; no los dio en cambio cuando en medio del tumulto *no quiso mantenerse en la actitud a que el* Elogio de la locura *lo obligaba*. Económicamente no necesitaba ya de nadie. Magnífico en su retiro de Basilea —como después Voltaire en Ferney, o Goethe en Weimar— Erasmo se retiró de la lucha y se propuso ser un tranquilo espectador después de haber lanzado al feudalismo el desafío de su libro. Cierto es que la burguesía que estaba a sus espaldas tardaría más de dos siglos antes de iniciar la conquista del poder; pero sin necesidad de exigirle a Erasmo actitudes revolucionarias que su clase no podía inspirarle, duele verlo justificar con su cobardía la tristeza de haber desertado de sí mismo. Mal pretexto también la cobardía, aunque haya cierta honradez en confesarla. Y mal pretexto digo, porque el secreto del valor no está en el coraje, sino en la dignidad.[119]

El más grande de los humanistas y el primero de los «intelectuales» nos da ya el ejemplo de una abdicación, frente al empuje de las grandes masas. A fuerza de sacrificios, Erasmo había conquistado una situación excepcional. A fuerza de estudio, de labor, de vigilias, el humanista de la burguesía había arrancado al teólogo el privilegio de una cultura que hasta entonces sólo la Iglesia usufructuaba. *Mas tan pronto se encontró en posesión de esa cultura, el «intelectual» no quiso arriesgar con su gesto de intrepidez el goce de un privilegio que quería disfrutar en la tranquilidad y el egoísmo.* Para de-

117 Zweig: *Erasme*, p. 152.

118 «El espectador puro es una quimera de intelectual. A pesar de que Erasmo lo sostuvo, debió tomar parte en todas las querellas. Ante todo porque los escritos son actos. El hombre que tiene una pluma, sobre todo si la tiene con autoridad, no puede escaparse fácilmente cuando un mundo entero lo solicita. Si escribe, hace un acto. Y si no escribe hace un acto también, y a veces un acto notable y notado, un acto de consecuencias innumerables.» Duhamel: artículo citado, p. 452.

119 Tan cobarde «físicamente» como él, fue tres siglos después un escritor que se llamaba Emilio Zola. Tímido como Erasmo, de una exasperación enfermiza, eludía también la lucha y el tumulto. Pero había en él la responsabilidad moral de su función de escritor, y eso sólo le bastó para llegar al heroísmo. Sobre la cobardía «física» de Zola, ver Henri Barbusse: *Zola*, pp. 202, 203, Ed. Cenit, Madrid, 1932.

fenderlo, propuso la formación de las *élites;* para no comprometerlo en el tumulto, proclamó a todos los vientos que la inteligencia está por arriba de los partidos y que a la verdad le basta con ser enunciada para imponerse sin esfuerzos.

«La indiferencia —ha dicho Lenin— es la saciedad política. Es necesario estar repleto para mostrarse "indiferente" frente a un trozo de pan. Confesar la indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados.»[120] Junto al partido de los saciados lo hemos visto al humanista; y para no disgustar a ese partido, lo hemos visto también quebrando en el silencio la línea de su espíritu.

Cuando a la cultura se la disfruta como a un privilegio, la cultura envilece tanto como el oro.

ARIEL O LA AGONÍA DE UNA OBSTINADA ILUSIÓN

En 1609 una flota inglesa que navegaba rumbo a América fue sorprendida por una tempestad que le arrebató, según se dijo, la nave capitana. En realidad, la nave del almirante había sido arrojada sobre las costas de las Bermudas, sin que uno solo de sus hombres pereciera. Cuando después de dieciocho meses en que se los tenía ya por muertos pudieron estos regresar a Europa, la aventura extraordinaria corrió en todas las lenguas, bajo las mil y una formas de los relatos fabulosos y las narraciones tupidas.

También hasta Shakespeare, llegaron los prodigios de la Isla Encantada con sus rumores extraños y sus monstruos terribles.[121] No era viejo todavía, pero se sentía envejecido. Después de haber dado al mundo las maravillas de sus criaturas, estaba resuelto a buscar en el retiro el silencio y la calma. La leyenda de los náufragos le tentó, sin embargo, y con motivo según parece de alguna festividad nupcial[122] compuso en el atardecer de su genio, un siglo después del *Elogio de la locura*[123] la prodigiosa sinfonía de *La tempestad.* En su comedia todo parece iluminado por una luz de hechizamiento: nada terrestre, corpóreo, real. Como en el *Sueño de una noche de verano* vivimos otra vez entre los elfos y las hadas. Pero está la condición del hombre que ni la fantasía más extraordinaria podrá alejarlo demasiado de su sociedad y de su tiempo. En la isla desconocida a que Shakes-

120 Marou: *Lenin*, p. 168. Ed. Payot, París.

121 Sidney Lee: *Shakespeare, sa vie et son oeuvre*, p. 228. Ed. Payot, París, 1918. En igual sentido Luis Astrana Marín: *William Shakespeare*, pp. 216 y ss. Ed. Aguilar, Madrid, 1930.

122 Shakespeare: *Oeuvres complètes*, t. I, p. 5. Ed. Hachette, París, 1867.

123 El *Elogio* se publicó en 1510; *La tempestad* es muy probable que haya sido escrita en 1610.

peare nos transporta, vamos a ver desplegarse bajo las mascaradas y los símbolos, todos los sueños del humanismo, todas las concepciones que ya vimos en Bruno o en Erasmo.

Una observación ante todo. Estos hombres perdidos o abandonados en islas solitarias que irrumpen en la literatura del siglo XVI para alcanzar más tarde en Robinsón su tipo cumplido, no son una moda de la novela o del teatro, un simple capricho de las gentes anhelosas de navegaciones o de viajes. Bajo sus apariencias estéticas, todas estas «pequeñas y grandes robinsonadas» —como decía Marx[124]— no hacen más que traducir la nueva situación que la burguesía naciente comenzaba a imponer a los hombres de ese siglo. A los ojos del «hombre singular»[125] que el Renacimiento inicia, las relaciones sociales son un simple medio al servicio de sus aspiraciones privadas. Ellas son su fin y su ley; y eso lo siente lo mismo el mercader a quien empiezan a estorbar las trabas que el feudalismo puso al comercio, que el humanista que afirma por los labios de Lorenzo Valla: «Mi vida es un bien más precioso que la vida de la universalidad.»[126]

Entre hombres solitarios comienza *La tempestad*, de Shakespeare. Pero entre hombres solitarios que llevan a tal punto el sello de la sociedad de su tiempo, que en aquellos cuatro seres ya está toda la época: Próspero es el tirano ilustrado que el Renacimiento ama; Miranda, su linaje; Calibán, las masas sufridas; Ariel, el genio del aire, sin ataduras con la vida. Próspero, soberano despojado de su reino y su hija Miranda, han llegado por un azar feliz hasta la isla lejana habitada hasta entonces por una bruja y un monstruo. Con sus artes de mago, Próspero ha vencido a la bruja y ha tomado a su servicio el monstruo Calibán. Pero ha encontrado además, prisionero en la corteza de un árbol, a un espíritu grácil que la bruja en otros tiempos había condenado. Libertador interesado, Próspero arranca a Ariel de su tormento, y lo toma también a su servicio: menos pesado y rudo que el de Calibán; pero al servicio también del otro.[127]

Próspero, Ariel y Calibán: el humanismo no hubiera necesitado nada más. Amigo de los libros y de las artes mágicas, Próspero es un déspota que no tolera otra voluntad que la suya. Como cualquiera de los monarcas de su tiempo es sensible a los halagos de la sabiduría y sabe apreciar la inteligencia. Pero tan pronto Ariel lo contraría, Próspero lo castiga y lo insulta.[128]

124 Marx: «Preliminar a una crítica de la economía política», publicado como apéndice a la *Crítica a la economía política*, p. 208. Ed. Bergua, Madrid, 1933.

125 Esa expresión era sumamente frecuente en el Renacimiento.

126 Monnier: *Le Quattrocento*, t. I, p. 278.

127 En una ocasión, Próspero lo llama «mi esclavo»: «Thou, my slave.» Ver *The complete works of William Shakespeare*, p. 5. Ed. de W. Craig, The Clarendon Press, Oxford, [s.f.].

128 «Mientes, maligno ser», le dice cuando Ariel reclama su libertad. Ver Shakespeare: *La tempestad.* Traduc. Astrana Marín, p. 33. Ed. Calpe, Madrid, 1924.

Calibán, en cambio, es el pobre «monstruo rojo» que Ficino comparaba a un pulpo, Lutero a un asno, Erasmo a una bestia, Maffeo Vegio a un buey. Shakespeare ha descargado sobre él los adjetivos más sangrientos: «terrón de barro», «infecto esclavo», «semilla de brujo»,[129] «pedazo de estiércol».[130] Cuatro piernas le ha dado, cara de perro, olor de pez rancio.[131] Lujurioso y ebrio, maligno y crédulo: nada le falta para nuestro horror. Próspero lo trata con repugnancia evidente; pero una vez que Miranda le dice: «Es un villano que no me agrada ver», el padre sale en su defensa: «como quiera que sea, no podemos pasarnos sin él. Enciende nuestro fuego, sale a buscarnos leña y nos presta útiles servicios.»[132] Imprudentes palabras que nos hacer dudar de la monstruosidad de Calibán y que nos llevan a creer más bien en alguna enorme injusticia de parte de un dueño. La misma enorme injusticia que Calibán denuncia a Próspero en estas palabras atropelladas por la cólera:

> Tengo derecho a comer mi comida. Esta isla me pertenece por Sycorax, mi madre, y tú me la has robado. Cuando viniste por vez primera, me halagaste, me corrompiste. Me dabas agua con bayas; me enseñaste el nombre de la gran luz y el de la pequeña, que iluminan el día y la noche. Y entonces te amé y te hice conocer las propiedades todas de la isla, los frescos manantiales, las cisternas salinas, los parajes desolados y los terrenos fértiles. ¡Maldito sea por haber obrado así!... porque soy el único súbdito que tenéis, yo que fui rey propio. Y me habéis desterrado aquí, en esta roca desierta, mientras me despojáis del resto de la isla.[133]

Las relaciones con Ariel son de otro orden. Próspero lo llama habitualmente «mi bravo espíritu», «mi gentil Ariel».[134] Ariel, a su vez, conoce las palabras cortesanas. Cuando saluda al amo, sabe hablar de esta manera: «¡Salve por siempre, gran dueño! ¡Salve, gran señor! ¡Vengo a ponerme a las órdenes de tu mayor deseo!»[135] Y si Próspero lo regaña, pide perdón a su dueño y le promete cumplir «sus funciones de espíritu».[136] Las funciones de espíritu no dejan de pesarle: el mundo de los hombres le es indiferente y aspira a volver cuanto antes a confundirse con el aire.

Un accidente va a poner en movimiento a este mundo pequeño en que ya están concentrados los conflictos del grande. Los antiguos enemigos de

129 Shakespeare: ob. cit., p. 34. Así traduce Astrana Marín y casi lo mismo Montégut. El original dice: *«a frecked whelp hagborn».*

130 Shakespeare: ob. cit., pp. 34-39.

131 Shakespeare: ob. cit., pp. 77-82.

132 Shakespeare: ob. cit., p. 36.

133 Shakespeare: ob. cit., p. 38.

134 Shakespeare: ob. cit., pp. 138 y 147

135 Shakespeare: ob. cit., p. 29.

136 Shakespeare: ob. cit., p. 35.

Próspero que en otro tiempo le arrebataron el ducado, llegan también como náufragos a la isla encantada. Calibán aprovecha para conspirar contra Próspero. En un escena de un humorismo cruel, el monstruo propone a un bufón y a un marinero ebrio, el asesinato de Próspero y la toma del poder. Para seducir a sus cómplices, Calibán se arrastra, adula, lame los zapatos del marinero ebrio. A fuerza de promesas consigue convencerlo de que Próspero sin libros no sirve para nada: el que incendie su biblioteca, lo tendrá indefenso entre las manos. El marinero acepta y le promete a Calibán un virreinato.

Próspero y Ariel salen al encuentro de la revolución; y les basta tan sólo disponer en una cuerda un montón de ropas cargadas de oropeles para que la sed de la codicia distraiga a los revolucionarios. Calibán, derrotado, reconoce su falta, y promete merecer la indulgencia de Próspero aceptando con calma el destino a que lo obliga la humildad de su clase.[137] Ariel, por el contrario, obtiene de Próspero la libertad que sus servicios han logrado, y se siente feliz entre las nubes.

Espectador más que actor, Ariel ha descendido con disgusto hasta la tierra. Actuar es para él un sufrimiento, y porque conoce a maravillas las «funciones de un espíritu», piensa que sólo con una traición se las puede mezclar a los asuntos de los hombres. Así también, una tarde en que Lorenzo de Médicis disputaba con Ficino sobre cuál era la felicidad suprema, el príncipe dijo la voluntad; el humanista dijo la inteligencia.[138] El Humanismo, en verdad, no podía eludir esa mutilación: tanto hablar del «hombre» y del «hombre todo», para venir a parar en que el hombre es la inteligencia. Desde Petrarca que prefería, según contaba, la amistad de los muertos a la amistad de los vivos,[139] hasta Boccacio tan desdeñoso de la acción que sus propios amigos le llamaban Juan Tranquilidad;[140] y desde Erasmo a quien su discípulo Ulderico de Hutten lo moteja con rencor «el hombre para sí» —homo pro se—[141] hasta Descartes que aspira a moverse entre los hombres como si fueran los árboles de un bosque;[142] todo el Humanismo, desde los precursores hasta los epígonos, se siente orgulloso de volver las espaldas a la vida y de vestir como Ariel la túnica de gasas.

La apoteosis del espíritu que el Humanismo inicia, la exaltación de los valores racionales, la separación del entendimiento de todas las otras

137 Próspero dice textualmente, refiriéndose a Calibán: «Un diablo, un diablo por su nacimiento, sobre cuya naturaleza nada puede obrar la educación.» *La tempestad*, p. 124.

138 Monnier: *Le Quattrocento*. t. II, p. 34.

139 Monnier: ob. cit., t. I, p. 34.

140 Monnier: ob. cit., t. I, p. 331.

141 Zweig, con todo tino, ha tomado esa frase como epígrafe de su ensayo sobre Erasmo.

142 «En los nueve años que siguieron yo no hice otra cosa que rodar por el mundo aquí y allá, tratando de ser espectador mucho más que actor en todas las comedias que en él se presentan.» «Discours de la méthode», en *Oeuvres complètes*. Ed. Garnier, París, [s. f.].

funciones que la acción exige y el trabajo impone —no eran en el fondo más que un reflejo, sobre el plano de las ideologías, de la separación profunda entre las clases que la sociedad de su tiempo había realizado: para que existan hombres libres, despreocupados del trabajo, era menester una turba de asalariados y de siervos que asegurasen el ocio de los amos.[143] Ariel no gozaría en el aire su libertad de espíritu si Calibán no llevara la leña hasta la estufa junto a la cual Próspero relee sus viejos libros. El desprecio de la acción es, en el fondo, la voluptuosidad de la inteligencia que saborea en el aislamiento su propio egoísmo, y que se siente tan alejada de la vida práctica que hasta las ciencias naturales sólo le merecen orgulloso alejamiento.[144] *Para los humanistas el mismo Leonardo apenas si se distinguía de un obrero.* Las ciencias y las artes están demasiado cerca de la técnica y las manos; recuerdan demasiado la disciplina del trabajo y son indignas por eso de la curiosidad del Humanismo. *El espíritu será tanto más digno cuanto más alejado se encuentre del trabajo.* «Evitarás los caminos populares», había dicho Pitágoras[145] y ese precepto del filósofo, Pico de la Mirándola lo tomó como lema. De las grandes cosas —decía— no se debe conversar sino con medias palabras, y si Moisés habló a la turba de manera tan extraña, es porque la turba es indigna de llevar el peso de la sabiduría.[146] *De un lado, pues, los hombres que viven: de otro, los hombres que piensan.*

Un ideal de alejamiento es lo que vemos sin cesar adscripto a los flancos del Humanismo. Tan pronto de él y tan representativo, que el humanismo burgués sólo nos parece grande cuantas veces llegó a traicionar ese ideal. Cuando Pierre de la Ramée (1515-1572), acosado por la Universidad y por la Iglesia, dice con tranquila firmeza estas palabras hermosas: «Puesto que hemos declarado la guerra a la escolástica y a los sofistas en el interés de la verdad, es una muerte intrépida la que debemos aceptar si es necesario»,[147] se adivina a un combatiente debajo del intelectual. Pero sólo así, nada más que por relámpagos, el humanismo burgués se aproxima a los hombres; y por eso —porque enseñó como nadie a desinteresarse de la acción y a aceptar el orden constituido— el Humanismo transformado en «humanidades» pasó a ser, desde entonces hasta hoy, el ideal educativo de las clases gobernantes.

Lo que al principio había sido en manos de la burguesía un instrumento de lucha contra la Iglesia y el feudalismo, se convirtió después en un *sistema excelente para estabilizar los privilegios adquiridos.* La cultura anti-

[143] «Yo veo en la gran afirmación tradicional de la dignidad única del espíritu, una consecuencia de la división del trabajo, de la separación de las clases, como una nostalgia oscura de la época en que la esclavitud permitía a los hombres elegidos, pensar mucho y bien.» Paul Nizan: «Sur l'humanisme», en revista *Europe*, p. 453, 15 de julio de 1935.

[144] Russell, *La educación y el orden social*, p. 105. Ed. El Ombú, Buenos Aires, 1938.

[145] Brunet: *L'aurore de la philosophie grecque*. Ed. Payot, París.

[146] Monnier: ob. cit., t. II, p. 123.

[147] Compayre: «Ramus», en *Dictionnaire de Pédagogie*, de Buisson, p. 1 733.

gua, tal como la burguesía se la ha asimilado, lleva consigo una concepción estática de la historia.[148] Para la mayoría de los latinos y de los griegos, la felicidad estaba en el pasado: cuando criticaban la sociedad de su tiempo, no pensaban jamás en el futuro, sino que volvían los ojos hacia una pretendida «edad de oro». Nada más adecuado para tranquilizar a las clases gobernantes; y nada más adecuado, porque *una educación impregnada de «humanidades» es la mejor manera de orientar a los jóvenes hacia las soluciones conformistas.* Voy a invocar un solo testimonio: el del profesor F. C. Schiller, *Fellow* y *Tutor* del colegio Corpus Christi de Oxford. Y lo escojo a propósito porque un profesor del colegio Corpus Christi no puede ser sospechado de energúmeno:

> La Universidad de Oxford —dice— cultiva cuidadosamente, por medio de sus estudios clásicos e históricos, un tipo de inclinaciones retrógradas en sus alumnos. Se cree allí que los hombres verdaderamente grandes son los que están profundamente convencidos de que en materia de política y moral no se ha descubierto nada ni se ha dicho nada que tenga importancia después de Platón o Aristóteles.[149]

Las «humanidades» son, en efecto, una educación excelente para jóvenes burgueses o «aprendices de burgueses». Con las raras excepciones de Epicuro o de Lucrecio —de Epicuro para quien «la carne grita que la salven del hambre, de la sed y del frío»; de Lucrecio para quien «los dioses no son más que un producto de nuestros propios temores»—, las «humanidades»[150] suministran las doctrinas que requieren los hombres de gobierno, las distracciones que exigen los intelectuales bien rentados. Todos los «clásicos», por lo pronto, ignoran o desprecian el trabajo manual, y sólo consideran digno del ocio culto a quien no tiene que afanarse ni para su dueño ni para su público. «El que trabaja para un solo individuo —dice Aristóteles— es un esclavo; el que trabaja para el público, es obrero y mercenario.»[151]

Mezcla de esclavo y mercenario fue, sin duda, el humanista. Y ya hemos visto que cuando Próspero se enoja, Ariel deja de ser «el noble Ariel», «mi gentil Ariel». Pero el letrado o el artista que a fuerza de sacrificios ha conseguido alejarse del trabajo de las manos, sueña que está a la altura de los reyes porque Carlos V se agacha a recoger los pinceles de Tiziano o porque la reina Cristina muestra con orgullo a sus amigos los sabios, sus blancos dedos manchados de tinta. Honores, homenajes, ditirambos, les hacen

[148] Parain: «L'étude de l'antiquité et la conception matérialiste de l'histoire». En *À la lumière du marxisme*, p. 173. Editions Sociales Internationales, París, 1935.

[149] Schiller: «Tántalo o el futuro del hombre», en *Revista de Occidente*, p. 45. Madrid, 1926.

[150] Guizot hizo notar certeramente que las «humanidades», tal como las entendemos hoy, no tienen nada que ver con el carácter de «librepensamiento» que asumió en el «Humanismo». Ver. Guizot: «Historia de la civilización de Europa», en *Revista de Occidente*, pp. 253-255. Madrid, 1935.

[151] Aristóteles: *Politiques*, 2ª ed., p. 39. Ed. Dumant, París, 1848.

creer que viven en efecto en el reino del Espíritu. Pero a Descartes que sueña vivir entre los hombres como si fueran los árboles de un bosque, la misma reina Cristina que lo abruma de honores le ordena levantarse antes del amanecer como a un lacayo; esa misma réina Cristina, «protectora de las ciencias y de las artes», que más de una vez para distraer su malhumor hacía cantar y bailar a sus «amigos los sabios» frente a un público de cortesanos que sollozaban de risa.[152]

Por conservar sus privilegios, Ariel devora en silencio la humillación y el agravio. Y si en la comedia de Shakespeare es Calibán el que se arrastra a los pies del marinero ebrio, en la historia del Humanismo se llama Lope de Vega el que se ufana en una carta al marqués de Sarriá de haber vivido a sus pies igual que un perro.[153]

Dos siglos y medio después de *La tempestad*, de Shakespeare, un ilustre intérprete de la burguesía del linaje de Erasmo por la ironía y la gracia, y tan enamorado de las letras antiguas que pudo levantar sobre la Acrópolis misma la maravilla de su *Plegaria* —un ilustre intérprete de la burguesía, digo, retomó de nuevo la leyenda de Ariel y Calibán, y nos dio desde la altura de su tiempo lo que podríamos llamar una «nueva confesión sobre el espíritu».[154] En la comedia de Renan —drama filosófico lo llama él— Calibán vuelve a conspirar contra Próspero. Calibán sigue siendo a sus ojos, y tal vez más que antes, el repugnante «monstruo rojo». «Maldecir es mi naturaleza», dice, e igual que en el pasado sigue creyendo que está en los libros el secreto de Próspero. «¡Cómo los odio!», exclama. «Ellos han sido los instrumentos de mi esclavitud. Hay que tomarlos, incendiarlos, porque si no otros podrán utilizarlos. ¡Guerra a los libros! Son los peores enemigos del pueblo. El que los posee tiene poderes sobre sus semejantes. El hombre que sabe latín gobierna a los otros hombres. ¡Abajo el latín!»[155]

Ariel, por su parte, no ha cambiado nada. Cumple con desgano sus funciones terrestres y trata a Calibán desde la altura. «Yo no puedo refutarte», le dice; «refutar no es mi oficio. Sólo sirvo a la idea con felicidad. Entre tú y yo no hay contacto posible.»[156]

Cuando la insurrección estalla, Ariel está de nuevo junto a Próspero. Pero esta vez los siglos no han pasado en vano. Calibán ya no cree en duendes ni en dragones: las artes de Próspero y de Ariel se quiebran ante su incredulidad. La revolución se impone y Próspero abdica en favor de Calibán.

152 Villaurrutia: *Cristina de Suecia*, p. 36. E. Espasa-Calpe, Madrid, 1933.

153 Vossler: «Lope de Vega y su tiempo», en *Revista de Occidente*, p. 43. Madrid, 1933. «Ya sabéis —dice al conde en 1620— cuánto os amo y reverencio, y que he dormido a vuestros pies como un perro.»

154 Renan: *Caliban, suite de La tempête*. Ed. Calman Levy, París, 1878.

155 Renan: ob. cit., p. 48.

156 Renan: ob. cit., pp. 7 y 11.

Los antiguos cortesanos rodean al nuevo amo. Con el poder, el «monstruo» ha olvidado su robusta intransigencia. Ya no le parecen una enorme injusticia los privilegios de que gozaban sus amos, y hasta se permite el lujo de asegurarle a Próspero una pensión de estudioso. Para que nada falte, un legado del Papa bendice a Calibán...

Sólo Ariel no encuentra sitio para él. Ya no le basta, como en Shakespeare, desvanecerse en el aire azul. Ofendido, se muere. «La vida de los hombres —dice— es fuerte pero impura. Yo necesito besos más castos. Todo idealista será mi amante; toda alma pura será mi hermana.»[157]

Cuando Renan escribió su *Calibán*, tenía la experiencia de dos revoluciones: la del 48 en su juventud, la del 71 en su madurez. Después del triunfo ruidoso de la burguesía en el 89, un enemigo terrible —el proletariado— había venido creciendo y desarrollándose con ella. Engañado por todas las revoluciones de la burguesía, que supo siempre hacerlo morir por sus banderas, el proletariado había afianzado en las jornadas de junio del 48, y en la Comuna del 71, sus propias reivindicaciones, sus propios ideales revolucionarios.

Por imposición del desarrollo capitalista, en primer término, la burguesía del siglo XIX no tuvo más remedio que entregar a las masas un mínimum de educación. Las máquinas complicadas de la industria no podían ser confiadas a un analfabeto; la formación de los equipos de sus capataces y de su técnicos exigía, también, determinada enseñanza superior. Pero esa misma ilustración, aunque elemental, y esa misma necesidad de agrupar en una fábrica a poderosos ejércitos de trabajadores, habían ido formando poco a poco las condiciones necesarias para un despertar auténtico de la clase obrera. En *La tempestad* de Shakespeare Próspero no cree en la posibilidad de educar a Calibán;[158] en la *suite* de Renan, Próspero le reprocha en cambio haberse apoderado de la educación que le dio para volverla como un arma contra él.[159] Por eso Calibán es, ahora, insensible a los hechizos de Próspero; por eso también Renan le hace decir: «Cuando el pueblo se aperciba que las clases superiores le han conducido mediante la superstición, ya verás la revancha que se cobrará con los que fueron sus amos.»

Renan veía, y con justeza, la marea creciente del proletariado. Pero burgués hasta el fondo del alma, sentía como una amenaza el ascenso cada vez más firme de la clase obrera. Y esa enemistad de clase es lo que asoma en la conclusión de su drama: *Renan confía en que el proletariado aún triunfante no podrá durar mucho tiempo en el poder*. «El pueblo no puede fundar

157 Renan: ob. cit., p. 94.

158 Ver *La tempestad*. Traducción de Astrana Marín, ya citada, p. 124.

159 Renan: ob. cit., p. 77. Refiriéndose a Próspero, Anatole France ha dicho en igual sentido: «Como cualquiera de nuestros hombres de Estado republicanos, Próspero está persuadido de las ventajas de la instrucción con lo cual se prepara el desencanto que estos ya comienzan a sentir.» Ver *La vie littéraire*, t. II, p. 298. Ed. Calman Levy, París, [s.f.].

nada estable, le dice un cortesano a Próspero. Con el tiempo volverá a vos o a los herederos de vuestros derechos.»[160]

Por eso Próspero acepta de mala fe la protección que le ofrece el victorioso Calibán. Mientras este domina, se reserva el derecho a la ironía; confía en que la situación no podrá prolongarse mucho tiempo y en que volverá, por lo tanto, a recobrar su reino. Pero si Próspero acepta, con ánimo avieso, la situación de hecho, ya hemos visto que Ariel la rechaza orgulloso: «Allí donde Calibán puede todo —dice— nosotros no podemos nada. Tocar la lira a esos brutos es como hablar a una piedra en latín.»[161]

El latín, siempre el latín, como el símbolo de una barrera entre los hombres. De Erasmo a Shakespeare, de Shakespeare a Renan, la burguesía ha dejado intacto a lo largo de su revolución el foso que separa la cultura entre las clases. Foso que el más sabio historiador burgués del Renacimiento, Jacobo Burckhardt, reconoce así en estos términos:

> El reproche más grave que se le puede hacer al nuevo medio intelectual del Renacimiento es el de ser exclusivo, es el de dividir en dos clases a la Europa entera: la instruida y la ignorante. Pero ese reproche pierde su valor desde que estamos obligados a reconocer que *el mal subsiste hoy, que todo el mundo lo comprueba y que no podemos, sin embargo, hacerlo desaparecer.*[162]

La declaración es terminante Pero el mal no nos interesa ahora por sí mismo, sino por los sentimientos que engendra y alimenta: para el Ariel de Renan el Ideal es incompatible con la vida de los hombres; como para Ficino la inteligencia era incompatible con la voluntad.

Discípulo de Renan, formado en su escuela y en su hogar, Romain Rolland aprendió desde temprano el culto del espíritu y el desdén por el tumulto de las opiniones.[163]

Ya estaba predispuesto, en verdad, por la educación musical de su niñez, que una madre cuidadosa le reveló junto al piano. La música procura, infinitamente mejor que cualquier otro lenguaje esa impresión de lejanía, esa victoria sobre la estrechez de la ciudad, esa comunión inexpresable con las fuerzas superiores que nos deprimen o nos exaltan. Pero estaba predis-

160 Renan: ob. cit., p. 65.

161 Renan: ob. cit., p. 69.

162 Burckhardt; *La civilisation en Italie au temps de la Renaissance*, t. I, p. 213. Ed. Plon, París, 1885.

163 Zweig: *Romain Rolland*, p. 33. Ed. Imán, Buenos Aires, 1935. «En los años de aprendizaje, se convirtió Renan en su guía, en una hora en que Rolland visitó decididamente al gran sabio.» En igual sentido, p. 107. El mismo Rolland lo reconoce así en sus *Quinze ans de combat*, p. 233: «Ese sueño pueril de una *élite* de burgueses intelectuales, desvinculada de las leyes vivas de la humanidad en marcha, lo hemos conocido por nosotros mismos; lo hemos aprendido, cuando niños, de los labios de los viejos Renan que predicaban sin mucha fe el reino futuro de oligarquías intelectuales, con un buen tirano filósofo en la cumbre de su pirámide.»

puesto también, por las largas lecturas de un viejo libro que pasaba en revista a las mujeres de Shakespeare; galería prodigiosa en que desfilaban como sueño, Rosalina y Julieta, Miranda y Titania; todo ese mundo de la adolescencia, en fin, que Shakespeare ha abordado siempre con una delicadeza de confidente.

Cuando llegó la hora de descubrir al pensamiento, Spinoza le dio para colmo los goces ásperos de la meditación, desde su mirador tan distante de las cosas terrenas.

Corrientes distintas lo conducían a lo mismo, y ya era de la hermandad de Ariel cuando se acercó a golpear a la puerta de Renan. El viejo mago estaba en el esplendor de su ancianidad gloriosa: cada vez más descreído y cada vez más seductor; y tan cómodamente arrellanado en su ironía bondadosa que el drama de los hombres sólo era para él una ilusión permanentemente renovada.

Rolland no compartía ese total desprendimiento. Pero ha expresado muy bien a través de la pálida figura de Olivier —que tanto se le parece por la sensibilidad y la pureza— lo que era por entonces, y lo que siguió siendo durante mucho años, su ideal y su fe. Cuando Juan Cristóbal le pregunta con su áspera franqueza: «Pero ¿es que no puedes odiar?» Olivier le responde: «Odio al odio. Detesto luchar contra personas que desprecio... No formo parte del ejército del poder, pertenezco al ejército del espíritu.»[164] ¡El ejército del espíritu! He ahí su sitio, el sitio de todos los hombres libres. Nada de conflictos de patria, de religiones o de razas; las *élites*[165] deben fraternizar más allá de las fronteras y contribuir con su palabra al advenimiento del Espíritu.

El espíritu en Rolland no desdeña la acción, ni aplaude ese derecho a la ironía artera que el astuto Próspero se había reservado frente a la victoria momentánea de su antiguo esclavo. Cuando en su obra *Liluli*, escarnece la risa de Polichinela, Romain Rolland lo hace en cuanto la risa es una manera de evitar la acción. «Sabes reír —le dice la Verdad a Polichinela—, sabes mofarte, pero ocultando tu risa, como un colegial que se tapa la boca. Eres precavido como tus abuelos los grandes Polichinelas, como los maestros de la ironía libre y de la risa. Como Erasmo y Voltaire, tu boca está cerrada sobre tu sonrisa.»[166]

Rolland anhela un Espíritu heroico que no se atemorice como Polichinela con el bastón; pero un espíritu que aun en el tormento no sepa pronunciar un solo grito de guerra. Más cerca de Erasmo que lo que él mismo creía, Rolland aspiraba también a reunir en una *élite* a un puñado de altos espíri-

164 Zweig: ob. cit., p. 162.

165 Zweig: ob. cit., p. 61.

166 Rolland: *Liluli*, 3a. ed., p. 86. Ed. Ollendorf, París, 1919.

tus que sepan luchar si es necesario, pero con *las armas del espíritu: «las únicas armas que no las mueve la violencia»*.[167]

Era siempre la defensa del hombre abstracto[168] que el humanismo había creado; la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social[169] un hombre, en el mejor de los casos, que si descendía a veces a la lucha y devolvía golpe por golpe —como Juan Cristobal y Olivier— no por eso suspiraba menos por desprenderse cuanto antes de la «feria en la plaza», y regresar en seguida a su reino del aire: *Mein Reich its in der Luft.*[170]

No era, por cierto, para emplear sus palabras, «La fétida indiferencia»; pero era sí la afirmación terminante de la supremacía del hombre que piensa sobre el hombre que vive; el desdén por la lucha y por la acción; la soberbia de la *élite* intelectual con su certidumbre orgullosa de que fuera de ella no hay en el mundo más que agitación sin importancia. Egoístas *élites* que por conservar menguados privilegios continúan defendiendo un *Espíritu* y una *Libertad* en abstracto que la realidad sin cesar se los desmiente; candorosas *élites* cuyos sueños absurdos son fomentados por los mismos que de ellos se benefician; porque son esas construcciones del «arte puro» y de la «inteligencia pura» las que desvían los ojos de las grandes masas de la única escena en que se desarrolla de veras el drama de la historia. Las clases gobernantes estimulan con maña a esos artistas que son como niños; a esos sabios que son como Juan de la Luna. Y los prefiere, y los cuida y los carga de honores; hasta que llega el día en que una palabra imprudente, o un descubrimiento inesperado, los arroja sin saber por qué de los privilegios y los cargos.

Cuenta en sus memorias el escritor portugués Raúl Brandao, esta historia magistral que bien merecería un largo comentario; pero que en la imposibilidad de hacerlo en este instante entrego a la meditación de los artistas puros, de los sabios solitarios y de esos —sobre todo— nobles apóstoles de la «nueva educación» que aspiran a formar el «hombre pleno» en las escuelas de la burguesía. «El señor Junqueiro y yo paseábamos un día juntos, de aquí para allá, por el jardín de la Villa de Conde, y el señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor. Unos chiquillos estaban por allí jugando la pelota, y yo y el señor Junqueiro paseábamos de aquí para allá. El señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor, cuando en eso la pelota cayó en la cabeza del señor Junqueiro, quien levantó el bastón y dio con él al chiquillo... Y nosotros continuamos paseando de aquí para allá, y el señor Junqueiro predicando la piedad y el amor.»[171]

Así también ocurre en la vida de todos los días con niños grandes que son los intelectuales y los sabios. La burguesía los mima y condecora cuantas veces le conviene. Mientras la sirven, sin que ellos mismos lo sospechen, les deja jugar con las ideas o con las palabras; pero descarga sobre ellos su bastón tan pronto cae una pelota sobre la cabeza de la burguesía. Atolondrados, entonces, se preguntan «¿por qué?» y en ese por qué puede verse mejor que en parte alguna la profunda ignorancia de los problemas sociales que tantos siglos de vivir entre las nubes han traído al desdichado Ariel la ceguera como castigo y la vanidad como mancha.

En ningún otro escritor contemporáneo nos es dado seguir mejor que en Romain Rolland ese largo proceso que él mismo ha llamado la agonía de «una obstinada ilusión»,[172] doloroso proceso que se inicia en el instante mismo en que el intelectual descubre que su pretendida independencia está condicionada por ocultas potencias que la dirigen, y que continúa luego a través de saltos, retrocesos, esclusas, codos bruscos, hasta el momento en que surge el resplandor que le da fin. Desde sus *Vidas de hombres ilustres* hasta el *Teatro del pueblo*, desde *Juan Cristóbal* hasta *Por encima del tumulto*, desde *Colás Breugnon* a *Liluli*, Romain Rolland es el testimonio vivo, heroico, desgarrador, de esa confianza tenaz en un Espíritu que se basta a sí mismo, en una Inteligencia que se cierne por arriba de las cosas.

Frente al mundo y a la vida, él no aprobaba, es verdad, la mirada fría del Buda inmóvil; pero sostenía con una constancia tozuda los derechos indeclinables del intelectual a llevar con orgullo la túnica de gasas. La guerra primero, la revolución rusa después, lo lanzaron en el hervor de la vida, en el torbellino del drama sangriento. Basta recorrer los centenares de artículos, mensajes, polémicas, que brotaron entonces de su pluma, para comprender hasta dónde sus dos libros recientes —*Quince años de combate* y *Por la revolución, a la paz*— son el diario doloroso de un espíritu que se va arrancando a jirones de la carne viva del alma, los prejuicios, las mentiras, las ilusiones, depositadas en largos años de educación burguesa.[173] Día a día nos va mostrando en ellos cómo la guerra y la revolución fueron para él —y con él, para un puñado de intelectuales honrados— una escuela primaria de educación política. Escuela primaria, en efecto, porque todo lo tenían que aprender.

[167] Recordar que Erasmo amaba al cristianismo primitivo porque combatía solamente en el orden espiritual, «el único que vale a los ojos de Dios». Quoniam: *Erasme*, p. 149.

[168] En una carta a Marx, fechada el 19 de nov. de 1844, Engels decía: «El hombre no es más que pura fantasmagoría mientras no tenga como fundamento el hombre empírico.» Marx y Engels: *Correspondance*, t. I, p. 13. Ed. Costes, París, 1931.

[169] Rolland: *Quinze ans de combat*, 9a. ed., p. V. Ed. Rieder, París, 1935.

[170] Rolland: ob. cit., p. VI.

[171] Citado por Eugenio d'Ors. *Los diálogos de la pasión meditabunda*, pp. 145-146. Ed. Raggio, Madrid, 1923.

[172] Rolland: *Quinze ans de combat*, p. VII.

[173] Promete para en breve su *Diario de los años de la guerra*, Éditions Sociales Internationales, París, 1935. «Cada uno de nosotros debe hacer su examen de conciencia. En cuanto a mí, lo digo francamente, no ha sido sino poco a poco, en el curso de la guerra, que el velo se ha desgarrado y que he debido reconocer la suma enorme de errores, prejuicios y mentiras acumulados en mí por la educación, como en todos mis compañeros.»

Duros años de aprendizaje los de este alumno que ya había doblado el medio siglo, y que se debatía angustiosamente entre un mundo naciente que le refrescaba el alma y otro mundo senil que todavía lo tenía aprisionado.

> Los intelectuales —ha dicho— se forman inmovilizados por una ideología que es más o menos rica y matizada, pero que surge siempre de las entrañas del espíritu como brota del vientre el hilo de la araña, y mucho menos adecuada que este hilo para prenderse en las aristas de las rocas.[174]

Desde el instante lejano en que la guerra lo lanza a defender entre las nubes de la Ciudad del Espíritu que él creía amenazada, hasta el día de hoy en que marcha orgulloso entre las filas de la revolución proletaria, Romain Rolland ha cambiado desde la base a la cumbre su concepción del mundo y de la vida, y ha restituido a la Inteligencia y al Espíritu el único clima que les es propicio. Es lo que ha resumido en esta página de sus *Quince años de combate*, página un poco larga pero que me permitirán ustedes transcribir al final de esta clase en que habremos de despedirnos del humanismo burgués.

> El autor —dice— aprendió a sus expensas que la libertad de espíritu de que tanto se ufanan los escritores de la democracia, estaba tan lejos de los hechos como todos los otros «Derechos del Hombre» que la revolución francesa había patentado. Poco le costó el engaño de esa ideología, bajo la cual se enmascara el despotismo peor. Pero mucho le costó, en cambio, arrancar de sí mismo esas abstracciones a la sombra de las cuales los abusos se ejercen. Durante años se obstinó en defender la libertad abstracta del espíritu sin comprender que para que ese fantasma adquiriera un cuerpo, era necesario conquistarle primero y prepararle después, el terreno en el cual la idea-planta echaría raíces. Él no había dejado de presentirlo, porque desde los comienzos se había puesto al lado de la revolución que tomaba por asalto y trabajaba rudamente la vasta tierra. Pero aun así persistía en reivindicar para el árbol-libertad, el derecho a no depender de esa misma tierra arada, es decir, ¡a permanecer con las raíces en el aire! Es terriblemente difícil para un intelectual renunciar a sus tesoros imaginarios; mucho más fácil le sería sacrificar con la vida, los muy pocos tesoros reales que posee. ¡Pero sus ideas! Le parecían que al perderlas perdería también sus razones de existir. En su terquedad al defenderlas, no comprende que lo que protege contra su pecho, no son ideas, sino palabras sin substancia, cáscaras vacías. Es la historia de esa ilusión obstinada lo que yo voy a contar, y después las primeras dudas que abrieron una brecha, y después el descubrimiento de que en la cesta no había nada más que cáscaras vacías. Pero al rechazarlas indignado, para ponerme a la búsqueda de ideas vivientes, me fue dado encontrarlas bajo la corteza de ese mundo nuevo bajo cuyo aspecto rugoso no nos inspiraba confianza. Y comprendí entonces que esa misma dureza era necesaria para protegerlas.[175]

[174] Rolland: *Par la révolution, la paix*, p. 126.

Siglos de educación burguesa impedían el descubrimiento de esa verdad tan limpia, y es comprensible el desconcierto trágico de Ariel al saber que en la historia de la Alemania actual no ha sido precisamente Calibán el que ha arrojado a la hoguera la biblioteca de Próspero. Mucho tiempo le ha sido necesario para alcanzar que la túnica de gasas no era su gloria sino su falta; el mismo tiempo que ha sido menester para ir creando en las entrañas de esa misma sociedad burguesa, las premisas objetivas del humanismo proletario.

Venturoso Humanismo que en la primera patria que lo vio nacer, ya está dando a las ciudades el nombre de sus grandes escritores, y cuyos triunfos ruidosos en ese mismo reino del Espíritu, son los que han decidido a nuestro noble Ariel echarse a volar sobre la vasta tierra con las alas de fuego de la Revolución.

LA HERENCIA CULTURAL

En uno de sus libros más vivaces, *¿Qué hacer?*, sostenía Lenin, que para elevar el grado de conciencia de la clase obrera es «necesario que los obreros no se encierren en el marco artificial restringido de la llamada *Literatura para obreros,* sino que aprendan a dominar cada vez más la *literatura general.* Sería más justo decir, en vez de "no se encierren", no "sean encerrados", pues los obreros también leen y quieren leer todo lo que se escribe para los intelectuales; sólo que algunos de estos —los malos— piensan que los obreros ya tienen bastante con que se les hable de las cosas de la fábrica y se le rumie lo viejo y resabido».[176]

Ocho años después, al día siguiente de la muerte de Tolstói, Lenin se asociaba al duelo nacional de esta manera:

> Tolstói ha muerto; la Rusia anterior a la revolución, cuya debilidad e impotencia se han expresado en la filosofía y han sido pintadas en las obras de este artista genial, se ha hundido en el pasado. Sin embargo, *la herencia de Tolstói contiene elementos que, lejos de pertenecer al pasado, corresponden al porvenir.* De esa herencia, el prole-

[175] Rolland: *Quinze ans de combat*, p. VII.

[176] Lenin: *¿Qué hacer?*, p. 46, nota 1. Ed. Claridad, Buenos Aires. 1933.

tariado ruso toma posesión y se consagra a ella. Él explicará a la masa de los trabajadores y explotados el sentido de la crítica tolstoiana del Estado, de la Iglesia, de la propiedad territorial privada, no para que las masas se limiten a su «autoperfeccionamiento interior» y a las lamentaciones a propósito de una vida justa, sino para que levanten y descarguen un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes que en 1905 no han sido más que ligeramente alcanzados y que es necesario aniquilar.[177]

¿Qué tiene de extraño, pues, que apenas llegaron los bolcheviques al poder, Lenin encargara a las imprentas del Estado la tarea de poner al alcance de todos, rediciones de los clásicos?[178] ¿Y qué tiene de extraño que poco tiempo más tarde en su discurso magistral en el Tercer Congreso Panruso de la Unión de las Juventudes Comunistas, asegurase que no es posible construir el comunismo sino a partir de la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones, así como de las fuerzas humanas y medios que se reciben de la vieja sociedad? Es imposible ser comunista —añadía— «sin haberse *asimilado* el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad... Si no nos damos cuenta que para crear la cultura proletaria es necesario conocer y utilizar, *retocándolos,* todos los elementos de la cultura resultante de la evolución anterior de la humanidad, no llegaremos jamás a nada. La cultura no se da toda hecha, no brota del cerebro de no sé qué especialista en cultura proletaria. Sería una tontería creer tal cosa. La cultura proletaria debe aparecer como la resultante natural de los conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo capitalista y bajo el yugo feudal».[179]

Con perfecta claridad, Lenin planteaba de tal modo el problema de la herencia cultural que las masas obreras debían *conquistar y elaborar.* Después de cinco siglos, el proletariado victorioso se encontraba en una situación que recordaba —no obstante las enormes diferencias— la actitud de la burguesía durante el Renacimiento. Al pasar de una clase a otra, la cultura una vez más, debía de ser *asimilada* y *repensada.* Lo que hasta ayer llevaba como marca propia el sello del feudalismo, reapareció superado en la cultura burguesa. Recoger una herencia y recrearla significa, pues, algo más que un legado pasivo; una radical transfiguración; pues al mostrarse ante los ojos de una nueva clase social se incorpora de hecho a otras formas de vida, renace de veras con *una frescura de amanecer.* Lo que la burguesía inició en su Renacimiento,[180] el proletariado lo está realizando ahora, según acabamos de

177 Lenin: «Tolstói». en *Commune,* pp. 442-443. París. enero de 1935.

178 Krúpskaya: *Souvenirs sur Lenine,* p. 49. Bureau d'Éditions, París, 1930.

179 Lenin: «Discurso en el Tercer Congreso de las Juventudes Comunistas, el 4 de octubre de 1920», en *Lenin y la juventud,* pp. 5-6. Ed. del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista.

180 O en sus renacimientos, para ser más exactos si consideramos como tales al tímido del siglo XII, al más brillante del siglo XVI y al francamente revolucionario del siglo XVIII.

escuchárselo a Lenin, con respecto a «los conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo capitalista y bajo el yugo feudal».

La empresa no era fácil y chocaba con obstáculos muy serios.[181] Uno ante todo que a muchos llevó al error; el proletariado difiere de la burguesía infinitamente más que la burguesía del feudalismo. Entre la burguesía y el feudalismo, en efecto, la oposición radica en *modos distintos de explotación;* por eso a pesar de sus intereses bien diversos, no tienen ningún inconveniente en marchar hombro con hombro cuantas veces la rebelión de las masas les hace ver el enemigo común.[182] El proletariado, en cambio, no sólo no tiene ninguna comunidad de intereses con las otras clases, sino que, siendo por exigencia de siglos la clase eternamente explotada, es la única precisamente que no podrá librarse a sí misma sino terminando para siempre con la sociedad de clases. Se concibe, por eso, que en la continua batalla, en la sostenida polémica, muchos sectores del proletariado —o de las otras clases explotadas que reconocen en él su conductor— no hayan distinguido a veces con suficiente justeza cómo y hasta dónde se debía negar antes de elaborar la propia y auténtica cultura. Ocurrió, por ejemplo, que sí parecía evidente que el proletariado debía apoderarse de todos los adelantos técnicos burgueses para alcanzar, primero, y superar después al capitalismo, y no parecía a todos suficientemente claro que en condiciones parecidas —aunque no idénticas— se encontraban también las masas obreras frente al legado cultural que del pasado habían recogido.

Es ilustrativo en este sentido lo que ocurrió con Mayakovski. El ilustre poeta se había pasado a la revolución desde el campo pequeñoburgués del futurismo. Como tantos otros compañeros de lucha y de arte —desde los «imaginistas» y los «luministas» hasta los «biocosmistas» y los «formolibretistas»—,[183] esta intelectualidad pequeño burguesa, con el ímpetu anarquista que va implícito, se movía con más soltura en la destrucción del pasado que en la construcción del porvenir. Mientras el poder obrero, con Lenin a la cabeza, se esforzaba en *asimilar críticamente la cultura universal* y en incorporarla a la actividad cultural de las masas obreras y campesinas, los grupos inquietos de la pequeña burguesía pensaban que servían mejor a la revolución no preocupándose tanto de forjar un arte nuevo, como de arrasar, prácticamente, con el arte. Bajo el antifaz de la revolución, Arlequín irrumpía con su nihilismo bohemio, su declamación de café, sus fanfarronadas de media noche; e irrumpía proclamándose la vanguardia estética del

181 «El deseo de conocer el pasado está limitado entre nosotros, en cierta medida y todavía, por el hecho de que en la cultura legada por la burguesía, la miel y el veneno se entremezclan y porque las "verdades" de la ciencia burguesa sobre el pasado histórico de la humanidad son como las viejas cortesanas experimentadas que quieren hacerse pasar por jovencitas inocentes.» Gorki: «A propos de la culture», en *Littérature International,* no. 8, Moscú, 1935.

182 Prokrovski: *Teoría de la revolución proletaria,* pp. 37 y 55. Ed. Aguilar, Madrid, 1933.

183 Ver en Polonski: *La literatura rusa de la época revolucionaria,* p. 62. Espasa, Madrid, 1932.

proletariado y exigiendo nada menos que la dictadura revolucionaria sobre el frente cultural. En el número segundo de la revista *El arte de la Comuna*, Mayakovski había publicado un editorial en verso, titulado «Todavía es pronto para alegrarse», y en el cual entre otras cosas podía leerse lo siguiente:

> Si encontráis a un guardia blanco lo fusiláis. Pero ¿habéis olvidado a Rafael...? Es hora de disparar contra los muros de los museos. ¡Abrid el fuego de los cañones contra lo viejo! Sembrad la muerte en el campo enemigo. No os pongáis a tiro, servidores del capital... Pero. ¿por qué no se ha atacado a Pushkin y demás generales clásicos?[184]

Lenin, que no ocultaba su ninguna simpatía por futuristas y cubistas,[185] esta vez no tuvo más remedio que fruncir el ceño. Y en un artículo que Lunacharski redactó, el Comité Central del Partido Comunista puso los puntos sobre las íes. Ese artículo, primero; diversas resoluciones después, culminaron en la declaración del 1° de julio de 1924 que marca una fecha en la historia de la cultura. El Partido Comunista comprendía que para crear una *literatura artística* destinada a las grandes masas debía romper con las tradiciones aristocráticas que hacen del arte una voluptuosidad reservada a muy pocos elegidos; pero, al mismo tiempo que aseguraba a los escritores soviéticos el apoyo más decidido, les anunciaba que el Partido lucharía por todos los medios «contra la actitud ligera y despectiva frente a la vieja herencia cultural y a los especialistas de la palabra artística».[186] La última parte de la revolución —la relativa a los «especialistas de la palabra artística»— mostraba que la juvenil cultura del proletariado tenía que luchar sobre dos frentes: no sólo contra los energúmenos más o menos pintorescos de la pequeña burguesía que rechazaban en bloque la tradición artística, sino también contra los otros sectarios surgidos en gran parte del mismo proletariado, y para quienes el arte destinado a las grandes masas nada tenía que ver con las rudas disciplinas del estilo. Para los primeros «resucitar» la literatura clásica en época revolucionaria equivalía a una traición; para los segundos, el arte proletario no se distinguía gran cosa de un «afiche», cargado como este de intención transparente, y tanto mejor cuanto con más nitidez expresara esa intención. Nada, pues, con los clásicos; nada tampoco con la búsqueda de medios de expresión calificados.

La actitud negadora se afirmaba no sólo en los artistas, venía muchas veces desde los propios directores de los museos, desde los mismos encargados de la conservación. Tal es el caso de T. Schmit, profesor de la Universidad de Leningrado, para quien no sólo era innecesaria, sino nociva la influencia de las grandes obras del pasado.[187]

184 Polonski: ob. cit., pp. 173, 279.

185 Clara Zetkin: *Recuerdos sobre Lenin*, p. 18. Ed. Cenit, Madrid, 1934.

186 Polonski: ob. cit., p. 274.

187 Legran: *La reconstruction socialiste de l'Ermitage*. Traduc. de Melour y Notgaft, p. 26. Leningrado, 1934.

A los diez años de aquellas polémicas, la solución nos parece muy clara. Pero entre el tumulto de la guerra civil y la amenaza perpetua de la invasión extranjera, no es difícil comprender la confusión y el desconcierto. *Ignoraban los unos que no se trataba de una restauración de los clásicos sino de su asimilación crítica por las masas obreras como el Renacimiento había sido la asimilación del pasado en nombre de la burguesía mercantil; desconocían los otros que el arte proletario no es el arte de los desarrapados, y que el desprecio de los graves problemas del estilo no es en el fondo más que una torpe jactancia de analfabetos.* Sin ceder un ápice las posiciones del comunismo ni apartarse una línea de la ideología proletaria, el Partido Comunista llamaba a sus auténticos deberes a todos esos escritores y escritorcillos que hasta al mismo Lenin encontraban un poco reaccionario; escritores, por lo demás que repetían sobre su propio frente cultural —sin que tal vez se dieran cuenta— todas aquellas otras discusiones que hoy nos resultan tan ridículas sobre el carácter burgués o no burgués de las macetas con flores, de la ropa a la medida, del *rouge* en las mejillas o en los labios... ¡Como si Marx hubiera dejado de servir a la clase obrera porque pulía y repulía sus frases con amor de estilista![188] ¡Como si Engels la hubiera traicionado también, porque no perdió jamás ni en los modales ni en el traje su elegancia de *gentleman*![189] Nihilismo en unos; incomprensión en otros; sectarismo en muchos: eso era, en general, lo que ocurría.

Pero había algo más que no era fácil decir; aún en muchos de los artistas o los teóricos entregados a la causa de la Revolución, *se encubría una actitud de desconfianza o de recelo con respecto a la capacidad de las grandes masas.* Se suponía que la influencia de los clásicos podía corromper, apagar o desviar una conciencia revolucionaria todavía juvenil; sin comprender que las masas que habían hecho la revolución tenían ya una conciencia más que suficiente para *tomar del pasado los valores que correspondieron al ascenso de la burguesía y para rechazar a su vez cuantos sirvieron de reflejo a su disgregación y decadencia.*

Estudiar, criticar y asimilar los «clásicos» desde el punto de vista del proletariado revolucionario suponía naturalmente un elevado nivel de cultura general, de bienestar colectivo, de desahogo económico. Sin la transformación correlativa en la higiene y el confort, en la alimentación y el reposo, todo hubiera quedado en el aire, como una construcción artificial y caprichosa. Por otro lado, no por ser menos ruidosa, la lucha de clases había terminado. Los continuos procesos con motivo de este atentado o de aquel «sabotaje» demostraban que la guerra continuaba solapada, pero tenaz. Desde las «chozas de lectura» hasta los «rincones rojos», desde las escuelas de fábrica hasta las facultades obreras, desde el baño diario hasta el cepillo de dientes, desde las «cruzadas culturales» hasta la lucha antirreligiosa: en todo había que pensar para que ni un solo hombre quedara excluido de los

188 Mehring: *Carlos Marx, historia de su vida*, p. 252. Ed. Cenit, Madrid, 1932.

189 Riazanov: *Marx y Engels*, p. 164. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1933.

conocimientos elementales, de la cultura más primitiva. ¿De qué serviría —le confesaba Lenin a Clara Zetkin— que esta noche concurran diez mil personas a un gran teatro y mañana otras diez mil mientras millones de seres gritan por adquirir el arte de deletrear y escribir su nombre, y a quienes hay que entrarles además en la cabeza que el mundo está regido por leyes naturales y no por fantasmas y encantadores?[190]

Todo eso había que hacer, en efecto, y todo eso se hizo.[191] En la industria, el número de personas con instrucción técnica pasó de 69 000 que eran en el primer plan quinquenal, a 172 000 en el segundo; con instrucción superior de 60 000 a 112 000. En el ramo del transporte, el número de los preparados por las escuelas técnicas ascendió de 28 000 a 97 000 y los promovidos por las escuelas técnicas superiores, de 8 000 a 28 000. En igual medida, como es de suponer, disminuyó la sujeción al especialista extranjero contratado. Nuevos cuadros de especialistas soviéticos, en las mismas escuelas de la URSS, son ahora los constructores más firmes del socialismo. Y a medida que el obrero transformaba su alma junto a la máquina que él mismo ha creado y que el paisano adquiría en el koljós un espíritu nuevo, un horizonte cada vez más dilatado se fue abriendo ante las masas. En su novela titulada *El segundo día de la creación,* ha contado Ehrenburg el primer contacto de los obreros y de los paisanos con las manifestaciones altísimas del arte: desde los comienzos, en que algo hay de aturdimiento y desazón hasta el instante en que la poesía o el teatro les descubre de pronto, con ruda alegría, la existencia de un mundo hasta entonces ignorado.[192]

> Kolka se acostó —dice— pero no pudo dormir. Las extrañas palabras de los versos llenaban su mundo, y Kolka maravillado, prestaba atención a esos rumores. Además de las cosas, comprendía que existían las palabras y que las palabras viven con una vida que les pertenece. El mundo que ya de por sí le parecía vasto, más inconmensurable se le mostraba ahora.[193]

En qué medida Shakespeare contribuyó a hacer «más inconmensurable» el mundo que nacía, en qué forma ha sido asimilado y discutido entre las masas obreras de Rusia es lo que vamos a ver ahora en un rápido bosquejo.

La historia de las diversas maneras como Shakespeare ha sido interpretado, es uno de los ejemplos más elocuentes de la utilización clasista de las obras de arte. Casi sesenta años después de la muerte de Shakespeare, el bibliotecario de Luis XIV, Nicolás Clement, escribía lo siguiente: «Este poeta inglés tiene una hermosa imaginación, piensa con naturalidad, se expresa con

190 Zetkin: ob. cit., p. 19.

191 Molotov: *La Unión Soviética en 1937,* pp. 61, 63 y ss. Ed. Europa-América, Barcelona, 1935.

192 Ehrenburg: *Le deuxième jour de la création,* p. 45. Ed. Gallimard, París, 1933.

193 Ehrenburg: ob. cit., p. 47.

finura; pero estas bellas cualidades están acompañadas por las suciedades que añade a sus comedias.»[194] Para la monarquía absoluta del siglo XVII, levantada sobre los hombros de los feudales derrotados, la obra de Shakespeare con su pintura violenta del feudalismo resultaba tan *inoportuna como grosera.* Nietos o biznietos de aquellos nobles feroces que desfilan en las tragedias del gran William, los nobles domesticados por el monarca absoluto consumían en los refinamientos de la corte una vida que sus abuelos y bisabuelos asesinos habían gastado de otro modo. Para ellos, las empolvadas tragedias de Racine o de Corneille, sin hecatombes y sin estertores.[195] «Un salvaje borracho» era lo que Shakespeare debía, en efecto, parecerles; un salvaje que sólo podía ser representado a condición de corregirlo y perfumarlo.

No podía ser de esa opinión la burguesía revolucionaria del siglo XVIII. En tres artículos de la *Enciclopedia,* Diderot tomó por su cuenta la defensa de Shakespeare. Pero tan pronto la burguesía consiguió el poder y contuvo sus ímpetus, aparecieron con el romanticismo las dos corrientes fundamentales que lo atraviesan: una, aristocrática y feudal, que con Chateaubriand reacciona contra Shakespeare; otra, pequeñoburguesa, revolucionaria en apariencia, pero utopista en realidad, que enarbola con Goethe, Schiller, Hugo, Stendhal, Sand, la bandera de Shakespeare.

Abigarrado movimiento que se desnaturalizó muy pronto a raíz del viraje que la misma burguesía comenzaba a realizar: después de atacar al feudalismo en sus cimientos, el capitalismo empezaba a buscar el auxilio de su apoyo frente a la amenaza cada vez más resuelta del común enemigo proletario. Shakespeare comenzó a transformarse al mismo tiempo en un motivo espectacular de cortejos y coronaciones, en que la exterior actitud de los detalles históricos disimulaba apenas una calurosa exaltación del feudalismo.

Con diferencias de tiempo, y de acuerdo a las desigualdades del desarrollo económico, el fenómeno se repitió casi idéntico a mediados del siglo XIX, tanto en la Inglaterra de los lores aburguesados, como en la Alemania bismarckiana de las «leyes de excepción». La burguesía al transformarse en clase reaccionaria, perdió el coraje con que había enarbolado a Shakespeare en los tiempos de Diderot y «de la tempestad y la osadía»; y con el pretexto de sabias reconstrucciones históricas, glorificó en el fondo lo que ella llamaba falsamente las «raíces feudales» de Shakespeare. Lo que Kean había realizado en la escena inglesa, es lo que remprendió en Alemania la escuela llamada de los «meiningenses». Para representar a ...*Julio César,* por ejemplo, los meiningenses —llamados así por la ciudad alemana de Meiningen, capital del estado de Sajonia, cuyo teatro era famoso— consultaban al arqueólogo, revolvían viejas crónicas, ensayaban durante semanas enteras la manera exacta de llevar la toga. Pero que a pesar de sus promesas eruditas

194 Sidney Lee: *Shakespeare, sa vie et son oeuvre,* p. 321.

195 Al referirse al poeta trágico del siglo de Luis XIV, Taine hace notar que evita con cuidado la verdad cruda, la emoción desordenada, «los caprichos de la imaginación y la fantasía, como Shakespeare». *Filosofía del arte,* t. I, p. 99. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1933.

sobre la reconstrucción del «medio feudal», había en el fondo una intención nada secreta de idealizarlo y exaltarlo. Y tan es así que en pleno zarismo, cuando la compañía de Meiningen visitó San Petersburgo, la censura no opuso la más mínima objeción a una interpretación de *Julio César* en que se asesinaba, nada menos, que a un emperador.

Pero ni ese mismo carácter seudo histórico, que encubría apenas la exaltación del pasado feudal, pudo satisfacer durante mucho tiempo las tendencias cada vez menos realistas de la burguesía. Y uno tras otro aparecieron los simples cortinados a lo Reinhardt en que se *borran las indicaciones de tiempo y de lugar*, y las diversas corrientes simbolistas y místico-estéticas para las cuales Shakespeare, extraordinariamente estilizado, representa un creador *por encima de las épocas*, en cuyas manos, los personajes aun los más históricos, sólo son *símbolos eternos.*[196]

Primero un Shakespeare cortesano y discreto; después un Shakespeare suavemente antifeudal: en seguida un Shakespeare seudo histórico, pero en realidad antiburgués, y al final un Shakespeare, místico-simbólico, como pintor del alma humana. Con ligerísimas variantes eso fue lo que ocurrió en Rusia desde Pedro II hasta la Revolución de Octubre.[197] La primera representación que se hizo de Shakespeare en San Petersburgo, fue la de *Hamlet* en 1750. De acuerdo al estilo clásico francés, Shakespeare apareció cortesano y discreto, elegante y pulcro. Así se mantuvo hasta las dos primeras décadas del siglo XIX en que el movimiento ascendente de la burguesía impuso de 1820 a 1830 un cierto auge del ala izquierda del Romanticismo. La derrota del movimiento liberal trajo de nuevo la interpretación de Shakespeare a la manera clásica y así siguió, con ligeras tentativas naturalistas, hasta la visita de los «meiningenses» de que ya hablamos. Bajo su influencia, el espectáculo se volvió pomposo, con miras a alejarse cada vez más del tiempo y del espacio. A tal punto que la representación de *Hamlet*, en 1911 tuvo un carácter acentuadamente místico-simbólico.

Ahí se había llegado cuando la guerra primero y la revolución después, alteraron y transformaron la vida rusa. En los primeros tiempos que siguieron a octubre, las contadas representaciones de Shakespeare —como la de la *Fierecilla domada* en 1919 en el Teatro Alejandroski— no diferían gran cosa de las representaciones aparentemente «históricas» de la burguesía. En ese sentido, no variaron notablemente las representaciones posteriores de la llamada *Comedia popular* (1920) aunque aportaron ingeniosas modificaciones técnicas y felices disposiciones en la escena. Pero más o menos como

196 Para Renan, por ejemplo, Shakespeare «es el historiador de la eternidad. No pinta ningún país, ni ningún siglo; pinta la historia humana». Ver *Caliban*, p. II. Ed. Calman Levy, París, 1878.

197 Casi todos los datos que siguen sobre Shakespeare en Rusia, los extraigo del volumen titulado «La vida y muerte del rey Ricardo III. Artículos y materiales para la representación de la tragedia de Shakespeare, en la traducción de Ana Radlova, por el eminente actor de la república K. Vierskoi en el gran Teatro Dramático Máximo Gorki». Leningrado, 1935. En ruso.

lo que ocurría en Alemania con los innovadores del teatro.[198] la técnica asumía en estos casos una importancia tal que los personajes quedaban absorbidos por ella en buena parte. Al mismo tiempo, los trabajos críticos no tenían mucho mérito. El más importante, el del académico Friche sobre *Shakespeare*, en 1926, aunque se decía marxista, por supuesto, no sólo repetía las habituales majaderías sobre el trágico, sino que consolidaba el error que hace de Shakespeare un aristócrata decadente, suspirando por la caída del feudalismo frente a la burguesía victoriosa.

A partir de ese año, sin embargo, comienza a afianzarse más y más, con la cultura creciente, la necesidad de enfocar desde un ángulo más adecuado el verdadero problema relativo a Shakespeare. En Marx, primero, en Mehring, después, había antecedentes de importancia. Con motivo del drama de Lassalle titulado *Franz von Sickingen*, Marx le había escrito una carta en que después de hacerle algunas objeciones, lo invitaba para lo sucesivo a «shakespearizar» un poco más. Quitando lo que pudiera contener de irónico, el consejo tenía bajo la pluma de Marx un sentido bien claro.[199] Los que han frecuentado sus obras, desde las de carácter polémico hasta las más reposadas, conocen de sobra la frecuencia y la exactitud con que Marx cita a Shakespeare.[200] Si se añade a eso el testimonio de los íntimos sobre la complacencia con que solía recitar largos trozos de sus obras, se tendrá una idea aproximada de la admiración profunda que sentía por el trágico genial.[201] Pero ¿cuál era a sus ojos el mérito fundamental de Shakespeare? Marx consideraba la obra entera de Shakespeare como a *un modelo de creación realista*, estimando en él sobre todo su amplia concepción de los trozos de vida, sus ricas y complejas descripciones de caracteres y de ambientes, su manera de situar los personajes entre la pugna de las clases sociales. Cuando Marx le aconsejaba a Lassalle que «shakespearizara» más, quería decirle, pues, que abordara los temas con más auténtico realismo, con más valiente tratamiento, con más implacable lucidez.

Estaba, pues, en el corazón mismo del marxismo la devoción por un Shakespeare realista; por un Shakespeare que —ya sea en nombre de la nobleza progresista de su tiempo, como lo aseguraba Mehring y lo repite ahora Dinamov; o ya sea en nombre de la burguesía en su período de ascenso como lo cree Asmirnov y como me parece a mí más defendible— *atacaba con un vigor iracundo a la sociedad feudal que se batía en retirada.* Esa faz

198 A propósito de Piscator, por ejemplo, Anne Latsis escribe con razón: «La tendencia a "mecanizar" la escena degeneraba a veces en él en un verdadero abuso de la técnica; tanto que en ciertos momentos la técnica llega a convertirse en fin.» «Le théâtre de Piscator», en *Le Théâtre International*. Boletín 4-5 de la Olimpiada del Teatro Revolucionario, p. 19. Moscú, 1933.

199 Bernstein: *Ferdinand Lassalle*, p. 44, nota I. Ed. Rivière, París, 1930.

200 Schiller: «Marx et la littérature mondiale», en *Commune*, p. 381. París, agosto de 1935.

201 Marx: *eine sammburg von erinnerungen und aufsätzen*, pp. 114, 119, 123, 126, 154, 168, 174, 214. Bibliotek des Marxismus Leninismus, Mouskau, 1934.

de Shakespeare como pintor y crítico del feudalismo, es lo que la crítica soviética resolvió reivindicar. En un amplio movimiento —en el cual se descubre de inmediato, como en todo lo que en la URSS se refiere a la cultura, el luminoso espíritu de Anatoli Lunacharski— los jóvenes historiadores, críticos, dramaturgos y actores de los soviets se lanzaron a la conquista de lo que dieron en llamar, con fórmula certera, «el auténtico Shakespeare».

El análisis sociológico de sus producciones a la luz fecunda del marxismo ha sido emprendido hace muy pocos años. Por eso cada «estreno» de una de sus piezas —estreno desde el punto de vista del realismo socialista— constituye un acontecimiento precedido de largos estudios y de minuciosas discusiones; un acontecimiento que hace de Leningrado o de Moscú vastas academias populares en que los obreros colman los teatros durante meses enteros, y en que la vida cultural asume un brillo y un ritmo inusitados.

No olvidaré jamás la noche del «estreno» de *Ricardo III*, el 27 de febrero de 1935 en el Teatro Dramático de Leningrado. Saben ustedes muy bien que la figura de Ricardo III es una de las más complejas entre las muchas que Shakespeare ha creado, y que pasa además por ser ante los ojos de la crítica burguesa como «el tipo eterno de la perversidad política».[202] Crónica dialogada como el *Enrique VI*, tiene un estilo seco y áspero, sin las complicaciones y rebuscamientos de varias de las obras que le siguieron. Los movimientos de tropas, los espectros que aparecen, los asesinatos y las batallas, crean problemas técnicos difíciles. Pero a su vez, algunas escenas de una intensidad dramática formidable —como el instante en que Ricardo III declara su amor fingido a la viuda del hombre que ha ordenado asesinar y frente a cuyo cadáver se confiesa— son para poner a prueba el talento del actor más acabado.[203]

El teatro soviético, después de estudiar a fondo el carácter realista de la obra de Shakespeare no se contenta con afirmar que Ricardo III es la «encarnación abstracta del egoísmo» como quería Schiller, ni una «monstruosidad» del espíritu por la cual sintió Shakespeare disimulada simpatía, como da a entender Montégut. Ve en Ricardo III, y con razón, al exponente vigoroso de los rudos tiempos en que la nobleza feudal se entredevoraba; personaje no sólo de gran valor histórico y cultural, sino tan bien dotado y decidido, que muchas veces obliga a respetarlo. En las demás obras de Shakespeare hay a menudo otros personajes que se acercan al protagonista y hasta lo hacen palidecer: en *Julio César* hay un Casio; en *Otelo*, un Iago. En *Ricardo III* no hay más que Ricardo III. Todas las otras figuras desaparecen y se esfuman a su lado, como en la vida de la historia los hombres del feudalismo desaparecían y se esfumaban frente al señor absoluto que los puso a raya. Ese aspecto histórico de Ricardo III —a pesar de todas las libertades que Shakespeare se ha tomado con él, según su costumbre y su

202 Esas son las palabras de Montégut, en el t. VI, p. 129 de su traducción francesa de las *Oeuvres complètes de Shakespeare*, Ed. Hachette, París, 1869.

203 Desde el punto de vista de los actores, véase por ejemplo Jules Truffier: «Le roi Richard III» en *Conferencia*. París, 5 de feb. de 1930.

derecho— es lo que hace precisamente de este hombre pérfido, guerrero bravo y asesino sin escrúpulo, algo más que un monstruo o un perverso. Es el final de una época lo que Shakespeare evoca con su colorido habitual de una crudeza hiriente: el desastre definitivo del feudalismo. Y sobre ese desastre, la figura sangrienta y terrible de Ricardo III modelo de «hombre de estado fuerte» que se coloca frente a las intrigas de la corte y las despedaza a todas con su instinto alerta y sus manos recias.

¿Cómo transmitir esa impresión de la época sin caer en el historicismo exterior de los «meiningenses» o en las estilizaciones cada vez más abstractas de los Reinhardt? Ese era el primer problema que en cierto modo dominaba a todos. Con un triple escenario, cortinados de ambientes, trajes verídicos y detalles exactos sin ser cargosos lo más fundamental quedó muy pronto realizado.[204] Pero era necesario subrayar además, por labios del intérprete, el contenido social preciso de la obra: nada de creaciones simbólicas ni moralidades eternas. Era un momento dramático de las luchas de clases lo que el espectador soviético debía tener ante los ojos: y si de un lado, el genio de Shakespeare puede enseñar todavía —aún bajo el signo del Segundo Plan— como un autor dramático debe posesionarse de la verdad de su tiempo y plasmarla en creaciones imperecederas, era necesario mostrar también, que *esas creaciones no son otros tantos aspectos del hombre «eterno» y la humanidad «invariable»*. El hombre por el contrario, se modifica con las circunstancias que lo educan y con las circunstancias que él transforma. Y esta última parte, la de la práctica revolucionaria, es la que le quita precisamente al teatro de Shakespeare su aspecto por momentos desolado, su impresión muchas veces sombría de fatalismo inexorable.

Cuando el estreno de *Ricardo III* se acercaba, todo decía en el ambiente la grave responsabilidad de los directores y la crítica de los actores y los realizadores. Yo había tenido la fortuna de llegar desde Moscú cuatro días antes del estreno, y como andaba de un lado para otro en Leningrado, me era fácil comprobar desde los ambientes más distintos, la viva preocupación por un suceso que la prensa destacaba como a un acontecimiento cultural. Me hablaban de él en los laboratorios de Pavlóv, como en las salas de la Biblioteca Nacional, y había una igual curiosidad en el restaurant fantástico de la Fábrica Nº 1 de Cocina que en el *foyer* de la Gran Ópera, rumorosa todavía con el ballet que Asáfiev ha recogido en *La fuente de Baktchisarai*; y me hablaban con idéntico orgullo los obreros de la fábrica de turbinas en que había pasado la mañana, que los actores del teatro Mijailovski en que había estado por la tarde.

Cuando por fin llegó el estreno, la sala entera desbordaba. En un silencio impresionante Ricardo III desnudó su alma a través del talento de Monakov que lo encarnaba, y todo el espanto de la tragedia feudal comenzó a vivir delante de nosotros. De la platea a los palcos, de la tertulia a las galerías, nada más que hombres y mujeres que estudian y trabajan. Muy pocos

204 Para una idea general del teatro en la Rusia Nueva véase *Le théâtre dans l'URSS*, vol. VI. Ed. de Voks, 1933.

años atrás, la enorme mayoría, la aplastante mayoría no conocía el nombre de Shakespeare ni de oídas. En muy poco tiempo se ha vuelto para ellos un amigo. «No se imaginaría usted —me decía un compañero en uno de los intervalos— hasta qué punto Shakespeare es conocido en Rusia. No hay teatro de campaña ni teatro de sindicato que no lo haya representado muchas veces. Y es que el espectador soviético no sólo ha aprendido a desentrañar en Shakespeare la profunda lección estética y social que nuestra crítica ha contribuido a elaborar, sino *que el tono mayor de las piezas de Shakespeare está al diapasón de la vida soviética.»* Héroes de Shakespeare y héroes de los planes quinquenales podían, en efecto, a través del abismo de los siglos y de las clases, tratarse de igual a igual por la fuerza de la vida, la exuberancia creadora, el impulso ardoroso que los lanza a la lucha. Pero aquella sala repleta de un público como todavía no conoce igual ningún teatro de la tierra, sabía que los héroes de Shakespeare, inmortales en el arte, no son inmortales en la vida. Y que el enorme trágico, con ser tal vez la más alta cumbre del arte, *no fue el historiador del «alma humana» sino de uno de sus tantos aspectos fugitivos:* porque esa alma humana va presentando a través de los siglos los reflejos que las clases sociales le imponen, las transformaciones que los modos de producción le van dejando.[205] No de otro modo las imágenes dramáticas en que Shakespeare volcó sus criaturas llevan consigo la marca de la clase social en cuyo nombre hablaban, y son como esas clases, transitorias y perecederas. El desdichado «monstruo rojo» que Shakespeare tanto había calumniado en Calibán, ¿no estaba acaso con un alma nueva en aquella inmensa sala en que la hoz y el martillo ocupaban el sitio de la corona y las águilas? Frente al telón rojizo en que tres fechas gloriosas se repiten sin cesar —1871, 1905, 1917— un mundo nuevo que Shakespeare ni siquiera pudo imaginar ¿no estaba allí para decirnos cuán poca cosa sabemos todavía del hombre, y cómo ha bastado ponerlo en posesión de sí mismo, rico con toda la técnica, rico con toda la cultura de los siglos, para que haya empezado a realizar lo que no creíamos posible?

En eso pensaba yo al regresar del teatro, mientras caminaba por las largas avenidas, sobre la nieve quebradiza: feliz dos veces de poder reunir la noche aquella, en un mismo acto de admiración apasionada, la Rusia Nueva que ha dado un sentido a mi madurez y el viejo Shakespeare que pobló de sueños mi adolescencia.

Maravilloso viejo Shakespeare que en una escena de *Antonio y Cleopatra* nos anticipó, sin sospecharlo, la más fiel imagen de nuestro mundo de hoy. La víspera de la batalla que va a decidir la suerte del Imperio y del mundo, dos soldados de Antonio que relevan la guardia escuchan de pronto pasar por los aires algo así como la música de un cortejo que se va. «Es el dios Hércules —dice uno de ellos—, el dios que amaba a Antonio en otro

205 «Proudhon ignora que toda la historia no es sino una transformación continua de la naturaleza humana»: Marx: *Miseria de la filosofía*, p. 88. Ed. Actualidad, Buenos Aires, [s. f.].

tiempo y que lo abandona ahora en la derrota.»[206] Así también sobre la faz de la tierra tendidas están las líneas para la batalla inminente. De un lado, como en el campamento de Antonio, es tan segura la derrota que pasa por el aire el ruido del cortejo que se va. Del otro lado es un Hércules joven el que ha emprendido los doce trabajos.

EL REALISMO SOCIALISTA

Si se examina en un amplio panorama la historia de la literatura o del arte, se descubre una exigencia de realismo cada vez que una clase aristocrática y agrícola abre paso a otra clase comerciante e industrial. Así ocurrió en el siglo V en Grecia, en el siglo III en Roma, en el siglo XI en la Edad Media, en el siglo XVI durante el Renacimiento, en el siglo XVIII durante la Revolución. Fácil sería escoger para cada caso los ejemplos oportunos. Pero dentro del terreno que a nosotros nos interesa en especial, vimos ya como la exaltación de lo humano y terrenal correspondió en el *Cuattrocento* a un vigoroso impulso de las finanzas y el comercio en los momentos mismos en que el capitalismo se afirmaba. Francamente pagano o tímidamente religioso, el movimiento cultural y artístico llevaba consigo otra manera de contemplar la vida, otro modo de enfocar la sociedad y el mundo. Los hombres, en verdad, seguían siendo cristianos, pero las cosas no correspondían a los nombres. El Cristo flaco de la Edad Media había dado sitio a un Júpiter crucificado, y los apuntes de Rafael que se guardan en Oxford muestran con sobrada elocuencia que el artista dibujaba desnudas a sus vírgenes antes de echarles sobre el cuerpo el ropaje flotante.[207]

La reacción que trajo consigo la monarquía absoluta detuvo esa exigencia de realismo, como en la vida social frenó a la burguesía durante cierto tiempo en provecho de la nobleza domesticada de las grandes cortes. Pero a medida que la burguesía renovaba sus bríos, asomaban otra vez en la cultura y en el arte sus tendencias realistas cada vez más claras. Así cuando Diderot pasea sus ojos de primer crítico de arte por los «Salones» de París, se detiene con burla frente a las figuras de Boucher y nos dice: «En toda esta innumerable familia no encontraréis una sola figura que sirva de veras para los actos reales de la vida, para estudiar su lección, leer, escribir, batir el cáñamo.»[208] Y si eso era bien neto en Diderot frente a la pintura, no lo era menos en Beaumarchais frente a las tragedias de su tiempo. En su *Carta moderada sobre la caída y la crítica del Barbero de Sevilla*, Beaumarchais

206 Shakespeare: *Antonio y Cleopatra*, p. 180. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1930.

207 Lo mismo hacía fra Bartolomeo.

208 Diderot: *Oeuvres choisies*, t. II, p. 329. Ed. Garnier, París. [s. f.].

se burlaba de la tragedia clásica por la inverosimilitud de la trama, la hinchazón de los caracteres y del lenguaje; reyes desdichados y burgueses ridículos, de ahí, añadía con sorna, «todo el teatro existente y posible».[209]

Harta ya de emperadores y de príncipes, la burguesía aspiraba a contemplarse a sí misma en la pintura y en el teatro; fatigada de tantos siglos de coturno y toga, quería llevar sobre la escena la naturalidad de Fígaro o trasladar sobre la tela los interiores de Monsieur Jordain. La pintura y el teatro no le bastaban, sin embargo. Hacía falta algo más, capaz de reflejar de manera más exacta el curso diario de la vida, el tono habitual de los conflictos, la marcha acompasada de la existencia. Y he ahí que un buen día ese mismo burgués en pantuflas, satisfecho de la vida, mandó llamar —según Taine— a los mejores escritores de su tiempo y les habló de esta manera.

> Les propongo a ustedes un trabajo. El tema debo ser yo mismo. Pintarán el traje de entrecasa que me he puesto para recibirlos y el *negligé* de terciopelo verde con el que hago por la mañana mis ejercicios. De paso harán observar ustedes que cada vara de esta tela cuesta un luis. Si la descripción está bien hecha encontrarán ocasión de algunas chuscadas y enseñarán al público, al mismo tiempo, el precio de las cosas. Quiero, además, que hablen de mis espejos, de mis tapices, de mis cortinas. Mis proveedores les facilitarán sus memorandums; no dejen de insertarlos en la obra. Con mucho placer volveré a ver en ella el pequeño negocio de mi padre, la cocina de mi sirvienta Nicolasa, las travesuras de Brusquet, el perro de mi vecino el señor Domingo.
>
> Pueden ustedes expresar también mis asuntos domésticos; nada más interesante para el público que aprender la manera de ganar un millón. Díganle ustedes, además, que mi hija Lucila no se casó con ese pillete de Cleonte, sino con el señor Samuel Bernard, que hizo una fortuna con los arrendamientos, tiene carruaje y será ministro. No voy a regatear el precio del trabajo: pagaré medio luis por cada dos metros de escritura.[210]

Este discurso imaginario no necesito decirlo, es una verdad puntual. Las clases sociales no necesitan reunir un buen día a los mejores escritores para dictarles sus deberes; influencias difusas primero, más especializadas después, configuran de tal manera la mentalidad de los artistas, que les impone, a sabiendas o no, la dirección en que habrán de producir. Pero en el auditorio al cual se dirigía nuestro buen Monsieur Jourdain podrían reconocer ustedes a todos los creadores del realismo burgués en la novela, desde Diderot

209 Beaumarchais: *Théâtre*, p. 3. Ed. Garmier, París. [s. f.]. En igual sentido ver Plejánov: «La littérature dramatique et la peinture française au XVIII siècle», en *Commune*, París, mayo de 1935.

210 Taine: *Histoire de la littérature anglaise*, t. I, p. 314-315. Ed. Hachette, París, 1866.

con su *Sobrino de Rameau* hasta Balzac con su *César Birotteau*. No importa que a veces la descripción no fuese fotográfica y hasta se alejase ruidosamente de la vida diaria en el *Robinsón* de Defoe o en el *Gulliver* de Swift, con ser fantásticos, se pueden ver de manera transparente las andanzas aventureras de la expansión capitalista, la febril acumulación de las riquezas, la certera comprensión de las funciones del dinero.

En la vida social de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX, no era Monsieur Jourdain, sin embargo, el único personaje que se movía en el tinglado. Antes de triunfar y de tener entre sus manos el poder, él mismo había descubierto que la evolución es la ley universal que domina por igual en lo moral y en lo físico, y que uno de los motivos más poderosos del progreso histórico reside precisamente en esas revoluciones que de tiempo en tiempo levantan unas clases sociales contra las otras. Todas esas cosas, que él mismo había proclamado en otros tiempos, empezaban ahora a esfumársele de la memoria. Las revoluciones estaban bien mientras él las dirigía, el progreso también mientras él lo controlaba. Fuera de esas condiciones, nada de protestas, transformaciones, ni desórdenes. A sus ojos, fue una locura de Bossuet creer que la historia no tenía más objeto que conducir a una apoteosis del monarca absoluto; en opinión de Monsieur Jourdain es claro como la luz que la historia no tiene otro sentido que el de asegurar eternamente el dominio de la gran burguesía.

A lo largo del siglo XIX, sin embargo, muchos eran los que pensaban de otro modo: en primer término, los restos de la nobleza desalojada; en segundo término, la pequeña burguesía, otra vez estafada por la grande. Alguien más, víctima eterna, maduraba ya las primeras insurrecciones auténticamente obreras que obligaron a la burguesía a fusilar en las calles a la Fraternidad. Pero ese alguien, cada vez menos apocado, no tenía aún su perfil en el arte.

La *nobleza desalojada* protestó contra la burguesía enemiga mediante un romanticismo a lo Chateaubriand: engolado y fastuoso, cristiano y caballeresco, falso y declamatorio hasta dar náuseas.[211] La *pequeña burguesía desilusionada*, siguió dos caminos aparentemente contradictorios, pero que traducían de igual modo su rencor: uno de ellos la condujo a la teoría del arte por el arte; otro, la llevó en línea recta hasta el naturalismo. Por el primero, se esforzaba en expresar su desencanto de la vida social, su desdén de las realidades, su preocupación por la belleza en sí, sin dramaticidad y sin consecuencias. «Yo soy de aquellos —decía Gautier— para quien lo superfluo es necesario.»[212] Y poco después añadía: «qué importa que sea un sable, un paraguas o un hisopo el que gobierna».[213] «Renunciaría alegremente a mis derechos de francés y de ciudadano por tener un cuadro auténtico de Rafael

211 Marx lo «odiaba». Ver Schiller: «Marx et la littérature mondiale», en *Commune*, p. 1 390. Agosto de 1935.

212 Gautier: *Mademoiselle de Maupin*, p. 22. Ed. Charpentier, París, 1918.

213 Gautier: ob. cit., p. 25.

o contemplar a la princesa Borghese después de posar desnuda frente a Canova.»[214]

Por el segundo camino, buscaba decir su repugnancia por el medio vulgar que la rodeaba sin tener necesidad de refugiarse en el pasado, sin suspirar por la Edad Media, sin oponer un héroe pálido al burgués obeso. Le bastaba, para eso, arrancar de la realidad el «documento humano» y disecarlo implacable en sus ligamentos y filetes como un anatomista con la pieza de un cadáver. Es inútil, sin embargo, que se fingiera impasible, objetiva, científica: bajo su aparente curiosidad helada había una cólera que no siempre lograba disfrazar, un resentimiento y un desprecio que se le adivinaba a través de esta mueca o de aquel gesto. El «anatomista» que nos dio en *Madame Bovary* la obra más perfecta de su género, ¿no es acaso el mismo Flaubert que define al «burgués» como a un «hombre que piensa bajamente»? Sólo un artista, en efecto, que odie hasta la desesperación el medio en que vive, puede tener aliento para construir a punta de pluma esos retratos desesperantes de *Bouvard y Pécuchet*.

Pero ya se escape de la realidad con la teoría del arte por el arte o ya se vengue de ella con retratos crueles, el pequeño burgués que no ocultaba su desprecio por el grande, se sabía unido indisolublemente al régimen social que aquel había construido. Admitía sí, que podía ser *modificado para asegurar a él una vida más digna y más hermosa;* pero tan pronto vio aparecer en el horizonte los primeros indicios de la tormenta que podía conmover en los cimientos al mismo orden contra el cual vociferaba, cuando corrió presuroso a ponerse a la sombra del despreciado «gran burgués»; como lo hizo Gautier, como lo hizo Flaubert.[215] Esa mentalidad conservadora que impregnaba a los artistas de la pequeña burguesía —disconformes con las costumbres burguesas pero no con el régimen de la propiedad privada— es lo que dio al «naturalismo», aún al de la mejor época, una cierta superficialidad que lo invalida. Cuando la burguesía era clase que ascendía, arrastrando consigo a la totalidad del «tercer estado», el realismo de sus artistas tenía una fuerza y un impulso tal que le ha permitido asegurar a Engels, por ejemplo que *El Sobrino de Rameau*, de Diderot, es «una obra maestra de dialéctica».[216] Pero ahora que la gran burguesía no sólo defraudaba las exigencias de la pequeña, sino que por temor del proletariado se acercaba más y más a sus viejos enemigos los feudales, resultaba al mismo tiempo que sus artistas carecían hasta del aliento que en los comienzos les permitió captar una realidad que se desplaza entre las contradicciones. Ocurrió así que el realista pequeño burgués sólo atinó a interpretar el mundo que lo rodeaba trasladando a la realidad social la concepción mecánica del mundo que la burguesía había elaborado. La burguesía que en gran parte había asegurado el dominio sobre la realidad natural, se encontró desarmada frente a la economía. El estudio

214 Gautier: ob. cit., p. 22.

215 Plejánov: *El arte y la vida social*, p. 41. Ed. Cenit, Madrid, 1929.

216 Engels: *Anti-Dühring*, p. 7. Ed. Cenit, Madrid, 1932.

de lo social la desconcertó y a pesar de sus tentativas para aprehenderlo con los métodos de la física a lo Comte, o de la biología a lo Spencer, la anarquía de la producción capitalista le pareció un misterio indescifrable. Frente a ese «misterio» sus artistas se limitaron a «explicar» los «documentos humanos» que habían escogido, como si fueran los juguetes de la «herencia», la «degeneración» o el «atavismo»; y a conducir su crítica del orden social no como una lucha contra el capitalismo, sino contra «algunos aspectos» del capitalismo. A la «esencia» de la sociedad la consideraban armoniosa, y la teoría llamada «organicista» que reinaba por entonces en la sociología no hacía más que reflejar esa manera de admitir el orden constituido. La esfera social, se decía, es idéntica a la esfera orgánica; en las naciones como en los organismos hay una tan estrecha solidaridad entre las partes que no es posible modificar el equilibrio de un sector sin traer la perturbación de todo el resto.

Varios años atrás, a pesar de su catolicismo monárquico, Balzac había descubierto la mentira de esa pretendida solidaridad entre las partes del «organismo social». Y no sólo había señalado los conflictos entre las clases sociales como causa del drama histórico, sino que había llegado a exponer en su *Comedia humana* una interpretación dialéctica del medio en que vivía. Aunque más «liberales» y «progresistas» que Balzac, *los naturalistas habían dejado de percibir las contradicciones sociales entre las clases* y se conformaban, por lo mismo, con vagas comparaciones extraídas de la biología y de la clínica a propósito de las «enfermedades del organismo social».

Hace precisamente cincuenta años, uno de estos artistas de la pequeña burguesía, y de los que más habían abusado de las explicaciones mediante el fatalismo de la herencia, tuvo en *Germinal* la visión confusa[217] de que por debajo de las llamadas «solidaridades biológicas» había fuertes contradicciones que las desgarraban. Pero ¿cómo descubrir esas contradicciones sociales que la burguesía niega, no puede ver o disimular? *Separándose de las filas de la burguesía y ocupando un puesto en la única clase social que por lo mismo que no tiene privilegios que defender, no tiene tampoco verdades que desfigurar.*

Abierta quedó la ruta desde entonces, para un realismo con caracteres bien distintos; un realismo que pusiera al servicio del proletariado la parecida actitud que en Diderot o en Balzac había llevado a narrar en el lenguaje de la burguesía, las luchas y los dramas de las clases sociales. Con esta diferencia de un alcance incalculable: *mientras la burguesía se debate impotente frente a las mismas fuerzas sociales que ha desencadenado, el proletariado tiene en cambio en el marxismo no sólo el instrumento más perfecto para comprender la sociedad, sino también para transformarla.* Frente al orden burgués que es su enemigo, el proletariado no se consume en declamaciones solitarias a lo Chateaubriand, ni en fríos rencores a lo Flaubert, ni en sue-

217 Aunque Zola en su última etapa gustaba decirse socialista, su socialismo no pasó de un fourierismo atenuado. Ver Lukács: «Zola et le realisme», en *La Littérature Internationale*, no. 7, p. 51. Moscú, 1935.

ños estériles a lo Gautier. Deja para la burguesía en decadencia, los anhelos místicos que le aguardaban al final de su naturalismo, como Huysmans lo pronosticará con acierto. Para ella, en efecto, las angustias de la muerte próxima, con las máscaras distintas de la lujuria que aturde, del más allá que consuela, del estoicismo que endurece. Y mientras por un lado el viejo y fuerte realismo burgués a lo Balzac degenera más y más[218] en estos hijos raquíticos de hoy —agonía cargosa de Marcel Proust, humareda de opio de Cocteau—, el proletariado victorioso va gestando en el mundo, y ya ha impuesto en la URSS, una nueva visión del mundo y de la vida.

Como en el resto de Europa, la conciencia burguesa rusa anterior a la Revolución expresaba su agotamiento en obras de un nihilismo desesperado. Intérprete de una clase social sin confianza en la vida, Andréyev dominaba la literatura de su patria con un gesto sombrío y su pesimismo mortal. Bajo su influencia los jóvenes no encontraban otra salida que el suicidio; a los veinte años Alejandro Blok se quejaba de ser «un cadáver pintado». Haciendo coro, Dostoyevski predicaba la resignación; Chéjov la docilidad; Tolstói la no resistencia al mal. Cuando este último fustigaba con sus libros la realidad social, se podía pensar que su arte apuntaba al porvenir; pero frente a las desdichas que reflejaba, su realismo no tenía nada que ofrecer, nada tampoco que afirmar.[219] Sólo Gorki, el «amargo», predicaba la lucha, la lucha viril, orgullosa, creadora; la única capaz —como octubre lo probó muy pronto— de liberar al hombre de sus miserias de esclavo. Por vez primera, una nueva clase social se hacía escuchar en el arte; pero la nueva clase social que en el *Germinal* de Zola había asomado y que en las obras de Gorki adquiría madurez, no expresaba su protesta a la manera confusa y reaccionaria de los románticos. En el romanticismo pequeño burgués, las discrepancias con la realidad no encontraban soluciones prácticas; se perdían por eso en la utopía o se gastaban inútiles en la gesticulación. *A la inversa de esa rebeldía sin programa el proletariado opuso su marcha dirigida por un método, su revolución que la doctrina esclarece.* Sus héroes no viven entre las tempestades, ni buscan para exhalar sus quejas la amistad del mar o la montaña. Tienen como primera cualidad la lucidez reflexiva; y porque saben cómo transformar la realidad social ni desesperan ni se agotan. ¿Acaso, por eso, faltarán a sus héroes las otras dimensiones del hombre? ¿No alumbrará en ellos el lirismo cordial, el regocijo en el esfuerzo, la imaginación que anticipa y agranda? *Ningún marxista es completo* —ha dicho Lenin— *si no sabe soñar.* Contra los que alardeaban de su parsimonia y de su sentido de lo concreto, Lenin recordaba lo que había escrito Písariev a propósito del desacuerdo entre sueño y realidad.

> Hay desacuerdo y desacuerdo —aseguraba—. Mis sueños pueden aventajarse al curso natural de los acontecimientos o bien pueden ir por

218 Ver un animado programa de la literatura contemporánea en Dinamov: «El capitalismo actual y su literatura», en *Tensor*, pp. 14 y ss. Madrid, sep. de 1935.

219 Lenin: «León Tolstói», en *Commune*, pp. 434 y ss. Enero de 1935.

> caminos que el curso natural de los acontecimientos no podría andar jamás. En el primer caso, el sueño no es nocivo; puede incluso fomentar y fortalecer la energía del hombre que trabaja... El desacuerdo entre sueño y realidad no es perjudicial siempre y cuando la persona que sueña *crea seriamente en su sueño, considera atentamente la vida, compare sus observaciones y sus castillos en el aire, y trabaje concienzudamente en la realización de su fantasía.*[220]

Formar soñadores de ese tipo era, en opinión de Lenin, una exigencia de la Revolución. Para el más grande de los tácticos del proletariado, *el comunista es un realista que controla sus sueños.* ¿Es legítimo, en tal caso, hablar de una nueva variedad del romanticismo? Algunos, Lunacharski[221] y Gorki[222] entre ellos han respondido que sí. La palabra romanticismo, sin embargo, tiene una tradición histórica tan confusa, lleva adherida de tal modo a su estructura la idea de la exaltación sin medida y el arrebato patético trae tan irresistible a nuestro espíritu la imagen del escritor grandilocuente y del artista infatuado,[223] que me parece poco feliz —si no se le explica a cada rato— incorporarla al lenguaje de la Revolución. En los países en los cuales la burguesía se mantuvo vacilante frente al feudalismo, como en Alemania, o pactó con él como en Inglaterra, el Romanticismo fue una insurrección literaria contra los déspotas, pero una insurrección en la que vivía el desencanto de las burguesías sin coraje. En los países en los cuales la Revolución Burguesa logró imponerse, como en Francia, el romanticismo cobijó a su vez —como ya dijimos— dos corrientes desiguales: una aristocrática feudal, francamente restauradora; otra pequeño burguesa, liberal a veces en la superficie, pero reaccionaria y utópica en el fondo. Bajo todas sus formas, pues, el *Romanticismo significó siempre reacción, consciente o inconsciente.*[224] Y contra el Romanticismo, precisamente, comenzó el joven Marx sus primeras campañas en la *Gaceta Renana.*[225] El sueño romántico encubre ig-

220 Lenin: *¿Qué hacer?*, pp. 169-170. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1933.

221 Lunacharski: «Les problèmes du style et de l'art socialiste», en *Le Théâtre International.* Boletín no. 4-5 de la Olimpiada del Teatro de Acción Revolucionaria, p. 13. Moscú, 1933.

222 Gorki: «Discurso en el Congreso de Escritores Soviéticos de Moscú», en el volumen editado por el Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, p. 35. Montevideo, 1935.

223 Ver en Lemaitre: *Chateaubriand*, p. 329. Ed. Calman Levy, París, [s. f.]. La transcripción de un retrato exactísimo de Chateaubriand, por Veuillot. El mismo Lemaitre, refiriéndose a los cuidados con que Chateaubriand organizó su «actitud de ultratumba» dice con razón que el autor de *René* tenía «vanidoso hasta el esqueleto», p. 328.

224 «Proudhon ha dicho más de una vez que toda la literatura y el arte romántico eran "monumentos de la contrarrevolución".» Max Raphael: *Proudhom, Marx, Picasso*, en *La Littérature Internationale*, no. 8, Moscú, 1935.

225 Freville: «Marx et Engels contre le romantisme», en *Mondede*, p. 6. 1º de feb. de 1935.

norancia,[226] nostalgia, hastío, desilusión, desencanto; el sueño socialista representa, en cambio, dinamismo, fortaleza, confianza en la vida, seguridad en la victoria. Pero si ese sueño se exaltara hasta perder el control de sí mismo, si cortara las amarras que a la realidad lo unen, por eso solo perdería el derecho a llamarse socialista. Y es lo que ha ocurrido a veces y ocurre aún —aunque cada día en menor medida— bajo la forma de un defecto grave que se ha dado en llamar «la jactancia comunista». Contra él reaccionó la educación, y tuvo plena justicia para hacerlo. *Dentro del realismo* socialista no se conciben los sueños que desfiguran la vida, ocultan los de*fectos o sobrestiman las fuerzas;* sólo tienen derecho a vivir los sueños que hacen comprender mejor la realidad, los que ayudan a penetrarla y dirigirla. Para el romántico el sueño era una manera de disimular la fealdad de la vida; para el realista pequeño burgués —con «romanticismo inconsciente»— una manera también de compensar la pintura de esa misma mediocridad que despreciaba. El autor de *Père Goriot,* ¿no es también el de *La piel de zapa?* El creador de *La señora Bovary,* ¿no es el de *Salambó* y *Las tentaciones?* Sólo en el realismo socialista, el sueño no es una fuga de la vida; es una manera de prolongarla bajo otros aspectos, de amarla también bajo nombres distintos.

NOTAS SOBRE EL REALISMO SOCIALISTA

¿Cuál es, entre las tantas definiciones del realismo socialista que se han dado en la URSS la que más certeramente destaca sus caracteres esenciales? Me atrevo a decir que es la siguiente: «El realismo socialista es la descripción verídica e *históricamente concreta* de la realidad en su *desarrollo revolucionario;* descripción capaz de entusiasmar al lector y de educarlo en el espíritu de la lucha y de la edificación del socialismo.»

Dos rasgos surgen de la definición: 1ro., la realidad debe ser descrita en su desarrollo revolucionario, es decir, en el conflicto de las luchas de clases, con todas las consecuencias que se derivan; 2do., la realidad debe ser presentada bajo su forma histórica concreta, es decir, los personajes deben vivir con vida propia, artísticamente propia, tal como resulta del análisis preciso y exacto de sus relaciones sociales.

La primera condición supone en el escritor no sólo un cumplido conocimiento del marxismo —en cuanto es el único método capaz de revelarle la realidad social en toda su plenitud—, sino además una vasta cultura conducida con idéntico criterio sobre terrenos que habitualmente los escritores y los artistas no frecuentan. El Instituto de la Literatura Mundial de Moscú, que ha sido fundado no hace mucho, se propone dar a los escritores soviéticos no sólo el dominio del idioma y la maestría del estilo, sino un amplio horizonte artístico, histórico y científico.

226 La escuela de los románticos, ha dicho Brunetler, muy bien, ha sido «la escuela de la ignorancia y la presunción». *Honoré de Balzac,* p. 140. Ed. Nelson, París, [s. f.].

La segunda condición —la de presentar los personajes de manera histórico-concreta— exige que el escritor renuncie a la fácil declamación política o al planteo superficial de los problemas encarnándolos en tipos esquemáticos. La obra de arte no merece el nombre de tal sino cuando la intención que la anima se desprende de la situación o de la acción misma, *sin necesidad de que sea explícitamente formulada.* Casi palabra por palabra es lo que Engels sostenía en 1888, en su famosa carta a miss Harkness: «Cuanto menos se exhiban las opiniones políticas del autor, tanto mejor para la obra de arte.» Con estricto criterio, Engels condenaba así a todas esas pretendidas obras «proletarias» en las cuales el autor se imagina sin esfuerzo que sus opiniones revolucionarias ruidosamente expuestas lo eximen de toda labor artística precisa. Tal como ocurrió en la novela de Minna Kautski, por ejemplo, que el mismo Engels reprobó por declamatoria y falsa, tal como ocurre todavía con todas esas obras de escultura o de pintura en que el autor se vanagloria de haber cumplido con sus ideales revolucionarios porque ha lanzado sobre su público paciente unos cuantos esperpentos con el puño cerrado.

Obra rigurosamente trabajada con fervor de artista, la del realismo socialista exige que viva en ella no una tesis pegadiza, arbitraria y ocasional, sino una intención que se desprenda como reflejo necesario de la obra en su desarrollo cabal. Lo cual implica, también que el *realismo socialista no impone necesariamente como tema el de la edificación socialista ni el de la revolución obrera.* En su *Pedro el Grande,* Alexis Tolstói ha dado una evocación magnífica de un proceso histórico lejano; como Gorki en sus *Artamonoff* y *Klim* ha presentado una interpretación revolucionaria de la Rusia posterior a 1870. La obra de arte inspirada en el realismo socialista se propone, sin duda, transformar el alma humana extirpando el capitalismo en la conciencia de los hombres y preparando un porvenir capaz de hacer efectiva la sociedad sin clases. Pero para eso puede buscar sus materiales donde le plazca. Lo que la distingue, caracteriza, justifica plenamente, no es el tema ni el procedimiento de composición o estilo: *es la manera de situar los personajes en su clase social, de animarlos en función de las grandes fuerzas que lo hacen actuar.* Y si Marieta Chaguiñan nos ha dado en su *Hidrocentral* una epopeya de la construcción actual del socialismo en su Armenia nativa, eso no quiere decir que Sobolev no haya podido realizar una obra de auténtico realismo socialista porque nos hacer ver en su *Reparación capital,* la vida de la flota rusa en 1914.

Dentro del «naturalismo», la obra de arte escogía un fragmento de la realidad y lo fijaba, *dentro del realismo socialista la obra de arte debe indicar además en qué sentido se mueve la realidad que elabora.* Y como el mundo marcha en el sentido de la victoria del socialismo, se desprende que sólo puede darnos una visión dinámica y plena de la realidad el artista que haya aceptado de corazón este brusco viraje de la historia y que sea, por lo mismo, un revolucionario cumplido. *Saber expresar la verdad artística es saber expresar la tendencia del desarrollo;* de donde se deduce que no es po-

sible crear —crear con pulso tenso, crear con soplo duradero— si no se sabe distinguir, primero, las fuerzas que conducen al futuro.

¿No resulta así el más urgente de los deberes esa educación que el poeta Besymenski aconsejaba a sus jóvenes colegas: «aprender a descubrir la revolución mundial detrás del fenómeno en apariencia más humilde»?

Pero esta nueva orientación del escritor ¿no significa, a su vez, que sobre el sector estrictamente cultural nos hemos vuelto a encontrar con ese auténtico Hombre Nuevo de que ya hemos hablado varias veces? Un mundo dentro del cual los escritores son —según la frase certera— «los ingenieros del alma», ¿no está diciendo ya que las viejas distinciones entre el libro y la vida, la inteligencia y la voluntad, el lirismo y el realismo se han fusionado en una síntesis que los supera?

Una vez más la victoria del proletariado ha conseguido realizar ese milagro; hacer latir el corazón del hombre nuevo en el artista hasta entonces desdeñoso, para lanzarlo así a luchar por la patria que es de todos, con el grito varonil de Mayakovski: «A la calle, tambores y poetas.»

VISITA AL HOMBRE FUTURO

Al viajero que llega a Rusia después de haber atravesado la España jesuítica de Gil Robles, la Francia de los decretos-leyes, el vasto campo de concentración de la Alemania, la Polonia torturada y mártir, le invade de pronto —como si bruscamente le cambiaran el paisaje— la impresión de vivir en otro mundo, de respirar en otro ambiente, de pisar sobre otra tierra. Dijérase en efecto, que se hubiera escapado de su tiempo y que por virtud de una de esas fantasías tan gratas al capricho de Wells, le fuera dado adelantarse a su hora, aproximarse al futuro, empinarse sobre los siglos que vendrán.

Ha dejado a sus espaldas una sociedad que se desangra en la miseria y el oprobio; una sociedad en que los desocupados se cuentan por millones,[227] en que la inteligencia enmudece y la cultura se humilla, en que se detienen las ciencias como no sean las que sirven a la guerra; en que se niegan y escarnecen aquellos mismos «derechos del hombre» que hace poco más de un siglo la burguesía prometió para todos; y que ha llegado a tal punto la conciencia de su propia ignominia que no ha vacilado en confesar por boca de un ex presidente del Consejo de ministros de Francia que en el momento actual es imprescindible «encadenar de nuevo a Prometeo».[228]

227 Veintidós millones a principios de 1935.

228 Al inaugurar la escuela de Bornmouth, el arzobispo de York se declaró también enemigo resuelto de las invenciones. «Si estuviera en mis manos —dijo— destruir el motor de explosión, de buenas ganas lo haría.» Ver Gorki: «A propos de la culture», en *La Littérature Internationale*, no. 8. Moscú, 1935.

Tiene, en cambio, a su frente, y tan pronto atraviesa el arco de Negoroloiev —sobrio arco de triunfo que lleva en letras de hierro las palabras memorables que invitan a la unión de los obreros del mundo—, una sociedad que no sólo ha resuelto todos los problemas de la desocupación y de la crisis, sino que al poner al servicio de cada uno los tesoros de la cultura y de la técnica reservados hasta ahora a una exigua minoría, ha abierto para el progreso humano horizontes tan vastos como hasta hoy no era dado sospechar. La utopía enorme que parecía destinada a flotar entre las nubes, tiene ya en los hechos su confirmación terminante: con excepción de un cuatro por ciento que aún persiste bajo forma de islotes sin importancia, *ya no hay en Rusia propiedad privada sobre los instrumentos de producción*.[229] El mismo día en que llegué a Moscú me fue dado comprobarlo de manera por completo inesperada. Se representaba en el Palacio de la Cultura las *Almas muertas* de Gógol. En el hall, un museo de trajes, instrumentos y muebles trataba de reconstruir de manera adecuada la atmósfera de la comedia. Con ayuda de fotografías y estadísticas un hombre joven explicaba en los entreactos —como es costumbre en todos los teatros de la Rusia Nueva— el carácter de la pieza, el significado de los personajes, el valor estético de la realización. Muchachos y muchachas formaban la totalidad de su auditorio: es decir, las generaciones más nuevas, las más limpias, las que nada o casi nada conservan del pasado. Cuando yo me acerqué, el orador les explicaba que «en otro tiempo», un puñado de hombres se repartían la tierra de todos e imponían a los paisanos la misma vida de las bestias. Con un nudo en la garganta le escuchaba yo. «¡En otro tiempo», venturosos muchachos! ¿De qué tiempo sería yo; yo que venía de un país en que unas cuantas familias disfrutan de extensiones tan enormes que podrían sustentar a un pueblo entero?[230] ¿De qué tiempo sería yo, sino de un pasado remotísimo, muerto ya para siempre desde 1917, aunque se empecine todavía en conducir al mundo con su mano descarnada de cadáver?

De tiempos muy distintos son, sin duda, estos hombres y mujeres, que en las fábricas y en las granjas, en los laboratorios y en las escuelas, sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente. Construir: he ahí en efecto el verbo de la Rusia Nueva; construir en las técnicas, construir en la cultura, construir en el alma.

Para esta sociedad en que el trabajo ha dejado de ser un tormento,[231] han retrocedido los límites de lo imposible. En las estepas, en las montañas, en

229 En 1925, la economía socialista representaba el 48,8% de la producción; el sector capitalista, el 6,5%; la pequeña economía privada, el 44,7%. En 1934, los mismos sectores estaban representados por el 95,81%; 0,08%; 4,10%. Es decir que en el momento actual el 96% de los fondos de producción pertenecen al Estado, a los koljoses y a la cooperación. Ver Molotov: *La sociedad socialista y la democracia soviética*, pp. 107, 108. Ed. Europa-América, Barcelona, 1935.

230 En la provincia de Buenos Aires (Argentina), cincuenta familias poseen en conjunto 4 663 575 hectáreas.

231 La palabra «trabajo» se deriva de «trapalium», instrumento de tortura formado de tres piezas. En un principio, trabajar significaba atormentar.

los desiertos, en los pantanos, en los torrentes, surgen como por ensalmo las maravillas del hombre. Aldehuelas perdidas, villorrios hasta ayer desconocidos, adquieren de pronto repercusión universal. Pocos, muy pocos, ni en el mismo Ural sabían a dónde estaba la montaña Magnitaya. ¿Quién no conoce hoy Magnitogorsk, una de las más grandes empresas siderúrgicas del mundo?

Escasos ancianos de Moscú se acuerdan todavía del pantano de Sukin, una de las tantas ofensas del zarismo. ¿Quién no sabe hoy que sobre el viejo pantano la Revolución ha instalado orgullosa una de las más formidables empresas de rodajes del Viejo y del Nuevo continente?

Hace trece años, la estación Hidrocentral de Voljof parecía la realización del más desmesurado de los sueños. ¡Qué poca cosa resulta hoy junto a las maravillas de la estación del Dnieper! ¡Pero qué poca cosa parecerán muy pronto las maravillas del Dnieper frente a la estación de Kamichin que se está construyendo!

Con semejante entusiasmo, ¿qué problema no podrá ser resuelto? «"No podemos", "no sabemos", son expresiones que nosotros ignoramos», ha dicho Bujarin no hace mucho.[232] Y toda la vida actual ahí está para probarlo. A comienzos del año pasado el consumo de agua por habitante no podía ser en Moscú mucho más de ciento cincuenta litros diarios, cantidad insuficiente a todas luces si se piensa que en París, por ejemplo, el consumo es tres veces mayor. Pero lo duro, lo difícil era que del río Moscova y sus afluentes ya no se podía obtener más. Sólo un camino quedaba: obligar al Volga a remontar su curso, desviando hacia Moscú una parte de sus aguas. Y ese proyecto, que pertenece a una nueva variedad de lo maravilloso —proyecto absurdo según se decía, porque no se ha visto jamás que un río remonte el curso de sus aguas— no sólo está ya casi concluido,[233] no sólo asegurará en breve seiscientos litros diarios a cada habitante de Moscú, sino que convertirá a la ciudad hasta ayer mediterránea en un puerto poderoso a donde podrán llegar vapores de veinte mil toneladas...[234]

El nuevo ritmo de la vida ha incorporado a su marcha tribus que hasta ayer no tenían alfabeto; poblaciones que hasta ayer no sabían qué es el rayo. Sajalin era antes de la Revolución la más terrible de las colonias penales del zarismo. Isla del Lejano Oriente, poblada por miserables nacionalidades de pescadores —los orochi y los nentsi que el despotismo casi había exterminado— Sajalin no sólo no conserva el más mínimo rastro del viejo presidio y de la indigna miseria, sino que se ha convertido ahora por obra y gracia del poder obrero en una comarca poderosa que contribuye a construir el socialismo con su carbón, su petróleo y sus bosques. En vez del Sajalin de los

232 Bujarin: «La crise de la culture capitaliste et les problèmes de la culture en URSS», en *Littérature Internationale*, no. 4, p. 84. Moscú, 1935.

233 Kogan y Saslavski: «Le canal Moskova-Volga» en *Le Journal de Moscou*, 18 de oct. de 1935.

234 Para tener una idea aproximada de lo que será Moscú en breve plazo véase «Le plus grand Moscou», en *Le Journal de Moscou*, 20 de julio de 1935.

condenados, el Sajalin de los constructores: ¿no es acaso el indicio y el símbolo de la nueva vida?

El hombre como factor consciente de la revolución; el hombre transformando a la naturaleza y a la sociedad de acuerdo a un plan minuciosamente elaborado; el hombre que ha dejado de ser el esclavo sumiso o desesperanzado para convertirse en el dueño completo de sus fuerzas: ese es el hombre soviético que introduce su voluntad en lo que parecía inaccesible; el hombre soviético que invierte el curso de los ríos, renueva el alma de las viejas tribus, transforma a su antojo la flora y la fauna. Por medio de su sistema de hibridación, el botánico Mitchurin ¿no ha creado centenares de especies nuevas? Zavadovski y sus colaboradores ¿no dirigen ya el ciclo sexual de los ganados? Sometiendo las semillas a temperaturas adecuadas, el académico Lysenko, ¿no ha transformado el «trigo de invierno» en «trigo de verano»? ¿Qué valor pueden conservar las viejas nociones de biología, etnografía o geografía física frente a estos hombres que se saben capaces de cultivar en las zonas casi polares de la Siberia las mismas especies vegetales que sólo creíamos posibles en las tibias regiones del Mediodía?

¿Qué es lo que explica semejante ardor, tan extraordinaria capacidad de trabajo, tan increíble desborde de poderío humano? Frente a cualquiera de las grandes obras rusas, los técnicos extranjeros que todavía trabajan bajo los Soviets han dicho alguna vez: «antes de que esta fábrica comience a producir se necesitarán largos años». Pero Moscú ha contestado al mismo tiempo: «nosotros no podemos esperar largos años; la fábrica debe empezar a trabajar en cortos meses». Los técnicos extranjeros sonreían; pero cada mañana no podían creer lo que miraban: la fábrica crecía a estirones como los adolescentes. ¡Qué iban a comprender los extranjeros! Ellos venían de países en que el trabajo del obrero es la esclavitud que sólo sirve para asegurar el ocio de unos pocos. Esquilmado por una sociedad que llama «interés público» al interés de los enemigos de su clase, ¿cómo ese obrero va a mirar con buenos ojos a los instrumentos y al ambiente de su propia explotación? Pensando en el obrero del capitalismo calculaban los técnicos de la burguesía, y por eso cada día fracasaban sus cálculos frente al obrero socialista que se los desbarataba.[235]

¿Qué técnico burgués pudo prever, por ejemplo, el final inesperado de la construcción del subterráneo de Moscú, espectáculo magnífico que guardo en mi recuerdo como a una de las cosas más emocionantes que yo he visto? El subterráneo de Moscú ha sido construido en un tiempo extraordinariamente inferior al calculado porque siete mil muchachos y muchachas de las juventudes leninistas dejaron por un tiempo los libros y las aulas; formaron sus brigadas de trabajo y bajaron a ayudar a los obreros. Desde las tareas de la excavación hasta el adorno de los mármoles, en todo pusieron mano los

235 «De una maldición que era bajo el capitalismo, el trabajo se ha convertido, en el país socialista, en una causa de honor, de valentía y de heroísmo.» Manuilpi: *Engels en la lucha por el marxismo revolucionario*, p. 10. Ed. Sociales Internacionales, Barcelona, 1935.

muchachos y cuando las obras terminaron, volvieron otra vez a las aulas y los cursos, orgullosos de haber contribuido en su medida a construir la patria que es de todos. Y ese es el secreto del desarrollo prodigioso: la Nueva Rusia es una enorme usina en que todos colaboran porque acrecientan así una riqueza que es común. *Y porque es común, los hombres trabajan más y más ligero de lo que pueden trabajar los hombres.*[236] En las granjas y en las fábricas, en las escuelas y en los clubes, en los laboratorios y en los archivos, cualquiera conoce a maravilla cómo va avanzando el Plan en los diversos frentes, y hasta en la colonia Bolchevo, reformatorio de muchachos delincuentes, me encontré una tarde sobre los bancos de trabajo y según los méritos de cada cual, la bandera roja del Plan que se cumple o la banderita negra del Plan en retraso.

En manos de la burguesía la cultura y la técnica prometieron convertirse en instrumentos poderosos de liberación del hombre. Pero el terror al poderío creciente de las masas llevó a la burguesía a renegar de esa ciencia y a arrojarse en el seno de las supersticiones religiosas. En manos del proletariado, en cambio, la cultura no tiene secretos que esconder ni conquistas que renegar. Ha abierto para todos las puertas de sus institutos y ha demostrado con el prodigioso empuje de su joven cultura que sólo las masas son capaces de dar al hombre la totalidad de las dimensiones. El mismo obrero que trabaja por la mañana en la granja o las usinas, asiste por la tarde al club o los museos, frecuenta por la noche el teatro o los conciertos. Ediciones fabulosas de los mejores libros publicados dentro y fuera del país se agotan en pocos días, y mientras en el resto del mundo se acumulan los obstáculos para impedir a las masas el ingreso a las escuelas, la Nueva Rusia desparrama a manos llenas el tesoro de la cultura, alienta la más mínima inquietud renovadora. Jamás un trabajador científico ha encontrado en parte alguna un ambiente más adecuado, condiciones más propicias. Jamás un escritor o un artista, en ningún país de la tierra, ha tenido a su lado un público más alerta y comprensivo. Al arrancar a la cultura de su soledad desdeñosa, el arte y la ciencia se han transformado de inmediato en funciones sociales de una importancia primordial: la ciencia porque transforma el hombre al transformar el mundo; el arte porque le enseña a comprender a sí mismo.[237] La economía capitalista desgarra al individuo, y lo mutila y

[236] El minero Alexis Stajanov, uno de los hombres más populares de la URSS, ha dado nombre a un movimiento espontáneo de organización del trabajo. Gracias a su entusiasmo y a su iniciativa consiguió en una ocasión extraer 102 toneladas de carbón en seis horas que dura la jornada de trabajo, superando más de diez veces el rendimiento medio de los obreros de la mina. Desde entonces se llama «stajanovista» a todo obrero manual o intelectual que trabaje con la eficiencia de Stajanov.

[237] «Rechazamos un arte y una literatura que se proponen distraer a los hombres de las preocupaciones de la vida. Nuestra literatura y nuestro arte son una potente fuerza de organización. Los artistas soviéticos que nos dan imágenes vigorosas en los libros y en los lienzos, en la escena y la pantalla, refuerzan la moral de millones de ciudadanos soviéticos sobre el plano emocional. Con ejemplos vivientes enseñan a vencer las supervivencias burguesas; comunican a los hombres el amor al trabajo y del heroísmo, los impulsan a nuevas conquistas en la ciencia, el arte y la cultura socialista.» Alexandre Deutsch: «Les artistes et les écrivains au pays des soviets», en *Le Journal de Moscou*, 11 de oct. de 1935.

lo fragmenta en especialidades unilaterales. La victoria del proletariado, al arrancar al hombre de la especialidad que lo convierte en un muñón, lo integra en la vida de la comunidad, le asigna junto a su tarea concreta una orientación universal. Los trabajadores científicos han reconocido que lejos de morirse la llamada «ciencia pura» en el ambiente febril del socialismo, adquiere por el contrario un desenvolvimiento incalculable tan pronto se coloca una correa de transmisión entre las exigencias de la obra colectiva y la investigación hasta ayer solitaria de los laboratorios. Los problemas urgentes de la hora vienen de tal modo a golpear sus puertas, y por encontrar solución a esas preguntas trabajan los institutos con una rapidez que nunca habían tenido en medio de una solicitud que nunca habían sospechado. Así también, el díscolo impertinente que hay en el fondo de todos los artistas educados en ambientes de la burguesía, ha debido reconocer que si la victoria del proletariado representa el final del individualismo como principio que divide a los hombres y se opone a su mutua comprensión, es también el comienzo de las personalidades amplias, de las individualidades que se diferencian pero no se oponen. Entre las masas rebañegas de los mujiks antiguos y los actuales trabajadores de choque de un koljós;[238] entre el pobre fanático de los antiguos regimientos y el combatiente magnífico del Ejército Rojo;[239] entre el obrero gris de las fábricas de antes, y el técnico de hoy que trepa a saltos los cursos de las facultades;[240] entre la desdichada mujer que el zarismo envilecía, hija de esclava y madre de esclavas, y la consciente constructora de hoy, para quien están abiertas de par en par las mismas puertas hasta ayer sólo franqueables para el hombre,[241] ¿no abundan a millares los testimonios que nos permiten concluir que *nunca* se han dado condiciones tan favorables para «vegetación humana», circunstancias tan completas para el desarrollo armonioso de la vida?

Como algunos hombres de ciencia en los primeros tiempos de la revolución, muchos fueron los artistas que creyeron también que el arte se moriría entre el estruendo de los motores y los martillos, entre las luces violentas y el aire agitado de la Revolución. Pocos días después de escuchar en París a Paul Valéry pronosticar la muerte de la poesía, y a Lenormand el crepúsculo del teatro, me fue dado comprobar en la URSS que no hay una fábrica sin su círculo de arte; círculo en que no sólo se comentan y discuten las mejores producciones, sino en que se crean también las condiciones más propicias para que el proletariado extraiga de sus filas a sus propios es-

[238] Ver Moussinac: *Je reviens d'Ukraine.* Éditions Sociales Internationales, París, 1933.

[239] Lipman: *Diario de un soldado rojo.* Ed. Europa-América, Barcelona, 1935.

[240] *Los hombres de Stalingrado.* Ed. Europa-América, Barcelona, 1935.

[241] Nigurina: *Femmes soviétiques.* Bureau d'Éditions, París, 1934. En igual sentido, Conus: *La mujer y el niño en la Unión Soviética.* Ed. Cenit, Madrid, 1934.

critores.[242] Jamás comprendí como entonces la falsedad del verso del poeta alemán: «debe primero morir en la vida lo que habrá más tarde de florecer en cantos». Bien sé que hay un arte tan frágil y encogido que se desmaya en cuanto entre en contacto con la vida. Es el arte de las clases sociales que agonizan; el arte oscuro y hermético, rebuscado y exangüe. Pero hay otro arte que florece con la vida que canta: el arte del proletariado victorioso que ya está expresando al hombre nuevo. No sin sorpresa lo pudieron comprobar los corresponsales de los diarios extranjeros cuando acompañaron en su gira al poeta Besymenski. Poeta de las grandes masas, sus poemas y sus epigramas han llegado tan adentro en el corazón de los obreros que cuando realiza su viaje habitual por las usinas, los trabajadores de los pueblos más lejanos ponen a su paso por las calles, en grandes carteles que ellos mismos decoran, las estrofas más significativas del poeta. Y si a los técnicos extranjeros les parecía inexplicable el por qué trabajan febrilmente los obreros de Rusia, tampoco pudieron comprender los periodistas extranjeros este espectáculo para ellos increíble; la Rusia de las usinas y de los altos hornos, la Rusia de las hidrocentrales y de los tractores, reverencia de tal modo a sus poetas que los tranvías y los automóviles desfilaban en las calles bajo banderolas recubiertas de versos.

En una página hermosa de su *Anti-Dühring* vaticinaba Engels que el proletariado pondría fin a la prehistoria humana e inauguraría la verdadera historia.[243] Para él, el descubrimiento del fuego mediante el frotamiento había emancipado al hombre de sus antepasados animales, como la transformación del calor en movimiento le había dado con la máquina la posibilidad de una nueva emancipación. Entre esos dos descubrimientos prodigiosos —el que le apartó del simio, el que le dio después la premisa necesaria para dejar de ser esclavo— habrían transcurrido, según Engels, todos los siglos de nuestra prehistoria; prehistoria sí, porque a pesar de sus momentos de extraordinario esplendor el hombre no era todavía el dueño consciente de las fuerzas sociales. La producción social, en efecto, seguía obedeciendo a leyes que él no comprendía, y que lo dominaban por lo tanto, como poderes extraños. Al socializar, en cambio, los instrumentos de producción, y el derribar para siempre las barreras que se oponían al libre desarrollo de las fuerzas sociales, el proletariado por vez primera en el mundo comienza a trazar la historia del hombre con plena conciencia de lo que quiere y lo que hace. *El desorden fantástico de la sociedad burguesa deja el puesto a la organización proletaria sometida a un plan.* Ajusta el hombre, desde entonces,

242 La resolución del XIII Congreso del Partido Comunista de la URSS decía en su artículo primero: «La labor fundamental del partido en la esfera de la literatura artística debe orientarse en el sentido de la obra creadora de los obreros y campesinos, convertidos en escritores en el proceso de avance cultural de las masas populares y de la Unión Soviética. Los "corresponsales" obreros y campesinos deben ser considerados como las reservas de las cuales saldrán los nuevos escritores.» Polonski: *La literatura rusa en la época revolucionaria*, p. 267. Ed. Espasa, Madrid, 1932.

243 Engels: *Anti-Dühring*, pp. 114 y ss. Ed. Cenit, Madrid, 1932.

su propia vida, y entra triunfante como señor auténtico de la naturaleza y de la economía. Todo lo que hasta ahora le dominaba y oprimía pasa a ponerse a su servicio, *y por vez primera, también, adquieren validez universal los grandes valores que hasta entonces sólo enmascaraban los intereses de las clases dominantes.*

En una sociedad dividida en clases, el «interés común», las «exigencias colectivas», la «moral social» o la «justicia humana» son mentiras inicuas, ideales mentidos que no han coincidido jamás con los intereses verdaderos de *todos* los hombres. Expresión del dominio de una clase, la «cultura», la «moral», la «sabiduría», nunca han sido hasta hoy valores absolutos, con alcance general. Los pretendidos valores «atemporales», «visibles tan sólo para los ojos iluminados del Espíritu»; las pretendidas «instancias incondicionadas y absolutas» —sobre las que tanto gustan de ahuecar la voz los pintorescos petimetres de nuestra filosofía oficial— no han tenido nunca, desde Platón hasta Marx Schiller, *otra estabilidad que la del poder de la clase dominante.* Esa es la verdad concreta, la verdad histórica: la que se ha ido gestando en las luchas de la vida social, y la que esas mismas luchas de la vida social modifican y reforman. *Todos los llamados «valores absolutos» se han resuelto siempre en el más descarriado relativismo de clase. Se han resuelto, he dicho; pero no se resolverán.* El mismo proceso histórico que nos impuso la sociedad dividida en clases como un hecho necesario, la está barriendo ahora al poner en los puños del proletariado el control de las fuerzas productivas. La existencia de una clase dominante, ineludible en los tiempos en que la división del trabajo se realizaba sobre la base de instrumentos de rendimiento reducido, resulta hoy no sólo un anacronismo sino también un obstáculo que la misma marcha de la historia impone el deber de derribar. Salta hoy, en efecto, a los ojos del menos avisado la incapacidad patente de la burguesía para conducir la historia. En vísperas de la revolución del 84, el *Manifiesto comunista* anunciaba ya su fracaso irremediable. «La sociedad no puede seguir viviendo —decía— bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la vida de la sociedad.»[244]

Pero en el mismo instante en que la tragedia de esa clase se anunciaba, otra clase surgía —abastecida de experiencia por la lucha de los siglos— para tomar sobre sus hombros la pesada herencia. Sobre la sexta parte del mundo sabemos ya lo que ha hecho, sobre el resto del mundo no tardaremos en ver lo que hará. Para su gloria le ha tocado la visión heroica de liberar al hombre, y de inaugurar de verdad el humanismo pleno. *En extensión y en profundidad, ella es la única que puede invocar sin mentira a los «valores absolutos» porque ella es la única que tiene derecho a hablar «sub specie generis human».* Cuanto ella dice del hombre, es del Hombre en su tota-

244 Marx y Engels: *El manifiesto comunista*, p. 72. Ed. Cenit, 1932.

lidad a lo que alude;[245] del Hombre que no necesita para vivir el sufrimiento de un «monstruo con muchos pies y sin cabeza».

En el momento más impetuoso de la ascensión del capitalismo alemán, su filósofo representativo hizo descender a Zaratustra de la montaña para traer a la humanidad la buena nueva del «superhombre». Sabemos hoy, demasiado bien, la trágica realidad que anticipaban aquellos sueños en apariencia tan grandiosos. Su mismo profeta no tuvo que esperar a la reacción sanguinaria de su patria de hoy para anunciarnos que odiaba por encima de todo a esa canalla socialista —eran sus palabras— que convertida en apóstol de la plebe, «destruyen la satisfacción del obrero en su pequeña existencia» y le enseñan la envidia y la venganza.[246] A través de los siglos, la «humanidad» según vemos no ha variado gran cosa para la burguesía; cuando en el Renacimiento nos hablaba del «hombre» o cuando en su etapa imperialista anunciaba el «superhombre», siempre necesitó como condición ineludible volverse iracunda contra las masas obreras.

El proletariado, en cambio, no disimula con palabras enormes promesas absurdas que no puede cumplir. *Sabe que el superhombre es innecesario porque el hombre todavía no se ha realizado.* Ayudarlo a nacer es su destino,[247] y para ello no ha recurrido jamás al verbo apocalíptico de ningún Zaratustra con la serpiente y el águila: le ha bastado entrecruzar el martillo y la hoz para que el dedo de la historia señalara en ese símbolo, la humilde grandeza del Hombre.

Señoras, señores: Al final de este curso, que ha encontrado una resonancia cordial que yo no preveía, permítanme ustedes despedirme con esta impresión de exaltante optimismo. Bien triste cosa es el mundo de hoy para quien no sepa contemplarlo en una amplia perspectiva. Fascismo, terror, guerra inminente, no son sin duda para alentar a nadie. Bajo su influencia inmediata, se desesperan unos en la angustia, buscan otros en el pasado la solución. Cuando se examine, sin embargo, el abigarrado espectáculo de hoy con los claros ojos del que ha aprendido a descubrir en las luchas de clase el motor de la historia, todo adquiere de pronto una ordenación precisa, todo asume de inmediato una significación que lo ilumina. Se impone entonces como una verdad de evidencia, la certidumbre de que vivimos sobre el filo que separa dos edades: una, la prehistoria de que hablaba Engels; otra, la historia que para Rusia ha comenzado ya. Conmovedor instante de la vida del mundo en que sabemos por fin a dónde vamos; dichoso instante que justifica en nosotros una exaltación jubilosa y que nos trae también casi sin

[245] «*El cuarto estado* cuyo corazón no contiene el menor germen de privilegio se confunde por lo mismo con toda la humanidad; su causa es la causa de toda la humanidad, su libertad es la libertad humana, su reino es el reino de todos.» Lassalle: *Discours et pamphlets*, p. 138. Ed. Giard, París, 1903.

[246] Abrevio así el pensamiento, de Nietzche: *Obras completas*, t. VIII, p. 48. Ed. Aguilar, Madrid, 1932.

[247] Nietzche creía, además, que en una sociedad de tipo socialista «la vida sería negada y sus raíces cortadas»... ob. cit., p. 76.

quererlo, para confrontarlo y superarlo, el recuerdo de otro instante parecido en que resonó sobre la tierra un grito nunca oído de alborozada confianza.

En las páginas modestas del libro de memorias de un oscuro comerciante de Florencia, Giovanni Rucellai, el Renacimiento nos ha dejado con el orgullo de la burguesía naciente, toda la satisfacción de la nueva clase que se echaba a caminar. De la historia de ese mercader muy poco o casi nada ha llegado hasta nosotros. Pero quizá por lo mismo tiene su testimonio un alcance extraordinario, nos conmueve su voz con máxima elocuencia. Una mañana, tal vez, en que Rucellai se detuvo más allá de lo habitual a contemplar desde la altura de Vallombroso la silueta casi perdida de su ciudad nativa con sus puertas guerreras, sus flechas y sus domos; o una tarde quizá entre el pueblo de estatuas de la plaza de la Signoria, mientras el sol poniente pintaba de azafrán las murallas del Palazzo, el oscuro mercader sintió hasta tal punto la alegría de vivir que no pudo menos que volcar en su libro de memorias esta prodigiosa acción de gracias que nunca es posible leer sin emoción: «Gracias te sean dadas, Dios mío, por haberme hecho nacer en esta ciudad y en este tiempo.»[248] El grito de júbilo no correspondía a un momento pasajero ni a una embriaguez individual; casi con idénticas palabras resuena en Mateo Palmieri,[249] su compatriota; y lo recoge en Alemania, casi un siglo después, Ulderico de Hutten: *O saecolum! O litterae! Juvat vivere!*[250]

Dicha de vivir acompañaba a la burguesía en los tiempos heroicos de su ascensión triunfal. Por boca de sus humanistas y sus mercaderes le hemos oído lanzar a todos los vientos su confianza en la vida, su promesa segura en la realización de los valores humanos. De sobra sabemos, sin embargo, que todo aquello pasó muy pronto, y que aún en el instante más alto de la curva sólo alcanzó a conmover las fibras de un puñado de hombres ricos que nunca pensó en compartir con el *popolo minuto* su alegría de vivir.

Más felices que el mercader oscuro de Florencia, somos nosotros los contemporáneos del Renacimiento verdadero; y si en aquel instante pudo Rucellai expresar su regocijo frente al esplendor perecedero que comunicó a su Florencia la liberación de una exigua minoría, ¿cómo no vamos a poder nosotros ante el espectáculo prodigioso de millones de seres liberados, y de otros millones resueltos ya a liberarse, salir al encuentro de la Historia para decir tan alto como la voz lo permita que estamos viviendo con lucidez absoluta este momento, el más dramático de la vida del hombre, y que tan seguros nos sentimos del porvenir inevitable —cualquiera que sea la suerte personal que el destino nos reserve— que ya podemos desatar al viento la infinita alegría de vivir ahora?

[248] Woodward: *La pedagogía del Rinascimento*, p. 78. Ed. Firenze, Vallecchi, 1923.

[249] Monnier: *Le Quattrocento*, t. II, p. 52.

[250] Zweig: *Erasme*, pp. 127 y 183.

EN EL CENTENARIO DE FOURIER*

Era un viejecillo, movedizo y frágil, con una hermosa corona de cabellos blancos. La frente abovedada recordaba a Sócrates; y en los ojos azules, maliciosos o ausentes según las ocasiones, se encendían por momentos la chispa del humorista o la llamarada del profeta.

Minucioso hasta la manía, correcto hasta el escrúpulo, descendía a la misma hora, todas las mañanas, de su modesto granero en la calle de Saint Pierre Montmartre: sin una arruga la levita azul, sin una mancha la corbata blanca. Con la alegría de un niño que concurre a una parada, marchaba luego con paso vivo hasta las Tullerías y una vez allí, entre el montón de los curiosos, aguardaba emocionado el relevo de las tropas, feliz de tantos tambores, entorchados y clarines. Con el último redoble, retomaba el camino de su café favorito en el Palais Royal, rebosante de fuerza su corazón de buen francés, un buen francés de 1830, para quien sólo existían en el mundo dos enemigos de temer: Inglaterra y los judíos.

Sobre la mesa del café, la misma mesa desde hacía muchos años, desplegaba en seguida una carta geográfica de Europa —que en gran parte tenía recorrida en su juventud andariega— y una vez que había soñado un largo rato, franqueando a sus anchas las fronteras y los ríos, comenzaba a leer uno por uno los periódicos que estaban a su alcance.

Cuando muchacho había pasado, no sin brillo, por las humanidades, y algunos versos de Horacio y de Virgilio irrumpiendo en su memoria, le sorprendían a veces con un rumor de alas. Pero de los estudios remotos sólo había retenido, entre un puñado de recuerdos aislados, una agresiva antipatía por las salas y los libros. En los cuarenta años que siguieron a su bachillerato, su única lectura la constituían los periódicos. A los grandes escritores de la época los conocía por extractos, referencias o resúmenes; y si por descuido le caía alguno entre las manos, precipitaba la lectura salteando al azar capítulos y párrafos. Las gacetas, en cambio, le daban regocijo, y como sabía descubrir el oculto sentido de las noticias y los sucesos, satisfacía de ese modo, en lo posible, su curiosidad de antiguo trotamundos condenado ahora a la quietud.

Entre el mapa y los periódicos se le iba la mañana.

Pero tan pronto se acercaba el mediodía abandonaba bruscamente las gacetas y emprendía nervioso el camino de su casa, hablando en alta voz, gesticulante y absorto. Casi de un salto trepaba hasta su habitación en el tejado: fría habitación de solterón envejecido, sin otra alegría que las macetas de flores, sin otra amistad que la de sus gatos discretos. Frente al espejo ponía en orden su cabellera crespa, cepillaba un poco su levita, daba un toque final a su corbata y se sentaba después a esperar la gran visita.

* **Conferencia pronunciada en la L.E.A.R. de México el 13 de octubre de 1937.**

Cada paso en la escalera le hacía saltar el corazón; cada golpe en la puerta le anudaba la garganta. Cinco años hacía que esperaba esa visita; cinco años más la continuó esperando en vano, hasta que un día del mes de octubre de 1837 —hace hoy exactamente un siglo— la conserje de la casa, sorprendida de no haberle visto pasar esa mañana, le encontró muerto junto a su lecho, manchada por vez primera la corbata blanca, arrugada por vez primera la levita azul.

Este hombre extraordinario —ignorante y megalómano, genial y medio loco— arrastró, como pocos, a lo largo de sus muchos años, la tragedia tremenda de las vidas dobles. Educado en un ambiente de comerciantes y especuladores que le repugnaba hasta las náuseas, había descubierto a los seis años —son palabras suyas—, «el contraste que existe entre el comercio y la verdad».[251] Asqueado, a esa edad, de las mentiras que sorprendía en el negocio de sus padres, con todas precauciones se esforzaba en denunciarlas a la propia clientela que llegaba hasta la tienda. Pero un mal día, uno de los favorecidos por su misma franqueza cometió la indiscreción de ponerlo en descubierto, y ese día, claro está, el chiquillo recibió la más histórica paliza de su infancia. La humillación de aquel castigo, tan escandalosamente injusto desde el punto de vista de su moral precoz, le inspiró desde entonces no sólo el odio del comercio, sino el deseo desesperado de evadirse, tan pronto fuera grande, de ese mundo del tráfico y del fraude.

Dos veces lo intentó en la adolescencia: a los diecisiete años, en Lyon, a la puerta misma del banquero que debía comunicarle los secretos del oficio; a los diecinueve años, en Ruán, de casa de un negociante adonde la madre lo había consignado. Para su desdicha, inútiles fueron las dos deserciones: una fuerza más poderosa que su voluntad se oponía y doblegaba su rencor y su desprecio. Hijo de negociantes, nieto de especuladores, el muchacho sentía en torno suyo la tenaz opresión de la familia. Y la tercera vez que la madre lo condujo hasta la casa de un banquero, se le apagaron las rebeldías. Comerciantes habían sido todos los Fourier de Besançon; comerciante sería también este último llegado. Y a partir de ese instante, hasta muy pocos años de su muerte, Charles Fourier vivió, odió y soñó entre comerciantes.

Las mentiras que a los seis años descubrió en el negocio de sus padres, las vio después centuplicadas abarcando con su malla a todo el mundo. La época de la Revolución y, aun más la del Directorio, trajo una fiebre de especulación como nunca se había visto. Pero fue bajo el Imperio, con motivo del bloqueo continental que Napoleón impuso, cuando las cosas llegaron a

251 Armand et Maublanc: *Fourier*, t. II, p. 13. Éditions Sociales Internationales, París, 1937. Es el mejor trabajo que conocemos sobre Fourier. La totalidad del segundo tomo y parte del primero contienen una antología de las obras de Fourier, realizada con excelente criterio. Puedo consultarse, con provecho, *Pages choisies de Charles Fourier*, publicadas por Charles Gide. Ed. Sirey, París, 1932, y Bouglé: *Socialisme français*. Ed. Colim, París, 1932.

su colmo. Las condiciones —lo recuerdan ustedes— no podían ser más duras; el comercio con Inglaterra quedó prohibido; las mercaderías inglesas, confiscadas. Para suplir la ausencia de materias primas, la joven industria de Francia recurrió a los sucedáneos más inverosímiles: la seda artificial, el vinagre de madera, el azúcar de remolacha, el café de achicoria, nacieron por entonces. Y al mismo tiempo, como hermanos gemelos, el mercader y el agiotista se apoderaban y destruían los aprovisionamientos existentes para duplicar o triplicar el precio de los productos. La Compañía Oriental de Amsterdam —la historia parece de hoy— quemó públicamente depósitos enteros de canela.

Amante del buen vino y de la buena mesa, el ahora «viajante de comercio», monsieur Charles Fourier, sufría en sus gustos de *gourmet* con tantas falsificaciones, como el moralista que llevaba escondido se indignaba con los acaparadores y agiotistas. Y es de imaginar lo que sería para el empleado estricto e impasible que había resuelto ser, no sólo contemplar, sino presidir, por cuenta de otros, algunas de esas maniobras que le encolerizaban. ¡Con qué sordo rencor ha narrado una vez la «infame operación» que le tocó dirigir en el puerto de Marsella, y con qué temblor de humillación y de vergüenza debió escribir esta línea tan trágica en su mismo fatalismo resignado!: «¡yo he hecho un día arrojar al mar veinte mil quintales de arroz!»[252]

Con la valija del «agente viajero» que corre media Europa ofreciendo telas —«excelentes casimires y castores», de «calidad Segovia» para las gentes de pro, de «calidad Berry» para la gente común— o desde el escritorio de la casa americana —Curtis and Lam de Nueva York, rue du Mail no. 29— en donde por mil quinientos francos al año atendía la correspondencia, Fourier llegó a conocer como muy pocos los más secretos entretelones del comercio, las más turbias especulaciones de la bolsa, la más sabia estrategia de la piratería y de la bancarrota. Perspicaz en la observación y certero en el descubrimiento de los rasgos grotescos, aquel viajante irreprochable y este cajero ejemplar fueron amontonando, a través de una experiencia directamente vivida los materiales copiosísimos que elaborados enseguida por su ingenio harían más tarde de Fourier el más lúcido retratista de la burguesía mercantil y uno de los más grandes escritores satíricos de la literatura universal.[253]

[252] Armand et Maublanc: ob. cit., t. II, p. 28.

[253] Engels: *Anti-Dühring*, pp. 289, 284. Ed. Cenit, Madrid, 1932. Traduc. de W. Roces. En el mismo volumen pueden verse repetidas referencias a Fourier: en la página 5, Engels lo coloca entre los tres grandes utopistas; en las páginas 18 y 215, lo defiende de Dühring, que sólo ve en él a un alquimista o a un loco; en la página 302 elogia su concepción de las crisis como consecuencia de la plétora. El traductor Roces ha incurrido en un error en la página 413; atribuye a Charles Fourier una referencia que Engels hace en la página 398 al barón Fourier, matemático ilustre, pariente del utopista.

Con la misma letra caligráfica que ponía en sus libros de empleado de comercio —rasgos pequeños y elegantes, no menos pulcros y cuidados que su corbata y su levita— este enemigo del fraude y del abuso se sentaba a escribir todos los días, y tan pronto se libertaba de su empleo, la increíble montaña de cuadernos que hasta hoy sólo en parte conocemos.[254] Extraordinariamente preciso en los detalles, pero confuso en el desarrollo y en el plan, Fourier nos ha dejado en una prosa salpicada de expresiones originales, a menudo sibilinas, y a través de la más endiablada sucesión de preámbulos, cisámbulos, transámbulos, postámbulos, secciones, episecciones, preludios, interludios y postludios, la crítica más penetrante de la burguesía de su tiempo y la más rica galería de caracteres y de tipos. Frente a una clase social que algunos años atrás agitó como bandera «los derechos del hombre», Fourier ponía al descubierto la infinita miseria material y moral que las grandes palabras encubrían. Rouget de l'Isle, el músico que dio a la Revolución su gran canto de guerra, ¿no era el mismo Rouget de l'Isle que varias décadas después compuso el *Canto de los industriales?* La revolución que se había iniciado con un llamado clamoroso a los «hijos de la patria», había terminado en beneficio exclusivo de los «hijos de la industria»...[255] ¿Lo negaban acaso los mismos burgueses triunfadores cada vez que las circunstancias exigían una declaración terminante? En 1821, con motivo de una ley que restringía la importación de trigo y amenazaba, por lo tanto, con aumentar el precio del pan, un diputado declaró en plena Cámara que «la carestía del pan era un bien para los obreros, porque los obligaba a trabajar con más ardor para vivir».[256]

Esa contradicción injuriosa entre la forma y la intención; esa simulación del altruísmo y simpatía en el mismo momento es que se tramaba un novísimo atentado contra las masas sufridas, es lo que inspiraba a Fourier sus páginas mejores de una ironía acerba. La historia de la humanidad se divide para él en cuatro fases: el salvajismo, la barbarie, el patriarcado y la civilización. En las cuatro descubre, en vez del «progreso indefinido» —grato a los ideólogos de la burguesía—, un proceso ascendente y un proceso descendente ligado al contraste de las fuerzas opuestas: proceso universal de afirmaciones y de negaciones en que se descubre un eco de Hegel y un presentimiento de Marx. «Toda sociedad —asegura— lleva en sí la facultad de engendrar la que vendrá, y llega la crisis del alumbramiento cuando ha alcanzado la plenitud de sus caracteres esenciales.»[257] En la última fase de la historia humana, la «civilización» —que corresponde a la sociedad burguesa—, Fourier hace notar que el mundo se agita entre contradicciones que no sabe superar: «todo es vicioso en este mundo al revés» —dice. Y con

[254] Se conserva en el Centro de Documentación Social de la Escuela Normal Superior de París.

[255] Leroy: *La vie du comte de Saint-Simon*, p. 162. Ed. Grasset, París.

[256] Armand et Maublanc: ob. cit., t. I, p. 36.

[257] Armand et Maublanc: ob cit., t. I, p. 100.

una clara intuición de la dialéctica, subraya que en «el sistema industrial» «la pobreza nace de la misma abundancia».

Esas contradicciones de una sociedad que él conocía en sus detalles y descubrió como teórico —parasitismo del comercio, miseria de las masas, estragos de la competencia, tiranía de los acaparadores y los banqueros, sometimiento de los políticos, corrupción de los científicos— son las mismas contradicciones que denuncia en la manera como la burguesía «organiza» la familia y en el modo como impone a la mujer una situación indigna y subalterna. A Fourier se debe, por vez primera, el enunciado de este pensamiento generoso: se puede apreciar el grado de emancipación de la humanidad por el grado de emancipación de la mujer.[258] Crítico implacable del matrimonio burgués, empavesado de principios morales y corrompido por el interés y el mutuo engaño, Fourier ha dejado el análisis más penetrante del envilecimiento del amor entre las manos de la burguesía. Con una gracia inapreciable ha puesto en claro el carácter de clase que corresponde a la moral y cómo frente a cada moral dogmática, que nadie cumple, hay allí mil «contramorales» que la desmienten. El dogma de la fidelidad en los esposos, renegado a cada paso en la diaria experiencia del matrimonio burgués, da a Fourier asunto más que suficiente para algunas consideraciones magistrales y le dicta como conclusión del largo análisis este aforismo famoso: «Así como en gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, en los negocios conyugales dos prostituciones equivalen a una virtud.»[259]

La bancarrota y *el adulterio*, he ahí en su opinión «las dos mayores infamias» de la burguesía comercial. Pero como este hombre minucioso y puntual tenía hasta el fanatismo el amor de las clasificaciones —preámbulos, transámbulos, postámbulos su análiiss de la bancarrota terminó en una clasificación de los fallidos, como su análisis del adulterio en una clasificación de los cornudos. Su «Jerarquía de la bancarrota» —«serie libre» de órdenes y géneros con treinta y seis especies—,[260] como su «Jerarquía del cornudaje» —cuarenta y nueve especies de «orden simple», treinta y una de «orden compuesto»—,[261] son dos páginas clásicas de la literatura costumbrista y entroncan por la ironía, la vivacidad y el desenfado en la mejor tradición del siglo XVIII.

Análisis cabal de la burguesía mercantil, sátira sin parangón, de cornudos y fallidos, la obra de Fourier presenta otro aspecto, el más tentador y llamativo, en el cual han logrado su expresión —entre anticipaciones geniales y boberías pueriles— todos los sueños de las pequeñas burguesías asfixiadas, todas las ilusiones de los reformadores utopistas.

258 Armand et Maublanc: ob. cit., t. II, p. 99.

259 Armand et Maublanc: ob. cit., t. II, p. 105.

260 La jerarquía de la bancarrota apareció en *Traité de l'association domestique-agricole*, t. II, p. 419. Ed. Bossange, París, 1822.

261 Fourier: *Hiérarchie du cocuage*. Édition du Siècle, París, 1924.

A los seis años, lo vimos ya, Fourier había comenzado la crítica negativa de la burguesía mercantil; a los veintiséis se puso en el camino que a Campanella condujo a la *Ciudad del sol*, y que a él lo llevaría hasta su deslumbrante *Falansterio*. Pero como todo en Fourier tiene comienzos desusuales, anotemos también que si su crítica del «mundo al revés» nació de una paliza, su sueño del «mundo al derecho» nació de una manzana...

Se encontraba un día en el restaurant Février, de París, en compañía nada menos que de Brillat-Savarin —incomparable amistad para un *gourmet* como él—, cuando vio que al futuro autor de la *Fisiología del gusto* se le cobraba catorce sueldos por una sola manzana. En sus recientes andanzas de agente de comercio, Fourier había atravesado ciudades no lejanas en donde por el mismo precio se hubiera podido comprar una centena.

> Me quedé tan sorprendido —dice— de esta diferencia de precios entre regiones de igual temperatura, que comencé a sospechar un desorden fundamental en el mecanismo industrial, y de ahí nacieron las investigaciones que al cabo de cuatro años me hicieron descubrir la teoría de las series de los grupos industriales y, por consiguiente, las leyes del movimiento universal que Newton no alcanzó.[262]

La manzana de Fourier, la manzana de Newton... Vamos acercándonos, ahora, a través de las mismas palabras del autor, hasta el mundo secreto en que Fourier vivió lo mejor de su vida y que en la extravagancia de esas líneas comienza a apuntar y a perfilarse. Porque este empleadillo de comercio de una ignorancia aterradora, pero de un orgullo de alienado, ha venido a caer en la idea singular de que a través de esa manzana el mismísimo Dios se ha dignado sonreírle. Poseedor del libro de los Destinos comienza a ser, ahora, y lo seguirá siendo hasta su muerte, el cajero insospechable que durante doce horas al día se inclinará sin un mal gesto sobre los libros de comercio de una sucursal americana.

La doble vida va a ir adquiriendo proporciones gigantescas, pero ninguno de los dos mundos gravitará sobre el otro, y nadie hubiera sospechado, al conversar con él sobre negocios, que ese hombre correctísimo, tan exacto y medido en sus funciones mezquinas, era al mismo tiempo un visionario sin control que escondía amorosamente entre los pliegues de su alma, el más extravagante de los delirios, la más prodigiosa de las locuras. Los cuadernos en que día a día derramaba sus observaciones y sus críticas comienzan a guardar ahora, y al mismo tiempo, la anotación pertinente y el designio alocado. Y como la dicha de ser el secretario de Dios le había traído el justificado temor de ser plagiado, una suspicacia cada vez más agresiva le va llevando a encerrarse en un aislamiento hostil para defender así sus extraños proyectos de humo y ventolera.

En los años juveniles que vivió en Lyon debió vincularse, con seguridad, a algunas de las sectas místicas y sociedades ocultas que pululaban durante

262 Armand et Maublanc; ob. cit., t. I, p. 46.

la Revolución y el Directorio. Por conversaciones, mucho más que por lecturas, debieron llegar hasta él las nuevas corrientes del pitagorismo en que desempeñaban un papel de primer plano todas esas pretendidas correspondencias de los números[263] que tanto han seducido y seducen todavía a los espíritus indisciplinados y a las imaginaciones aventureras. Una obra de ciencia justamente clásica, como que marcó una flecha en la concepción del Universo. *Las armonías del mundo,* de Kepler, publicada casi dos siglos atrás, en 1619 —libro extraño y genial en que alternaban la mecánica más rigurosa y los sueños más locos— llegó hasta Fourier por esos mismos años, vaya Dios a saber de qué manera, y tuvo, como es lógico, una influencia tan decisiva sobre este pitagórico infatuado, que el oscuro agente de comercio, habitualmente desdeñoso de los libros, no se desprendió jamás de ese tratado. ¿Qué le sedujo más en él? ¿Acaso las leyes de las elipsis, de las áreas y de las revoluciones, o aquellas otras desconcertantes fantasías en que el astrónomo Kepler se figuraba a los planetas conducidos por los ángeles hasta el místico concierto en donde Venus hacía de contralto, Júpiter de bajo, Mercurio de falsete? La respuesta no es dudosa. Para su incultura casi total y su inventiva desarreglada, Kepler sólo podía actuar como un estímulo que lo llevaría al descubrimiento de extravagantes «armonías».

Eso fue lo que ocurrió. Puesto que hay unidad en todo lo que existe, la «ciencia», de Fourier se propuso encontrar las analogías que vinculan en secreto a la totalidad de lo real, y le bastó, por supuesto, analizar a fondo una de las formas de existencia —la sociedad humana— para reconstruir el mismo plan de Dios. En la jerarquía del Universo —¿cómo no iba a existir una jerarquía del Universo, cuando la hay rigurosa y precisa hasta en los fallidos y en los cornudos?— Fourier llegó a «comprobar» que hay estrechas correlaciones entre los hombres y los planetas, entre los planetas y los soles. El cuerpo del hombre es un fragmento del cuerpo del planeta; su alma, una emanación del alma planetaria, y aunque el hombre es la más pequeña de las «criaturas de armonía», de él depende, precisamente a causa de esas correlaciones misteriosas, el orden, o la anarquía de los mundos. Cuando las sociedades no están reguladas en conformidad a las leyes de la atracción universal —que es lo que ocurre «en civilización»— el Universo sufre, se resiente y se enferma. Pero bastaría que el hombre comprendiera las nuevas leyes de la «atracción pasional» que Fourier acababa de añadir a las de Newton —manzana por manzana— para que el Universo entero, de jerarquía en jerarquía, empezara a florecer en una juventud eterna. No sólo el hombre conocería, por fin, la felicidad anhelada, sino que hasta nuevas plantas y animales y planetas aumentarían, desde entonces, eso que Fourier llamaba con expresión muy suya, «el mobiliario del Universo»...

¿De qué manera transformar la sociedad humana para salir de una vez de los «limbos oscuros» y colaborar así con Dios en la recreación del Universo? Años y años trabajó en su «ley de doble impulso»: impulso «subversivo» contra impulso de «armonía». Y en vez de llegar a la conclusión fácil y vulgar de que es necesario estrangular al «impulso subversivo», Fourier —genial siempre hasta en el delirio— enunció esta verdad que Hegel descubría también en esos mismos años y que Marx habría de llevar hasta la plenitud de su riqueza: puesto que «no hay equilibrio sin fuerzas opuestas», es necesario «utilizar las discordias, ya que es imposible destruirlas».[264]

263 Janet: *Études sur la dialectique dans Platon et dans Hegel,* p. 37. Ed. Lagrange, París, 1861. Fourier aparece entre los nuevos pitagóricos, junto a José de Maistre y a Leroux.

Algunos artículos de periódicos, entre 1800 y 1804, anticipan los primeros esbozos de su solución. Pero es recién en 1808 cuando aparece su *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales,* con este subtítulo expresivo: «Prospecto y anuncio del descubrimiento.»

Tan pronto retira de la imprenta los primeros ejemplares, escribe en uno de ellos una dedicatoria que es un himno y se lo envía a Napoleón. Napoleón no contesta. Es su primera decepción, la primera decepción de este visionario candoroso que se sabe destinado a transformar el universo y que no se explica cómo apenas terminada la lectura de su libro no vienen hasta él los recursos que precisa. Porque si bien ya está el Inventor, falta ahora lo que él llama el Candidato.

Discípulos, no le interesan. Le molestan más bien; les desconfía. Con los años se le irán acercando hasta algunos hombres de la talla de Víctor Considérant; pero los recibe sin cordialidad. Para colmo, su admirador más fanático y su discípulo más fiel, Justo Muiron, padece de una sordera tan perfecta, que la señalan ya como a un ejemplo. ¿Se imaginan ustedes la impaciencia de un legislador del Universo obligado a hablar a gritos con un apóstol absolutamente sordo?

Diez millones, ni uno más ni uno menos, es lo que Fourier necesita para llevar a la práctica la «primera sociedad en armonía» que su libro ha presentado con prospecto y descripción. ¿Para qué podrían servirle los discípulos, pobres como él casi todos, y, además, indisciplinados, difíciles y sospechosos? A falta de la *réclame,* que su estrechez no puede costear —¿cómo pagar ciento veinte francos por cada cien líneas en los periódicos?—, tolera un poco a sus discípulos por la bulla que hacen en torno de su invento y por el auxilio económico que entre todos empiezan a prometer para sus libros. Pero los millones que precisa sólo podría conseguirlos de un rey, de un ministro o de un filántropo.

Después de Napoleón, ha empezado a escribir a todos los ministros del Imperio detalladas cartas de cuarenta páginas. Y aunque el resultado ha sido idéntico, cuando cae el Imperio repite análoga experiencia con los ministros de la Restauración. No desespera por el nuevo fracaso. Conoce la suerte de los inventores[265] y continúa tozudo llamando a la puerta de los grandes.

264 Armand et Maublanc: ob. cit., t. I, p. 100.

265 Con anterioridad al Falansterio, Fourier había «inventado» un sistema de educación musical, un nuevo tipo de ferrocarril, un plan nacional de construcción de ciudades.

En 1822 publica su segundo libro, el *Tratado de la asociación doméstico-agrícola*. En los años transcurridos desde que apareció la *Teoría de los cuatro movimientos*, el proyecto ha madurado, y está ahora tan a punto que Fourier, no sólo no tiene una sola duda sobre el éxito inmediato, sino que traza por anticipado el desarrollo de su «sociedad en armonía».

En ese mismo año de 1822 se harán los preparativos para el ensayo; en 1823 será la instalación definitiva; en 1824 el modelo será imitado por todos los civilizados; en 1825 vendrá la adhesión de los bárbaros y de los salvajes; en 1826, organización de la jerarquía en el mundo, y en 1827, colonización de los desiertos...

Si su seguridad continúa inalterable, ha habido, sin embargo, un cambio en la táctica. Al final de su nuevo libro no lo espera todo, como antes, de un solo Candidato. Le bastaría, ahora, un hombre de importancia para ponerlo al frente de una suscripción. Ese hombre, que se transformaría de inmediato en «jefe accionista y fundador titular», debe estar, tiene que estar, en la lista de cuatro mil figuras de relieve que Fourier ha compuesto con los personajes contemporáneos más representantivos de América y de Europa: desde el duque de Devonshire, en Inglaterra, hasta el «libertador» Bolívar, en Colombia...

A todos les escribió su gruesa carta o de algún modo trató de interesarlos. Y como les quería evitar, además, la molestia de una contestación, resolvió citarlos por los diarios en su propia casa, a las doce en punto de cualquier día que les fuera cómodo.

Y he ahí por qué, desde ese momento hasta su muerte, y tan pronto se acercaba el mediodía, los vecinos de su casa de Saint Pierre Montmartre lo veían llegar apresurado y casi a saltos, subir las escaleras. Frente al espejo ordenaba, después, su cabellera, daba un toque final a la corbata, cepillaba la levita azul y se sentaba después a esperar la gran visita.

Supongamos que un buen día, el Candidato —hombre o mujer— hubiera llegado hasta su puerta, y que después de escuchar a Fourier, imposible saber por cuántas horas, hubiera aceptado convertirse en «jefe accionista y fundador titular del Falansterio». Al día siguiente el sueño se hubiera echado a caminar sobre la tierra, y en dos mil trecientas hectáreas que el Inventor ya tenía en vista entre Poissy y Meulan, todo hubiera estado pronto para la primera «sociedad en armonía», su famoso Falansterio.

A qué se reduce lo más esencial del Falansterio, es lo que vamos a ver ahora antes de concluir.

El análisis de la sicología humana había llevado a Fourier a reconocer en el hombre cinco pasiones sensitivas, cuatro efectivas y tres distributivas, Las pasiones *sensitivas* están ligadas a los cinco sentidos y nos inclinan al leyo. Las pasiones *afectivas* —amistad, amor, ambición y paternidad— nos llevan a formar agrupaciones. Las pasiones *distributivas* desatan, en cambio, los grupos formados por las pasiones anteriores y son, en el idioma de Fourier, las pasiones que llama «mariposeante», «cabalista» y «composista». La primera, *mariposeante*, es esa necesidad del cambio periódico que nos salva de la monotonía y el fastidio. La segunda, *cabalista*, corresponde al atractivo, de la rivalidad y de la intriga. La tercera, *composista*, es la pasión exaltante que nace del goce simultáneo de varios placeres de los sentidos y del alma.

En estado de «civilización» las doce pasiones conducen al hombre a una guerra permanente consigo mismo y con los demás. La ambición, por ejemplo, contraría a la amistad, y el interés personal nos mueve al fraude y la mentira.

En estado de «armonía» la doble guerra desaparecerá. Asegurar al hombre su desarrollo pleno es lo que Fourier se propone como fin de su sociedad «natural e integral».

Para que todos disfruten de las *pasiones ligadas a los cinco sentidos*, es menester asegurar a todos un grado elevado de salud corporal y bienestar económico. La industria y la ciencia han creado precisamente los resortes necesarios para fundar un régimen social incompatible con la pobreza y la ignorancia.

Las *pasiones afectivas* —amistad, amor, ambición, paternidad— exigen una atmósfera limpia de duplicidad y de prejuicios. La nueva sociedad no impondrá al hombre el hipócrita deber de dominar sus pasiones. Le quitará las trabas y utilizará para el bien de todos hasta las mismas pasiones que en otras épocas han sido reprobadas.

Las pasiones distributivas, finalmente —mariposeante, cabalista y composista—, consideradas como vicios «en civilización», asumirán «en armonía» una función directriz y tendrán por misión armonizar las pasiones afectivas y sensitivas no sólo dentro del mismo individuo, sino en sus relaciones con los demás. De modo tal que cada uno, al seguir su propio interés, sirva al mismo tiempo los intereses de la masa.[266]

Salud, bienestar, libertad y armonía, es lo que Fourier se propone asegurar. El análisis de las pasiones le continuará ayudando en sus descubrimientos. De las doce pasiones fundamentales ha llegado a establecer, mediante sucesivas subdivisiones, una clasificación de los hombres en cuatrocientos cinco caracteres. Pero como esos caracteres tienen matices diferentes, según los sexos —más fuertes en el hombre, más dulce en la mujer— el cuadro completo de los caracteres humanos asciende, por lo tanto, a ochocientos diez.[267] Mas como ya hemos visto que una sociedad ideal debe llevar en su seno un espécimen por lo menos de cada carácter humano, para sacar provecho de las mismas diferencias, Fourier aconseja que sobre el terreno ya escogido —cortado de colinas y a lo largo de un río— mil seiscientas personas como mínimo, dos mil como máximo —accionistas o no— tengan la gloria de formar la primera «falange» y de construir la primera «sociedad en armonía».

266 Armand et Maublanc: ob. cit., t. I, pp. 234 y ss.

267 Malapert: *El carácter*, traducción de González, p. 263. Ed. Jorro, Madrid.

El Falansterio venía a ser, en resumidas cuentas, algo así como una colonia de agricultura, con dos o tres industrias adjuntas, y amplios edificios para la habitación, las fiestas, las comidas en común. La tierra es propiedad común, pero en el Falansterio subsisten las diferencias de fortuna, y, de acuerdo con esas diferencias, hay también habitaciones y salas desiguales. Dentro de la concepción de Fourier las desigualdades de fortuna son una condición de la armonía social, pero el bienestar de que se goza en la falange permite a la clase pobre un nivel de vida superior a la de la más desahogada pequeña burguesía de la «civilización».

Diferencias de fortuna, por otra parte, no quiere decir, explotadores y explotados. En el Falansterio todo el mundo trabaja y todo el mundo se asocia espontáneamente según sus preferencias. Para facilitar los vínculos, una serie de distintivos llevados ostensiblemente por cada «societario» permite reconocer fácilmente el carácter y estrechar vínculos de mutua simpatía. Y como cada miembro del Falansterio formará parte de muchos grupos y pasará de uno a otro varias veces en el día, la «pasión mariposeante» hará del trabajo no un martirio, sino un juego entretenido y saludable.

La pasión de la «cábala», además, que «en civilización» sólo lleva a la rivalidad mezquina, provocará «en armonía» la más generosa emulación. En el cultivo de la tierra y en la manufactura, no serán los individuos, sino los grupos, los que se lanzarán constantes «desafíos» de innegable provecho para todos. Y como ya hemos dicho que cada miembro pertenece a grupos muy distintos los que eran rivales hace un rato serán camaradas una hora después.

De acuerdo con los servicios prestados a la colectividad, el Falansterio honrará a sus «atletas industriales», y en vez de estimular la vanidad subalterna, despertará en todos, el anhelo de acrecentar el lujo y el bienestar de la falange.

Deseoso de aprovechar en beneficio de la colectividad los gustos mas variados, Fourier recurre, como experto sicólogo, a las desiguales afinidades de los tres sexos. No se alarmen ustedes: para Fourier, los niños son el tercer sexo... Y puesto ya sobre la vía, aquel hombre endemoniado en el cual es difícil distinguir a veces al humorista y al orate, resuelve sus problemas con verdaderos hallazgos. ¿Quién va a querer ocuparse de esas sucias tareas a que nuestra vida nos obliga? ¿Quién va a tomar por su cuenta tanto oficios repugnantes y penosos? Puesto que es regla del Falansterio arrancarle al trabajo su traje de presidiario, Fourier entrega esas funciones a aquel de los tres sexos que más goza y se divierte con lo sucio y con lo innoble. Organizados en pequeñas *hordas*, los niños de Falansterio cumplirán el servicio de todos esos cuidados de la higiene social en que tanto se complacen: destrucción de alimañas, matanzas de bestias para el consumo, limpieza de las habitaciones y de los caminos.

Ya señalamos, hace un rato, en homenaje a la memoria de Fourier, el elevado concepto del Inventor sobre el papel social de la mujer. Señalemos ahora de pasada, la consideración que los niños le merecen. Porque esos mismos chiquillos que participan, de acuerdo con sus gustos, en la vida de la falange, reciben, tan pronto terminan sus breves jornadas de trabajo, la más variada y prolija de las educaciones: desde la gimnasia rítmica hasta las prácticas de los oficios en talleres miniaturas. Y puesto que no hace mucho se ha hablado en México de la urgencia de la enseñanza musical en las escuelas, releamos un siglo después de que Fourier las escribió, estas líneas tan hermosas como exactas: «la ópera es una escuela de moral que educa a la juventud en el horror de todo lo que hiere la verdad, la justeza y la unidad. Ningún favor puede excusar al que falsea la voz o la medida, el gesto o el paso. El hijo de un príncipe debe someterse, en las figuras y en los coros, a la crítica motivada de la masa. Es en la ópera en donde aprende a subordinarse a las conveniencias unitarias, a los acordes generales. La ópera es, bajo este aspecto, la imagen del espíritu divino, el verdadero sendero moral».[268]

Todos los sexos, todas las clases colaboran, pues, en el Falansterio, como que éste no es, al fin y al cabo, sino lo que ahora llamaríamos una federación de cooperativas que han incorporado todos los servicios sociales.[269] Capital hay en la falange, pero no capitalistas en el sentido de explotadores y de ociosos. O para decirlo en el lenguaje grato a la pequeña burguesía, todo el mundo «en armonía» será capitalista, con lo cual el capital habrá dejado de ser una amenaza; las clases se habrán íntegramente fusionado y ya no habrá motivo, por lo tanto, para el laberinto de las discordias anteriores, con «su escala ascendente de odios, su escala descendente de desprecio».[270]

Detengo aquí la descripción del Falansterio. Si la compañía de Fourier resulta casi siempre tentadora, doblemente lo es cuando se pone a contar lo que ha de ocurrir «en armonía». Tantos años vivió acariciando su proyecto, que al Falansterio lo pobló de seres imaginarios con bellos nombres de égloga: Filis y Araminta, Cloris y Celimanta, Galatea y Endimión... Criaturas de la imaginación que habían adquirido para él la plenitud del relieve corporal y cuyos caracteres conocía y cuyas emulaciones animaba. Y como aquel mundo extraordinario —digno de Dickens o de Balzac— le planteaba casi a diario problemas nuevos, su Falansterio se complicaba sin cesar y adquiría cada vez más una alucinante realidad.

Personaje de Pirandello, a solas conversaba por la calle con sus mil seiscientos societarios, y tan pronto abandonaba los libros de caja de la sucursal americana se refugiaba, radiante, en su mundo de sueños. Nada le recordaba allí su existencia mezquina, su genialidad incomprendida, su sensualidad insatisfecha. Verdadero legislador y demiurgo, se paseaba a su antojo sobre ese plano de la fantasía en el que había transpuesto, con sus resentimientos personales, las esperanzas y los sueños de la pequeña burguesía en su momento de la historia en que aún no se conocían las soluciones verdaderas.

268 Armand et Maublanc: ob. cit., t. II, p. 233.

269 Silva Herzog: *El pensamiento socialista*, p. 81. Ed. de la Universidad Obrera, México, 1937.

270 Armand et Maublanc: ob. cit., t. I, p. 144.

Porque eso es lo que hace del Falansterio, de Fourier, algo más que el puro delirio de un reformador alienado y genial. Con maravilloso don de síntesis, Marx y Engels —que no ocultaron jamás cuánto lo amaban— han señalado en pocas líneas de *El manifiesto comunista*[271] la exacta posición del Falansterio, junto a las otras utopías de su tiempo: *Ycaria*, de Cabet, *Colonias interiores*, de Owen, para recordar nada más que a las ilustres.

Hijos de una época en que el capitalismo comercial se afirmaba y en que el proletariado de la gran industria, poco desarrollado, no había entrado todavía en lucha franca con la burguesía, los utopistas descubrieron los elementos que disgregaban ya a la sociedad en que vivían; pero no acertaron a reconocer en el proletariado su misión histórica revolucionaria. Remplazaron por eso, la acción social por la propaganda personal, y como no se había formado por entonces las premisas objetivas, que son condiciones necesarias de la liberación del hombre, forjaron por entero en su imaginación el mundo que habrá de venir y el camino que habría de llevarlos hasta él.

Por la importancia que seguía asignando a la propiedad privada, por el papel predominante que reservaba a la agricultura, por su desconocimiento absoluto de las luchas de clase,[272] por su fe en la posibilidad de llegar hasta «armonía» gracias a la generosidad de un millonario, y de transformar la faz del mundo mediante pequeñas colonias de economía cerrada, Fourier se incorpora a las filas nutridas de esos visionarios generosos a cuyo frente marcha el ilustre Tomás Moro, «canciller de la Utopía».

Pero por su crítica lúcida de la sociedad «civilizada», por su aguda comprensión de las contradicciones que la desgarran, y por su afirmación de que toda sociedad lleva la posibilidad de engendrar la que vendrá, Fourier se coloca entre los precursores del marxismo y lo anticipa a veces en sus concepciones oscuras y en su prosa desquiciada.

El tiempo, claro está, no siguió corriendo en vano. Un joven filósofo hegeliano, que al principio había puesto su esperanza en un príncipe de Prusia, y un oscuro empleadillo de comercio, que sufría lo indecible con el ambiente hostil, se dieron a repensar, algunos años después de la muerte de Fourier, todas las doctrinas sociales, todas las doctrinas económicas. Y después de haberse desprendido de sus viejas creencias, elaboraron en un trabajo de muchos años la prodigiosa doctrina que nos ha dado a la vez el más exacto instrumento para comprender el mundo y la más precisa herramienta para transformarlo. En su escuela el proletariado ha aprendido que su liberación no depende del gesto de un millonario generoso o de la iniciativa de un presidente progresista y que no se puede pasar de la «civilización» a la «armonía» sino bajo el impulso revolucionario de las grandes masas.

271 Marx y Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, (sin nombre de traductor), p. 86. Ed. Cenit, Madrid, 1935.

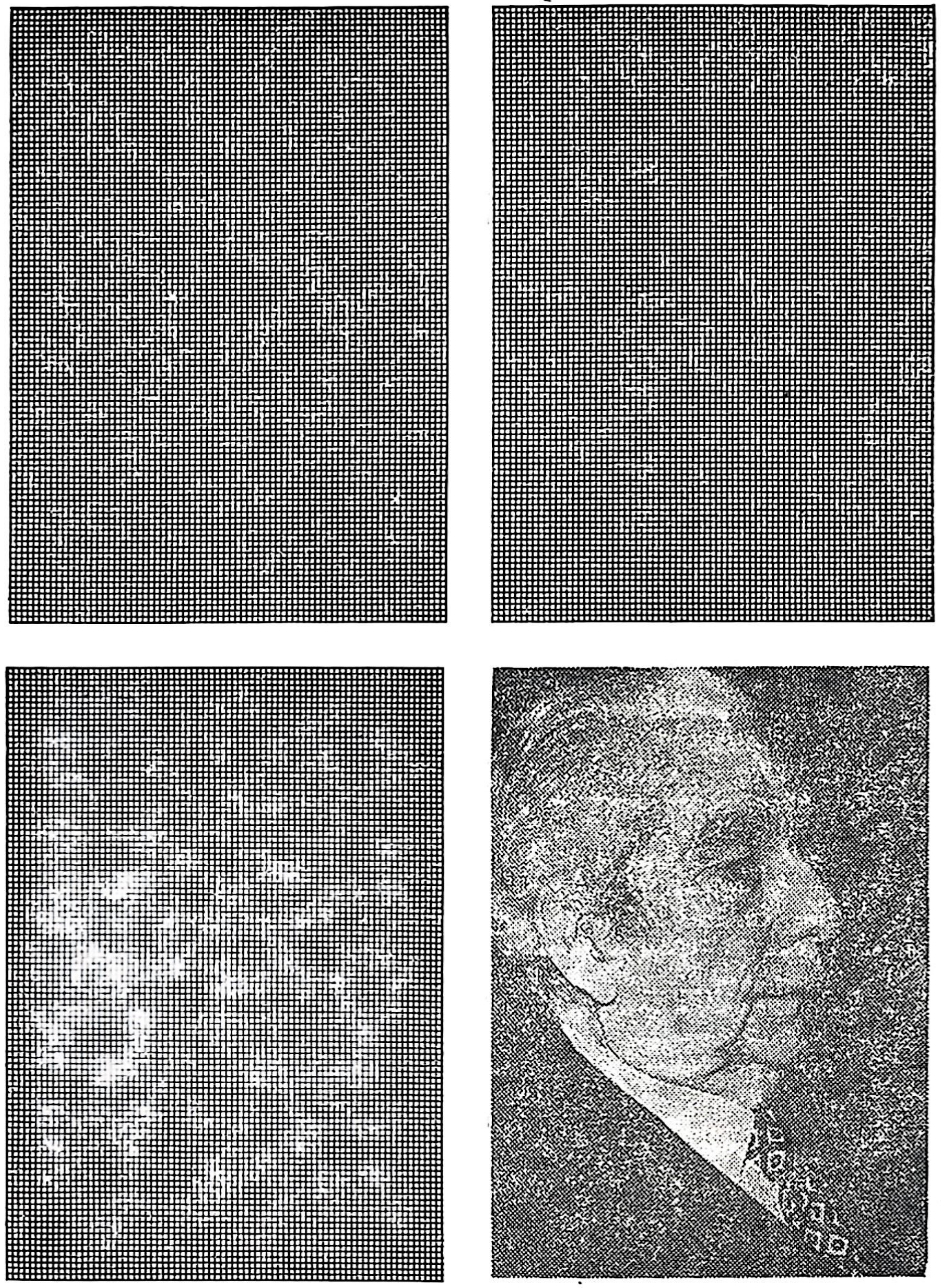
272 Cornu: «Utopisme et marxisme» en *À la lumière du marxisme*, t. II, p. 135. Éditions Sociales Internationales, París, 1937.

Los que a pesar de la experiencia de siglos continuaron esperando el personaje generoso que un buen día, a las doce en punto, aceptaría construir el Falansterio, ya están ahora bajo la ignominia del fascismo, con el doble martirio de lo que Fourier llamaba «la escala ascendente de los odios, la escala descendente del desprecio».

Los que a través de esa mismísima experiencia no se resignaron jamás a esperar al millonario, ya han instalado una «falange» de ciento sesenta millones de hombres sobre la sexta parte de la tierra. En ese «falansterio» gigantesco, como Fourier no lo soñó en sus momentos mejores, las mujeres y los niños viven con la misma dignidad del hombre «íntegro»; el bienestar cada vez más elevado ha desterrado, como «en armonía», la enfermedad y la ignorancia: los «atletas industriales» se llaman *udarmis y stajanovistas;* la dicha de colaborar en una patria que es de todos, ha dado al trabajo humano un ritmo que era hasta ayer inconcebible, y para que nada falte en este triunfo de la realidad sobre los sueños, ha bastado poner a las grandes masas en posesión de toda la técnica y de toda la cultura para que se haya realizado lo que en el Sistema de Fourier parecía más absurdo: colonizar los desiertos y enriquecer con nuevas especies vegetales y animales, el «mobiliario del Universo»...

Al siglo de la muerte de Fourier, orgullosos recogemos su obra en nuestra herencia cultural. Con un heroísmo tenaz acarició la utopía de «un hombre íntegramente liberado» que en su medio y en su hora resultaba irrealizable. Pero al mismo tiempo que volvemos hacia él los ojos agradecidos, repitamos, también, para marcar la altura de la edad en que vivimos, que el sueño que parecía una utopía ya es, en alguna parte de la tierra, una fresca realidad viviente. Sobre la orilla, al parecer inalcanzable, el robusto nadador ha puesto al fin su planta. Torpes son todavía los primeros pasos. Pero en alto lleva los brazos desnudos.

JUAN MARINELLO



JUAN MARINELLO VIDAURRETA

Nació en Jicotea, Las Villas, el 2 de noviembre de 1898. De 1907 a 1910 residió en Cataluña, España. De regreso a Cuba obtuvo el título de bachiller. Matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana donde se graduó como alumno eminente, lo que le valió una beca para la Universidad Central de Madrid, de 1921 a 1922. Al año siguiente participó en la Protesta de los Trece junto a Rubén Martínez Villena con quien organizó la Falange de Acción Cubana. En 1924 integró el comité ejecutivo del Movimiento de Veteranos y Patriotas y editó la revista Venezuela, *luego* América Libre. *En 1925 actuó como abogado defensor de Julio Antonio Mella. Un año más tarde fundó, con Fernando Ortiz, la Institución Hispanocubana de Cultura. En 1927 fundó la* Revista de Avance. *Firmó la declaración del Grupo Minorista y publicó su primer libro, los poemas de* Liberación. *Participó en la manifestación antimachadista del 30 de septiembre de 1930 por lo que fue encarcelado en el Castillo del Príncipe. Más tarde sería condenado a seis meses de prisión en el Presidio Modelo de Isla de Pinos. En 1933 pasó al exilio en México donde ejerció la docencia en la Universidad Autónoma. Trasladó las cenizas de Mella a Cuba. En 1934 presidió el Primer Congreso contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo. Fundó, junto a otros escritores, la revista* Masas. *Dirigió el dario comunista* La palabra, *en 1935. Por sus actividades políticas fue condenado de nuevo al Castillo del Príncipe. Pasó al exilio, en 1936, y volvió a la docencia y al periodismo. En 1937 participó en el Congreso de Escritores y Artistas Revolucionarios celebrado en la capital mexicana. En apoyo a la República española contra el fascismo se sumó a la delegación cubana al Congreso de Intelectuales por la Defensa de la Cultura, celebrado en España. En 1938 fue electo presidente del Partido Unión Revolucionaria, más tarde de la Unión Revolucionaria Comunista y luego del Partido Socialista Popular, nombres sucesivos que adoptó la organización. Durante el breve período de legalidad fue delegado a la Asamblea Constituyente de 1940, representante, senador, ministro sin cartera y vicepresidente del Senado. Fue fundador del Consejo Mundial de la Paz. Recibió el Premio Lenin de la Paz. Durante la tiranía batistiana vivió en la clandestinidad y produjo entonces uno de sus textos más importantes:* José Martí, escritor americano. *Al triunfo de la Revolución cubana desarrolló una activa obra ensayística y fue rector de la Universidad de La Habana, Embajador Permanente ante la UNESCO y presidente del Movimiento por la Paz y la Soberanía de los Pueblos. Fue además miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y del Consejo de Estado. Presidió la constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Falleció el 27 de marzo de 1977.*

AMERICANISMO Y CUBANISMO LITERARIO*

HORMIGA LOCA

¿Quién negará —la negación es deporte criollo— que este libro de Luis Felipe Rodríguez es un hijo agradecido de nuestra manigua? Leer uno de estos cuentos de cañaveral y barracón es sentirse ciudadano de Hormiga Loca y de su periferia nutricia. Mientras pasamos de un relato a otro nos penetra la peripecia de los protagonistas, nos vemos cúmbilas cordiales de los cortadores, clientes de la bodega de Exuperancio Martínez, entenados respetuosos de la negra Paula Celestina. Pero, terminada la página última, asistimos a una transformación milagrosa: la anécdota se pega a las cosas con esa hambre sexual que estremece al amanecer los brazos femeninos de los curujeyes. Hemos visto, cerrado el libro, cómo las cosas —que hacen y deshacen a los hombres— han usurpado el mando con tiránico señorío. La angustia no tiene ahora apellido. Ni nombre de cubano parlanchín, ni de haitiano cauteloso, ni de jamaiquino peleón, ni de español obstinado. La angustia es ahora un vaho tórrido que sopla su fuego sobre los tejados de Hormiga Loca. Los hombres han devenido cosas, cosas que deben andar —como las carretas— su trayecto entre el corte y la estera y describir —como las mochas— su órbita previa en el aire caliente. Como las carretas, los hombres darán, en todas las horas, tumbos dolorosos, siempre entre los mismos canarreos ásperos. Como las mochas, herirán cada atardecer, en rencorosa desesperanza, un hilo de la fatalidad dominadora. Y al día siguiente la cabellera de las cañas llamará otra vez a sus victimarios. Cada hilo de la cabellera se vengará del golpe de la mocha retoñando en los hilos innumerables que encadenan y ahogan a los macheteros.

Ahora, al cerrar este libro, no se ve sino un camino real que se ha bordeado por lujo absurdo de un centenar de casas. Las casas son iguales, de madera encalada, con ventanas azules, con portalillos estrechos, el techo avanzando cabizbajo sobre el camino. En una casa más grande que las otras unos caballos desvencijados, pintados de lodo fresco hasta las espejeras, se tuestan sin protesta. En el colgadizo de esta casa unos hombres prietos repiten lo que quisieron decir ayer. Por el camino bordeado de portalillos vienen otros hombres, silenciosos, con los brazos derrotados, con las ropas remendadas de sudor negro. Antes de llegar a la bodega de Exuperancio Martínez, los hombres sudorosos vuelven atrás los ojos de piedra. Detrás, el camino desagua en un mar verde. En la orilla opuesta unas torres negras camino del cielo. Los hombres que llegan miran ahora silenciosamente a los que monologan juntos cerca de los caballos resignados. Hay un silencio sin fondo. No se da pie ni en el comentario distraído. Los hombres sienten ahora la medida de su destino. Cae sobre todos una sombra de negrura implacable. La sombra de las torres yanquis camino del cielo.

* Ensayo sobre *Marcos Antilla, relatos de cañaveral,* de Luis Felipe Rodríguez. Tomado para esta edición de Juan Marinello: *Ensayos,* p. 45. Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1977.

A los hombres de carne, hueso y angustia la sangre les viene de la madre. Hormiga Loca, madre de estas cosas que andan, de estos hombres, les da su propia vida. Como su vida está ordenada, medida, por las torres vecinas, no puede entregar sino una sangre indecisa, temerosa, no puede entregarse sino ella misma. Y Luis Felipe Rodríguez nos entrega a Hormiga Loca. Con ella, sus hijos parleros y resignados —jamaiquinos, portorriqueños, haitianos, dominicanos, cubanos: trópico sudoroso— atentos y obedientes a la mirada rubia de míster Norton.

CUBANIDAD

Esta entrega de Hormiga Loca plantea —y he ahí la marca de su excelencia— el problema de la cubanidad literaria. ¿Lo resuelve también? Habría, para contestar ajustadamente la comprometedora interrogación, que definir qué cosa es la cubanidad esencial tras la que andamos, habría que indagar de una vez dónde reside «el universal criollo».

No pueden faltar los que queriendo resolver sin meditaciones la compleja cuestión, la cortan gordianamente: con que nuestro escritor diga bien lo que ve, todo estará en su lugar. ¿Pero es que se ve lo que se quiere ver? ¿Es que se dice lo que quiere decirse? ¿Y es que puede decirse bien lo que no se aprecia con claridad de entraña, con movimiento libre y desambarazado de los ojos?

En la dificultad, en la imposibilidad de libre movimiento, parece que está el primer obstáculo. El escritor americano es un preso. Primero el idioma. Los grillos sabios de Europa, después. La lengua es en lo literario mucho más de lo que imaginan los gordianos. Si fuese sólo medio expresivo, elemento traductor, no sería cárcel. Sería sierva, no dueña. Pero el idioma es cosa viva, de vida incoercible, inmortal. Como en lugar alguno se advierte en nuestras tierras indohispánicas. La lengua es en nosotros la más fuerte españolidad, el más grueso aislador de lo vernáculo porque nacemos a la lengua como a la vida, sin oportunidad de elección: cuando pensamos, cuando existimos, el lenguaje de Castilla es ya nuestro único lenguaje. Somos a través de un idioma que es nuestro siendo extranjero. A lo largo de nuestra existencia el idioma vivirá ya su vida propia. Sudaremos de echar criollismos sobre la lengua matriz y cuando queramos innovar seriamente el habla derivaremos formas que tuvieron hace siglos vida lozana en Andalucía o Extremadura. O que pudieron tenerla. Es que la sangre claustral que es toda lengua, recuerda fatalmente a sus padres y enniña sin quererlo nietos que se le parecen.

Hasta tal punto es lo idiomático alimento maternal y llave específica, que si penetramos en lo literario español —en el subsuelo alimentador de lo literario español— es por la lengua. Franz Tamayo afirmaba en cierta ocasión que el hispanoamericano no podía sentir *El Quijote*. Creemos que el hispanoamericano, como haya crecido en la disciplina hispánica auténtica, puede sentir *El Quijote* mejor que el español porque está inmerso en la realidad espiritual que la lengua cristaliza en su intimidad y muy parado en la gran distancia que lo hace espectador apasionado. Pero —y he aquí lo que nos importa— cuando se poseen fuerzas para captar las esencias intransferibles de un pueblo y somos un poco ese pueblo. El idioma nos entrega *El Quijote* y *La Celestina* y Quevedo y Gracián a cambio de una sumisión eterna. Pulimos las herramientas en el aprendizaje de lo español y cuando queremos decir lo criollo recuerdan las herramientas los caminos por donde fueron puliéndose. El espectáculo de América, de un mundo en marcha, ha de ser dicho con vieja palabra, con palabra hecha de recuerdos, nacida de un mundo que contempla la carrera transitada. El habla de Castilla, tan cuajada en su rigidez secular, tan cerrada de fieras limitaciones, tan obliterada a las prisas de nuestro día, tan llena de residuos insolubles, ha de traducir una realidad en devenir. No nos sorprendan esos desfiles retóricos —españolísimos— en que, al querérsenos dar la ciudad y el campo criollos se nos aleja de ellos, en que la lengua corre por sobre la tierra nuestra sin fecundarla, en que cada palabra, centro de atracciones consabidas, empuja a la otra a espaldas de lo que va diciendo.

DISCIPLINA DE HUMILDAD

Duro encierro el de la lengua. Pero, si como dice Pedro Henríquez Ureña, «nuestra expresión necesita doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda», parece llegado el instante de intentar vías para ese vigor. No merecen espacio los intentos de resurrección de la dialectal indígena ni el propósito, ya con poca clientela, de independizar de España el castellano de América por la formación de idiomas criollos. La libertad ha de venirnos —creemos— de labrar con mano firme los hierros de la prisión, no de caer en prisión más estrecha y oscura: transformando la entrada idiomática con golpe americano, haciendo cosa propia lo que hasta aquí fue préstamo. ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo meter sustancia criolla en el molde castellano hasta el punto de teñirlo indeleblemente? Por disciplina de humildad, por ejercicio de acatamiento. El castellano peninsular —el de ayer, el de hoy— es reflejo leal de la circunstancia española y de sus esencias vitalizadoras, hijo legítimo de la realidad en que nace. Por esa ingenuidad, por esa lealtad, tuvo virtud para desbordarse de su cauce y calar muy hasta lo hondo la tierra de las Indias. El escritor criollo de ahora, el escritor creador de arte, debe escuchar con serena y amorosa humildad la voz de su campo y de su ciudad: ella trae su tono, su quejumbre, su gozo. En oír distintamente esta voz entre las que salen de la españolidad consustancial, de la resonancia histórica enraizada en el aprendizaje, estará el triunfo del escritor americano.

Pero no basta el voto de humildad, ni recibir en premio la voz vernacular. Precisa saber oírla despojada de esos perturbadores, de ruidos desorien-

tados. Importa, ante todo, aislar de ella lo pintoresco, lo folklórico, lo que es superficie veladora, lo que parece permanente y es efímero. No olvidemos que lo folklórico y lo pintoresco han sido largo tiempo modos engañosos de liberación. Se vio en el idioma lo externo, la letra, los indisolubles maridajes de vocablos; se creyó ver la españolidad —la esclavitud— en el uso de los giros que petrificó el Siglo de Oro. Si en eso residía la supeditación, fácil era quebrantarla: todo quedaba vencido con sustituir fórmulas venerables por fórmulas nuevas. Y se fue a una literatura de palabras, sin ninguna comunicación con lo nuestro. Hecha toda de cadáveres jóvenes. Y vida viva, bullente, insurrecta, era lo que estaba pidiendo a gritos nuestra literatura. Esa vida vendrá de captar lo que está debajo —y lejos— de las espumas (folklorismo, costumbrismo, colorismo), en una lengua austera y leal en que la palabra sea lo que fue en Castilla: huella neta y enérgica de lo expresado.

AMÉRICA, MUNDO EXTRANJERO

«Harto tiempo han estado nuestros poetas en la labor de poner a reposar a sus amantes a las orillas de los arroyuelos, en las praderas y a la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pie de los peñascos, a la sombra de los cocoteros, de los plátanos y de los limoneros en flor...» «Sé que algunos viajeros de buen gusto han hecho pinturas encantadoras de muchas islas del mar del Sur... Pero habiendo reflexionado después, por dicha mía, cuán distante estoy de conocer el clima en que nací, cuán rica, variada, amable, magnífica y misteriosa se presenta la naturaleza en aquellos países...» Estas palabras son de 1787. Se refieren a la Isla de Francia. Las escribió, al frente de su *Pablo y Virginia*, Bernardino Enrique de Saint-Pierre. El confidente y colaborador de Juan Jacobo no poseía el conocimiento cabal del escenario en que iban a gesticular sus encendidos amadores —lo confiesa— pero tampoco le era indispensable. Su idilio americano había de ser —fue— un capítulo de sus *Estudios de la Naturaleza*, un dato más en apoyo de las teorías de su maestro. «Yo he deseado reunir a la belleza de la naturaleza entre los trópicos la belleza de una sociedad poco numerosa, proponiéndome al mismo tiempo demostrar grandes verdades; entre otras: que nuestra felicidad consiste en vivir según las leyes de la naturaleza...» América es para Bernardino de Saint-Pierre un orbe lejano reductible a telón de fondo de sus intentos mesiánicos, sin dejar de ser decoración exótica, cara al impulso romántico. El Nuevo Mundo era, de *Les Incas* a *Les Natchez*, el triunfo de la naturaleza: la selva gigantesca, el río desorbitado, los elementos en desenfreno. El hombre reconstruía su espíritu al contacto de una realidad sin afeites. Así, con esos ingredientes desmesurados y esa esperanza de redención, fue naciendo en Europa una América abstracta que aún se mueve. Ya no la medicina

social. Todavía lo pintoresco natural, ¿*El seductor*, novela cubana de Madame Gerard d'Houville, no es también —en nuestros días— «una pintura encantadora de una isla del mar del Sur»?

El Romanticismo, haciendo de la naturaleza un protagonista con rol prefijado, convirtiendo el paisaje de América en elemento arquetípico, contribuyó poderosamente a alejarnos de nuestra entraña. El europeo nos dio la versión literaria de lo americano. A los Saint-Pierre, a los Marmontel, a los Chateaubriand, pedimos las maneras de anotar la manigua y la pampa. Dejamos las huellas de Garcilaso Inca y de Pedro Mártir, que nos entregaron la lealtad que podían, para recorrer nuestra alma y nuestro paisaje montados en una visión elaborada de abstracciones. Y se produjo un fenómeno de largas consecuencias: fuimos haciéndonos de América —de nuestro mundo— un mundo extranjero. Nos fuimos cuajando fuera de molde. Ahora la prisión del idioma se hacía más estrecha porque la savia viva de lo nuestro huía de una vez de su dominio y las venas retóricas se hinchaban de sangre desconocida.

Llegó a ser tan intolerable el cautiverio, que la reacción llegó con inusitadas violencias. Pretendimos romperlo todo de un golpe audaz. Quisimos hacer americanismo, criollismo, deliberadamente, avergonzados de la rendida y larga servidumbre. Y en arte toda deliberación es alienación. La criolledad *consciente* como en *Zagoibi* nos pelea con lo criollo. Aquí también las cosas nos impiden ver la ciudad y los árboles nos ocultan el bosque. Entre nuestro son recóndito y la letra se alzaba ahora la cháchara campesina, el epigrama efímero, el localismo epidérmico. Y lo que importa es que entre nuestra vida y nuestra literatura no se alce nada. Como no sea el ansia fervorosa de mutua penetración.

EL *DON SEGUNDO*

Abramos por cualquier lugar el *Don Segundo* (sí, el *Don Segundo*, con artículo que anuncie la jerarquía impar), y leamos un capítulo, una página, una línea. ¿En qué idioma está escrito este libro? ¿En qué lengua están dichas las andanzas sobrias y la obstinada masculinidad de Don Segundo Sombra y de su epígono? No en la parla gauchesca, tan traída y llevada por los novelistas del Sur, ni en el estirado castellano de Ávila o de Salamanca, que se rompería los huesos en cada trote del pingo pampero. No. Es un lenguaje que cuajó previamente —y por sorpresa— la atmósfera nutridora. El término criollo no es nunca gauchada en estas páginas. Si lo fuera dolería mucho en la carne tersa y sufrida de estas aventuras. Aquí no hay tipicismo, ni localismo, ni criollería porque para Ricardo Güiraldes el mundo en que mueve Don Segundo su grave ejemplaridad es su propio mundo de escritor

y de hombre. Su mundo de hombre de carne y hueso, sobre todo. El hecho de que Don Segundo haya existido en la vida, «flor de los pagos» del terrateniente Güiraldes, es de una significación cimera. Don Segundo habla siempre desde la letra de su vida novelada como desde la montura de su potrillo redomón. Ricardo Güiraldes supo oír, simplemente a Don Segundo «Mirá —dijo mi padrino apoyando sonriente su mano en mi hombro—. Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla.» Este modo no es cubano sino argentinísimo. Y, a pesar de ello, cómo nos aleja de España, cómo nos alumbra súbitamente un camino hacia nosotros mismos transitado apenas. La americanidad es aquí una manera —la única manera— de humanidad. *Don Segundo Sombra* es una batalla ganada al imperativo idiomático con las mejores armas. Las armas de la humildad discipular, del acatamiento incondicional a la voz desnuda de América.

¿Pero no habrá, para la grandeza de este libro, alguna razón de más cuantía que el hallazgo idiomático? ¿Por qué se ha dado aquí con un modo expresivo que nos lo hace entrañable?

HISPANOAMÉRICA, CONTRADICCIÓN

Carlos Alberto Erro, en un libro rico de afiladas sugestiones, quiere dar con el «ritmo irreductible y último del alma criolla». Para lograrlo intenta descubrir lo inseparablemente distintivo de nuestros pueblos. Para él Hispanoamérica es una fuerza en marcha ascendente, un Continente en realización, un «mundo que nace». El porvenir —dice— no es para nosotros un mañana que nunca llega sino un mañana que está de continuo deslizándose y convirtiéndose en presente. El europeo —anota— muere en el paisaje que le reveló la vida. El americano ve transformarse a cada instante su medio sustentador: la aldea se vuelve ciudad a su vista, el campo de ayer es ya aldea con ímpetu y deseo de ciudad. En esta transformación apresurada el hombre de América es partícula activa. colaboradora del paisaje. El arte americano ha de salir contaminado de dinamicidad y porvenir.

Pero —y he aquí la superlativa contradicción— el americano, como advierte sagazmente Erro, dista mucho de ser el hombre poseído de pasión porvenirista, el gozador consciente de la juvenilia alborozada que lo cerca. La transformación de América parece producirse a contrapelo del americano, a pesar de él. En el caso argentino —sobre el que Erro hace incidir más enérgicamente la luz de su examen— la contradicción es particularmente significativa: la pampa es en buena parte un camino que anda hacia lo urbano; en ella crecen con pasmosa celeridad industrias, poblados, ciudades.

Aquella visión profética de Sarmiento en *Presente y porvenir*, aquella ordenada confusión de movimiento y de progreso: urbes, fábricas, barcos, ferrocarriles en febril contracción creadora, se está realizando en el Sur. Y frente a ese crecimiento pasmoso, el criollo de Buenos Aires y de Córdova es melancólico y descreído y el gaucho no ambiciona mudar en calles sus senderos. Al movimiento civilizador, transformador, opone el hombre de ciudad un elegante fatalismo, un dejar pasar sin entusiasmo la corriente vitalizadora. El hombre del campo se arrellana en su espectación austeramente irónica: su lírico apego a la tierra se duele resignadamente del resorte técnico que le roba la pampa.

El análisis de Erro padece del error frecuente de juzgar la América indohispánica por la salud argentina. Pero entrega, veámoslo, una gran verdad. No toda Hispanoamérica es pujanza poderosa, pero todo criollo es irónicamente escéptico cuando descansa de ser triste. El espectáculo del progreso material —Argentina— no le mata la duda; el momento de trágica indigencia —Antillas— no le apaga la burla. Hay, pues, un hecho permanente y universal en lo criollo: *la postura irresponsable ante la circunstancia*. El fiero individualismo jerárquico del español, su sentido feudal de lo económico, se han maridado en nuestras tierras al quietismo del indio —extranjero a la cultura envolvente como a la llegada de Cortés— y a la imprevisión risueña y alborotada del africano. Y cada una de estas posturas vitales —anótese— es contraria, opuesta, a una energía machihembrada en la naturaleza joven, a un esfuerzo consonante con la posibilidad ilimitada de un mundo inexplotado. Las sangres enlazadas en el caudal hispanoamericano son las necesarias a engendrar un espectador sin ligamen umbilical con su dintorno. En lo literario se advierte como en ningún aspecto. No tiene la Argentina el exaltador de su grandeza (*La Oda a los ganados y a las mieses* es, como la famosa de don Andrés Bello, buena oratoria agrícola). Todavía no ha nacido en el Sur «el diestrísimo cazador de los nuevos motivos que el tiempo planta en América con desusada velocidad.... el poeta fuerte, religioso y enérgico». Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Nicaragua, Haití, no han parido aún la voz magna traductora fiel de sus agonías.

Cuando la masa activa de un grupo no se siente unida por la entraña a su destino, el escritor —que para serlo de veras ha de respirar a pecho inflado el aire patético de su más cercana humanidad— toma hacia la erudición o hacia el virtuosismo. Si la lengua y la cultura no han cuajado en su cercanía, la evasión es total. Sin olvidar que el cuentista, el novelista, el poeta y el pensador son parte de la masa desentendida de su mañana y reflejo de la evasión previa que está en la propia masa.

LA HUELLA DE LA HUIDA

Pero cabe, por aquella disciplina humilde que dijimos, ir al menos a la expresión leal de nuestra deserción. El hombre puede huir de su porvenir, renegar de su vecindad, pero en el mismo gesto de renuncia estará la marca de su origen. El ademán elegantemente desilusionado del hispanoamericano es sólo de él; es inútil buscar en Europa o en Asia, «la tristura, la inmóvil burlería, la insinuación irónica, únicos sentires, en decir de Jorge Luis Borges, que un arte criollo puede pronunciar sin dejo forastero». *Don Segundo Sombra* es la mejor prueba de ese inconfundible gesto de abandono que vive en nuestra gente. Los días de Don Segundo son iguales —porque es Don Segundo quien hace las horas a su imagen y semejanza— al paso que los amaneceres de la pampa se sorprenden de los cambios inesperados. La carrera de Don Segundo es una retirada —dignísima— ante la energía gringa, intrusa, odiada y omnipotente.

En la reproducción de nuestro fatalismo riente, como ande por medio la fuerza exaltadora del arte, puede estar el inicio de una fusión gozosamente fecunda con lo nuestro. Cuando la masa actora se reconozca en el cuento, en la novela, en el poema y en el ensayo pensador, cuando aquilate, por obra del arte, su grave extranjería y el mañana desolado que su deserción le está acercando, empezará a meter reflexión entusiasmada en su melancolía y alegría viril en la frivolidad de ahora. Y el arte habrá cumplido en América su mejor trayectoria.

ARTE, POLÍTICA

Pedir al escritor nuestra resonancia fiel a la huida americana, lealtad a la pugna dolorosa de sentirse cuerpo extraño en la carne propia, es pedirle honda preocupación política. Veamos cómo debe entenderse esta preocupación, cómo deben conjugarse estos términos de atracción irrefragable en nuestro día: arte, política.

¿Muestra lo político el quilate irreductible de un grupo humano o sólo una esquina ocasional del criterio colectivo? Los mejores observadores del XIX atisbaron el alma criolla a través de la conmoción que produjo el ansia de independencia política. La revolución contra España fue, innegablemente, oportunidad de sublimación de muy significantes aristas espirituales del criollo. Pero la impronta de la Independencia en el almario hispanoamericano no es toda Hispanoamérica. Alrededor de la marca bélica quedan bordes intocados de muy viva luz. La obra militar (lo ideológico no interesa porque no fue más que una manera de disparar contra los maturrangos), juntó a los americanos en la uniformidad superficial de lo multitudinario, los hermanó por la nota común del sacrificio a un propósito libertador. Callado el cañón salieron a flote las diferencias concordantes que entregaron al fondo caliente de la criolledad, las que ahora se están aislando y ponderando por los más penetrantes clínicos y los más doctos terapeutas.

No es la inquietud pública de hoy de igual naturaleza que la que nos levantó contra España. Debajo del ademán heroico de San Martín, de Sucre, de Páez y de Céspedes, había sólo un gran anhelo negativo, superficial, por tanto. Bolívar y Martí movilizaron las mejores voluntades para librar a América de un peso entorpecedor, para cortar los grillos que entrababan el natural desarrollo de estos pueblos. Y no es que faltara en los hombres guiadores previsión de la realidad postguerrera. Conocemos presentimientos agudísimos de Bolívar. En Martí el don profético de lo cubano, de lo hispanoamericano, es una arista frecuente de su genio. Pero estos miedos y premoniciones no podían llegar a la masa realizadora. Ésta sólo aprehendía la pasión que la echaba contra el gobernante extranjero. (La táctica modernísima que aconseja claridad y brevedad en la consigna ya la practicaban nuestros padres.) Al ejército rebelde se le ordenaba caer sobre los cuadros peninsulares, no meditar largamente sobre el régimen de las futuras repúblicas. La objetividad rampante del intento, lo preciso de la órbita a recorrer, lo externo de la labor, mantuvo lejos de la peripecia intimidades trascendentes. El ruido del combate amortiguó sones recoletos en que residía lo intransferible. El criollo era para el espectador de entonces —y para el de ahora— un ser noblemente gesticulante disparado por los llanos o cayendo desde los montes sobre una columna española. Y el criollo —el que peleó y el que no peleó— fue eso sin dejar de ser mucho más. Quien tuvo envergadura de observador auténtico para librarse de la trompa bélica, sin dejar de oírla en su momento, señaló el camino de real conocimiento. Hay más criollismo de ley en una página del *Facundo* que en mil estudios eruditos y hasta lúcidos de la emancipación americana y más experta cirugía profunda en el *Gaspar Ruiz* de Conrad que en los análisis deliberados de Ricardo Rojas.

La guerra contra el español era un paso previo *para ser*. Se dio el paso heroicamente. Ahora el ansia colectiva —política— está *en ser*, en existir como grupo amarrado al ayer por raíces tradicionales y bien empujado al mañana por las vías de un destino común. El grito civil de ayer era grito de recién nacido que apartaba las mantas para poder respirar. El grito de ahora es grito agonal, porque la agonía es el combate para no morir. De ahí la resonancia inusitada del grito de ahora, su temblor profundamente humano, su fuerza omnicomprensiva. Ya no peleamos como cubanos, como

venezolanos, como chilenos, para empezar a vivir, sino como hombres enfrentados a una gran encrucijada de la historia que quieren salvarse.

En los centros más alejados de la fuerza anquilosadora, o más pertrechados para enrostrarla por el momento —Brasil, Argentina, quizá Colombia— queda todavía espacio y ánimo para sustraer lo intelectual del imperio trágico. Allí todavía lo político es *política*. En las Antillas y en Centro América lo político es lo vital. Y lo literario. o es parte de lo vital o sólo existe para el literato, que es una manera de no existir. Ensambladas en Cuba la fatalidad económica de ayer —que nos dio un pueblo en infancia civil— y la fatalidad económica de ahora, que encuentra en esa infancia el mejor puente de su fluido agotador, el escritor no puede ser más que un vehículo de la terrible agonía. El argumento, tan esgrimido, de que sólo al escritor de cierto tipo incumbe la captación de lo político, cae sin vida al reiterarse que aquí ya no hay política sino un barco que se hunde con todos sus tripulantes. Y a los náufragos no les está permitido gozarse en la contemplación del cielo.

CUBANISMO UNIVERSAL

Pero ¿uncir nuestra expresión artística a la angustia local no es un modo de ablación, no será cortar las alas a nuestro escritor condenándolo a un localismo infecundo, a un arte alejado de toda superior entonación universalista? De Severo García Pérez son estas palabras: «¿A qué ese intento de caracterizarnos por el apego a ciertas manifestaciones secundarias del peculiar ambiente cubano? Inscribir los amplísimos círculos del arte teatral o del novelesco dentro del perímetro regional puede ser una desviación inconsciente e infructuosa.» Cierto. El arrimo a ciertas manifestaciones secundarias sería intento suicida y camino seguro hacia el costumbrismo, comínero, es decir, hacia la criollada. Y si indagamos en lo americano, en lo cubano, una plena genuidad de expresión no es para rebajar el tono de nuestra obra ni para detener el impulso que ya batalla contra la provincia, y contra la aldea. Creemos, con Severo García Pérez, que «lo trascendente no acuña las monedas del arte sino cuando éste rebasa las sierras nacionales, alcanzando las cumbres señeras donde apresa los ideales universales y les proporciona la encarnación plástica definitiva». Pero, las sierras nacionales no se rebasan sino transitándolas con pie muy amorosamente sentado sobre sus lomos, ni se alcanzan las cumbres señeras sino cuando vamos alimentados para la larga ascensión de jugos muy nuestros. Decir la peripecia en sí misma, sin penetrar su sentido ni hallarle el acorde circundante, rebajarla a la ínfima categoría de noticia literaria es, innegablemente, someter lo artístico a una regresión lamentable sin ventaja para nuestro caso

vital. Ver en nuestra tragedia un gran dolor en que lo específico sea dicho con la voz del hombre del trópico —con esa voz todavía vacilante de conformismo y de choteos—, desnudar la tragedia con economía epopéyica, mostrarla al mundo listada de sangre y de fatalidad, es acercarse a las cumbres señeras y subirnos a nuestro destino de hombres escritores y dar al mundo lo mejor que poseemos.

Ninguna obra de grandeza permanente se ha producido sin el buceo limpio y cálido en la intimidad intransferible del hombre. Pero del hombre en un recodo de la tierra y en un día de la historia. Hasta ahora, lo humano sólo ha podido mostrarse hiriendo muy en lo hondo un costado del mundo. Todavía la pupila lectora no ha logrado libertarse de la cercanía cordial. Sólo por la fisonomía que dan el instante y el lugar es posible tocar la hombría trascendente. El poder genial no es más, en última instancia, que la fuerza para reunir en un tipo egregio la intimidad presentánea de muchos hombres sin pérdida de la sangre patética de ninguno. Don Quijote es más real que Cervantes —como ha probado cumplidamente don Miguel de Unamuno— porque su españolidad eterna se integró con las esencias determinantes de lo español en el día de su encarnación. Para lograr un puesto en la cancha difícil de lo universal no hay otra vía que la que nos lleve a nuestro cubanismo recóndito, que, por serlo, dará una vibración capaz de llegar al espectador lejano.

En cualquier círculo de nuestra actividad colectiva, en el que imaginamos más alejado de lo político, alienta el tembor de nuestra agonía y puede de una real potencia creadora darnos la calidad esperada en el paraje menos propicio. Las aproximaciones notables no son raras entre nosotros. Carlos Loveira —cuya garra poderosa estamos añorando desde que se fue— nos entregó en *Juan Criollo* rutas de no superada cubanidad que no deben cerrarse. En *Juan Criollo* se recogen salpicaduras de nuestro maloliente mosto colonial: blanco egoísta, indolente, hipócrita de su amor senil, crueldad del blanco y del negro. Y la lírica turbulencia heroica del 95, la irresponsabilidad manirrota y compadrera de la República, la entrega suicida al oro yanqui... El héroe pecador de Carlos Loveira vive penetrado a toda hora por la ocurrencia pública, movido por la realidad cambiante que él mismo encarna superlativamente. Pero Juan Criollo es un héroe retrasado. Su padre literario lo fue haciendo en cada tropezón, por el camino de diente-perro. Juan Criollo escribe sus memorias un poco sordo —ahorros en el National City y cuenta abierta en El Encanto— a la realidad terrible que se le viene encima. Juan Criollo es un vencido, un testigo, no un protestante del fracaso cubano. Si viviera *su* agonía sería un héroe pleno. Su agonía ya se ha producido al *ser*. Ha preferido enterrar sus muertos de antemano, calientes aún. Una obra de enérgica simplicidad, arquitecturada a grandes planos matrices, más emplazada en lo actual, más cargada —o mejor cargada— de fatalidad histórica, en que las peripecias hubieran sido afluentes a un caudal por el que corriese sin remansos nuestro vencimiento.

y nuestra gesticulación inútil, nos hubiera redimido de esta penuria de esfuerzos americanos —humanos a fuerza de cubanidad— que estamos padeciendo.

Ningún país de América posee como Cuba elementos vernáculos propios a la obra de inusitada estatura. Hierven en la fiebre cubana instantes caldeados por el color de la piel y del espíritu que ensamblan con fuerte relieve en el ritmo universal en que vamos trepidando. Nuestro campo brinda, como campo alguno, atmósfera y motivos inexplotados. El cañaveral es más dramático que la mina porque mata más despacio y más desolado que la fábrica porque en él no hay más que un golpe de mocha, eco de sí mismo. Tiene el Ingenio una monstruosa unidad que le ofrece un poder inigualado. Desde la fiera jerarquía racial hasta el mando sin límites sobre el colono lejano; desde el derecho de expulsión hasta el control del pensamiento íntimo del vecino. El plantío de guineos reproduce, a pocas horas de New York, el aduar africano con su miseria desarrapada y agresiva. La vega, agobiada por el trust, el barracón promiscuo, la autoridad republicana *igualada,* el juececillo complaciente, el Cabo dócil al guiño del americano... el poderío desahuciador que se filtra por cada hendija del bohío, por cada trillo, por cada ceja de monte, por cada palmar romántico, por cada alma desolada... y un pueblo aturdido en su derrota buscando en vano una salida entre las sombras.

ESTE LIBRO

Luis Felipe Rodríguez es el más fiel de nuestros cuentistas mayores. Este libro continúa un viejo y ahincado empeño de cubanidad. No recuerdo cosa de este escritor que traduzca el latido extraño. Toda su obra está volcada con pegajoso amor sobre nuestro campo, sobre nuestra aldea, sobre nuestra ciudad provinciana. Hernández Catá y Carlos Montenegro —ejemplos de innegable poder— han vivido lejos de nuestro calor guajiro, hundiendo sus plumas en carne de ciudad, siempre manchada de roce extranjero. Para Luis Felipe Rodríguez el Manzanillo natal y los llanos circundantes han sido la envoltura maternal de su arte. Sale ahora de su mano Guacanayabo ganoso de aires libres de montaña, de abrazo a pulmón roto con la sierra. Pero la sierra se ahoga entre los mares de caña rindiendo su libertad bravía al ataque del llano. Marcos Antilla le sale al paso al escritor. Va huyendo hacia el cañaveral, lanzado contra el corte, desprendido hacia la muerte, pero con la sonrisa resignada y cínica. Lo sigue Luis Felipe Rodríguez y queda en lo adelante anotador anheloso de la diaria aventura de su héroe. Como su aventura es la de su vecino, Marcos Antilla levanta el telón de la tragedia al descubrir su sonreído y miserable ajetreo. De ahí que estos cuentos se suban sobre sí mismos y Hormiga Loca grite desde ellos un dolor que no es de Marcos Antilla. En ese dolor agonal debemos encontrar mañana a Luis Felipe Rodríguez. Gran cosa si en su expresión lo acompañan los que tienen coraje limpio para ello. Entonces —cuando elevemos a su real categoría nuestro caso humano— se nos verá como una herida profunda en el pecho de América. Se advertirá el correr lento e incesante de la sangre. La sangre será cálida y oscura. Pero sangre al fin. En ella estará nuestra medida. Y el riego necesario para renacer a una vida dueña de sí misma.

Presidio Modelo, Isla de Pinos, mayo de 1932.

EL INTELECTUAL CUBANO FRENTE A LA REVOLUCIÓN*

El intelectual es entre nosotros lo que en todas partes: un hombre parasitario, sin rol activo en el proceso de producción, servidor de los intereses dominantes y partícipe, aunque en porción pequeñísima, de los beneficios que ofrecen la estructura social a que sirve. Las cosas no pueden ser de otro modo. Una etapa económica trasuda un tipo de cultura, hasta ahora forzadamente clasista. El intelectual recibe esa cultura, que lo forma, en centros educacionales que deben su existencia a esa realidad económica y que viven para defenderla y fortalecerla. Si fueran ciertas las tesis idealistas, los intelectuales —que por su especial preparación advierten antes que muchos la injusticia social—, serían siempre los grandes batalladores por la verdadera libertad del hombre. Lo cierto es que como pesa sobre ellos la fatalidad del hecho económico y saben que no integran, como el proletariado, una fuerza capaz de cambiar los factores productivos, se dan por vencidos de antemano y se acogen pronto al sagrado de los dueños del dinero. Se trata, simplemente, de un impulso biológico, de un deseo de vivir, de un movimiento de propia defensa. Imaginemos por un momento en una selva africana un pequeño grupo de hombres blancos, débiles y agotados por larga peregrinación, que se ven de improviso situados entre una masa esclava e inerme y media docena de reyezuelos de mano dura y garrotes temibles. Al minuto de advertir los hombres blancos esta posición, podemos asegurarlo, han pactado alianza con los reyezuelos. Una hora después les están barnizando los garrotes. Al día siguiente le han sacado brillo a las uñas aguerridas, sin quitarles los filos taladradores. Entre este hecho y el que comprobamos en cualquier medio civilizado —Londres, París, La Habana—, hay diferencias de grado, no de esencia. El intelectual teme que con la gran masa esclava —el proletariado—, no tenga más que esclavitud y sabe bien que

* Palabras pronunciadas en el IV *Congreso Obrero* de Unidad Sindical. Tomado de *Bohemia,* año 26, p. 3. La Habana, 21 de enero de 1934.

posee fórmulas eficaces que puede vender a buen precio a los reyezuelos de la economía. La elección no ofrece duda para el intelectual. Con un recto sentido materialista sería infantil denostarlo o justificarlo. Debemos solamente clavarnos muy hondo el hecho y no olvidar en momento alguno que, por estas causas, es el intelectual —salvo excepciones que por su rareza hacen incontrastable la regla— un enemigo natural de los hombres oprimidos. Claro que si decimos esto a un intelectual, si lo situamos frente o lejos de la Revolución verdadera, pondrá el grito en el cielo y nos llamará sectarios y fanáticos. Agregará —en párrafos probablemente muy bellos— que el dolor del pueblo encuentra en su pecho muy honda resonancia y que él también lamenta y maldice la fisonomía actual del mundo. Lo que no será inconveniente para que siga prestando la fuerza de su mente a los que producen el dolor del pueblo. No hay que decir que cuando los reyezuelos están a punto de ser vencidos por la masa —cuando la masa llega a la conciencia de su poder— los intelectuales abandonarán a los reyezuelos y seguirán con la masa dominadora. Así lo impone la condición parasitaria que ya dijimos. Entre nosotros tenemos una enseñanza de mucho interés a pesar de su inactualidad: la de los movimientos contra el dominio español. Como se sabe, salvo José Martí —excepción magnífica— los intelectuales de mejor talento fueron autonomistas como hoy son abecedarios. España mandaba. Había que estar con España. Hoy manda el capitalismo financiero de los Estados Unidos. Hay que estar junto al capital financiero. Pero, se produjeron las guerras llamadas de independencia y todos los intelectuales aparecieron republicanos, demócratas y mambises. Y aquéllos que, como Rafael Montoro, habían maldecido una y mil veces el separatismo y la República hicieron acto de contricción y empezaron a vivir de la República y de los caudillos separatistas que la mandaban. Comenzaron pronto a elaborar fórmulas para la mayor gloria y estabilidad de los jefes nuevos. Y desde luego, también a engrasar las armas para acallar las inquietudes de más amplio radio que ya asomaban.

Es muy interesante observar cómo desde que en el mundo luce la verdad marxista, la mayoría intelectual ha redoblado su esfuerzo defensivo, decidida a ocultarla, a retrasar su llegada mediante hábiles obstáculos. En la medida en que la Revolución se acerca, se afina la destreza de los intelectuales para encontrar modos de detenerla. En realidad, lo hacen por dos razones: para ser bien mirados por los amos de la economía y también por la vana esperanza de escamotear la Revolución a las masas y quedar dueños del Gobierno. Claro que los más avisados, los más estudiosos del marxismo, saben que por sí solos no pueden mandar y van a esa maniobra chalanera que pretende enrolar en una misma lucha a trabajadores manuales e intelectuales, no con un sentido clasista, sino como un propósito transaccional. Como si los trabajadores e intelectuales tuvieran, en cuanto son explotados. interés distinto del obrero. Si los intereses son comunes y la opresión la misma, es absurdo no entregar la dirección de la Revolución a la única fuerza que tiene posibilidad de dirigirla y llevarla al triunfo: el proletariado. Pero cada época trae en la acción pública de los intelectuales modos específicos. Ahora

aspiran a quedar dueños del campo en una corta interinatura, en tanto llega el definitivo triunfo de las masas. Véase cómo actúan. Tomemos por ejemplo el APRA. Los dirigentes del APRA saben que existe todavía, por desdicha, buena cantidad de obreros sin definida y eficaz conciencia de clase y que, por otra parte, hay en cada país un sector pequeñoburgués que vive aterrorizado ante la inminencia del triunfo proletario. De estas dos circunstancias hacen los apristas su camino. Dirán a los obreros que bajo su mando cambiarán sus tristes condiciones de vida. A la pequeña burguesía prometerán que si apoyan al APRA quedará alejada la oportunidad comunista. Es decir, que los intelectuales, dando un paso más en su condición parasitaria, ofrecen a la clase dominante una fórmula por la que sus intereses fundamentales —la organización capitalista— quedan a salvo. Y, de paso, se suben los trabajadores intelectuales al poder. Esto es tan divertido que no vale la pena acatarlo con seriedad. Digamos, sólo, que bien saben los directores del APRA que serán, llegados al mando, delegados del poder económico al que han prometido oportuna defensa. Y que la masa obrera seguirá siendo la sustentadora de ese poder.

Para un marxista todo momento es revolucionario porque es punto de un proceso dialéctico y toda coyuntura es susceptible de disponerse, de aprovecharse, para el triunfo de la Revolución. Pero no puede negarse que hay instantes como el de ahora, en que se afilan las aristas, en que se descubren mejor los datos del proceso, en que se puede, con más información que de ordinario, advertir el instante próximo. Cuba vive un momento extraordinario en la pugna revolucionaria del mundo. Esto lo aceptan aún los interesados en callarlo. (Hace pocas noches me mostraba un compañero noruego cómo la prensa conservadora de aquel país se ocupaba con muy seria inquietud y no disimulada alarma, del actual momento cubano.) Es que, como ha precisado admirablemente Rubén Martínez Villena, las contradicciones capitalistas tocan en nuestra isla proporciones inigualadas y una gravedad que exige, que grita, una solución de raíz. El imperialismo, como etapa terminal del capitalismo, está dando en Cuba una de las más fieras batallas de la historia. Ahora, en el comienzo de esta zafra que será memorable y decisiva, se advierte con claridad la importancia del instante. El Imperio, con sus reservas quebrantadas, con una formidable descomposición interna, pretende sostener a su colonia de Cuba en una situación de miseria que le permita mantener por algún tiempo todavía lo que le queda en su seno de aristocracia proletaria. El Gobierno de Batista ofrece al Imperio para estos fines ametralladoras que ya se han ejercitado en carne obrera. Pero los trabajadores todos, los azucareros y los de otras ramas de la producción, no están dispuestos a seguir en condiciones de desangradora feudalidad. ¿Qué salida, si no la revolucionaria, cabe a situaciones como ésta? O con el poder económico de los Estados Unidos y contra los trabajadores cubanos, o con las masas criollas y contra Wall Street.

¿Qué actitud han tomado frente a este grave dilema los intelectuales de Cuba? Un grupo pequeño, pero honrado y leal, hay que decirlo, está con

las masas. El mayor número se mantiene junto a quien las oprime y despedaza. Hay que reconocer que estos intelectuales andan desasosegados y sin respiro, tratando de contener un oleaje de ímpetu incontrastable. Parece que quieren caer fieles a su rol. En realidad están cayendo ya. No les ha sido posible, por la violencia de nuestro proceso, mantener en ciertas capas retrasadas la ilusión de una democracia honesta y eficaz. No han tenido ocasión de adiestrar en luchas de parlamento y ateneo un cuerpo de hábiles embaucadores. Se han visto forzados a enseñar las cartas antes de empezar el juego. Han sido poder —los intelectuales «auténticos» y los del A.B.C.— y han mostrado hasta la entraña la debilidad y falsía de sus afirmaciones. A falta de criterios enraizados en la profunda verdad económica, se encastillaron en relativismos infantiles. Política nueva, política decente, dijeron los abecedarios... y Menocal y sus iguales son ahora sus compañeros. Llamaron a la juventud a combatir al yanqui y aceptaron después la Mediación y ahora lo esperan todo de Caffery, el asesino de los bananeros de Colombia. Que la capacidad decida de los puestos de alta responsabilidad... Y revólver en mano asaltaron las oficinas y entre compadrazgos dignos del vazquezbellato[1] se sentaron en los más delicados cargos. En las masas laboriosas dijeron asentar su poder los intelectuales de Grau San Martín, y cuando no las ametrallan las dividen con leyes fascistas. Enarbolaron un antimperialismo palabrero, sin enjundia ni sentido económico, y ahora pactan con las corporaciones yanquis una zafra de sangre. Y todavía quieren que el trabajador tenga fe en el intelectual y se entregue en sus brazos...!

Yo quisiera, compañeros, si mi voz pudiera tanto, llamar desde aquí, en un llamado último, a los intelectuales de mi tierra y hacerles abrazar la verdad. En otra época lo hubiera intentado. Ahora los hechos me han enseñado mucho. Creo, sí, en el estudiante, que al iniciar su vida, salta sobre el imperativo económico de su clase y pone su hombro junto al del obrero en el derribo de un mundo abominable. En el estudiante aún no se ha fraguado una mentalidad burguesa sometida a un orden ya superado. No creo en el intelectual que advirtiendo —y sus talentos lo obligan a la advertencia—, que ya no caben en Cuba más que dos posturas netas y definitivas, deja de tomar la única que está enriquecida de verdad y de sentido humano. Quien no quiere oír es siempre el sordo peor. Ya los despertará el clamor del triunfo proletario.

1 Se trata de Clemente Vázquez Bello, uno de los «incondicionales» de Machado, quien ocupó la presidencia del Senado durante la tiranía machadista. Murió en un atentado el 27 de septiembre de 1932. *(N. del E.)*

ASPECTOS DE UN PROGRAMA CONSTITUCIONAL*

(De la Conferencia pronunciada a nombre de «Unión Revolucionaria» en el ciclo de charlas sobre los Proyectos de Constitución organizado por el Club Atenas.)

DEL PREJUICIO RACIAL EN LA ECONOMÍA Y EN EL TRABAJO

El prejuicio con el hombre negro, por ser un hecho genérico en la vida cubana ha de tener manifestación trascendente en lo económico y, de manera especial allí donde la economía actúa más cerca de las circunstancias personales. No es el momento de gastar tiempo y razones para descubrir el origen del prejuicio y su naturaleza verdadera. Una oportunidad constitucional es resolución sintética y eficaz de grandes cuestiones. Y yo sospecho que no hemos venido aquí esta noche a elaborar tesis sino a coincidir en soluciones. Veamos cuáles deben ser en el criterio de Unión Revolucionaria.

Una sociedad escindida, segmentada por la raza, integrada por un sector dominante de piel blanca y un grupo subalterno de piel oscura, ha de ser por fuerza un organismo dispuesto a gravitar sobre el grupo tenido como inferior, a escatimarle a éste aquellas posibilidades que lo puedan sacar de su condición subalterna. Esta realidad, de tan hondas raíces en nuestro caso nacional, ha de manifestarse más clara y objetiva en aquello que es sustentáculo de lo colectivo, en el esfuerzo productor que debía significar el sustento y la mejoría de cada individuo.

La discriminación del negro en todas las esferas del trabajo es evidente en Cuba. El enorme grupo de blancos que estiman el color de su piel como una distinción privilegiada, dominando en la vida nacional, mantiene al negro en las labores más oscuras y miserables. Y como estas labores por su misma utilidad son las peores retribuidas, tal discriminación determina incalculables y dolorosas derivaciones; significa una injusticia flagrante porque estorba que gentes capaces ocupen los puestos que debían, pero, además, se mantienen con ello, con la retribución mísera y la consideración ínfima, en la miseria más definitiva a quien sufre tal injusticia. Con esta preterición se impide el mejoramiento personal y colectivo del negro cubano —ya sabemos que la superación no se logra en las sociedades capitalistas sino por medios económicos—, y se mantiene al grupo en perenne invalidez, como gente maldita que ha de seguir siendo el escalón sufrido de las aberraciones de otros

* Publicado en *Los Partidos Políticos y la Asamblea Constituyente*, pp. 129-145, La Habana, 1939. Tomado de *Órbita de Juan Marinello*. Selección y notas de Ángel Augier, p. 301. Ed. UNEAC, La Habana, 1968.

hombres. Situado el negro en esa condición miserable, es, por fuerza, cifra humana gravitando hacia vicios y corrupciones que no son, como tanto proclama el egoísmo blanco, específicas y connaturales del hombre de piel oscura, sino sencillamente realidades ineludibles de todo grupo humano que queriendo y debiendo vivir encuentra cerradas las puertas de la vida.

Ya sabemos que la verdadera incorporación del negro a la actividad nacional se producirá por cambios integrantes en la organización económica y política de la vida cubana. Es cierto, pero no lo es menos que todo lo que contribuya a mejorar un punto la condición del negro le va otorgando claridad sobre su esclavitud, y por lo tanto, adelantando la solución final de su problema. De ahí que nuestro proyecto de Bases haya elevado toda discriminación en el trabajo a la categoría de contravención constitucional expresándose en su Base primera que es anticonstitucional toda costumbre, disposición o acto, que impida el derecho de los ciudadanos de cualquier raza a pasear o transitar en lugar público, a utilizar los servicios de los establecimientos públicos de toda índole o de los centros de enseñanza, y a desempeñar empleos en cualquier rama de la administración, del comercio y de la industria. Dentro de los seis meses posteriores a la promulgación de la Constitución el Congreso votará una Ley en que se determinarán las penas que correspondan a los que violen sus disposiciones o quieran evadirlas encubiertamente.

Pero estima Unión Revolucionaria, y ahí está para probarlo la Base 17 del apartado correspondiente a los derechos del trabajo, que no basta ni la declaración justa y gallarda sobre la igualdad ciudadana ni tampoco la penalidad justiciera al que la quebrante. La cuestión negra es tan trascendente, su presencia hiere tan gravemente la democracia cubana, que estimamos que debe producirse, especialmente en el campo de la economía y del trabajo, una firme intervención estatal en la actividad privada. Bien sabemos que muchas gentes se levantarán contra esto y pondrán el grito en el cielo de su interés. Cada quien dirá que puede emplear en su industria, comercio o explotación agrícola a los hombres y a las mujeres del color que más le agrade. Y seguidamente hablarán de una democracia que consiste en que cada cual haga lo que le venga en ganas, y nosotros diremos que hemos traspasado ya la etapa romántica, idílica y lírica de lo democrático. Lo que queremos es, precisamente, que haya democracia y no puede ser contrario a un régimen, sino consustancial con su existencia que sea útil e indispensable para realizar tal record. Hace muchos años que aquel cínico absoluto que se llamó Talleyrand formuló para la política internacional que la no intervención significa aproximadamente lo mismo que la intervención. Y Carl Schmitt, recordando la frase ingeniosa y veraz y refiriéndola a las cuestiones constitucionales de la que es especialista eminente, expresa que en nuestro tiempo la no intervención constitucional no es otra cosa que una intervención a favor de los que en un momento dado son más poderosos y más desaprensivos. Una nueva Constitución cubana ha de ir enérgica y decididamente al ataque del prejuicio racial en todos sus aspectos y ha de intervenir en el campo del trabajo, como lo determina nuestro proyecto de Bases, que pide la garantía de la participación del trabajador negro en todas las ramas de la actividad cubana y en la justa proporción con que está representado en el censo de cada provincia. Esta participación debe ir desde lo agrícola a lo industrial y desde lo mercantil hasta lo burocrático. Un Estado cubano que se pueda decir democrático sin rubor no puede seguir viviendo esta farsa grotesca de aparecer en nuestra representación como pueblo de blancos cuando no somos tal cosa. Un poder cubano de veras revolucionario y popular está en la obligación ineludible de dar sustento y mejoramiento a todos los hombres de esta tierra con exclusión cierta del color de la piel. Es ese el Estado y el Poder que quiere, para Cuba, Unión Revolucionaria.

INMIGRACIÓN Y PREJUICIO RACIAL

Pocas palabras diremos sobre la cuestión inmigratoria. Nuestro criterio está expuesto en más de un documento y en el tantas veces citado Proyecto de Bases. Nos alienta, está dicho y reiterado, el más auténtico sentimiento de confraternidad humana; para nosotros merecen estimación justa los hombres de todos los rumbos, pero nuestro deber político nos fuerza a realizar el beneficio de la masa cubana. Nuestra organización económica, y de modo especial la duración brevísima de nuestras zafras, han ido produciendo, con el jornal miserable, el desempleo creciente. Suman ya muchos miles los cubanos que no encuentran oportunidad de trabajo. En tales circunstancias nuestro criterio sobre inmigración ha de ser restrictivo. Limitar los brazos extraños es hoy uno de los modos de mejorar la condición de la masa cubana. Y no hay que decir que ni ahora ni en momento alguno estamos por la introducción de trabajadores contratados, procedimiento que reproduce en nuestro tiempo circunstancias que parecían agotadas con la trata esclavista. Véase a este respecto la Base correspondiente de nuestro Proyecto.

Una excepción debemos significar. El Estado cubano, a igual que el mexicano, debe recibir cordial y francamente a los perseguidos políticos por los regímenes totalitarios y antihumanos. Con ello, si se procede con justicia y resposabilidad estricta, no se hiere la posibilidad de trabajo del cubano y se reitera y conforma nuestra postura democrática y se ilustra una vez más nuestra tradición liberal.

Pero, las condiciones no sólo pueden sino que deben cambiar en este punto. Quizá mañana, ojalá mañana, llegue a tanto nuestra vitalidad económica que precisen brazos y energías cuantiosas. Que vengan sin recelo y sin limitación. Sigue siendo verdad en América el apotegma de Alberdi: Gobernar es poblar. Pero cuando poblar sea hacer intensa y mejor nuestra vida de pueblo.

En materia migratoria, apuntamos, sería oportuno acordar preceptos de orden general, artículos que definiesen enérgicamente nuestro interés de ser hogar y justicia para todos los hombres, nuestra decisión de hacer de Cuba una nación densamente poblada, ocasión y centro de una ejemplar ac-

tividad americana. Pero todo ello sometido a una flexible regulación que hiciera coincidir en cada oportunidad la generosa actitud y el interés futuro con la necesidad presente.

EDUCACIÓN

Los criterios matrices de Unión Revolucionaria en materia educacional no pueden ser sino una derivación natural y obligada de la orientación constitucional del Partido. Nuestro Proyecto de Bases dice que el Estado protegerá a la juventud contra la explotación, la desocupación, el abandono moral, espiritual y corporal, las enfermedades, los vicios y centros de corrupción con el objeto de formar una generación saludable, vigorosa y alegre y organizará una educación que tendrá por objeto formar ciudadanos aptos física, intelectual y civilmente. Es decir, que queremos la transformación integral del cubano por el combate a todas las posibilidades negativas y el fomento de todas las ocasiones de mejoramiento individual.

Con esta finalidad amplísima es el problema educacional, en tierra como la nuestra, cosa tan vital como compleja. Precisa disponer el mejor tipo de superación por la cultura y es lo cierto que escasean o faltan por completo los instrumentos adecuados para ello. El ideal educativo, lo que nos representamos como cubanidad lograda y superada, está de continuo impedido o desnaturalizado por profundas razones de orden político y económico. Más que en caso alguno, en este de la educación precisa una fe poderosa en la capacidad de nuestro pueblo: capacidad que asegure la liquidación paulatina pero firme de vicios y manquedades gravísimos, realizada por los mismos que los sufren.

La educación, entendida al modo de nuestro Partido es, en esencia, un impulso radicalmente revolucionario. En efecto, toda enseñanza técnicamente certera, ampliamente dispensada y liberada de dogmatismo de todo orden es el conocimiento neto y verdadero del hombre y del mundo y, por serlo, la expresión exacta de cuanto hay que transformar en el mundo y en el hombre. Quien conoce la justicia la ama para siempre y la quiere en la convivencia colectiva. Eso es lo que quiere la Revolución.

Para lograr finalidad tan ambiciosa, para hacer de la educación la vía revolucionaria que decimos, sin renuncia de las metas más altas y con atención cuidadosa de la realidad, cree nuestro Partido que una Constitución cubana debe asegurar cuatro cosas fundamentales: los elementos materiales indispensables para la gran obra transformadora, la universalidad de la enseñanza, la más acabada técnica y la orientación que impone nuestro momento histórico y nuestro propósito renovador. Veamos de qué modo concreto debe consignarlo la Constitución. Perdonad si vamos derechamente y sin más comentarios a la fijación de nuestros criterios.

1. *Aseguramiento del presupuesto de cultura.* Teniendo en cuenta que no posee Cuba los centros educacionales bastantes y que éstos están a enorme

distancia de la eficacia apetecida, se hace necesaria una muy considerable dotación presupuestal para crear y mejorar los órganos de la obra educativa. Importa por ello que ordene la Constitución que parte muy cuantiosa del Presupuesto Nacional sea invertida en los gastos de la Secretaría de Educación. Pero esto no basta. Dentro de la propia Secretaría debe estar fijada aquella parte de gastos afectos a la burocracia y otras atenciones en cierto modo adjetivas, y la porción considerable que debe invertirse en las nuevas y viejas instituciones de enseñanza. Alguien pudiera decirnos que no es usual en textos constitucionales la detención en detalles de este orden. Nosotros decimos que están haciendo mucha falta a Cuba disposiciones como ésta, y que a la utilidad patriótica nos atenemos.

2. *Universalidad de la enseñanza.* La posibilidad económica otorga la base de una dispensación universal de la enseñanza. Nosotros estimamos que el criterio de Unión Revolucionaria, expresado en su Proyecto de Bases, propicia esta universalidad hasta donde aconseja y permite nuestro actual momento. La enseñanza primaria debe ser, por disposición constitucional, obligatoria y gratuita y (Base 7, Educación) las instituciones secundarias deben poseer un número ilimitado de matrículas para los alumnos que lo necesitaren y merecieren y el Estado atenderá por medio de Becas a la manutención de los alumnos de esa enseñanza que lo necesitaren (Base 8, Educación). Las escuelas privadas secundarias contribuirán proporcionalmente al mantenimiento del Fondo de Becas y pagarán el cinco por ciento de lo que recauden por concepto de cuotas.

3. *Eficacia técnica.* La enseñanza, de veras popular, debe estar regida por las técnicas pedagógicas más actuales y eficaces. En este punto, nuestro Partido es mantenedor de un nacionalismo verdadero, es decir, humano y progresista, y no exclusivista ni asustadizo. Estimamos que debe el Estado utilizar los servicios de los especialistas extranjeros con la mayor frecuencia y extensión. Poseemos, es cierto, altas capacidades en más de un aspecto de la cultura, pero ningún país, ni aun el de civilización más vieja y sedimentada, posee en cada disciplina el hombre más eminente. Como en los días de Martí sigue siendo necesidad que la esencia de la cultura universal se infiltre en lo más hondo del hecho social americano. Toda estrechez patrioteril y todo recelo provinciano serían en este punto desdichadísimos. Tengamos el orgullo de que nuestra tierra sea campo abonado por los mejores fertilizantes culturales de Europa y América. A esto debe la Argentina mucho de su innegable fuerza actual. Admitir y apetecer la penetración de todas las culturas es signo de salud y de potencia y de fe insobornable en las capacidades propias.

4. *Orientación.* Ahora bien, la sabiduría universal, que ojalá nos llegue copiosamente y nos penetre hasta el tuétano, debe ser usada con un firme y delicado sentido cubano. Nuestro Proyecto de Bases mira a que la labor educacional realice una cubanidad de la mejor condición. La aptitud física, intelectual y civil se canalizará por vías nacionalistas no peleadas con un alto sentimiento de confraternidad humana; toda obra educativa se orientará,

dice la Base Primera del capítulo pertinente, de acuerdo con el carácter y los fines de nuestra nacionalidad. La escuela rural (Base 4) se organizará atendiendo a los intereses específicos de los niños y jóvenes campesinos y de modo que favorezca al desarrollo agrícola nacional. El Estado cubano (Base 5) orientará la Educación de acuerdo con los intereses históricos de la nación cubana reconociendo su obligación y su derecho exculsivo de hacerse cargo de toda la obra educacional del país a fin de darle así carácter de obligatoriedad y gratuidad. Y se añade: no obstante ello y mientras no existan los medios suficientes para garantizar esa educación a toda la población escolar, se permitirá el ejercicio de la enseñanza a los particulares; pero ésta quedará sometida a la vigilancia y supervisión de los organismos educacionales del Estado, seguirá los programas y textos que aquéllos determinen para todas las escuelas y sólo el Estado podrá otorgar títulos con validez oficial. La Universidad, se dice en otro lugar (Base 15), no olvidará la contribución que debe a las necesidades cubanas, orientando sus actividades de investigación hacia los problemas nacionales y procurando que su enseñanza esté vinculada estrechamente a las necesidades del país. Por último, y según el citado Proyecto, toda la enseñanza pública ha de ser laica, a cargo exclusivo de la Secretaría de Educación y ejercida, en cualquiera de sus grados y tanto pública como privadamente, por ciudadanos cubanos. Salta a la vista el interés de nuestro Partido por hacer de lo educacional un elemento superador del grupo cubano en sus válidas particularidades pero sin olvido de la integración de un tipo humano de colmada y actual universalidad.

EDUCACIÓN Y PREJUICIO RACIAL

La discriminación peyorativa de la raza negra, fenómeno que marca dolorosamente todas las actividades de la vida cubana, tiene robusta presencia en lo educacional. No importa que se haya venido aquí a negarlo. La experiencia diaria lo confirma sobradamente. Los hombres de Unión Revolucionaria que no son hombres de palabras, sino de hechos, sobre todo los hombres blancos de nuestro Partido comprobamos a diario el interés de muchos hombres blancos de Cuba por cerrarles las puertas de la enseñanza y de la cultura a los hombres de piel oscura. Cuántas veces, ignorantes de nuestro criterio, se han venido a doler con nosotros, hombres de piel blanca, de que en nuestros centros educacionales se dé entrada a jóvenes negros. Y no hay que ocultar que en muchas ocasiones esa opinión es compartida y ejercida por profesores de innegable capacidad técnica. En los centros de enseñanza en que, como en las Escuelas Normales, la entrada de los alumnos es limitada, se organizan verdaderas conjuras para «ennegrecer lo menos posible el magisterio nacional». Hay instituciones como la Escuela Normal de Kindergarten de la Habana —me refiero al momento presente—, en que la actitud racista, antinegra, tiene virulenta vigencia. El prejuicio abarca también

la provisión de aulas y cátedras, agravándose, como es natural, con la importancia y dotación del cargo académico. En lo privado el caso es conocidísimo. ¿Qué conservatorio de los tenidos por mejores —y lo son algunos en efecto—, dan entrada a muchachas negras o mulatas? Vaya una anécdota de hace tres días. Me decía una competente y respetable profesora de música que solicitados sus servicios por un grupo de maestros de primera enseñanza para perfeccionarse en cosas escolares, se decidió a organizar un cursillo en el Conservatorio donde trabaja hace diez años. Cuando todo estaba dispuesto vino el veto violento de la Directora: ¡entre las maestras cubanas había mujeres de color que no podían pasar a las salas elegantes de su Conservatorio!

Todo esto es lamentable y ocasión de rencores nefastos en la familia cubana, pero no es el peor costado del problema. Lo profundo, y por tanto lo trascendente, está en la triste realidad nacional que otorga distinta posibilidad educativa al negro que al blanco. Claro está que esta diferencia de oportunidad de mejoramiento arranca de la situación genérica del negro en nuestra sociedad. Quien posee la economía, aun la economía maltrecha que va quedando al cubano, tiene la técnica y la cultura, que quieren decir el mando social. Y el negro es un desvalido económico. El hecho es más visible en ciudades del interior de la República que en La Habana. Yo he visto muy repetido el caso en lugares de Camagüey, de Oriente, de Pinar del Río, en que ciertas enseñanzas y, en general toda preparación secundaria o técnica, de cierto valor, sólo se dispensa en Colegios para niños y jóvenes blancos. No importa que la infancia y la juventud negras muestren dotes relevantes que, bien encauzadas darían rendimiento excelente. El color de la piel equivale a un definitivo malogro.

Cuando existe un ordenamiento constitucional tendiente a la verdadera igualdad entre los hombres de un país, todos los prejuicios y pretericiones injustas están heridos de muerte. Nuestro proyecto reconoce que la enseñanza unitaria, es decir, la misma oportunidad de cultivo para todos los hombres, es el camino hacia lo que pudiéramos llamar la liberación interna de Cuba. A esa unidad de enseñanza van todas las previsiones de Unión Revolucionaria, pero con una justa estimación de la realidad. Si es cierto que se mantiene la enseñanza privada, no lo es menos que queda sometida a la real vigilancia del Estado al punto de no poder significar esa enseñanza distinción injusta de ningún orden. En cuanto a la primera enseñanza, queda el Estado en obligación constitucional y posibilidad económica de hacer funcionar en todas partes escuelas de alto rendimiento técnico donde deben formarse los hombres de todas las razas. En cuanto a la enseñanza secundaria, queda expresado en nuestras Bases que el Estado ha de proporcionársela, con atención de sus necesidades vitales a todo joven que lo solicite.

Quedarían fuera del criterio rector de nuestro Partido y en burla manifiesta a la igualdad que queremos, los establecimientos privados de enseñanza que con pretextos varios niegan la entrada a escolares negros. La base

primera de nuestro Proyecto resuelve radicalmente la cuestión, señalando el hecho discriminativo como violación constitucional y estableciendo la obligación de votar una Ley en que se determinen las penas correspondientes a quienes en materia educacional, expresa o encubiertamente, quieran establecer diferencias por las razas. Estas penas, opinamos, deben ser enérgicas y no sujetas a perdón, abarcando desde la clausura del establecimiento que realiza la obra maldita y anticubana de dividir a nuestra niñez y juventud por el color, hasta el encarcelamiento de los reincidentes.

En cuanto a los casos señalados de discriminación racial en la provisión de aulas y cátedras, así como en la preferencia injusta a favor del educando blanco en los establecimientos de matrículas ilimitadas, debe quedar abierta la acusación concreta por la violación en cada caso del precepto constitucional que no sólo debe declarar sino asegurar la igualdad cierta de todos los ciudadanos.

Tenemos fe en que preceptos como los que propugnamos adelantarán en mucho el proceso igualatorio en lo educacional. Pero reiteramos nuestro criterio mil veces expresado, de que lo esencial para el logro del propósito democrático es una transformación en la economía y en el trabajo como elemento sustentador de la economía, que ofrezca iguales posibilidades de cultura a todos los habitantes de la República, y la integración de órganos estatales que, respondiendo a la nueva orientación de la economía y al principio democrático que lo inspira, realice una política educacional que, al velar por la justa distribución de las posibilidades de mejoramiento, ataque, sin vacilaciones ni titubeos, con neto y consciente impulso revolucionario, cada uno de los casos en que se quiera mantener en inferioridad cultural a una parte útil de nuestro pueblo: a la masa negra cubana.

Éstas son, compañeros y amigos, las notas escuetas que quería someter esta noche a vuestra consideración ilustrada el Partido Unión Revolucionaria. Al cerrar nuestra labor queda en el aire, como tantas veces entre nosotros, la criollísima interrogación irónica: y todo esto, tan bello y conveniente, ¿podrán realizarlo los cubanos? Esta pregunta nos la hemos contestado hace mucho tiempo los hombres de Unión Revolucionaria. Creemos que un Partido no debe juzgarse por lo que diga sino por lo que signifique como genuina cifra renovadora. Recordemos la importancia decisiva que tenía para Lenin la composición de una fuerza política. A ello nos atenemos. En ello fiamos. La transformación que traiga la equiparación cierta entre todos los hombres que viven en esta Isla es ya clara conciencia en las masas determinantes del futuro y ha de venir por obra de estas masas. Los que estamos en su diario contacto decimos que nuestra liberación no está lejana y que aquí vendremos negros y blancos a festejar el triunfo de la cubanidad liberada y a darnos las manos como hoy en un impulso más gozoso y más alto, a preparar las vías por las que el hombre cubano confluya a integrar una sociedad en que los prejuicios no tengan ya organización en que asirse, porque todos seamos la misma cosa en libertad cívica y en posibilidad superadora.

CULTURA SOVIÉTICA*

Las grandes realizaciones científicas y artísticas no son privativas en Rusia de los tiempos soviéticos, Dostoyevski y Pavlov, para no citar más que dos cumbres de altura universal, honraron al género humano antes de Octubre. Pero lo excepcional en los nuevos tiempos es que el arte y la ciencia, sin perder su altura, sin ausencia de ilustres cultivadores, han ido ganando zonas tan extensas que ninguna colectividad humana puede mostrar tan general interés por las investigaciones puras y por las creaciones imaginativas. Aquellas actividades artísticas que siempre fueron gloria y orgullo del pueblo ruso, como la escena y la danza, han mantenido, acreciéndolo, el tradicional prestigio. Con un hondo entendimiento de la cultura, sólo posible en una sociedad regida por el marxismo, las masas soviéticas tienen a su curiosidad lo mejor del teatro clásico europeo mostrado con una fidelidad rigurosa y con una sorprendente amplitud humana. La danza y el canto han logrado un prodigioso equilibrio en parte alguna advertido: el genio musical y coreográfico del pueblo ruso se ha enriquecido de aires libres y espontáneos, de rumor de fábrica y cosecha; de pulso firme y elegante, sin que por ello hayan padecido las viejas maestrías selectas. Yo confieso que nunca he recibido tan neta y honda la presencia de un pueblo libertador como viendo, en recientes documentales fílmicos, las danzas populares campesinas engendradas al paso de la gran transformación social. En el gesto de los campesinos que, tomados de la mano y mirando al cielo, pasan como hijos profundos de la tierra, imantados con su fuerza fecundadora, cercanos y distantes, simples y cultivados, sabios y espontáneos, se toca el ímpetu de un gran pueblo que está fundiendo en su obra redentora las viejas calidades artísticas que hoy, por ser de todos y para todos, cobran inesperada fuerza ascensional.

Ya es hecho trascendente que, a lo largo de peripecias innúmeras, en días de fervor constructivo y en noches de campamento y combate, la producción soviética haya mantenido su calidad y acrecido sus quilates. Hermosa circunstancia que Pavlov se prolongue en Lisenko —en el hombre simbólico que usa la investigación difícil para dar alimento, fuerza nueva a su pueblo—, que Rimski-Korsakov reviva en Rachmaninov y crezca en Shostakovich; pero coyuntura insospechada y ocurrencia sorprendente que esos altos valores sean ya entraña de las masas, conocimiento y amor del pueblo.

Cuando este fenómeno ocurre, cuando el pueblo encuentra su tono y su intención, su anhelo y su ansia, en las grandes individualidades de la investigación y la creación, la cultura es ya un bien común, un patrimonio irrenunciable, como la libertad, un derecho imprescriptible, como el de pensar en voz

* *Gaceta del Caribe*, año I, no. 1, p. 7. La Habana, marzo de 1944.

alta. Por ello los valores docentes y culturales no han huido de la dureza del combate sino que han sido presencia y exaltación en la lucha sagrada. Los hombres y las mujeres que asombran al mundo con su heroísmo en la defensa y en el ataque, saben hasta lo más hondo que defienden un derecho a vivir no primario y abstracto sino señalado por una dignidad superior: la de superarse por los caminos de la escuela y del libro. Y como para recordar a toda hora la razón íntima de su acción, tienen junto a sí al actor amado, al libro familiar, al maestro sonriente y puntual, al higienista solícito, al cantante querido, al bailarín admirado. Todos pelean con igual entusiasmo, con idéntico coraje, porque en todos anda la ansiedad de volver mañana, clavado el invasor en su cruz de ignominia, a la construcción gigantesca en que cada quien es ímpetu y consecuencia, operario y partícipe.

Y mientras en las trincheras el pueblo y sus educadores se dan las manos enérgicas y justicieras, en las grandes ciudades continúa la obra lenta y eficaz de los pensadores, de los poetas, de los profesores, de los plásticos, de los experimentadores. Cada *Premio Stalin* que se concede es no sólo un galardón ansiado y bendecido; es mucho más: es la prueba incontestable de un sentido de la cultura que se hombrea con la muerte ilustre porque es un modo natural de vida generosa. Al honrarse con tal recompensa a un autor se realiza función de igual carácter que cuando se asciende a un combatiente o se condecora a un general. Unos son complemento y consecuencia de los otros. La ciencia y el arte verdaderos dieron al pueblo sus tesoros incalculables, la fuerza de sus calidades inmedibles. Con ellos marchó el pueblo por la vida; con ellos enfrenta la muerte. Y para el mañana triunfal, que alumbra sobre las nieves protectoras y los ríos paternales, se alimenta el fuego animador de una existencia que será mejor porque estará más afirmada sobre la ciencia que liberta y el arte que eleva.

Este pueblo que vivía entregado a las artes de la paz, a la edificación de un mundo sin fealdades, que sentía amor por sus maestros, orgullo por sus artistas y veneración por sus sabios, sufre hoy el azote de unos hombres torves que son en su furia la negación de aquella actitud fecunda y dignificadora. Si cupiesen dudas del triunfo, el sentimiento de la cultura en ese pueblo nos confortaría definitivamente. Cuando un pueblo hace de la cultura una manera de andar no puede ser vencido por los verdugos de la cultura, porque no se pierde en calma la libertad.

Ilyá Ehrenburg, haciendo una comparación entre el ejército invasor y el Ejército Rojo, dice, después de reconocer sabiduría militar en los hombres de Hitler: «La guerra no es sólo una ciencia, ni sólo un arte; es algo más. Es una obra ardua, amarga, terrible, pero profundamente humana.» Y añade: «la victoria depende del corazón. Lo dijimos en los días de nuestros descalabros: sabíamos que nos esperaban las victorias. Lo decimos hoy. Tenemos con nosotros la humanidad, la verdad, la sabiduría de la historia venerable y la bondad de la niñita rubia que saluda ahora con su manecilla la estrella roja, mientras repite: "Son los nuestros, los nuestros." Yo no sé si ha habido en la historia de la humanidad un ejército más fuerte que el Ejército Rojo. Pero yo sé una cosa: no ha existido nunca ni existe hoy un ejército más humano. En eso reside la fuerza de nuestra ofensiva.»

He ahí la gran palabra eterna, la gran palabra unitaria y salvadora: *humanidad*. Culto al hombre, al tesoro invaluable —porque es camino de posibilidades infinitas—, amor al capital insuperable, porque de él nacen todos los rendimientos trascendentales. En todo hombre está la humanidad. Todo indio puede ser Benito Juárez, decía Martí. Pero hay hombres, gentes, pueblos, que adelantan el rendimiento inesperado, que muestran anticipadamente el tesoro posible. Estos hombres, los que integran los pueblos soviéticos, deben recibir hoy, por su anticipada humanidad libertadora, nuestra reverencia, nuestro respeto, nuestro amor.

Hace pocas noches presenciábamos un documental fidelísimo, sin afeite ni gesto, en que se nos daban escenas de la acción guerrera del pueblo soviético contra la barbarie mecanizada del nazismo. A nuestra vista apareció, en medio de la aldea arrasada, una casa pequeña y modesta casi comida por las llamas. Antes de desfallecer para siempre nos permitió anotar su linaje: en la breve fachada se leía un nombre bendecido por la sensibilidad universal: Rimski-Korsakov. En aquella casa vieja y menuda había soñado el artista su fuerza y su vuelo. Mientras se hacía pavesas la vivienda ilustre yo recordaba una anécdota simbólica del hombre que la habitó. Una tarde, se cuenta, oía cantar el gran músico un coro campesino de su región, de estos mismos alrededores ahora conmovidos de ímpetu combatiente que veíamos en el documental cercando la casita deshecha. El coro de jóvenes labriegos se alejaba entre los trigos. Rimski-Korsakov quedó meditativo y silencioso; al fin dijo a las gentes cercanas: un pueblo que canta así no puede ser vencido nunca.

Las palabras del músico amado cobraban ahora, entre las llamas que consumían su casa, un significado nuevo. La casa moría, pero quedaba su espíritu, quedaba su pueblo, un pueblo que no ha sido vencido, que nadie podrá vencer. Miles y miles de campesinos que fueron sus hermanos, que cantaban en los trigos al anochecer, no cantarán más: duermen bajo el suelo, dulce como la casa que contempló sus sueños. No importa. Cuando Rimski-Korsakov situaba en el canto, es decir, en la sensibilidad empapada de humanos rumores, en el arte, en la cultura que viene del corazón y va hacia él, la razón de la invencibilidad de su pueblo, adivinaba el presente grandioso; el día en que los hombres y las mujeres de su tierra la defenderían con la vida y con la muerte por ser patria de la justicia y patria del canto.

Demos nuestro más íntimo homenaje a los que han caído en la Unión Soviética defendiendo el canto y la justicia. Y esperemos el día indefectible. En un amanecer de claridades desconocidas retornará el coro del pueblo del fondo del crimen trayendo en los brazos firmes las herramientas del trabajo y en la garganta el grito de victoria. Al combate y cantando, como quiere Soloviev Sedoi. Pero será el combate final, el combate por todos, el combate ganado para nosotros; el combate que abrirá una nueva era inacabable de justicia y de canto. Saludemos desde hoy, desde el fuego y la metralla, desde una guerra terrible, pero radicalmente humana, el coro triunfante. Y agradezcamos con

todas nuestras fuerzas al pueblo que tiene tamaño para cantarlo, su servicio sin medida.

LA VEREDA DESUSADA Y LAS VÍAS NATURALES*

UN ENSAYO POLÍTICO

Estamos tocando una gran verdad innegable. Cualquiera que sea la resistencia de las corrientes regresivas, la etapa conmovida y promisora que ha de seguir a esta guerra traerá al mundo nuevas maneras de convivencia, lo que vale decir nuevos modos de creación. En todos los campos, en el de la economía y en el de las relaciones internacionales, en lo pedagógico y en lo técnico, se meditan y planifican soluciones oportunas y superadas. No faltan en Cuba inquietudes de este orden y hay que decir que en algún aspecto hemos ofrecido muestra de preocupación sostenida y certera. No hemos visto, sin embargo, nada que suponga que nuestros creadores artísticos, en lo mayoritario y esencial, orienten su trabajo en acuerdo con las exigencias profundas del futuro inmediato. Y advertimos, en cambio, la acción creciente de tendencias indeseables.

Quisiéramos que las consideraciones de este ensayo se entendieran con la limpieza con que van dichas, que cada cual penetrara lo que tienen de esfuerzo unitario en el sentido más estricto. En términos claros y firmes, la voluntad que anima estas consideraciones es una voluntad política. Pero una voluntad política muy alejada de lo sectario y personal y muy metida en el deseo de alargar ajustadamente, en el tono de los tiempos, una hermosa tradición de cultura que hace de Cuba, en más de un aspecto, señal y signo de los pueblos hispánicos de América.

Lo político, creemos oportuno decirlo de nuevo y en los términos más escuetos, es una intención de ordenamiento social; es, por lo tanto, cosa que abarca y comprende toda actividad humana y que intenta dirigir, en un rumbo determinado, la vida del hombre. Esta guerra, la más trascendente de la Historia, es en lo hondo una pelea política. Por encima de partidarismos específicos y de criterios singulares, los hombres y los pueblos pelean por una libertad real que franquee caminos de justicia colectiva. En este empeño, que importa a todos, debe estar la obra y la intención de los artistas cubanos.

LO ARTÍSTICO, REFLEJO HISTÓRICO

En toda ocasión se manifiestan en lo artístico las tendencias regresivas y las progresistas, las que quieren servir a un pasado muerto, pero no enterrado, y las que marchan hacia adelante, con el ímpetu tenso por mejorar al mundo. No hay etapa histórica en que las direcciones distintas y contrarias no puedan descubrirse. Pero es innegable que en los momentos de tránsito y cambio las corrientes reaccionarias se enconan y activan en lo artístico de parecido modo a como lo hacen en otros campos.

Es justo reconocer que no todos los oficiantes de la evasión y el purismo son militantes conscientes del ejército de la regresión. Como no todos los que embarazan actitudes reaccionarias en lo político penetran hasta el fondo la verdadera significación de su postura. Las vías de la creación artística son muy complejas y los hábitos y seguimientos muy poderosos para que no caigan en sus vericuetos captadores gentes que no tienen, por formación y oficio, la preocupación permanente de lo futuro y circundante. Sólo porque lo entendemos así se escriben estas líneas. Si imagináramos que todos los integrantes de los grupos deshumanizados sirven en espíritu e intención a los enemigos de la justicia colectiva, no habría para qué gastar papel y argumentos. Sabemos que dentro o en las húmedas cercanías de tales grupos andan jóvenes generosos y limpios ganados a medias por la mala yerba esterilizadora. A esos van dirigidas, primordialmente, estas consideraciones.

El fenómeno del recrudecimiento de las tendencias regresivas en lo artístico cerca de las grandes transformaciones colectivas tiene una explicación para mí muy clara. Los miedos, siempre latentes en los reaccionarios de toda especie, se acentúan e inquietan hasta la angustia frente a la llegada de estados políticos que se repudian con íntima violencia, porque se ve en ellos el camino hacia una igualación que pugna contra un sentido jerárquico tan fiero como disimulado y cambiante. Mientras los tiempos son serenos o ligeramente alterados, las soterradas apetencias vegetan entre disimulos despistadores y coqueteos sin compromiso. No es necesario, digámoslo con una frase popularmente expresiva, «estrechar el lance». Vale la pena nadar entre las aguas serenadas entreteniendo las vagas esperanzas de revancha con la elegancia acompasada de los virtuosos de la natación.

Cuando la tormenta va a terminar y los campos calados por las aguas revueltas se disponen a las floraciones nuevas y poderosas, se hace necesaria la maniobra envolvente para cercenar, antes de que adquieran robustez, los renuevos ansiosos. Entonces, todo tiempo es escaso y toda confusión apetecible. Hay que poner en primer plano las apariencias engañadoras, las interpretaciones sinuosas, las tácticas penetrantes, las estrategias de gran estilo. Y como en toda tarea contra el porvenir y contra los hombres, debe ocultarse a seguidores y plaudientes la verdadera y última intención de la inusitada ofensiva.

UN SÍNTOMA GRAVE

Confesamos que nos ha movido a escribir este ensayo la publicación, en el *Anuario Cultural de Cuba*, editado por nuestro Ministerio de Estado, de un

* *Gaceta del Caribe*, año I, no. 6, p. 16. La Habana, agosto de 1944.

artículo del Sr. Gastón Baquero, por muchos conceptos objetable. Por fortuna, las tendencias del artículo del Sr. Baquero no son las del *Anuario,* en el que hay, en lo dominante, una justa estimación de nuestras expresiones culturales recientes.

El *Anuario* de nuestro Ministerio de Estado es, por confesión y naturaleza, una publicación oficial; pero, además, por su palmaria excelencia, un índice muy importante de nuestras inquietudes y creaciones artísticas. Por ello una revisión de nuestras tendencias y producciones con sentido de balance anual —y ya sabemos que en los predios culturales la obra de un año no es sino el resumen y la consecuencia de más largos períodos— ha de ser estimada por los ojos lejanos como un real y completo panorama de la Cuba intelectual de 1944. Ahí está la gravedad del hecho y la necesidad del leal esclarecimiento.

Claro está que el artículo del Sr. Baquero, escrito con su habitual distinción estilística, no es un hecho aislado, sino como la culminación ambiciosa de una postura, por fortuna parcial, en nuestra producción artística. Un día y otro se han ido manifestando en Cuba las tendencias anheladas y mimadas por el Sr. Baquero en su revisión infiel. La verdad es que en los últimos tiempos han ganado demasiado terreno los versos, cuadros y esculturas, con la mirada en blanco, pero un poco dirigida siempre —sueño errabundo, *ma non troppo*— hacia equívocos cielos evasivos. Revistas de circulación familiar y cenáculos de asfixiante amiguismo han atraído a gentes de probada calidad y a principiantes de buena embocadura. Y si las cosas no se ponen en orden corremos el riesgo de que pronto se nos vea desde fuera, por obra de propagandas bien situadas, como un gran coro en éxtasis con las caras mirando aparentemente hacia arriba y en realidad hacia atrás, mientras a la espalda un pueblo inteligente y fuerte pelea sin descanso por encontrar término a sus angustias. La imagen —esa imagen tendrá de nuestro presente un mexicano o un chileno que lea en el *Anuario Cultural* el artículo del Sr. Baquero— no es en verdad ni gallarda ni edificante. Y en todo caso, violentamente negadora de una tradición magna que corre desde Heredia hasta Martínez Villena.

UNA CUESTIÓN INSOSLAYABLE

Queremos adelantarnos a un reparo que no puede faltar. Sabemos que a nuestra justificada alarma —porque estamos frente a un síntoma de muy ancho significado— se opondrá la consabida imputación de que nos constituimos en defensores de un arte elemental y directo, sin vuelo ni profundidad. De esto a añadir que no se ha registrado sino la mejor calidad no hay más que un paso que nuestros contradictores no tardarán en dar. Nada más alejado de nuestra intención. Y nadie más radicalmente opuestos que nosotros a una obra que, a pretexto de un servicio humano, quiera pasar de contrabando repudiable de una expresión hueca de lirismo verdadero. No hace mucho que pretendíamos encerrar nuestro pensamiento en esta fórmula: «ni poema sin entraña lírica ni lirismo sin entraña humana». Creemos que el buen rumbo se mantiene observando este precepto.

Hemos de decir todavía que cuando hablamos de entraña humana no aludimos a una obra directamente volcada sobre la exhortación a la tarea política, aunque sería absurdo aceptar que no puede haber por ahí genuina poesía y creación relevante. La entraña de humanidad que pedimos ha de tener la legítima latitud que su misma calificación comporta. Tratar de obliterar los canales de la emoción y los urgentes o impalpables movimientos de la mejor intimidad poética, sería crimen de muy graves consecuencias. Ninguna audacia de modo y estilo nos parecerá escándalo mientras mantenga comunicación sensible con lo humano; ninguna desnudez nos aparecerá como descoco en tanto aliente bajo la piel sin ropajes la alegría o la angustia «que pueden decir sus nombres».

Un ejemplo insigne fijará nuestra postura, el de Pablo Neruda. Neruda ha dado mucho espacio en su obra a cantar los anhelos colectivos, las grandes hazañas libertadoras de nuestro tiempo; pero si no hubiera ofrecido este admirable servicio político no por ello sería menos intensa y valiosa su obra de poeta. Su virtud lírica prende en lo íntimo y en lo colectivo —en la esencia más soterrada y válida, más lírica, de lo universal y de lo personal—, por caminos singulares, que sólo el poeta pudo descubrir entre la floresta mágica de su mundo impar, pero que sus contemporáneos, por encima de capillas más o menos malditas, pueden transitar con entendimiento y legítima emoción.

UNA COMUNICACIÓN DENUNCIADORA

Un hecho innegable acabará de dibujar el fenómeno que denunciamos: los escritores que el Sr. Baquero señala como los únicos dignos de nota y comentario tienen ante la vida, irremisiblemente, una postura reaccionaria. Aunque digan y hasta crean otra cosa, la verdad es que su obra es hija de su concepción vital, política, y no, como a veces imaginan, que su manera de creación los sitúa a distancia astronómica de las urgencias sangrantes del mundo. Para no ver una cosa no hay como volver la espalda ante ella y, dada la media vuelta despectiva, es obligado, cuando hay voluntad de creación, fijar los ojos en lejanías vagarosas y errabundas.

Sería difícil encontrar en el círculo de que es guiador y exégeta el Sr. Baquero un sólo adherente que no tenga la vista imantada por etapas sociales superadas. Como la mujer de Loth, son víctimas de una petrificación regresiva; pero la simbólica fémina de la Biblia quedó quieta y muda, presa en su pecado, mientras que estos sus hijos actuales conservan la voz y el gesto y, vueltos hacia el pasado, lo abrazan con equivocado amor.

No hay cultura genuina sin conocimiento y estimación de lo pasado y en el artista es lícito y plausible un entendimiento emocional de los días lejanos. Pero a lo pasado se le hiere su real rendimiento para la creación cuando se le mira como añoranza y objetivo. Volver la Historia porvenir es una de las más

horribles deformaciones mentales que puedan concebirse; es como arrancarle a la vida su esencial función andadora y ascendente, es como intentar convertir la carrera de los hombres en una agotadora jornada de ida y vuelta, es como cerrar de una vez y con siete llaves suicidas el ansia de libertad, *en la que gime toda criatura*, según la certera expresión de una figura ilustre del Catolicismo.

El grupo del Sr. Baquero repudia lo nuevo tanto como añora lo viejo. Para sus compañeros de capilla reaccionaria la Revolución Francesa fue un crimen y la Inquisición un regalo de los dioses. Para quienes tal piensan y sienten, un mundo de profunda y definitiva igualdad —de libertad plena—, ha de ser un error y una maldición. Y es natural que se conciten contra su inminente llegada. Y más natural todavía que hagan armas contra los artistas que pretenden, sin acudir a más instrumentos que los propios, acercar un mundo en que dejen de producirse deformaciones escandalosas del entendimiento y la sensibilidad.

Sería ingenuo tratar de sustanciar aquí el prodigioso aporte libertador de la Revolución de Montesquieu y de Robespierre. Si los lothianos pensaran alguna vez en el dolor de los más, aprenderían que si ese dolor no está curado, está aliviado y en camino de total desaparición gracias a los hombres generosos que se levantaron contra la barbarie feudal que ellos añoran tan ardorosamente. Hay un modo infalible de parar el progreso y de congelar la justicia: proclamar sin descanso que todo esfuerzo revolucionario ha sido baldío, predicar cada día que «cualquiera tiempo pasado fue mejor», aunque en lo más íntimo ande el deseo de vivir mañana, en una resurrección milagrosa de lo remoto, la vida de holguras y *distinciones* que se asienta en la fructuosa servidumbre del mayor número.

No negamos que en más de uno de estos furibundos *revisionistas* pueda mucho un afán de notoriedad por vía de anacronismo. Nuestra *lija* posee muchos grados y el de negador de la evidencia puede ser uno de los más frecuentados. Pero el nadador contra la corriente puede ser, en lo agotador de su esfuerzo, hasta un hombre de ímpetu heroico; comenzará a ser un insensato cuando quiera, además, convencernos de que la corriente del río no va hacia el mar. Hay algo más, mucho más, que un simple juego elegante o un interés de lucimiento en quien defiende una realidad social en que los hombres de un color esclavizaban a los de color distinto. En lo hondo de esta añoranza hay una esencial consonancia entre lo que se extraña y lo que se siente y entre lo que se siente y lo que se quiere.

El caso español es en esto, como en tantas cosas, muy enseñador. También en la España de hace diez años se nuclearon en Madrid deshumanizados y añorantes; también allí se organizó un fuerte ejército lothiano que no puso su pasión en entender la Historia sino en revivir el pasado; también allí el revisionismo llegó a excesos grotescos y no quedó actitud libertadora que no fuese motejada de demagógica e infecunda. Llegados los momentos de dura prueba, el singular batallón formó con los opresores franquistas y, raro caso, la tradición religiosa ardientemente defendida no fue estorbo para que saluda-

ran gozosamente —y hasta en poemas de mucho aparato— a las tropas sarracenas. Como el desesperado amor por las viejas instituciones nacionales no impidió el abrazo exhaustivo a los capitanes italos y a los procónsules germanos.

LA INVOCACIÓN A DIOS

Por la vía del preciosismo errático también se llega a Dios. Lo que prueba que a Dios se llega por los caminos más recónditos y extraviados. El Sr. Baquero cita a Dios más veces que a un poeta de su grupo y no hay poeta de su grupo que no cite a Dios con frecuencia excesiva. Veamos la razón de tantas citas sagradas.

Citar a Dios no está mal y mucho menos creer en él. Si algo hay de respetable y delicado es el ámbito de la creencia religiosa. Adorar a un Dios no tiene tangencia obligada con la adoración equivocada del pasado y el temor disimulado de un porvenir libertador. Luego lo que vamos a decir en seguida no ha de entenderse como reparo alimentado por un sentimiento antirreligioso y menos anticatólico. En verdad, hay en todas las creencias de lo extraterreno feligreses de generosa resonancia humana y feligreses de signo negativo, inclinados permanentemente al privilegio y vueltos desde siempre contra la masa sufridora.

La historia de las religiones, de todas las religiones, muestra ejemplos numerosos de gentes ubicadas en los dos bandos. Católico Hidalgo y católicos los Obispos españoles que lo excomulgaban por generoso y limpio; católico, entre nosotros, el insigne Varela y católicos los dignatarios de su Iglesia que le persiguieron y negaron. Católico, hoy, Martínez Dalmau, ansioso de bien y de justicia; católicos los que le combaten por ello. Lo religioso puede ser todo esto y, además, distracción literaria y *distinguida* muy a pelo para quienes deciden huir del clamor cercano con la atención puesta en regiones inconcretas y en problemas de contornos inasibles.

Un gran pastor católico de Francia protestaba hace algunos años muy dignamente de que se tomase a su Dios para elegantes escarceos literarios. A muy grande distancia ideológica de aquel prelado, también protestamos nosotros. Nos es grato, atrayente, cercano, un Dios batallador por una convivencia cada vez más justa, cada día más pacífica; un Dios que haga de sus adoradores militantes de su doctrina igualitaria y amorosa. Nos es indeseable un Dios que sirve para polarizar ágiles distracciones sabias.

También aquí quien hace de Dios, de lo religioso, un modo fecundo de arte y de servicio se alinea, llegada la hora de las grandes decisiones, junto a los amigos de la justicia y su creencia no es plomo sino ala para el deber ineludible. Quien toma a Dios como pretexto y ocasión de aristocracia literaria y personal, olvida a Dios, a la justicia, cuando llega la hora de servirlos.

NO ESTÁ TODO PERDIDO

Queremos cerrar esta larga preocupación con aires de esperanza. Imaginamos que, al fin, entre el mandato de nuestras gentes mayores, de Heredia, de Martí, de Varona, servidores del hombre por la vía del arte, y las solicitaciones de una postura *avantguerre* superada en todas partes, los descaminados volverán a la vía apetecible. No se trata de recortar impulsos ni de mutilar personalidades: quien quiera matar un creador apréselo en uniformidades sectarias. Se trata nada menos que de coincidir en un generoso campo benéfico; de pedir a cada cual y a todos su más peculiar tono, su más distinta voz, pero dominando en el gran coro libérrimo la resultante incambiable en que la hombría muestra su natural, su biológico gesto de pelea por la justicia.

Es curioso, y muy significativo, que los más alejados de la lucha por la libertad sean los que en verdad más la necesitan. Sólo en climas de firme libertad puede el creador de arte señalarse sus caminos y seguir su indispensable albedrío. El mundo no puede volver atrás y ha de marchar por los caminos que el presente hace y deshace. Una sociedad jerárquica, con ocios dorados y respetos al poeta, no puede ser sino en la mente de quienes la quieren insensatamente: es la realidad la que mata con violencia tan absurdos sueños. Hoy hay sólo una disyuntiva marcada por los tiempos: o una colectividad postrada ante un Führer en que el artista es el esclavo más pleno, o un mundo alumbrado por la luz democrática en que se saludan con el respeto de la libertad los intentos creadores.

Es posible que los desorientados por maneras en apariencia nuevas, periclitadas ya, no ahonde en las consecuencias últimas de sus pasos actuales; queremos creer que muchos de ellos se abismarían si entendiesen hasta dónde están sirviendo a sus enemigos más implacables. Si hay alguna fuerte virtud engañosa en estas construcciones equívocas es su misma gracia inocente, tan grata a los ánimos distraidos. Rara cosa esta de una embriaguez que parece ausencia y es en lo profundo presencia traidora.

Las generaciones inmaduras se despeñan fácilmente al contacto de tan gratos declives porque hay gentes que les tienden sagazmente el lecho adormecedor. José Martí, que lo rozó casi todo y siempre con penetración sorprendente, dijo sobre esto palabras muy en el blanco: «Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto a veces por especial merecimiento del recluta cuanto porque, necesitados los que anhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu, de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso, y ponen por encima de sus cabezas a los que de modo más proporcionado brillarían entre los jóvenes que caminan con su tiempo y, que, por ir generosamente junto a las vías naturales, llaman menos la atención que el que echa sólo por la vereda desusada.»

Ahora, la *vereda desusada*, es decir, el camino reaccionario, lleva precisamente al encadenamiento y la abyección del propio artista y su dignidad y

triunfo está como nunca en seguir las *vías naturales*. A esas vías los llamamos, a *trabajar como hombres en su porvenir de artistas*, a asegurar, por el común esfuerzo, un mundo en que la creación sea dueña de sí porque nadie pueda ponerle traba ni reparo. Para ello hay que hundir las manos en la tierra dolorida de la cercanía y traducir su latido alterado y ansioso. Verá quien lo haga cómo su singularidad expresiva encuentra canales sorprendentes y ocasiones inesperadas de excelencia y culminación. No el *manifiesto* partidario, sí la *manifestación* humana. No el corte violento a las aguas milagrosas de la poesía, sino el encauzamiento de su carrera hacia campos más anchos y más altos.

LA FALSA PERSPECTIVA

La poesía es un dominio universal. La sectariza y deforma quien le señala temas, senderos, maneras. La sirve el que la entiende como preciosa sustancia que todo lo ennoblece y sublima. Los hechos declaran que quien tiene de la poesía y de su universalidad estrecho y errado concepto acaba por traicionar su íntima naturaleza y por robarle su más alto timbre, el de conductora y exaltadora de los grandes ideales humanos. Ahí está la prueba: nuestros deshumanizados, nuestros añorantes, nuestros poetas de religiosidad literaria, ignoran en Cuba —y a través de una publicación oficial de muy lograda excelencia— la poesía que se acerca al dolor colectivo, que despide calor de piel y rumor de porvenir. Y esa ignorancia, esa parcialidad ciega, los encasilla y aprisiona en un ámbito enrarecido que, a fuerza de separarlos de la plaza, la calle y los campos, los mete en un mundo inexistente y deforme.

Al no existir ni correspondencia ni comunicación entre el mundo real y el mundo por ellos construido y acariciado, es forzoso que los poetas deshumanizados, cediendo a una incontenible impulsión de los jugos humanos que son esencialmente caldos de integración y diálogo, se vayan al pasado y lleguen a amarlo con nostalgia desviadoramente regresiva. Cometido el primer pecado, el de desconocer la altísima dignidad universal de la poesía, las culpas se suman precipitadamente. Quien comenzó por tomar la *vereda desusada* guiado por un falso impulso de notoriedad a contrapelo, acaba, sin darse exacta cuenta, de militante y defensor de una postura humanamente repudiable. Para limpiarse de culpa y pecado no hay sino volver al principio, retornar al camino, reiniciar las *vías naturales:* situarse de nuevo en el vértice leal desde el que se vislumbra lo antiguo con su sentido y su clima y se entiende lo futuro al penetrar en lo presente. Sólo así retomará el poeta desorientado el papel trascendente que le toca en un mundo que está llegando a marcha de carga pidiendo a cada cual su cuota de servicio y disponiendo para cada quien el premio y la sanción.

La polémica enardecida, tan del gusto de los escritores de la *vereda desusada*, no es lo oportuno. No queda tiempo ya para la esgrima argumental. Una realidad dura y hermosísima llama a nuestras puertas; apenas queda espacio

para la rectificación salvadora. Debe irse a ella sin amarguras ni recelos. A los equivocados restan las horas necesarias para decidir, frente a la gran oportunidad de obra y servicio que se nos encima, si son de veras hijos de nuestra soberbia tradición cultural o seguidores lamentables de una bandera que se está hundiendo en las tinieblas. ¡Ojalá se aprovechen estas horas decisivas!

DISCURSO A LOS ESCRITORES VENEZOLANOS*

Estas palabras fueron leídas en el Teatro Municipal de Caracas, el 10 de septiembre de 1946. Se renueva aquí nuestra gratitud al escritor Antonio Arráiz, por sus generosas palabras de aquella noche.

SALUDO

El viaje a Venezuela fue durante muchos años inquietud y pasión de mi vida. Andaba en ello el embrujo que pone la Historia en las gentes sensibles: el señorío libertador de Simón Bolívar, la avasalladora potencia vital de Miranda. En la escuela se nos imponía Venezuela como la tierra matriz de la libertad americana. Nuestras primeras rebeldías nacionales estuvieron alumbradas y espoleadas por los Rayos y Soles de Bolívar; una espada venezolana, la de Narciso López, quiso sacarnos, la primera, de la opresión española; nuestro más alto y lúcido guerrero, Antonio Maceo, y nuestro mejor poeta político, José María Heredia, tenían las raíces venezolanas; venezolano había sido el valeroso y turbulento Manuel de Quesada; abrazados murieron Carlos Aponte y Antonio Guiteras. Venezuela se nos aparecía siempre, desde el recuerdo primero de su nombre, como una región augusta y maternal, guiadora y señera.

Andando los años, la Venezuela escolar de batallas primadas y sueños ambiciosos se nos ofreció a la luz caliente y entrañada de José Martí. Venezuela es, en la prosa de nuestro héroe nacional, una nota reiterada de exaltación y reverencia. Frente a ninguna tierra americana —y todas fueron para él desvelado amor—, se le denuncia tanto el acento filial. Y aunque es cierto que Martí, ánima romántica que fue, nunca sanó del todo de su sordera congénita para lo deleznable de la condición humana, también lo es que tuvo oídos milagrosos para la grandeza verdadera. Venezuela fue ya, para los hombres de mi generación, la visión martiense de Venezuela.

* Tomado de Juan Marinello: *Ensayos*, p. 139. Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1977.

Lo singular del mensaje venezolano de José Martí estaba en que nos trasladaba, en un puñado de páginas inmortales, una vibración ansiosa que nacía en la frente de Bolívar, se posaba en las manos trabajadoras de Cecilio Acosta y quedaba sedienta en el aire, en servicio y vigilancia del futuro de Venezuela. Con la fuerza de los grandes políticos que tienen el secreto de la palabra inusitada, Martí nos transfería intactas su vocación y su anhelo de Venezuela. No se han escrito mejores entendimientos de vuestro pasado poderoso; no se han enseñado más claras vías a vuestro porvenir nacional; no se ha poseído jamás tan neta comprensión de la trascendencia americana de vuestra tierra. Por ello, su evocación venezolana ha sido para nosotros un ímpetu, y su amor un mandato.

Nunca pude imaginar que el día en que tocara de cerca vuestra tierra me vería en la responsabilidad, sino mérito y fuerza, de meditar en alta voz sobre comunes intereses y perspectivas difíciles, recogiendo con limpia humildad de discípulo, aquel ímpetu y aquel mandato. Es, permitidme la comparación, como si hubiéramos acariciado durante largos años el encuentro con una mujer hermosa y ansiada y, llegada la oportunidad cenital, nos hubiera tomado de la mano invitándonos a desafiar juntos una tormenta.

Tendré siempre como uno de los honores más firmes de mi vida la invitación de los intelectuales venezolanos a que ahora acudo. Poniendo a un lado, al lado de la gratitud emocionada, lo personal del caso, creo que esta invitación alude a una circunstancia feliz: supone una preocupación de rumbo y contacto por encima y más allá de ubicaciones políticas y diferencias conceptuales; sugiere la integración de un clima en que el intelectual, sin dejar de laborar ahincadamente su parcela, siente en el trabajo de la tierra propia el temblor que se le comunica de la tierra vecina y palpa, ultimada la faena, por sobre todas las parcelas, el curso del viento que puede agostar con lo extraño lo propio, o enderezar lo propio y lo común en el logro de floraciones erguidas y plenas.

Creo yo que la manera mejor de estimar una invitación que tanto obliga, es la de decir, sin demasiadas palabras, algunas razones sobre nuestra tarea intelectual en un mundo alterado y en tránsito. Un conferenciante de otros tiempos, o de otras ideas, diría aquí precisamente en este punto, que se sentiría feliz de irritar contradicciones, de levantar polémicas, de inquietar el ambiente. Yo no puedo ni debo decir tales cosas. No porque niegue la libertad de pensar y de contradecir el pensamiento, que muy bien está esa libertad; no porque oculte el buen valor aséptico de las posturas honestamente discrepantes, sino porque, si soy hombre de creencia y filiación, he de querer, para que la creencia se cuaje y la filiación venza, no la discrepancia elegante y estéril sino la coincidencia que asegura la salvación.

Está bien que hayamos traído las cosas por este rumbo, porque así va a quedar claro desde el principio que no debe pretenderse una coincidencia partidaria, ni menos una uniformidad filosófica. Si tal quisiéramos, ya seríamos traidores a nuestra postura; porque lo que quieren los hombres, escritores o no, de mi orilla ideológica, es que intelectuales honestos y ansiosos

de obra duradera. trabajen en el área de su foro propio por la llegada de una realidad social que, por su radical justicia, permita e impulse tareas creadoras hasta aquí no entrevistas. Y ese trabajo ha de producirse sin banderías excluyentes ni parcialidades debilitadoras.

EL PUESTO DEL INTELECTUAL Y EL INTELECTUAL EN SU PUESTO

Ante todo, no se trata de que un intelectual sea un dirigente político, aunque el que tenga disposiciones y decisión para ello puede y debe serlo; se trata de que el intelectual caiga del lado de una solución colectiva en la que, de una parte, mantenga y exalte su inevitable hombría y, de la otra, trabaje por la mejor dignidad de su tarea específica. Yo voy a traer ante vosotros un caso que puso en mí huella muy honda y que puede, por su singularidad, dejar bien establecidas las cosas.

Estábamos, hace diez años, en la ciudad mexicana de Guadalajara unos cuantos intelectuales de varias nacionalidades y tendencias, mexicanos los más, naturalmente. Habíamos llegado en misión cultural de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de aquel país. Presidía la misión, con la autoridad de su talento y de su hombría, el grande y amado Silvestre Revueltas. Se había realizado, con mucho éxito, recitales, representaciones, conferencias, exposiciones y concierto. La bella ciudad tapatía estaba un poco deslumbrada e inquieta, y llenaba puntualmente las veladas del viejo teatro Degollado. La figura descollante era, por razones numerosas, el autor genial de *Janitzo* y del *Duelo por García Lorca*. Recibíamos, siempre presidido por Revueltas, grupos juveniles, obreros, agrarios. A todos oía el compositor insigne con aquella su hosea cordialidad de león trasnochado que inspiraba confianza sin límite.

Llegó a ser tanta la notoriedad de Silvestre Revueltas, que un grupo de jóvenes del Partido Comunista local lo declaró, sin más, árbitro de ciertas complejas divergencias teóricas. Una noche irrumpieron en la habitación del músico, nos congregaron en una especie de gran jurado y exaltaron a Revueltas al solio director. Tengo muy presente su cara angustiada a través de la polémica dilatadísima. No conseguía orientar las cosas; los jóvenes discutían apasionadamente, manteniendo con obstinación sus puntos de vista; pero todo el esfuerzo polémico se perdía por la falta de encauzamiento rector. De pronto, Revueltas se incorporó en su cama, con un grito dio por terminada la discusión, y despidió a los jóvenes. Después, me tomó por el brazo y con aquella voz tierna y bronca, como la de su música, me dijo: —Yo no sé de estas cosas. He sufrido mucho a lo largo del debate. Y ¿sabes cuándo decidí suspender violentamente la sesión? Cuando me vino a la cabeza aquella escena de una película de Chaplin en que se queda con la bandera roja de un carro que pasa y resulta líder sin quererlo... Y dicho

esto, se derrumbó sobre una silla aislándose, como acostumbraba, en una meditación tristísima.

Traigo el caso aquí porque no creo que pueda darse uno más ejemplar que éste de Silvestre Revueltas. México lo ha llorado largamente; lo llorará mucho tiempo todavía. Y toda nuestra América intelectual debe mirar hacia él con entrañable reverencia. Su arte es personal, peregrino, inusitado; revolucionario, por tanto. Ponía el oído en los caminos ensangrentados de su tierra, discurría, lúcido y absorto a un tiempo, entre los obreros y los campesinos, hablaba mucho con las mujeres del pueblo y se detenía largas horas vigilando las caras de los niños en las barriadas miserables. Todo aquel caudal dolorido lo traducía en una lengua musical de relieves milagrosos. Nunca se habían oído aquellos llantos viriles, aquella protesta en llamas, aquel acento de porvenir que arrancaba de la queja desolada, aquella afirmación rotunda que todo lo apretaba en grito invencible. Allí, en su lengua de maravillas, estaban sus campesinos y sus obreros, sus mujeres maceradas y sus niños callados; allí estaban su pueblo y su nación. Todos se reconocían en la voz magna, pero todos quedaban exaltados, poseídos de un brío nuevo ante el clamor que sus voces habían ganado por la fuerza creadora del artista.

Aquél fue, amigo de Venezuela, un artista en su puesto. En su puesto, en más de un sentido. En su puesto, porque no traicionó nunca la calidad de su mensaje, entendiendo la tarea artística con la más exigente dignidad. Nunca para él la obra estaba acabada. Recuerdo que salía de cada audición dirigida por su mano en estado bien otro que el de tantos aristocratizantes engreídos. Sentía la emoción del aplauso caudaloso, que le fue inseparable, pero por encima de la emoción placentera le andaba siempre la inconformidad ansiosa: mientras regía la orquesta le inquietaban perspectivas no sospechadas, caminos entrevistos, que hubieran conducido a más altas realizaciones. En su puesto siempre como creador exigente y sediento. En su puesto, porque nunca, entre su excepcionalidad y su pueblo, quebró el hilo incandescente. En su puesto porque, gran artista siempre, fue hombre entero y verdadero y su México lo encontró en el lugar del combate en los días bonancibles como en los tormentosos.

LA EVASIÓN Y LA ANGUSTIA

Silvestre Revueltas cumplió insuperablemente su destino intelectual, artístico, sin tener que agitar bandera de mando político. Su caso dice que no hay que exigir a ningún escritor, a ningún músico, a ningún plástico, que tome la bandera de la conducción social; pero que debe cuidarse mucho de que, por inadvertencia o soberbia, alce en las manos banderas repudiables. Veamos algunas de estas banderas.

Cuando se recorre la América hispánica en la elocuente rapidez del avión, queda uno admirado y sorprendido de la simultaneidad de ciertos fenómenos.

Claro que la razón está en que, como miramos hacia puntos comunes —París, New York, Londres, Roma, Madrid...—, nuestras miradas se encuentran obligadamente. En todas partes he hallado ahora las huellas de la evasión y de la angustia. Donde comienza a borrarse la primera, aparece la segunda. A veces conviven en una contradicción monstruosa.

Cuando hablamos y renegamos de la evasión en el arte estamos a mucha distancia de abogar por un arte de mera agitación y propaganda, aunque puede y debe haber buen arte de propaganda y agitación. El arte tiene sus dominios autónomos, sus caminos legítimos y propios, pero dominios y caminos han de guardar comunicación subterránea con los impulsos superadores de la convivencia, en cuya cristalización va envuelta la excelencia de la obra intelectual.

La libertad es siempre responsabilidad; la evasión, fraude. La deshumanización termina en traición al hombre, como en José Ortega y Gasset. La humanidad profunda, enriquecida de sangres sedientas, culmina en Gorki y en Martí, en logros vitalicios para el hombre. Sépanlo los escritores que me escuchan, los que empiezan y los que terminan: el mejor crítico es el tiempo. Y el tiempo no admite ni perdona sino lo que está muy colmado de la leche de la bondad humana. Ternura viene de tierno, de naciente, de ser en nacimiento y desarrollo. El Quijote vive y vale por lo que hay en él de aliento germinal, de ansiedad remansada, de iluminada expectación frente a una sociedad que se incorpora entre breñas y despeñaderos. Antonio Machado quedará como el gran poeta de nuestro tiempo porque su *corazón en vela* le alumbró el rumbo que perdió el corazón empedernido de José Ortega Gasset. El artista ha de entender, pero a golpes de humanidad; de otro modo, los hombres no se reconocerán largo tiempo en su entendimiento.

Ahora anda rondando por nuestra América una nueva marea de evasión, de traición, la de los agonistas. En Bogotá, como en La Habana, en Buenos Aires como en Río de Janeiro, he leído largos misereres, algunos de innegable gracia discursiva, otros de cierta elocuencia trágica. Según ellos, todos los caminos están cerrados para el hombre, todas las posturas filosóficas son deleznables y todas las definiciones políticas infieles. El final de tales agonías es, o un aspaviento en el vacío, o una mirada hacia atrás; una vuelta a lo medieval o a lo primitivo, un volver a empezar para empezar mejor. Desde luego que por aquí no apunta la menor novedad; se trata de una reiteración discipular de muy conocidas actitudes europeas.

Alguna vez estas lamentaciones son hijas de un caso personal lindante con la clínica; no están por ello en nuestro campo. En lo más hay una maliciosa intención regresiva que juega al pesimismo como a una carta enervadora. No hay sino seguirles la pista a esos constructores de agonías para descubrir que un día u otro penetran en la casa del pretor a venderle sus elegantes desesperaciones. Desde ese día cambian el traje: han hallado el consuelo largamente buscado y toman puesto militante contra toda corriente que, al tratar de libertar al hombre, liberta al artista. ¿Para qué han de querer la libertad los que han aceptado la esclavitud?

LA TRADICIÓN AMERICANA

No es muy fácil nuestra tierra americana a literaturas evasivas o agónicas. Es lujo de nuestras patrias que quien tomó responsabilidades cimeras anduviera asistido de la gracia artística. En Simón Bolívar la palabra es la mejor llama de su fuego; es un héroe literario en el sentido más hondo y noble. Sarmiento, caso sin segundo, es un escritor en función heroica. A Juárez, si se perdiera la estampa humana, pudiera reconstruírsele, como a un viejo templo deshecho, por alguna de sus sentencias. José Martí, caso apical, es a un tiempo la más alta figura política y artística de su tierra y quizá de todas nuestras tierras.

No es oportunidad de indagar la razón de esta simultaneidad de facultades y destino; pero sí la de decir que ella constituye una tradición en la que enraizan nuestros mejores títulos de presente y de porvenir. Ello certifica, en primer término, que la espada fue siempre en nuestros fundadores instrumento de la conciencia y que fueran las conciencias más esclarecidas —las de arte y creación—, las que embarazaron la tarea más trascendente. No puede ser pequeña la consecuencia de tal simultaneidad. Los héroes parladores integran como un coro de energías sin agotamiento. Se les recuerda, más que el hecho sorprendente, la previsión que corona el hecho. Bolívar es, sobre todo, el discurso de Angostura; Martí, el *Manifiesto de Montecristi;* Sarmiento, su *Facundo* y Juárez las proclamas atravesadas de desvelo paternal y las advertencias a sus hijos. Más que sus batallas, se comentan los dichos de estos hombres. Y como la palabra de los héroes es de muerte muy difícil, cada vez que las recordamos estamos viviendo su entraña más activa.

Ahora se nos está abriendo una oportunidad de cumplir con los mandatos augustos. Dentro de una hora de inmedible alcance, nuestras patrias americanas se asoman a una coyuntura decisiva. Marcharán con el mundo, pero en la faena universal tienen un gran problema común y un deber propio, consonante con el de todos los pueblos y continentes. Hay algo que parece muy claro; sí, por encima de muy singulares diferencias, tienen nuestros pueblos hispánicos necesidades y aspiraciones comunes —y ello no admite negativa—, está dicho que ninguna solución es válida si no abarca, en lo esencial, la órbita de esas aspiraciones y necesidades. La Historia nos recuerda que en cada coyuntura decisoria hay un solo camino apetecible y conveniente. Ayer no había, fuera de la Independencia, más que acomodamiento y traición. Hoy no hay sino una vía oportuna y fructífera: la unión para lograr la libertad que no pudieron conquistarnos nuestros héroes singulares: la que viene de regir lo propio y otorgarle rendimiento progresivo y justo.

En las grandes horas de peligro y esperanzas cada quien debe allegar lo más propio y eficaz. Nuestro intelectual debe ser, más que nunca, hijo y servidor de su circunstancia, de su ámbito. La obra de un creador, si hemos de recordar un mandato ilustre, ha de estar afincada en la realidad, pero con un solo pie. Yo diría, mirando hacia nuestra América amenazada y apetecida, que la tarea intelectual debe estar unida al pueblo por los dos

pies. El pie en el aire que quería el pensador germano no es bueno en nuestras patrias, donde son tantas las solicitaciones a las danzas exóticas, que cualquier salto audaz nos desentierra el otro pie y nos lanza por el suelo o nos lleva a bailar sobre las nubes. Claro que esto no tiene la menor tangencia con el tono local y el criollismo de pandereta literaria. Hablamos de una obra inquietada, conmovida, atravesada por las grandes preocupaciones de la hora. Se repite mucho aquella frase ingeniosa: una novela no es más que un espejo puesto sobre un camino. Yo diría que la gran obra literaria que necesitamos ha de ser un camino con virtud de espejo.

UNA PREGUNTA A LOS INTELECTUALES AMERICANOS

Ahora Germán Arciniegas ha preguntado a nuestros intelectuales sobre los peligros que amenazan a la democracia americana. Creo que la indagación es muy oportuna porque ofrece ocasión de llamar a nuestros hombres de pensamiento y sensibilidad a cuestiones de primera importancia, que a veces no les llegan a tiempo.

Hay una cosa clara para mí, que debe ir por delante de toda contestación a Arciniegas. Sin desarrollo democrático no hay progreso en nuestras patrias; pero no hay desarrollo democrático sin transformación progresiva de nuestra economía. Y no habrá transformación económica si no se quiebra lo que la impide y estorba. Luego, el peligro para nuestra democracia está en permitir que se mantenga y robustezca la fuerza externa que deforma nuestra economía.

Estas sencillas y firmes razones nos llevan a una lucha sin cuartel contra las fuerzas externas e internas que, al entrabar el desarrollo de nuestras fuentes de producción, hieren nuestro progreso y niegan nuestra democracia. Nadie puede quedar al margen de esa lucha porque todos están sujetos a su suerte. Ningún proceso de cultura vigoroso y fecundo puede producirse separado de un gran objetivo libertador. ¿Recordamos hoy a los que quedaron de espaldas al movimiento de la Independencia?

Yo he visto en todas las grandes ciudades americanas que he visitado —en Lima y en Santiago de Chile, como en Panamá y en Buenos Aires, como en Montevideo y Río de Janeiro—, bellas construcciones coloniales, hermosas avenidas modernas, parques distinguidos y hasta rascacielos flamantes; pero rodeando la ciudad, como recordándole sus deberes incumplidos, un cerco obstinado de viviendas miserables. Esto no es más que la presencia cercana de una realidad más vasta. Nuestras tierras agravan esta contradicción escandalosa del mismo modo y por iguales causas que se muestran en violenta oposición en su suelo las empresas más poderosas de la tierra y los campos más míseros y primitivos. La coexistencia en nuestras capitales del palacio airoso y el tugurio sombrío es de igual naturaleza y de la misma estirpe que la cercanía, en vuestros campos petroleros, de las más poderosas plantas eléctricas y los más miserables poblados.

Nunca fue la democracia para nuestros libertadores nombre sino contenido. Así debe ser para nosotros. Ellos vieron en la democracia la vía para realizar la justicia popular entonces posible y urgente. Así debemos verla nosotros. Y para lograr lo que lograron fue indispensable un mínimun de unidad combatiente, no hay ahora otra vía que integrar la unidad de los que sufren las mismas opresiones y requieren la misma defensa.

Pero he aquí, compañeros, que se alzan dificultades en el buen entendimiento de estas cosas tan claras. De democracia hablamos los que queremos trabajar por la liberación económica que la produzca y de la democracia habla también la entidad imperialista y la fuerza estatal que la respalda. En verdad que tenemos que revisar sobre la marcha el sentido de los vocablos políticos. Lo democrático no es un apellido sino una realidad. Todo lo que perturbe el desarrollo progresista de nuestros pueblos es antidemocrático, aunque se presente con engañosa etiqueta. Ayer mismo, mientras peleábamos juntos contra la barbarie nazista, podían sospecharse actitudes contradictorias entre los que juntos combatían. Unidos marchábamos, queríamos marchar, hacia un mundo en que cada pueblo tuviera el dominio de su destino. La sangre ofrendada no nos pareció excesiva: aparecía como el precio natural de tan gran tesoro. Pero ahora, para seguir siendo leales a aquella sangre, para honrar de veras aquel martirio hay que convertir en verdad activa y comprobable el ánimo primordial con que se hizo la guerra. Y si en el esfuerzo por alcanzar lo que la guerra prometió —el libre crecimiento de nuestras fuerzas nacionales por caminos libres y desembarazados—, se nos opone y atraviesa un aliado de ayer, debe quedar bien claro que él contradice los objetivos de la guerra y nosotros, al combatirle ahora, nos mantenemos fieles a la razón de ser de la universal contienda.

Nuestra América es, por encima de sus tormentas civiles, cada día más raras, un gran impulso, un gran baluarte de paz. Ello aparece en nuestros cardinales documentos históricos, en la tradición más acendrada, en la anchura cordial de nuestras gentes y naciones. Ahora se habla de unirnos en un bloque para hacer la guerra. ¿La guerra? ¿A quién, contra quién. para quién? Nunca hemos sido tibios en la defensa de nuestros intereses, en el mantenimiento de las conquistas populares y en la colaboración continental. Pero es necesario que, al dar el paso al frente, sepamos que estamos defendiendo, con los intereses continentales, nuestros propios intereses. La más triste situación concebible, en pueblos y en hombres, será siempre aquella en que por aturdimiento o confusión resulten enganchados en servicio de quien los oprime.

Nuestros pueblos no pueden mantenerse un punto más en lo que son: grandes fincas de ajeno beneficio; ni, como algunos pretenden, constituirse voluntariamente en grandes reservas de materias primas, resignados a una vida subalterna. Hemos de incorporarnos, en un salto dramático y audaz, a los cauces de un desarrollo económico que tenga como meta y resultante los más altos estados de civilización y de justicia. He dicho salto dramático y audaz con plena conciencia de lo expresado. Porque no se me oculta que,

con el final de la guerra, con el proceso de reconstrucción de las naciones líderes, va a plantearse de inmediato una crisis accidental que agravará a límites impasables la vieja crisis de nuestra estructura colonial. Lo poco que hemos ido avanzando en actividades industriales para nosotros decisivas, va a ponerse en riesgo. Reajustados los costos, lanzada la producción mundial por los despeñaderos de una competencia sin entrañas, tratarán de sobrevivir las naciones y grupos de naciones de más alta calificación técnica. En Cuba, por ejemplo, los grandes ingenios norteamericanos habrán de superar su eficacia para ganar la partida a los productores de áreas todavía devastadas por la guerra. Los ingenios cubanos no tendrán aliento para soportar la agotadora carrera de violenta tecnificación. Lo que apunta sin duda alguna, hacia una más enérgica y total supeditación de la economía isleña, que es lo mismo que decir de su vida política y cultural.

Ved, compañeros, que en la etapa en que vamos a entrar se va a jugar nuestro destino. Yo os invito a meditar en estas palabras, que quieren estar muy alejadas de la solemne vaguedad a que parecen aludir. Lo que quiero decir es que el mundo ha de marchar en seguida en dos direcciones trascendentes: o somos arrastrados a una pelea monstruosa en la que se pretende que seamos comparsa dócil y en la que estaremos, según muchas señales, remachando nuestras propias cadenas, o por el esfuerzo firme de todos los pueblos —pero de manera específica de los pueblos hispanoamericanos—, vamos derechamente a una clara posibilidad de desarrollo normal y desembarazado de nuestras fuerzas propias por vías pacíficas y ascendentes. O servimos a unos cuantos, contra otros, o al servirnos a nosotros mismos, servimos a todos.

UNA FRASE QUE COBRA SENTIDO

Es vieja la frase *América para la humanidad,* pero hasta hoy no ha cobrado sentido. Veamos esto. Queremos decir que, frente al porvenir inmediato, el cumplimiento de nuestros deberes políticos —políticos en el más ancho significado— colabora del modo más precioso al beneficio de todos los pueblos. Si en esta coyuntura nos penetramos hasta el fondo de que lo irrenunciable es imponer nuestro derecho histórico a un desarrollo económico libre y democrático, a la altura de los tiempos y sin interferencias extrañas, estamos ya debilitando a los agresores contra otros pueblos y otros continentes, pues bien claro está que si a los imperialistas les falta el aprovisionamiento excepcional que supone el tributo de todo un conjuto de pueblos en parejo retraso social, habrán de renunciar a una tarea de universal depredación que no puede intentarse sin medios ilimitados y reservas incontables.

He aquí oportunidad de señalar un caso de penetración genial de nuestro José Martí. Él habló un día de que el destino de América estaba en provocar «la unión con el mundo, y no con una parte de él: *no con una parte de él, contra otra».* Está aquí sin duda, en el hecho recóndito del pensamiento martiense, la previsión de que nuestro Continente fuese levantado por sus dueños económicos contra «una parte del mundo» y en servicio de «otra parte» afín a sus propósitos. Adelantándose a su tiempo, Martí adivinó que en las futuras tareas del Continente americano éste habría de entrar en peleas de tamaño universal en que no podía sino unirse con el mundo de la mejor justicia. El momento que vivimos y el que está naciendo de su entraña nos fuerzan a embarazar este hondo y dilatado mandato.

Los que quieren unirnos «con una parte del mundo contra otra» no olvidan la captación de los intelectuales. Las intentan por caminos hábiles, sutiles. Cada día menudean más las invitaciones para recibir técnicos u ofrecer cursos en centros culturales de los Estados Unidos. Las invitaciones, por sí mismas, no merecen reproche sino aplauso y puede haber algunas limpias y fraternales. Pero las hay también en gran número, que ocultan una segunda intención de mucho peligro, aquellas que intentan hacer hábitos mentales parciales y tendenciosos, las que miran a meter en nuestros hombres de letra y ciencia una devoción *democrática* —de algún modo hay que llamarla—, afincada en la aceptación de una realidad a todas luces inconveniente.

Necesitamos absorber y practicar todas las técnicas, naturalizar todas las ciencias, entender todos los mensajes. Sin ello nuestro retraso será irredimible. Pero hemos de tener mirada tan independiente y leal que no nos creamos, como ciertos actores noveles, que por beber en escena en copas egregias, no han de volver al cacharro familiar y casero. Tenemos que conocer la copa excelsa, pero sabiendo que para adquirirla hemos de superar en mucho nuestra pobreza actual.

Véase la medida de nuestra tarea inmediata. Conocer el fruto más logrado, pero enderezar el conocimiento para disponer su producción entre nosotros. Más que nunca, la cultura ha de abrir los cauces de la libertad, pero a condición de que no renuncie a una postura receptiva, servidora, de alto sentido instrumental.

La unión de nuestros pueblos ha andado sobre obstáculos, cuando no sobre escombros; las razones para ello han sido tan tercas que no han podido salvarlas las más clarividentes intenciones. Nuestros padres vivieron preocupados del rompimiento de nuestra aldeanidad; pidieron un pedagogo en cada escuela y un ingeniero en cada estancia. Los habrá. Pero a vueltas de un ímpetu tan poderoso y radical que tenga fuerzas para entender y transformar, para exaltar y conducir, para cuidar de lo inmediato sin olvido de lo trascendente. Rubén Darío, antimperialista inconsciente que dijo Alberti, nos manda, frente a la absorción económica de los Estados Unidos, igualarlos primero, superarlos después. No está mal como programa de nuestro proceso libertador, pero esa equiparación indispensable ha de lograrse de que se nos deje la sangre que sin razón robustece al vecino poderoso.

INDUSTRIA Y POESÍA

Está ya sentenciado y resuelto que la obra de creación artística no es lujo sino necesidad en los pueblos. El propio José Martí decía: «¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega y disgrega, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe o el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.» Somos tierras necesitadas de industria y poesía, de *subsistencia y de deseo y fuerza de la vida.* Una fuerte industria, no lo dudemos, traerá una poesía libre, dueña de sí y de su futuro. Una poesía metida en lo más hondo de nuestra tierra ansiosa, nos traerá, con la *fuerza de la vida,* la industria mejor.

La gran obra artística de nuestra América está por realizarse y lo que hasta aquí hemos producido es como chispa adelantada de un gran fuego. Ni la obra de la conquista, bárbara y gigantesca, ni la de la Independencia, noble y desmesurada, es más rica en sustancia creadora que la que se está abriendo ante nuestros novelistas, ensayistas, poetas, músicos y plásticos. El escenario nuevo es ancho y revuelto, multiforme y contradictorio. La naturaleza abisma y estremece; la oscuridad de muchas almas aplasta, hasta hacer estallar la medida de lo sórdido; el pasado gravita indeleble sobre dilatadas zonas de la economía y del espíritu; el mañana puja y estalla en urgencias que son válvulas descosidas de un dolor de siglos y lenguas. Y todo ello, en su grandeza informe y avasalladora, va a ser llamado ahora a una tarea más ambiciosa y total. Porque ahora nuestra América va a pelear una guerra que la va a hacer dueña de sí. ¡Ay de los escritores, de los artistas, si quedan al margen de la dura y grande conquista!

VENEZUELA FIEL

Venezuela nos tiene dados grandes ejemplos de su capacidad creadora al nivel de los tiempos. En las heridas de su pueblo, entregadas a la América en su novela y en su poesía, hemos medido nuestra propia herida. En largos días tormentosos, aquí se mantuvo una llama de luminosa sangre que ha quedado como la gran prueba de todo triunfo difícil. Los hombres de sus montañas sostuvieron a sus guerreros para que todo el continente les viera la estatura y les acatara la grandeza. Hacia acá miran nuestros pueblos, hechos a esperar por este rumbo las señales impares. Ayer vuestras gentes hicieron suyas las montañas; ahora han de enseñarnos a hacer nuestro el suelo y el subsuelo, lo más propio y lo más hondo.

Los miopes no aciertan a descubrir que es ahora cuando la función del creador artístico cobrará categoría cimera. Porque sólo cuando el artista se penetra de su destino aparece el puente múltiple que unimisma natural y profundamente un continente. *La vorágine* ha valido más que mil manifiestos y que cien mil mítines, aunque mítines y manifiestos sean necesarios. Y el día que nuestros escritores sean parte de su mundo y trabajadores de su porvenir, habrán traído, acaso sin saberlo plenamente, la realidad que su obra precisa y pide.

Sólo el arte puede dar la emoción unitaria, la conciencia plena de la tarea común. Los tiempos son duros y urgentes. Démosle a América la gran levadura cultural que necesita. Trabajémosla amorosamente; pero no tanto que el goce del laboreo nutricio nos distraiga en exceso. Que la obra sea nuestra vida. Y la razón de nuestras vidas.

FINAL

He escrito estas palabras frente a una ventana de mi hotel caraqueño. A toda hora, en la luz y en la penumbra, he tenido ante mis ojos vuestro Ávila poderoso y sereno. He recordado mucho que en la contemplación de esas mismas nervaduras solemnes serenaron sus tormentas vuestro Libertador y el mío. Quizás si, como nosotros. imaginaron que las gentes que habían de seguirle meditarían también, con la vista en la montaña, sobre el destino de esta tierra, sobre el destino de los americanos, sobre el destino de los hombres. El arte, decían los antiguos, es más largo que la vida. Y la montaña, habría que añadir, más larga que el arte. El Ávila guarda la vida de Simón Bolívar y el arte de José Martí. Duerme y despierta como queriendo entregar su legado impar. Los que pronto le recordaremos en la distancia la luz y la sombra, la mañana y la noche, quisiéramos llevarnos un poco de su insigne testimonio. Vosotros quedáis aquí, a su abrigo y a su altura. Pedidle el mensaje inmensurable, tomadlo en vuestras manos creadoras, bajadlo al pueblo doloroso y ponedlo, igual y distinto, como el Ávila, a trabajar por la nueva libertad.

CONGRESO DE ESCRITORES Y ARTISTAS*

I. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

En las *Palabras a los intelectuales* precisó cabalmente Fidel Castro la magnitud y los límites de la libertad de creación. Una revolución como la actual, decía su líder máximo, no puede negar la libertad puesto que se ha hecho para traerla. En efecto, un movimiento profundamente liberador en lo per-

* Tomado de Juan Marinello: *Contemporáneos. Noticia y memoria,* p. 227. Ed. Universidad Central de Las Villas, 1964.

sonal y lo colectivo ha de proponerse inquietar el desarrollo desembarazado y poderoso de las fuerzas creadoras. La tiranía batistiana fue la negación de la libertad para el escritor y el artista. Nuestros mejores intelectuales, fieles al pueblo y por ello combatientes contra la barbarie ensoberbecida aupada por el imperialismo, fueron perseguidos sin tregua en los años anteriores a 1959. ¿No negaban nuestras publicaciones, en las manos de un gobierno anticubano y de empresas cómplices, espacio para las firmas de más calidad y prestigio? Un movimiento nacido de la voluntad nacional ha de ser, en todo, contrapartida y negación de la realidad que destruyó.

La libertad de creación existe en Cuba, no hay dudas sobre ello, desde el primero de Enero de 1959. Ciego estará quien no vea los beneficios traídos por la franquicia a la obra del artista y del escritor. No es que podamos saludar ya poemas y ensayos, partituras y cuadros, numerosos a la altura de nuestra revolución; pero quien sepa de estas cosas advierte que estamos en un período de ebullición feliz en que si los valores considerables pugnan todavía contra arrastres no disueltos, se tocan contornos de firme vigor y renuevos anunciadores de floraciones magnas. La revolución ha traído una nueva vida para el pintor y para el poeta, para el músico y para el pensador. Esa vida nueva se expresará frente a todas las resistencias.

Pero, no se defiende la libertad cuando se le agrede. Queremos decir que si la gran revolución de ahora es la responsable de la venturosa franquicia que goza el creador, el que ataque a la revolución está atacando la libertad de que disfruta. Esta verdad irrebatible sitúa las cosas en su punto: no debe haber libertad para combatir la libertad. Es por ello por lo que son inconmovibles las razones aportadas por Fidel Castro abogando por una obra erguida y fecunda, pero señalando un límite infranqueable: la libertad no debe servir para socavar un movimiento respaldado por todo el pueblo, ni tiene razón quien atenta contra un destino de escritor y ciudadano.

Desde luego que no todos los escritores y artistas sienten con igual fervor el ímpetu transformador que sacude al país. A nadie se le exige —también lo precisó Fidel Castro—, que cante a la revolución con encendido acento. Más aún: existe una ancha zona de la tarea creadora que no tiene por qué ser el vehículo del hermoso entusiasmo de la hora. El hombre, cualquier hombre, tiene el derecho —que mañana será deber— de educar su espíritu en la contemplación de la belleza. Sobre esto dijo Jorge Dimitrov muy certeras palabras, como se sabe. Hemos presenciado el entusiasta arrobamiento del espectador soviético ante los nostálgicos «otoños» de Levitán, como su gozo ante creaciones de Chaikovski o de Pushkin, en nada comunicadas con un directo objetivo revolucionario. A todo individuo le es debido el legítimo placer de elevarse en la contemplación de la naturaleza o del alma humana por vías ennoblecedoras. La revolución, que trabaja por un hombre mejor en todos los sentidos, ¿no quiere liberarlo para que disfrute de una vida dichosa?

Contamos con escritores y artistas de arraigada fe religiosa, con otros que no poseen esa creencia. Todos pueden y deben gozar de libertad expresiva, pero no hacer armas contra una realidad que les permite y estimula tal expresión. Sería ilegítimo quebrar una libertad fundamental, pero lo sería también estimular su ataque. En nada puede objetarse un himno religioso o un treno místico, aunque no vibremos en sus estancias; pero no sería admisible que se utilizase la creencia, cualquiera licencia, para volvernos a una situación de arbitrariedad y barbarie que es la que añoran los que combaten la revolución cubana.

El respeto a todas las posturas legítimas es la base de la unidad por que trabajan ahora artistas y escritores. A ninguno deben señalarse pautas, ni temas, ni procedimientos determinados. Del gran conjunto de diversas posturas, coincidentes en el trabajo central de defender la revolución y servir al pueblo, saldrán realizaciones de imprevisible grandeza; y sospechamos que no pasará mucho tiempo sin que los irresolutos y los tibios tiñan su creación con las grandes apetencias del presente. Entonces la unidad será más firme y la obra más colmada.

Nuestra satisfacción sería grande el día en que contempláramos una producción intelectual de muy alta calidad y sustentada, en lo fundamental, en un ímpetu revolucionario que es una de las grandes hazañas de nuestra época. Sin olvido del paisaje placentero y de la sinfonía exaltadora, es evidente que el arte grande nace de las grandes ideas y de los grandes anhelos. Aseguramos con toda convicción que una literatura, una música o una plástica que lograse reflejar la magnitud de nuestra revolución sería, por fuerza, realización insigne. Hacia ella marchamos y en su logro significará un gran paso de avance el Congreso que ahora trabaja.

Pero, toda gran libertad es gran responsabilidad. De hoy en lo adelante los escritores y los artistas se enfrentan, unidos, a una tarea de mucha cuantía. La influencia del pintor, del escritor y el músico en nuestro medio es cada día más considerable y determinante; y como el Gobierno Revolucionario no descansa en el empeño de una superación intelectual que va desde la magna campaña alfabetizadora hasta la reforma de los estudios superiores, en cada momento existirá una mayor avidez por conocer la obra de nuestros creadores. Será inmedible, en el futuro inmediato, la influencia de los hombres de sensibilidad y pensamiento. Pueden hacer mucho bien, o mucho mal, según orienten su función y ejerzan su oficio. Sólo unidos al pueblo, a sus necesidades, a sus quehaceres, a sus objetivos y a sus aspiraciones, mantendrán el acertado rumbo.

Esa responsabilidad se ensancha a límites muy ambiciosos cuando se tiene presente que nuestro hombre de pluma, pentágrama y pincel ha de trabajar en el seno de una revolución socialista, es decir de una sociedad de nuevos fundamentos, engendradores de una nueva cultura. No se puede servir en toda la medida lo que no se conoce, y el dominio de la razón y el proceso de una sociedad socialista se hace indispensable para su afirmación y su victoria. La literatura, la música y la plástica que va a producirse ahora en Cuba han de coadyuvar a una realidad en que todos los hombres, y tam-

bién el artista y el escritor, deben ser expositores e impulsores de una nueva convivencia, de una nueva moral, de un nuevo sentido de la vida.

No hay razones para impresionarse en demasía ante un esfuerzo sin duda difícil. Nuestros intelectuales sabrán cumplirlo porque, de una parte, tienen a su alcance los elementos de información y esclarecimiento que el Gobierno Revolucionario les aporta —ahora el libro está en todas las manos—, y, de la otra, la voz del pueblo a que se deben. Por ello, el actual Congreso ha de ser un gran voto de fidelidad y de autosuperación. Los días que vienen piden una formación exigente, un oficio poseído en todas sus arduas intimidades, un sentido crítico sincero, valeroso y constructivo. Nuestro escritor y nuestro artista han de sacudir limitaciones criadas en nuestra República mediatizada y penetrar con amor y disciplina nuestro hermoso proceso cultural, jalonado en todo momento —Varela, Heredia, Martí, Varona, Sanguily, Martínez Villena—, por realizaciones ejemplares. Con ese aporte y ese bagaje ha de comparecer a la luz de la calle y del campo, de la fábrica y del plantel, para oír del pueblo el rumbo infalible. Sólo así será digno de este tiempo cubano.

II. LA CUESTIÓN DE LA FORMA

Sabemos bien que todo problema formal en el arte está determinado por el contenido y la intención de la obra. Por ello, el título de este apartado es parcial y omiso. Alude, en su insuficiencia, a un profundo problema de la estética actual que ha preocupado, con sobra de razones, al Congreso de Escritores y Artistas.

Todo proceso revolucionario plantea a los creadores el problema de la forma en que debe producirse su obra. Lo obligado es que si el escritor, el plástico o el músico se integran en un hondo proceso libertador, intenten servirlo del modo mejor con sus dotes y facultades. No parece natural que lo más íntimo y válido de un hombre de pensamiento y sensibilidad —su obra—, marche a contrapelo o a distancia de su quehacer cívico. Por otra parte, ya lo hemos dicho, la realización cultural alcanza mayor nivel animada por las grandes apetencias del tiempo en que nace.

Hay todavía otra razón primordial para que la obra responda a los mandatos históricos de cada época. Aludimos a la hermosa tradición universal que nos entrega, en toda expresión artística, las más considerables conmociones de la sociedad y del individuo. Si un arte tan ilustre como el de la pintura ha llegado a sus máximas cimas traduciendo esas conmociones, no hay por qué no realice en nuestro tiempo la misma función.

Lo dicho apunta, naturalmente, a una profesión de fe realista. Nos parece innegable que la gran creación ha de nacer de la realidad, y traducirse con originalidad pugnaz. Una reproducción literal o irrelevante, sin garra ni vuelo, no vale ni el tiempo ni el material invertidos en ella. Cuando se maridan la pupila excepcional y el gran mensaje, aparecen Beethoven y Brueghel, Cervantes y Goya, Gorki y Martí. Imitarles las maneras concretas sería desacierto; seguirlos en su sorprendente conjugación de fidelidad y sorpresa, hazaña plena.

Pero no siempre el creador acepta el punto de vista que queda esbozado. Muchas veces obedece a otros impulsos y parte de otros criterios. Nuestra época, desarrollando simientes sembradas en los últimos años del siglo pasado, ha insistido mucho en una expresión hermética y abstracta, en que el pintor y el poeta, el escultor y el músico, han ido construyéndose un reino aparte, o limitando su invención a lo decorativo. En Cuba, como en muchas partes, estas orientaciones han prosperado y debemos decir que se han expresado en ellas gentes de bagaje y talentos. En los últimos años, la plástica abstraccionista y el poema esotérico han florecido en Cuba, arrastrando a creadores que habían mostrado buena estatura en empeños humanados y asequibles.

La posición correcta ante manifestaciones no realistas fue fijada impecablemente por el Presidente Dorticós en el discurso con que abrió las labores del primer Congreso de Escritores y Artistas. Sería injusto y descaminado adoptar actitudes dogmáticas y despectivas ante los abstractos y los esotéricos. Podemos creer —y creemos— que tales posturas estéticas han sido utilizadas por reaccionarios e imperialistas, naturalmente interesados en un arte que, ensimismado en la forma y el hallazgo sugestivo, se desentienda de los dolores y esperanzas que circundan al creador. Lo primero, se dijeron los enemigos de la liberación humana, es no mentar la soga en casa del ahorcado. Una expresión cada vez más aséptica, más deshumanizada y distante, ha de ser grata, desde luego, a los que se oponen a todo cambio libertador.

Hay que decir en seguida que no supone nuestro juicio una descalificación del pintor abstracto o del poeta incomunicable. Suponer, como han supuesto algunos, que nuestros creadores no realistas han actuado y actúan en complicidad con las corrientes regresivas en el orden político, es, simplemente, una atribución absurda. De una parte, las maneras de infiltración de los reaccionarios y opresores son múltiples y sutiles; de la otra, hay en muchos artistas del campo literario y del plástico inclinación a las formas crípticas por razones de formación, de cultura y de ubicación clasista. Los hechos, que son los que valen, nos ofrecen el buen enjuiciamiento. Numerosos creadores del costado abstracto han sido y son esforzados combatientes de nuestra revolución, y, entre los valiosos, apenas podemos encontrar alguno en el campo contrario.

Los cambios en las formas creadoras no pueden producirse arbitraria y sorpresivamente; a menos de que admitamos la insinceridad flagrante. Sobre la persistencia en los hábitos intelectuales dijo palabras de larga vigencia Federico Engels. Las grandes transformaciones requieren pasión y desangramiento. También en lo artístico se pare con dolor, sin que haya en ello una bíblica maldición. Lo correcto es poner en alto, y honrar adecuadamente, la bandera de libertad que la revolución nos ha traído. Recordando el dicho de una insigne figura de la iglesia católica pudiéramos decir: «que cada cual

crea con la fe que tiene». Y se trata, desde luego, de la buena fe, no de la mala fe contraria al pueblo y a su revolución. Sólo el hombre de fe verdadera puede ser converso cabal.

Más de una vez hemos dicho que los pintores y escultores abstractos habrán dejado, una vez que cambien de ruta, un saldo estimable en algunos aspectos decorativos y en el modo en que han asociado y yuxtapuesto sus realizaciones con lo arquitectónico. Quien decida persistir en un camino que creemos equivocado por limitador e insuficiente, debe tener franquicia para ello. Si, como ocurrirá en muchos casos, se mantiene fiel a la hermosa transformación que Cuba goza, no hay razón para el ataque ni para la fulminación. Desde luego que, como somos leales a nuestras convicciones, quisiéramos que el mucho talento que ha tomado entre nosotros el camino de la abstracción y el hermetismo remontase su curso y se dejara penetrar por la vida poderosa, de genuina y singular novedad que hoy conmueve a nuestro pueblo.

Si se me dijera que tengo demasiada fe en la comprensión de nuestros creadores abstractos, yo diría que no me falta fe en ellos, pero que tengo más fe en el pueblo y en la revolución. Quiero decir que creo que la fuerza que está transformando nuestra vida —y en medida considerable la de los pueblos latinoamericanos—, determinará, en tiempo breve, una unidad profunda entre vida y cultura. Desaparecidas las clases interesadas en un arte no realista, llegará al creador, cada día con mayor poder, el aliento popular portador de todas las inquietudes y padre de todas las excelencias.

Lo importante e inmediato es que el escritor y el artista sepa cuál es el mejor camino, que «ascienda al pueblo», según la frase certera del Presidente Dorticós y que, en ese ascenso, sepa que como el pueblo merece lo mejor puesto que ofrece lo mejor, demanda una formación cada día más exigente y más eficaz y una originalidad asentada en lo propio, que eleve la obra a niveles hasta aquí no conocidos. Como se sea fiel a esta ruta, el modo de expresión cederá al motivo poderoso y hondo y cada cual pondrá lo mejor de sí mismo para cumplir su deber de intelectual y de cubano. Si nos atenemos al curso de los trabajos del Congreso, parece que podrá alcanzarse esta meta.

III. Y AHORA, A ASCENDER HASTA EL PUEBLO

Terminadas las tareas del primer Congreso de Escritores y Artistas, ha quedado convocado, para los primeros meses del año próximo, un Congreso Latinoamericano de Artistas y Escritores. Quiere decir que, al cerrarse una importante jornada, se enfila hacia otra de mayor trascendencia. La responsabilidad de nuestros intelectuales queda comprometida en grado mucho mayor de lo que estaba antes de comenzar su reunión nacional.

Puede decirse que es ahora cuando ha de entablarse, con plena fecundidad, el diálogo de nuestros creadores con el pueblo. De la justeza con que se entable dependerá la calidad y trascendencia de la obra. Es la oportunidad de que nos preguntemos cómo ha de desarrollarse esta relación superadora.

Cuando se dice que el creador ha de inspirarse en su pueblo hay que entender el difícil deber en toda su magnitud y complejidades. Del pueblo surge, en primer término, la sustancia del poema y de la estatua, del cuadro y la sinfonía. A veces, el gran tesoro cristaliza por su cuenta y se nos muestra redondo, nítido y poderoso. Así ocurre, por ejemplo, con el prodigio de las canciones primitivas y del romance españoles. Tales encarnaciones son anónimas y concentran la sabiduría expresiva de gentes innumerables. Quienes sostienen que las masas son incapaces de lograr la expresión profunda o sugestiva quedan desmentidos frente a las gracias y sabidurías insuperadas del Romancero. El caso es el más concluyente para dejar probado que lo que cuajó en hallazgos cabales posee vitalidad para ganar muchas batallas. El romance peninsular no sólo está presente y floreciendo en los siglos clásicos sino animando y salvando una lírica tan actual y futura como la de Federico García Lorca.

La voz íntima de nuestro pueblo no ha sido oída ni trasmutada por nuestros artistas y escritores a una altura condigna. Factores contrarios lo han impedido por largas décadas. El mal entendimiento de lo español, la imitación aldeana de lo europeo y la dilatada deformación del imperialismo han hecho estragos que no será fácil erradicar. Hay que limpiar y desnudar nuestro folklore; hay que recorrer la isla de punta a punta para anotar la voz popular y su acento. Y, después, insuflar el tesoro salvado en una obra que, sin quebrantar la lealtad, ofrezca gesto personal y distinto, hijo de la información rigurosa y el dominio del oficio.

Existe una segunda función que debe ser cumplida sin tardanza. Nos referimos al esfuerzo por traducir en toda su magnitud esta gran hora de siembra y porvenir. Digámoslo con ruda franqueza: todavía no ha nacido el poema, la novela, la partitura y el cuadro al nivel de nuestra revolución, aunque ella haya inspirado logros considerables. Para alcanzarlo, nuestro creador ha de conocer la cooperativa y la fábrica, la granja del pueblo y la ciudad escolar, la hazaña callada del alfabetizador de las campiñas y el sobrio entusiasmo de los jóvenes que defienden la revolución con las armas. Por allí, por esos predios, anda la tarea que estamos esperando.

En contra de lo que algunos mantienen, la sintonía con nuestros anhelos nacionales no se logra con la improvisación sino con la formación, con el saber desvelado y no con la anotación superficial. El pueblo exige y merece disciplinas y ejercicios muy superiores a los realizados hasta aquí.

Lo más profundo y certero del discurso de Fidel Castro cerrando las sesiones del Congreso de Escritores y Artistas fue, sin duda, la relación establecida entre la creación específica del artista y del escritor y el gran torrente de creación histórica que es nuestra revolución socialista. Tienen ustedes por delante, dijo el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, un mundo que se está creando. Ojalá nuestros intelectuales verdaderos hayan sabido penetrar el calado de esta afirmación. Crear dentro de un gran mundo

creador es un esfuerzo ciclópeo, como el que realiza el gran nadador sorprendido por el oleaje violento y encrespado. Hay que entender hasta el fondo la latitud de lo que realiza la nación y el rumbo hacia donde apuntan sus impulsos. Para ello, también lo dijo nuestro héroe nacional, habrá que trabajar mucho más que en tiempos normales, del mismo modo que laboran hasta el agotamiento los trabajadores y los campesinos que, con sus manos, construyen el sustento económico en que se apoya la revolución.

La gran empresa en que está empeñado nuestro pueblo —la mayor desde el Descubrimiento, como ha precisado con plena responsabilidad Nicolás Guillén—, exige de cada cubano la misma dación irrestricta, el mismo sacrificio salvador. Si a nadie debe estar permitida la flojedad y la holganza (que supone hoy cabezas de playa para el enemigo), menos debe aceptarse a los que poseen visión y bagaje singulares. El imperialismo sabe lo que supone el trabajo manual organizado e incansable en el campo y en la ciudad, y sus más avisados capitanes, intuyen que nada podrán lograr mientras se mantenga el gigantesco esfuerzo. Es imprescindible que vean, del mismo modo, que los creadores cubanos ponen su talento en el quehacer patriótico y en la pelea contra el mundo de sangre y muerte que ellos ejemplifican.

Es posible que muchos de nuestros creadores no se hayan dado cuenta exacta del conjunto de circunstancias que rodean su trabajo. Ya hemos dicho que sólo una revolución como la que estamos viviendo pudo dar posibilidad a un Congreso Nacional como el que acaba de efectuarse. Las limitaciones crueles que imponían al intelectual las clases representadas en el gobierno de la tiranía y las que mantenía el imperialismo, han desaparecido para siempre. En lo adelante, el escritor y el artista estarán libres de presiones deformadoras; al establecer el diálogo con el pueblo, un mutuo impulso de liberación y grandeza los apretará hacia la obra futura. No tendrá nuestro creador que pensar, como ayer, en el grupo privilegiado que constituyó su mercado. La magna hazaña de la alfabetización irá abriendo senderos de atención e interés y nuestro hombre de arte y de ciencia trabajará para una enorme multitud integrada, prácticamente, por toda la población nacional.

Nuestro Primer Ministro proclamó en su discurso de clausura que «la realidad dirá al artista y al escritor lo que debe hacer». Y al considerar estas palabras, hay que pensar de inmediato en la realidad presente y futura de Cuba, una realidad de superación inmedible, empujada a cada hora por el socialismo. La libertad del trabajador de la inteligencia tendrá que ser empleada en tareas cuyo perfil no podemos dibujar ahora, pero cuya magnitud adivinamos.

Para desarrollar una labor digna de nuestra revolución, el escritor y el artista han de fortalecer la unión que ahora ha presidido su Congreso. No olviden que lo primero es defender y hacer triunfar el gran movimiento revolucionario que les ha dado libertad y dignidad. Y ello no se logra sino con la firme organización de las clases, sectores y organismos que lo respaldan. Hay que señalar con piedra blanca que la reunión nacional de Artistas y Escritores haya desembocado en el nacimiento de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Esa entidad, encabezada por nuestro gran poeta Nicolás Guillén, ha de cuidar su fecunda integración como el primero de los valores a su cargo. El fraternal entendimiento entre sus miembros —fraguado sobre los principios y criterios proclamados por el Congreso—, determinará una emulación sana y positiva y hará que cada uno de ellos sienta que en su responsabilidad ciudadana, revolucionaria, está el secreto de una producción de contenido, tono y calidad superiores.

En el discurso inaugurando las sesiones del Congreso, el presidente Dorticós dijo que nuestro artista y nuestro escritor debe «ascender hasta el pueblo». Tal ascensión debe cobrar ahora, dentro de la Unión de Escritores y Artistas, ímpetu poderoso e incansable. Hay que ascender hasta el pueblo, hay que llegar al pueblo, en movilización unida y activa, con sincera humildad y deseo de servirle. Si así se hace, las realizaciones de nuestros intelectuales patriotas alcanzarán cimas soberanas, y el próximo Congreso Latinoamericano de Escritores y Artistas podrá saludar, en el esfuerzo de nuestros creadores, un impulso que, como el expresado en el campo de la producción nacional, tendrá altura para anunciar la nueva vida de todo un Continente.

GUATEMALA NUESTRA. LAS RAÍCES. NORMA Y POESÍA*

La presencia indígena es, en sentido continental, un elemento básico. Es cierto que no todos nuestros pueblos la tienen como piedra angular de su vida presente: grandes países del Sur, y singularmente las Antillas, no poseen ese ingrediente como dato central de su destino. Pero lo hispanoamericano posee lo indio en la raíz, tanto en la integración de su masa popular como en la fisonomía vital: y en el arranque hacia el mañana lo autóctono impone su historia, su tono y su ademán. En un entendimiento histórico, lo indígena fue lo propio frente a la Conquista, y ello cuajó la realidad que nacía, no importa si en algún paraje del dilatado panorama la furia invasora arrasó del todo, como un vendaval codicioso, la población nativa. La vieja consigna primordial: «hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América», sigue siendo justa.

La actual Guatemala fue, con una porción del sureste de México y parte de Honduras, el asiento y el triunfo de la cultura de los mayas. Quien la estudió con real maestría, Sylvanus Morley, fue elevando a lo largo de su vida —de una vida volcada apasionadamente sobre el «milagro maya»—, su

* *Ensayos martianos,* p. 181. Universidad Central de Las Villas, 1961. Tomado de Juan Marinello: *Ensayos,* p. 322. Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1977.

enjuiciamiento de tal cultura. Si alguna vez dijo que fue «la civilización indígena más brillante del Nuevo Mundo», rectifica después para afirmar que fue el maya «el pueblo indígena más brillante del planeta». No tiene que intervenir en verdad la pasión americana para que lo creamos así. La genuina ansiedad que se apodera del ánimo cuando nos entramos por lo que resta de aquella cultura, es la marca denunciadora de su inviolable grandeza.

Por las dos puntas en que culmina el poder creador del hombre, por la expresión artística y por el descubrimiento científico, nos dejaron los mayas logros soberanos. Midieron el tiempo con precisión insuperada y fijaron, como las más prestigiosas civilizaciones europeas, un punto de partida para contar los días: desarrollaron, los únicos en el continente, un sistema original de escritura; arribaron a abstracciones poderosas, como la de expresar la cantidad a través de la posición de los valores, lo que supone la riquísima noción del cero; como los asirios y babilonios, practicaron la investigación astronómica, dentro de insalvables límites religiosos, pero con fuerte sentido de utilidad social: el cielo les enseñó a labrar la tierra. En el campo de las artes plásticas llegaron a conquistas asombradoras que, por lo que pudo salvarse de la decadencia, de la obra de la naturaleza y de la barbarie conquistadora evidencian un emporio de imaginación, maestría y estilo que, tomado en su total contenido, en su pulso entero, ha de situarse entre las hazañas más plenas de la cultura humana. Copán, Bonampak, Palenque, Uxmal y Chichén Itzá son prodigiosas eminencias de un gran mundo sumergido. En ellas se funde un integrado concepto de lo monumental y lo decorativo, de lo funcional y lo plástico, de lo material y lo lírico. Componen un orbe vario y contrastado, ceremonial y estricto, pero en que la obstinación del hombre sobre la piedra mantiene una superior unidad: la que aparece cuando el arte es la manifestación y el resultado de una empresa colectiva y la cristalización exacta de un momento histórico. Grande es la suma de realidad y de sueño, de hallazgo y de sorpresa, de invención y norma, en la arquitectura, la pintura, la escultura, el tejido, el mosaico y la cerámica de los mayas. El orbe de esta plástica es un quehacer claustral, en que el mandato inexorable fuerza a apretar todas las dotes contra los muros del magno cautiverio.

Nos sobrecogemos ante los frescos de Bonampak, ante las proporciones del Templo de los guerreros de Chichén Itzá, ante el garbo cívico y la hazaña científica del Juego de Pelota, ante los relieves de riqueza perfecta de la Casa de las Monjas de Uxmal, frente a la composición modernísima del tablero de Piedras Negras, ante la pulposa y oriental opulencia del monolito zoomorfo de Quiriguá, ante la fuerza inapelable del Jaguar del Castillo y frente a la madura y armónica perfección de la losa funeraria del Templo de las Inscripciones de Palenque. Y cuando pensamos en que tanta maestría consumada es una porción desarticulada y breve de un gran conjunto perdido, empezamos a entender todo lo que, dentro de un total aislamiento y entre selvas recónditas, realizó el hombre americano antes de que la cruz y la espada cayeran sobre él.

NORMA Y POESÍA

Cuando leemos las páginas del Pópol Vuh o los libros de Chilam Balam, nos acercamos al íntimo latido de la creación maya y vemos a nueva luz el pueblo singular. Es entonces cuando se nos muestra el conjunto de poesía y de norma, de vuelo y jerarquía, que encuadra el mundo sorprendente. El Pópol Vuh, la biblia de los hijos del maíz que dice Cardoza y Aragón, es el libro teogónico más puro que los hombres hayan escrito. Una lectura rápida confunde y enerva: una lectura lenta y amorosa, digna de sus páginas, nos señala belleza sin segundo. No creemos que exista mejor anotación del pasmo auroral del hombre frente al misterio de su origen. Es tan limpia y fiel la reacción de los que compusieron el Pópol Vuh, que no ha podido ser maculada en las encarnaciones diversas ni en las traducciones difíciles. Su expresión es su naturaleza: si se esfuma su pureza integradora, deja la obra de existir. Su poder lírico arranca del estado de espíritu de sus creadores. No conocemos más nítida conciencia mágica: todo flota aquí en una irrealidad connatural, hija del asombro primigenio, de la radical sorpresa de existir sobre la tierra. Pero todo está prendido, al mismo tiempo, a un tono intrasferible. El ingrediente metamórfico, que aparece con mayor o menor volumen, en todos los viejos libros religiosos, es en el Pópol Vuh camino maestro. Y lo singular y lo inesperado es que la mente mágica va enhebrando aquí los seres y sus transformaciones en una secuencia legítima, genuina, necesaria, nacida de su *habitat* histórico.

El surgimiento de la creencia religiosa tiene dondequiera los mismos orígenes, pero la enajenación irreal —y robustísima— que supone, recibe la marca de la etapa que viven sus fieles. La existencia primitiva, consustanciada con la naturaleza, el aislamiento en que se expresa el hombre maya (no importa si sus padres vinieron o no del Asia) transmite a su gran libro sagrado una inspiración incontaminada que luce unida sólo al gesto de la invención. La pugna social existe y anda por debajo de la creación, pero la profunda infancia del creyente lo viste todo de candorosa secuencia. En otros textos sacros no ocurre así, porque sus personajes se mueven en un período de complejidad política, pelea racial y afán de dominio. Las deidades helénicas juegan con el sexo, la rivalidad, la fuerza y la trampa. En los libros cristianos —de tan magna belleza, por otro lado—, siempre tocamos la contradicción activa entre la ley natural y el milagro que la niega: en Lázaro muerto ha comenzado la putrefacción *(jam fetet...)* y Jesús, no obstante, lo vuelve a la vida plena. En los viejos libros de la India, la codicia y la lujuria hacen de las suyas. En el Pópol Vuh la fuerza transformadora es siempre virginal, recién nacida y omnipotente, como un viento inexorable y benéfico. No hay ley que mudar, porque el río de la vida es dueño de la ley. Es por todo esto que el Pópol Vuh es un hecho poético. Y de una poesía vi-

viente, inmarchitable, no importa su vejez. Si nuestros escritores no vivieran uncidos a la coyunda grecolatina y a la servidumbre cristiana, el Pópol Vuh hubiera sido para ellos fuerte incansable de obra genuina y vuelo magistral.

Para ser el Pópol Vuh ese libro limpido y radical, para quedar a un tiempo como testimonio trascendente y cuerpo poético, sus voces circundan el maíz, planta vital de los mayas en todos los tiempos. El sustento da aquí el canto, como después el cultivo de las milpas producirá otro canto sideral que es la astronomía. Y esa condición vegetal de la entraña del Pópol Vuh le otorga una cercanía protectora en que se esfuman las impurezas más tercas de la condición humana. Porque la planta es bien y belleza, utilidad y garbo: alimento y prestancia. Cuando en las estelas arrancadas a la selva descubrimos la sutil, matemática, estilización del maíz —elevado a deidad propicia y a soberano elemento decorativo—, sentimos mejor que nunca la fiera lealtad del libro sagrado de los mayas y su indeclinable magnitud.

Pero si el Pópol Vuh es la poesía y el símbolo —que tanto asoman en los monumentos mayas—, los libros del Chilam Balam son historias y jerarquía: que también están en esos monumentos. A semejanza de otras seculares cristalizaciones, la vida de los hombres del maíz, en su trayectoria concéntrica, se produce a través de una ordenación cerrada, en que el poder religioso lo penetra todo. La norma implacable encarrila el quehacer colectivo, entregando la obra grande y difícil, imposible entonces sin su empuje. La sensibilidad depurada y la afilada calidad sintética se deslizan, como agua de gracia, por entre el ceñudo ordenamiento. Ni podía la inspiración personal alcanzar en aquellos días realización considerable sin el arrimo de la organización ritual, ni pudo la construcción religiosa dejar de lucir en sus expresiones la profunda y fina señal de las gentes del Pópol Vuh. Lo maya es ese conjunto de norma y poesía, en que la dureza de la piedra es sustento del vuelo cautivo, en que la cárcel de la vigilancia sacerdotal sujeta, pero no mata, la obstinada invención; en que la ley sagrada, al someter a su cauce la voluntad creadora, le aprieta la depuración exacta.

Este mundo mágico, en que la pelea de la norma con la poesía desemboca en integraciones singulares, es el *substratum* de la nación guatelmateca. Es cierto que este mundo también toca a México y a Honduras, pero otros elementos vuelcan su compleja variedad. Guatemala es, en cambio, una entidad nacida, en lo primordial, de tan hondas, encarnizadas, sabias y sensibles raíces.

SOBRE EL MODERNISMO. POLÉMICA Y DEFINICIÓN*

Damos a continuación el texto de una polémica sostenida con el profesor Manuel Pedro González sobre el Modernismo y sus relaciones con José Martí. Transcribimos íntegramente y con su nota preliminar, la versión ofrecida en el tomo cuarenta y seis de las ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

NOTA

Hace algún tiempo sostuvimos con Manuel Pedro González, profesor de la Universidad de California y amigo muy estimado, un cambio de ideas sobre la naturaleza y significación del Modernismo. En el tomo veintisiete de las Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México se acogieron los artículos en que el profesor González expuso sus puntos de vista. Ahora, en este volumen de las mismas ediciones, se ofrece el otro costado del debate. De este modo, el lector interesado por el asunto podrá juzgar y tomar partido.

El curso de la polémica que se cierra con este libro evidencia la importancia americana de la cuestión debatida y dice cuanto falta para dejarla cabalmente ventilada. El Modernismo levanta —en términos continentales— esenciales interrogaciones sobre el objetivo y destino de la obra literaria, y plantea problemas íntimamente articulados con el rumbo de las letras en veinte pueblos. Ojalá colaboren las precisiones que siguen, al esclarecimiento de tan apasionantes cuestiones.

J. M. V.

QUÉ COSA FUE EL MODERNISMO

¿Ha llegado la hora del balance?

La publicación del libro de Max Henríquez Ureña, *Breve historia del Modernismo,* ha replanteado un tema que de vez en cuando asoma la cabeza obstinada por los círculos letrados de Hispanoamérica. Después de su lectura han apuntado las esperadas discrepancias sobre lo que fue en verdad el Modernismo. Y en Cuba la cuestión se trenza con otra de singular significado nacional: dilucidar si José Martí fue precursor, rector o contradictor del movimiento que encabezó Rubén Darío.

* Tomado de Juan Marinello: *Ensayos,* p. 281. Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1977.

No es de esperar que en esta vez queden las cosas cabalmente esclarecidas. Hay ciertos temas —el Renacimiento, el Romanticismo, el Modernismo...— que parecen llevar en la entraña como un demonio engendrador de la polémica inconclusa. Esto da la marca de su importancia, pero también de las derivaciones trashumantes que provocan en los que prefieren el regodeo interpretativo a la consideración estricta de los hechos. En el caso del Modernismo ello es obligado por estar muertos, pero no enterrados, algunos de sus motivos y maneras.

El libro de Max Henríquez Ureña entrega todos los datos para el diagnóstico. Podemos disentir, disentimos con frecuencia de las apreciaciones del autor, pero no puede negarse que su laboriosidad considerable y el hecho de haber *vivido* el Modernismo —por lo menos en su culminación y en su declive—, nos ofrece una buena perspectiva para el enjuiciamiento.

LAS NOTAS DISTINTIVAS

De la consideración atenta de sus manifestaciones parece indiscutible que lo inicial y dominante en el Modernismo es el impulso de superación a través de la forma novedosa, elaborada y distinta. La segunda gran nota privativa podría situarse en la tendencia a rechazar lo español como inspiración, norma y dechado, y a aceptar las modalidades en boga en la Europa más avanzada, singularmente en Francia. El ímpetu innovador, habría que añadir, se manifiesta especialmente en lo lírico, aun cuando algunos modernistas escriban prosa de mucha calidad.

Consecuencias de estas notas que pudiéramos llamar esenciales serán: la influencia, siempre apetecida y siempre recibida con gallarda autonomía, del parnasismo y del simbolismo franceses, como vías de perfección artística; la inclinación a las innovaciones métricas y estróficas: versos de diez, once, doce y quince sílabas con acentuación nueva o infrecuente: afición a las resurrecciones prestigiosas como la del tetrástrofo monorrimo del mester de clerecía, y aun de formas más insignes como el exámetro clásico: el cultivo afortunado del verso blanco y la conquista de sonoridades sugerentes o solemnes —«Nocturno» de Silva y «Marcha triunfal» de Darío—, logradas con la cláusula silábica.

Pero tales novedades formales y el acatamiento a tales magisterios han de ser moldes de actitudes espirituales y de preferencias temáticas donde se descubre lo más válido del movimiento. Una literatura de estas apariencias había de ser, como fue, vehículo de una postura individualista en el más exacto sentido del vocablo. Cuando el creador de arte pone el énfasis en el regodeo formal, en la sabiduría técnica y en la música «avant toute chose», se repliega por fuerza en un mundo exclusivo. Es ello lo que explica el hecho, al que se le ha dado muchas vueltas en la consideración del Modernismo, de las diferencias abismales entre sus representativos: hastío desolado en Julián del Casal y ademán dionisíaco en Rubén Darío; elegante melancolía preciosista en Gutiérrez Nájera y sabio virtuosismo en Jaime Freyre; parnasismo dominante en Leopoldo Díaz y fanfarria huguesca en Lugones; pirueta y maestría en Herrera y Reissig y señorío clásico en Valencia; declamación histórica en Santos Chocano y sobria meditación sugestiva en González Martínez. Pero adviértase esta circunstancia denunciadora: los modernistas son muy distintos entre sí, pero en cada uno de ellos puede descubrirse el ligamen con su atracción polar extranjera, desde la de Víctor Hugo en Díaz Mirón hasta la de Verlaine en Darío.

Se trata, pues, de una postura individualista y vuelta hacia afuera. De ahí nacen el absentismo y el apoliticismo que dominan el momento modernista en Hispanoamérica.

Pero ya se sabe que tal afirmación, en nuestro opinar indiscutible encuentra contradicciones frecuentes. Los argumentos discrepantes pueden impresionar al pronto, no si se les analiza detenidamente. El razonamiento de más fuerza aparente es el de mostrarnos momentos y aun etapas en que los cultivadores del Modernismo adoptan temas americanos y aun preocupación por nuestras cuestiones colectivas. Santos Chocano y Lugones, y aun Rubén Darío, cantan la grandeza de América —se dice. Y en los versos de la madurez de Darío, se agrega, lo extranjero y lo antiguo (Grecia y la Grecia de Francia) quedan muy lejos, y en *Cantos de vida y esperanza* aparecen los grandes temas otoñales que acercan a la muerte.

Aquí hay que definir dos cosas. De una parte, aclarar que los momentos excepcionales no integran la personalidad artística, y menos tratándose de innovadores conscientes y militantes. De la otra, que tales *toques a tierra* están siempre en los caminos de vuelta y en los momentos en que el ímpetu innovador ha perdido su energía proselita. Veamos estas cosas con alguna atención.

NO HAY DOS ETAPAS EN EL MODERNISMO

Max Henríquez Ureña sostiene en su reciente libro que el Modernismo puede dividirse en dos etapas. «En la primera», dice, «el culto preciosista en la forma favorece el desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en refinamiento artificioso y en inevitable amaneramiento.» «En la segunda», agrega, «se realiza un proceso inverso, dentro del cual, a la vez que el lirismo personal alcanza manifestaciones intensas ante el eterno misterio de la vida y de la muerte, el ansia de lograr una expresión artística cuyo sentido fuera genuinamente americano es lo que prevalece. Captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas, a eso tendió el Modernismo en su etapa final, sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje con arte.»

A poco que se penetre en la razón de ser del Modernismo y en su rendimiento real, se advertirá que esta división no corresponde a la realidad. No negamos que llega un momento en que la ansiedad por dar con formas

nuevas y por adorar a *los raros* (Gautier, Leconte, Heredia, Poe, Sully Prudhomme, Moréas, Mallarmé, Rimbaud, Verlaine, D'Annunzio...) se agota, y comienza a mirar hacia lo americano. Es cierto que, con mayor o menor sinceridad y fortuna, Darío y Valencia, Lugones y Santos Chocano, cantan la magna naturaleza de América; pero es patente que no lo hacen por ser fieles al mandato modernista sino en obediencia a crecientes exigencias de ambiente. Por otro lado, y ya es síntoma de mucha cuantía, ningún primate del Modernismo nos deja una obra que traduzca con eficacia y hondura la realidad trágica y promisoria de nuestro Continente. Todos, comenzando por el guía y maestro, cantan a los grandes volcanes y los ríos gigantescos, no a los hombres y mujeres que viven en sus cercanías. Cuando pase medio siglo, estos cantos —americanos por su tema— serán atención de los especialistas; al paso que los de Olmedo, los de Heredia, los de José Martí, los de Nicolás Guillén y Pablo Neruda, seguirán siendo actuales. El árbol de fronda resonante deslumbra en la mañana; sólo el de raíces profundas vence a la noche.

En realidad, lo que Henríquez Ureña llama segunda etapa del Modernismo, no es sino la reacción contra el Modernismo, el impulso por trascender el fetichismo de la forma. Si tal reacción se manifiesta en los mismos modernistas, ello no afecta lo central del hecho. Las exigencias de la conciencia americana y también el paso de hermosas tradiciones imponen el cambio saludable. En la reacción contra el exquisito aislamiento se inician las magnas conquistas, las que después desembocan en José Eustasio Rivera y en Rómulo Gallegos. Hay casos de decisiva comprobación: el de Horacio Quiroga, por ejemplo ilustre. Su grandeza no le viene de los *Arrecifes de coral*, libro notoriamente modernista, sino de la honda y sobria maestría que le dicta la realidad envolvente en los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. El firme y legítimo americanismo del autor de *La gallina degollada* (no obstante su declive truculento y su mantenida influencia), no le vienen de haber sido modernista, sino de haber dejado de serlo.

A CONFESIÓN DE PARTE

Con más espacio, pudiéramos acumular testimonios innumerables, comprobadores de que los modernistas pretendieron la inmortalidad por la vía del hallazgo formal, a distancia, por ello, de una obra nacida, enraizada en la fecunda cercanía. Los modernistas vivieron presos en la cárcel de la sensualidad que es la más cruel de las cárceles. Alguna vez creyeron que habían conquistado la libertad, ya que nada los ataba a una norma tradicional ni a una consecuencia política. Su caso probó el error de acudir a las apariencias y no a las realidades. A poco de servir a los sentidos advinieron sus esclavos. Los poetas americanos —decía Enrique Diez-Canedo— han convertido la sensualidad en elemento de arte. Cierto. Sólo que con ello restaron a su arte la mejor medida: la que viene de usar los sentidos para entender y superar

la realidad, como en José Martí. Es por ello que el libertador cubano sufre los efectos de la crisis que determina el Modernismo; pero se sube sobre ella. Sintió y sirvió —hombre de su tiempo y artista consciente— la sed de la forma inusitada, y se dejó herir de las saetas afiladas que partían de Francia: pero tuvo fuerzas para fundirlo todo (ansiedad de la palabra insustituible, voluntad de estilo, embriaguez de la conquista sabia...) en un gran crisol de americanismo y humanidad.

No negaron los modernistas su condición de absentistas, de cultores de un mundo aparte. Ni en España, ni en América. Valle Inclán, sin duda el más abundante y enterado de los teóricos del Modernismo en la Penínula, cuida de acotar que lo que se pretende es «refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad». «Hay poetas», agrega, que «sueñan con dar a sus estrofas el ritmo de la danza, la melodía de la música y la majestad de la estatua». Manuel Machado, muy enrolado en la insurgencia, reitera ya en los finales del Modernismo que «había sido una revolución literaria de carácter formal» que sintió la necesidad de «dar sensaciones a la vista y a la inteligencia». Y Rufino Blanco Fombona, juez y parte en el pleito modernista, concluye que se intentó unir «a la exquisitez de la sensibilidad, la exquisitez de la forma». Por su parte Rubén Darío, reitera en los prólogos de sus libros su culto a las apariencias acariciadoras. En un momento de culminación, en *Prosas profanas*, están aquellas conocidas palabras: «Tiempo y menos fatigas de alma y corazón me ha hecho falta, como un monje artífice, para hacer mis mayúsculas dignas de cada página del breviario. (A través de los fuegos divinos de las vidrieras historiadas me río del viento que sopla fuera, del mal que pasa...)» Y en otro lugar, muy transitado también: «¡qué queréis! yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer».

POR QUÉ SE PRODUCE EL MODERNISMO

Esta condición extranjera y absentista está en la entraña del Modernismo, y tiene que ver con su razón de existencia. En verdad que el Modernismo es uno de los tantos momentos americanos en que las dos viejas corrientes de la creación humana —la que pone el oído en la angustia del hombre y la que desata músicas enervadoras para no oír esa angustia— se enfrentan, ganando el campo la segunda, transitoriamente. Las condiciones sociales y culturales en que el movimiento se engendra —y que casi nunca se han tenido en cuenta— determinan la intensidad y espacio de la evasión que el Modernismo comporta.

Hay un hecho capital que ha estado pesando por siglos sobre nuestra producción literaria y que ha sido una ancha grieta inevitable. Nos referimos a la circunstancia de que, desde la Conquista hasta el presente, hemos usado y cultivado un idioma que no se integró en nuestras tierras. Su laboreo y perfección no han arrancado de un proceso consustancial y autógeno. La li-

teratura se ha enseñado en razón de modelos insignes nacidos de realidades históricas y sociales muy lejanas a las nuestras. La excelencia se buscó por largo tiempo en acercarse a los maestros peninsulares. Ello determinó una colonización cultural obligada, contra la que se logran, no obstante, triunfos duraderos. Todo nuestro siglo diecinueve es un hermoso espectáculo, una heroica hazaña sostenida por ofrecer lo nuestro en la gran habla heredada.

Pero llega el momento en que las ubres peninsulares pierden toda virtud nutricia. Quizá no la perdieron nunca en la investigación; es evidente que quedaron horas en los predios creadores. Desde mediados de la centuria pasada se advierte la influencia de este hecho en las letras americanas. Y como el proceso de actualización, de universalización de nuestra cultura no puede cumplirse sin el caudal europeo, nuestros mejores escritores se van a los viejos maestros clásicos o se saltan las bardas peninsulares. O hace, como Juan Montalvo, las dos cosas.

La decadencia literaria de España coincide con el anhelo de universalidad que sacude a nuestros escritores. Los grandes maestros —Sarmiento, Hostos, Sierra— han sido tanto creadores como civilizadores, y han enseñado a las nuevas generaciones que hay que comunicarse con todas las culturas para servir a nuestros pueblos. Esta actitud espiritual se absorbe en los momentos en que nuestros países, superando obstáculos muy tercos, empiezan a impulsar su desarrollo económico haciendo más frecuente la comunicación con Europa. En el barco que lleva el azúcar y el café vendrá el libro reciente. Los hilos están tendidos para arribar a aquella información sin fronteras, pero regida por el genio propio, que es preocupación y prédica en Martí. Pero la ancha universalidad como camino para conocernos mejor y cantar más hondamente lo nuestro, no se produce. Mientras Martí dice que lo francés, de gracias muy captadoras, no posee fecundidad genuina para regir nuestras letras, Rubén Darío saluda todas las cumbres europeas pero «en mi interior: Verlaine».

Por más de una razón lo francés domina y acapara la sed de actualización y maestría. No es sólo el idioma, más asequible para nuestros escritores que otro alguno de la Europa no española; es el hecho relevante de que la poesía gala de fines de siglo es espectáculo y atracción dominante en los círculos intelectuales de toda la tierra. Si en San Petersburgo y en Washington los más enterados viven pendientes del último libro de Mallarmé o de Verlaine, ¿cómo no habían de estarlo en México o en Buenos Aires?

Para que el absentismo de los modernistas fuese más pleno, está la naturaleza de la poesía y los poetas que aceptan como dechados. De un modo muy general podemos decir que la secuencia lógica, la tradicional claridad, la esencial sanidad de las letras francesas, sufre en esos años una crisis profunda. Hasta esos momentos la poesía de Francia había sido, aun en los autores más personales y recoletos, una comunicación gallarda y exaltada, o una intimidad de dulce sugestión en que todos se tocaban y reconocían. En adelante no será así. Poetas malditos, robadores de fuegos, cinceladores impermeables (que de todo esto hubo) reclaman un dominio aparte para la

poesía, y todos, por encima de diferencias temperamentales y de intenciones estéticas, entienden lo lírico como cosa distante y superior a las demás actividades humanas. Leconte de Lisle reniega del pueblo francés, «pueblo de oradores y soldados, ciego y sordo para el arte». Sully Prudhomme sitúa el papel del poeta «en el ideal austero y discreto de aislarse de la multitud». Rimbaud grita alborozado ante la obra suya y la de sus contemporáneos: *«La poésie ne rythmera plus l'action.»* Mallarmé sostiene que el poeta debe mantenerse aislado, trabajando en el misterio y *«de temps en temps envoyer aux vivants sa carte de visite...»*. Y de Verlaine, ya sabemos: *«De la musique encore et toujours.»*

No debe despistarnos que Rimbaud maldiga a los invasores de París en un poema lleno de fuerza y sinceridad, ni que Verlaine fuera nada menos que jefe del *bureau* de prensa de la Comuna. También Rubén Darío es el autor de la oda *A Roosevelt*, y Lugones el escritor socialista de *La montaña*, aunque el nicaragüense escriba después la *Salutación del Águila* y el argentino *La hora de la espada*.

Esa condición dominante de la poesía francesa, que los modernistas acatan como *desidératum*, marca demasiado hondamente su obra para dar espacio a otras preocupaciones y propósitos. No se trata, y es lo importante, de una simple cuestión de estilo, de un modo singular en que quepan intenciones diversas; se trata de una postura estética que pendula desde el *Deus absconditus de Brunetière* a la belleza como placer carnal de Rémy de Gourmont. Y los dos extremos —la evasión mística y el imperio de la sensibilidad— son dos polos aisladores de similar poder.

BALANCE

El libro de Max Henríquez Ureña permite un balance de los rendimientos del Modernismo. En sus páginas está la materia enjuiciable en cuantía suficiente para opinar. De su lectura podemos concluir que el movimiento capitaneado por Rubén Darío fue un fenómeno americano, aunque no en servicio de nuestros pueblos. José Enrique Rodó caló mucho más hondo de lo que se cree al proclamar que Darío «no era el poeta de América». Poseyó Darío —negarlo sería sordera inexcusable— dotes supremas de orquestador y robusto poder para maridar sabiamente las palabras. En lo que toca a la estructura del poema y al logro de la sonoridad sorprendente, no tiene rival en nuestros líricos. Pero fue el vehículo deslumbrante de una evasión repudiable, el brillante minero de una grieta desnutridora. Y como poseía sabiduría y encanto y un gran imperio natural sobre la palabra y sus secretos, llevó tras sí un buen número de poetas de muchas dotes, que lo tuvieron por «padre y maestro mágico».

El paso del tiempo ha puesto en claro que el Modernismo no puede entenderse con la latitud que algunos declaran. Para algunos críticos enterados, es Modernismo todo lo que sacude y ensancha la obra de los escritores ame-

ricanos a partir de la mitad del siglo pasado. Con este criterio, modernistas serían los maestros anteriores a Darío —Groussac, Altamirano, González Prada, Sarmiento, Pombo, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde...— y modernistas también algunos valores actuales. Sin pretender estrechar el panorama y restarle importancia al movimiento, sin querer apresarlo entre fechas estrictas, parece indudable que si hablamos del Modernismo lo hacemos porque identificamos una novedad formal evidente que comporta, como todo cambio expresivo, una postura estética y humana determinada. Max Henríquez Ureña dice bien al afirmar que la vida del Modernismo corre muy pareja con la de su caudillo. Los seguidores de Darío, lo hemos apuntado, fueron muy distintos a él; pero todos (por eso fueron modernistas) siguieron su gesto de aceptar modelos lejanos, franceses casi siempre, y el de mecerse en la molicie verbal, con olvido de los grandes dolores y de las grandes esperanzas.

Estas limitaciones del Modernismo —ejemplificadas en su líder— son las que lo acotan y cercan, las que suscitan una poderosa reacción contra su dominio. Estas limitaciones lo enfrentan violentamente con figuras rectoras como la de José Martí, no obstante estar teñidas de las mismas influencias. Federico de Onís, a cuya lúcida sabiduría habrá que acudir cada vez que entremos en estos temas, dijo hace años que la modernidad de Martí «apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces». Es así en efecto porque para el cubano la tarea literaria no podía inclinarse a aceptar mando extraño, ni menos a desatenderse de lo cercano. Martí no quedó indemne a las influencias francesas que campean en el Modernismo, pero no dejó de decir que «los franceses... no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que, mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma y tallan en piedra preciosa a veces cazos de finas y menudas facetas... o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda».

Cuando se enfrentan los casos de Darío y de Martí queda mejor definida la órbita y la naturaleza del Modernismo. El nicaragüense exclamó una vez: «¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de José Martí! ¡Oh, si José Martí pudiera escribir en prosa mis versos!» El anhelo había de quedar incumplido. Las «grandezas luminosas» de Martí venían de resistirse a ser «mendigo de las literaturas extranjeras» y de querer a su América «dueña de sus destinos y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos». Martí es el polo positivo, el ejemplo vigente que recoge una heroica tradición americana ganosa de asomarse a todas las culturas, para no depender de ninguna; de músculos fuertes, capaces de ejercitarse frente a dechados lejanos sin perder el ritmo recóndito; fuerte para asimilar todas las accesiones, firme para no ceder lo intransferible, y leal para ofrecer con belleza, realidad y eficacia, la angustia sedienta de nuestras tierras.

Martí conoció el amable monstruo de la evasión sensual, pero supo domarlo. Sería interesante indagar hasta dónde su advertencia cuaja en la vuelta a la entraña de América, en la que a veces forman los mismos primates del Modernismo. Los últimos versos de Rubén Darío dejan el Trianón

y retornan a su corazón dolorido. Las últimas estrofas de Enrique González Martínez miran hacia la pena de todos. El cisne y el búho ceden el paso al hombre, sin perder ni su elegancia ni su meditación. Después de muerto, Martí ganaba sus mejores batallas y el Modernismo inclinaba sus banderas; banderas resonantes y coloreadas, pero no nuestras.

RÉPLICAS

Pocas veces una polémica ha estado tan asistida de honesta discrepancia y de estimación cordial como esta que —en privado y en público— venimos sosteniendo desde hace algún tiempo con nuestro fraternal y admirado Manuel Pedro González. Unidos por una amistad nacida en los días estudiantiles, nos separan del ejemplar profesor distancias radicales, dando a este término su originaria, etimológica significación. Por encima de argumentaciones particulares y de nudos tercos, queda al descubierto que nos distanciamos por la raíz en la consideración del fenómeno literario, y que parten de allí enfoques y conclusiones inconciliables. Distinta la raíz, apartadas han de crecer las ramas.

Para que nuestro criterio quede expuesto con mejor claridad parece aconsejable que nos refiramos concretamente a ciertas afirmaciones hechas por nuestro contradictor en sus artículos del *Papel Literario* de Caracas (que no deben quedar sin respuesta), y que acudamos después a una exposición de lo central de nuestra tesis. Sabemos desde ahora que no por ello quedarán agotados los fundamentos de nuestra opinión, cosa que pretendemos hacer en otra parte; ya será mucho que en espacio por fuerza limitado sean aludidas las razones primordiales a las fuentes en que tienen nacimiento.

No creemos que merezcan mucho comentario aquellas palabras iniciales del primer artículo de nuestro amigo, en las que se revuelve contra los denostadores, viejos y nuevos, del Modernismo. Por fortuna, no pertenecemos al gremio. Ni negamos los valores evidentes, relativos y limitados, de la corriente, ni la calidad, muchas veces singular, de sus cultivadores. No pueden despertar nuestra adhesión ni los que vieron en el Modernismo una insurgencia iconoclasta que venía a mudar su cómoda y desmayada supervivencia romántica, ni los que, más acá, se creen obligados a abonar el dudoso mérito de sus obras con el derrumbe de las creaciones precedentes. La verdad es que nosotros partimos de mayor altura, aunque hacerlo no signifique, ni asegure, la visión certera del dilatado panorama. Confesamos, y lo sabe Manuel Pedro González, que no ha estado en nuestro ánimo acercarnos a las raíces sustentadoras del Modernismo con intención de tomarle las medidas a sus más ilustres representantes. Nos planteamos un día la sugestiva cuestión de las relaciones de José Martí con el Modernismo. Y meditando en el asunto, se nos fueron abriendo caminos recónditos que no conducían precisamente al examen de las excelencias de la obra de Rubén Darío, de Julián del Casal o de González Martínez (que sería despropósito

negar), sino a preguntarnos a qué obedecía la corriente finisecular, y cómo alargaba o contradecía las hermosas tradiciones hispanoamericanas que Martí culmina en su momento. Una consideración ahincada y honesta del fenómeno y de sus causas, tanto como el ahondamiento de las mejores esencias martienses, nos trajo a la conclusión de que ni el Modernismo —por su orientación primordial y evidente— fue una superación profunda y apetecible de las letras en la América Hispánica, ni pudo Martí, por ejemplificar tal superación, ser precursor o representativo del Modernismo. Todo esto debe quedar dicho de inicio para que se sepa que en la decisión de tan apasionantes problemas no nos hemos planteado nunca en primer término el logro particular de un escritor determinado sino la medida en que su actitud y su obra sirven a la cultura verdadera de nuestros pueblos. Y que se puede servir por los caminos de la más singular invención, lo dice el caso de José Martí, que, por unir la orientación conveniente a la excelencia artística, se aparta y distingue de los modernistas.

LO FRANCÉS EN EL MODERNISMO

Manuel Pedro González ofrece buen espacio en su primer artículo a rebatir la imputación de galicismo que con tanto fundamento se hace a la corriente encabezada por Darío. Algunas pruebas de ello ofrecimos en el artículo que motivó esta polémica. Precisemos ahora otros aspectos de la cuestión.

Decíamos, lo que es innegable, que la atribución está muy ilustrada por los hechos y los dichos de Darío y sus seguidores. Ya vimos cómo el caudillo de los innovadores proclama, no como limitación sino como excelencia, el afrancesamiento de su obra. Gutiérrez Nájera confiesa su pecado galicista, aunque después pida confesarse con el padre Granada y curarse con el doctor Jovellanos. En Silva domina una predestinación sombría, hecha de sensualidad y remembranzas, que no tiene raíces en lo hispánico; Leconte de Lisle está en Leopoldo Díaz, como Laforgue en Lugones. Y en Julián del Casal andan de la mano Baudelaire y Gautier, Leconte y Heredia, Sully Prudhomme y Banville, Huysmans, Moréas y Laforgue, y aun dioses menores como Armand Silvestre y Mikhaël, Delavigne y Rollinat.

El caso de Julián del Casal es típico porque se trata, sin duda, de uno de los modernistas más encarnizados. Su hermandad estética con Darío es evidente, y su evolución tan paralela que todavía está por decidirse lo que uno debió al otro. Sólo que el poeta de *Nieve* cayó al alzar el vuelo. Sin desarrollo pleno, el Modernismo está en Casal; que por algo dijo Max Henríquez Ureña que «en la obra de Casal podemos encontrar todas las facetas que dan carácter al Modernismo». Pues bien, entre esas facetas está la dominante marca francesa. Lo dice el mismo Max Henríquez Ureña al agregar que «lo mismo que en Darío coinciden y se combinan [en Casal] las influencias de los parnasianos y de los simbolistas y decadentes». Y Monner Sans, juez de mucha cuenta, asegura que «por caminos independientes marchaban

los dos [Darío y Casal] en derechura del Modernismo; esos caminos partían del emporio literario europeo —preferentemente del francés». Remito, pues, al profesor González, a los que saben de estas cosas.

Es cierto que, como apunta nuestro contradictor, don Federico de Onís niega el galicismo modernista. Nosotros sentimos por el maestro español esa devoción que advierte González; pero las luces sabias pueden desorientarse, como todas las luces. Y se produce aquí tal desorientación porque De Onís, no obstante su información y talentos, se deja arrastrar, como nuestro contrincante, por una confusión lamentable y reiterada, y mete a Martí, a Unamuno y a los modernistas (permítasenos la burda y cómoda expresión) en el mismo saco. De ahí arranca todo. De confundir una tradición americana, que Martí supera y transforma por senderos de fidelidad iluminada, y el recodo que la desvía por obra de los modernistas. Y es por eso que cuando De Onís necesita un testigo de calidad apela a Martí, y es su testimonio el que denuncia al Modernismo. Es verdad que, como recuerda el profesor español, Martí abogó vitaliciamente por el cabal conocimiento de todas las literaturas como el mejor camino para librarse del dominio de una de ellas. Y eso es martismo, no Modernismo. Pero, ¿no tienen en cuenta De Onís y González, que Martí enarbola esa justa fórmula, precisamente contra los modernistas iniciales (recuérdese su crítica a Casal) y contra su acogimiento de una sola literatura lejana, la francesa? Ningún modernista levantó un dedo para prevenir a los poetas americanos sobre las manquedades de lo francés dominante —lo que hubiera sido negarse a sí mismos— y en esto Martí levantó, siempre, las manos.

Pero no es sólo pecado mortal, como dijo y reiteró Martí, darse a la imitación de una literatura particular, por prestigiosa e influyente que sea; hay que atender al sentido de la literatura tenida por dechado y al reflejo de su naturaleza en el ambiente en que es imitada. También el Romanticismo nos vino de Francia, pero su entraña nos fue benéfica en lo artístico como en lo político. Cierto es, como afirma González, que los escritores franceses de fines de siglo fueron admirados a lo largo del mundo. La conocida frase de Bernard Fay en 1929: «desde hace cincuenta años nuestra literatura es la gran curiosidad del mundo» es, en mucho, correcta. Pero ello no justifica que la orientación de tal literatura —en su costado lírico— sea positiva, ni menos que gentes influidas por ella le tomen lo entrañable, quedando sus vasallos. Que los escritores parisinos de los ochenta marcaron a los más distantes, es cierto; pero Dostoyevski, a quien cita nuestro contrincante, no dejó por tal marca de ser esencial, profunda y clamorosamente ruso. Y no fue ese el caso de los modernistas americanos.

Podríamos agregar nuevas pruebas sobre la condición de la lírica finisecular de Francia. Nos atenemos a las aportadas, que son convincentes. Tal literatura, lejos del pulso dramático del mundo, había de cuajar en una postura de signo aristocrático, de hondo desprecio al pueblo. Si González quiere saberlo mejor, le aconsejamos que vuelva a las páginas en que Monner

Sans ofrece los antecedentes franceses de los conocidos versos de Casal: «quiero oír a la humana muchedumbre / gimiendo en su perpetua servidumbre...» Hay en esas páginas (Gautier, Baudelaire, Leconte...) una verdadera antología de las violentas invectivas de parnasianos y simbolistas a las «foules viles». Que tal literatura, repudiable en sí misma, no puede ser buena para pueblos hundidos en retrasos abismales es bien claro, pero en su momento sólo Martí lo dijo con firme y elocuente admonición.

Tenemos que agradecerle a Manuel Pedro González que haya traído a plaza esto de las influencias francesas en la obra de nuestro héroe, porque ello ofrece, en nuestra opinión, definitiva luz a favor de la tesis que sostenemos. Es ahí, en la distinta y opuesta postura de Martí y de los modernistas en relación con simbolistas, parnasianos y decadentes, donde la honda diferencia queda esclarecida y manifiesta.

La influencia de la literatura francesa que le es contemporánea, es evidente en la obra de Martí; y como posee un milagroso tacto y una desvelada ansiedad artística, ciertas sutiles invenciones de los líricos parisinos de su tiempo encuentran singular expresión en su escritura. Pero en esto —perdónesenos la frase— Martí es ajustadamente martiano, y por ello modernista. Veámoslo.

Nuestro amable contradictor cita el caso, en verdad agudo, de ese cromatismo sonoro que aparece en la *Sección constante*. Podrían citarse otros similares. Y ofrecerse una suma impresionante de sinestesias de raíz simbolista. *Amistad funesta* es un buen muestrario. Pero de igual manera podrían aportarse ejemplos numerosos en que están presentes maneras privativas de la literatura inglesa, de la norteamericana y aun de otras más alejadas. Y nada digamos del sabio y jugoso predominio de las mejores formas de la etapa clásica de España. Alguna vez hemos discurrido sobre la *compleja unidad* de José Martí, sobre el caso impar del escritor de permeabilidad asombrosa que, solicitado por las más diversas y poderosas influencias, no desconoce ninguna pero posee fuerzas bastantes para enfrentárseles victoriosamente. Cuando tocamos en Martí la huella francesa (siempre absorbida gallardamente y a veces enriquecida con la propia sangre), estamos comprobando la realidad de su consejo sobre la posesión de muchas literaturas —y la bondad de su consejo. Cuando advertimos en los modernistas el predominio de una literatura ajena a sus tradiciones y a su lengua, medimos cómo se distancian radicalmente de la advertencia y del ejemplo de Martí.

Como nuestro escritor no funda su grandeza en orientar su obra por la de los modelos lejanos, tiene libertad para estas tres cosas: para juzgar esos modelos, para alertar a los escritores de su América sobre lo nocivo de su seguimiento y para realizar, del usufructo carnal de esos modelos, y de los otros, una gran obra propia, original y rica.

Largo es el enjuiciamiento martiano de los poetas franceses que orientan el Modernismo y en lugar adecuado hemos examinado sus criterios sobre ellos. Nuestro héroe reconoce maestría y originalidad en los nuevos escritores de París. Según él, los Goncourt poseen «elegancia suma»; admira «el arte griego» de Gautier y la virtud cinceladora de Heredia. Es lector apasionado de Baudelaire, «que escribía versos como quien con mano segura cincela en mármol blanco»; le impone «la eternidad sombría de Leconte de Lisle» y muestra por Sully Prudhomme (el que más extensos comentarios le arranca) especial devoción porque si es cierto que lleva las alas del espíritu «soberbiamente en alto, y riesgo de que no sean vistas por los hombres», es «tierno, grave y sincero» y «amigo de los hombres».

Pero no encuentra Martí grandeza verdadera ni razón de seguimiento en estos poetas. No tienen grandes cosas que cantar. Cultivan las «penas individuales», que son «manantiales de perenne poesía», pero que «pasan inadvertidas ante los grandes dolores de la humanidad». Son «almas nacidas para creer y llorar la pérdida de la fe». Al poner la vista sobre los poetas nuevos, añora la generación que se despide: «¡Qué generación de gloriosos rebeldes...!» Su poeta es Víctor Hugo en Francia, como Whitman en América. A los innovadores líricos los ve como «reyes sin reino», como «dioses destronados». Y como resumen decisivo de su enjuiciamiento, queda la frase lapidaria: «Francia está avergonzada de las cosas mezquinas que ha admirado, y ahora aguarda el momento cuando la lengua soberana de Téophile Gautier y Charles Baudelaire se halle animada por el corazón de Corneille.» ¿Puede concebirse este juicio en labios de Darío, o de otro modernista de cuenta, cuando para ellos Baudelaire y Gautier (y Verlaine y Rimbaud, desde luego) significaban, por el contrario, una superación excelsa, libertadora, del corazón corneilliano?

Si para Martí la manquedad de los líricos nuevos de Francia estaba nada menos que en carecer de fuerza clara y poderosa, en ensimismarse en virtuosos laboreos de la calle palpitante, habría de ser parte de su deber americano alertar a los escritores de sus pueblos contra la visible influencia. Es lamentable que no podamos ofrecer nuevos testimonios —son incontables— por la limitación del espacio, de tan ahincada y fervorosa preocupación. A lo largo de sus quince años de madurez vamos tropezando con su creciente rechazo de una poesía que venía a contradecir su concepto del arte y su misión americana. Y a medida que la influencia avanza y domina, su advertencia es más neta y urgente contra «la poesía nula y de desgano falso e innecesario con que los orífices del verso parisiense entretienen estos últimos años el vacío ideal de una época de tránsito».

Cabe preguntar, para cerrar esta definidora cuestión del galicismo innegable de los modernistas, que si tal cosa no existía, ¿por qué Martí —que no gustaba ciertamente de pelear con fantasmas— vive tan inquietado en los últimos tiempos, cuando se acendra su magisterio americano, por la infección indeseable? Si se hubiera tratado de un hecho aislado, ¿hubiera ofrecido Martí tanto tiempo al fenómeno? Y si no hubiera afectado a valores muy altos (de nuevo el recuerdo de Casal), ¿hubiera mantenido tan ansiosa vigilancia?

ESENCIA DEL MODERNISMO

Nos remitimos a nuestro juicio anterior sobre la esencia del Modernismo. Cada vez nos parece más cierto que lo que está en la obra reciente de Max Henríquez Ureña, eso es el Modernismo; es decir: una lírica de exquisiteces, con acento francés e inclinación por las innovaciones formales: métrica y estróficas. Y que, por su interés prendido en los hallazgos expresivos, centra, embrida sus temas en el individualismo, el preciosismo y la sensualidad. González insiste en que hay en la obra de Darío y sus seguidores de calidad cosas de más profundidad y anchura. Lo hemos aceptado. Pero puede estar seguro nuestro contradictor de que si lo dominante, lo característico, lo nuevo —*lo modernista*— residiese en algunos de los hondos poemas de la madurez de Darío o de González Martínez, no estaríamos discurriendo ahora sobre la corriente finisecular, ya que nos hallaríamos frente a muestras excelentes de la vieja y alta tradición americana que quiso ahondar en las grandes interrogaciones del individuo, aunque todavía quedase ausente aquella hermosa conjunción de lo íntimo y lo circundante —¡Heredia!— y aquel dramático desvelo por el común destino que ilumina la obra de Gutiérrez, Echeverría, Lastarria, Sarmiento, Sierra, Varona, Hostos y Martí.

En el Modernismo, la densidad de la emoción es lo excepcional, y la sensualidad preciosista, la ley. Y como se trata de una postura muy neta y acusadora ante el mundo, la poesía modernista —en sus aristas históricas— expresa la intención de una obra realizada sobre hallazgos sorprendentes. Por ello, como observó sagazmente Pedro Henríquez Ureña, barniza de objetivismo paramental las conmociones personales, y son sus testigos, y no son protagonistas, los que nos trasladarán el nombre de la mujer que causa la herida lírica. Ya se sabe que en el Romanticismo el nombre de la ingrata, con un lamento, iba por delante. No podía ser de otro modo si se tiene en cuenta los orígenes del movimiento rubendariano, que trataremos de precisar más adelante.

Una poesía que pone la carga en el hallazgo sorprendente —en el hallazgo de sí mismo y por sí mismo, no como vehículo de hondos problemas individuales y colectivos— no puede sino soslayar las cuestiones de más sustancia y hondura. No lo cree así nuestro contradictor, llegando a afirmar que «nunca se había dado en español una poesía tan saturada de pensamiento filosófico y de preocupaciones trascendentales como la que ahora escriben los más genuinos representantes del movimiento». Los hechos no respaldan en ninguna medida afirmación tan contundente. Un movimiento literario se conoce ante todo por sus obras; después, por los postulados estéticos de sus impulsores. Las obras, los poemas que expresan la innovación, están en el recuerdo de todos. En cuanto a las explicaciones teóricas, ninguna nos deja Darío sobre sus bellos versos crepusculares y, en cambio, nos ensordece con las justificaciones exaltadas de sus invenciones ostensibles, en las que está lo nuevo y lo distinto. Su sincera confesión de que rechaza el mundo en que le ha tocado vivir tanto como la evasión a tiempos pasados, cosa común a casi todos los modernistas de categoría, ¿no son pruebas plenas de su fundamental interés por una literatura de *trouvailles*, no de resonancias?

Pero, ¿acaso no es el mismo Manuel Pedro González el que, al contradecirse, nos da lo esencial del Modernismo? «La misión [del Modernismo] y la cual realizó cumplidamente —dice Manuel Pedro González—, fue la de emancipar el arte de la prosa y el verso hispanos de la rutina incolora e insulsa en que habían caído, y rescatar el idioma poético del plebeyismo adocenado que por entonces se estilaba.» Opinión exacta. Y en esta misión (muy subalterna desde un punto de vista histórico), la corriente realizó positivos servicios, que no en balde se insertaron en ella poetas de singulares facultades. Pero, ahí está la bisagra del caso, que cuando se embrida una misión de tal carácter el artista se ladea, por fuerza, hacia la superación de lo formal, como se ha visto tantas veces en la historia literaria.

Consecuencia de esta postura, de esas preferencias y de esa misión es el desentendimiento americano de los modernistas. Ya hemos dicho, pero debe recalcarse ahora, que no se trata sólo de que nuestra realidad escape casi siempre a la preocupación del poeta (compárese la porción de la obra rubendariana ofrecida a otros parajes y la que ofreció a su América), sino de que nunca su existencia poderosa, trágica y promisora está vista de aquella manera directa, entrañable, consustancial —ansiosa—, que encontramos en Bello, en Olmedo o en Heredia. Es por ello que fue verdad y mantiene vigencia la conocida afirmación de Rodó: «Rubén Darío no es el poeta de América...» Nuestro contradictor no lo entiende así. Eso fue escrito —dice— en 1899; agregando que si Rodó hubiera vuelto a enjuiciar la obra de Rubén hacia 1915, es muy probable que hubiera repudiado, por prescripta y nula, aquella definición negativa con que inició su famoso ensayo de 1899. Bien. Pues si González quiere una opinión rodoniana de por aquel tiempo, ahí le va: en 1912 escribió el maestro uruguayo: «El movimiento modernista americano, que, en relación con el arte, fue un suma oportuno y fecundo, adoleció de pobreza de ideas, de insignificante interés por la realidad social, por los problemas de la acción y por las graves y hondas preocupaciones de la conciencia individual.» No hay dudas de que el autor de *Ariel* poseía poderoso talento crítico. Si hubiera sido marxista hubiera entendido que no puede haber arte *oportuno y fecundo* (en un grado histórico) cuando se trabaja nada menos que con pobreza de ideas, insignificante interés por la realidad y por los problemas de la acción e indiferencia por las conmociones de la conciencia. Claro que donde Rodó dijo *arte* debió decir *forma:* pero, en conjunto, la calificación es admirable, y, en su objeción, lo más completo que hemos leído sobre el Modernismo. Ante la impecable corrección de estos reparos han de preguntarse los americanos fieles a Martí (cuyo arte fue de *riqueza de ideas, acción y conciencia*, es decir, antimodernismo según el maduro diagnóstico rodoniano) si un movimiento de esta naturaleza supone un avance satisfactorio en el camino literario de la América Hispánica y si en el cauce de tan pobres aguas puede situarse el braceo agonal de José Martí.

Hay que destacar la magnitud del juicio de Rodó por lo que supone en su tiempo, de penetración valerosa y eficaz y, además, por un hondo sentido

dialéctico. El escritor uruguayo nos confirma cómo la falta de interés por la realidad es —correspondencia obligada— falta de interés por los grandes problemas de la conciencia individual. Nunca ha ocurrido de otro modo. Sólo la realidad puede engendrar, en su impronta sobre la mente del escritor (que no por serlo deja de ser hombre), la reacción capaz de producir hondas conmociones espirituales. Y no sólo porque la vida sea, según el decir del clásico francés, más rica en posibilidades que la imaginación, sino porque las construcciones obedecen a la profundidad de sus cimientos, y lo que se siembra fuera de la vida inmediata flota pronto en una atmósfera enrarecida, en que toda evasión angustiosa tiene su asiento. ¿Cuándo se acabará de aceptar que la más lograda cristalización artística no se alcanza sino por el sustento de las realidades más hondas de cada época? ¿Ni siquiera porque Martí es máximo ejemplo americano, es acatada esa verdad?

EL MODERNISMO, DESVÍO DE LA TRADICIÓN AMERICANA

Hemos dicho alguna vez, y seguimos creyéndolo, que uno de los procesos históricos más hermosos que puedan contemplarse es el de la expresión literaria en la América Hispánica. Nació nuestra literatura de un medio y de una ocasión muy propicios a los logros positivos. El impulso de independencia literaria estuvo —por gran suerte— muy unido en nuestras tierras al propósito de independencia política, es decir, que las letras nacieron en esta parte del mundo unidas a la vida y a la más clara exaltación de la vida, que es el intento de cambiarla, el intento revolucionario. Hay que añadir a este feliz nacimiento el servicio excepcional del Romanticismo, corriente que calorizó, encendió —y a veces quemó— los primeros y aun los segundos empeños de independencia literaria. Hubo en el Romanticismo ramazones diversas, pero el destino de sus simientes tiene mucho que ver con el terreno donde caen. La exaltación libertadora de nuestros insurgentes del campo letrado los inclinó a tomar del Romanticismo lo más generoso y positivo. A tal punto, que la trascendental corriente llega a cobrar vida particular —y dilatada, como todo lo que cala hondo— en las tierras hispánicas de América.

Nuestra sublevación literaria nació además, y en razón de esos signos favorables, unida a una hermosa conjunción de apetencias nacionales, continentales y universales. El escritor quería (Echeverría, Gutiérrez, Lastarria, Sarmiento...) interpretar y servir su cercanía nacional, ofrecer voz genuina a quienes hasta entonces habían carecido de diputación en el orbe de la invención literaria. Si todavía, a veces, la voz salió teñida de latines o de acentos rancios, no fue culpa de los innovadores. Por otro lado, la tarea libertadora, aunque referida a cada nación, tuvo desde siempre tamaño continental. Don Andrés Bello dedicó al Continente y no a Venezuela ni a Chile sus dos periódicos londinenses, la *Biblioteca* y el *Repertorio*. Y si

Bolívar ofreció magno ejemplo de preocupación continental en su obra de liberación política, José Cecilio del Valle pide, desde la primera hora, una medida americana de lo literario. Y el mismo anhelo de liberación nacional y americana franquea la presencia del ingrediente universalizador, que nunca dejará de actuar en nuestras letras. El intento de emular realidades lejanas, en las que se vislumbran progresos y excedencias que España no podía ofrecer, determinó un cruce fecundísimo de inquietudes ecuménicas. Si Bolívar había mirado hacia Francia y hacia Inglaterra, Bello miró hacia Londres, Echeverría hacia Francia y Sarmiento y Lastarria a los Estados Unidos. Todavía, en buena visión sintética, habría que sumar la fuerte carga popular que gravitó sobre nuestro despertar literario: cosa obligada en quienes habían visto al indio y al criollo de la masa peleadora como los responsables de la nueva libertad. Y asabemos hasta dónde trabajó, en esta orientación salvadora, el genio sarmentino.

Estos inicios, ese gran parto fisiológico, salvaron la obra futura. Porque si al logro de la independencia política siguieron desórdenes espantables y tiranías vesánicas y por algún tiempo parecieron perdidos los rumbos iniciales, tan pronto se produjeron movimientos sociales de anchura y consistencia, los objetivos apuntados en los albores comenzaron a cumplirse. Un examen serio de nuestras manifestaciones literarias a partir de los sesenta tendrá que advertir no tanto orientaciones nuevas (no las hay en vigor) como el cumplimiento de los vaticinios primigenios. Manuel Pedro González anota con justicia la buena influencia del positivismo en la evidente superación, aunque en ello hubiera también costados negativos. Y está bien claro que a partir de esa fecha es que la América Hispánica comienza a lucir valores de altura e influencias continentales que son, a un tiempo mismo, creadores y fundadores. Podríamos dar muchos nombres. Éstos dan el rumbo: Montalvo, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Sierra, Hostos, Varona, Cecilio Acosta, Altamirano. Distintos, personalísimos y a veces opuestos, un común entendimiento de la cultura como sabia responsabilidad y como servicio civilizador los identifica por la base.

Hacia fines de siglo se produce un cambio en el rumbo. Las normas y orientaciones que han venido cuajando en personalidades y tendencias en alto grado superiores y benéficas sufren una violenta contradicción: una nueva manera de entender el oficio literario se manifiesta en escritores de mucho poder, singularmente en el campo lírico. Para señalar de un modo exacto y penetrador la naturaleza de las nuevas producciones nos acogemos a la palabra magistral de Pedro Henríquez Ureña. Según él, a partir de 1890 se inicia en nuestra América una etapa de *literatura pura.* Pueden esgrimirse todos los argumentos habituales ante esta magna caracterización. Será esfuerzo inválido. El hecho de que, puesto a encontrar la nota que ordena y manda el nuevo período americano, se decida Pedro Henríquez Ureña por la *pureza,* lo expresa todo para nosotros. Porque ya sabemos hacía dónde van las cosas en la escritura cuando toman hacia la *pureza*...Y

nuestro contrincante que, como siempre, nos atenemos a los que saben de estas cosas, no importa el trecho ideológico que de ellos nos distancie.

CAUSAS DE LA «PUREZA»

No puede intentar un artículo polémico, escrito sobre la marcha, establecer todos los elementos que determinan la aparición del recodo *puro* del movimiento modernista. En otra parte lo hemos intentado. Pero sí debemos aludir a un hecho matriz del que no puede quedar libre la América Hispánica. Es en estos tiempos, al declinar el siglo XIX, cuando pierde la burguesía su carácter progresista y creador, cuando comienzan a expresarse, de modo vario y con entraña idéntica, los soliloquios evasivos de los voceros de una fuerza histórica en declive. Martí —genial otra vez— señala al tronco del gran suceso, aunque no a la raíz: proclama que a los nuevos escritores europeos, a los franceses maestros de los modernistas específicamente, faltaba el sustento de una gran causa en marcha, de una considerable fe colectiva. Este fenómeno universal se revierte sobre nuestras tierras.

No puede decirse que los anunciadores de una nueva verdad histórica dejen de mostrarse en el horizonte; pero la verdad es que los desconsolados y los distraídos tienen ancha plaza. Los escritores hispanoamericanos oyen sus voces, que poseen, ya lo hemos dicho, auditorio universal. Y la misma inclinación universalista que ha fecundado los inicios de nuestra literatura colabora a la aceptación de las señales prestigiosas y desorientadoras. La pobreza de la lírica española, elemento coyuntural importante, hace el resto.

LA DECADENCIA ESPAÑOLA

Nuestro contradictor no comparte nuestra opinión sobre el agotamiento de las ubres líricas peninsulares. Más: sostiene que creaban en Madrid, por aquel tiempo, gentes de superior nivel a sus padres. La afirmación es en verdad insostenible. Puede aceptarse que en la crítica histórica existan valores considerables: por lo menos vive y escribe don Marcelino, que, por encima del olor a la biblioteca que le encontraba Martí, de las palinodias que le ha señalado ahora Dámaso Alonso y de su inocultable desestimación de lo americano, entrega un mundo de informaciones poderosas. Pero en poesía —y de eso hablamos— la decadencia es palmaria. Bécquer, que entre muchos artificios y puntos muertos, muestra muy genuina calidad lírica, ha desaparecido en el setenta. Y de los vivos, ¿no le dice nada a Manuel Pedro González (a nosotros nos dice mucho) que los dos verdaderos poetas no nos ofrezcan su obra mejor en lengua castellana? Nos referimos, naturalmente a Rosalía de Castro y a Joan Maragall. Por otra parte, es superficial ver la pobreza literaria de España como cosa producida en los ochenta y no

como continuidad de una decadencia cultural nacida de un retraso social de siglos.

Pero, es que en este punto nuestro contradictor niega el efecto admitiendo las causas. Reconoce Manuel Pedro González el retraso español, y ofrece toda su medida al hecho —denunciador— de que la península no haya entrado en el positivismo, cuando la América de su sangre ha usado ya sus ingredientes progresistas. Es por eso por lo que la poesía española es irrelevante y reiterada por lo que un Núñez de Arce («el poeta diputado a Cortes», que decía Martí) puede pasar por voz considerable. Debemos confesar que nos ha parecido raro que Manuel Pedro González, que tan sagaces incursiones ha hecho en el pensamiento martiano, no haya parado mientes en el modo, en verdad sorprendente, en que nuestro grande hombre enjuicia el panorama de la lírica española de su tiempo.

En un artículo del ochenta, que Manuel Pedro González conoce, fija la vista Martí en la realidad cultural de España y señaladamente en su pobreza lírica. Al hablar de los españoles del momento y de su retraso social, dice: «Desde que el mundo entero razona y las fábricas de vapor ocupan los lugares de inmensos arenales, ellos deben razonar con el mundo, trabajar en las fábricas y buscarse sitio entre los que piensan como Herbert Spencer, se quejan como Heine, dudan como Byron y desprecian como Leopardi. Con sus manos españolas deben herir las cuerdas de la lira humana.» En este enjuiciamiento, como veremos en seguida, está una de las más sorprendentes aproximaciones materialistas de Martí: la de entender que el retraso de la lírica peninsular —porción de la cultura española— no viene de la mayor o menor brillantez de un creador sino de haberse resuelto en el suelo peninsular cuestiones económicas y sociales de primordial magnitud. Recordemos sus grandes palabras: «Las esparcidas y humeantes ruinas de la vieja sociedad *todavía no se han transformado en los nuevos elementos de la época democrática.* (El subrayado es nuestro.) La poesía de la naturaleza no puede mover sola los corazones de una sociedad que tiene empeñadas las más amargas cuestiones en los más oscuros campos de batalla. Dos gigantes, el pasado y el porvenir, lidian actualmente... La tierra de don Pedro y Felipe cantará verdaderamente poesía el día en que una nueva sociedad se asiente...» Si tal sociedad no se ha asentado todavía en España, mal podían recogerse sus frutos en los días del Modernismo.

Por el terco retraso de la cultura y la lírica españolas es por lo que Martí (los testimonios son numerosos) al propio tiempo que advierte sobre la inconveniencia de mirar hacia París, defiende a los líricos de su América de caer bajo el imperio de los poetas madrileños: en lugar muy conocido se congratula de que la poesía hispanoamericana «se corte la melena zorrillesca y cuelgue del árbol glorioso el chaleco colorado». Ni retraso peninsular ni novedad descamisada.

No hay dudas de que los líricos hispanoamericanos, armados de excelentes dotes, no podían encontrar en lo español ni maestría ni dechado. Obedecieron a un impulso de universalidad y actualización mal entendido y

nació una poesía de superior calidad formal y herida de las manquedades que Rodó denuncia.

EL ENFOQUE DISTINTO

Ahora se ve con mejor claridad cómo un distinto enfoque de los fenómenos considerados nos separan inevitablemente de Manuel Pedro González. Para él —y así lo expresa y razona en uno de sus mejores ensayos— el Modernismo es una dilatada etapa superadora que se inicia con la aparición, a mediados del siglo, de los grandes escritores a que hemos aludido. Rubén Darío y sus émulos y seguidores son para nuestro amigo la culminación adecuada de tan vital suceso. Y Martí queda, según su juicio, en jerarca ejemplar del dilatado movimiento.

Esta afirmación no puede sostenerse porque se descabeza contra los hechos. No encontramos explicación a que escritores distanciados por conceptos fundamentales puedan ser integrantes de la misma tendencia. Los excelentes escritores citados (y los que nuestro contradictor agrega con variable acierto: Cané, García Merou, Icaza, Quesada, Estrada, Grousaac, Díaz Mirón, Merchán, Sellén, Pombo y Pérez Bonalde), fueron más adoctrinadores que estilistas, mucho más actualizadores que innovadores. Lo central de su obra está volcado noblemente sobre las necesidades de sus pueblos, sin olvido de la dignidad formal. Ninguno de ellos entendió la letra como espectáculo sino como instrumento. Fueron sin exageración, contrafiguras de los modernistas, porque partían de lugares distintos y se encaminaban a metas contrarias. Yo preguntaría a mi contrincante, porque creo que de este modo queda al desnudo la diferencia capital, si Pedro Henríquez Ureña hubiera calificado de *literatura pura* la etapa cubierta por estos escritores. Tal calificación sonaría, de hacerse, no sólo como un despropósito; casi como una injuria.

Mientras Darío y los modernistas integran un destacamento decorativo, pero infiel, Martí culmina una postura americana que viene del fondo de nuestra independencia y marcha hacia nuestro mañana. Sólo que (y ahí está una de las razones de la errónea atribución) más grande artista que sus antecesores, nuestro libertador ofrece a los lectores de su América el caso infrecuente, y sin duda ejemplar, de accesionar a su letra conquistas de su tiempo, lo que lo emparienta, sólo colateralmente, con los que hacen de tales conquistas la razón de su oficio lírico. Que por tal razón, por el descubrimiento del parentesco accidental, los modernistas lo siguen, es evidente. Y Manuel Pedro González nos ha dejado un muy valioso trabajo sobre la influencia decisiva de la prosa de Martí en la de Darío. Pero se trata de una influencia parcial, de esquinas coincidentes, a la que escapa siempre la esencia superior (belleza militante) que forma la grandeza literaria de Martí. Por ello hemos dicho y repetimos ahora que nuestro héroe dejó en el Modernismo su huella, pero no su medida; su maestría, pero no su magisterio.

MARTÍ SUPERA AL MODERNISMO

Por lo dicho queda establecido que no sólo es Martí distinto del Modernismo sino que lo supera. Tal superación alude no sólo a la magnitud de las dotes sino principalmente al modo de orientarlas. La obra de Martí no siempre es óptima, ni nuestra niveles parejos, ni está libre de contradicciones y caídas; pero en su conjunto válido supone una dichosa culminación a la vez que un poderoso señalamiento hacia el futuro. Ser leal a una tradición de mantenida calidad y signo positivo, es aceptar y honrar sus fundamentales presupuestos. Y cuando se poseen, caso de nuestro héroe letrado, información más plena y capacidades geniales de acarreo y creación, las virtudes recibidas suben a niveles imprevistos.

José Martí supera al Modernismo por la capital razón de ser hombre de entraña política. De entraña política en el más ancho entendimiento; no sólo porque entregue su vida a libertar a su isla, sino porque interpreta el hecho cultural hispanoamericano con todo sentido histórico, y porque advierte y pelea contra el gran peligro en marcha: el imperialismo de los Estados Unidos. Martí tiene un concepto político de la lengua; mantiene que ésta debe acoger los elementos fecundos, sin renuncia de su básica estructura, a fin de que sea un vehículo de unidad y de lucha para los pueblos hispanoamericanos. Como los modernistas desoyen esa ley, Martí se le enfrenta.

La participación de la realidad en la obra de Martí es otro de los elementos fecundos que lo une a la tradición americana y lo distancia del Modernismo. Desde luego que la cuestión merece un largo ensayo, que tendría que empezar con la precisión de lo que entendemos por realismo, que no será lo que entiende Manuel Pedro González, según se desprende de sus reparos. En tal ensayo se explicaría cómo nuestro grande hombre, no obstante sus momentos evasivos y crípticos *(la compleja unidad...)*, siempre parte y vuelve de la realidad que cerca a su persona y manda a su tiempo. Todavía habría que decir que Martí —como sale de su estimación de Zola y de Flaubert— se alza sobre el realismo naturalista de su día, parcial y biologista, para acercarse al buen realismo de su posteridad, tan amplio y profundo que, al encarar lo circundante en todos sus costados —en su dinamismo y en su ímpetu—, acoge la presencia de las fuerzas que pugnan por la transformación social.

Es desde luego equivocada la distinción que establece Manuel Pedro González entre el ámbito de la poesía y el de la novela. Que lo poético tiene su reino y lo narrativo el suyo, es cosa elemental; pero que la novela y el poema pueden obedecer, no obstante su privativa naturaleza, a criterios matrices similares, es cosa muy clara. Si hemos mentado la obra de Rivera y de Gallegos (y podíamos añadir, más acá, a la de Díaz Sánchez, la de Asturias, la de Amorin o la de Teitelboim) es porque continúan la certera preocupación de Martí por dar con los goznes activos de la realidad americana. Como sería igualmente acertado aludir a Nicolás Guillén y a Pablo Neruda que, por los caminos del verso, andan hacia el mismo objetivo. Vea Manuel

Pedro González que toda esa infección de literatura para literatos (y para literatos en el secreto, además) que hoy llueve sobre nuestros pueblos, lo mismo se expresa en el relato que en el poema. Como en *Azul...*, los cuentos son gemelos de los sonetos. Las direcciones esenciales rigen todos los géneros y formas de creación.

Muy lejos nos llevaría el comentario de las palabras en que Manuel Pedro González defiende el *escapismo lírico.* Quiere nuestro contradictor... «que Nicolás Guillén afine su lírico tambor y denuncie el imperialismo y exalte el noble negro y su ritmo gozoso y sensual; pero que Juan Burghi no nos prive de su canto ni se proscriba el extemporáneo salmo místico de Francisco Luis Bermúdez, ni Dora Isella Russel enmudezca...» Y antes ha dicho: «La poesía lírica, en cambio, carece de limitaciones y fronteras; su mundo es el de la fantasía, y como el clásico, podría decir que nada humano —ni divino— le es ajeno...» Tales afirmaciones están teñidas de un errado entendimiento del hecho lírico y de su ocurrencia. Desde luego que no queremos silenciar a ningún poeta; deseamos que el canto de todos cobre el mayor tamaño. Y para ello, lo primero es sacudirse el peso de preocupaciones que cuentan miles de años. Viene de los griegos (el poeta es cosa alada y sagrada, decía Platón) ese opinar que el creador lírico vive en una parcela irreal y etérea, y que la altura de su mensaje está en relación con lo incontaminado de su vuelo. Cuesta esfuerzo traer las cosas a la buena tierra, madre de toda grandeza. Cuesta trabajo convencer de que cuanta más sangre cercana contenga un poema, más trecho inusitado podrá salvar.

El error parte de los conceptos de realidad y realismo. Manuel Pedro González llega a decir: «Lirismo y realismo son términos antitéticos», lo que supone una interpretación tradicional, engrampada, en lo recóndito, con lo metafísico y lo religioso. La verdad dice que toda poesía de larga vida —desde Sem Tob a Antonio Machado— está hecha del entendimento lírico de lo real. Lo que ocurre es que la vieja preocupación imagina que cuando se alude a realismo lírico se renuncia de inicio a toda singularidad expresiva, cuando lo que ocurre es que pedimos una invención más cabal. En estos días, con motivo de su muerte, hemos vuelto a la lectura de los versos de Viteslav Nezval, en la traducción de Jean Marcenac. No puede darse un poeta más volcado sobre su tiempo, sobre su gente, sobre la realidad en marcha. Y tal actitud —salvadora, en razón de su entraña épica— no limita sino que ensancha las dotes poderosas del autor del *Canto a Edison.* La poesía es, en efecto, un menester alto y singular, que requiere espacio y ala, ámbito y libertad; pero no por ello deja de ser —felizmente— un oficio humano. Toda invención legítima —lírica— es apetecible, toda novedad, enriquecedora, toda sorpresa, ascensión; pero lo serán en medida mayor si arranca de la pelea del artista con su tiempo. Cuando afirmaba Sarmiento que el arte es el hombre mismo, tocaba el fondo de una gran cuestión.

Todavía hay que recalcar una tercera comunicación fructuosa entre Martí y los representantes de la mejor literatura americana. Nos referimos a su ahincada intención de ofrecer una obra que refleje lo propio e intransferible de cada país. Ese nacionalismo martiano es otra piedra de toque para revelar su tamaño, al mismo tiempo que su distancia del Modernismo. En este punto, su lección es insuperable. Que lo poseyó una estrecha preocupación localista es evidente. Su interés de airear, de sacar el mundo, de universalizar la letra de sus tierras es el más constante y eficaz de su tiempo. ¿Quién ofreció a su América las primeras excelentes noticias de Emerson, de Thoreau, de Wilde, de Whitman? Pero, con visión agudísima, descubre a tiempo que esos grandes varones literarios lo son por haber atendido, con personal y superior resonancia, las voces de la caliente cercanía. ¿Imaginamos los ensayos de Emerson sin el paisaje sereno de Concord, a Wilde sin la sociedad hipócrita que, al herirlo, lo hace elocuente, a Whitman sin su Manhattan de hierro y sangre voluntariosa? Martí pide para los escritores de sus pueblos ojo universal y latido criollo. Un grueso libro podría hacerse de sus consejos a los letrados de Hispanoamérica sobre la necesidad de decir bien lo propio.

En resumen, y en lo hondo, Martí es un libertador denodado en el ámbito de la cultura; Darío, no. Recuérdese: «No somos aún bastante americanos; todo continente debe tener su expresión propia; tenemos una vieja vida legada y una literatura balbuciente...» Ahora ha dicho Luis Franco, a su modo directo y tajante: «Aunque se mostrase [Darío] como un espléndido poeta, su función más visible fue aclimatar en español el versallismo literario de Francia y eso era casi tan colonial como la imitación de los clásicos de la Península.» ¿Podría afirmarse algo similar de Martí?

POLÍTICA Y LITERATURA

Yerra Manuel Pedro González cuando señala sectarismo político en nuestro enjuiciamiento. Dice nuestro contradictor:

> Nadie se libra de su tiempo, decía Martí, y el de los modernistas americanos no era de urgencias redentoras en lo social, sino de renovación literaria. Aludo naturalmente a la gente de letras y no a las condiciones económicas en que el proletariado y el campesino vivían. La conciencia y la lucha de clases eran todavía entelequias embrionarias por tierras americanas a fines del siglo. La industria apenas existía, la economía era rural —y feudal por añadidura—, la política era oligárquica y el obrerismo un ideal que sólo muy pocos vislumbraban. Tales circunstancias sólo podían producir una literatura de élite, refinada y exquisita. Esto lo saben los marxistas mejor que nadie, pero lo olvidan o pretenden olvidarlo al juzgar el Modernismo...

Pasemos por alto algunas incorrecciones evidentes en la consideración del panorama político-económico que nuestro amigo evoca. En lo general, es innegable ese retraso, y como los marxistas lo conocemos, lo calibramos al

juzgar el hecho literario que le es contemporáneo. Es por ello que nada hemos dicho, que recordemos, sobre la lucha de clases que, hecho presente en la hondura de toda realidad social, no tenía por acá en los ochenta, muchas gentes que penetrasen su poder. Hemos hablado de Martí como ejemplo de lealtad americana y buena literatura. De Martí, que no aceptó nunca la lucha de clases como motor de los cambios sociales.

Es el marxismo el que enseña, porque así lo muestra el proceso histórico, que existen en cada momento fuerzas sociales —y expresiones culturales de tales fuerzas— que impulsan el avance colectivo, y fuerzas y expresiones que lo contradicen. Y eso es tan verdad en los fines del siglo pasado como ahora. Que en tales tiempos había a lo largo de nuestros pueblos escritores reaccionarios y escritores progresistas; que unos servían a la regresión clerical y al sentido feudal de la propiedad y otros se mantenían fieles a los más claros postulados democráticos, es cosa inocultable. Y en medio de tal panorama contradictorio, cuando lo positivo era revivir el aire de Heredia e intensificar la huella de Sarmiento y Altamirano (y así lo entendió Martí sobre nuevas alturas de información y originalidad) es cuando se produce la encrucijada modernista que saca a los mejor dotados del sendero ascendente y distrae, con brillos captadores, de la dolorosa realidad que era —y que es— nuestro ámbito continental.

Por otro lado, no es admisible que existan puntos muertos en el proceso social, aunque sea verdad que hay etapas de mayor inquietud transformadora. Las décadas en que se integra y define el Modernismo —las postreras del siglo XIX— ofrecen en Hispanoamérica una sensible ebullición en que se dibujan necesidades y apetencias colectivas que tendrán manifestación aguda y concreta algún tiempo después. ¿Quiere saberlo Manuel Pedro González? Relea, con su conocida devoción, la obra de los últimos años de Martí, es decir, la que se produce al tiempo en que afloran las esencias del rubendarismo (*Azul...* es de fines de julio del 88, *Hojas al viento*, de 1890, el famoso *Nocturno* estaba escrito en 1897...); y encontrará registradas en ellas todas las cuestiones primordiales de la América de entonces; y al decirlo aludimos tanto a las que inquietan a cada uno de nuestros pueblos como a las que definen sus relaciones con los Estados Unidos. Es decir que, en el mismo instante y dentro de la misma realidad a que se refiere Manuel Pedro González, se están produciendo una «literatura de élite, refinada y exquisita» y otra que, alargando una hermosa tradición continental, recoge con lealtad y genio la palpitación más entrañada y andadora de la América Hispánica.

Cuando se estudia el tiempo en que el Modernismo se manifiesta, queda muy a la intemperie la duplicidad contradictoria que es toda cultura, al decir magistral de Lenin. Y ello se recoge por gentes tan alejadas del materialismo dialéctico como José Enrique Rodó. El enjuiciamiento del ensayista uruguayo no distingue el modo de encarar lo social sino el hecho de no encararlo. Como Rodó, nosotros no hablamos de una definición sino de una lealtad: de la que discurre de Andrés Bello o Aníbal Ponce pasando por José María Heredia.

DOS VERTIENTES

Pero no ha de dejar de decirse que la postura distraída frente a las inquietudes circundantes es, sin excepción y a fin de cuentas, vehículo de las preocupaciones que estorban la justicia. ¿Cómo negar que el ademán modernista favorece y exalta la pompa externa en que cuaja todo dominio regresivo? Al hacerlo instala, entre el lector y la insatisfacción generosa, la armazón luciente e historiada que distancia de la entraña insumisa. Ahora el escritor argentino Santiago Bullrich ha enfrentado, con gran oportunidad y pertinencia, un poema de Rubén Darío a uno de César Vallejo. Tienen el mismo asunto y están separados sólo por dos años. El del nicaragüense es de 1916 y se titula *El padrenuestro del pan;* el del peruano *El pan nuestro*, está escrito en 1918. No hay dudas de que señalan el encuentro de dos vertientes. El de Darío es la culminación de un miraje; el de Vallejo el inicio —inseguro y turbado— de una fecunda proyección. Dice así el poema de Darío

Pan nuestro que estás en la tierra
porque el universo se asombre,
glorificado sea el tu nombre,
por todo lo que en él se encierra.
Vuelva a nos tu reino de fiesta
en que tú aparezcas y cantes
con los tropeles de bacantes
mancillando la floresta.

El de Vallejo dice:

Se quisiera tocar todas las puertas
y preguntar no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos
dar pedacitos de pan fresco a todos
y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la cruz.

Cerca de su muerte Darío llega una vez más a lo apolíneo —sexo y decoración— por el camino ritual: su padrenuestro nos da un pan de asombro, fiesta y tropel ebrio. En Vallejo hay una noble ansiedad humana, la del poeta que se siente hombre entre los hombres. la del cantor que —todavía amarrado al símbolo cristiano— se conmueve ante el gran problema de su tiempo. No se discute si el autor de *Trilce* adhiere o no al socialismo (lo que. por otra parte, es una definición de su anchura creadora); se trata de señalar cómo, desde el arranque venturoso, se liberta de la visión paramental que hasta él venía distrayendo de las realidades mayores, y a la que Darío rinde homenaje en su última hora.

Y VAYAMOS A LA RAÍZ

Vayamos ahora a lo esencial. Al hacerlo reiteramos que lo que nos separa de Manuel Pedro González es una distinta concepción de la naturaleza y función de la literatura, cosa que nace, en último análisis, de una distinta interpretación del hecho social. Para nuestro amigo, citamos sus palabras, «el contenido y la faena» de los modernistas consistió en «emancipar el arte de la prosa y del verso hispánicos de la rutina incolora y del plebeyismo adocenado». Y a un movimiento que a esto limita su «contenido» y su «faena», nuestro contradictor le otorga trascendencia muy señera, al punto de diputarlo coronamiento de un gran proceso de cultura. Como para nosotros la literatura es una expresión de la lucha social —lucha que se desarrolla aunque muchos escritores quieran olvidarlo—, la obra es excelente cuando impulsa, con sabiduría y originalidad, el costado superador de la lucha. Y una venerable experiencia nos entera —Cervantes, Quevedo, Martí, Gorki...— de que la permanente altura se relaciona con la radical maestría en traducir las más hondas insatisfacciones circundantes.

Ya sabemos hasta dónde nuestro criterio sobre el Modernismo —que deja a Martí fuera de sus marcos—, ha de encontrar oposición en quienes sitúan por otros caminos la calidad literaria. Para hacer más recio el caso, ocurre que el movimiento en cuestión contó con poetas de mucho vuelo, en primer término con su orientador, jefe y caudillo. Pero puede un poeta ser cultivado y poderoso —lo fue Darío— y no centrar su obra en el cauce de la mayor fecundidad. El autor de *Prosas profanas* es, en su día, la voz magistral de su orbe idiomático. Lo que no quiere decir que sus singulares dotes respondieran a las más hondas razones de su tiempo. Una vez más declaramos frente al caso, que no nos hemos planteado otra cosa que la fijación del rumbo por el que las más firmes dotes pueden ofrecer el mejor rendimiento.

Si hemos relacionado a Martí con Darío no lo hemos hecho, como sospecha Manuel Pedro González, en cuanto a su significación vital, en lo que son en verdad incomparables. Hemos considerado su distinta ubicación como escritores, que tal era la cuestión planteada. Sería pueril darse a enfrentarse pecados de Darío con virtudes de Martí; tarea que toca al biógrafo; pero no a proclamar que en la obra del cubano se manifiesta una claridad de perspectivas y una conciencia artística nacidas —felizmente— de su integridad humana. Es casi un lugar común aludir a la trascendencia que tiene en la obra una firme posición libertadora. ¿No le dice nada a Manuel Pedro González (que con tanta claridad y justicia denuncia la acción del clericalismo en Hispanoamérica) ver al Darío de la madurez circuído de las sombras conventuales que con tan soberana elocuencia fustigaron Sarmiento y Martí? Que Darío tiene momentos de buena salud y nos deja en ellos perspectivas admirables del dolor de los pueblos y de la avidez imperialista, es bien sabido. El libro del profesor Torres ilustra bien estos instantes afortunados. Pero es lo cierto que no integran la raíz de su destino como escritor, que no sustentan, como en el caso del cubano, la gran fábrica ansiosa de su escritura. No pedimos ejemplaridad sino orientación definidora y no es culpa nuestra si —como acaba de asentar Luis Franco— la condición apostólica ofrece, en Sarmiento y en Martí, la más inexpugnable calidad artística.

Pero elevemos un poco más el nivel del debate: *paulo majora...* Queráমoslo o no, todo juicio mira al mañana. Un voto a favor o en contra de una postura literaria es, en nuestra América, materia de porvenir. Las figuras señeras —puntos de referencia en un mapa vastísimo— tienen mucho que hacer en nuestras tierras. Si enarbolamos a Martí y a Darío es porque en cada uno se expresa, con poder americano, una concepción de la obra de arte. Es esta concepción lo que nos importa. ¿A quién debe parecerse nuestro futuro escritor, a Darío o a Martí? ¿Cómo debe ser el poeta, el narrador, el ensayista que ahora está naciendo? Martí meditó mucho en ello y nos dejó la pauta preciosa. Para nuestro compatriota, el escritor pleno de su América, «el Dante, el Lutero, el Shakespeare o el Cervantes de los americanos», debe hacerse un lenguaje magno «que el propio materno reciba el molde» y posea soltura y vigilancia para crecer con accesiones legítimas. Pero arma tan poderosa debe ser usada, a escala con su magnitud, en las más graves empresas; debe servir para reflejar «las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, desprosadas, ameduladas, informadas por sumo genio artístico.» Es duro no poder entrar en las vastas implicaciones de estas advertencias primordiales; pero bien claro resalta que para nuestro héroe la tarea del escritor americano estaba —está— en ofrecer su mundo «condensado», «desprosado», «amedulado» (lealtad trascendente) y con su sumo genio artístico (calidad suprema). No puede haber dudas de que una síntesis de tan larga vida, ilustrada por Martí con la propia obra, traspasa en mucho el ademán modernista.

Invitamos a Manuel Pedro González a echar, desde su atalaya estadounidense, una mirada responsable sobre la literatura de los pueblos hispanoamericanos. Verá que andamos hoy en una encrucijala decisiva entre el virtuoso regodeo y la conciencia ansiosa. El rumbo de la *pureza*, que tuvo en el Modernismo una estación considerable, marca ahora buena porción de nuestras letras. Sólo que ahora los cisnes nadan entre aguas recónditas y ya no son identificables ni para sus progenitores. Las artes plásticas se solazan en aventuras abstractas que un día —nada lejano— se tendrán por despropósitos delirantes. Bien sabemos que toda esa conjuración evasiva será en vano, que la vida se venga al cabo de quien la niega; pero es responsabilidad nuestra luchar con todas las armas por la vuelta al camino conveniente. Y la mejor arma es, en este tipo de cuestiones, la del ejemplo pleno. Ofrezcamos el de José Martí, no en la palabra sino en su manera iluminada y eficaz. No exijamos su calidad genial, pero sí su gesto vitalicio de pedirle la voz al pueblo y la resonancia al coro de su tiempo.

Grande escritor fue Rubén Darío, aunque le faltase, para ser el Dante americano que Martí pedía, la reciedumbre pugnaz que traslada a la letra la sangre más honda. Grande escritor fue José Martí, porque nos dejó, con sus relámpagos, la luz que comunica con el mañana. No hemos pedido, no,

como sospecha Manuel Pedro González, que el escritor se salga de su época sino que la sirva tan cabalmente que empalme con la que ha de seguirle. Fue el propio Martí quien dijo: «No hay más que un medio de vivir después de muerto; haber sido un hombre de todos los tiempos / o un hombre de su tiempo.» Habría que explicar su pensamiento afirmando que se es hombre de todos los tiempos en la medida en que se es hombre del suyo. Y no se arriba a tal condición si no se marcha con las ansiedades de más alcance y magnitud, si no se sirve con clara conciencia el ímpetu transformador que tiene en el hombre testigo y vehículo. La literatura no puede ser cosa ajena a la grandeza humana: y si cada tiempo trae su literatura, será más grande la que mejor responda a la voluntad superadora de una época. Y esa literatura no está en el Modernismo —singular recodo fragante— sino en José Martí, tradición iluminada.

DEFINICIÓN

Toda la polémica sostenida con limpieza se asienta en convicciones afirmadas en la conciencia de los que debaten. En el caso presente se han enfrentado en verdad dos maneras de entender la tarea intelectual y el hecho literario. Bueno es, por ello, que demos algún espacio —más allá de la argumentación específica que levanta e impone el razonar contrario— a la cuestión de fondo, a la expresión del criterio matriz en que nuestra tesis se sustenta.

1

Creemos, por fe personal y experiencia histórica, que ninguna obra humana puede ser ajena al destino del hombre y que es dentro de su unidad positiva —superadora— donde se producen los mejores logros artísticos. Esta creencia primordial es la que nos ha empujado al enjuiciamiento del Modernismo y la que nos asiste y confirma en nuestra postura. De ese centro parten razonamientos, conclusiones y perspectivas.

2

No ofrece dudas para nosotros que el movimiento regido por el genio poético de Rubén Darío no está situado en la vía que asegura el más alto rendimiento de la obra de arte, en el camino maestro que conduce a una singularidad de obligado e incansable crecimiento. Sin que dejen de advertirse en José Martí solicitaciones, y aun dominio ocasional, de las corrientes que descaminan a los modernistas, queda fuera de duda que su central intención enfila hacia el rumbo en que alcanza la creación su mejor oficio. Y si tal diferencia es cierta y ostensible, parece obligado destacarla, advertir un superior significado en la obra del libertador cubano y señalarle la condición ejemplar.

3

No negamos la importancia de la innovación formal y estilística en lo literario, pero creemos que ha de dársele el volumen exacto. La novedad en el enfoque y en la realización puede suponer una excelencia, y es sabido cuanta eficacia comporta la buena sorpresa expresiva. Pero una cosa y la otra logran colmada plenitud cuando nacen alimentadas de la más rica experiencia personal y colectiva. El más fértil ingenio y la mejor sabiduría no pueden lograr la novedad profunda que viene de traducir con ademán superador las cuestiones capitales de una época. El secreto del fruto cabal está en la consistencia de la tierra que acoge las raíces del árbol.

La concepción que pone el acento primordial en la expresión inusitada tiene largas razones de existencia. En lo íntimo de esta perspectiva late la vieja tendencia a distanciar el arte de la vida, a hacer del creador una antena de imparidades, no un traductor singular de las ansiedades y esperanzas que mueven a sus contemporáneos.

4

El escritor refleja y encarna las inquietudes de su época y mientras mejor las expresa, más enérgicamente contribuye a desarrollarlas y trascenderlas. En este juego dialéctico, el entendimiento profundo de la realidad es padre de la obra mejor. En la medida en que la relación se produzca, la literatura ganará tamaño y poder, trascendencia histórica y mantenida calidad. Como la posición modernista no atiende ni desenvuelve este intercambio fecundante, pierde el camino de las realizaciones plenas. Su innegable rendimiento de forma y estilo queda al margen de la corriente primordial.

No restamos fecundidad al Modernismo porque sus adherentes hayan dejado de propagar determinado credo político o social. La manifestación artística posee sus caminos propios y no ha de pedirse que quede en instrumento prosélito, aunque sea cierto que alcanzará mayor nivel cuanto mejor responda al impulso revolucionario de su tiempo. La debilidad céntrica del Modernismo está en haber situado su campo lejos de toda apetencia colectiva. Ello le trajo «pobreza de ideas, insignificante interés por la realidad social, por los problemas de la acción y por las graves y hondas preocupaciones de la conciencia individual», como precisó José Enrique Rodó. La literatura proclamada y practicada por José Martí supone exactamente, el rechazo y la superación de las flaquezas señaladas por el crítico uruguayo. Es por eso que vemos en ella la vía oportuna para lograr el maridaje creador entre la vida y la expresión artística.

5

El examen del proceso literario hispanoamericano nos lo muestra, en sus líneas matrices, como un impulso ascendente hacia la manifestación de lo

propio, aunque con información y vuelo universales. A ello contribuyen poderosos factores: el propósito de independencia cultural, imbricado en la decisión de independencia política, el impulso de superar a España no sólo como poder metropolitano sino como retraso intelectual, la influencia del Romanticismo, que intensifica en Hispanoamérica —ganosa de cambios esenciales— sus costados positivos: anhelo de redención y traducción de lo cercano; y la amplitud de perspectivas, presente en el sentido continental que tiñó la primera insurgencia literaria. Estas felices circunstancias determinaron el desembarazo y la universalidad de la cultura, la obligada absorción de las ideas más avanzadas y progresistas, como el positivismo, y la proyección apasionada sobre la realidad envolvente.

Este hermoso proceso se quiebra con el Modernismo, al paso que se mantiene y supera en la obra de Martí. El deber de impulsar hacia el mañana esa postura fiel —no en su letra concreta sino en su orientación esencial— debe levantar nuestro reparo al Modernismo y señalar la céntrica fecundidad de la postura del escritor antillano.

6

Es evidente que en el enjuiciamiento del Modernismo hay circunstancias que agravan el enfoque incorrecto. Los poetas de aquel movimiento fueron los más valiosos de su tiempo americano. Más aún: a su maestría hay que sumar la anchura de la información y del entendimiento lírico. Ante ellos se sintió herida, por primera vez, la rectoría peninsular, e inquietada la atención de los círculos recelosos y exclusivos de la Europa más culta. La poesía americana logró, con el Modernismo, la adultez largamente apetecida, en lo que al dominio técnico y la gracia depurada se refiere. Fue cosa obligada que una obra tal alcanzase prestigio y pleitesía en los ánimos sensibles y cultivados. Señalar pecado mortal en lo que nos había situado en el mapa del mundo literario pareció, por mucho tiempo, imperdonable sacrilegio. El paso de los años posibilita ahora la estimación justiciera.

Otra circunstancia influyó considerablemente en el caso. La poesía es menester delicado y poderoso. La enajenación que toda adhesión lírica supone va tejiendo en el lector una red impalpable que, al ganar voluntad, enerva la estimativa. Como en la criatura amada, la voz impar trastorna el juicio y a veces lo invalida. Ver a los poetas del Modernismo con pupila exacta comporta un esfuerzo sobre nosotros mismos, un desdoblamiento incómodo y a veces violento. Pero ello no debe estorbar, en definitiva, el balance estricto, ya inaplazable. Para realizarlo ha de mirarse la obra literaria desde alturas desembarazadas y con recto sentido histórico.

7

Cuando se hace crítica de un movimiento de importancia e influencia no se le puede entender sino en medio de un proceso que ni se inicia ni se

agota con su ocurrencia. Se trata, en última instancia, de definir senderos apetecibles u objetables en el campo de la creación americana. Con lo que está dicho que los criterios establecidos han de proyectarse, por fuerza, sobre el presente y su inmediato futuro.

Las dos líneas seculares —la que llama con preferencia a los modos insitados y la que pide excelencias al poder de la realidad— pelean hoy el más encarnizado combate. Las razones para ello no son oscuras ni misteriosas. El mundo vive el más profundo de sus cambios; es cosa obligada que sea el hombre recinto de las contradicciones más violentas. Es natural que las fuerzas regresivas —con máscaras o sin ella— aplaudan y fomenten las expresiones difíciles, sibilinas, sordas, incomunicables; como lo es que los que empujan la liberación definitiva del hombre insten por una obra en que nuestra realidad —la de afuera y la de adentro— muestre sus senos más dolorosos y el ímpetu para cambiarlos. Aunque es circunstancia bien sabida, debe anotarse que, como ha ocurrido en otras encrucijadas históricas, no siempre descubre el creador el impulso a que su obra responde.

Desde luego que los ladeados hacia la «fermosa cobertura» no obedecen ya a las solicitaciones modernistas, pero su actitud responde a las mismas raíces. La «deshumanización» —usemos un término incorrecto, pero expresivo—, ha superado todas las etapas anteriores: una literatura obstinada en su hazaña aisladora hace juego a una plástica levantada contra toda señal figurativa, contra toda huella de sangre humana. Al costado de estas evasiones trepidantes, marchan los virtuosos de la angustia y los abanderados de la nada. Y en el centro, un destacamento lírico cultivado y sabio, empeñado en ofrecernos un poema atildado y aséptico que aparece y se apaga sin dejar huella, ni herida, ni recuerdo. También, como en los días de Rubén Darío, los modelos son lejanos y las motivaciones ajenas; con la agravante de que ahora hacen un destino de la deserción encarnizada.

8

Ante estas manifestaciones extremas, la sabiduría leal de José Martí debe ser un ejemplo y un mandato. El rol defensivo que señaló al idioma —arma poderosísima en razón de su raigambre y su plasticidad, de su tronco y su flor— cobra hoy urgencia y sentido. La novedad alumbrada por la emoción y afirmada en la circunstancia, debe ganar ahora nuevas batallas. El acogimiento de todas las experiencias y de todos los hallazgos debe ofrecer en lo presente un mayor servicio, pues, ante las responsabilidades que enfrenta, necesita el escritor hispano-americano robustez y altura crecientes. Aquel afilamiento de la singularidad en el roce con la realidad más trascendente —*quilate rey* del héroe cubano—, tiene ahora oportunidad de realización cabal. Martí pidió, con dramática insistencia, que los escritores de *su* América fuesen *más americanos*, que se afincasen en su naturaleza y en su historia para lograr una originalidad soberana; que diesen al mundo, por

lealtad a su medio, una voz poderosa y distinta. El presente de sus pueblos propicia y exige el ahondamiento de ese magno destino.

9

La más importante producción literaria hispanoamericana de nuestros días se ha integrado en la obediencia de esos criterios martienses, aunque todavía la obra infiel a su mandato ocupe mucho espacio y cuente con valedores numerosos. Las mejores novelas, aquellas que han concitado la atención y el fervor de veinte naciones, los ensayos de muchos ojos y raíces, la poesía recia y luciente, toman su fuerza de la más ansiosa cercanía, surgen de la entraña del pueblo, traducen sus tercas manquedades y dan testimonio singular de su lucha libertadora. Pero este hecho feliz, bloqueado por la intención evasiva, llama al cumplimiento de un gran deber: a la defensa de la expresión honda y propia, a ampliar los dominios de la gran tradición continental, a infundir tan ancho realismo a nuestra escritura, que la revelación de nuestros conflictos aparezca con toda su carga de impaciencia, con todo su coeficiente transformador.

10

Un gran conjunto de factores activos nos informa de que asistimos al alba de una nueva literatura hispanoamericana. Nueva, no por la imitación de lo que apunta en paralelos lejanos, ni por lo que aporte un escritor poderoso: nueva por su arraigada autenticidad. Las presencias regresivas o desorientadas agotan su carrera en un aspaviento final. Se toca el nacimiento de una lírica de inesperada magnitud, apenas presentida, en que las gracias de Rubén Darío —medidas de nuestra invención— se encumbren en la resonancia omnipotente que sube del pueblo. Esta poesía, al nivel de la América Hispánica, recogerá el clamor de las razas que hacen nuestro mundo, sus viejos dolores abismales, su gesto incambiable, su pugna visible y soterrada, la integración igualitaria y la luz de la victoria cercana. Esta poesía casi presente —maestría de la sangre— será una gran hazaña humana. Los vientos que rigen sus banderas no habrán discurrido por el jardín modernista sino por el bosque augural —encina y rosa, savia y corola—, que fue la escritura de José Martí.

UNA LITERATURA AL NIVEL DE NUESTRA REVOLUCIÓN*

Como cada hombre es él y su oficio, no podía olvidar yo, mientras, a su lado, oía leer a Fidel Castro la Segunda Declaración de La Habana, las responsabilidades de nuestro escritor frente a la nueva realidad americana. No son los escritores gente de barro distinto al de los demás hombres, pero están situados, por razones profesionales y de otro orden, en muy singular postura.

Los hechos han desembocado ahora en una realidad que había de producirse indefectiblemente, y que llega para algunos imprevistamente. Al calor de la revolución cubana, los pueblos de la América Latina han penetrado, a una nueva luz, sus grandes tareas de la hora y han entendido, frente a experiencias duras y reiteradas, que sólo la derrota del imperialismo estadounidense puede franquearles las sendas de una liberación que será cauce de todos los progresos materiales y culturales. Está a la vista que la nueva conciencia se ha logrado por la decisión de los pueblos, pero también, como siempre ocurre, por la obra de un grupo de expositores esclarecidos y valerosos que, a su tiempo, manifestaron la verdal y supieron servirla. Entre ellos se cuentan muy destacados escritores de nuestra América.

El hombre de letras posee una sensibilidad que lo comunica por mil caminos con las grandes cuestiones de su hora. Y si no la hay mayor que ésta de la liberación de veinte pueblos con el nuestro a la cabeza, es obligado que ofrezca su mejor atención a la excepcional tarea. Ello supone, desde la Cuba actual, el afinamiento de quehaceres peculiares y complejos.

Es evidente que nuestra revolución posee estatura americana y aún universal. De todas partes se alza la identificación solidaria. Y ello ocurre porque, en su curso, nuestro movimiento libertador ha sabido darse magnitudes humanas, de las que llegan cuando un hecho político traduce cabalmente —y a un tiempo mismo— los objetivos profundos de una sociedad y de una época; en nuestro caso, la liberación de Cuba del yugo imperialista y la marcha presurosa y firme hacia el socialismo. Nuestra isla ha cobrado, por estas razones, estatura histórica y debe responder, en todos los aspectos de su vida, al gran compromiso a que se enfrenta. El aporte de los escritores a tal compromiso debe entenderse en una gran sintonía nacional, aunque con perfiles levantados y privativos.

Nuestro hombre de letras está obligado a ofrecer, en un sentido general, la resonancia de la revolución cubana por canales legítimos, distintos y de la más firme calidad. Si de veras vive nuestra tierra una transformación de tamaño ejemplar, los cubanos que disponen de antenas no comunes deben traducirla por modo poderoso. Tal traducción, muy fiel a nuestro buen

* *Unión*, año I, no. 1, p. 40. Ed. UNEAC, La Habana, mayo-junio, 1962.

pasado y a nuestro mejor futuro, debe confluir, en el sentido y en el nivel, con la voluntad de las patrias hermanas que miran hacia nosotros.

No hace muchas noches se me ocurría decir que la realidad presente está *haciendo* —revelando— la medida plena de muchas advertencias martianas. En efecto, el criterio de nuestro Apóstol de que la plena independencia de Cuba había de entenderse como parte de la liberación de Latinoamérica se mantuvo como una afirmación *teórica* durante varias décadas y ha sido ahora, a partir de 1959, cuando se ha destacado su profunda razón. Ello supone un esfuerzo dirigido hacia objetivos superiores, alimentados de nueva sustancia y nuevos quehaceres.

Nuestro escritor está forzado a una labor de mucho significado, y en cumplirla está su más considerable misión. Debe dar en su obra toda la conmoción que hace hermoso nuestro tiempo cubano y, para ello, ha de inquietarse al máximo sus capacidades y dotes. No se trata, desde luego, de hacer de cada escritor un meditador político, ni menos un líder avisado. Lo que se pide es que nuestro hombre de letras sepa adecuar sus talentos a una realidad dinámica y bullente en la que duermen, con un ojo abierto, las más altas posibilidades creadoras. Muy lejos de pedir estilos, formas y temas determinados, creemos que lo que importa es insuflar la inmedible fuerza de nuestro hecho político en las más sinceras y poderosas maneras expresivas.

La Unión de Escritores y Artistas de Cuba ha respaldado la Segunda Declaración de La Habana en un documento estricto y oportuno. Debe, dentro de las normas de unidad progresista que presiden sus trabajos, encabezar un aporte del mayor interés: pedir a todos sus integrantes y a cuantos escriben en Cuba un infatigable esfuerzo por dar con una obra que muestre nuestra revolución, contribuyendo a su victoria. Los colegas de la América Latina deben advertir, con el empeño cubano, la urgencia de ofrecer su actividad creadora a un objetivo común que, al realizarse, abrirá vías de incalculable poder al poema y al ensayo, a la novela y a la escena. Sólo así seremos dignos de haber vivido, en nuestro grande oficio, los tiempos singulares de una conmoción que sitúa a Cuba en la oportunidad de un gran servicio humano.

EL PENSAMIENTO DE MARTÍ Y NUESTRA REVOLUCIÓN SOCIALISTA*

UN ANIVERSARIO MARTIANO

Por razones obvias, no puede aludirse a José Martí sin enfrentar su recuerdo al proceso social y político de su pueblo. Es obligado que nos preguntemos hasta dónde la Cuba de hoy realiza su previsión y cumple su mandato. Tratemos de hacerlo con obligada brevedad.

Este aniversario martiano encuentra a la nación cubana en lo que puede calificarse, sin exageración, de momento estelar. Nuestro país es hoy guía esclarecido de la América Latina y devoción ardiente de todos los pueblos del mundo. En sólo tres años, Cuba ha culminado tareas históricas del más poderoso relieve: ha derrotado una tiranía sangrienta apoyada y sostenida por el Gobierno de los Estados Unidos, ha vencido al imperialismo yanqui en todos los frentes de lucha y ha emprendido, con ímpetu y acierto, la etapa socialista. La patria de Martí ocupa hoy un sitio a la altura de su genio.

Está claro que los caminos que ha emprendido nuestro país bajo el liderazgo indiscutido de Fidel Castro, no son los que se prevén en la prédica y en la acción patriótica de Martí. Fue nuestro hombre apostólico quien advirtió reiteradamente, con profundo sentido dialéctico, que cada época traía sus problemas y gestaba las soluciones oportunas. Sería antimartiano tratar de aplicar sus fórmulas concretas a una situación nacional y universal a mucha distancia de las que Martí conoció y enjuició. Pero lo sería también sostener que la gran revolución que hoy vive su país no posee comunicación fecundante con su ideario político, social y económico. Sacar a Martí de su tiempo sería gran despropósito; como lo sería igualmente declarar que sus conceptos y criterios revolucionarios han dejado de tener vigencia entre nosotros.

Al estudiar con perspectiva histórica la acción y la palabra políticas de Martí, advertimos que ya pueden establecerse sus relaciones fundamentales con nuestro momento. Al realizar el balance queda evidente que sólo una visión genial pudo penetrar las cuestiones vitales de su isla, entenderles toda su magnitud y descubrirles su desarrollo previsible. Para saberlo, no hay más que enfrentar las concepciones martianas con las de los guiadores que fueron sus contemporáneos. Hombres de tan insigne calidad como Domingo Faustino Sarmiento no entendieron las denuncias de Martí —especialmente las que hizo de la penetración imperialista—, y combatieron puntos de vista que hoy sabemos impecables.

Desde luego que el hecho de que un hombre como Martí contemplase con visión tan sagaz los problemas que su época acumulaba sobre Cuba, no quiere decir que poseyera la doctrina y el método oportunos para su tratamiento y solución. En Martí se da una oposición intermitente y vitalicia entre sus puntos de mira de gran demócrata liberal y su asombroso entendimiento de cuestiones que, como ha probado su posteridad, no podían ser resueltas, por las vías que propugnaba.

La circunstancia de haberse estancado nuestro proceso libertador por la intervención del imperialismo al iniciarse la República, determina que persistan y se agraven los males combatidos por Martí y que su predicción para erradicarlos se mantenga como un mandato hasta nuestros días. El enfoque martiano sobre nuestros más importantes problemas estuvo, sin duda, en la mente y en la intención de los que, en la República mediatizada, pug-

* Juan Marinello: *Once ensayos martianos*, p. 183. Universidad Central de Las Villas, 1964.

naron por la liberación real de Cuba. Tiene un profundo significado que, durante el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, dijera Fidel Castro al Tribunal que lo juzgaba que no reconocía en su acción otro inductor que José Martí. Así se expresaba el hecho, no repetido con otro libertador del siglo pasado, de que los hombres decididos a realizar una transformación profunda hacia el futuro, se sintiesen impulsados por el ideario integrado y dispuesto para una revolución anterior. Tratemos de precisar en qué medida la prédica de Martí actúa como impulso presente en la gran obra que desarrolla nuestra revolución socialista. Se verá de inmediato que el cuadro de nuestras necesidades e intereses nacionales ha venido siendo hasta 1959 el mismo, en su conjunto, que consideró y analizó el héroe de Dos Ríos y que, si en el momento actual impulsamos soluciones orientadas por otra teoría y tendientes a salidas más ambiciosas y plenas, en cada una de las medidas puestas en acción estamos realizando y superando un sueño de Martí.

Intentemos una referencia escueta a los antecedentes martianos de las realizaciones en que estamos empeñados. No será difícil probar que es en este tiempo, a partir del primero de enero de 1959, que la República a que ofrendó su vida y su muerte puede compararse a su desvelo sin rubor ni reparo.

LIBERTAD REAL Y SOBERANÍA VERDADERA

Toda la obra de Martí está dirigida a libertar a su isla, a hacerla una tierra regida por la voluntad del pueblo (el pueblo, decía, es el verdadero jefe de las revoluciones). En sus días, su país era colonia de la Monarquía Española y debía dejar de serlo, pero el imperialismo de los Estados Unidos comenzaba a desbordarse sobre Cuba y sobre toda la América Latina, por lo que un patriota cabal y revolucionario verdadero no podía soslayar el peligro inminente de una nueva servidumbre. Es por ello que Martí precisa, en términos exactos e inequívocos, su pensamiento político: «Cuba debe ser libre de España y de los Estados Unidos.» «Cambiar de dueño no es ser libre[...]» En esta consigna básica, ¿no ha cumplido la actual revolución el segundo de los objetivos? No hay duda de que el actual movimiento liberador está en el cauce del pensamiento martiano.

Para desarrollar cumplidamente su labor libertadora fue necesario que diera Martí la mitad de su vida a demostrar cómo las dos salidas falsas frente a la opresión española debían ser repudiadas. Ya se sabe que con lo que Martí escribió contra el autonomismo y contra la anexión podrían componerse dos gruesos volúmenes. Después de un trabajo prolongado y tenaz, el más difícil y complejo de su actividad política, logra nuestro héroe convencer a las masas revolucionarias y a lo más de nuestro pueblo de que el movimiento contra España debe ser radicalmente independentista, libre de elementos desnaturalizadores y sin resquicios para la presencia de los elementos que trajeron el Zanjón.

No es el momento de discurrir sobre el modo impecable con que Martí fundamenta la relación entre Cuba y España, como pueblos capaces de una colaboración democrática, después de la independencia. Caso singular también. Martí distingue, en todo momento, la obra reaccionaria y opresora de los funcionarios españoles y la condición fecunda y creadora de las gentes que integran el pueblo peninsular.

Encontrada la manera de resolver de modo correcto y eficaz la cuestión colonial de su tiempo, se ponía a la orden del día el ataque oportuno a la amenaza que se cuajaba con signo de futuro. Como hombre alguno de su época, Martí denuncia el imperialismo yanqui sin treguas ni debilidades.

Para Martí la independencia y la soberanía de Cuba constituían los fundamentos de todo beneficio praa el pueblo, de toda prosperidad nacional. En el mando de la voluntad popular sin interferencias extrañas situó la clave de todo desarrollo positivo. Con afinado sentido precisó que, vencidas las presiones exteriores, se abrían los caminos convenientes al avance de las fuerzas productivas y a la ascensión de la cultura. Son más que conocidas las mil oportunidades en que Martí propugna la necesidad de atender a los valores profundos de nuestra tierra, librándolos de toda influencia que los deforme o invalide. La fe en la capacidad cubana y en las virtudes de sus contemporáneos completan su concepción de que sólo un pueblo libertado y dueño de su destino puede superar su retraso y ordenar la vida en la justicia y el bienestar.

En este aspecto fundamental —el de la libertad real y la soberanía verdadera como basamentos del beneficio colectivo—, la actual revolución cubana parte de los postulados martianos y les da plena realización, dentro de las circunstancias presentes.

LA LIBERACIÓN ECONÓMICA

Alguna vez hemos dicho que el largo destierro de Martí en los Estados Unidos —los quince años de su madurez—, fue un dolor inacabable pero que, desde un punto de vista político, constituyó la rica escuela en que acendró y superó sus criterios revolucionarios. En efecto, nuestro libertador pudo observar desde las «entrañas del monstruo», no sólo su voracidad ilimitada sino los elementos que alimentaban sus depredaciones.

Una tercera parte de la obra de Martí, y quizá la mejor, está destinada a ofrecernos un panorama exacto y sorprendente del «Norte revuelto y brutal que nos desprecia». Ello va haciéndole una nueva mentalidad para entender los problemas de Cuba y de toda la América Latina; ello condiciona su esfuerzo por libertar a su isla. No siempre se descubre ese hilo rojo que yace en la entraña de su acción; que ya dejó escrito, en la última carta salida de su mano, que el ataque al imperialismo lo había realizado muchas veces de manera disimulada y oculta para otorgarle mayor eficacia.

La residencia en New York, mirador de mucha altura, permitió a Martí observar la acción imperialista sobre todas y cada una de las naciones latinoamericanas. Vio de cerca y tocó con sus manos todas las maniobras y añagazos de los gobiernos estadounidenses para preparar, con amarres sutiles o agresiones groseras, la invasión económica de medio continente. En la Conferencia Internacional Americana de 1889 y en la Conferencia Monetaria de Washington de 1891, Martí se constituye en el defensor enérgico y capaz de los pueblos de su América ante las arteras maniobras de los gobernantes norteamericanos. Su tarea en ambas reuniones integra lo más profundo y firme de su pensamiento y acción antimperialistas.

Lo que contempló Martí como invasión deformadora produciéndose sobre veinte pueblos del Continente tenía que presumirlo y preverlo en el futuro inmediato de Cuba. La acción opresora que gravitó sobre nuestro pueblo por más de medio siglo es presentida por nuestro fundador con asombroso poder de adivinación y enjuiciamiento.

Teme el desvelo patriótico de Martí que pueda servir la independencia de Cuba, de no impedirse el avance imperialista, de puente propicio para fortalecer la absorción económica de Latinoamérica por los Estados Unidos. Advierte el peligro de que Cuba pueda convertirse, recordemos sus palabras, en una fuerza más para caer sobre las tierras del Sur. Ello debe ser evitado, sostiene, por la conciencia y la lucha de los cubanos.

Guiado por sus preocupaciones fundamentales, advierte nuestro Apóstol que si se produce la penetración económica se convertirá en mando político opuesto y contrario a los intereses de su pueblo. Hay que resistir, a toda costa, el dominio económico. Son de muy amplio conocimiento las afirmaciones martianas atinentes: «Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él.» «Quien dice unión económica, dice unión política.» «El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios[...]»

En el combate contra la opresión imperialista se produce en Martí un fructuoso ensamblaje entre su conocido humanismo y su sagacidad política. Muy consciente del poder económico de los Estados Unidos, señala como el mejor camino para salirse de su órbita el de trabajar por un mundo de amplias y libres relaciones. Aquí se articula cabalmente el impulso de unir a los hombres de todos los pueblos y razas en la misma actividad superadora con el objetivo patriótico de librar a su isla de la sumisión a los Estados Unidos.

Para Martí no es imposible el entendimiento con los Estados Unidos, de los que «con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible y es útil ser amigos», pero sabe que la distinta evolución social de las dos porciones en que está dividido el continente determina una pugna de profundos alcances, en que el papel conquistador y agresivo corresponde a los «rubios». Mientras convoca a firme batalla contra el invasor, proclama la necesidad de una política dirigida a establecer comunicación fructuosa con todos los pueblos y continentes: «La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y de abominar todo lo que los aparte.»

El hecho de que la relación económica determina el trato entre las naciones pesa mucho en la meditación de Martí. El intercambio justo engendra la convivencia pacífica: la opresión económica fomenta la discordia y prepara la guerra. Por ello, nuestro héroe se levanta de continuo contra la posibilidad —confirmada posteriormente—, de que los Estados Unidos intenten hacer de la América sometida un peón que sirva a sus rivalidades imperiales y una mesnada dócil para su predominio mundial.

El mantenimiento de la libertad económica debe estorbar la integración de bloques agresivos, en que Cuba sería víctima subalterna. De este temor están teñidas sus advertencias: «El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto, sino tratar en paz y con honradez, con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la reconstitución nos mantienen abiertas sus cajas.»

LOS CAMBIOS FUNDAMENTALES

Aunque con un desarrollo y una perspectiva que no podían estar en la previsión martiana, los grandes cambios que ha producido la revolución en la estructura económica del país traducen criterios presentes en el ideario del Apóstol. A través de esas transformaciones quedan cumplidos sus ardientes deseos de plena soberanía y de beneficio popular.

En la obra de Martí encontramos mil oportunidades en que combate la concentración capitalista en sus distintas expresiones. Su denuncia del monopolio es muy conocida: «El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres.» «El monopolio es un gigante negro[...]» «El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial.»

Percibiendo con toda claridad el interés imperialista por establecer en Cuba la gran cadena económica opresora integrada por los eslabones del latifundio, el monocultivo y el monomercado, nos deja firmes advertencias para resistir tan graves peligros. No puede hablar Martí de la socialización de la tierra, pero combate de continuo su acaparamiento en pocas manos. Por otra parte, su repulsa al monocultivo es conocida: «En crisis grande ha de verse todo pueblo que fía su subsistencia a un solo cultivo [...]» «Debe verse con miedo este mal hábito de entregarse a un cultivo exclusivo.» «Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto.» Nuestra revolución; de firme estirpe martiana, ha liquidado el latifundio, ha entregado la tierra a los que la trabajan en formas avanzadas y justas,

ha combatido y combate el monocultivo y propicia relaciones mercantiles con todos los países y naciones que quieran establecerlas con Cuba sobre fundamentos de mutuo beneficio.

Martí otorga la mayor importancia a la producción agrícola y entiende que es el más poderoso fundamento del desarrollo económico y el bienestar colectivo: «Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecer de mercado; los productos agrícolas fluctúan y valen más o menos, pero son siempre consumidos, y la tierra, su agente, no se cansa jamás.» Pero —otra coincidencia con el pensamiento de nuestra revolución— proclama que el desarrollo industrial es indispensable para que *su* América alcance niveles adultos y pueda mirar con ojos de igualdad a los países más prósperos y dichosos. Recordemos que escribió: «Es imposible [...] que un gran territorio agrícola y minero no sea también un gran territorio industrial. Es imposible que tan gran reino vegetal no traiga en su diadema todas las joyas nuevas, *industrias propias y originales.*»

Pero, logrado el desarrollo interior —arribadas al mejor nivel la agricultura, la industria y el comercio interno—, se hace evidente que el intercambio mercantil internacional debe colaborar a su avance. Ello se impide si Cuba se sujeta a un solo mercado poderoso y se logra si se comunica con el mayor número de mercados. Martí sentenció: «El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno.» Los tiempos han confirmado la razón de Martí. Como nuestro pueblo «quiere salvarse», vende a «muchos pueblos».

Al intensificar y diversificar nuestra producción industrial, la revolución, estableciendo fábricas *propias y originales,* impulsa un progreso en continuado ascenso que, como quería Martí, ofrezca oportuna utilización de las fuentes naturales de riqueza, asegure el empleo cuantioso y satisfaga las necesidades del pueblo.

La transformación económica producida por la revolución se dirige a instaurar una democracia verdadera, una sociedad libre de explotadores, una comunidad socialista. Sin partir de la teoría que informa nuestra actividad presente, el espíritu generoso y justiciero de Martí anhelaba una Cuba sin diferencias económicas monstruosas. Por ello escribió: «En verdad; mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro?» «No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquél donde cada uno tiene un poco de riqueza.» Partiendo de distintos rumbos, nuestro actual movimiento libertador hace de la riqueza, acatando y superando el deseo de Martí, un patrimonio asequible a todos los cubanos.

LA UNIÓN CON LA AMÉRICA LATINA

No es esta la oportunidad de discurrir por extenso sobre el amor y el desvelo martiano por los pueblos de la América Latina. Puede afirmarse que los países hispánicos del Continente inspiraron y alentaron toda la acción política del líder del 95. No existe entre los hombres de su tiempo una fusión tan exacta con las tierras que, de origen común, comenzaban a ser agobiadas por la penetración imperialista.

La preocupación de Martí por Latinoamérica posee muchos batientes vitales. Nuestro hombre vigila sus rumbos económicos, su desarrollo político, su retraso social y las características de su educación y de su cultura. En otro lugar hemos estudiado el modo singular en que Martí quiere usar del común idioma como elemento de unidad y defensa de los pueblos colonizados por España. Su predicación de un arte profundamente arraigado en la naturaleza y en la tradición de sus pueblos, le dura toda la vida. Pero, siendo tan vasto y múltiple el amor de Martí por las naciones hermanas, está bien claro que todo su anhelo aparece dominado por un profundo propósito político.

La similitud fundamental de los pueblos de la América Latina es la razón profunda, en la palabra de Martí, para unificar la necesaria defensa. No es ocioso citar sus razones: «Los mismos males sufren y de los mismos frutos se abastecen y los mismos propósitos calientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al apache indómito, y el que en tierra del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia.»

Saliendo al paso a las campañas maliciosas atizadas ya en su tiempo por el imperialismo sobre la «inferioridad» de los pueblos latinoamericanos, Martí los defiende no sólo en sus logros comprobables sino en los avances previsibles. Su defensa en este punto rebosa entusiasmo cordial. Sus afirmaciones han llegado a ser muy conocidas: «Más han hecho nuestras tierras en subir a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.» Las gentes latinoamericanas son distintas, pero no inferiores a los «rubios del Norte», por lo que carece de fundamento y realidad todo intento de dominio colonizador.

Por otro lado, la corrupción y la brutalidad dominantes en la vida de la política y los negocios norteamericanos advierten a Martí que no poseen los Estados Unidos ejemplaridad ni grandeza que ofrecer a las naciones del sur del Continente. No hay flojedad ni pecado en las tierras latinoamericanas que no se encuentren, multiplicados, en las grandes ciudades estadounidenses.

Dando un paso más en su cálida estimación de los pueblos latinoamericanos, Martí afirma muchas veces que duermen en ellos valores de más trascendencia social que en los Estados Unidos. «Las tierras de habla española —escribe—, son las que han de salvar en América la libertad.» Puede haber en esto la expresión de su vehemente amor por las gentes de *su* América, pero hay también la conciencia de que, cuando un pueblo o un grupo de pueblos se dan a una gran tarea libertadora, su esfuerzo trasciende sus fronteras. No en balde aludió el propio Martí a que la liberación del Continente

americano serviría para afirmar el equilibrio mundial. Y en lo hondo de esta misión histórica, nuestro libertador veía la acción impulsora decisiva de la América Latina.

Establecidas estas premisas, Martí llama a la defensa contra el desbordamiento imperialista, no como tarea de un pueblo determinado sino como obra de veinte patrias americanas. Ya hemos visto que en este llamamiento no hay sólo la proclamación sino el trabajo concreto. En las dos reuniones ya citadas, en la del 89 y en la del 91, nuestro hombre se arroga la representación y la defensa de toda la América Latina, levantándose contra las acometidas dispuestas por los políticos y negociantes de Washington. Allí deja un ejemplo de permanente validez que evidencia, de una parte, que el imperialismo intenta el dominio del Continente sin intermediarios ni rivales y que, por la otra, sólo la unión sagaz y combatiente puede detener sus despojos.

Martí es el único libertador del siglo pasado que funde su acción patriótica con su deber latinoamericano. Libertar a Cuba es trabajar por la liberación de veinte pueblos hermanos. Cuba libre debía significar un baluarte fiel en servicio de la América Latina. Por ello escribió: «Peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia americana». La afirmación contiene un gran sentido de realidad y de futuro. ¿Acaso no es eso, precisamente eso, lo que está cumpliendo nuestra revolución socialista? ¿No peleamos ahora para asegurar, con la nuestra, la independencia americana? La independencia americana, en un sentido más pleno que el imaginado por Martí; porque también peleamos hoy por el pueblo de los Estados Unidos, víctima de nuestros propios enemigos.

Pero el combate unido de *su América* contra el opresor extranjero tiene todavía en Martí otros significados. La unidad latinoamericana no debe ser sólo defensiva sino también superadora. La articulación de esfuerzos redundará en el común progreso. Recordemos sus conceptos: «estamos en tiempo de ebullición, no de condensación; de mezclas de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio de la unidad del género. El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios y los neopatricios se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos. Temen que les arrebaten su preponderancia nacional, o no le reconozcan en el gobierno su parte legítima [...]» Y en la impaciencia porque se cuaje la unión entrañable, se pregunta: «¿Se unirán en consorcio urgente, esencial y bendito los pueblos conexos y antiguos de América?»

Adviértase la genial previsión: Martí reitera hasta el cansancio que la unión de la América Latina ha de integrarse para combatir la opresión imperialista; pero no se le oculta que los grupos privilegiados, *los patricios y los neopatricios,* se oponen a la gran tarea. Temen, dice Martí, que los libertos y los plebeyos «les arrebaten la preponderancia nacional, o no les reconozcan en el gobierno su parte legítima». ¿No es eso lo que está ocurriendo ahora? Fortalecidas por el ejemplo de Cuba, las masas latinoamericanas, los *libertos* y los *plebeyos,* se dan las manos en el combate antimperialista y los *patricios* y *neopatricios,* entendidos con Washington, estorban la unidad y combaten la acción libertadora.

El paso del tiempo ha dicho lo que había de larga verdad en las afirmaciones de Martí sobre lo que puede y debe lograr la acción de los países latinoamericanos. Hoy se descubre con toda nitidez la razón de su mandato. La solidaridad de los pueblos hispánicos del Continente con la revolución cubana no sólo significa su potente respaldo para su defensa y avance y un fortalecimiento excepcional en su lucha contra la absorción norteña sino que supone, además, una hermosa batalla contra el imperialismo en un sentido universal, en los momentos en que se hace evidente su derrumbe. Las circunstancias actuales ofrecen más ancha perspectiva a la solidaridad americana propugnada por Martí, pero aparece innegable que su visión sorprendente sustenta e impulsa la gran lucha de hoy.

En los días de Martí se dibujaban los primeros intentos imperialistas sobre la América Latina. Sólo un hombre de su calidad pudo medir la gravedad del hecho y su poder monstruoso. Ahora, en los días victoriosos de nuestra gran revolución, asistimos al final del sistema económico que impulsa la opresión y la servidumbre. Martí vio el nacimiento del imperialismo; nosotros asistimos a sus funerales. Los sucesos recientes lo confirman. La agresión yanqui fracasa en todas partes. Ni los gobernantes latinoamericanos cómplices de Washington pueden serle fieles ante la acción enérgica, poderosa, heroica, de los pueblos de la América de Martí.

LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA

No podríamos sostener que los criterios que han regido la Reforma Educacional en marcha cumplen, en la palabra concreta, los propósitos martianos; pero no hay dudas de que los cambios fundamentales que se están produciendo encuentran apoyo y encaje en lo que estableció Martí sobre la naturaleza, el oficio y la misión de la escuela cubana. Veámoslo, en el menor espacio.

Para Martí, la educación integraba un campo amplísimo en que todo hombre debía desarrollar libre y plenamente sus aptitudes y facultades. Por ello escribió: «Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive; es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote: es preparar al hombre para la vida.» E insistiendo en la idea: «La educación tiene un deber ineludible —no cumplirlo es crimen—: conformarle a su tiempo sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana.»

Parece indiscutible que nuestra revolución coincide con el pensamiento martiano en estos conceptos fundamentales, es decir, en hacer de la educación una tarea omnicomprensiva y en «conformar a su tiempo» al que la recibe.

En acuerdo con su criterio, Martí batalla sin descanso por una educación estrictamente científica como el mejor fundamento para superar las malas tradiciones y los flagrantes retrasos. Son muy conocidas sus máximas al respecto: «Necesitamos que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la tierra [...] Contra Teología, Física; contra Retórica, Mecánica; contra preceptos de Lógica [...] preceptos agrícolas [...]»

Para lograr tal educación precisa un esfuerzo heroico. Lo sabe Martí cuando dice: «Como quien vuelve del revés una vaina de espada, se ha de cambiar de lleno todo sistema transitorio y vacilante de educación moderna.» Frente a las deformaciones dejadas por el retraso colonial y la acción imperialista, hemos medido lo que supone «volver del revés la vaina de la espada» para ofrecer una enseñanza que colabore cabalmente en el desarrollo de una sociedad que ha de marchar sobre nuevas estructuras. También en esto la advertencia martiana es una verdad actual.

Nuestra revolución heredó una escuela de espaldas a la vida nacional, indiferente y lejana al proceso productivo del país. De ese modo. la educación y la cultura mantenían su condición de actividades superpuestas, aristocráticas, «literarias», dispuestas para el provecho y el ocio de los grupos privilegiados. En un país necesitado de desarrollo agrario, se formaba el bachiller palabrero y el abogado retórico. Cada año crecía el número de niños y jóvenes condenados a frustrar sus capacidades y dotes. La diferencia entre la ciudad y el campo se agigantaba en esta situación y la enseñanza profesional se articulaba al interés del opresor extranjero por mantenernos en un retraso conveniente a sus fines. No se formaban, antes de 1959, los técnicos que exigía el progreso de nuestra sociedad, y, en ocasiones, ni siquiera el que convenía al monopolio yanqui, que cuidaba de importar sus propios técnicos.

La realidad que está cambiando nuestra revolución no pasó inadvertida a Martí. Sus observaciones constituyen una guía excelente: «Se está cometiendo en el sistema de educación de la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, no se les prepara para la vida campesina. Y como la vida urbana sólo existe a expensas y por virtud de la campestre, y de traficar con sus productos, resulta que con el actual sistema de educación se está creando un gran ejército de desocupados y desesperados, se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga.» No hay dudas de que nuestra revolución está rectificando, sobre los niveles actuales, la honda deformación señalada por Martí.

Pero a mucho más, en la advertencia de los males de nuestra escuela, alcanza la preocupación martiana. Son numerosos los momentos en que el grande hombre rompe lanzas por una educación en que se articulan ajustadamente el conocimiento teórico y su aplicación fructuosa. Recuérdese: «Hay que abrir casa de industrias, artes y ciencias, a los que han de vivir de la labor que las requiere [...]». «Las Escuelas de Artes y Oficios ayudan a resolver el problema humano [...]». «En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar [...]». «Detrás de cada escuela debía instalarse un taller agrícola, a la lluvia y el sol, donde cada estudiante sembrase su árbol [...]».

Lo que lleva hecho la revolución en todos los niveles de la enseñanza ha tendido a que «se aprenda en la escuela el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar» y las transformaciones en marcha, tanto en la escuela primaria como en las secundarias diversificadas, miran a que el educando quede articulado con el proceso productivo y como agente positivo del proceso revolucionario. La presencia de los criterios martianos es aquí evidente.

Consonante con el limpio propósito democrático de Martí es su predicación porque la escuela fuese un servicio brindado a todos. Su desvelo por una enseñanza primaria realmente universal es muy conocido. Mil veces identifica la hombría, la existencia, con la escuela popular: «No se puede sentirse hombre y decirse que lo es, si no se sabe leer y escribir [...] Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender [...]». Y su impaciencia porque el maestro llegue a todas partes, lo mismo en el aula establecida que en la gestión ambulante, le llena los años de su madurez.

La posición de Martí sobre el dominio clerical de la escuela es tan inequívoca como reiterada. Nuestro hombre veía a «la mala Iglesia» como una de las fuerzas más responsables del retraso latinoamericano. Advertía que la imposición de una religión determinada en la escuela suponía, a la larga, la servidumbre a los criterios e intereses de los jerarcas de tal religión. Demócrata impecable, sostuvo que a nadie debía estorbarse la profesión de una fe; pero por esa misma condición, proclamó que nadie tenía derecho a imponer una creencia sobre otra. Sus fórmulas han quedado como apotegmas: «Ni religión católica hay derecho a enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica [...]». «Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría del país puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la acata, en libre uso de su juicio, es ya un derecho [...]».

Veamos en qué sentido y con qué magnitud nuestra revolución ha llevado adelante la universalidad y el laicismo de la escuela cubana. Parece indiscutible que una cosa y la otra —la escuela como patrimonio humano y libre de toda influencia confesional—, no pueden producirse sino a través de una revolución que derrote las clases y grupos privilegiados. El imperialismo y sus cómplices nacionales se opusieron siempre entre nosotros a que la educación se franquease a toda la ciudadanía y robustecieron y apoyaron el dominio clerical reaccionario en las aulas. Por estos caminos, las masas quedaban privadas de una cultura que significaba una acusación y una protesta contra sus opresores, y la clerecía anticubana servía, desde los textos y las explicaciones, al mantenimiento de la servidumbre nacional.

Sólo con el triunfo de nuestra revolución socialista han podido resolverse las dos grandes cuestiones. Un poder popular, con los trabajadores a su

frente, ha ido de inmediato a la creación de escuelas y a la organización de un sistema de becas que determine que todos los cubanos que lo deseen puedan cursar todos los grados y tipos de enseñanza. El laicismo martiano —muestra destacada de una hermosa tradición nacional—, mantuvo su presencia a lo largo de la República mediatizada, pero como ocupaban el poder las fuerzas interesadas en la incultura del pueblo, la acción de la Iglesia Católica, aliada a las fuerzas anticubanas, no pudo quebrantarse hasta la Cuba socialista.

Se ha rendido homenaje justiciero al guiador del 95 situando a su luz las dos obras trascendentales de la revolución en el campo educacional. La raíz martiana está presente en la histórica Ley nacionalizando plenamente toda la educación cubana. Y la singular campaña alfabetizadora que en sólo un año ha hecho a Cuba una hermosa excepción americana erradicando tan grave lacra, es, también, una tarea en el espíritu de Martí y en su justo homenaje. No pudo imaginar nuestro fundador que en doce meses quedase su isla libre de analfabetismo, porque no estaba en su perspectiva la creación de una Cuba sin explotación del hombre por el hombre; pero su gran objetivo ha sido cumplido.

En lo universitario, descubre Martí con pupila poderosa —adelantándose en mil codos a los meditadores de su tiempo—, manquedades que parecen insalvables. Ya sabemos que llegó a escribir: «Las universidades parecen inútiles [...]». A tal punto advertía la enseñanza de los centros superiores como actividad adventicia, postiza, desentendida de las realidades que la circundaban. En las universidades latinoamericanas se habían guarecido, para él, viejas maestrías europeas en nada confluentes con las necesidades nacionales. En los términos más enérgicos precisa la urgencia y la dificultad de un cambio de raíz. Dice: «Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva [...]» Y con fuerza de porvenir que llega hasta nosotros, escribe: «Al mundo nuevo corresponde la Universidad nueva.»

Tan pronto se ha puesto mano en una reforma universitaria a la altura de la revolución y en su servicio, se ha manifestado la radical verdad del enjuiciamiento martiano. Mucho más de lo que se alcanza a la observación general, persisten en lo universitario dolencias negativas y antinacionales. Las razones se conocen hoy mejor que en los días de Martí. En una nación colonializada sólo llegaban a la universidad los jóvenes de las clases privilegiadas, nunca los de la masa popular, Los viejos y los nuevos retrasos encontaban terreno propicio en casas de estudio incomunicadas con los grandes problemas sociales.

Cuba necesita hoy una universidad donde se formen los técnicos y los dirigentes que ofrezcan la asistencia más fecunda a la revolución socialista en marcha. Como la enseñanza superior ha estado organizada para servir a las clases opresoras, se hace más verdad que antes que para cambiarle el espíritu, el contenido y las proyecciones «hay que quitarse un manto y ponerse otro». Y si Martí pedía universidad nueva para mundo nuevo —y el mundo nuevo con que soñaba no era el que hoy se construye sobre las ruinas del capitalismo, debe medirse qué profundas mutaciones será forzoso realizar en el actual momento. Si en los tiempos de nuestro grande hombre existían razones para declarar inútiles las universidades, ahora existen muchas para convertirlas en organismos de máxima utilidad revolucionaria.

En el campo de la cultura, otra gran vertiente de la meditación martiana en su desvelo por Cuba y la América Latina, no hay dudas de que los dictados de nuestro héroe presiden, en aspectos fundamentales, lo que la revolución está impulsando. Anotémoslo.

De cuanto escribió Martí aparece que la independencia política y económica de los pueblos latinoamericanos debía impulsar una creación nacida de sus raíces y encauzada por senderos directos, leales y propios. Toda expresión cultural debe traducir con hondura y libertad los problemas circundantes, y el arte ha de mostrar el tono radical e intransferible de nuestra tradición y de nuestras gentes. Martí asienta: «O la literatura es cosa vacía de sentido o es la expresión del pueblo que la crea.» «La literatura es la bella forma de los pueblos. En pueblos nuevos ley es esencial que una literatura nueva surja.»

Pero tales criterios matrices no significan para nuestro líder levantar fronteras contra la cultura universal. Por el contrario, aboga sin cansancio por una comunicación libre, cuantiosa y contrastada con la sabiduría y la creación llegadas de todos los rumbos de la tierra. La savia foránea debe confluir con la que viene de la raíz del árbol: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero que el tronco sea de nuestras repúblicas.» Predicando con el ejemplo, nos deja Martí una obra muy prendida en la expresión clásica de España, muy oreada por los vientos de América y del mundo, pero, al mismo tiempo, con una fuerte carga de originalidad personal y de cubanismo profundo y depurado. En lo esencial, nuestra revolución avanza sobre esos conceptos y conoce la delicada trama por la que Cuba debe dar a propios y extraños una creación rica, de firme acento propio y rebosante de ancha información universal.

EL AVANCE DEMOCRÁTICO. LA CUESTIÓN RACIAL

No hay que realizar esfuerzo alguno para mostrar el firme y profundo contenido democrático de todo el pensamiento martiano. La igualdad de derechos de los ciudadanos está presente en cada uno de sus documentos políticos. Sobre la equiparación de la mujer al hombre en la ley y en la vida, nos ha dejado páginas ejemplares. Y, por razones comprensibles, puso empeñosa atención en los prejuicios seculares que dividían a los blancos y a los negros de su isla.

La defensa de los hombres de la raza negra, tan reiterada en su prédica prosélita, está teñida, como todo lo suyo, de efusión cordial. No por ello dejan de mostrarse en su dicho perspicacia y realismo; aunque no sitúe la

razón de la diferencia injusta en el reflejo de una organización económica en que las clases dominantes usaron de la esclavitud primero y de la discriminación después, en fortalecimiento de su privilegio.

El hondo sentido humanista de Martí tenía que levantarse contra la interesada distinción de los hombres por el color de la piel. Pensador y sentidor para quien la virtud y la capacidad daban la estimación social, había de combatir, como lo hizo, que sobre el cubano negro se mantuviese la dura opresión dispuesta por la colonización española.

En la batalla contra la división racial, nuestro libertador discurre en dos direcciones: proclamando la esencial unidad de los hombres y exponiendo y destacando las capacidades visibles de los hombres negros de su tierra. Cuando advierte en la masa de piel oscura casos de abnegación y entereza, lo pregona gozoso; cuando reconoce en una personalidad como la de Juan Gualberto Gómez prendas singulares, lo destaca con orgullo. Y por encima de las circunstancias nacionales, el criterio matriz: «Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica [...]» «Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.»

La armazón opresora que ha normado la vida cubana hasta el primero de enero de 1959 mantuvo, sin treguas, la discriminación racial en Cuba. La masa negra había sido durante la colonia española el basamento del privilegio económico; cuando el imperialismo sustituyó a España, puso a su servicio la distinción abominable: la población negra siguió constituyendo una porción despreciada en el trabajo, en las relaciones sociales y en la cultura. No faltaron protestas enérgicas e iniciativas certeras para vencer el viejo mal: la estructura económica que alimentaba el prejuicio frustró todos los intentos de igualdad ciudadana. Situar la masa negra a la altura de la masa blanca hubiera sido, para los que tenían el mando de la nación, socavar su propio dominio y mermar su ganancia.

La revolución ha llevado adelante los conceptos martianos en lo que respecta a la igualdad racial. Sólo que lo que fue en nuestro Apóstol clarividencia generosa es en el presente realidad comprobable. No es que estimemos, desde luego, que la discriminación racial se haya extinguido. Ello sería desconocer las raíces del fenómeno. Lo que afirmamos es que los cambios esenciales traídos por la revolución trabajan certeramente por la igualdad de los cubanos de todas las razas. Destruido el poder imperialista, erradicado el latifundio, suprimida la propiedad privada de la gran industria y posibilitada la superación cultural a todos los cubanos, sin atención a su color y a su bolsa, la lacra que dividió y debilitó por tanto tiempo a la sociedad cubana desaparecerá rápidamente. El futuro inmediato anuncia un país en que la firme democracia engendrada por el socialismo hará imposible todo prejuicio racial.

Integraría un gran libro juntar cuanto dijo y escribió Martí a favor de la liberación del indio americano. Fue tanto su amor por los indígenas del Continente, que llega a veces a cordiales desenfoques y a fiar un mañana radioso al desarrollo exclusivo de la masa india. Nuestro libertador veía en el indio

de sus pueblos, y tal visión era justa, un gran baluarte contra la invasión norteña y la mala influencia europea, y en ocasiones subestimó el aporte de las otras razas que integran el hecho social latinoamericano.

LA CREENCIA RELIGIOSA

Ya hemos visto, al aludir a la postura anticlerical de Martí en la educación, su respeto por toda creencia religiosa. Lo reitera a cada momento. «Todo el mundo tiene derecho a su propia conciencia. Tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silba a un católico.»

Pero la creencia, anotamos expresiones de Martí, es *doctrina* y *forma de gobierno;* es decir, actividad respetable de organización temible. La Iglesia Católica es, para nuestro grande hombre, responsable de opresiones y miserias en la América Latina y en Cuba. Son capitales sus afirmaciones: «El cristianismo ha muerto a manos del catolicismo. Para amar a Cristo, es necesario arrancarlo a las manos torpes de sus hijos.» Al cumplir su deber denunciando al clericalismo reaccionario, no olvida Martí señalar las corrupciones de otras creencias, manteniendo, en conocido pasaje, que todas las religiones son iguales y que en cada una de ellas se encuentra el creyente sincero y honesto y el jerarca intolerante o sinuoso.

Muy firme en sus interpretaciones científicas de los hechos, entiende Martí que sólo una educación universal y profunda puede sustituir el fanatismo religioso por la conciencia del deber social. Manifiesta que «el dogma religioso es la infancia de la verdad natural», y que «la religión no es más que historia». De lo que se sigue que al respeto por la fe religiosa debe aunarse el esclarecimiento científico.

La apreciación martiana de la religión como creencia y como instrumento posee una vigencia inocultable. Nuestra revolución ha cumplido, dentro de conocidas circunstancias, el mandato martiano. Sólo la calumnia maligna puede hablar de persecución religiosa en la Cuba socialista. A nadie se ha impedido la profesión de una fe y el culto de ella; pero tal cosa no puede conducir al incumplimiento del deber revolucionario y patriótico, a debilitar la defensa de una organzación social que se ha dado el pueblo por su libre voluntad.

Podríamos aludir a textos numerosos en que Martí denuncia la política reaccionaria del clero católico, servidor ayer de la monarquía española y cómplice hoy del imperialismo y sus agentes. Bien claro está que las jerarquías del catolicismo no han abandonado el oficio de servidores del privilegio, tantas veces evidenciado por el gran líder.

Nuestra revolución, mostrando también en esto su raíz martiana, ha sido impecable al respetar todas las creencias y al actuar con necesaria energía ante las agresiones enmascaradas con vestimenta religiosa.

LA SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS Y LA LUCHA POR LA PAZ

De lo más hondo de la conciencia de Martí y de sus concepciones primordiales nace su condición de enérgico abanderado de la paz. Tiene sentido exacto que fuera y dentro de Cuba se le tenga como campeón infatigable del fraternal entendimiento entre los pueblos.

En su postura antibelicista se unen de nuevo en nuestro héroe su cordial humanismo y su deber político. Hombre de su pureza y sensibilidad, abominaba la guerra injusta como la peor y más monstruosa de las desdichas humanas. Su sentido de justicia y su maestría expresiva se hermanaron más de una vez para ofrecernos poderosas imágenes del desastre y la desolación traídos por la guerra; pero intérprete sagaz de las realidades de su tiempo, justificó la guerra y acudió a ella cuando las armas significaban el instrumento oportuno para alcanzar la libertad e imponer la justicia. Por ello aludió siempre al movimiento armado que preparaba como a la *guerra necesaria*. Y escribió: «La guerra ha de hacerse para evitar las guerras.» A lo largo de su vida es Martí un firme propugnador del entendimiento pacífico. Vive atento a toda actividad mundial dirigida a impedir las guerras. Recuérdese su encendido aplauso a la actividad antibelicista de Cecilio Acosta. En su obra encontramos el repudio decidido de las soluciones sangrientas: «La guerra, que era antes el primero de los recursos, es ya hoy el último de ellos: mañana, será un crimen.»

Para Martí la relación fraternal entre las naciones será consecuencia del respeto a la soberanía de todas. La convivencia pacífica ha de producirse indefectiblemente. Su afirmación al respecto es ya un lema de nuestro pueblo: «...en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz».

El Gobierno Revolucionario ha inaugurado en nuestro país una firme, consecuente y activa política de paz. La voz de su Delegación en la ONU ha clamado sin cansancio por un acuerdo que asegure las relaciones justas y fructíferas entre todas las naciones. El voto de nuestros representantes se ha producido sin excepciones a favor del desarme general y total y por la proscripción de las armas nucleares y de las pruebas efectuadas con ellas. Con la misma energía, hemos ofrecido nuestro apoyo a los pueblos en lucha por su liberación; hemos defendido en todos los casos el derecho de autodeterminación y denunciado la intervención de un país en otro, el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo. En la histórica comparecencia del comandante Fidel Castro, primer ministro del Gobierno Revolucionario, en la ONU quedó expresado el más amplio y oportuno programa de paz que haya formulado gobernante americano.

Las concepciones de Martí constituyen un poderoso antecedente en la política exterior de nuestra revolución. La libertad para comerciar con máxima amplitud, las relaciones con todas las naciones como elemento indispensable para nuestro avance cultural; la comunicación frecuente y acrecida con los países de la América Latina; la solidaridad con la lucha de los pueblos por su liberación; el combate sin pausas contra el imperialismo y el colonialismo en todas sus formas; la pugna por el desarme y contra las pruebas atómicas; la denuncia de los focos de amenaza guerrerista y la hermandad activa con todos los que en el mundo luchan por la paz, son objetivos primordiales de nuestra revolución y del gobierno nacido de su entraña. En todos está la inspiración y el sustento de los criterios martianos..

RESUMEN

Una rápida incursión por el pensamiento martiano ha sido bastante para convencernos de la articulación y consecuencia entre sus postulados y propósitos y los que impulsan la gran revolución que Cuba desarrolla. El ideario martiano es, como se ha visto, el más avanzado de su tiempo americano y, por ello, posee influencia singular en las actuales luchas de su pueblo.

Es erróneo sin duda imaginar la postura de un hombre fuera del medio y la época en que se formó y actuó; pero no lo es relacionar lo esencial de su pensamiento con el tiempo que le ha seguido. Cuba marcha hacia la construcción del socialismo con el esfuerzo decidido de sus hijos, el apoyo irrestricto y sin condiciones del mundo socialista, la hermandad latinoamericana y el respaldo creciente de todos los pueblos. Informa su acción revolucionaria por la teoría del marxismo-leninismo, que se apoya en fundamentos distintos a los que alimentan la gestión política de Martí; pero las coincidencias entre los revolucionarios del 95 y los de hoy son evidentes y profundas.

No arrancaba Martí de las concepciones materialistas que hoy empujan nuestra revolución; pero, en un sentido general, en su último desideratum, pugnaba por la realidad social que estamos construyendo. Fue nuestro héroe quien dijo que «nadie tiene derecho a dormir tranquilo mientras haya un sólo hombre infeliz». Y elevándose a una concepción que nuestro tiempo acata, afirmó: «La igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.» Una revolución que trabaja por la felicidad de todos los hombres y que lucha sin descanso por la igualdad social, puede levantar sus banderas en honor de José Martí.

REVOLUCIÓN Y CREACIÓN*

Bien se sabe que el paso de cuatro años no es bastante para hacer el balance de cuestiones engendradas en largas décadas y en las que no es difícil adver-

* Juan Marinello: *Meditación americana. Cinco ensayos*. Ed. Procyon, Buenos Aires, 1959. Tomado de *Bohemia*, año 55, no. 7, pp. 54-55. La Habana, 15 de febrero de 1963.

tir la marca de criterios seculares; pero tal espacio puede y debe servir para dibujar los límites en que se manifiesta la pugna entre lo viejo y lo nuevo en los comienzos de un gran cambio, y para convencernos, sobre todo, de que la terquedad de los obstáculos que se levantan contra los objetivos apetecibles llaman a combatirlos sin cansancio.

Lo ocurrido en Cuba en los predios de la creación intelectual debe ser un dato singular —en su significado— comprobable y dentro de sus términos exactos, para los pueblos de la América Latina que, muy distintos del nuestro, mantienen con él semejanzas esenciales. Aludamos a ciertos hechos puestos de relieve en lo que va del triunfo de nuestra revolución hasta el momento en que se escriben estas líneas.

Lo más importante de la revolución cubana está, sin duda, en que nos muestra realizaciones y no imaginaciones, salidas prácticas y no líneas especulativas. Aparte errores y aciertos, los resultados de un cambio tan profundo constituyen ya una experiencia preciosa para las tierras latinoamericanas. Parece natural que quien emprende nuevos y difíciles caminos equivoque las señales y pierda el rumbo alguna vez; pero la crónica de su recorrido mantiene mucha utilidad para los que intentan seguirlo.

Poseemos una justa medida del ámbito modesto de lo cubano, pero no dejamos de tener en cuenta que la ventilación de ciertas pugnas mantiene un ingrediente humano que las hace antecedente y dato válido para más anchas realidades. Quien mire a lo nuestro en este presente feliz y anunciador, debe calibrar con afinada precisión tanto la novedad trascendente como el modo de producirse en un medio de muchos retrasos y limitaciones, condicionado por fronteras geográficas e históricas de reducido tamaño en la perspectiva americana. Pero del mismo modo que los cambios políticos y sociales realizados en Cuba poseen una señal genérica que en todas partes se reconoce y proclama, lo que se hace entre nosotros en el campo de la educación, de la ciencia y del arte debe levantar el interés de los que entienden su tiempo como una tensión que empuja hacia un mañana distinto y mejor.

Una de las cosas que deben señalarse de inmediato es que, por encima de tendencias, corrientes y maneras encontradas, se ha podido mantener en la tarea intelectual una unidad primordial que es razón y arranque de muchas soluciones apetecibles. Si se exceptúa el grupo que estaba pasado al enemigo antes del triunfo de la revolución —el que se cobijaba en el *Diario de la Marina*, pongamos por caso conocido y deleznable—, no hemos tenido que lamentar en la Cuba nuevas deserciones sensibles. Los que están en Miami, en Puerto Rico o en Madrid nunca *vivieron* en su isla, aunque en ella fraguaran sus taimados sermones. Los escritores, músicos y plásticos capaces de sentir su destino con plenitud han sido leales a un cambio que les otorga estatura y espacio hasta aquí desconocidos.

Arrancando de la primordial lealtad, nuestros creadores no han podido dejar de ofrecer su manera y su tono al traducir las nuevas realidades. Lo abstracto y lo críptico han seguido haciendo de las suyas, aunque limitadamente y con la conciencia de que los tiempos no le son bonancibles. Y la

expresión literal o irrelevante —nula—, no ha estado ausente de nuestra etapa revolucionaria. Entre una cosa y la otra, aportaciones de garbo y vuelo aunque, debe decirse, a distancia todavía del calado histórico de nuestra revolución socialista.

En términos fundamentales, la orientación del gobierno revolucionario respecto de la tarea intelectual, ha sido certera y oportuna. A desenfoques inevitables y desviaciones evidentes, se ha sobrepuesto siempre el rumbo eficaz. La intervención de nuestro Primer Ministro en los debates preparatorios del Primer Congreso de Escritores y Artistas limpió el ambiente y marcó las vías en el momento inicial. La cuestión vital de la libertad del creador fue definida allí, y se ha actuado después en consecuencia de aquella definición: todo puede hacerse y decirse —y decirse y hacerse del modo personal que se quiera—, menos lo que trabaje contra una revolución que, siendo interés y derecho de todos, ha venido a ennoblecer y a dar alas a la obra del pensador y del artista.

Ya sabemos hasta dónde el criterio mantenido por Fidel Castro levanta polémica y resistencia; lo que no muerde en su justicia. Hablar de neutralidad de la cultura en un mundo, en unas relaciones, en que la neutralidad no puede existir, es querer alzar un fantasma inoperante y risible. Hay una verdad sin contrarios: la actividad creadora es una tarea humana, hecha por el hombre y para el hombre o, dicho con mejor claridad, nacida en los hombres y para los hombres. Cuando nuestro Primer Ministro precisaba en el discurso aludido que si no se piensa y trabaja para la gran masa se emprende insensiblemente el camino contrarrevolucionario, apuntaba un hecho indiscutible.

La voluntad de comunicación universal no puede estorbar la singularidad del mensaje. Todo mensaje se entiende y acoge a su hora, si no contradice los legítimos intereses del hombre. Y cada mensaje cobra altura cuando se tiñe del más firme particularismo nacional. Es entonces cuando entrega al lector lejano el contraste comunicador que acrece su poder. En el reciente Congreso por el Desarme General y la Paz efectuado en Moscú oímos decir a Jean-Paul Sartre que el lector de Francia, después de sesenta años de conocer a Tolstói, Chéjov y Dostoyevski los ha hecho suyos, integrándolos a su patrimonio. «Esto quiere decir —añadía Sartre—, que el aspecto particularmente ruso de una obra interpretada por un francés, a la luz de las costumbres y las preocupaciones francesas, descubre ante el lector aspectos hasta entonces desconocidos u oscuros de sí mismo y de su país.» Si no estamos de acuerdo con otros extremos de la intervención del escritor francés, debemos declarar lealmente que compartimos estas afirmaciones. No será difícil explicarlo.

La sustancia más duradera (el mensaje, digamos otra vez), está siempre a escala de los hechos que rodean al creador y dictan su obra. En los ejemplos ilustres que Sartre recuerda, la relación entre la fuerza creadora y la realidad determinante es muy clara y convence de la justeza de su aserto. La lealtad esencial a su tiempo y a su pueblo de gentes tan diversas como

Dostoyevski, Chéjov y Tolstói engendra una trama de temperatura permanente en que todos sentimos un poco del calor de nuestro cuerpo. Y como existen diferencias insalvables entre lo ruso, lo francés y lo nuestro, pero todo anda ensartado por el latido humano, es cierto que el latigazo contundente dado por la mano lejana sirve para descubrir calidades de la propia piel que, sin la comunicación distinta, sin el golpe poderoso, quedarían sin revelarse. Y como Cuba es pariente, pero no idéntica de lo latinoamericano, su diferencia elocuente, distinta, debe realizar una tarea excitadora y polarizante, y contribuir a que en la contrastación cercana se entienda la circunstancia propia.

Si nuestra revolución posee magnitudes sorprendentes, sorprendente debe ser la obra que la exprese. Y sólo tendrá validez americana el poema y la novela, el ensayo y el cuadro que hayan dado con la profunda novedad de esta etapa cubana. Los ganados a la postura esteticista o incomunicable no podrán entender bien una correspondencia entre lo particular y lo universal que se asienta en los más firmes elementos. Es explicable que no vean claro que la gran fuerza que da significación inusitada a nuestro pueblo viene de realizar, en los límites isleños, un mandato histórico que rige para cada hombre. Nuestra acción contra el imperialismo —que va desde la nacionalización de la industria extranjera hasta el esfuerzo por un teatro nacional, pasando por la preparación militar indispensable— contribuye singularmente, como lo prueba la algazara enemiga, a que sea derrotada una fuerza agresora de tamaño universal y propósito belicista.

Si se va al fondo de las cosas, se advertirá cómo es la unidad esencial de la obra —sirviendo un gran propósito humano— la que le ofrece significado americano y aún universal. Pero si tal obra no logra interesar por su distinta voz —es decir, si no se produce con la más lograda virtud artística— quedará como testimonio irrelevante, yerto, en que muy pocos fijarán la mirada; por lo que la responsabilidad del creador cubano en esta coyuntura de hoy llega a lo más alto y comprometido. La revolución tiene en él un servidor insigne, que ha de ganarse los galones en cada amanecer.

Todo lo anterior confirma que hay un sentido revolucionario de la cultura que es insoslayable en su realidad, como lo es la revolución misma. El camino del hombre no puede ser sino el de un crecimiento intelectual que nace de su existencia, por lo que no caben distinciones entre unos hombres y los otros; todos son sujetos de la cultura y sus beneficiarios. No hay dudas de que este criterio primordial está abonando, en la raíz de la cuestión, el ansia de la mejor calidad. Si el mandato inapelable se aplica plenamente, si la general superación se hace con la vista fija en las perspectivas más ambiciosas se integrará un proceso de asombradores avances, realizándose el gran desiderátum; el de las masas en transformación imprevisible y el de meditadores e inspirados acrecidos por la comprometedora exigencia de la atención al querer popular.

Queda todavía por señalar el otro costado de la gran cuestión: el sustancial aporte del pueblo como noticia, inspiración y modo, en el libro, el cuadro y la partitura. ¿Acaso nuestro breve tiempo revolucionario no ofrece ejemplo de cómo el impulso transformador de las masas enriquece la poesía, el teatro, la música y la danza? Que tal aporte se reciba y traduzca a su nivel, ya es otra cosa; pero lo que aparece indiscutible es que sin ese ímpetu fecundante volveremos a la obra enrarecida, molde para la vanidad y el ensimismamiento petulante.

En las páginas que siguen se aboga mucho por que los creadores latinoamericanos —a los que, desde luego, no se señalan temas ni maneras—, traten de indagar por dónde cruzan las aguas más profundas. Pudiéramos decir que en la Cuba revolucionaria de ahora esas aguas han ido tomando posesión de la calle y del camino, de la ciudad y del campo; lo que supone que la búsqueda y el escogimiento se hacen inmediatos y asequibles, y sólo hay que poner el oído a lo que nos cerca. ¿Quiere ello decir que porque viva el escritor, el músico y el plástico entre solicitaciones tan poderosas y cercanas las ofrecerá a escala condigna en sus tareas actuales? Hay muchas razones para dar respuesta negativa a la interrogación, pero existen todas las razones para afirmar que tal ajuste, tal equiparación, son inevitables y llegarán a su tiempo.

Un amigo superficial o un enemigo embozado podrían sostener que nuestra tesis de *gran obra por gran asunto* no está confirmada por el momento cubano, ya que no podemos, de inmediato, colmar la avidez latinoamericana con realizaciones de tamaño sorprendente. Para que ello se produjese, habría que imaginar que un cambio social de mucha cuantía posee la virtud milagrosa de mudar el entendimiento y la sensibilidad de quienes deben llevarlo a la letra, al sonido o a la imagen. Puede ser que a una gran revolución le nazcan en el camino algunas criaturas geniales capaces de ofrecer testimonios a su altura, y el caso de Mayakovski lo prueba; pero lo más frecuente es que la conmoción de entraña luche por algún tiempo con entendederas y resonancias que se hicieron en otro clima.

El cambio de nuestra obra intelectual de 1959 a la fecha es sensible en expresiones de aguda novedad, aunque no de plenitud contundente. Algunos ensayos teatrales, obra de muy jóvenes autores, dan cuenta de un nuevo modo directo y jugoso en que la realidad dicta su peripecia con mucha carga de buen particularismo. Quien señale logros geniales en estos atisbos, exagera sin duda; pero quien no vea en ellos las puntadas de un nuevo tejido sorprendente, queda fuera del hecho. Cosa similar ocurre en el ámbito poético, donde los viejos y los nuevos robustecen su mensaje con una anotación rica y directa que, en muchos casos, sabe transformar cabalmente la lograda gracia lírica. En lo musical —y viene a las teclas de la *Underwood* el nombre de Harold Gramatges—, la singularidad sabia y levantada se llena de limpia y certera emoción. No es el mismo el caso de los plásticos, en el que hay más que replantear y mudar; pero donde se adivinan señales de muy feliz futuro.

Como esta pugna ansiosa —poblada de trágicos derrumbamientos y de clamores nupciales—, ha de venir en todos los pueblos latinoamericanos,

ya es experiencia valiosa que podamos ofrecerla a los que han de caminar nuestro sendero. No sólo seremos antecedente oportuno sino anuncio de forcejeos en perspectivas. No está mal que ofrezcamos desgarramientos y renuevos nacidos en la pelea entre dos etapas vecinas y opuestas. Si hay claridad para entender nuestro testimonio, se verá su raíz distinta y su calidad anunciadora.

En una página de este libro,[2] en los más duros días de la barbarie batistiana, anotábamos: «Hay que andar muy lejos de lo cubano para no descubrir que nos acercamos a un instante de trascendente definición: entre obstáculos muy poderosos y luchando contra tercas nieblas, se abre paso la nueva conciencia libertadora. Como en las guerras de Independencia, la medida de una conducta y la calidad de una obra se enfrentarán al gran anhelo común. Si nuestros pintores abstractos persisten en su aventura, serán responsables no sólo de haber desnaturalizado una gran fuerza civilizadora sino de haber trabajado contra la profunda unidad en instantes decisivos. Si por el contrario, entienden las señales de los tiempos y funden su invención en el seno poderoso del pueblo, habrán salvado, con su humanidad, su misión creadora.» Lo que se dijo para los pintores no figurativos pudo haberse dicho para otros creadores considerables. Y lo que fue entonces cordial advertencia es hoy mandato nacional.

En gran medida, esta meditación preliminar es un comentario que cierra una preocupación para abrir otra. Ayer mismo fue el esfuerzo por prever: hoy es el ímpetu por realizar bien la previsión. Todo lo que se escribió en los ensayos que siguen fue «torre de esperanza», digamos con belleza lopeana. Estas letras se escriben sobre una realidad prodigiosa, sembrada de logros y sorpresas. Nos ha tocado a los cubanos la hora de la grandeza plena, aquella en que se ponen al tablero la vida y el arte; la hora del raro privilegio de jugarlo todo a la carta de la libertad amenazada. Nuestro escritor, nuestro músico, nuestro plástico debe entender hasta el fondo la altura de su destino: el de decir, de la mano del pueblo y del tiempo, la palabra americana de más enjundia y vuelo. Debe decirla sin temores ni altanerías, con muy clara conciencia de su función precursora y de su condición de testigo excepcional; con humildad de fundador legítimo y con la certidumbre de que trabaja en el rumbo de más hondura y gracia, el que confluye —con gesto propio— en el impulso universal por una creación que, al ser medida del hombre, escapa a toda previsible magnitud.

2 Se refiere a *Meditación americana*, de la que este artículo forma parte. *(N. del E.)*

LOS TRABAJADORES DE LA CULTURA DEBEN DEFENDER LA SOCIEDAD QUE LOS LIBERTA*

Durante siete días ha estado recibiendo nuestro pueblo y nuestra revolución un homenaje inolvidable. El Gobierno de la Unión Soviética, el Partido Comunista de la URSS y los más destacados organismos culturales y populares han ofrecido su adhesión a la isla lejana que lucha, sin miedos ni debilidades, por realizar la obra revolucionaria que le imponen la conciencia de su pueblo y el mandato de su tiempo.

Como hecho de cultura tiene firme relieve la Semana que hoy termina; pero no hay dudas de que los actos a que hemos asistido sobrepasan con mucho su propia medida y han de verse como expresión y síntoma de una comunicación llamada a muy altos destinos.

En todo empeño de cultura debe distinguirse el objetivo, la intención y la trascendencia. La calidad de la obra puede alcanzar o no, en un tiempo determinado, el nivel apetecido, y en ello influyen elementos varios y de diversa categoría; pero es evidente que mientras mayor sea el número de productores y beneficiarios de la obra intelectual más crecido será el de creadores singulares; por lo que toca nostalgia de épocas pasadas, en que el hombre de pensamiento y sensibilidad era un proscrito, y a veces una víctima, carece de sentido.

Grande es, sin duda, la obra de un Dostoyevski y de un Tolstói, y no hemos de negar que el mundo injusto y tormentoso en que vivieron añadió un ingrediente trágico a su escritura. Del mismo modo, en los casos de José María Heredia y de José Martí —trasladándonos a los límites de nuestra tierra—, se expresa un acento heroico que no nace sólo de la imaginación del poeta sino de las fuerzas que estorban su libertad de artista y de hombre. Esto es verdad, pero también lo es que si la organización social que denunciaron con el fuego de sus versos hubiera franqueado una más ancha posibilidad al desarrollo y vuelo del talento, estaríamos saludando ahora muchos Dostoyevski, Tolstói, Heredia y Martí. No serían iguales en el tono dramático que toda cárcel engendra; serían similares en la adivinación sorprendente.

No puede caber en la mente de un marxista verdadero el criterio simplista que supone una manifestación artística irrelevante y mansa, sin voz distinta y sin latido nuevo. Alguna vez se ha mantenido esta opinión errónea. Aceptarla sería tanto como desconocer el ánimo de mejoramiento y superación del hombre que sube de lo más profundo de las concepciones de Carlos Marx. La liberación económica y la igualdad social no impiden sino que fomentan la personalidad de excepción, en virtud de la libertad

* *Bohemia*, año 55, no. 7, pp. 104-105. La Habana, agosto 27 de 1965.

alcanzada. Por ello, con un recto entendimiento marxista, ha de verse en cada obra de la inteligencia el impulso y el anuncio de una tarea digna del hombre que hemos de encontrarnos en la sociedad comunista.

He aludido a este hecho primordial, al modo en que debe interpretarse la función de la obra de cultura, para recordar cómo lo que une y enlaza a la Unión Soviética y a Cuba en el campo de la creación es la identidad básica por producir y provocar la obra de mayor calidad en todo individuo que viva dentro de nuestras fronteras.

Es bueno que reiteremos en esta oportunidad que en hacer del libro, del periódico, del pentagrama, del pincel un limpio servicio del hombre, reside el porvenir de grandeza a que tiende nuestro intercambio cultural. No importa que observadores miopes o malignos —incapaces de advertir el irreductible trasfondo humano de toda obra de cultura—, se den a la tarea de descubrir insuficiencias y anotar debilidades en lo producido. Debían saber estas dos cosas: en primer lugar, que todo lo hecho en el campo de la investigación y de la imaginación en un país socialista está sometido a una crítica de tal naturaleza que las esencias y las formas son cosa fluida, en incansable ascenso y que, en segundo lugar, el torrente avasallador de una obra en que todos puedan poner las manos dará respuesta plena a sus pobres reparos.

El curso de la historia no va a detenerse para darle gusto a los cortos de vista, y en el noble forcejeo en que todos participen irá ganando nivel la obra de todos y de cada uno. Sentimos y sabemos que juntos realizaremos cosas grandes, aunque no podamos todavía distinguirles el perfil. El sembrador de grandes simientes sabe el poder del árbol que evoca con su acción, pero no podrá decirnos la altura exacta a que lleguen las ramas.

Si en el hombre como creador al servicio del hombre está el único camino de victoria, es natural esperar que cuando se funden en tal camino acentos y voces de distinta estirpe, se acrecienten la resonancia y el clamor de lo realizado. Nuestros pueblos son distintos, y en cierto modo opuestos, en sus raíces históricas y, por tanto, en su temperamento y expresión. Por fortuna, poseemos, dentro de diferencias primordiales, una capacidad de entendimiento y comprensión que se denuncia en todo tiempo. Cuando José Martí enjuicia a Verestchaguin y entiende la grandeza perdurable de Pushkin, nos está dando la pauta de una comunicación que debemos impulsar sobre las nuevas y felices circunstancias.

Todo esto que hemos querido recordar —recordar nada más, porque ustedes se lo tienen muy conocido—, significa que, en interés de la cultura, estamos obligados a mantener a todo riesgo la organización social que han escogido nuestros pueblos, realizando el pensamiento de Marx y de Lenin. Tomar otra vía sería tanto como condenar a la obra de arte y de ciencia a una servidumbre regresiva que traicionaría su honda naturaleza. ¿No nos dice nada la resonancia que tiene en la obra intelectual la falsedad impuesta por las fuerzas dominantes en el mundo capitalista? ¿Nada nos informa el hecho de que las preferencias conceptuales y formales, en París o en New

York, estén determinadas, en gran medida por un mercado artístico en que intervienen y deciden intereses opuestos al hecho profundo y ansioso que es la creación?

Desde luego que existen, esperan, pugnan y trabajan en el seno de las sociedades capitalistas numerosos creadores empeñados en realizar libre y sinceramente su duro oficio; pero, ¿pueden hacerlo a toda medida, pueden librarse del ambiente, de la atmósfera, de la coerción que actúa y manda en su cercanía? Esos camaradas lejanos, que impulsan a distancia la misma barca en que bogamos nosotros, deben recibir el homenaje de nuestra comprensión admirativa. Desde la otra orilla, colaboran en la llegada de un mundo en que el artista y el científico no estén normados por otra fuerza que no sea la voluntad de trabajo, la sed por la mejor calidad y el sentido humano de su esfuerzo.

En el mantenimiento y el desarrollo de nuestra organización social debemos ser incansables, poniendo la vista más allá de nuestros límites. Podría decirse, y se diría la verdad, que la Unión Soviética es un país poderoso e invencible. Podría recordarse, y se recordaría lo justo, que nuestro pueblo —pequeño en territorio y habitantes, con la huella de muchos retrasos y a noventa millas de la fuerza opresora más agresiva e inmoral de la historia—, ha realizado una revolución que es un hecho irreversible. Esto es evidente. Nadie podrá doblegar la voluntad de soviéticos y cubanos ni impedir que cumplan el mandato histórico de su tiempo; pero no hemos de subestimar la acción de los que se levantan contra nuestra obra común.

Los capitanes de un mundo en derrota, pero que no quiere ahogarse y morir sino en un mar de sangre, siguen atizando el fuego que puede conducirnos, en cualquier momento, al desastre atómico. Vivimos, nadie podría negarlo, un momento difícil, cuajado de graves peligros. El imperialismo continúa segando vidas, unas veces con la metralla, como en Viet Nam, en la República Dominicana o en el Congo; otras veces con la miseria nacida de su opresión. Muchas tierras están, como Cuba, vigiladas y amenazadas por el Gobierno de los Estados Unidos. Por todo esto, la ejemplar identificación de nuestros pueblos, en esta fecha gloriosa del 26 de Julio, debe adquirir la solidez inquebrantable de los que se enfrentan al mismo destino.

Cuando los hombres dan con el camino que asegura la superación creciente, deben defenderlo a toda costa. Y si estamos convencidos de que la obra del investigador y del artista sólo halla vuelo ilimitado en una sociedad sin oprimidos ni opresores, los trabajadores de la cultura han de ser incansables en la defensa de tal sociedad.

La Semana de la Cultura Cubana ha marcado una etapa en la unidad indispensable. Hemos comprobado el doble interés de los creadores e investigadores soviéticos por nuestra producción literaria y científica y por el hecho revolucionario de mayor magnitud en la historia del Hemisferio Occidental. Al propio tiempo, se ha podido medir la rica curiosidad de los intelectuales cubanos por el acontecer soviético. La terca barrera del idioma

va cayendo a golpes de amorosa paciencia, y cada vez más se hacen familiares y queridos, en ambos pueblos, novelistas, ensayistas y poetas que elevan el hallazgo de su cercanía a un firme nivel humano.

Ahora se ha visto —en las Exposiciones de la Biblioteca Lenin y del Instituto de Literaturas Extranjeras—, cómo el interés de los meditadores de la URSS por nuestras cosas no nace con la gran revolución de ahora. Buenos estudios se hicieron aquí sobre lo cubano en los días oscuros de la República mediatizada; lo que supone una cabal estimación del viejo y mantenido sentimiento patriótico y del vigoroso sentido revolucionario del pueblo cubano. Esta preocupación precursora ha servido para penetrar mejor las raíces y los objetivos de la transformación libertadora impulsada por Fidel Castro. La visita de investigadores y artistas de vuestro seno a nuestra isla ha enriquecido grandemente el conocimiento de nuestra realidad, y ello se expresa en libros de reportaje o enjuiciamiento que se agotan al publicarse. Al acercarnos en el mutuo conocimiento, aparecen panoramas impensados y coincidencias fecundas, y se descubren zonas de cercanías hasta aquí ignoradas.

Se ha puesto de relieve en el entusiasmo despertado por la Semana que el campo de colaboración en lo cultural es en verdad peculiar, vasto y rico. Debemos laborarlo amorosamente. El internacionalismo proletario, practicado ejemplarmente por la Unión Soviética respecto de Cuba, ha abarcado los aspectos fundamentales de nuestra vida. La contribución científica y técnica ha sido de tal volumen y calidad que no precisa encarecimiento y en ella encuentran nuestros jóvenes investigadores una vía que los conduce al rápido desarrollo de sus facultades. Ahora nos toca a nosotros, a las gentes de letras, imagen y canto, hacer nuestra parte, cumplir nuestra misión, arrancando de lo que hemos conseguido.

Las fiestas que hoy clausuramos, que se han extendido a todo el enorme territorio de la URSS, y que tanto nos obligan como cubanos, han ido precisando el índice de posibilidades para la acción inmediata. En verdad que en cosa tan compleja y delicada como la comunicación creadora sólo se han roto, a pesar de lo logrado, las compuertas que impedían el cruce de las aguas. Pero no es ello poca cosa en empeño de tanta magnitud. Alcanzado lo más difícil, se abre una carrera de acercamiento y comprensión en que pisamos tierra firme y vislumbramos logros excepcionales. Mientras los mandos políticos y los convenios económicos afirman una hermandad indestructible, los encargados de ofrecer la más sensible imagen de nuestras tierras avanzaremos en una obra de modesta apariencia, pero que irá entregando la íntima identificación que es madre de las grandes hazañas históricas.

INTEGRACIÓN Y FISONOMÍA DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA*

Quien esté interesado en el desarrollo y el avance de la creación latinoamericana ha de saludar con alegría la ocurrencia de este Coloquio convocado por *Columbianum*. La tarea intelectual de los pueblos latinos del Hemisferio Occidental parece vivir la hora propicia para alcanzar la altura que sólo viene de adquirir —en un proceso complejo y empeñoso—, un conjunto de valores de significado universal. Porque, si es indudable que una expresión cultural alcanza firme calidad cuando traduce con gracia y hondura el mundo en que nace, también lo es que, en definitiva, toda hazaña creadora es parte de un tiempo humano y es en él, en ese tiempo, donde ha de señalarse su intención, su tamaño y su nivel.

INICIO Y TRAYECTO

Está muy bien que los promotores de este Coloquio se hayan planteado definir los orígenes y vigilar el camino del hecho cultural latinoamericano para animarlo a nuevos rumbos. Hacerlo con ojos limpios y generosos, sin merma de la más severa exactitud, es indispensable para penetrar en el futuro de un suceso de tanta magnitud.

Al examinar los orígenes de nuestra creación debe estarse en acecho de ciertas quiebras que pueden producirse, malogrando indignación tan oportuna y necesaria. El estudio de los arranques de nuestra cultura posee tan apasionantes avenidas, y muestran tal encanto los viejos logros culminantes —lo mismo los de estirpe europea que los de las civilizaciones autóctonas—, que se corre el riesgo de encariñarse tanto con el perfil de algunos árboles que no podamos medir después la altura y consistencia de los bosques nutricios.

No se entienda por lo dicho que tenemos en menos el trabajo de fundación de los que escudriñan y descubren los elementos formativos de un orbe cultural. Sin su aporte, nada bueno podríamos concluir, porque nos faltaría la noticia rigurosa de una realidad que no sólo pretendemos conocer sino encauzar por los canales más fecundos. Lo que debemos evitar es que, en el entendimiento de tales noticias, nos aficionemos en demasía al goce de la sorpresa y al estremecimiento del hallazgo; y ya sabemos cómo son fáciles a estos embrujos despistadores los hombres de nuestro oficio.

* Estas consideraciones fueron leídas en las sesiones del Coloquio convocado por *Columbianum*, en Génova, diciembre de 1965. Tomado de Juan Marinello: *Ensayos*, p. 399. Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1977.

Como el hecho cultural latinoamericano es perilustre y venimos de muy altas eminencias (somos de raza de águilas y raza de leones, escribía Amado Nervo, con ingenua y perdonable altisonancia), ese peligro que decimos se hace más grave y frecuente. Por otro lado las dos vertientes que nos cuajan tienen declive tajante, inapelable. Por ello, contamos con tantos hispanistas e indigenistas —presos por las vertientes—, y con tan pocos latinoamericanistas. Cuando se visita la ciudad de Toledo que es, como se sabe una empinada síntesis de la integración española, nos lleva al ánimo imaginar aquel poder ceñudo como representante único de nuestro proceso histórico. Cuando recorremos las maravillas de Uxmal y Chichén-Itzá, quedamos agarrados por el hallazgo formal subido a norma constructora, y el gran hecho de cultura nos cierra el horizonte, con el deseo de descubrirle las líneas de la mano.

Han de sobrarnos fuerzas para recibir y resistir la dura carga de nuestros tercos dioses rivales. Se hace imperativo que el conocimiento de las fuentes —donde tiene tanto que hacer la ciencia—, se entienda con ancho sentido dinámico, muy en la corriente de las realidades sociales que encuadran y determinan la obra intelectual. Todo antecedente tiene su esquina potable, pero cuidémonos mucho de los amores retrospectivos y de pedirle a la vieja deidad de piedra el calor de la presencia viva. El mito de Loth, la petrificación por mirar hacia atrás ocurre todos los días. Lo primitivo tiene un fuerte voltaje, si se le ve en su entraña andadora, en la intimidad de su línea inspirada; si se sabe aislar lo que trajo al ruedo histórico como logro cumplido, como equivalencia clásica y lo que anunció como ademán en marcha. Ojalá se proceda con estos cuidados en la indagación que está despertando este Coloquio en muy esclarecidos hombres de pensamiento y sensibilidad.

EL PODER DE LA LENGUA

En términos gruesos e indudables, debemos reiterar que la expresión cultural de la América Latina, en el sentido en que por lo común se le examina, nace del hecho de la conquista española. La conquista que tanto ultraje y quebranto nos produjo, aportó, con todo su enorme significado, un lenguaje, un gran lenguaje. Salvo casos aislados —lindas golondrinas de tezontle y amatle, que no hacen verano—, lo que llamamos cultura latinoamericana se vierte en español, en portugués o en francés, con las variantes y matices aducidos por las circunstancias y el tiempo. Muchas ocasiones se olvida este elemento decisivo; otras, no se tiene en cuenta que el idioma, como todo organismo, posee su historia; una historia en que viven, atisban y pugnan impulsos de varia naturaleza, plausibles unos, indeseables otros, pero todos con el respaldo poderoso de una expresión que tiene, por una parte, el prestigio de los siglos y de sus logros señeros y, de otra, la condición de instrumento entrañable, nacido con nuestra vida misma y criado en nuestra propia sangre activa y sensible.

Este hecho que señalamos, el de ser la lengua un organismo incansable, determina que al decir las cosas en lugar distinto sean dichas de modo diferente, como cambia el color de una especie viviente al mudar el recinto. Cierta vez precisaba Unamuno que la lengua española había dicho en América cosas que nunca dijo en España. Y lo mismo podría afirmarse, y quizá si con más fundamento, de lo que el portugués ha dicho en el Brasil y el francés en Haití. Cosa similar ocurre, desde luego, en la música y en la plástica, que también son lenguaje.

Las lenguas europeas —el español, el portugués, el francés, el inglés y el holandés, cada una en su ocasión y medida—, siguieron fluyendo en nuestras tierras frente a un medio físico y humano (a una *cultura)*, de confines inabarcables. No pudo pensarse en un entendimiento idiomático, en una resultante enriquecida por dominadores y dominados, como ocurrió en Europa, al nacer, del viejo latín, hijos tan ilustres como el italiano, el español, el francés y el portugués. La conquista llevaba en su almario la exclusividad surgida de su violencia, lo que comportaba la imposición de todo, y también de su idioma. Pero el hecho de que no naciese del choque tremendo una literatura, una pintura o una música que acogiesen los módulos indígenas, no quiere decir que quedase incontaminado el instrumento del mando absoluto. En el primer comentario ante el nuevo paisaje y las nuevas gentes, por bronco y elemental que fuese, nació la expresión, la literatura latinoamericana. Las *lenguas* de Cortés fueron nuestros genuinos primitivos. Y el *Diario de Colón* el antepasado más remoto de nuestra narración y nuestro poema. En un caso y en el otro están el enfrentamiento de dos mundos, de dos culturas, y la aurora de un orbe multiforme y grandioso.

Ya sabemos que no anda mucho tiempo sin que la dicción y la escritura europeas se muestren con notas distintas. Antes de la independencia, el Inca Garcilaso y Sor Juana, Balbuena y Ruiz de Alarcón nos ofrecen un decir de largas y fuertes raíces hispánicas, pero que no podía aparecer en la península. Y quizá si lo mismo pueda afirmarse del libro que se canta la limpia belleza de Marilia de Dirceu. Lo que fue sorpresa, se muda muy pronto en estilo; la conmoción descubridora trae un nuevo tono, a escala del espectáculo, y la lengua ha de estrenar modulaciones inesperadas para decir el contorno.

En estas primeras muestras de literatura latinoamericana se dibuja ya una limitación, un conflicto, un problema que llega a nuestros días. Se trata de una limitación universal, humana; sólo que dentro de las batientes de la magna empresa. Había de confirmarse en nuestra América, desde los primeros tiempos *cultos*, que los movimientos transformadores que van poniendo los bienes sociales en mayor número de manos, determinan un enriquecimiento de verdadera progresión geométrica. El bello idioma recibido se permeaba cada vez más de la realidad envolvente, pero el creador veía empequeñecido su quehacer por una organización social, que reducía mucho su ámbito. La obra de los primeros tiempos, no obstante la mucha valía de los casos mentados, no podía reflejar las apetencias y ansiedades

del cuerpo de la comunidad sino por excepción y de modo intermitente. Tan grandes escritores no pueden salirse de su sombra, aunque peleen mucho por ello.

Por gran suerte, el movimiento de la Independencia arranca con sorprendente anchura y propende no sólo a la separación de la Metrópoli sino a la afirmación trascendente de lo propio. La preocupación por una literatura americana hace fuerte presencia en la ideología de los fundadores. Si se ha de construir un mundo nuevo, nuevos han de ser el poema y la estatua, la proclama y el himno. Si la América Latina constituía, según el decir de Bolívar, «un pequeño género humano», debía poseer una manera honda y propia de decir su faena y elevar su canto.

Se produce entonces un hecho de mucha cuantía, que no siempre tenemos en mente. Los que reniegan, con sobra de razones, del poder de España y de Portugal y quieren echarlo de América, usan, en la prédica del combate, la maestría que de allí les viene. Esto es evidente desde Bello hasta Heredia y de Sarmiento a Martí. Con la perspectiva que nos ofrece el tiempo, sonreímos un poco ante las querellas apasionadas que movían a hispanizantes y criollistas en los días de la Independencia; y cuando leemos hoy sus encendidas controversias advertimos hasta qué punto obedecen todos a maneras y saberes hispánicos que como ocurre en Sarmiento y en Martí, tejen a maravilla el milagro de la fiel discrepancia. El autor del *Facundo* se duele de que hombre como Martí, que pelea gallardamente por una América limpia del retraso español, obedezca entrañablemente, renovándolas, las normas tradicionales de la escritura de España. Tal obediencia no debió ser tanta, o debió serlo muy a contrapelo, cuando un político madrileño del tiempo se levanta contra la genial originalidad del libertador cubano afirmando, con cierto ingenio de bajo vuelo, que José Martí era separatista *hasta en la gramática.*

Si hemos ofrecido relieve a esta circunstancia de combatir con una lengua distinta y fiel el dominio político, es porque tiene importancia muy considerable. Cuando un movimiento llega a ser el eje de una época —y así ocurrió con el de la Independencia en nuestros pueblos—, los grandes escritores que lo encarnan son modelos en el más ancho y profundo sentido; y al levantar frente a todos un idioma transformado, pero sin pérdida de sus esencias seculares, ofrecen una norma poderosa que, sustentada en el ímpetu colectivo, establece hitos primordiales.

Estas notas afortunadas, esta conciencia de lo propio sin renegar del buen instrumento europeo, esta fusión de pueblo y letra, ha ido estructurando lo más válido de una expresión que integra ya uno de los costados culturales del mundo. El gran hecho tiene tamaño y trascendencia y levanta, como las grandes corrientes, oleaje inusitado.

Pero nadie podría negar que en las primeras décadas del siglo aparece un nuevo ingrediente, hijo legítimo de los que cuajaron la Independencia. Nos referimos a la entrada en los campos de la creación de los conflictos

centrales de nuestros pueblos. Posee tal relieve esta presencia que da nacimiento a una nueva medida de nuestra producción artística, a esa que se percibe en *La vorágine* y en la pintura mural mexicana, pongamos por ejemplos conocidos. ¿Cuándo, antes de José Eustasio Rivera y de José Clemente Orozco, llegó a tan lacerante fidelidad el conflicto personal y el colectivo? ¿Cuándo se oyó tan claro y alto el grito del americano y el clamor de América?

Bueno es precisar que lo nacional y lo popular están en los hombres de la Independencia —la Independencia se hizo con el pueblo armado—, pero mucho más como preocupación moral y asistencia indispensable que como sustancia de creación. Es en épocas recientes, en las que vivieron nuestros padres y en las que vivimos todavía, que el pueblo sube a la escena y a la sinfonía, al poema y al cuadro; con lo que, sin negar las excelencias alcanzadas, se emprende un vuelo de nuevo norte y poder.

INTEGRACIÓN Y FISONOMÍA

Pero si en la formación de nuestra literatura tiene mucho campo la proyección de lo europeo sobre nuestras tierras y gentes, no debemos insistir en el error de suponer que con ello queda dibujado el perfil exacto de nuestro proceso. Otros factores lo influyen con creciente dominio, y no advertirlo nos conduciría a una apreciación retrasada, parcial e insuficiente.

Desde luego que estoy aludiendo a las influencias africanas en el campo de nuestra creación. Casi no hay que decir que el hecho que señalamos está muy por encima de un simple calco rítmico, sin espesor ni altura. Nos referimos a cosa distinta, aludimos a ese elemento sutil y rico que fluye en el Brasil y en las Antillas y que ha dado ya brillantes frutos. Estamos muy lejos de abogar por una literatura *negrista,* como estamos a igual distancia de propugnar una expresión indigenista o un predominio hispánico. En esto, como en tantas cosas, no hay más vía que la de la buena libertad. Lo que queremos enfatizar es que ese complejo poderoso de tan diversas solicitaciones, tan cruzado de impulsos mayores, tiene su fuerza esencial en dar el mejor camino y el mejor vuelo a cada una de sus corrientes formadoras.

Por otro lado, los que no vemos la creación como cosa distanciada de la transformación social y de los acontecimientos universales, estamos obligados a fijar los ojos en las coordenadas que apuntan hacia nuevas promesas. El acercamiento, la compenetración fluida, natural, entre las culturas africanas y de la América Latina son hechos de mucha cuenta, que no podemos soslayar. Durante la XIII Sesión de la Conferencia General de la UNESCO efectuada recientemente en París, se planteó, en términos urgentes, la necesidad de acrecer la articulación fraternal entre los empeños culturales de nuestras tierras y los del continente africano Y ahora mismo, paralelamente a ese Coloquio, abre sus trabajos una importante reunión de hombres

de África y Latinoamérica en que, del mejor modo, sin criterios prefabricados ni orientaciones previas, va a estudiarse —y también está en ello la iniciativa de la UNESCO—, el modo de hacer más fecunda una relación por tantos conceptos promisora. Es cosa singular y síntoma revelador que se plantee a nuestras puertas mismas una cuestión que tiene tanto que ver, si miramos hacia el mañana, con los problemas que vamos a encarar.

No ha de verse en esto una preferencia nacional, que no existe. Si en países latinoamericanos en que la masa indígena es un elemento fundamental, en ocasiones dominantes, se indaga —y hay que decir que muchas veces con afinado sentido—, el lugar y el modo en que debe proyectarse en la obra esta porción del pueblo, igual derecho y el mismo deber tienen las tierras que, es el caso de Cuba, poseen una tercera parte de habitantes de sangre africana, cuya influencia en el torrente cultural es de obligada, de evidente magnitud.

Sería descaminado y artificial intentar el injerto de una cultura lejana, de difícil usufructo, en nuestra integrada tradición; pero no olvidemos que hay una América mulata, de sugestivos matices, que ya existe y crece, por lo que soslayar su presencia enriquecedora es mutilar nuestra indagación y desconocer unos de los costados del mañana americano. Si hechos históricos matrices trenzaron la sensibilidad española con la india, hechos de parecida condición nos relacionan con la sensibilidad africana. Creemos, por ello, que este Coloquio debe ampliar su atención a definir el aporte negro a nuestra literatura, como se dispone a hacerlo en cuanto a lo indígena.

Estas consideraciones nos dicen que es más comprometido de lo que al momento parece meditar y decidir sobre los rumbos de un complejo cultural que, por una parte, muestra una suma considerable de logros en que se conjugan factores históricos y, por la otra, contempla el avance, con acelerada ansiedad, de elementos que han de verse en la imagen dinámica de su novedad impetuosa.

No parece oportuno intentar un examen, que sólo puede ser válido como obra de especialistas de signo positivo, sobre las características de la literatura latinoamericana. En este Coloquio hay gentes de mucha autoridad para hacerlo. Pero cualquiera fuese el método escogido, sería obligada una comparación con las literaturas primordiales de Europa, lo que marcaría significativas simpatías y diferencias. De allí nacería un mapa general de la mejor utilidad como intrumento de trabajo. Como es esta una tarea inexcusable, tiene gran importancia y relieve que nos hayamos reunido en un país europeo de las más insignes tradiciones en el campo de la creación y en la compañía de los representantes de naciones vecinas que miramos como guías magistrales.

Desde luego que no es necesario defender a nuestra literatura de los dictados de verbosa y exuberante que todavía se le aplican. Creemos que Pedro Henríquez Ureña puso las cosas en su punto de verdad al mostrar cómo donde existía una tradición valiosa y una información adecuada, nuestras letras abandonaban las túnicas pintarrajeadas con asombrosa celeridad; lo que no quiere decir que dejemos de preocuparnos por subir el nivel de ciertas regiones de nuestro Continente que no han podido ganar aún el terreno que las salve de ramazones desnutridas y ostentosas. El asunto es, naturalmente, de libro y disciplina, de ejercicio y magisterio, de fina espuela y de freno inteligente.

Pero si no admitimos la calificación peyorativa de nuestra literatura —que obedece a motivaciones desdichadas que no importa definir—, y si podemos ofrecer ejemplos consistentes de realizaciones medulares y de alto y firme vuelo, no hay dudas de que nuestra producción, hija de un mundo vario, dilatado y en forzada ebullición, mantiene una llama distintiva, una erguida elocuencia, un entusiasmo clamoroso, que no es mutilación sino riqueza. Estas palabras de José Gaos me han parecido siempre muy bien: «El pensamiento hispanoamericano contemporáneo procede, más que por discurso lógico, insistentemente, metódicamente, por emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa, inicial y reiteradamente inspirada y feliz.» En efecto, esta espontaneidad inspirada y feliz supone, en nuestra opinión, una nota primordial de nuestro quehacer creador, nacida del conjunto erguido y pugnaz que forman nuestros pueblos. Cuidar de este impulso insurrecto y de su desarrollo genuino y certero es un deber irrenunciable.

Siendo esto verdad, debemos votar por que los leños mejores ardan hasta la entraña, por que las resinas más espesas ofrezcan el brillo más auténtico, por que el fuego alumbre, por su altura, el más largo trecho, sin perder su perfil exaltado y ansioso. Nuestra escritura debe seguir siendo impetuosa y elocuente como sus protagonistas. Si me perdonase una referencia cercana, demasiado cercana, yo levantaría el quehacer afortunado de un narrador de mi tierra, de Alejo Carpentier, cuya altura se advierte desde muchos parajes tocando en su obra una creación a escala con nuestro tiempo, se le siente una sabia frescura que viene de nuestros campos, de nuestros mares y de nuestras gentes.

Hemos pensado que quizá pudieran derivarse aplicaciones saludables de esta norma general: si las letras latinoamericanas han arribado en muchos casos a ese buen ensamblaje de resonancias encontradas, no ha de ponerse puerta a la aventura. Por el contrario, debe llamarse al mejor conocimiento de las fuentes y de las corrientes, mientras se inquieta la libertad y el ánimo innovador que ganarán nuevos dominios a la voz valerosa y fiel. El propósito, tan encarecido ahora, de poner en comunicación las más lejanas culturas, no hiere sino que vitaliza una producción que sabe defender sus raíces, transformando su fler. De este Coloquio deben salir muy claras exhortaciones al intercambio sin fronteras, al obstinado cruzamiento de todos los aires. El mejor sembrador no puede discernir con acierto dónde prenderá con más fortuna el polen viajero.

CREACIÓN Y LIBERTAD

Una clara evidencia nos convence de que la literatura actual de la América Latina no tiene más segura senda de grandeza que la de persistir en la ruta que le trajo su tamaño: la de ser imagen esclarecida de la voluntad libertadora del pueblo. Si la obra extraordinaria nacida de la Independencia tiene como sustento el objetivo primordial de una época —un objetivo que expresaba entonces la mayor posibilidad libertadora—, la producción de hoy levantará su calidad a nuevas cimas en la medida en que contribuya a dar caminos a la liberación de la tierra en que nace.

Un gran escritor, suma y ejemplo del hombre de letras latinoamericano, José Martí —y permitidme la referencia, por otra parte obligada—, nos dejó advertencias que pueden componer un grueso libro sobre la relación entre la libertad y el arte. Para él *su* América debía conquistar «la segunda Independencia», si quería dar nacimiento a su Dante, a su Cervantes o a su Shakespeare. Y desde luego que la independencia anhelada y ordenada por el poeta de *Ismaelillo* no era sino sacar a su América de la acción imperialista de los Estados Unidos.

Está en Martí un concepto capital que mantiene intensa vigencia. Para él el *ser* es antes que el *crear* y por ello dijo más de una vez que la América Latina, su América debía, *ser*, existir en plenitud, para crear plenamente. Y la existencia de su mundo —madre de la posibilidad creadora—, sólo se alcanzaba con el ejercicio de una voluntad sin coerciones ni asechanzas.

El rechazo y el vencimiento de toda presión extraña supone —y os lo dice un testigo humilde, pero acucioso—, el alumbramiento de un mundo nuevo. Las razones son tan claras como inocultables. El dominio político y económico sobre un país no puede producirse sin la penetración de elementos espurios en su tarea intelectual. Ello es consecuencia de la naturaleza y de la intención de tal dominio ya que por una ley de gravedad social que nuestra historia confirma como ninguna, el surgimiento de un arte nacional se levanta, por fuerza, contra lo que estorba su desarrollo y florecimiento. Nadie alimenta a su enemigo, y menos quien tiene fuerza para desangrarlo.

Cuando se rompe la sujeción a poderes ilegítimos —y no pueden serlo más los que, al adueñarse de las fuentes del desarrollo social, intentan señorear los caminos de la creación— se produce un vuelco que no tarda en transformar la entraña y la altura de la obra del escritor, del músico y del plástico. Entonces desaparece el temor al pensamiento distinto, al pensamiento revolucionario, y caen las proscripciones al ímpetu que quiere expresar, en intención y forma, cosas de nueva esencia.

La liberación de un país, o no es verdadera, o supone el predominio de los intereses nacionales y la superación del pueblo por todas las vías. La educación deja de ser privilegio de clases o grupos determinados y se vuelve un derecho inherente a la persona humana. Cuando ello ocurre, se abren avenidas de inmedible alcance. No es, desde luego, que la educación popular imponga de inmediato la aparición de creadores magnos; es que la escuela para todos abre cauces oportunos a dotes y facultades innumerables. La siembra extensiva es, en potencia y en esencia, la ocasión de mayor número de árboles distintos. La sociedad en que la escuela es un privilegio vive escoltada por un inmenso coro de sombras en que claman, pidiendo cuentas que ya no pueden pagarse, la vocación frustrada y el talento aprisionado.

Pero sobre toda circunstancia, vence y domina en la nación liberada el no obedecer a presiones interesadas, lo que asegura el ancho desarrollo de los factores que integran el acervo cultural. El acceso a las fuentes del saber se hace universal y los incentivos de todo orden van creando una cadena de inquietudes y apetencias virtualmente inabarcables.

No se olvide, por otro lado, que en todo grupo humano sometido a dominios injustos se fomenta y agrava el prejuicio de la raza, con todo lo que ello tiene de sombrío recelo hacia el aporte que viene de un grupo tenido por inferior. La obra se mide en buena parte por el origen privilegiado, por la limpieza de la sangre, no por su real valía, y a muchos deslumbra la falsa prueba de señalar en la raza dominante la encarnación valiosa y el aporte clásico, sin parar mientes en que es obligado que vuele más alto el que recibió, a tiempo, alas para ello.

Como en la Independencia, el hecho de sentirse traductor de una tarea histórica suscita la voluntad de la obra grande, y el poema, la narración, el ensayo, la sinfonía y la estatua visten de luces inesperadas.

Nadie debe entender, desde luego, que abogamos por una literatura que usurpe sus funciones a la política. Desde luego que la acción política, revolucionaria, es la fuerza central, determinante. Pero aludimos a la liberación nacional como el proceso ancho y profundo en que se conmueven y transforman los valores de la cultura. Hablamos de un cambio universal, de un replanteamiento de las vías expresivas, de un estado abierto a la llegada de todo nuevo lenguaje, de toda noble aventura del imaginar y del crear. Toda aventura y todo lenguaje de calidad duradera son hijos del encuentro gozoso con las raíces liberadas; y las raíces libres dan impulso decisivo a tales lenguajes y aventuras.

ENCUENTRO Y CONTINUIDAD

La ocurrencia de ese Coloquio debe ser señalada en todas sus medidas. Permítasenos decir algunas palabras sobre su naturaleza y derivaciones.

Es buena hazaña la congregación de trabajadores de la cultura animados por la voluntad de dar alimento y vuelo a una de las literaturas de mejor historia y porvenir; pero lo que da la mayor magnitud a nuestro encuentro es su voto de continuidad. Este Coloquio, esta conversación, seguirá en las páginas de una revista llamada a mucha trascendencia. Los dirigentes de *Columbianum* saben bien que la coincidencia en grandes objetivos no alcanza fecundidad si no se le echa a andar en el tiempo y entre los hombres,

cuando la realidad cambiante de cada día confirma o rectifica la justeza de la conclusión y el propósito. Una revista, la revista que ha de nacer de esta reunión, es el coloquio verdadero, el que encuentra al cabo de cada meditación el estribo de una meditación nueva.

La complejidad trepidante de la vida moderna estorba cada día más la lectura de los libros innumerables que se aparecen en cada amanecer por todos los puntos cardinales. Más que nunca hacen falta publicaciones que informen a la masa lectora —que es, a fin de cuentas, la que *hace* la literatura y los literatos—, de las líneas matrices de un proceso de cultura y de las obras que lo expresan con mejor elocuencia. Por otra parte, los obstáculos materiales, la organización editorial, el transporte aleatorio, la distancia —tantas veces vencida por la novedad cercana—, piden enérgicamente un índice que apunte a tiempo sobre una manera distinta, sobre una nota peculiar, sobre una corriente sensible, sobre un autor de facultades cumplidas. La revista debe contestar muchas preguntas y hacer, al propio tiempo, numerosas interrogaciones. Lo primero, pensamos, es mantener el diálogo libre y responsable, generoso y fraternal, que sirve para que lo latinoamericano sea, cada día más, interés y curiosidad de lo europeo; y lo europeo, por su parte, siga contribuyendo con sus sabias luces a la marcha ascendente de la creación latinoamericana.

Pero, si hemos dicho que no habrá gran literatura sin una América Latina liberada de sus actuales opresores, la Revista que se intenta no ha de ser ajena a los grandes problemas de nuestros pueblos, y al ofrecer su realidad y sus proyecciones con rigor científico, ha de pugnar por soluciones libertadoras. De otro modo dejaría de cumplir el gran deber que impone un conjunto de pueblos que quieren *existir* para *crear*.

Hemos de destacar, para cerrar estas meditaciones, lo que supone, como hecho de realidad y porvenir, esta reunión nuestra. La discusión sobre las cuestiones que plantean las letras en nuestro Continente, no se desarrolla ni en México, ni en La Habana, ni en Río de Janeiro, ni en Buenos Aires sino en Génova. Es Europa la que mira hacia nosotros y nos pide noticias y presencia. Y esto de que las viejas tierras veneradas se inclinen sobre los brotes en que está su señal, supone un signo universal que debe situarse en lo más alto. Pensemos en lo que tal cosa supone para los días que han de venir.

A esta empresa de conocimiento y comunicación, de firme fraternidad y de universalidad inesperada debemos corresponder los escritores latinoamericanos con entusiasmo y con exigencia. A nosotros cabe, en parte principal, darle vida relevante y duradera al diálogo que va a seguir a este Coloquio. La luz de nuestros orígenes, el testimonio de nuestras procupaciones y el perfil de nuestros proyectos deben poblar, con verdad y con gracia, la tribuna que levantan en nuestro servicio los compañeros de Europa. Trabajemos todos, en alianza fraternal, para darle al oficio de las letras la profunda unidad humana en que está su más alto destino.

LENIN Y LA CREACIÓN ARTÍSTICA*

A un siglo de su nacimiento, rinden pleitesía los pueblos todos de la tierra a una de las criaturas en que cuajó con poder más pleno la naturaleza humana. El pueblo y el Gobierno Revolucionario de Cuba han puesto su limpio fervor combatiente en el homenaje a Vladimir Ilich Lenin, y podemos decir que en pocos lugares ha encontrado el singular aniversario identificación tan entrañada. Porque la devoción de Cuba al pensador y guiador insuperable nace de la obediencia real y profunda a sus mandatos primordiales. A tal punto es íntima y firme la relación entre pueblo y héroe que pudiéramos decir, sin asomo de pequeña vanidad, que si Lenin merece el homenaje de nuestra revolución, nuestra revolución merece también el magisterio de Lenin.

Con decir que las transformaciones sociales que nos sitúan en la avanzada de un Continente marchan regidas por el marxismo-leninismo, queda establecida una comunicación que sobrepasa en muchos sentidos el significado habitual de un aniversario. Si para otros pueblos, hundidos aún en el vasallaje imperialista, el cumplesiglos de Lenin es la orden de una gran tarea a cumplir, su palabra y su acción marchan en nuestro caso consustanciadas con la diaria faena revolucionaria. Acudir a su sabiduría militante es para nosotros una función natural y obligada a un tiempo: obligada, porque por caminos privativos y dentro de circunstancias que no pudo prever, trabajamos en las causas a que entregó su vida, la liberación nacional con la derrota del imperialismo y la construcción de una sociedad justa, igualitaria y creadora; función obligada, decíamos, porque una gran revolución socialista en marcha hacia el comunismo ha de desvelarse por penetrar hasta la entraña la obra y la orientación de Lenin.

La universalidad del homenaje a Lenin —y el ímpetu vivo y actuante que nace de su centenario—, denuncia la magnitud de su grandeza. El hecho inusitado de un adoctrinador magistral que atraviesa el tiempo y el espacio, impone, sin dudas, una reflexión capital. Debemos preguntarnos por qué razones una figura histórica que cumplió insuperablemente su destino posee fuerzas para ordenar los senderos de la liberación definitiva de nuestro pueblo y para anunciar la de los que luchan aún por lograrla. ¿Por qué millones de hombres y mujeres de todos los rumbos, de todas las tierras, de todos los mares, miran hoy hacia su advertencia eficaz y profética? Intentemos, con obligada brevedad, dar cuerpo a esta reflexión. Su curso nos irá entregando, si no es descaminada, el tamaño de la claridad que saludamos.

* Este ensayo fue leído en los salones de la Asociación Cubana de Naciones Unidas, la noche del 19 de febrero de 1970. Tomado de *Creación y revolución*, p. 83. Ed. UNEAC, La Habana, 1973.

Lo primero que viene a nuestra sospecha es que hombre de tan cimero, ancho y enérgico imperio hubo de poseer una nueva, magna e infalible concepción de los factores que rigen y transforman la sociedad y la persona. No de otro modo pudo insertarse la dirección de su gesto conductor en una de las etapas más complejas de la historia del mundo. Pero siendo esto innegable, importa indagar en razón de qué virtudes y potencias pudo arribarse a tan empinada y solitaria jerarquía. ¿Qué notas inesperadas e impares confluyeron en la integración de un poder de tan rara sustancia?

Se ha dicho y reiterado que se dio en Lenin una correspondencia arquetípica entre el pensamiento y la acción. Ello es cierto e indudable, pero cosa similar ocurrió en otras ocasiones, y no por ello aparece la consecuencia, la resultante que en Lenin se produce. Podemos pensar en que se dieron en el hombre que ahora recordamos, como en otros rectores de pueblos y culturas, un equilibrio armonioso, una equivalencia exacta —orgánica—, entre el saber y el hacer, pero es evidente que no anda por ahí la almendra de su excepcionalidad.

Creemos que el caso de Lenin, sin duda impar, es categórico en su abismal complejidad. Todo arranca en él de una unidad de superior fundamento y alcance, unidad que hace de la acción, de la conducta, como una categoría del saber. Por ello, la tarea guiadora —su hazaña revolucionaria—, es una porción de su ciencia y de su conciencia. Cuando Goethe afirma que la acción es el lujo del hombre, piensa, sin sospecharlo, en su propio caso, en el del creador para el que las artes activas son como señales de un mundo distante y ajeno, culminación de una empresa en que siente la embriaguez de saberse, por un momento, partícipe y protagonista de un recodo de su tiempo. Se da aquí el ejemplo del intelectual que bifurca su menester remansándose entre el trato de las imágenes creadas por él y el de las criaturas de carne y hueso que las sustentan y exaltan. Desde este ángulo, y desde otros también, Lenin es el anti-Goethe: la marcha sin desviaderos frente al vuelo soberano y errabundo.

Desde luego que para ser distinto y superior a sus predecesores y a sus contemporáneos, es Lenin el continuador de Carlos Marx en el sentido más ajustado y trascendente. Es casi un lugar común aludir a que el profeta de *El Capital* pudo ser «veedor profundo en la razón de las miserias humanas y en los destinos de los hombres» y descubridor, además, de «los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases» —recuerdo, desde luego, las conocidas calificaciones de Martí—, por haber atesorado con sabia avidez todo el conocimiento humano manifestado hasta su día. Pero basta leerle una línea para descubrir que como varón «comido del ansia de hacer bien» (de nuevo una calificación martiana), no entró en el examen de una sola afirmación sin enjuiciarla como instrumento de liberación local o individual, o como fortalecedora de servidumbres seculares.

El compromiso vitalicio de Marx, inseparable de sus meditaciones y de sus dichos, está en Lenin pero, hay que decirlo en seguida, ensartado en una nueva encarnación. No es que el fundador del socialismo científico dejase de ser, a todo tamaño y riesgo, un organizador eficaz de la clase social encargada de cumplir sus designios libertadores; es que no se planteó, no pudo plantearse como Lenin, la faena de llevar a la victoria durante su vida la convivencia acariciada en sus sueños. Por descontado que sin Marx no hay Lenin, pues de él tomó los esquemas primordiales para fundamentar su trabajo incansable y, en lugar primero, su pacto sagrado con la liberación del hombre; pero la fidelidad ideológica del más grande de sus discípulos, se proyecta sobre circunstancias que hacían posibles —lo confirman los hechos—, los cambios cumplidores de sus concepciones.

Este eslabonamiento y esta diferencia dibujan la naturaleza y el nivel de la obra de Lenin. Carlos Marx y su fraternal Federico Engels no trabajan con las manos hundidas, presas, en el barro fundador de su mundo, y no sienten, como Lenin, las corrientes que van a traer su advenimiento; por lo que la misión del creador del primer Estado proletario adquiere una magnitud no conocida hasta él, la de concebir un mundo y construirlo. Encargo tan grave exige una suma de sabidurías y facultades difíciles de enumerar. La imagen del homagno en desvelo adivinador inagotable se ha levantado mil veces en este centenario, y otros mil se alzará en horizontes ahora insospechables.

No puede el pensador que hay en Lenin debilitar sus meditaciones cardinales —lo que ya supone una incansable adecuación de los principios del marxismo a la realidad que le es contemporánea—, ni distraerse en el registro puntual de las circunstancias huidizas y cambiantes que lo cercan, pidiéndole dictamen. Nada queda fuera de los contornos de su mente. Siempre que hemos leído el juicio de Rubén Darío sobre Martí, al llegar el momento en que el magno poeta proclama que fue el de nuestro libertador «un cerebro cósmico», un «concentrado y humano universo», se me ha presentado como un testimonio merecedor de tal juicio, acrecido por la mayor encomienda histórica, la clara frente obstinada de Lenin.

Sospecho que no han sido ociosas ni excesivas para encuadrar las anotaciones que siguen sobre Lenin y la expresión literaria, estas palabras iniciales. Porque, a tal punto es básica y mantenida la unidad que hemos evocado, que nada de lo que se indague en los círculos dilatados pero concéntricos de la teoría leninista puede entenderse fuera de una estructura ideológica de batientes matrices que es como la clave de arco de todos sus juicios.

Como es obligado, Lenin se plantea el examen de la expresión literaria dentro de las coordenadas de su deber revolucionario; lo que determina que su vigilancia vaya al descubrimiento, en cada ocasión, del propósito real de la escritura. Recordemos su afirmación muy reiterada; no hay periódico, revista ni libro sin tendencias. No puede esperarse, pues, la menor transigencia con la obra que retrase, estorbe o combata su propósito primordial; pero merece cuidado, examen, el modo en que realiza la difícil función. Dentro de las violentas limitaciones de espacio, apuntemos lo de mayor relieve.

Para entender hasta el fondo la razón de su señalamiento concreto precisa tener en cuenta las líneas dominantes de su concepción. La creación artística, y la literaria como la de más complejas resonancias, es siempre para él una oportunidad preciosa en que se cruzan caminos innumerables, entre ellos los que quieren conducir a la sociedad y al hombre a las más apetecibles transformaciones. De ahí parte que ofrezca a lo literario una atención penetradora, consonante con cada una de las etapas de su misión revolucionaria.

Alguna vez he recordado un hecho en apariencia irrelevante, expresivo para mí de una actitud esencial. Me refiero a la ocasión en que solicita Lenin de Máximo Gorki colaboración para la prensa partidaria, muy consciente de que escritor alguno como el autor de *La madre* podría rendir, por su talento y prestigios, mejor servicio. Pero, la pluma de dirigente se detiene en su solicitud, inquietada por una responsabilidad menos inmediata, pero más plena: si el narrador está en trance de producir una obra de superior jerarquía, debe excusarse del aporte periodístico que se le pide. El suceso posee mucha enjundia, porque si pocas cosas podían ser más importantes para Lenin que la superación de los instrumentos de la acción revolucionaria, sólo la conciencia de una función cimera podía distraerlo de ese objetivo. Aquí está, sin duda, una dimensión cardinal que prueba, sin alarde ni aspaviento, el rumbo universal y múltiple de su gestión guiadora.

La certidumbre del aporte de lo literario al proceso social inquieta sin sosiego la advertencia leninista cuando destaca aspectos positivos de escritores lejanos a su criterio revolucionario. Por décadas, va marcando la cuota de verdad y de calidad presente en autores contemporáneos. Cuida de que no se pierda un sólo matiz de buena literatura, sin que deje de registrar, en cada caso, la aparición del ingrediente regresivo, vuelto contra su empresa libertadora. Su devoción por Herzen, Chernishevski, Turguéniev, Schedrin, Nekrásov y Mijailovski, se mantiene sin eclipses aludiendo a su sombra y a su luz. En cuanto a escritores del lado occidental, son clásicos sus juicios sobre Barbusse, Upton Sinclair y John Reed .

A veces, la anchura comprensiva de Lenin parece conspirar contra su severa vigilancia; en verdad, sólo existe la reiteración del juicio, elevado a extrema escala ejemplar. Así, cuando, en 1921, publica Arkadi Averchenko un libro de crítica aviesa sobre la Revolución de Octubre —en el que, para mayor gravedad, acumula falsedades cuantiosas sobre la figura de Lenin—, condena la torpe malignidad dominante, pero vota por la reimpresión de ciertas porciones del libro en que aparecen, en su opinión, útiles testimonios.

Pero, como es sabido de muchos, los comentarios de Lenin sobre la obra de León Tolstói componen la mejor ocasión para el conocimiento de su teoría de la literatura. No conocemos juicio de mayor extensión y riqueza. cosa obligada por la magnitud del escritor y la desmesurada influencia de sus narraciones. Nunca pelearon tan encarnizadamente en el ánimo de Lenin la admiración por un creador y el repudio por sus opiniones. Asombra, en

efecto, que pueda caber en mente de tan peregrinas invenciones, despropósitos tan burdos en el campo de las ideas y en la interpretación de los sucesos políticos de su tiempo. No hace muchos días que leímos un artículo, no incluido en las obras de Tolstói, sobre la coyuntura política de la América Latina. No puede darse un conjunto mayor de afirmaciones desatinadas, y la verdad es que si nuestros pueblos hubieran oído en alguna medida el mensaje del apóstol gemebundo de Iásnaya Poliana, estarían aún en la prehistoria de su proceso liberador.

Tiene subido interés avecindar, en la perspectiva de hoy, las apreciaciones de Dostoyevski y las de Lenin sobre las novelas de Tolstói. El autor de *Los hermanos Karamazov*, sensibilidad de asombradoras vertientes, ve en la obra de Tolstói, como en la de Turguéniev. un mediano menester de propietarios rurales; para Lenin era, desde luego, mucho más. Poniendo en marcha los elementos que hacen la compleja unidad de su entendimiento, el marxismo creador de Lenin desentraña y enciende los elementos del relevante caso.

León Tolstói —como lo prueban sus Memorias y las de la Condesa Sofía, su mujer—, fue una criatura presa, deshecha, desgarrada por la terca contradicción que lo llevó al trágico final. Una receptibilidad desollada y ansiosa para el dolor de sus semejantes, se estrelló siempre contra los hierros defensivos de una clase social que tuvo en él testimonio, ejemplo y denuncia. Descendiente de príncipes y condes, incapaz de trasponer las fronteras que le cercaron el nacimiento y ciego ante los cambios sociales que se le venían encima, no encontró Tolstói otra salida —otra huida, diríamos mejor—, que la fundación de una comunidad religiosa disidente, dentro de la que el viejo desangramiento tomó nuevos senderos.

Sólo gentes sin esclarecimiento político —como esos trabajadores cubanos cuyas cartas al *camarada* Tolstói hemos leído en el archivo del magno narrador—, pudieron poner fe en su credo de redención social. Para Lenin fue un deber denunciar sin ambages ni pausas las confusiones y contrasentidos de una predicación sin sustento; pero lo fue también el de señalar con insistencia la maestría solitaria —por su fuerza, su penetración, su resonancia y su volumen—, del autor de *La guerra y la paz*. En sus seis artículos sobre la narración tolstoiana cala en las calidades de la garra excepcional, y con habitual perspicacia, señala cómo la misma ubicación clasista del terrateniente en función reformadora le flanquea una experiencia cercana y numerosa, que su genio artístico levanta a insuperable jerarquía.

El enjuiciamiento de la novela de Tolstói, como el de la poesía de Pushkin, otorga relieve a la amplitud de la concepción revolucionaria en el sentido que precisamos. No hay dudas de que es Lenin el primer pensador revolucionario —en el nivel y en el tiempo—, que al medir el aporte de una actividad determinada, tiene presentes los valores internos, privativos, de tal actividad. Da la impresión a veces de un sabio geógrafo que, sin abandonar el examen de un caudal matriz, observa hasta el fondo el curso de cada afluente. Así, al mirar hacia la obra de Tolstói, reconoce en ella la presencia de valores netamente literarios que trasmiten, por su virtud reveladora, un significado

cimero al testimonio. Tolstói no es la revolución —precisa—, sino su espejo, pero un espejo invalorable que todos debemos contemplar. Y a tal punto extiende este reconocimiento que proclama que, por obra de esos valores, entra Tolstói en el difícil reino de los escritores de tamaño universal.

El caso de Pushkin ilustra la amplitud del enfoque leninista, aunque referida a un ángulo distinto. La proclamación del máximo relieve en el poema del autor de *Eugenio Oneguin* es bien conocida. Sin negar brillante originalidad al verso militante de Mayakovski —cuyo poder de comunicación masiva lo conmueve alguna vez—, la suma de facultades sensibles y expresivas de Pushkin le gana la primacía. Y en este caso no ocurre, como en el de Tolstói, que las gracias del escritor se proyecten sobre un escenario que, por lo repudiable, provoca la urgencia de cambios radicales. Aquí, frente a Pushkin, hay sólo la estimación genérica, en cierto modo abstracta, de dotes creadoras con fuerzas para vencer el tiempo y defender la altura.

Esta conjugación del sentido social de la obra literaria con el relieve de su virtud intrínseca es consonante con la advertencia de clara raíz engelsiana, de que la complejidad y la sorpresa palpitante que acechan en la buena escritura piden el máximo de afinamiento a la hora de relacionarla con la realidad social que le es contemporánea. Adviértase que la exigencia de tal cautela no supone levantar la guardia sino afinar la puntería. Esto confirma cómo en Lenin el marxismo es, sin reposo, una interpretación de la actividad humana inserta en el cauce de los factores más diversos. De ahí que sean los elementos que integran una situación, vistos a la luz de los principios y no desde el mandato sectario y superpuesto, los que engendran el juicio válido, a igual distancia de la transigencia que del sectarismo.

En lo íntimo de esta actitud está latiendo la grave cuestión de la libertad de la obra artística, materia de una polémica que durará largos años, hasta que la instauración universal del comunismo le vacíe las alteradas entrañas. Creo que no sobran algunas anotaciones al paso.

Si para Lenin el relieve de lo literario —y su eficacia, por tanto—, viene de su singularidad, de su certera sorpresa, el escritor debe encontrar desembarazadas las sendas de su oficio, por lo que es gran pecado negarle el *derecho a la fantasía*, proclamado por el mismo Lenin. Pero desde luego que tal libertad debe entenderse como una expresión del objetivo primordial en que trabaja el jefe revolucionario. Acudiendo a un símil elemental y de urgencia, pudiéramos decir que el árbol de la literatura ofrecerá, según él, una floración levantada y sorprendente a escala de la mayor penetración de sus raíces. Si la escritura creadora es, como toda actividad del hombre, hija de una coyuntura social determinada, su máxima función vendrá de absorber los jugos más espesos, más inquietos, más transformadores, a través de sus vías propias y legítimas

Consecuente con sus criterios básicos, no puede ser para Lenin la libertad en lo literario cosa ajena a la coyuntura social. Sólo un candor infantil o una encubierta malicia sostendrían, en una sociedad dividida en clases —o marcada todavía por arrastres clasistas—, la neutralidad de un menester al que se atribuye relieve tan alto. Por otro lado, si la revolución ha de hacerse con la confluencia de todos los quehaceres —aunque una clase esté a su vanguardia—, el escritor debe ocupar su puesto, sin que ello signifique, recordemos las relaciones de Lenin con Gorki, el forzado enrolamiento en la propaganda partidaria. Si el cambio de las estructuras querido por el marxismo determina la aparición de una literatura de nuevo ámbito y alcance, debe el escritor, como ciudadano esclarecido, pugnar por el advenimiento de una etapa en que se realizará plena y cabalmente.

Hemos creído siempre y lo reiteramos hoy con acrecida convicción, que las orientaciones sobre el trabajo intelectual ofrecida por el jefe de nuestra revolución y primer ministro del Gobierno Revolucionario, compañero Fidel Castro, en 1961, coinciden ajustadamente con los postulados leninistas. La identificación parte, en lo esencial, de una concepción impecable: la tarea cultural —y la creación literaria como su territorio más promisor—, debe ser parte de la revolución y marchar con ella, pues que caen en su órbita funciones innumerables de esclarecimiento y orientación. Por ello, el ataque a un proceso liberador que, al realizarse para todos los cubanos, se hace también para el hombre de pensamiento y sensibilidad, no debe encontrar ni excusa ni perdón. Si, por otra parte, se ofrece al escritor no sólo el dominio legítimo de su campo sino la información exhaustiva y la edición masiva de sus obras, la infidelidad al destino de su tierra es la negación de su propio destino.

Parece obligado añadir a las previsiones de Lenin sobre lo literario alguna referencia al testimonio de su misma escritura. Contamos ya, por fortuna, con algunas contribuciones valiosas sobre las batientes que la enmarcan, y a ellas debemos acudir.

Dentro del sentido instrumental y de la sobriedad ajena al empeño ideológico, la palabra de Lenin es un modelo sin vecindad. No hay caso en que el sentido del saber ilumine con tanta eficacia el período magistral. Si la diaria advertencia se avalora en la dignidad expresiva, la más ardua cuestión se viste de sabia sencillez. Como en las aguas remansadas a máxima altura, la mucha hondura no daña sino que acrece la claridad que entrega el fondo apetecido. Como advirtió uno de sus colaboradores más humildes, la palabra escrita y hablada de Lenin lo aclaraba todo, no sólo por su sabiduría de vuelta sino por el modo siempre renovado de cada planteamiento.

La maestría tribunicia de Lenin se ha estudiado más de una vez frente a los modelos clásicos de las etapas más empinadas de la política y de la cultura. Los que le oyeron en la plaza y en la asamblea convienen en que la estructura y la consistencia de la oración denunciaban el dominio de las maneras más ilustres, pero superadas por un nuevo saber, la lealtad a su conciencia y el fuego de la convicción inexpugnable. También en el viejo oficio de la palabra se mostraba en Lenin la imparidad de la estatura.

Al iniciar la lectura de estas notas presurosas destacábamos la firme vigencia del mandato de Lenin, alzado todavía frente a una edad que pide el cumplimiento tangible y real de su mensaje. Si Cuba marcha hacia un

mañana de grandeza bajo sus banderas vencedoras, nuestro escritor ha de rendirle el homenaje de su identificación. La obediencia a los dictados leninistas debe ser entendida por él como la conquista de una gozosa plenitud.

Será leninista nuestro poeta, nuestro ensayista, nuestro narrador si se siente fundido en la hazaña de un pueblo que está haciendo de lo heroico un modo de existencia; lo será si hunde su avidez en las fuentes activas de nuestra tradición progresista y libertadora; será leninista si alcanza a entender lo literario como menester altísimo por su resonancia humana y su carga ilimitada de sorpresa; será discípulo de Lenin si busca al mismo tiempo en la gran peripecia común y en la marcha de la revolución sobre la intimidad de sus contemporáneos; honrará al grande hombre si sabe usar la información sin fronteras y el aula para todos que pone la revolución a su servicio; será leninista si se ejercita en el acogimiento certero del torrente inmedible de la ciencia y la técnica que conmueve nuestra época; lo será si sabe lo propio y no ignora lo ajeno, si entiende su misión como encargo de un gran pueblo en un gran momento de la historia humana.

Cumplidos estos graves y posibles oficios, le quedaría todavía a nuestro escritor enfrentarse con su responsabilidad culminante. Nos referimos, naturalmente, a la misión de integrar una cultura nacional a escala con un mañana que toca a sus puertas. Ello incluye faenas numerosas y coincidentes. Lo primero, limpiar de una vez nuestra heredad cultural de la terca maleza que nos dejó la penetración imperialista, no olvidando que, por muy claras razones, el mando de los factores deformantes empujados desde el Norte es hoy un fenómeno universal que nos llega por vías diversas y con frecuencia a través de la expresión europea. A veces, las reinfecciones son más peligrosas que la dolencia primitiva; y si en tierras de poderoso desarrollo cultural causa estragos la invasión, ¿qué no será cuando, como entre nosotros, se mantienen expectantes fuertes caldos de cultivo?

Ha de estar atento nuestro escritor a la permanencia y avance, tan bien destacados por Lenin, de maneras, corrientes y mirajes cultivados por los grupos dominantes de ayer y filtrados maliciosamente en la obra de los mejores. Observe, en fin, aquel equilibrio firme y delicado propugnado por el dirigente que recordamos entre el desarrollo creciente de las fronteras propias y la marcha hacia un saber y una cultura sin fronteras geográficas.

Tenga presente nuestro hombre de letras que por acción de los cambios revolucionarios que vivimos e impulsamos, su audiencia es virtualmente ilimitada. La universalidad de la educación y una tarea editorial sin estorbos —preocupaciones esenciales también en el desvelo de Lenin—, hacen de cada compatriota un lector. Y si esta feliz coyuntura señala un enaltecimiento del aporte social de lo literario, llama también a un compromiso que no pudo concebirse en otros días.

Sabemos hasta dónde cuenta el escritor cubano con un ejemplo magno nacido en su sangre y en su idioma. Nos referimos, naturalmente a José Martí. En verdad que la obra de nuestro grande hombre cierra el debate sobre los deberes del creador literario. Los que sostienen todavía el alejamiento de las grandes causas populares para preservar la gracia del estilo, no deben acercarse a su reino. Los que sostienen que la resonancia a las apetencias colectivas rebaja la originalidad de lo producido, deben quedar, para persistir en su criterio, sin leer su prosa poblada de destellos incansables y su verso, no descubierto aún en su abismal hondura. Mediten nuestros escritores en el privilegio de su nacimiento y de su tiempo. La observancia del dictamen leninista, vía hacia el futuro, está afirmada, enriquecida, en nuestro caso por la presencia cálida y cercana de Martí. Si el mandato de Lenin es el deber en marcha, el ejemplo de Martí es el impulso histórico que llena de sustancia y sentido la tarea inminente.

Sabemos hasta dónde el homenaje mundial a Vladimir Ilich Lenin es, en lo profundo, reverencia a una ejemplaridad que respalda y corona su palabra concreta. Visitar las escalas de su tránsito es, para el hombre honesto y sensible, vivir en un mundo marcado por un aura ennoblecedora, que será de seguro la que ordene la existencia en el mundo que soñó.

Recordar a Lenin en París, en la casa pobre y limpia de la calle de María Rosa o en sus paseos por las bellas frondas civilizadas de Montsouris, entre sus niños y sus cisnes, es acercarse al calado de la impaciencia angustiosa y a la fortaleza de su fe; encontrarle entre los valles de Poronin, en la biblioteca ilustre de Cracovia o entre los picachos del More oco buscando en la naturaleza salud para servir mejor y dar todas las horas a la meditación, al estudio, al debate entre camaradas cercanos, es sentirlo como el águila impaciente que se dispone a los vuelos soberanos.

Sólo en Leningrado, siguiendo los pasos de su mejor hazaña, se toca la plenitud genial de sus facultades. El saber acumulado en la inquieta espera, se desborda en *Diez días que conmovieron al mundo* y en la realización de una obra que cambió el curso de la historia. La visita a la casa del gobernante revolucionario, en el poblado de Gorki, entrega la asombrosa confluencia entre la máxima responsabilidad y la modestia del hombre del pueblo, al que la suma de poderes acrece el quehacer incansable. Allí está el héroe entero, en la maravillosa madurez de su genio; allí, como en parte alguna, se descubre la soterrada ternura de su corazón en vela. Sus facultades inumerables se enriquecen al tomar por todos los caminos, y cuando el mal lo vence, ha ganado ya el relieve histórico que hoy nos sobrecoge.

El cuerpo de Lenin en el Mausoleo de la Plaza Roja no es reposo sino lucha renovada en cada amanecer. Allí se hace verdad la sentencia del poeta de que los muertos rebeldes no descansan. Cuantas veces visitamos al mausoleo sentimos que algo falta junto al hombre impar. En París, en Poroni, en el Smolny, en Gorki, son dos los lechos de su habitación. No está aquí la huella de una mujer que con ser la compañera del líder conquistó una legítima inmortalidad. No está aquí; pero no falta, como simbólica compensación, la riada de pueblo que un día y otro y una noche y la siguiente viene a contemplar, por sólo un instante, la frente del padre profundo, que sufrió por todos, trabajó por todos y venció para todos.

Amigos: el primer centenario de Lenin abre para el mundo todo el siglo que pudiera designarse con su nombre; porque ahora comienza la centuria en que van a cuajar plenamente sus mandatos proféticos. Fue él quien dijo que el revolucionario tenía derecho a soñar. Seamos leninistas soñando en la realidad que saludará su segundo centenario. La opresión imperialista, la guerra, el colonialismo y el racismo serán recuerdos maldecidos. Una existencia justa y creadora descubrirá valores hoy imprevisibles y entonces, más que ahora, volverá la humanidad sus ojos hacia la Plaza Roja de Moscú para inclinarse ante la criatura en que alcanzó plenos poderes la naturaleza humana.

LITERATURA Y REVOLUCIÓN*

UNA MEDITACIÓN EN DOS TIEMPOS

1

Parece obligado, inevitable, el título que ponemos a esta meditación apresurada. Porque se trata, en este número de la revista *Casa de las Américas*, de recoger pronunciamientos esenciales en la trayectoria americana donde dialogan el ímpetu creador y la conciencia ciudadana. Si damos algunas páginas al señalamiento de estas coordenadas maestras, es porque ellas ofrecen el contexto de viejas y nuevas peripecias en la dilatada pugna.

El contenido de este número de *Casa de las Américas* parece evidenciar la existencia de una constante positiva —superadora—, en los pueblos de la América Latina entre revolución y literatura; pero tal evidencia supone la presencia de un bando contradictor, de un terco destacamento, al que hay que batir sin tregua ni desmayo. Pasado el tiempo, queda la resistencia reaccionaria como el telón de fondo en que se dibuja la claridad de la actitud libertadora. Y la luz ha de ser intensa, valerosa, implacable, cuando pelea con tinieblas obstinadas, afincadas en sustentos poderosos.

Pudiera decirse que el debate entre arte y política ocurre en todas partes y que cada época muestra parejas contradicciones. No siendo errado el reparo, es fuerza admitir que en este lado del mundo el pleito entre los decididos a libertar al hombre y los dispuestos a alargar su esclavitud afecta un perfil más definido, una unidad más visible, un ámbito más dilatado y una mayor vocación de deslinde. Para que así sea existe, en nuestro opinar, una gran razón dominante que, aunque de orígenes remotos, no ha perdido vigencia. Nos referimos al hecho de que haya sido América un orbe *descubierto,* es decir, un mundo subordinado en su alumbramiento, nacido para servir al descubridor. De ahí parte que a lo largo del tiempo tengan nuestros pueblos una cuestión central a ventilar, la de quebrar su dependencia a un poder exterior.

* *Casa de las Américas*, año XII, no. 68, p. 40. La Habana, septiembre-octubre de 1971.

La circunstancia de haber llegado a la civilización occidental en condición subalterna marca, por siglos, nuestro camino económico, lo que quiere decir nuestro acontecer social. Es forzoso que, en esa condición, la lucha entre el opresor rapaz y el oprimido valeroso sea un *leitmotiv* incambiable en la esencia; lo mismo cuando se enfrenta Cuauhtémoc a Cortés, Bolívar a la Corona española y el Che al imperialismo yanqui.

Pero dentro de tal contexto secular ocurre el acontecimiento decisivo de que la porción norteña del Continente —que peleó en su día contra el colonizador europeo— absorba pronto las maestrías cultas de sus descubridores. Puesto a andar en tierra nueva, extensa y rica, el saber transplantado cría fuerzas para integrar una comunidad de similar desarrollo al de la nación matriz. Describiendo la parábola conocida, el avance plausible de los primeros tiempos se vuelve pronto poder concentrado, opresivo y excluyente. Todo lo que se oponga al mando de la minoría dirigente será avasallado o arrasado, ya sea el hombre de piel negra o el de piel roja.

El tránsito al desbordamiento agresivo y sin límite previsible no se hace esperar. Todo el Continente será, por definición imperialista, tierra destinada al nuevo señorío.

El rechazo al invasor de turno no ha de producirse ya contra un poder vencido sino contra un impulso victorioso; no contra una nación agotada, sentenciada por la historia, sino contra una fuerza en marcha imperiosa que inicia, con su invasión gigantesca, una nueva era en la economía mundial. Lenin situó, con su visión aquilina, el comienzo del imperialismo —fenómeno de entraña universal—, en una peripecia americana que nos toca de cerca, en el momento en que los barcos inoperantes de Cervera se hundían en Santiago de Cuba por obra de una superioridad en el momento incontestable. Comienza entonces una penetración profunda, determinada por el desarrollo capitalista y empujada y regida por las técnicas más avanzadas. Se inicia una etapa continental que dura todavía, aunque sean visibles los síntomas reveladores de su cercana extinción.

No siempre se tiene en cuenta la magnitud y la consistencia de las raíces del dominio de los Estados Unidos sobre la América Latina. Posee mucho interés calibrar lo que ha sido en nuestros pueblos la influencia del caso norteamericano desde que, a mediados del siglo pasado, luce como ejemplo de una prosperidad irreversible. Un ensayo reciente de Nöel Salomon alumbra considerablemente este tramo decisivo en la historia del continente.

El sabio y sensible profesor de Burdeos comprueba la anchura y persistencia de la actitud de seguimiento y admiración de los Estados Unidos a mucha distancia de la etapa imperialista, precisando con fortuna el andamiaje ideológico de tal postura. En opinión de Sarmiento y en la de los *científicos*

mexicanos, los Estados Unidos ejemplifican lo que deben ser los pueblos de origen hispánico. Spencer y el positivismo son buenas trincheras para defender tal criterio. El culto al progreso material y el deslumbramiento ante el impetuoso desarrollo de la industria fueron, para los guiadores de aquel tiempo, preciosas metas a conquistar. La América Latina debía reproducir puntualmente la hazaña norteña.

La devoción por Norteamérica ponía en lugar secundario el destino del hombre y su condición de integrante de una comunidad aquejada por todos los retrasos. Por ello se trenzaron, en lo íntimo de la actitud, el complejo de inferioridad y el prejuicio racial. Los Estados Unidos habían logrado un nivel de civilización sustentado en el predominio de un núcleo blanco, negador y agresor de las «razas inferiores». La imitación del Norte suponía, en lo profundo, la supeditación de las razas autóctonas y de las masas negras. La civilización, en el pensamiento de Sarmiento como en el de Justo Sierra, descansaba en la dirigencia de los criollos hijos de europeos y en su preponderancia sobre las gentes de piel oscura. Los pueblos latinoamericanos debían europeizarse, blanquearse, a imagen y semejanza de los Estados Unidos.

La imitación dejó tan honda marca en los intelectuales de la época y aun en los días posteriores, que algunos de costados tan plausibles como Rodó e Ingenieros fueron penetrados por el veneno racista y ganados al bando europeizante. Lo más triste estuvo en que la malicia reaccionaria y el seguimiento precipitado o inconsciente (que de todo hubo), echaba leña al fuego que encendía el imperialismo naciente. Los casos de Rodó e Ingenieros comprueban, por otra parte, las contradicciones a que conduce la ausencia de criterios científicos sobre el desarrollo de las fuerzas sociales.

Lo extenso del período de equivocado progresismo y la circunstancia de que fuese proclamado por voces ponderables y hasta eminentes, alarga sus efectos y sirve de basamento a nuevas sumisiones. Y como los Estados Unidos multiplican su poder económico y deslumbran con las hazañas de su técnica, los voceros de la fatalidad geográfica se apoyan en las huellas de la vieja corriente, ya con plena conciencia del entreguismo ventajista.

Una de las señales más hondas de la genialidad de José Martí reside en el hecho de haber sido el único guiador magistral que combate de frente y sin descanso las concepciones *civilizadas*, traidoras al futuro de su América. Sin vacilación ni tregua, proclamó que la liberación real de los pueblos latinoamericanos había de llegar por el cumplimiento de dos presupuestos capitales: la igualdad plena entre los pobladores de cada país y el rechazo de lo que, desde afuera, estorba la voluntad popular y nacional. El ensayo del profesor Salomon destaca certeramente este servicio invalorable.

Influyó sin duda en las concepciones de Martí el conocimiento de las entrañas del monstruo por haber vivido en ellas durante los años de la radiante madurez; pero parece innegable que fueron criterios matrices, consustanciados con su vida misma, los que determinaron su claro juicio solitario.

El culto de Martí a la libertad plena de la criatura humana y su militante devoción por la igualdad inviolable de los hombres sustentan e impulsan su temprano entendimiento de las relaciones entre el Norte y el Sur del continente. Si el hombre fue para él una entidad de superación limitada —sin atención de la raza a que pertenezca y del lugar en que habite—, ha de entrar con armas iguales en la convivencia social. Su atención apasionada por la cuestión racial lo hace transitar, en breve término, ese camino de perfección que nos ha ofrecido ahora cumplidamente la profesora Juliette Oullion. El diario testimonio de la opresión que sufren en los Estados Unidos el negro, el indio y el chino fortalece su juicio sobre el destino de los indios y negros en Latinoamérica. En 1877 escribe: «...¡nosotros allá en nuestra América, la tenemos [a la raza india] sofocada torpemente, pero no la hemos matado...» ¿Podría, quien se ha levantado mil veces contra la *sofocación* de los indígenas de sus tierras y el menosprecio del negro de las Antillas, sumarse a la imitación de un país que extermina al indio y acorrala al negro y al chino con respaldo oficial?

Al defender la igualdad, la libertad y la dignidad de todos los latinoamericanos, ataca Martí no sólo a los adoctrinadores malévolos o ciegos, sino a la organización potente y agresora que se les venía encima con armas relucientes. Sorprendente caso el de nuestro grande hombre en el que la fiera honestidad, la comunicación con el latido de cada semejante y la anchura del sentido libertador de su doctrina, lo hacen denunciador y combatiente ejemplar de un fenómeno de tamaño universal, cuya entraña determinante no llega a descubrir. Por caminos propios, esclarecidos por el fuego de su pasión benéfica y por su amor clarividente al hombre de sus pueblos, señala Martí, en sus batientes primordiales, los peligros que otros debían combatir con clara conciencia de su origen.

Lo que fue en Martí temprana previsión, siempre encendida de fuego apostólico, tarda algún tiempo para encontrar penetración cabal y encarnación activa. No faltan, a su muerte, meditadores que señalen la acción desintegradora de la invasión yanqui, pero no es hasta la década del veinte que asoma una conciencia capaz de regir acciones inmediatas. Cuando el conocimiento del marxismo ordena y precisa el pensamiento de los más poderosos meditadores latinoamericanos, surge una nueva y profunda interpretación de la realidad que ha de transformarse. Es a partir de Antonio Mella, de José Carlos Mariátegui, de Aníbal Ponce y de Rubén Martínez Villena cuando se evidencia la necesidad de la derrota del invasor imperialista para que los pueblos latinoamericanos alcancen el mando de su futuro. Los cuatro adelantados del marxismo americano postularon que sólo con el vencimiento del gran enemigo podrían advenir cambios estructurales determinantes de una convivencia justa, original y creadora.

Debe quedar establecido que no regateamos el nivel singular de tareas colectivas e individuales —lo mismo la fundación de los partidos marxistas que la acción heroica de un Sandino—, fuera de la tarea intelectual. Si destacamos el papel de escritores ejemplares es porque acontecimientos re-

cientes, a los que en seguida aludimos, nos piden discurrir de nuevo sobre la misión y responsabilidad de los hombres de sensibilidad y pensamiento en el difícil acontecer continental. Casi no hay que decir que serán las masas populares, los trabajadores de la ciudad y del campo a través de sus organizaciones políticas y sindicales las encargadas de realizar el mandato de los que, por fidelidad a su función y a su época, supieron traducir, como auténticos pensadores revolucionarios, la voluntad combatiente de un costado decisivo del mundo.

Nadie pondría en duda que la realización primera de la obra señalada por los pensadores fieles fue la Revolución cubana encabezada por Fidel Castro. Ella ha probado, con la palabra, con las realizaciones y con las armas, lo que anunciaron y propugnaron Martí, Mariátegui, Ponce, Martínez Villena y Julio Antonio Mella; es decir, que la derrota del imperialismo abre los caminos de la liberación popular y nacional. Por esta circunstancia, nuestra Revolución es la piedra de toque y la prueba decisoria para descubrir la lealtad o la traición a los pueblos de la América Latina. Tal prueba, válida para todo hombre o mujer de nuestro tiempo, ha de serlo más para los informadores y creadores nacidos en nuestra América o que miran hacia ella.

La Revolución cubana es el inicio de la Revolución latinoamericana. Su ejemplaridad no parte de un dicho caprichoso, ni menos de una vana suficiencia. Para confirmarlo basta con enumerar sus enemigos, definir su naturaleza y descubrir sus maniobras. Intentarlo nos conduce al segundo tiempo de esta meditación presurosa.

2

Si hemos dado algún espacio a recordar la actitud de los intelectuales en el camino de la América Latina ha sido para destacar mejor la naturaleza y el significado de los ataques hechos recientemente a la Revolución cubana por un grupo de escritores de América y de Europa. No será difícil comprobar que se trata de una ofensiva desatada por los seguidores de los que, hace más de un siglo, trabajaron con sus pronunciamientos contra la liberación y el avance de los pueblos latinoamericanos. Lo primero que debe establecerse es la intención real de los responsables de la campaña difamatoria. Como en toda acción de este linaje, andan revueltos aquí los promotores, cómplices maliciosos y una reducida porción de confundidos y desorientados.

Sería ingenuo poner en duda que el impulso determinante del *barrage* deleznable parte de las agencias del imperialismo. Los opresores de pueblos y enemigos de nuestra Revolución no podían desaprovechar la coyuntura derivada del llamado caso Padilla. Si no existieran otras pruebas, sería concluyente el hecho de la amplia y espectacular divulgación de los documentos acusadores en la «gran prensa», cosa que sólo puede lograrse poseyendo los canales y los caudales con que cuentan tales agencias. Debe añadirse otro

elemento denunciador: un grupo de los firmantes anuncia la salida de una revista financiada por una familia enriquecida por el sudor y la sangre de obreros y campesinos bolivianos. La complicidad de esa familia con los capataces de Washington queda definida con sólo advertir que poseen los mismos intereses y enfrentan los mismos combatientes.

Pero existen factores coincidentes que no deben olvidarse. Buena parte de los atrevidos fiscales integran un destacamento muy conocido, el de los escritores que todo lo sitúan en la vía del lucimiento personal, sin atención a las circunstancias que se lo propician. Los integrantes de ese bando no son militantes de causa alguna ni han asumido jamás una noble responsabilidad. Vigilan, con mirada muy experta, por donde apunta una ocasión de notoriedad ruidosa, sabiendo que los círculos reaccionarios se encargarán de ofrecerles alas —hechas de papel periódico— para el vuelo de su mísero propósito.

Los firmantes latinoamericanos actúan con un objetivo ostensible: pretenden aparecer como preocupados por el destino de sus tierras de origen, mientras desconocen sus realidades y se mantienen de espaldas y a distancia de sus problemas, apetencias y dolores. Sus vidas explican su actitud.

No sería descaminado suponer que en la adhesión de los escritores que viven de este lado del Atlántico ha actuado un complejo de cultura, unido a una defraudación vergonzante y aun al remordimiento de no haber ofrecido su esfuerzo a las transformaciones que reclaman sus pueblos.

Apuntemos también que toda peripecia latinoamericana ofrece la oportunidad de asumir —¡todavía!— un rancio magisterio protector. Para tales jueces seguimos siendo aldeanos sedientos de orientación metropolitana, aprendices entusiastas que viven prendidos de la norma europea. Nuestro largo colonialismo es el cauce oportuno al adoctrinador que niega la posibilidad de una creación original de este lado del mar. En muchos de los latinoamericanos, el gesto protector es como la señal de que se han salvado de la marca de su mundo originario y entrado a formar parte, según su creencia, de la *élite* intelectual europea. Aunque coinciden en varia medida los elementos señalados, existe una cuestión primordial, básica, en lo hondo de tan deleznables ataques. Nos referimos a una concepción absurda del papel del intelectual en la sociedad en que vive. La suficiencia orgullosa y despectiva del mayor número de los firmantes los lleva a sostener que el intelectual pertenece a un grupo aparte, que es una lanza libre en un orbe exclusivo, desde donde dispara bendiciones y reparos. Sorprendidos en tal pecado, han asegurado los firmantes —en un segundo documento— que hubieran organizado pareja protesta si se tratara no de un escritor sino de un campesino o trabajador herido en sus derechos. Tal excusa tendría alguna validez si en otra oportunidad los exigentes censores hubieran levantado su indignación por injusticia que padecen, en las mismas patrias de los firmantes, las grandes mayorías, hundidas en condiciones infrahumanas.

Hace algún tiempo, leyendo la polémica entre Cortázar y Vargas Llosa de una parte y Collazos de la otra, apuntamos la monstruosa superficialidad de

los pronunciamientos del novelista peruano. Sostiene allí Vargas Llosa que el escritor debe ser un rebelde vitalicio, y que frente a todo movimiento o situación ha de agitar el gallardete contradictorio. El narrador de Lima traduce el criterio y la intención de la mayoría de sus cómplices en los ataques a la Revolución cubana.

Sostener que debe ser el escritor un informante de todos los tiempos es de una inmoralidad rampante, además de ser la negación violenta de las más nobles tradiciones americanas. Tal cosa supone proclamar al hombre de arte y ciencia como entidad ajena al conflicto que todo tiempo supone, incapaz de sumarse al costado positivo, libertador, que cada época ofrece. Si se critica por igual todo intento por regir la convivencia humana, el que lo haga queda de inmediato amputado del acontecer social en su más trascendente expresión. Los verdugos de nuestras tierras aplaudirán a toda mano el dicho de Vargas Llosa, que les aseguraría para hoy y para mañana, de tener mucha clientela, ancho campo a sus depredaciones. Por fortuna, como lo comprueban el número anterior de *Casa de las Américas* y este mismo (entre otros muchos ejemplos), los más firmes valores de nuestro continente han estado trenzados con los sucesos de su cercanía, tomando partido junto a las soluciones de más claro sentido libertador y denunciando, con el poder del talento honesto y militante, todo respaldo de los opresores de turno.

No es inoportuno aludir a un hecho que tiene valor de síntoma y expresa una comunicación subterránea con la actividad que comentamos. Nos referimos al predominio de los más recientes modelos europeos y norteamericanos en la literatura de nuestras tierras. Nada sería tan equivocado como levantar barreras al conocimiento y examen de modos y procedimientos puestos en circulación por creadores eminentes de otras latitudes; pero la universalidad de la tarea creadora se niega a sí misma cuando convierte el hallazgo a la moda en aislador de los problemas profundos que el escritor debe sentir, penetrar y expresar. Sin negarles maestría y brillantez en la adaptación de logros lejanos, es evidente que los narradores latinoamericanos de los últimos tiempos han dejado de cumplir la función esencial de ofrecer la América más honda. Cuando el escritor trabaja por ganarse la atención de otros escritores y de un grupo de enterados y no la de la masa lectora expectante, que quiere encontrar en el libro su angustia y su esperanza, el desarraigo se hace consustancial e irreversible. Si muchos de los firmantes contra Cuba vivieran hundidos en la tragedia y en la lucha de sus pueblos y no en la espera de la última novedad de París o de Nueva York, habrían penetrado la naturaleza y el calado de la Revolución cubana, negando su nombre a una maniobra que, afincada en informaciones ligeras, falsas y tendenciosas, ha dado armas a los opresores de sus patrias.

Apurando el examen de la protesta, se descubre la abismal distancia entre sus personeros y los escritores que, en aplastante mayoría, han unido su vida a la de nuestra Revolución. Los censores desaprensivos o maliciosos pretenden dividir en campos distantes la personalidad humana: de un lado, el mundo del creador, sin responsabilidades solidarias, y del otro, el territorio del hombre común, encargado de conducir lo colectivo. Ello explica el desenfoque y la culpa de la crítica falaz. El escritor que se siente parte de su convivencia y de su tiempo posee los elementos que condicionan el entendimiento exacto de los problemas sociales y no se equivocará jamás al enjuiciar un hecho histórico que es razón de su propio destino.

Aun es difícil que lo comprendan, debe decirse a los críticos irresponsables de nuestra Revolución que lo primero, para externar una opinión política, es conocer en la entraña la situación sobre la que ha de proyectarse. ¿No se habrán dado cuenta todavía de que levantaron injusticias y calumnias sobre un pueblo abnegado y heroico que es una plaza sitiada por el imperialismo y sobre el que se precipitan todas las provocaciones, agresiones e insidias del peor enemigo de la libertad y la dignidad humanas? ¿No habrán sospechado que al tratar de restar prestigio al movimiento libertador más profundo del continente, trabajaban contra el porvenir de sus propios países y robustecían las manos de los que mantienen y ahondan la miseria y la esclavitud en tres continentes?

Como era de esperarse, algunos firmantes han rectificado a tiempo, reconociendo el grave error. Por otro lado, figuras cardinales de la literatura americana han reiterado, con clara firmeza, su confianza en la Revolución cubana. Son los que traen a nuestro tiempo el perfil de grandezas. Son los escritores que honran el magisterio y la maestría de José Martí, que enseñó para siempre que la singularidad, la originalidad sorprendente de la obra viene de la lealtad a las grandes causas contemporáneas y de traducir en cada instante la voluntad libertadora de los pueblos.

No es negativo, a fin de cuentas, el balance del ataque deleznable. Más que nunca, se hace urgente la delimitación de los campos y el recuento infalible. La Revolución cubana debe conocer hasta el fondo a los que la aman y defienden y también a los que, enarbolando pretextos míseros, dan la mano a su gran enemigo. Junto a ella están los creadores enteros y verdaderos, dignos de la lucha que, por todos los medios, está librando la América Latina contra el imperialismo. Esa lucha vencerá sobre todos los obstáculos, y si los escritores infieles insisten en estorbarla, irá también sobre ellos el poder invencible. Están a tiempo de sumarse a una de las grandes tareas históricas de nuestra época, engrandeciéndose con su grandeza. Si persiste en hacer armas contra ella, serán sombra infeliz en la hora de la victoria. Están a tiempo de impedirlo.

No es ocioso decir a los calumniadores engreídos que la Revolución cubana con Fidel Castro en el mando, seguirá, sin vacilaciones ni debilidades, su difícil camino libertador y su solidaridad eficaz a todos los pueblos que luchan por su liberación. Con nuestra Revolución marchan los creadores dignos de formar en las filas militantes de la *segunda guerra de independencia americana*. Con ellos vencerá. Como en ocasión alguna, tiene vigencia la frase decisiva de Martí: «¡Los flojos, respeten; los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.»

EL ESCRITOR ANÍBAL PONCE*

Parece una verdad sin contradicción que fue Aníbal Ponce, entre los adelantados del marxismo en la América Latina, quien poseyó más arraigadas y definidas dotes de escritor. Ponerse en contacto con una línea salida de su mano es confirmarlo. Aunque es difícil y de dudosa legitimidad separar el pensador del artista, resulta evidente que hay en Ponce una virtud realenga, privativa, entrañable, que lo impulsa a decir su meditación en términos distintos y de perseguida y lograda belleza.

Fue el autor de *Humanismo burgués y Humanismo proletario,* escritor por nacimiento y voluntad, por ímpetu y disciplina; lo que quiere decir escritor con estilo. Su cláusula indagadora nace, sin excepción, con arranque luciente, dispuesta a probar su verdad con garbo peculiar. Su maestría es siempre el cauce sugestivo de la afirmación invasora. Su prosa quedará como uno de los momentos más felices de la literatura latinoamericana de su tiempo.

Cuando indagamos los elementos que coinciden en la excelencia de la prosa ponciana, hace presencia, en primer lugar, la grave cuestión del idioma, del lenguaje. Demos algún espacio al examen del instrumento traductor de su mensaje.

No es descaminado ni ocioso recordar los conceptos de Ponce sobre la lengua castellana en América, que encontramos en las páginas de El Viento en el Mundo. Es allí donde se levanta nuestro escritor contra un dominio idiomático ejercido desde Madrid; pero reconociendo la manquedad que supone no poseer un lenguaje propio, nacido en el camino dilatado, secular, de un proceso histórico, expresión cristalizada de un ser nacional. «Los argentinos, escribe, estamos obligados a tener con respecto al idioma el punto de vista de los españoles, a expresar nuestro nivel y nuestra hora con las formas envejecidas de un idioma en retardo.» Y recordando palabras de Fidel López, coreadas, a un siglo de distancia, por Eugenio D'Ors, asienta que el castellano no se aviene al comercio con una ciencia nacida y crecida muy lejos de la cultura peninsular.

Como salida a la contradicción entre un idioma viejo y un ímpetu adolescente, se inclina Ponce a la búsqueda de un nuevo intrumento en que cuaje, por la confluencia de todas las hablas, lo que él llama la *nueva unidad.*

De acuerdo con lo esencial de la fórmula ponciana, es evidente que no trasciende los límites de una gallarda generalización. Es presumible, desde luego, que en una perspectiva dilatada, sin término previsible, se integre en los pueblos latinoamericanos un idioma en que sea el castellano un ingrediente considerable, pero no fundamental. Con una visión más realista, más concreta y cercana, parece obligado que se forme en el Continente, en un futuro inmediato, un castellano renovado, de anchas y libres ramazones pero no infiel a su osamenta poderosa. Acaso la lengua de Aníbal Ponce es un gozoso anuncio de esa etapa cercana.

* Tomado de *Creación y revolución,* p. 217. Ed. UNEAC, La Habana, 1973.

Más que en los días de Ponce, el incremento demográfico de Latinoamérica, impetuoso, ascendente, explosivo, y las exigencias de su expansión cultural, están exigiendo e impondrán pronto un habla distinta, a escala con sus necesidades y propósitos; pero cuya integración habrá de afincarse en la recia y durable estructura del castellano. Un idioma hispánico obediente a un desarrollo vario y múltiple debe ser una herramienta decisiva para afirmar la unidad, presupuesto de nuestra liberación.

Están muy lejos los días en que podía gritar Clarín que España levanta una realidad invulnerable: al iniciarse la próxima centuria, ya a las puertas, la significación demográfica y cultural de la península será mínima en relación con el dilatadísimo territorio americano de habla castellana. El hecho impondrá la presencia de un lenguaje de riqueza y flexibilidad ahora imprevisible; pero que ha de responder, por razones históricas y conveniencias políticas, al tronco materno. Será nota esencial de la etapa naciente la creación de una intención y una perspectiva hasta aquí inexistente: la de avanzar en la novedad con los ojos puestos no en Madrid sino en la circunstancia bullente y agresiva. Si hasta aquí los *americanismos* han sido aceptados por la Real Academia con retaceo típicamente metropolitano, las formas idiomáticas de nuestro Continente dominarán tan anchamente que tendremos que anotar, desde nuestra orilla, los *españolismos* que persistan o aparezcan en los límites peninsulares.

Dolerá a los puristas la transformación intensa y dilatada de una lengua que nunca imaginaron: de un instrumento impuesto por cambios muy ajenos a sus cuidados maternales. En verdad habrá que satisfacer dos necesidades de mucha cuenta: la de lograr un habla de estructuras flexibles para el entendimiento continental en que la fuerza creadora de cada región se articule e integre en un gran conjunto dinámico, y la de responder puntualmente a la urgencia de absorber e irradicar el vocabulario científico y técnico en invasión creciente.

Olvidamos con frecuencia que el castellano, estratificado en fórmulas clásicas de singular elocuencia, no pudo salvar el retraso del país en que nacía. Trajo ello la aparición de un humanismo reaccionario, del que puede ser bandera simbólica el *que inventen ellos,* de Unamuno. Lo americano ha de negar tal aislamiento ensoberbecido, sin desprecio de lo que pueda, como articulación básica, recibir y transformar inquietudes y necesidades que se abren ante el futuro inminente.

Como todo idioma es una suma de equivalencias, los cambios históricos profundos mudan los términos de la ecuación. Un lenguaje que una a nuestros pueblos y viva en su servicio, ha de recoger las mutaciones en marcha. En una carrera cuyo término no puede señalarse, es posible la llegada de un idioma en que resuene como antecedente muy lejano su origen europeo.

Ocurriría en tal caso, cosa similar al del viejo latín, sustituido por hablas nacidas de su siembra en parajes diversos. No negaba Lenin la posibilidad de una lengua universal, pero abogaba por una que ofreciese a todos el usufructo innovador de las formas persistentes. En un equilibrio inestable en que pueda usarse lo heredado como basamento de un cambio ascendente, puede estar el destino cercano del idioma de América.

La prosa de Aníbal Ponce es un testimonio inicial de la vía que nos parece inevitable. Su condición de escritor extraordinario sube de la maestría de la lengua recibida, pero también del modo de usar la obligada herencia. La eficaz elocuencia de su período le viene no sólo del manejo certero de las fuentes nutricias sino de la posesión de culturas diversas y, sobre todo, del constante ejercicio de agilidad actualizante. Es cierto que los frecuentes argentinismos sobresaltan un poco nuestro hábito de la letra española, pero tal tributo a su grupo nacional no hiere la maestría dominante. Ya es hora, por otra parte, de que entendamos que la expresión propia de cada país latinoamericano ha de estar teñida de los usos de su cercanía y de que los llamados *americanismos* —cuando ganan por su aceptación y permanencia carta de naturaleza— no suponen deslealtad sino enriquecimiento del habla y anuncio de un idioma más legítimo y propio. ¿A qué esperar la inclusión de la palabra o la frase nuevas en los registros de la Academia de Madrid para otorgarles el visado?

Pero, las armas válidas se acreditan en el uso oportuno. Es este el momento de preguntarnos por qué una lengua fiel a sus orígenes y a su destino actual conduce a logros duraderos. ¿Por dónde andan las razones de esos logros?

Parece que debe situarse en primer plano la buida y connatural comunicación con la radical humanidad de las personalidades que caen bajo el análisis de Ponce. Nuestro escritor es por encima de todo, un sabio y desvelado espectador de las criaturas humanas, un testigo siempre sorprendido por la impronta del acontecer social en el ánimo de las naturalezas culminantes. Por ello, lamentaremos siempre que tal inclinación vitalicia no haya cuajado en un conjunto de biografías americanas similar a la que nos dejó sobre Sarmiento.

Pudiera decirse que no escasean en nuestro mundo los escritores hábiles en el sondeo de personajes eminentes, sin que alcancen con ello la altura de Ponce. Debe aclararse en seguida que la virtud penetradora está avalorada en él por dos facultades específicas: de una parte, la conjugación experta y sutil entre los valores de cada época y ambiente y su huella en el individuo atisbado. A ello lo conducen la cuantiosa información y, primordialmente, la calidad interpretativa que el marxismo le franquea. Conocer, de la mano de una creencia comprobada en los hechos, la marca de una época en sus espectadores y protagonistas ilustres ofrece como una doble visión, como un punto de vista desembarazado y soberano. Tal cosa se da en Aníbal Ponce, aunque se advierta, como después probaremos, que los raros poderes sufren como toda su expresión, el curso precipitado de su formación filosófica.

La segunda razón de su maestría biográfica reside en su calidad descriptiva, desbordada con exceso hacia lo majestuoso decorativo, pero que encuadra con superior eficacia los momentos estelares, trágicos y gozosos, de los modelos escogidos. Entre un extremo y el otro, nos entrega Ponce, en páginas ejemplares, la personalidad profunda de los que levantan su admiración o su desdén.

Por la conjunción de los poderes apuntados, es Ponce un retratista de muy alta escuela, que no en balde se extasió largas horas ante las obras de los pintores empeñados en dar con las íntimas esencias de las gentes de mayor destino. Recordemos dos ocasiones en que se conciertan gozosamente el entendimiento histórico y la rica sensibilidad, las estampas de Erasmo de Rotterdam y de Francisco María Fourier. Sobre Erasmo nos dice:

> No son muchos los reyes que podrían exhibir una iconografía más ilustre: Holbein lo pintó seis veces, Durero dos, Matsys una. El físico, a decir verdad, no valía gran cosa. Aún más, apenaba un poco con su aspecto frágil y su tez amarilla, sus cuidados perpetuos y sus temores incesantes. Erasmo era, en efecto, de esos hombrecillos escasos, puro hueso y nervaduras, friolentos y egoístas, escurridizos e incómodos; de esos hombrecillos molestos que se quejan siempre del estómago o del hígado, que temen las corrientes de aire, los contactos impuros, las comidas sin la adecuada sazón; de esos hombrecillos, en fin, que todos los días amenazan con despedirse de este mundo, pero que viven setenta años enterrando a sus amigos más robustos y consiguiendo siempre de cuantos lo rodean, los asientos más cómodos y los lugares más tibios.

Del utopista francés nos ha dejado Ponce una imagen exacta, rebosante de penetración y de buena gracia epigramática. Hela aquí:

> Era un viejecillo movedizo y frágil, con una hermosa corona de cabellos blancos. La frente abovedada, recordaba a Sócrates; y en los ojos azules, maliciosos o ausentes según las ocasiones, se encendían por momentos la chispa del humorista o la llamarada del profeta.
>
> Minucioso hasta la manía, correcto hasta el escrúpulo, descendía a la misma hora, todas las mañanas, de su modesto granero en la calle de Saint Pierre Montmartre: sin una arruga la levita azul, sin una mancha la corbata blanca. Con la alegría de un niño que concurre a una parada, marchaba luego con paso vivo hasta las Tullerías y una vez allí, entre el montón de los curiosos, aguardaba, emocionado, el relevo de las tropas, feliz de tantos tambores, entorchados y clarines. Con el último redoble, retomaba el camino de su café favorito en el Palais Royal, rebosante de fuerza su corazón de buen francés, un buen francés de 1830 para quien sólo existían en el mundo dos enemigos de temer: Inglaterra y los judíos.

Los que deseen saturarse del garbo estilístico de Ponce deben leer los párrafos finales de sus ensayos. Allí se ensanchan las excelencias peculiares. La culminación de sus meditaciones sobre tiempos y gentes recuerda la intención de ciertas sinfonías, que van acumulando en su curso los elementos que impondrán el remate clamoroso. Y como en algunas sinfonías de esa cuerda, se maneja delicadamente por nuestro escritor el sutil contrapunto que comunica la culminación radiosa con el anuncio de una nueva hazaña. La exaltación final deja abierta siempre la interrogación esperanzada. Como Ponce cree en lo que afirma, el *suspenso* que acompaña el colofón elocuente apunta, sin excepciones, al cumplimiento de su predicción. Cada ensayo es la invitación a un nuevo encuentro, que llevará al siguiente. Para tocar este *crescendo*, en que las savias inquietas cuajan el fruto mejor, deben leerse, entre otros, los párrafos con que terminan la *Visita al hombre futuro*, el *Elogio del manifiesto comunista* y las palabras con que cierra, en octubre de 1937, su lectura sobre el centenario de Fourier.

Debemos señalar todavía los dos registros en que mejor alumbra y vence la facultad descriptiva del escritor: en el conjunto de gran despliegue paramental, en que se trenzan el hombre y su contorno, y en la anotación emocionada de los momentos decisivos de sus héroes. Es fuerza ofrecer dos ocasiones apicales: la alusión al instante en que estalla *la joie de vivre* de la flamante burguesía renacentista y los términos, de sobria y viril ternura, en que el luchador sin fatiga que fue Sarmiento —«siempre agresor y siempre agredido»—, resigna su imperio excluyente. Al referirse al diario exaltado del burgués florentino, escribe Ponce:

> En las páginas modestas del libro de memorias de un oscuro comerciante de Florencia, Giovanni Rucellai, el Renacimiento nos ha dejado con el orgullo de la burguesía naciente, toda la satisfacción de la nueva clase que se echaba a caminar. De la historia de ese mercader muy poco o casi nada ha llegado hasta nosotros. Pero quizás por lo mismo tiene su testimonio un alcance extraordinario; nos conmueve su voz con máxima elocuencia. Una mañana tal vez, en que Rucellai se detuvo más allá de lo habitual a contemplar desde la altura de Vallombroso la silueta casi perdida de su ciudad nativa con sus fuerzas guerreras, sus flechas y sus domos; o una tarde quizá entre el pueblo de estatuas de la plaza de la Signora, mientras el sol poniente pintaba de azafrán las maravillas del Palazzo, el oscuro mercader sintió hasta tal punto la alegría de vivir que no pudo menos que volcar en su libro de memorias esta prodigiosa acción de gracias que nunca es posible leer sin emoción: «Gracias te sean dadas, Dios Mío, por haberme hecho nacer en esta ciudad y en este tiempo.» El grito de júbilo no correspondía a un momento pasajero ni a una embriaguez individual; casi con idénticas palabras resuena en Mateo Palmieri, su compatriota; y lo recoge en Alemania, casi un siglo después, Ulderico de Hutten: *O saeculum! O littera! Juvat vivere!*

Las palabras en que nos da Ponce la muerte de Sarmiento conciertan el trazo indagador con la emoción pudorosa. Dicen así:

> Hablando confusamente, reconociendo apenas, en la madrugada del día 11 pidió al nieto Julio que lo llevara hasta un sillón. Frente a la ventana abierta de par en par, esperó que amaneciera.
>
> En la noche tranquila las estrellas del trópico brillaban, y un suave agitar de hojas se entremezclaba en la brisa al sordo rumor del río vecino. Quedó allí un largo rato, y cuando la luz del alba llegó hasta él, sintió, por primera vez, un invencible deseo de reposo.

Leyendo a Ponce se sospecha en alguna ocasión que la sensibilidad del artista estorba y desvía el rumbo del adoctrinador marxista. Es ostensible que el tono emocional, la angustia del decir inusitado, distraen la atención del severo deber de orientar y definir. La reiteración del conflicto plantea la cuestión de si la espera de la palabra distinta adormece la mano del indagador científico.

Si creemos en el testimonio de Mehring, aportado por Ponce, la «rebusca insistente» del término exacto aquejó también a Carlos Marx. Nuestro ensayista alude a la dolencia de este modo:

> Paseando de un lado a otro a través de su cuarto de trabajo —un poco inclinada sobre el pecho la cabeza soberbia de greñas aborrascadas—, gustaba poner en orden sus pensamientos largo tiempo antes de hacerlos descender hasta la punta de la pluma. Pero una vez sentado a trabajar, la lucha del estilo, no menos penosa que la otra, comenzaba. Porque aquel moreno muchachote de treinta años, guardaba un noble amor por Homero y por Virgilio a pesar de su Hegel y Ricardo. Trece años atrás, al dar prueba de composición literaria en el Gimnasio de Tréveris, el jurado le había rendido un elogio cabal, pero no tan completo, sin embargo, para no permitir insinuarle algún reproche por la rebusca insistente de la expresión inusitada y la metáfora suntuosa. Esa «rebusca insistente» no había disminuido en la madurez: en Marx el pensador no miraba en menos al artista.

Más de una vez —lo he recordado en otra ocasión—, vi trabajar a Aníbal Ponce. En su modesta habitación de expatriado, situada sobre la agencia de la Ford Motor Company, no lejos del Monumento a la Revolución y en lo más céntrico de la ciudad de México, asistí al nacimiento de algunas de sus páginas de mayor vuelo. Sufría como su maestro y profeta, la sed de la forma insuperable, pero con modalidad distinta. Al tomar el lápiz, la batalla estaba dispuesta hasta en sus incidencias menores: se había librado ya en largos paseos matinales por la vieja Alameda y la escritura salía desbordada, sin esperas ni titubeos. La creación fluyente, parto fisiológico, dejaba

la impresión de un trabajador robusto, dueño de su oficio y señor de sus maestrías.

Pero no olvidemos que en las ocasiones atisbadas andaba el meditador a poco trecho de su muerte, en las vísperas de la cuarentena. Había llegado a un equilibrio radiante inusual, entre la sabiduría y la invención. Su sentido experimental, testimonial, del hallazgo expresivo le permitía usarlo no como desvío placentero sino como esclarecimiento de la tesis sustentada. Tan fecunda dependencia no había asistido al escritor en sus días juveniles, como se advierte al leer sus páginas iniciales.

En los dos volúmenes que consagró Ponce a Sarmiento, tan poblados de dichos felices y comentarios oportunos, el joven biógrafo se deja ganar, apresar, por la personalidad invasora del protagonista, componiendo una apología fervorosa que impide al orientador político señalar la luz y la sombra en el pensamiento y en la acción del peleador encarnizado. Si se mira a los dos libros como canto a la hazaña personal y elogio de una pasión sin treguas, el lector puede quedar satisfecho; pero si espera que un pensador político juzgue a otro en su mismo terreno, señalando aciertos y errores, quedará defraudado. Muy distante del balance ideológico que toca a un marxista, los dos libros tempranos quedan, en su naturaleza apologética, como extremos brillantes en la polémica desatada alrededor del pensar y el hacer del autor del *Facundo*.

Ya sabemos que el caso de Ponce no es solitario. También en el joven Martí puede anotarse la invasión insistente de la letra errabunda en la tarea orientadora. ¿No alude él mismo a las horas que le lleva, quieta la pluma, la búsqueda de la palabra mejor? En nuestro libertador, sin embargo, se distingue la escritura —prosa o verso—, en que el creador literario reivindica sus fueros y se entra sin amarras por sus galerías recónditas, aunque se duela después de que el demonio lírico haya restado espacio al quehacer revolucionario. En Ponce las cosas ocurren de otro modo: la delectación en el giro sorprendente se da siempre en la vía de la indagación responsable. Es por ello que leyéndolo se clama, a veces, por una decisión que ponga las cosas en su punto.

La decisión aparece, sin duda, al paso del tiempo. Queda claro que el mando del decir inesperado sobre la investigación rigurosa tiene relación íntima con el tránsito ideológico de Ponce. Hemos discurrido en otro lugar sobre el *camino de perfección* que es la obra ponciana. Pasa, en tiempo brevísimo, de los hierros positivistas de su noble maestro Ingenieros a las prédicas libertadoras de Marx, Engels y Lenin. En el tránsito, ni fácil ni incruento, va ajustándose el decir a la creencia y en sus páginas postreras es evidente el avance de su magisterio sobre las formas que lo encarnan. El artista no muere, no puede morir: asiste con sus reflejos el saber generoso, alumbrando con sobria fidelidad, la afirmación magistral.

Sería despropósito imaginar, en hombre de la entraña de Aníbal Ponce, el razonamiento seco y tajante, sin corona de gracias. Su fe le fue ordenando, jerarquizando, las dotes numerosas; y todo estaba dispuesto cuando, a des-

tiempo, la muerte le cortó el vuelo. Se truncó en él un arranque dichoso en que iban a conjugarse en nueva medida, la ciencia y el arte, el rigor y el ensueño. Sus últimas páginas anuncian la hazaña. A veces, en la vigilia sileciosa, le llegan los viejos clamores, reclamando con imperio su derecho de primogenitura. Oye largamente las remembranzas deleitables, se hunde en sus brumas, pero, al fin, en un ademán sin regreso, les toma la voz y la pone al servicio de la meditación libertadora.

París, diciembre de 1971.

SOCIALISMO Y CULTURA*

> Si la cultura, en su condición de bien universal, sólo puede lograrse en una sociedad socialista, queda dicho que el modo mejor, el modo infalible de servir a la cultura, es el de luchar por el socialismo.

Una vieja costumbre situaba a la puerta de los espectáculos voceros que proclamaban enfáticamente sus calidades y virtudes. No puede ocurrir así en el caso presente si se penetra el significado de lo que va a contemplarse en seguida. Situando aparte la maestría con que se han avecinado y destacado los elementos que integran esta exposición —por lo que merecen mucho elogio sus realizadores—, su sentido no puede ser más claro y convincente.

La muestra que vamos a ver es en lo principal, un lúcido testimonio del proceso histórico de nuestro pueblo, aunque también se ofrezca una sobria noticia de lo alcanzado por otros países socialistas. Son tan conocidos los magnos aportes del mundo socialista a la cultura, que no se hacen indispensables comprobaciones de lo que está en la conciencia de todo nuestro pueblo.

Sabemos bien que los que van a entrar en este laberinto elocuente quedarán apresados por una imagen dramática en que la justicia va naciendo y renaciendo de la sangre derramada sin cansancios ni miedos. Desde la llegada de las carabelas hasta la victoria de la Revolución encabezada por Fidel Castro, se enfrentan aquí, en duelo a muerte, la acción opresora y el ímpetu libertador. Al terminar el recorrido de este túnel de asombros y sorpresas, queda la evidencia de que nada se ha dado al pueblo de Cuba sino al precio de la vida y que, como contrapartida inseparable, la existencia ennoblecida y superada ha seguido siempre al sacrificio sin fronteras.

* Estas palabras fueron leídas al abrirse la exposición «El arte, un arma de la Revolución», durante la Sexta reunión de ministros de Cultura de países socialistas, en La Habana, en marzo de 1974. Tomado de Juan Marinello: *Contemporáneos II. Noticia y memoria*, p. 237. Ed. UNEAC, La Habana, 1975.

En los primeros tiempos alimentó nuestra economía la más inicua invención de los hombres, la esclavitud. No fue su final la convivencia justa que muchos imaginaron: la dureza colonial de la Corona española defendió sus raíces y mantuvo intactas sus garras inhumanas. Cuando, por el martirio y el heroísmo continuados, pareció que se acercaba la hora de gozar el fruto del secular desangramiento, un verdugo más inescrupuloso y violento vino a caer sobre Cuba.

Si Julio Antonio Mella dijo una vez que no había gozado nuestro país un solo día de libertad, reconocía con ello una supeditación hasta entonces invencible y denunciaba, con sagacidad singular, el dominio del imperialismo más poderoso de la historia. Su predicción libertadora se ha cumplido. Vivimos ya en la hazaña difícil pero invencible que es la construcción del socialismo, camino del comunismo. Y está bien y tiene mucho sentido que en el momento del triunfo irreversible se recuerde, a lo largo de estos murales gigantescos, el desfile heroico de los que trajeron con su muerte la igualdad dichosa de esta gran hora cubana.

Ha sido ocurrencia feliz de los constructores de esta impresionante exposición la de sentir a José Martí como una aparición benéfica, en etapas distintas de nuestro camino colectivo. La frente anunciadora de nuestro libertador aparece en tiempos remotos, como una de esas claridades que anuncian en nuestros campos la aurora distante; reaparece en los días fundadores de la Guerra Grande; vuelve, para asumir su responsabilidad inmediata, como guiadora en la «guerra necesaria» del 95; aparece como contemporánea de Mella y de Rubén en la dura pelea de su tiempo; acompaña a Fidel y al Che en el diario heroísmo de la Sierra Maestra y marcha por fin, junto a las imágenes de Marx, de Engels y de Lenin, hacia un mañana que es la más colmada realización de su grandeza.

Existe todavía otra razón de validez primerísima para hacer de Martí una presencia reiterada y oportuna. Se abre esta exposición como un testimonio y un homenaje a los ministros de Cultura de los países socialistas, es decir, a los representantes de la verdadera cultura, de la cultura humana, humanista y libertadora. Y no hay pequeña vanidad nacional en proclamar que fue Martí ejemplo anticipado de esta nueva medida de la tarea creadora. Haciendo de la palabra y de la acción un solo servicio fraternal, dejó, para su tiempo y para el nuestro, estas dos verdades primordiales: que la virtud expresiva no es cosa distante sino porción del destino de la sociedad y del hombre y que, en la medida en que se es fiel a las grandes causas del tiempo en que vivimos, se superan y culminan las calidades de la tarea intelectual.

Nunca fue la cultura en nuestro suelo este noble ejercicio superador abierto a todas las criaturas, que crece y vence en la Cuba socialista. Una revolución que enseñó a leer a todos los cubanos no puede sino asegurar a cada uno el goce de las más cumplidas manifestaciones de la ciencia y del arte. Si nuestra Revolución echó abajo toda diferencia injusta viene obligada, por

su condición socialista, a dar a todos y a cada uno la misma posibilidad en el conocimiento y en la creación.

Esta realidad nueva y superior que sólo puede ofrecer una sociedad sin clases, supone una responsabilidad sin debilidades ni reposo. Si la cultura, en su condición de bien universal, sólo puede lograrse en una sociedad socialista, queda dicho que el modo mejor, el modo infalible de servir a la cultura, es el de luchar por el socialismo.

Por esta razón irrebatible, estimamos tanto que se efectúe en nuestra tierra la Sexta reunión de ministros de Cultura de los países socialistas. Sabemos bien —y lo saben nuestros enemigos— que todo acercamiento de los trabajadores de la cultura dentro del campo socialista es un paso importante en el camino de la liberación humana, del libre vuelo de las fuerzas, por tanto tiempo comprimidas, que hacen de cada ser humano una ocasión de grandeza inmedible. Nuestra gratitud a los encargados del quehacer cultural en la porción más libre de la tierra, encabezados por la grande, querida y heroica Unión Soviética, ha de ser y es sincera y profunda. Trabajamos juntos por una nueva edad, cuyas excelencias no puede medir la imaginación más exaltada.

Este encuentro feliz nos ha confirmado en la creencia de que el desarrollo cultural limpio de presiones ilegítimas y nacido de las más generosas tradiciones nacionales es el sendero más firme para hacer del saber y la invención una gran empresa universal. Esta verdad nos fuerza a luchar sin descanso contra toda sumisión deformadora y en término primero, contra el imperialismo, enemigo mayor de la verdadera cultura.

Hemos reconocido en nuestros debates fraternales que un mejoramiento considerable se muestra en las relaciones internacionales. La creciente conciencia de paz de los pueblos, la liberación de regiones señoreadas por la opresión extranjera y la lúcida y firme política de paz de los pueblos y gobiernos socialistas han traído una nueva esperanza, que no puede quedar defraudada. Y debe decirse que es precisamente frente a estos hechos favorables, que ha de vigilarse sin cansancio la trayectoria cultural en pueblos y continentes. Es ahora, cuando se advierte cuanto debe significar la faena cultural para la implantación de una paz duradera. El mundo se aboca a grandes cambios favorables y los responsables de la ciencia, la educación y la cultura tienen sobre sí una tarea decisiva.

La exposición que vamos a visitar de inmediato es bastante a convencer de que nada puede sobrevivir afincado en la diferencia opresora. De este largo combate ha surgido, con la sociedad socialista, la cultura libertadora que estamos impulsando. Bajo las banderas del marxismo-leninismo el camino será firme y la victoria cierta. Y como en esa vía de triunfo hemos dispuesto las armas para las grandes luchas del futuro inmediato, medimos la oportunidad y la excelencia de esta reunión de ministros de Cultura de

los países socialistas y, al estimarles grandemente su estimulante presencia, les decimos que la tierra cubana, fiel a las tradiciones que en esta exposición se muestran y a la clarividencia de su Partido Comunista y de su líder Fidel Castro, no les fallará en la obra de construir la cultura hecha y crecida en nuestras convicciones y principios.

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Acosta, Agustín, 7, 80, 81, 83
Acosta, Cecilio, 333, 362, 371, 404
Alberdi, 315, 371
Alberti, León Battista, 214, 216
Alberti, Rafael, 193, 194, 341
Alejandro, 29
Alfonso XIII, 42
Alonso, Dámaso, 223, 372
Altamirano, 362, 371, 378
Altolaguirre, Manuel, 193, 195
Altoviti, 212
Allendy, 192
Amorim, Enrique, 175, 177, 375
Andréyev, 266
Andrelín, Fausto, 224
Ango, 212
Annunzio, Gabriel d', 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 147, 358
Aponte, Carlos, 332
Aragon, Louis, 146, 148
Aragona, D', 133
Araquistain, Luis, 113, 114
Arciniegas, Germán, 338
Arconada, César, 193, 194, 195, 196
Archipenko, 129
Aristóteles, 241
Armand, 281, 282, 283, 284, 285, 287, 289, 291
Aroquet, François, 185
Arpino Cavalier d', 130
Arráiz, Antonio, 332
Asáfiev, 259
Asmirnov, 257
Astrana Marín, Luis, 236, 237, 238, 243
Asturias, 375
Augier, Ángel, 313
Aulard, 174
Averchenko, Arkadi, 175, 428
Azaña, 194
Azorín, 108

B

Bakunin, 99
Balbuena, 417
Baldesi, 133
Baliño, 14, 51
Balzac, 109, 263, 265, 266, 291
Balla, 138
Banville, 364
Baquero, Gastón, 326, 327, 328, 329
Barbusse, Henri, 178, 179, 191, 235, 428
Barnave, 187
Baroja, Pío, 159, 160, 193
Barral, 195
Barrès, Maurice, 109, 123, 171, 207
Bartolomeo, fra, 261
Bartolozzi, 195
Bataille, 106
Baudelaire, 102, 364, 366, 367
Bayle, 218
Bazán, Armando, 195
Beaumarchais, 261, 262
Bécquer, 372
Becher, Johannes R., 167
Beethoven, 346
Beltrán Massés, 130
Bellarmino, 223
Bello, Andrés, 303, 369, 370, 371, 378, 418
Benavente, 29
Benda, Julien, 162
Benelli, Sem, 135, 136, 137
Benoit, 178
Bergson, 185
Berl, Emmanuel, 178
Bermúdez Francisco Luis, 376
Bernardin de Saint-Pierre, 300,
Bernstein, 257
Berquin, 233
Besymenski, 270, 276
Blanco Fombona, Rufino, 359
Blasco Ibáñez, Vicente, 23, 24, 25, 26, 41, 42, 48, 158, 159, 160
Bleibtren, 180
Blok, Alejandro, 266
Boccaccio, 211, 239
Boccioni, 138

Bolívar, Simón, 20, 21, 26, 305, 332, 333, 337, 343, 371, 418, 435
Bontempelli, Massimo, 145, 147, 153, 155
Borges, Jorge Luis, 126, 304
Bossuet, 263
Boucher, 261
Bouchitte, 231
Bouglé, 281
Boyer, 198
Bracco, Roberto, 136
Brandao, Raúl, 246
Breton, André, 146, 148, 164
Briand, 161
Brillat-Savarin, 285
Broullet, André, 174
Brueghel, 346
Brunetière, 361
Brunetler, 268
Brunet, 240
Bruno, Giordano, 217, 218, 219, 222, 237
Buffon, 181
Bujarin, 272
Bullrich, Santiago, 379
Bunin, Iván, 175, 176, 177
Burckhardt, Jacobo, 215, 216, 217, 222, 244
Burghi, Juan, 376
Byron, 373

C

Cabet, 292
Cáceres, Hugo, 175, 176
Cambon, 173
Camerini, Eugenio, 228
Campanella, 133, 217
Cané, 374
Cangiullo, 139
Canova, 264
Capus, 106, 148
Caravaggio, 130
Cárdenas, Lázaro, 9
Cardoza y Aragón, 353
Carli, Mario, 135, 140
Carlos V, 212, 234, 241
Carlos IX, 215
Carmona, Darío, 195, 198
Carnot, Lázaro, 187
Carpentier, Alejo, 421
Carrá, 138, 139
Carranza, 75
Casal, Julián del, 356, 363, 364, 365, 366, 367
Castañeda, 74
Castelanu, 210
Castro, Fidel, 343, 349, 387, 389, 390, 404, 407, 414, 431, 438, 441, 449, 450, 451
Castro, Rosalía de, 372
Catilina, 29
Cavaignac, 184
Cendrars, Blaise, 126, 154, 178
Cervantes, 15, 104, 347, 380, 422
César, Julio, 73
Cicerón, 29, 214
Céspedes, 305
Clarín, 443
Clement, Nicolás, 254
Cocteau, Jean, 146, 165, 266
Colenso, 182
Colón, 42, 211
Columela, 215
Collazos, 439
Compayre, 240
Comte, 265
Conrad, 305
Conradi, Herman, 180
Considérant, Victor, 287
Conus, 275
Copeau, A., 105, 106
Copérnico, 211, 233
Corneille, 255, 367
Cornu, 292
Cortázar, 439
Cortés, 303, 417, 435
Coubert, 109
Cristina [de Suecia], 241, 242
Croce, Benedetto, 135, 136, 225
Crommelynk, Fernando, 106, 148, 154
Crowder, Enoch H., 15, 22
Cuvier, 182
Cuauhtémoc, 435

Ch

Chaguiñan, Marieta, 269
Chaikovski, 344
Chamson, André, 165, 166, 167
Chaplin, 78, 153, 154, 155, 156, 157, 334
Chateaubriand, 255, 263, 265
Che [Ernesto Guevara], 435, 450
Chéjov, 106, 266, 407, 408
Chernishevski, 428

Chigi, 212
Chicherin, 133
Chocano, Santos, 21, 67, 112, 357, 358

D

Dadá, 167
Dante, 102, 109, 174, 381, 422
Dantón, 26, 173
Darío, Rubén, 46, 112, 200, 341, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 367, 368, 369, 374, 377, 379, 380, 381, 382, 385, 386, 427
Darwin, 197
Daudet, A., 178
Daudet, León, 207
Dedonder, 192
Defoe, 263
Delavigne, 364
Delteil, Joseph, 148
Demóstenes, 29
Dempsey, 36
Descartes, 159, 239, 242
Deutsch, Alexandre, 275
Díaz, Leopoldo, 357, 364
Díaz, Porfirio, 74
Díaz Mirón, Salvador, 25, 357, 374
Díaz Sánchez, 375
Dickens, 291
Diderot, 182, 220, 255, 261, 262, 264, 265
Diez-Canedo, Enrique, 358
Dilthey, 214, 216, 222
Dimitrov, Jorge, 344
Dinamov, 257, 266
Donatello, 210
Dopp, Martín, 233
Dorgelès, 179
Dorticós, 347, 348
Dostoyevski, 102, 266, 321, 365, 407, 408, 411, 429
Doumergue, 207
Drieu La Rochelle, 146, 165
Duhamel, 163, 178, 179, 220, 235
Dumas, Alejandro, 153
Dumur, 179
Durand de Laur, 221, 224, 231
Durero, 219, 445

E

Echeverría, 368, 370, 371
Ehrenburg, Ilyá, 194, 254, 322
Einstein, 94, 103
Elmore, Edwin, 113, 114, 115
Éluard, 148
Emerson, Ralph-Waldo, 121, 188, 377
Engels, Federico, 5, 71, 99, 198, 199, 209, 228, 229, 230, 246, 253, 264, 269, 276, 277, 278, 282, 292, 347, 427, 448, 450
Epicuro, 241
Erasmo, 181, 215, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 237, 238, 239, 244, 245, 246, 445
Erro, Carlos Alberto, 302, 303
Esenin, 177
Estrada, 374
Eulenberg, 214
Evolá, 139

F

Fay, Bernard, 365
Farinacci, Roberto, 136
Fernández Sánchez, Leonardo, 35
Ferri, 171
Feuerbach, 189
Ficino, Marsilio, 210, 217, 238, 239, 244
Flaubert, 264, 265, 375
Flegg, Edmund, 207
Folgore, 138
Fonkén, 97
Fournier, 192, 284
Fourier, Charles, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293
Fourier, barón de, 282
France, Anatole, 148, 158, 243
Franco, Luis Leopoldo, 45, 46, 377, 381
Francos Rodríguez, 119, 121
Frank, Leonardo, 180
Frank Waldo, 121, 148
Freinet, 198
Freud, 155
Freville, 267
Freyre, Jaime, 357
Friche, 257
Fugger, Jacobo, 211, 212
Funck-Brentano, Frantz, 209, 212, 214, 215, 230

G

Galán, Formín, 194
Galileo, 233
Gallegos, Rómulo, 358, 375
Gaos, José, 421
García Lorca, Federico, 349
García Merou, 374
García Pérez, Severo, 306
Garcilaso, El Inca, 301, 417
Garland, Antonio G., 113
Gautier, Teófilo, 129, 263, 264, 266, 358, 364, 366, 367
Gebhart, 211, 215, 216, 217
Gentile, Giovanni, 135, 136, 184, 185, 209, 211, 218, 230
Gérard d' Houville, Mme, 301
Gibson, 176
Gide, André, 219
Gide, Charles, 142, 281
Gilson, Étienne, 209
Giolitti, 131
Giovio, Paolo, 223
Giraudoux, 165
Girondo, 126
Gobetti, 152
Goethe, 102, 180, 188, 235, 255, 426
Gógol, 271
Gómez, Juan Gualberto, 402
Gómez, Juan Vicente, 27
Gómez, Francisco, 26
Goncourt, 367
Gondra, Manuel, 20
González, Manuel Pedro, 355, 363, 364, 365, 366, 368, 369, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 382
González Martínez, Enrique, 375, 363
González Prada, Manuel, 27, 362
Gorki, Máximo, 79, 144, 175, 177, 219, 251, 266, 267, 269, 270, 336, 347, 380, 428, 431
Gourmont, Rémy de, 361
Govoni, 138
Goya, 195, 347
Gracián, 299
Gramatges, Harold, 409
Gramsci, 167
Grau, Jacinto, 104
Grosz, George, 167
Groussac, 362, 374
Guicciardini, 217
Guillén, Nicolás, 350, 358, 375, 376
Guillermo II, 180
Güiraldes, Ricardo, 126, 301, 302
Guiteras, Antonio, 332
Guizot, 229, 241
Gutiérrez, 368, 370
Gutiérrez Nájera, 357, 364
Guyau, 46

H

Haeckel, 197
Hasenclever, 180
Hauptmann, 180
Haya de la Torre, Víctor Raúl, 6, 66
Hegel, 283, 286, 287, 447
Heine, 189, 373
Helvecio, 182
Henríquez Ureña, Max, 355, 356, 357, 358, 361, 362, 364, 368
Henríquez Ureña, Pedro, 299, 368, 371, 374, 420
Henry, Lucien, 213
Heredia, José María, 26, 83, 326, 330, 332, 346, 358, 364, 367, 369, 378, 411, 418
Hernández, Eusebio, 36, 51
Hernández Catá, 308
Herrera, Oscar, 31
Herrera y Reissig, 200, 357
Herriot, 140, 142, 143, 161
Herzen, 428
Hesíodo, 225
Hesse, Hermann, 179
Hidalgo, 329
Hidalgo, Alberto, 156
Hitler, 192, 322
Holbein, 219, 220, 445
Homero, 225, 447
Horacio, 280
Hostos, 360, 368, 371
Huerta, Victoriano, 74
Hughes, 20, 21
Hugo, Víctor, 160, 172, 255, 357, 367
Huidobro, Vicente 145
Hutten, Ulderico de, 239, 279, 446
Huysmans, 266, 364

I

Icaza, 374
Ingenieros, José, 9, 29, 36, 63, 93, 112, 170, 436
Istrati, Panait, 148

J

Jacob, Max, 164
James, Williams, 121
Janet, 286
Jaspers, 230
Jaurès, 173, 174
Jenofonte, 215
Johannet, René, 162
Joyce, James, 155
Juana [Inés de la Cruz], Sor, 417
Juárez, Benito, 323, 337
Julio II, 212

K

Kámenev, 79
Kautski, Minna, 269
Kean, 255
Kellog, 75
Kepler, 286
Kerenski, Alejandro, 79
Kim (Ver Mella)
Kipling, 201
Kogan, 272
Korolenko, 175
Kropotkin, 99
Krúpskaia, 250
Kun, Bela, 167
Kuprin, 175, 177

L

Labré, A., 182
Labriola, Antonio, 135, 139
Lafargue, 229
Laforgue, 364
Lalande, 174
Langevin, 190
Larbaud, Valéry, 126
Larocque, 207
Larra, 108
Lassalle, 257, 278
Laserre, Pierre, 182
Lastarria, 368, 370, 371
Latsis, Anne, 257
Lazcano Tegui, Vizconde de, 175
Leconte de Lisle, 358, 361, 364, 366, 367
Lee, Sidney, 236, 255
Lefèvre, Raymond, 167
Legran, 252
Leguía, Augusto Bernardino, 27, 29
Lemaitre, 267
Lenin, Vladímir I., 5, 6, 50, 65, 69, 70, 72, 74, 78, 79, 81, 90, 138, 146, 153, 166, 168, 185, 198, 199, 236, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 266, 267, 378, 412, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 444, 448, 450
Lenormand, Henri, R., 205, 206, 297, 298, 275
León X, 212, 232, 233
León, María Teresa, 194, 195, 196
Leonardo, 240
Leone, Enrico, 71
Leopardi, 373
Lerroux, 196, 286
Leroy, 283
Leviné, Eugenio, 166
Levitán, 344
Lévy-Bruhl, 184, 190
Liebknecht, 166
Liliencron, 179
Lindbergh, 75
Lipman, 275
Lisenko, 321
Lope de Vega, 242
López, Narciso, 332
López, Vicente Fidel, 442
Loveira, Carlos, 307
Lucrecio, 241
Luengo, José, 228
Lugones, Leopoldo, 67, 112, 114, 200, 357, 358, 361
Lukacs, 265
Lunacharski, Anatoli, 60, 140, 141, 142, 143, 144, 163, 252, 258, 267,
Lutero, 222, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 235, 238, 381
Luxemburgo, Rosa, 166
Lysenko, 273

Ll

Lloyd George, David, 153

M

Mac Donald, 153
Maceo, Antonio, 26, 332
Machado, Antonio, 336, 376
Machado, Gerardo, 195
Machado, Manuel, 359
Madero, Francisco I., 74

Maeztu, Ramiro de, 171, 172, 193
Maffeo Vegio, 217, 238
Maison, 215, 221, 222, 224, 228, 231
Maistre, José de, 286
Malapert, 289
Mallarmé, 358, 360, 361
Manet, 220
Manetti, 211
Mann, Tomás, 179
Manucio, Aldo, 223
Manuilpi, 273
Maquiavelo, 214, 217, 218
Maragall, Joan, 372
Marañón, 193
Marc, Franz, 129
Marcenac, Jean, 376
Marco Aurelio, 214
Marcu, Valerio, 185, 236
Mariátegui, José Carlos, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 20, 26, 31, 79, 88, 93, 129, 131, 134, 137, 140, 163, 165, 437, 438
Marinello, Juan, 5, 8, 9, 10, 11, 26, 67, 163, 170, 181, 297, 343, 351, 355, 405, 415
Marinetti, Felipe T., 135, 136, 137, 138, 139, 343
Márquez Sterling, Adolfo, 50
Martí, José, 5, 6, 7, 10, 26, 36, 47, 49, 50, 51, 83, 112, 305, 310, 317, 323, 330, 332, 333, 336, 337, 340, 341, 342, 343, 346, 347, 355, 358, 359, 360, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 411, 412, 418, 422, 426, 427, 432, 433, 436, 437, 438, 441, 448, 450
Martínez Dalmau, 329
Martínez Villena, Rubén, 7, 9, 311, 326, 346, 437, 438, 450
Mártir, Pedro, 301
Marx, Carlos, 5, 8, 65, 70, 71, 75, 99, 133, 153, 167, 187, 189, 197, 198, 199, 216, 231, 232, 237, 246, 253, 257, 260, 263, 267, 277, 283, 287, 292, 411, 412 426, 427, 447, 448, 450
Masaryk, 161
Mathiez, Albert, 172, 173, 174, 187
Matsys, 219, 445
Matteotti, Giacomo, 136
Maublanc, 281, 282, 283, 284, 285, 287, 289, 291
Maupassant, 201
Maura, 121
Maurras, 123
Maximiliano, 212
Mayakovski, 126, 142, 143, 251, 252, 409, 430
Médicis, Cosme, 212, 213, 217
Médicis, Lorenzo, 212, 216, 217, 239
Mehring, 189, 253, 257, 447
Mella, Julio Antonio, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 17, 20, 24, 25, 26, 31, 33, 35, 38, 39, 40, 46, 50, 59, 65, 67, 79, 80, 437, 438, 450
Méndez, Concha, 195
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 372
Merchán, 374
Merezhkovski, 177
Messer, 209, 213
Michelet, 173, 174
Miguel Ángel, 210
Mijailovski, 428
Mikhaël, 364
Millerand, 161
Mirabeau, 26
Miranda, 332
Mirándola, Pico de la, 211, 240
Mitchurin, 273
Mitre, 371
Modigliani, 130
Moheno, 67
Molotov, 254, 271
Monakov, 259
Monner Sans, 364, 365
Monnier, 210, 211, 216, 217, 237, 240, 279
Monroe, 21
Montalvo, Juan, 112, 360, 371
Montégut, 238, 258
Montenegro, Carlos, 308
Montesquieu, 328
Montoro, Rafael, 310
Monzie, De, 163
Morand, Paul, 126, 146
Moréas, 358, 364
Morley, Sylvanus, 351
Moro, Tomás, 220, 223, 224, 292
Moussinac, 275
Muiron, Justo, 287

Munzer, Tomás, 233
Mussolini, Benito, 68, 73, 101, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 140, 145, 161

N

Napoleón, 68, 73, 182, 281, 287
Navarro Monzó, 154
Nekrásov, 428
Neruda, Pablo, 327, 358, 375
Nervo, Amado, 112, 416
Newton, 285, 286
Nezval, Viteslav, 376
Nicolski, Víctor, 60
Nietzsche, 46, 64, 278
Nigurina, 275
Nizan, Paul, 240
Nuñez de Arce, 373

O

Olmedo, 358, 369
Onís, Federico de, 362, 365
Orozco, José Clemente, 419
Ors, Eugenio d', 247, 442
Ortega y Gasset, José, 109, 120, 146, 193, 336
Oullion, Juliette, 437
Ovidio, 210
Owen, 292

P

Padilla, 438
Paez, 305
Painter, 181
Palacios, Alfredo, 67, 116, 117, 118
Palazeschi, 138
Papini, Giovanni, 138, 171
Parain, 241
Pascal, 159
Pasteur, 188
Pavlov, 259, 321
Pérez Bonalde, 362, 374
Piedra Bueno, Andrés, 44, 45
Pilniak, Boris, 148
Pilsudski, 161, 198
Pineau, 223, 224, 231, 233
Pirán, Carlos, 175, 176, 177
Pirandello, 102, 103, 104, 106, 136, 147, 148, 155, 207, 291
Písariev, 266
Piscator, 257
Pitágoras, 240
Platón, 133, 241, 277, 376
Plejánov, 262, 264
Poe, 201, 358
Poincaré, Raymond, 161
Poliziano, 216
Polonski, 251, 252, 276
Pombo, 362
Pomponazzi, 217, 218
Ponce, Aníbal, 5, 8, 9, 10, 11, 26, 170, 181, 193, 197, 200, 202, 208, 378, 437, 438, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448
Posserino, 223
Poulaille, Henri, 153
Pradera, 121
Prado, Emilio, 195
Prenant, Marcel, 197, 198
Prévost, Jean, 165, 166, 167
Prieto, Miguel, 195
Primo de Rivera, 42, 121, 159, 160
Prokrovski, 251
Proudhon, 260, 267
Proust, Marcel, 155, 266
Ptolomeo, 217
Pulci, 211
Pushkin, 252, 344, 412, 429, 430

Q

Quesada, Manuel de, 332, 374
Quevedo, 299, 380
Quinet, 174
Quiroga, Horacio, 200, 201, 358
Quoniam, 222, 223, 224, 230, 232, 233, 234, 246

R

Rabelais, 234
Racine, 255
Rachmaninov, 321
Rafael, 129, 252, 261, 263
Ramée, Pierre de la, 240
Ramón y Cajal, 41, 43
Raphael, Max, 267
Recabarren, Luis E., 10
Reed, John, 78, 428
Reinhardt, Max, 105, 256, 259
Remarque, Erich María, 178, 179, 180

Remos, Dr. Juan J., 44
Renan, 215, 218, 230, 242, 243, 244, 245, 256
Renau, José, 195
Renaudet, 221, 222, 230, 231
Revueltas, Silvestre, 334, 335
Riazanov, 253
Ricardo, 447
Rilke, 178
Rimbaud, 358, 361, 367
Rimski-Korsakov, 321, 323
Rivas Chérif, Cipriano, 109, 194
Rivera, José Eustasio, 358, 375, 419
Rivet, 192
Robespierre, Maximiliano, 172, 173, 174, 328
Roces, Wenceslao, 196, 282
Rocque, La, 207
Rockefeller, 20, 229
Rodó, José Enrique, 21, 28, 36, 46, 361, 369, 378, 383, 436
Rodríguez, Luis Felipe, 297, 298, 308
Rodríguez Lendián, 36
Rojas, Ricardo, 305
Rolland, Romain, 102, 144, 175, 244, 246, 247, 248, 249
Rollinat, 364
Romanones, conde de, 42
Romier, Lucien, 162
Ronsard, 215
Roosevelt, Theodore, 20, 21, 36, 121
Roselló, Arturo A., 38
Rouget de l'Isle, 283
Rousseau, 173
Ruiz Arteta, Cristóbal, 195
Ruiz de Alarcón, 417
Ruskin, John, 135, 187,
Russel, Dora Isella, 376
Russell, Bertrand, 66, 182,
Russolo, 138

S

Saavedra, Bautista, 27
Sachs, Hans, 212
Sagnac, 174
Sainte-Beuve, 182
Saint-Just, 51, 174
Saint-Point, Valentine, 138
Salomon, Noël, 435, 436
Sand, 255
Sandino, 437
Sanguily, 346
San Martín, 21, 305
Sanna, G., 222
Sannazaro, 215
Sarmiento, Domingo Faustino, 112, 303, 337, 360, 362, 368, 370, 371, 376, 378, 381, 389, 418, 435, 436, 444, 446, 447, 448
Sartre, Jean-Paul, 407
Saslavski, 272
Satie, Erik, 178
Schedrin, 428
Schiller, 202, 203, 204, 255, 258
Schiller, M., 257, 263, 277
Schmidt, 220
Schmit, T., 252
Schmitt, Carl, 314
Sellén, 374
Sender, Ramón, 193, 195, 196
Séneca, 214
Serrano Plaja, 195, 196
Settimelli, Emilio, 135, 140
Severini, 138
Shakespeare, W., 102, 104, 148, 206, 236, 237, 238, 242, 243, 244, 245, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 381, 422
Shaw, Bernard, 105, 106, 109, 146, 153, 156, 176
Shostakovich, 321
Sierra, Justo, 360, 368, 371, 436
Silva, 112, 356, 364
Silva Herzog, 291
Silvestre, Armand, 364
Sinclair, Upton, 428
Sobolev, 269
Soffici, Ardengo, 135
Sombart, 213, 214
Sorel, Georges, 97, 153
Soupault, 148
Spencer, Herbert, 265, 373
Spengler, 117, 208
Spinoza, 245
Stajanov, Alexis, 274
Stalin, 168
Stanislavski, 105
Stendhal, 255
Strauss, 188
Suárez, Eduardo, 24
Sucre, 305

Sué, Eugenio, 153
Sully Prudhomme, 358, 361, 364, 367
Sun Yat Sen, 50, 70
Swift, 263

T

Taine, 173, 211, 216, 218, 262
Tamayo, Franz, 298
Teitelboim, 375
Tejera, Diego Vicente, 51
Terracini, 167
Terreros, N., 69
Thibaudet, Albert, 161
Thoreau, Henry, 121, 377
Tilgher, Adriano, 131, 135
Tiraboschi, 223
Tiziano, El, 129, 241
Tob, Sem, 376
Tolstói, León, 102, 249, 266, 407, 408, 411, 428, 429, 430
Tolstói, Alexis, 269
Toller, Ernest, 167
Torre, Guillermo de, 126
Torres, 380
Trotski, 79, 81, 142, 168
Truffier, Jules, 258
Turguéniev, 428, 429

U

Ugarte, 67
Unamuno, Miguel de, 29, 42, 104, 106, 108, 109, 110, 120, 145, 158, 193, 307, 365, 417

V

Valdelomar, Abraham, 88, 127
Valencia, 358
Valéry, Paul, 275
Valla, Lorenzo, 216, 237
Valle, José Cecilio del, 371
Valle Inclán, 359
Vallejo, César, 127, 379
Van Loo, 220
Vandervelde, 161
Varela, 329, 346
Vargas Llosa, 439, 440
Varona, Enrique José, 29, 36, 67, 82, 338, 346, 368, 371
Vasco de Gama, 212
Vasconcelos, José, 29, 36, 66, 89, 90, 91, 92, 93, 112, 117
Vasiliev, María, 175
Vázquez Bello, Clemente, 312
Vázquez de Mella, 121
Verestchaguin, 412
Verlaine, 357, 358, 360, 361, 367
Veuillot, 267
Viego, Sergio, 17
Vierskoi, K., 256
Villatoro, 196
Villaurrutia, 242
Virgilio, 210, 280, 447
Vitrier, 222
Voltaire, 159, 182, 218, 235, 245
Vossler, 242

W

Wagner, 109, 153
Wallon, Henri, 189, 190, 192
Washington, 20
Wedekind, 105
Wells, H. G., 140, 153, 176, 270
Whitman, Walt, 121, 367, 377
Wilde, Oscar, 101, 105, 130, 147, 377
Wildenbruch, 180
Wilson, 101
Woodward, 279

X

Xirgú, Margarita, 194

Y

Yanes, Tomás R., 15

Z

Zapata, Emiliano, 74
Zavadovski, 273
Zetkin, Clara, 252, 254
Zinoviev, 79
Zola, Emile, 159, 178, 220, 235, 265, 266, 375
Zweig, 220, 231, 232, 235, 239, 244, 245, 279

ÍNDICE GENERAL

Nota de presentación 5

JULIO ANTONIO MELLA 13

Nuestro credo 15
Función social de la Universidad 16
Acta de la Federación de Estudiantes Universitarios declarando la Universidad libre 17
La casa del estudiante 17
El Congreso Nacional de Estudiantes 18
La Cruz del Sur 20
El Congreso de Estudiantes en Springfield 21
Juventud 22
Declaración de principios 23
Acusan a Blasco Ibáñez de haber vendido su pluma al oro americano 24
Todo tiempo futuro tiene que ser mejor 26
Intelectuales y tartufos 28
Nosotros 30
Carta al representante del Perú 31
A los alumnos de la Universidad Popular y al pueblo de Cuba 32
Declaración de principios de la Federación de Estudiantes de Cuba 33
Los falsos maestros y discípulos 35
El nuevo curso de la Universidad Popular 37
Hablando con Julio Antonio Mella sobre la revolución universitaria 38
¿Blasco Ibáñez regenerador y Cajal claudicante? 41
Vas Spirituale 44
Luis L. Franco: Un poeta de la vida 45
Glosas al pensamiento de José Martí 47
Cursillo para corresponsales 52
Cuadros de la Unión Soviética 59
Los estudiantes y la lucha social 63
¿Qué es el ARPA? 65
Nuestras enfermedades infantiles 70
Fonógrafos y hombres 73
El dominio del aire 74
El hambre y el pan de los maestros 76
Los juegos olímpicos 77

Octubre 78
Un comentario a *La zafra* de Agustín Acosta 80
El concepto socialista de la reforma universitaria 83

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI 87

Indología por José Vasconcelos 89
La crisis mundial y el proletariado peruano 93
La Torre de Marfil 100
Algunas ideas, autores y escenarios del teatro moderno 103
Don Miguel de Unamuno y el Directorio 106
La unidad de la América indo-española 110
Un congreso de escritores hispano-americanos 113
¿Existe un pensamiento hispano-americano? 116
El íbero-americanismo y pan-americanismo 119
Nacionalismo y Vanguardismo 122
El artista y la época 127
D'Annunzio y el fascismo 131
La inteligencia y el aceite de ricino 134
Marinetti y el futurismo 137
Lunacharski 140
Arte, revolución y decadencia 144
La realidad y la ficción 147
Presentación de *Amauta* 149
Aniversario y balance 150
Esquema de una explicación de Chaplin 153
Vicente Blasco Ibáñez 158
El problema de las *élites* 160
¿Existe una inquietud propia de nuestra época? 163
El mito de la nueva generación 165

ANÍBAL PONCE 169

Ramiro de Maeztu 171
Albert Mathiez, historiador de la Revolución 172
Iván Bunin, un académico a 500 metros 175
Erich María Remarque: *Sin novedad en el frente* 178
Los deberes de la inteligencia 181
Henri Wallon y el Congreso de Bruselas 189
Rafael Alberti y la revista *Octubre* 193
Marcel Prenant o el marxismo en la Sorbona 197
En recuerdo de Horacio Quiroga 200
Schiller en la Alemania nazi 202
Lenormand y el crepúsculo del teatro 205
El Humanismo burgués 208

Erasmo 219
Ariel o la agonía de una obstinada ilusión 236
La herencia cultural 249
El realismo socialista 261
Visita al hombre futuro 270
En el centenario de Fourier 280

JUAN MARINELLO 295

Americanismo y cubanismo literario 297
El intelectual cubano frente a la Revolución 309
Aspectos de un programa constitucional 313
Cultura soviética 321
La vereda desusada y las vías naturales 324
Discurso a los escritores venezolanos 332
Congreso de escritores y artistas 343
Guatemala nuestra. Las raíces. Normas y poesía 351
Sobre el Modernismo. Polémica y definición 355
Una literatura al nivel de nuestra revolución 387
El pensamiento de Martí y nuestra revolución socialista 388
Revolución y creación 405
Los trabajadores de la cultura deben defender la sociedad que los liberta 411
Integración y fisonomía de la literatura latinoamericana 415
Lenin y la creación artística 425
Literatura y revolución 434
El escritor Aníbal Ponce 442
Socialismo y cultura 449

Índice de nombres 453

MARXISTAS DE AMERICA

DECÍA PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA QUE LA CULTURA ESTÁ ÍNTIMAMENTE LIGADA A NUESTRAS ANSIAS DE UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA Y LIBRE.

ASÍ LO COMPRENDIERON CUATRO PRECURSORES DEL MARXISMO EN AMÉRICA, CUYAS VIDAS COLMADAS DE ACTIVIDAD PARTIDISTA SE REFLEJAN EN UNA OBRA EXCEPCIONALMENTE RICA. SU IDEARIO POLÍTICO LOS CONDUCE A UN CONSTANTE ANÁLISIS, PROFUNDO Y ACERTADO, DE AQUELLAS REALIDADES NUESTRAS DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX Y CON VISIÓN DE FUTURO ALERTAN A LAS GENERACIONES VENIDERAS PARA ENCARAR LO QUE SERÍAN NUESTRAS REALIDADES PRESENTES.

LA PLUMA DE LOS CUATRO ENSAYISTAS PRESENTADOS, MELLA, MARIÁTEGUI, PONCE Y MARINELLO, EN NO POCAS OCASIONES ESTUVO PUESTA AL SERVICIO DE NUESTRA CULTURA AMERICANA, Y SON PRECISAMENTE ESTAS PÁGINAS LAS QUE HOY BRINDAMOS EN LA PRESENTE ANTOLOGÍA AL LECTOR ÁVIDO DE INTERNARSE EN LA PROBLEMÁTICA CULTURAL LATINOAMERICANA.